

Soviets en Buenos Aires

La izquierda de la Argentina ante la Revolución en Rusia.

Autor:

Pittaluga, Roberto Eduardo

Tutor:

Suriano, Juan

2014

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título de Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Historia.

Posgrado

Tesis Doctoral

Soviets en Buenos Aires

La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia

Doctorando: Lic. Roberto Pittaluga

Director de Tesis: Dr. Juan Suriano

Consejera de estudios: Dra. María Ester Rapalo

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

2014

*A mi viejo,
que me enseñó la duda*

Índice de contenidos

Agradecimientos	8
Abreviaturas	9
Preliminar	10
Introducción	15
Textos y actos.....	15
Qué y cómo leer	27
Qué mostrar.....	35
Conflictos I.....	41
Conflictos II	51
Representaciones alteradas.....	56
Desconciertos identitarios	63
Qué lugar hacer(se)	75
Cómo preservar el lugar	84
I. Tiempo	105
1. Política del tiempo.....	105
2. Tiempo nuevo.....	110
2. 1. Ruptura	110
2.2. <i>Novum</i>	115
2. 3. Irreversibilidad	117
2. 4. Iluminaciones	119
2. 5. Continuidades.....	122
3. El tiempo toma posición.....	126
3.1. El tiempo como fuerza histórica. Proceso y tiempo a favor.....	127
3. 2. Aceleración.....	133
3.3. Futuro y vanguardia	134
4. Entretiempos	137
4.1. Tiempo requerido	140
4.2. Juicios sobre el intervalo. Avance, retroceso, estancamiento	144
4.3. Ganar(le al) tiempo.....	148
5. Contratiempos	150
II. Sujetos	161
La avanzada de las minorías revolucionarias	163
De la asignación de los saberes	176
La “confusión” maximalista.....	190
Suturas y tensiones: de las vanguardias a las masas	197

Soviets	206
III. Régimen	221
La “dictadura del proletariado”	221
Constituyente y constituido.....	241
Democracias	252
IV. Sociedad y Cultura.....	267
<i>Mir</i> , tierra y socialización.....	267
Modernización, productividad y trabajadores en el socialismo	277
Mujeres.....	289
Educación.....	297
Arte(s)	315
V. Espacio	347
Rusia no es un modelo... ..	347
... pero	351
Lo internacional	354
Expansiones.....	357
¿ <i>Qué hacer?</i> ... en la Argentina	360
Coda	369
¿Qué es una revolución?	369
Imágenes	377
Bibliografía	383
1. Fuentes primarias consultadas.....	383
1. 1. Periódicos.....	383
1. 2. Revistas	383
1. 3. Ediciones de fuentes.....	385
1. 4. Libros y Folletos.....	385
1.5. Manifiestos y volantes.....	389
1.6. Encuestas.....	390
2. Fuentes secundarias.....	390
2. 1. Bibliografía específica sobre la izquierda en la Argentina.....	390
2. 2. Bibliografía sobre la revolución en Rusia	396
2. 3. Bibliografía específica sobre el período relacionada al tema de investigación	398
2. 4. Bibliografía teórica e historiográfica.....	402
Anexo bibliográfico	409
Artículos consultados en revistas y periódicos.....	409
Artículos sin autoría consignada	441
Índice de nombres	457

“Desde Moscú se aprende más rápido a ver Berlín...”

Walter Benjamin, 1927

Agradecimientos

El presente trabajo surge de dos preocupaciones que en rigor remiten a una misma cuestión. Por un lado, la pregunta por la historia como escritura, dejada atrás cualquier actitud ingenua sobre los métodos del historiador. Asumir la dimensión narrativa —pues como comentaron, desde distintos ángulos, Jacques Revel y Jacques Rancière, el relato nunca fue abandonado completamente— deja pendiente la pregunta por cómo narrar. Por otro lado, la preocupación por los sentidos de una historiografía de la izquierda, si se la considera —como decía Michel de Certeau— como praxis. Cómo escribir historia de la izquierda implica no sólo un problema temático (incluyendo cómo no hacer de los restos documentales de la izquierda un objeto, un pasado cerrado) sino de sujetos: de aquellos sujetos cuyas “voces están enmudecidas ahora” y cuyo pasado se quiere actualizar, y de los sujetos actuales, que escriben *esa* historia *desde* el presente.

A intentar una aproximación a ambas preocupaciones me han ayudado amigos y colegas, a quienes agradezco sinceramente:

A mi director, Juan Suriano, y a mi consejera de estudios, María Ester Rapalo, quienes esperaron pacientemente mis escritos, los leyeron detenidamente y me orientaron en la profundización de diversos aspectos.

A mi amigo Jorge Cernadas, que acompañó con su lectura cada tramo del trabajo; sus reflexiones e indicaciones hicieron que mejoraran notablemente los borradores iniciales.

A Juan Britos, quien no sólo me ayudó en la búsqueda de material documental sino que también aportó útiles sugerencias y observaciones, y a Federico Martocci que me hizo llegar generosamente un interesante material de archivo.

De los diálogos con amigos y colegas sobre la historia o la política, la filosofía o la estética, se nutre necesariamente también este escrito. Por eso quiero agradecerles también a ellos.

A mis amigos y colegas integrantes del proyecto de investigación “La política en un tiempo bifronte: se prepara el infierno, se espasa la revolución. Argentina, 1973-1976” de la Universidad Nacional de La Plata.

A mis compañeros de investigación del proyecto “Historia, narración y significación de la experiencia argentina reciente (1955-1989)”, en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa.

A mis amigos del grupo sobre historia reciente y del grupo “Cine e historia”.

A los amigos y colegas del equipo de Educación y Memoria del Ministerio de Educación de la Nación, con quienes compartí ricas experiencias entre 2005 y 2009.

A los estudiantes de los seminarios en la Universidad de Buenos Aires, la Universidad de General Sarmiento y la Universidad Nacional de La Pampa.

A mi hermano Sergio y mi madre Hilda, por los apoyos permanentes.

Y por supuesto, a Alejandra y Camila, como siempre.

Abreviaturas

BNDT	Boletín Nacional del Departamento del Trabajo
CE	Comité Ejecutivo
CPG	Comité de Propaganda Gremial
FOM	Federación Obrera Marítima
FORA	Federación Obrera Regional Argentina
FORA(C) o FORA V	Federación Obrera Regional Argentina (Comunista) o del V Congreso
FSI	Federación Sindical Internacional
IC	Internacional Comunista
ISR	Internacional Sindical Roja
OIT	Oficina Internacional del Trabajo
PC o PCA	Partido Comunista o Partido Comunista de la Argentina
POSDR	Partido Obrero Socialdemócrata Ruso
PS	Partido Socialista
PSI	Partido Socialista Internacional
USA	Unión Sindical Argentina
UTA	Unión de Trabajadores Agrícolas

Criterios de edición

Con el propósito de brindar mayor claridad y agilizar la lectura, en el caso de las citas bibliográficas y de fuentes primarias que correspondan a libros o folletos se ha optado por el sistema americano APA (American Psychological Association), mientras que para los artículos aparecidos en publicaciones periódicas se utilizó el sistema MLA (Modern Language Association). Dichos artículos correspondientes a fuentes primarias periódicas se ofrecen al lector listados en un anexo bibliográfico.

En el caso de compilaciones de artículos posteriores a su primera publicación, se indica la fecha original del artículo entre corchetes junto a la fecha de edición, y se listan dichos artículos en el anexo bibliográfico. Por ejemplo, la mayoría de los escritos o conferencias de Enrique del Valle Iberlucea, que datan de 1917 a 1921, se citan de la compilación que en 1934 editara Carlos Sánchez Viamonte, pero para que el lector tenga en cuenta la fecha original del cada uno, la referencia se presenta del siguiente modo: Enrique del Valle Iberlucea (1934 [1920e]: 125). El lector puede entonces consultar el anexo para encontrar la referencia completa: del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1920e]), “El Partido Socialista y la Tercera Internacional”, en del Valle Iberlucea, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Claridad, pp. 109-144.

Se corrigieron los nombres de autores que eran consignados incorrectamente en las fuentes (como, por ejemplo, Post Wheeler en lugar de Post Wheller, que es como figura en *Revista de Filosofía*) y se unificaron ciertos nombres a la hora de atribuir la bibliografía (como Trotsky por sus variantes Trotzki, Trotski, Trotzky, etc.). Pero en las citas textuales se ha mantenido la variabilidad de escrituras tipográficas porque de alguna manera es expresiva del estado no cristalizado de los nombres con los que se designaba el fenómeno soviético; si hoy es ya común decir “bolchevique”, en esos años aparecía como bolcheviqui, bolsheviqui, bolsheviki, bolcheviki, etc.

El lector apreciará que “revolución rusa” aparece frecuentemente, en este trabajo, entre comillas; la intención es señalar que su utilización no deja de tener consecuencias interpretativas.

Preliminar

“Especialmente en Rusia sólo puede ver quien ya se ha decidido. En un punto de inflexión del acontecer histórico, como lo vaticina, si no lo establece, el hecho de la «Rusia Soviética», ni siquiera cabe debatir cuál realidad es la mejor, ni cuál voluntad se encuentra en el mejor camino. Solamente se trata de lo siguiente: ¿Cuál realidad converge internamente con la verdad? ¿Cuál verdad se prepara internamente para converger con la realidad? Sólo quien responda claramente estas preguntas es «objetivo». No frente a sus contemporáneos (eso no interesa) sino frente a los hechos actuales (eso es lo decisivo). Sólo quien, a través de su decisión, haya hecho las paces dialécticas con el mundo, puede entender lo concreto. Pero a quien quiera decidirse «sobre la base de los datos», los datos no le ofrecerán base alguna para la decisión”.

Walter Benjamin, 1927.

1. ¿Qué discute la izquierda de la Argentina cuando se encuentra ante la Rusia revolucionaria? Evidentemente se discute, con los elementos que se tienen a mano, *sobre* la revolución en un “lejano territorio”. Una controversia entre la idea y la imagen que se tiene de lo que una revolución debe ser, y lo que una revolución acaecida dice que es —y hace por ese decir. En esa discusión *sobre* se tramitan, simultáneamente y *por debajo*, las querellas político-conceptuales que traman un campo de izquierda cuyas polaridades no se corresponden, necesariamente, con sus divisiones identitarias, ni con los términos del léxico heredado. Querellas político-conceptuales: son los sentidos de ese léxico los que quedan en entredicho, y en su objeción afloran los supuestos que traman —conciben, engendran— los significados de la *emancipación*. Supuestos que son como *topoi* que ofician de puntos de anclaje de las derivas significativas y desde los cuales se construyen, como edificios argumentales, las orientaciones y las acciones de la izquierda. Pero esos lugares son también objeto de otra controversia, que no es explícita. Hay una arquitectura inestable de lo que se llama campo de izquierda, y el lenguaje que la textura está lejos de parecerse a un sistema homeostático. Ese universo nocional *puesto por debajo* y que generalmente escapa a la mirada crítica, aflora en los deslizamientos de sentido de aquellas palabras propias del léxico de la izquierda en el momento en el que es tocado por la revolución, exponiendo en una larvada guerra por sus significaciones ese campo polar (que la izquierda es) y la inestabilidad semántica — y por ello política— que lo anima. Atravesar los nombres de ese léxico con el que la izquierda se presenta en una coyuntura que compromete sus coherencias para producir una aproximación a ciertas instancias de significación que no necesariamente fueron inteligibles a sus contemporáneos, es el propósito de este trabajo. Atravesar: se trata de una ex-posición *a través* de los discursos, *a través* de las palabras proferidas.

2. La exposición no pretende contraponer una historia con lo que ella “debería haber sido”; no hay propósitos normativos en el enfoque que se asume. Tampoco se trata de mostrar aquella historia “que habría podido” ser, esa “otra historia” clausurada por ciertos acontecimientos de la coyuntura, pues en ese caso, con ciertas diferencias, se mantendría intocado el criterio temporal que estructura la narrativa histórica, por el cual aquel “habría podido” —esa *chance*, esa contingencia— pertenece al pensamiento de la necesidad histórica, y pierde así su carácter de apertura de la historia. Porque desde ese ángulo, las tentativas a contracorriente que “habrían podido” ser permanecen adheridas a la historia como *una*, es decir, a *la Historia*. En otra dirección, se intenta aquí desnaturalizar la idea de la unicidad del tiempo. Intentar, en este trabajo, una aproximación a la *multiplicidad* de la historia, a la potencia de un instante, a una posibilidad no escrita pero marcada. Leer la significación de esas marcas —y su larvado contrapunto con la historia sabida— es devolverle a ese pasado olvidado (es decir, tachado, borrado, obliterado) su actualidad, para pensarlo abierto.

3. La izquierda *ante* la revolución es como la izquierda ante sí misma, ante ella misma como promesa, es decir, como compromiso de la palabra. Una palabra que tiene el propósito de horadar la realidad sociopolítica en la que *emerge*, decir una verdad que la realidad no permite, que la realidad obtura. Hacer depender completamente la emergencia de la palabra de izquierda del contexto en el que se sitúa es olvidar que ella se levanta también *contra* ese contexto. La inversa también debe ser tenida en cuenta: es la realidad revolucionaria la que golpea las puertas del sentido del léxico de la izquierda cuando ésta ha perdido sus orígenes. La izquierda ante la revolución es la izquierda ante su origen, no como antecedente, sino como campo de fuerzas en el que ella y su palabra (de izquierda) se sitúa, es la izquierda ante su emergencia. La revolución en Rusia era originaria en este sentido: actualizaba la promesa del discurso de la izquierda e interpelaba directamente su potencia; pero al hacerlo obligaba a los lenguajes políticos (con)sagrados de esa misma izquierda a carearse con sus malestares, con sus olvidos, con sus borraduras. Y éstos afloraban allí cuando hay que pensar esos nuevos términos que la revolución propone: *soviet*, comité de fábrica, proletariado, *mir*, bolchevique, maximalista, dictadura del proletariado, internacional. José Sazbón insistía en que el carácter más relevante de la revolución francesa fue que los desposeídos tomaran la palabra, lo que no se restringía a la abundancia de escritos revolucionarios. Tomar la palabra era hacer algo con palabras, intervenir en el lenguaje político de modo que una política emergiera *en* ellas.

4. Exponer lo dicho (y lo no dicho pero marcado) por la izquierda de la Argentina a propósito de la “revolución rusa” es mostrar un lenguaje político en su movimiento práctico, pues la revolución agita las controversias entre sus distintas particiones —y al interior de cada una— e incluso colabora en el surgimiento de otras nuevas. Las intervenciones desde el campo de la izquierda política y cultural sobre lo que se denomina “revolución rusa” componen un arco de discursos que en la intención de comprender —pero también en la de limitar los alcances del fenómeno soviético— construyen las significaciones del acontecimiento poniendo en juego su arsenal propio de términos, saberes, nociones, en fin, su cultura política. Se trata, en todos los casos, de producciones de sentido sobre la revolución *en la situación* que la revolución inaugura. Es en esas discursividades (que son prácticas políticas aunque no necesariamente iguales a otras prácticas también políticas) que los nudos conceptuales y teóricos,

pensados e impensados, son abordados a través de las (dis)torsiones que en ellas impone la revolución. Torsiones que se manifiestan como una aspereza de lo real, de la historia, y que por ello obligan a (re)pensar, a flexionar el léxico, incluso a introducir(se) en las nuevas palabras que provee la revolución. La organización del trabajo en torno a problemáticas de gran generalidad —tiempo, sujetos, régimen, cultura, sociedad, espacio— que no fueron necesariamente los terrenos explícitos de los debates y las reflexiones de los comentaristas de la época, responde, en parte, a la consideración de la dimensión teórica en su contigüidad, en su identidad sin mediaciones con la dimensión práctica: es decir, a la consideración de la *praxis* de la izquierda. Los textos que se comentan no son las intervenciones teóricas sobre las problemáticas que organizan los capítulos, sino aquellos escritos a propósito del conflicto de las interpretaciones sobre la “revolución rusa”, sean de militantes de base o de reputados referentes políticos y teóricos de la izquierda de entonces.

Se desprende de ello que tal organización del trabajo responde también a un enfoque que no se propone “reconstruir” ni la trayectoria política de un grupo en particular ni “el pensamiento” de militantes o intelectuales individuales. Por el contrario, se ingresa en sus interpretaciones de la “revolución rusa” de modo sagital, indagando en ellas esas problemáticas generales de modo de construir otro entramado de las particiones del campo de la izquierda, menos visible, incluso invisible para sus protagonistas. Por eso mismo, los cambios de opinión relativos a los posicionamientos que grupos o individuos tuvieran respecto de la revolución en Rusia no son objeto de un tratamiento específico, si bien son señalados en distintos tramos del trabajo.

5. Esta producción historiográfica apuesta a un examen de las fuentes documentales que se aparta de un criterio tradicional y predominante por el cual las formaciones de la izquierda son tratadas como tales y separadamente, y en todo caso puestas luego en relación recíproca. No es el propósito presentar aquí el mundo anarquista, sindicalista o socialista, o la historia del fraccionamiento de una formación política o el surgimiento de otra, algo que ya ha sido hecho y en algunos casos de modo ejemplar. Tampoco se trata de explicar cómo esas particiones identitarias de la izquierda, con sus diferencias y peculiaridades, “reaccionaron” y “elaboraron” las noticias que llegaban de la revolución en Rusia. Lo que se intenta seguir aquí son las líneas de tensión que dibujan una suerte de campo magnético de las orientaciones de la izquierda a partir de ciertas problemáticas, y esas líneas no se corresponden con las de las identidades políticas formales de las particiones de la izquierda. Por eso también el trabajo no se detiene en un análisis de las fuentes en tanto instancias proveedoras de datos verificables —en el cruce con otras fuentes. El punto de vista que se adopta resulta de considerar que la construcción de ese otro entramado de tensiones que es la izquierda en su confrontación con la revolución, implica detenerse en las ambigüedades de los textos, trabajar sobre las derivas significativas de lo escrito, instalar la indagación en la distancia entre significantes y significados, pero no para conformar una estación de un desplazamiento semántico infinito, sino para exponer esos puntos de anclaje antagonistas que estructuran el pensamiento de izquierda.

6. No se busca saber quiénes “tenían razón” o “analizaban mejor” la revolución en Rusia, ni tampoco se propone un lugar de escritura de la historia “a distancia” equilibrada de las diversas interpretaciones, como si fuera posible; se sabe desde hace tiempo que el conflicto político y social anida también en la epistemología de la

historia. De otro lado, escribir historia de la izquierda corre el riesgo de deslizarse hacia una noción extendida que la propone como la escritura de “esa otra historia”, la “historia de los vencidos”, pero que la plasma como una inversión especular de la historiografía hegemónica. Las opiniones de quien esto escribe no son eludidas como pretensión de objetividad en la comparación entre versiones de la “revolución rusa” ni se presentan como juicios valorativos de las opiniones de los intérpretes; ellas aparecen bajo la forma del comentario.

7. La revolución en Rusia era un fenómeno difuso y de fronteras borrosas, sobre todo en esos primeros años en los que se detiene el presente trabajo. Lo que se conocía de era por los escritos que la relataban y/o analizaban. El conjunto de textos reunidos para la elaboración de este trabajo incluye un número importante de escritos debidos a la pluma de autores “extranjeros”, los cuales han sido considerados en un pie de igualdad con aquellos otros de autoría local. Este criterio se sostiene en diversos motivos y argumentos. En primer lugar, porque todos esos textos pasaron por la decisión editorial de algún grupo o fracción política, sindical o cultural de la izquierda rioplatense; incluso no faltaron los artículos por encargo. En algunos casos, esa política editorial se hace explícita en algún copete o nota de redacción que acompaña el artículo, ya sea para señalar las coincidencias con los razonamientos o informaciones expuestas por el articulista, ya sea para indicar puntualmente cuáles opiniones no terminan de satisfacer al colectivo editor. En la mayor parte de los casos, esas plumas “extranjeras”, más informadas, expresan mejor, o directamente constituyen, el pensamiento de la izquierda local, convirtiéndose entonces en la palabra que determinado grupo decide tomar como propia, lo que explica, parcialmente, la amplia y prolífica política de traducciones desde diversas lenguas (ruso, italiano, francés, alemán, portugués, etc.). Esa autoría funcionaba, incluso, como marca de autoridad, de modo que el lector podía encontrar, acompañando el artículo, referencias del siguiente tenor:

“John Reed, uno de los mejores y más talentosos periodistas de los Estados Unidos, ha visitado durante varios meses a la Rusia soviética ... De vuelta a los Estados Unidos, John Reed ha publicado sus impresiones sobre la Rusia bolshevik y ellas, por su objetividad e imparcialidad, han causado enorme sensación. El trabajo que publicamos a continuación (que traducimos de la versión italiana), es una pintura viva y realista de cómo funciona el régimen del soviét. Sería superfluo encarecer su inmenso valor documental” [Reed, John (1919), “Cómo funciona el soviét”, en *Documentos del progreso*, nº 7, 15 de noviembre, pp. 1-7.]

Asimismo, en no pocos casos, los artículos están específicamente dirigidos a un lector instalado en Argentina. Así, Andreu Nin le escribía directamente a la militancia de este país con frases como “Los compañeros argentinos conocen ya ...” o “Creemos prestar un servicio a los militantes de la Argentina deseosos de información...” [Nin, Andrés (1922b), “Los sindicatos rusos y la revolución. Un folleto de Losovsky”, primera parte, en *La Internacional*, 19 de octubre, pp. 2-3]. Como es también el caso de Ilya Erenburg, cuando explica, al referirse a los pintores académicos rusos, que “[u]n grupo de éstos, que se han ligeramente modernizado, se hallan abundantemente representados en el extranjero, sobre todo en París y no es difícil que algunos de ellos lleguen o hayan llegado hasta la Argentina” [Ehrembourg, Elie [Ilya Erenburg] (1922), “El arte en Rusia”, en *Suplemento de La Protesta*, Buenos Aires, 10 de agosto, pp. 6-7].

Estos señalamientos tienen una base común: no es posible desagregar del conjunto textual sobre la “revolución rusa” que circula en la Argentina aquellos originados en

otros “contextos”. Porque lo que el tratamiento de esta experiencia pone en juego es la redefinición “nacional” o “local” de los “contextos de enunciación”. Ese universo textual está conformado por una sumatoria de intervenciones elaboradas desde contextos muy diferentes entre sí se toman en cuenta determinados aspectos, pero muy semejantes si los que se valorizan son otros. Esta configuración, digámosle provisoriamente “transnacional”, es la que posibilita un acceso a algo como “el contexto” en el que estas interpretaciones circulan, una realidad de prácticas y discursos —indisolublemente ligados— que *choca* con las cuestiones que pone a debate la “revolución rusa”. Pero ese “contexto” no está en otra parte que en los mismos textos que versan sobre la revolución; es posible contruirlo desde ellos a partir de esas rispideces con intereses, identidades, lugares de poder, políticas y constituciones grupales, etc.

8. A pesar de que cada capítulo tiene una cohesión propia y puede ser abordado en sí mismo, es la conexión entre todos ellos lo que configura la cuestión que esta tesis tiene por objeto. Pero el presente trabajo lejos está de pretender agotar la problemática que aborda, ni de estimar que cada temática ofrecida en los distintos capítulos ha sido considerada en su totalidad. Por el contrario, en cada caso se han realizado selecciones específicas de los asuntos a trabajar. Otros más pueden serlo de futuros trabajos.

Introducción

Hubo momentos en el agitado período de 1918 a 1921 en que realmente la revolución llamaba a nuestras puertas y nos hacía sentir el júbilo de la hora suprema de todas las reivindicaciones. Una ola internacional de entusiasmo solidario conmovió a los esclavos modernos y les llamó a la conquista del porvenir [...] Se vivieron en esos años horas inolvidables y el despertar de los pueblos ofreció un espectáculo grandioso y conmovedor. ¡Por fin se descubría a nuestras miradas ansiosas la tierra prometida! Surgió una Rusia preñada de promesas de libertad de entre los escombros del zarismo y por todas partes caían en ruinas los viejos sistemas carcomidos por la ola de fuego de la revolución. Sólo fue un despertar pasivo de las masas de esclavos; una ráfaga extraña [...] aparecieron los rayos de una aurora nueva y Prometeo levantó la frente, pero no supo destruir sus ligaduras...”

Diego Abad de Santillán¹

Textos y actos

A pocos días de aquella semana de enero de 1919 en la que habían celebrado la represión y la militarización de la ciudad por las tropas bajo el mando del general Dellepiane y la acción concurrente de las formaciones parapoliciales de la emergente Liga Patriótica, los editores de *La Nación* no se privaban de reflexionar más profundamente sobre las significaciones nuevas que acompañaban la conflictividad obrera, percibiendo que en ella se expresaban tanto una dimensión internacional como un nuevo carácter histórico. En su edición del 27 de enero de 1919 se sostenía que “si queremos vernos algún día libres de la pesadilla de la guerra social que queda planteada, y que se ha desencadenado sobre el mundo al terminar la guerra internacional que ahora se liquida, fuerza sería desechar desde luego todas las ilusiones optimistas que se hayan hecho al respecto (...) Creemos que ya no es permitido clasificarlos de eventuales chispazos, ni es dable suponer que la idea que los preside haya de ser, en todos los casos y en todos los países, susceptible de ser detenida por medidas de fuerza. Una y otra cosa no servirán en realidad, a la larga, sino para agravar el mal”.² Este tono medido y juicioso del diario de los Mitre contrasta con su prédica de los días previos, en pleno

¹.- Abad de Santillán, Diego (1924), “Breviario de la contrarreacción”, en *La Protesta. Suplemento Semanal*, n° 110, Buenos Aires, 25 de febrero, pp. 2 y 3.

².- *La Nación*, 27/1/1919, p. 6.

conflicto, cuando alienta o silencia la brutal represión, contribuyendo al clima de persecución y xenofobia al conceder un espacio notable a las “noticias” relativas al “descubrimiento de un plan maximalista”.³ El ejemplo del diario *La Nación* muestra que la revolución rusa actuaba al menos en dos planos; por un lado, abriendo un nuevo horizonte epocal, aun para quienes lo observaban recelosos, y por otro, inscribiendo sus nombres (*soviets*, maximalismo, etc.) en el léxico político local. Pero además, las citas son unas de las tantas referencias, directas o indirectas, a la revolución soviética en los años de la posguerra, las cuales también alcanzaron al lado derecho del espectro político.

En el periódico *La Unión*, una encuesta a un abanico diverso de intelectuales exponía estas nuevas preocupaciones. El título (“Encuesta sobre el maximalismo”) y las preguntas formuladas son tan reveladoras como las respuestas de los encuestados. Así, los editores interrogan sobre “qué trascendencias” podrían tener “[l]as tendencias maximalistas señaladas entre nosotros”, o si “¿[c]ree usted que el triunfo del maximalismo en Rusia es una consecuencia transitoria de la guerra o un paso definitivo hacia nuevas formas de la organización social?”.⁴ Esta encuesta compartía la percepción de cierto estado de ánimo con aquella otra que pocos meses antes hiciera la *Revista de Ciencias Económicas*, que editaba el Centro de Estudiantes, con el nombre “Encuesta sobre la cuestión social”.⁵ Si para Manuel Gálvez “la revolución rusa —y sobre todo el

³.- El matutino llega a publicar fotos de los detenidos por la policía y acusados de encabezar el denominado “soviet de la República Argentina”; el 13 de enero informa que “la noticia se hubiera tomado por una broma a no ser por las informaciones llegadas la víspera de Montevideo. Y, en efecto, ella no deja de tener algo de exactitud...”, *La Nación*, 13/1/1919, p. 6. Que no se trata de una referencia irónica lo prueba el editorial del día siguiente, donde se afirma que “no hay que caer en la ilusión de que el descubrimiento del complot en uno de sus centros representativos baste para conjurar la amenaza del peligro. La organización es sumamente vasta, como lo ha comprobado la persistencia y la gravedad de los desórdenes ocurridos en los últimos días”; *La Nación*, 14/1/1919, p. 6. Será recién el 17 del mismo mes cuando la desmentida del complot empiece a ser considerada en las páginas del diario, aunque, justo es decirlo, sin la misma espectacularidad con la que se anunció su existencia días antes. Para ponderar las consecuencias de esas acusaciones y detenciones, y de las torturas que las acompañaron, véase el relato testimonial de uno de los acusados, Pinie Wald (1998), *Pesadilla. Novela-crónica de la Semana Trágica*, Buenos Aires, Ameghino; la primera edición en idish fue en 1929, con el título *Koschmar* (Pesadilla), y la primera en castellano, en 1987 (en *Crónicas judeoargentinas, 1890-1944*).

⁴.- “Encuesta sobre el maximalismo”, publicada en *La Unión* en agosto y septiembre de 1920. Las citas están tomadas de la selección documental de Halperin Donghi (1999: 353-58); entre los encuestados figuran Belisario Roldán, Rodolfo Moreno, Manuel Gálvez, Arturo Bas, Carlos Ibarguren, David Peña, Leónidas Anastasi y Manuel Carlés.

⁵.- “Encuesta sobre la cuestión social” (1920), *Revista de Ciencias Económicas*, año VIII, n° 79-82, enero-abril, pp. 5- 534. En sus más de 500 páginas, la encuesta reúne textos de 65 entrevistados de una amplísimo arco político e intelectual, entre los cuales están —para brindar un panorama al lector— José Ingenieros y Mariano de Vedia y Mitre, Juan B. Justo y el presbítero Nicolás Fasolino, el georgista Cándido Villalobos Domínguez y Constancio C. Vigil, el entonces estudiante y editor de la revista Raúl Prebisch, el fotógrafo Hiram Calógero y Emilio A. Coni, Rodolfo Ghioldi y el maestro Víctor Mercante,

advenimiento del bolchevismo— es el primer estallido de la revolución social que conmoverá y transformará a todos los pueblos”, según Rodolfo Moreno se trata de “observar con mayor cuidado” la situación y “adaptarnos a las nuevas aspiraciones, sin pasar por la dolorosa etapa de una revolución”; mientras Belisario Roldán apunta que “la tiranía de Lenin y Trotsky obedece casi a leyes inmutables”, por lo que “quedará lo que debe quedar: una mayor suma de justicia en el mundo, la igualdad de los hombres ante el esfuerzo, la abolición de los privilegios y los parásitos...”.⁶ Para el estudiante Raúl Prebisch “la evolución social es, pues, incontenible” y sería “inútil querer detenerla”, mas “es lógico tratar de encauzarla”.⁷ Coincidentemente, Mariano de Vedia y Mitre, seguro del todavía mayoritario espíritu “conservador” de las mayorías, aconsejaba frente al “estallido ruso, llamado *maximalismo*”, que era “indispensable no cerrar los ojos a la luz, ni aferrarse a ideales caducos de gobierno, que dan alientos a las rebeldías”.⁸ Ese cerrar los ojos era, para el georgista Egidio C. Trevisán, la actitud terciamente reaccionaria de la Liga Patriótica y la Asociación del Trabajo, obstinadas en detener lo que obedecía, a su criterio, a factores de orden económico, independientes de la voluntad humana.⁹ Los llamados a encauzar las fuerzas del cambio, a reformar las estructuras sociopolíticas, en fin, a dirigir un cambio epocal considerado inevitable, fueron actitudes que disputaban la orientación de las clases dominantes con otras más acervamente reactivas frente a un clima de difusión y debates que colocaba un nuevo léxico con evidentes consecuencias políticas.¹⁰ De allí que no resulten extrañas ciertas manifestaciones conservadoras llamando a una guerra clasista:

el jesuita Gabriel Palau, el abogado y funcionario del Departamento Nacional del Trabajo, Alejandro M. Unsain, y los anarquistas F. Ricard y Emilio López Arango, entre muchos otros.

⁶- “Encuesta sobre el maximalismo” (1920), cit. Las citas están extraídas de Halperin Donghi (1999: 353-355). Carlos Ibarguren descrea de la permanencia del maximalismo (“...pienso que el maximalismo ruso, a pesar de estar apoyado por el proletariado universal, no alcanzará a dominar el mundo, y si —lo que no creo— lo consigue, su existencia será efímera...”, *ibídem*: 357), pero no del cambio epocal que anuncia, ya que “los estupendos acontecimientos que presenciamos han apresurado el proceso evolutivo de nuestra sociedad...” (*ibídem*). Estas percepciones “positivas” del significado histórico que la derecha argentina asignaba al acontecimiento soviético —que asombran a Halperin Donghi— contrastan con las que, por ejemplo Gálvez, expone dos años después en una revista semanal porteña, en un artículo titulado “El odio al prójimo”, artículo duramente atacado por Bartolomé Bosio desde *Bandera Proletaria*; cfr. Bosio, Bartolomé (1922), “¿Incapacidad para interpretar la realidad social?, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 29 de septiembre, p. 1.

⁷- “Encuesta sobre la cuestión social” (1920), cit. p. 401.

⁸- *Ibídem*, p. 494.

⁹- *Ibídem*, p. 471.

¹⁰- Por lo demás, las encuestas, cuyas preguntas son una primera respuesta sobre la centralidad de la “cuestión social”, habíanse extendido. En febrero de 1921, F. Antuñano, director de *Atenas*, Revista del Centro de Estudiantes del Colegio Nacional Buenos Aires, incluye al anarquista Santiago Locascio entre los intelectuales a los que la revista ha resuelto dirigir la siguiente pregunta: “¿Cuál es en su concepto la actitud que debe asumir la juventud argentina en el actual momento social?”; cfr. Locascio, Santiago (1921), “Contestando a la encuesta de *Atenas*”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 19,

“Se ha iniciado en nuestro país la prédica del maximalismo, esto es del socialismo revolucionario en toda su crudeza, lo que significa prácticamente la implantación del gobierno anárquico, de que es Rusia ejemplo y productor... Es necesario que los católicos, los hombres de orden, todos los que tienen algo que perder (honor, familia, patrimonio) (...) se dispongan a contrarrestar y a ahogar esa propaganda brutal y antipatriótica (...) que encaja plenamente dentro de la sanción punitiva de la ley social (...) El maximalismo se propaga en forma extraordinaria y si los elementos conservadores no quieren ser víctimas es necesario que se preparen para resistirlo”.¹¹

El eco de la revolución rusa entre las clases dominantes ha sido, no pocas veces, asociado con una supuesta reacción de pánico excesivo o de “terror fingido” ante los conflictos sociales emergentes desde al menos 1916.¹² Pero es más que probable que para muchos de los sectores conservadores la diversidad y expansión de las “actividades por Rusia” haya sido una suerte de campana de alarma. Muchas de dichas acciones de

Buenos Aires, abril, pp. 195-96. Pocos años después, y en relación a la revolución rusa, la *Revista de Oriente* publica una “Encuesta” cuyos propósitos señalan los editores en el copete de la nota: “La presente encuesta, que consideramos de alta importancia, ha sido hecha a varios escritores, publicistas y estudiosos. Consideramos que para los lectores de *Revista de Oriente* revistirá [sic] sumo interés al conocimiento del juicio que a las personalidades más autorizadas para hacerlo les merece algunos de los asuntos que más apasionadamente se han discutido (...) y que hoy (...) se encuentran sobre el tapete”; la primera pregunta de la mentada encuesta indica claramente la dirección del debate: “¿Cómo juzga Ud. la Revolución Rusa, su trascendencia inmediata y sus proyecciones en el desenvolvimiento histórico de los pueblos?”; véase “Encuesta” (1925), en *Revista de Oriente*, n° 2, Buenos Aires, julio, p. 32.

¹¹- La cita, de noviembre de 1918, es del diario católico cordobés *Los Principios*, en Vidal, Gardenia (2000), “El avance del poder clerical y el conservadorismo político en Córdoba durante la década del ‘20”, ponencia en Latin American Studies Association, Hyatt Regency Miami, 16 a 18 de marzo. Disponible en <http://lasa.international.pitt.edu/Lasa2000/Vidal.pdf> (última consulta: 12 de mayo de 2013).

¹²- La frase “terror fingido” es de José Luis Romero (1987: 101), y en un sentido similar se expresa David Rock (1971-72). Aunque la de Romero sea una expresión poco feliz, es evidente que apunta — como también Rock — a señalar una característica de las clases propietarias: el *sobredimensionamiento* de la amenaza, haciendo un uso instrumental de la revolución rusa a fin de legitimar la represión y galvanizar las fuerzas propias. Por supuesto, esto conlleva dos problemas; uno gnoseológico: ¿cómo saber si el temor de las clases propietarias es o no es fingido?, y, en segunda instancia, un problema historiográfico: los efectos de esa práctica son los mismos más allá de si sea o no sea fingido el temor. Pero incluso aparte de estos problemas, este enfoque de los discursos de las clases dominantes (con sus apelaciones retóricas a los “soviets”, los “maximalistas”, la “conspiración bolchevique” o el arribo de “extremistas” europeos) y de las prácticas represivas que los acompañaron, resulta insuficiente. Por un lado, porque la idea de desmesura represiva y discursiva supone una “normal” relación de dominio, opacando la específica racionalidad de la clase dominante argentina, que incluye una altísima dosis de autoritarismo e intolerancia, elididos ambos en gran parte de la historiografía de los últimos años, orientada mayoritariamente, por el contrario, a resaltar sus supuestos atributos “reformistas”. Por otro lado, porque también supone que “la coyuntura” o la configuración misma de la sociedad argentina, hacían *imposible* una real amenaza revolucionaria. Para un enfoque histórico que quiere resaltar los atributos reformistas de la élite liberal-conservadora y que ha sido tomado como una referencia por estudios posteriores, véase Zimmermann (1995); y para una penetrante crítica histórico-conceptual de dicho enfoque, Cernadas (1996/97). No podría dejar de mencionar, por su significado en relación a la apertura de dichos enfoques, *El orden conservador* de Natalio Botana. Para una escritura historiográfica que, al contrario, se interna en esa específica racionalidad propietaria, véase el excelente libro de María Ester Rapalo, *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria (1918-1930)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012. Por otro lado, habría que juzgar hasta dónde esta reacción de gran parte de los sectores dominantes implicó darle a la idea de revolución —en particular a la revolución rusa a través de figuras como el complot bolchevique dirigido desde Moscú— una mayor centralidad en los conflictos políticos y sociales. Este último es, por ejemplo, el caso de España; véase Carlos Forcadell Alvarez (1988).

solidaridad implicaban una disputa del espacio público, porque cada actividad que difundía y/o instalaba la problemática rusa dándola a *publicidad*, lo que hacía era redefinir los contornos de lo público. Ya en abril de 1917, en un mitin organizado en Plaza Once por “47 agrupaciones rusas e israelitas de Capital”, acto en el que los oradores hablan en tres lenguas diferentes, se reúne a una multitud —con gran presencia de mujeres, señala el cronista— que se convierte en una “columna de diez cuabras” que se dirigió luego “hasta Plaza Lavalle”, donde vuelven a levantarse oratorios.¹³

Además de la gran cantidad de actos, conferencias y celebraciones por distintos aniversarios vinculados a los eventos rusos, el activismo organizó jornadas de ayuda y solidaridad con los revolucionarios de los *soviets*. Para julio de 1917, en las páginas de *La Vanguardia*, el comité Cornelio Thiessen reproducía una proclama de la sección de finanzas del Consejo de Obreros y Soldados de Rusia en la que se solicitaba ayuda financiera y donaciones de todo el mundo y, anunciando el inicio de una campaña a tal fin, solicitaba donaciones a ser recibidas en distintos locales.¹⁴ El mismo día y en el mismo diario, pero en la siguiente página, el mismo comité Thiessen invitaba al Festival en homenaje a la revolución rusa, a beneficio del Consejo de Obreros y Soldados de Rusia, a realizarse el 13 de julio en el cine Callao, anunciando un programa con orquesta, himnos, números de concierto, la proyección de “tres películas cinematográficas” y la no menos importante conferencia “El momento histórico” del ingeniero Moisés Kantor.¹⁵ Unos meses antes, el Comité Pro Rusia Libre, al anunciar su constitución a los fines de ayudar a la revolución, convocaba asimismo a una campaña de donaciones para enviar a las lejanas tierras rusas.¹⁶ “Con mucho éxito se realizó la conferencia y función cinematográfica organizada por la Unión socialistas y obreros de Rusia”, y ante la presencia “de un numerosos público “hicieron uso de la palabra la

¹³.- “En homenaje a la revolución rusa” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 2 de abril de 1917, p. 1.

¹⁴.- “A favor de la revolución rusa. Recolección de fondos” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 12 de julio, p. 2. Las donaciones se recibían en Azcuénaga 252, Corrientes 2475 y Santa Fe 2502.

¹⁵.- “Festival en homenaje a la revolución rusa” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 12 de julio, p. 3.

¹⁶.- “La revolución rusa” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 21 de abril, p. 2. El Comité Pro Rusia Libre estaba formado inicialmente por J. Saslavsky, A. Saveliev, A. Kaminsky, Demetrio Aranovich, A. Chaneles. A. Zobotinsky, A. Simonov, A. Gerchunoff, M. Moiseff, G. Leibov, L. Berkman, C. Gorelik, M. Molberg, León Saslavsky, M. Sajarov, M. Curevich, D. Lerman e Ida Bondareff.. Muchos de los integrantes eran activos participantes de la Organización Socialdemócrata Obrera Judía Avangard, fundada en 1907 y de la Biblioteca Rusa, en el marco del socialismo local. Desde 1916 funcionaba un “Comité de Ayuda a los Desterrados y Trabajadores Forzados de la Rusia Zarista”, que luego de la revolución cambia su nombre por “Comité de Ayuda a los Diputados Obreros, Soldados y Campesinos”, del cual emergerá la “Unión socialistas y obreros de Rusia”, luego “Grupo Comunista Ruso”. Volveré sobre este tema más adelante. El lector interesado en el movimiento obrero judío en la Argentina puede consultar Bilsky et. al. (1986).

ciudadana Ida Bondareff y el ciudadano E. Villarreal”, informaba el diario socialista en el acto conmemorativo del primer aniversario de la febrero de 1917.¹⁷ Un “gran mitín público” titula *La Internacional* al acto conmemorativo de la revolución que la militancia comunista realizó en 1919.¹⁸ Al año siguiente, el 2 de octubre de 1920, la Unión Gremial de Obreros en Calzado anuncia para ese mismo día sábado el patrocinio de una conferencia “Por la revolución rusa” en el salón Garibaldi de calle Sarmiento 2419. Como en otros actos de este tipo —de los que aquí estamos consignando solo algunos a modo de ejemplo— las conferencias y alocuciones son acompañadas de otras actividades culturales, de modo que cuando los delegados comunistas Penelón y Greco, recién llegados de tierras rusas, relatan sus impresiones en el teatro Coliseo, lo hacen a continuación de la puesta de “En Familia” de Florencio Sánchez.¹⁹ Y la conferencia de Rodolfo Ghioldi “El arte y la educación en la Rusia Sovietista”, realizada en el cine Rívoli de Triunvirato 612 (actual avenida Corrientes al 5300) de Villa Crespo estuvo precedida de “la cinta de argumento social *El maldito veneno*” y de “números de concierto, declamación y variedades”, todo ello como parte del “Gran Festival” de la “Agrupación Comunista Estudiantil”.²⁰

En el segundo número de la revista *Compañerito*, que el Partido Comunista edita supuestamente para un público compuesto por niños y niñas, se informa que “un centenar de niños entusiastas y decididos, respondió al llamado del Comité Obrero de Ayuda a Rusia”, y el primero de mayo por la tarde, en el local de dicha entidad, se reunieron para iniciar la tarea de recolección cuyo éxito, aseguran los editores, se prolongó en una nueva reunión del 6 de mayo, en la cual unos 50 infantes constituyeron “un Comité Infantil de Amistad con los Niños Rusos”.²¹ En el siguiente número del periódico publican una fotografía de un centenar de niños y niñas posando en la puerta del Comité Pro Ayuda del Proletariado Ruso, cada uno munido de su alcancía y, nos

¹⁷.- “Conmemoración de la revolución rusa” (1918), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 30 de marzo, pp. 1-2.

¹⁸.- “Manifiesto. Gran mitín público” (1919), en *La Internacional*, 15 de noviembre, p. 1.

¹⁹.- En Greco, Juan y Penelón, José (1923e), “La conferencia de los compañeros Penelón y Greco. Impresiones de los delegados argentinos a la Rusia de los Soviets”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 1 de marzo, p. 1.

²⁰.- *La Internacional*, Buenos Aires, 16/17 de enero de 1922. Para un análisis de las fiestas y actividades culturales como parte de una cultura política de izquierda, véase Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001, en especial el capítulo IV, titulado “Tiempo libre, fiestas y teatro”, pp. 154-178.

²¹.- “La colecta del 1º de mayo pro niños rusos” (1923), en *Compañerito. Periódico mensual para los niños*, año I, nº 2, Buenos Aires, junio, p. 2.

dice el cronista, con su lazo rojo al cuello.²² Este tipo de campañas, como las que promueven los anarquistas en 1921 para ayudar a los trabajadores y campesinos rusos durante la hambruna, a pesar de que la mayoría de la militancia ácrata ya se había distanciado de la experiencia soviética, eran frecuentes.²³ Por su parte, los sindicalistas de la FORA novenaria también impulsan sus actividades solidarias en el contexto de las hambrunas en Rusia, y no pierden la oportunidad de dirigir sus dardos al Partido Comunista por obstaculizar estas tareas de recolección y envío de fondos.²⁴ Y de la campaña que promueve el Partido Comunista en 1922, *La Internacional* publica sus aportes; se trata principalmente de contribuciones de particulares, pero también de instancias colectivas de búsqueda de donaciones encabezadas por agrupamientos como la Sociedad Obreros de Lincoln, el Centro Comunista de la 6ta, el Comité Pro Socorro a Rusia de Mendoza, el Centro Comunista de la 17va (Maldonado), el Comité Pro Solidaridad con la Rusia (Moisés Ville), para mencionar a los que aparecen listados ese día.²⁵

El activismo ligado a la revolución rusa promovió, entre otras manifestaciones, la formación de distintos tipos de instituciones y agrupamientos específicos, algunos como continuación de los creados en torno a la inmigración rusa o de Europa oriental, otros compuestos por militantes solidarios o que simpatizaban con la revolución de los soviets. A los ya mencionados Comité Pro Ayuda del Proletariado Ruso, el Comité Pro Rusia Libre, el Comité Obrero de Ayuda a Rusia, deben agregarse la Federación de Organizaciones Obreras Rusas de Sudamérica, la Unión socialistas y obreros de Rusia, el Comité Argentino de Ayuda al Pueblo Ruso, entre otros. Ya en abril de 1917, en *La Vanguardia* se informa de la constitución de “un comité de repatriación de los voluntarios rusos”, integrado por O. Binschlok, R. Vaguer, Nemaier, el doctor Leiboff y Komin-Alexandrovsky que funciona en la calle Bermejo 463, dado que muchos

²².- “¡Por nuestros compañeritos de Rusia!” (1923), en *Compañerito. Periódico mensual para los niños*, año I, n° 3, Buenos Aires, julio, p. 7. En la página 12 se informa sobre la composición del Comité Infantil de Amistad con los Niños Rusos, y las actividades aprobadas en las primera asambleas, entre las que figuran: fijar “una cuota voluntaria no menor de diez centavos; rifar una máquina fotográfica cedida por el compañero Kantor; una serie de albums con postales de la actual vida en Rusia; tomar tarjetas del Comité Central cuya venta irá en beneficio del Comité Infantil; dirigirse a los periódicos *Compañerito* y *Billiken* a objeto de realizar una intensa propaganda; tras de lo cual se nombró una delegación para que se entrevistara con los redactores de esas revistas”.

²³.- Cfr., por ejemplo, “La ayuda a Rusia. Cooperación de los anarquistas” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 24 de septiembre, p. 1; “La obra de ayuda a la Rusia afligida” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 25 de septiembre, p. 3.

²⁴.- Abelardo, Juan (1922), “Nuestra solidaridad para con los obreros de Rusia”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 28 de enero, p. 1.

²⁵.- “Ayudando a la Rusia Sovietista” (1922), *La Internacional*, 8 de febrero, p. 3. Se trata de instancias colectivas vinculadas o muy cercanas al comunismo vernáculo.

militantes de la socialdemocracia rusa, perseguidos por la policía zarista, se habían exiliado en Argentina.²⁶ Una de las más notorias de todas estas instituciones fue la Asociación de Amigos de Rusia, orientada por Arturo Orzábal Quintana. Esta Asociación, que tuvo una organización gemela en Uruguay²⁷, editó una de las más importantes revistas sobre la problemática rusa, la *Revista de Oriente*, publicada entre junio de 1925 y septiembre de 1926.²⁸

Las actividades más extendidas relacionadas con la experiencia soviética eran las conferencias, que reunían un público muy numeroso, y las publicaciones de escritos sobre Rusia, ya se tratara de traducciones o de intervenciones de los militantes locales.²⁹ La relación entre conferencias y publicaciones —como en gran parte de la tradición izquierdista— era muy estrecha, pues muchas de las principales alocuciones públicas circularon luego entre un público más amplio al ser impresas. Es lo que sucede, por ejemplo, con las conferencias de Ingenieros, que se publican primero en distintas revistas, como *Claridad* o *Revista de Filosofía*, y luego compiladas con el título *Los Tiempos Nuevos*, aunque curiosamente en Madrid en 1921. Los principales periódicos socialistas, anarquistas, comunistas o sindicalistas, como *La Vanguardia*, *La Protesta*,

²⁶.- Cfr. “La revolución rusa. Comité de repatriación” (1917), *La Vanguardia*, Buenos Aires, 6 de abril, p. 3.

²⁷.- “De la Asociación Amigos de Rusia del Uruguay” (1926), en *Revista de Oriente*, n° 6, Buenos Aires, enero, p. 23. El 6 de noviembre de 1925 es la fecha fundacional de la Asociación Amigos de Rusia del Uruguay; entre los miembros de su comisión provisoria figura Virginia Volten.

²⁸.- Cuando en 1925, la Asociación Amigos de Rusia eleva una carta a la Comisión de Negocios Extranjeros de la Cámara de Diputados para que sea reconocido el régimen soviético, apoyando una petición del diputado Muzzio, uno de los argumentos que esgrimen es que residían en Argentina más de 100.000 inmigrantes provenientes de alguna de las regiones que formaban parte de la URSS, y que como otros inmigrantes, enviaban a sus familias dinero de su trabajo en Argentina (300 mil pesos en 1923, 1 millón en 1924), en “Pidiendo el reconocimiento de Rusia” (1925), en *Revista de Oriente*, n° 2, Buenos Aires, julio, p. 28.

²⁹.- Todos los relatos son coincidentes en relación a la masividad de las conferencias sobre “temas rusos”. Una idea aproximada de la cantidad de público asistente puede deducirse de las fotografías que la *Revista de Oriente* publica sobre varios de esos encuentros en 1925. Para ese año, las discusiones sobre la revolución rusa han dejado de ocupar un rol central y la prensa de izquierda ya no sigue la marcha de Rusia como lo hiciera entre 1917 y 1921. De todos modos, la concurrencia a las disertaciones sobre estos temas sigue siendo muy nutrida, como se observa en las imágenes fotográficas publicadas en la citada revista: unas 200 personas se reúnen en el teatro Mitre por el tema del barco ruso llegado a Montevideo (*Revista de Oriente*, n° 2, julio 1925, p. 19), unas 70 a 100 personas entre niños y adultos en el Festival Infantil del Socorro Obrero Internacional (*Revista de Oriente*, n° 2, julio 1925, p. 18), unos 800 a 1000 asistentes a la conferencia de V. Codovilla en Unione e Benevolenza (*Revista de Oriente*, n° 3, agosto 1925, p.18), entre 300 y 400 personas se observan en la conferencia de la Asociación Amigos de Rusia en Unione e Benevolenza (*Revista de Oriente*, n° 5, noviembre 1925, p. 18). Roberto F. Giusti, codirector de la revista *Nosotros* junto a Alfredo A. Bianchi —salvo entre 1921 y 1926, cuando es electo concejal socialista— relata sus muchas conferencias sobre temas maximalistas en La Plata, Berisso, Chivilcoy, Pergamino, Córdoba, Carlos Casares; cfr. Giusti, Roberto F. (1924), “Lenin, hombre extraordinario, creador de valores, conductor de pueblos, no morirá”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año II, n° 2, febrero, p. 3. Entrevista a Roberto Giusti reproducida de *Crítica*.

Tribuna Proletaria, La Antorcha, La Internacional, El Trabajo o *La Organización Obrera* fueron vehículos privilegiados de conferencias y escritos sobre la revolución rusa, y muchos de esos textos fueron a su vez reeditados como folletos o en compilaciones por las editoriales de los diferentes grupos políticos o intelectuales. Antonio de Tomaso relata esta verdadera política editora como respuesta a una demanda del público.³⁰ A su vez, las revistas político-culturales —como *Claridad, Clarín, Revista de Filosofía, Cuasimodo, Vía Libre, Humanidad Nueva, Babel, Crítica Social, Revista Socialista, Documentos del Progreso, Insurrexit, Revista de Oriente, Nuevos Caminos, Alborada, Prometeo*, entre otras— ampliaban el abanico de potenciales lectores al que se dirigían los periódicos.³¹ Paralela o seguidamente, las diferentes editoriales —como *La Vanguardia, Adelante, Argonauta, Documentos del Progreso, Editorial Marxista, La Protesta, Atilio Moro, El Libertario, Marinoni*, entre muchas más— aportaban también lo suyo al inundar el espacio público con ediciones baratas de escritos de autores locales y extranjeros.³² Parte importante de la lucha interpretativa sobre la revolución rusa se dirimía en el campo de las publicaciones, y bien puede hablarse de una suerte de batalla de ediciones en el campo de la izquierda en la cual las traducciones de las figuras más veneradas por una u otra corriente tienen un rol clave.

Para que el lector tenga una idea de la amplitud editorial, me permito mencionar dos ejemplos. En 1922 se publica, traducido del francés, el “Código Bolchevique del Matrimonio”, con un prólogo del doctor Alcides Calandrelli, cuya importancia, sostienen los traductores, reside en el nuevo régimen del matrimonio, de la filiación, de la tutela, de la curatela, etc. que propone la revolución rusa. Divorcio, filiación efectiva

³⁰.- En el prólogo “Al lector” de su *La Internacional y la revolución*, el diputado socialista introduce el siguiente diálogo con Mariano de Vedia y Mitre “en uno de los pasillos de la Cámara”: a la pregunta por cuándo iba a reunir sus crónicas del viaje al Congreso de la Internacional Socialista de Berna, ya publicadas en *La Vanguardia*, de Tomaso dice “¿Cree usted que vale la pena?”, a lo que su interlocutor habría respondido que sí, pues “hay en ellas cosas muy interesantes para los que quieren seguir con atención lo que pasa en el mundo, en esta hora tan grave de su historia”; en de Tomaso (1919: 5).

³¹.- En los años de esta coyuntura, *La Protesta, La Vanguardia* y *La Internacional* pasan a ser diarios, aunque no siempre logran mantener esa frecuencia, entre otras cosas debido a las políticas represivas.

³².- Muchos de los artículos publicados en diarios y revistas, luego se editan como folletos independientes; por ejemplo, el texto “La democracia funcional en Rusia” de Ingenieros, aparecido primero en la revista *Claridad* es publicado luego por editorial Adelante; ediciones La Vanguardia publica como folleto “Democracia Cuantitativa y Democracia Cualitativa” de E. Dickmann que anteriormente había salido en las páginas del periódico socialista, y los varios textos de de Tomaso que también publica dicho diario componen más de la mitad de la edición de 1921 del importante anuario socialista *Almanaque del Trabajo*. Y los anarquistas de Argonauta publican los textos de Rucker que antes difundiera *La Protesta*, y la lista podría continuar. El camino inverso, del folleto a las páginas del periódico, se verifica en ciertos casos, como es el del texto del catalán Ángel Pestaña, *Memoria que al Comité de la Confederación Nacional del Trabajo presenta de su gestión en el II Congreso de la III Internacional*, publicado en Madrid por Biblioteca Nueva Senda en 1921, y que al año siguiente aparece en ocho entregas en *Bandera Proletaria*, entre el 17 y el 25 de octubre de 1922.

e igualdad de derechos de todos los hijos (incluso de aquellos nacidos de relaciones extramatrimoniales), el lugar igualitario de hombres y mujeres en las relaciones matrimoniales y/o parentales, eran algunos de los temas que esta codificación ponía en discusión para horror de la opinión católica y conservadora. Lo interesante es que la editorial que lo publica es Tor, la que fundara en 1916 Juan Carlos Torrendel (y su padre), rápidamente devenida una máquina empresarial de ediciones baratas.³³ Al año siguiente, el editor Manuel Gleizer encarga a Julio Fingerit la traducción del libro del economista alemán Alfonso Goldschmidt, *Moscú: diario de un viaje a la Rusia Soviética*.³⁴ Gleizer recién iniciaba su actividad de editor desde la Librería La Cultura en el barrio de Villa Crespo —lugar de encuentro de parte de la bohemia— dedicándose principalmente a la publicación de una arco variadísimo de autores locales, algunos ya consagrados y otros, no pocos, nuevos.³⁵ Si bien es probable que en su elección del libro de Goldschmidt haya influido el hecho de que Gleizer había nacido en un pueblo moldavo de la Rusia zarista y que el alemán había estado en Argentina el año anterior a la edición castellana, el encargo de la traducción no deja de ser indicativo de los alcances que la temática rusa tenía en ámbitos diversos de la cultura vernácula. Así, la experiencia soviética se cultiva en ambientes casi contrapuestos; por un lado, el de la bohemia que cosecha cada libro como un evento especial, aun cuando para algunos historiadores, la de Gleizer haya sido la primera editorial profesional³⁶; por otro lado, despierta el interés de un emprendimiento puramente empresarial que seguramente apreciaba para esta edición de tema bolchevique, un público lector bastante más amplio que el que cultiva la bohemia.

³³.- *Código Bolchevique del Matrimonio*, Buenos Aires, Tor, 1922. Prólogo de Alcides Calandrelli. Traducción del francés de Julio A. Araujo Muller y Enrique Bares Peralta. Es preciso señalar que la etapa de oro de la editorial Tor será entre 1930 y 1959, cuando promedia la publicación de uno a dos libros diarios en una infinidad de colecciones y sellos editoriales. Véase Abraham, Carlos (2012), *La editorial Tor. Medio siglo de libros populares*, Buenos Aires, Tren en movimiento. En la contratapa de la edición del Código Bolchevique del Matrimonio, puede leerse la signatura del sello editor: “Tor. Todo negocio referente a papel impreso”.

³⁴.- Goldschmidt, Alfonso (1923), *Moscú: diario de un viaje a la Rusia Soviética*, Buenos Aires, Manuel Gleizer. Traducción de Julio Fingerit.

³⁵.- Como Jorge Luis Borges, José Luis Pagano, Manuel Gálvez, Leopoldo Lugones, Arturo Cancela, Macedonio Fernández, Alberto Gerchunoff, los hermanos González Tuñón, Leopoldo Marechal, Alberto Palcos, Ricardo Sáenz Hayes, Luis Franco, César Tiempo y muchos más.

³⁶.- Víctor García Costa (2005), “Manuel Gleizer. El último romántico de los editores”, en elarcadigital. Publicación semanal de la Caja de Ahorro y Seguro S. A., n° 94, Buenos Aires, enero. www.elarcadigital.com.ar/modules/revistadigital/pdf.php?id=769. Las ediciones de Gleizer eran a bajo precio, como las de editorial Claridad —surgida en el mismo año de 1922— bajo la dirección de Antonio Zamora, y las de Minerva de Santiago y Leonardo Glusberg, fundada dos años después.

La serie de actividades incluía una que fue creciendo en importancia en relación a saber y comprender lo que estaba sucediendo en aquel rincón del mundo: el viaje.³⁷ Los viajeros que dejan su testimonio y cuyas impresiones circulan como entrevistas, folletos, notas periodísticas, etc. fueron hombres y mujeres que se dirigieron a Rusia desde todo el mundo y entre ese universo de viajeros destacan los que partieron desde tierras rioplatenses. Un listado incompleto debe contar a Miguel Masevich, activista del Grupo Comunista Ruso, quien asiste al II Congreso de la Internacional Comunista y escribe desde Moscú para *La Internacional* en junio de 1920³⁸; a Rodolfo Ghioldi, que viaja en mayo de 1921 al III Congreso de la IC; a sus compañeros de partido José Penelón y Juan Greco que viajan al IV Congreso de la IC de septiembre de 1922 y que permanecen en Rusia hasta marzo de 1923 como también a la delegación “frentista” al mismo congreso, compuesta por Cosme Givoje y Pedro Presas; al comunista uruguayo Franciso R. Pintos; al sindicalista Martín García en 1927; a Abraham Resnik, que viaja también ese año y a su vuelta publica “Teatro revolucionario de la Rusia Soviética”. En 1925 se traslada a la Rusia soviética Moisés Kantor —cuya foto de despedida por el PC de Berisso se publica en la *Revista de Oriente*³⁹— y Victorio Codovilla lo hace en noviembre de 1924. Komin-Alexandrovsky, del ala de los *izkrovzes* del grupo Avangard y militante del Grupo Comunista Ruso, viaja con su familia en 1920, como delegado de

³⁷.- Sylvia Saítta ha publicado una compilación de relatos de viaje titulada *Hacia la revolución* (2007), pero los textos allí reunidos de quienes viajaron en los primeros años de la revolución son escasos; por otra parte, la autora, al retomar la idea de la revolución como *un lugar* (Halperin Donghi, 2000; Pittaluga, 2000a) y ubicarla como la noción articuladora de su intervención, presta atención a la semejanza estructural de esas narraciones con la literatura de viajes, más allá de sus diversos motivos. Por lo demás, Saítta se detiene en la “constatación” de que los viajeros argentinos habrían estado más pendientes en observar “realizaciones” que a la revolución misma —y esto probablemente derive de leer esas primeras reseñas a la luz de las narraciones de viaje de las décadas siguientes a la Unión Soviética y más adelante a China y Cuba. Del período inicial de la revolución en Rusia, sólo comenta brevemente los informes de viaje que Rodolfo Ghioldi envía para *La Internacional* en 1921, y la publicación en Buenos Aires de libros como *Moscú*, de Alfonso Goldschimdt. Este sesgo de los trabajos y una deriva de la noción de *lugar* más vinculada a lo que denomina “espacialización” de la revolución, “un *lugar* determinado en el mapa” (Saítta, 2007: 11; 2008: 81), junto a la recuperación de la tesis de Sarlo —que para un sector de intelectuales hasta entonces marginales, la revolución como principio de transformación radical de la realidad pudo ser invocada para fundamentar la constitución de una nueva cultura y la modificación de los lugares sociales consagrados (Sarlo, 1988)—, hacen de los relatos de viaje instancias más bien proyectivas de lo que ya se sabría, como si no hubiera marca alguna de la experiencia revolucionaria en los relatos de quienes transitaron los caminos de la Rusia soviética en su primera década de existencia.

³⁸.- Masevich, Miguel [Mashevich, Major Semionovich] (1920), “Noticias de Rusia. Una interesante carta del compañero Masevich”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 11 de septiembre, p. 2. Aunque según Víctor JEIFETS (2013) no hay documentación en los archivos del ex RGASPI que acredite su participación, Isidoro Gilbert sostiene que actúa como representante del PSI en el II Congreso de la IC en 1920 (Gilbert, 1994: 38).

³⁹.- *Revista de Oriente*, n° 4, octubre 1925, p. 19. En la fotografía, más de una treintena de trabajadores, entre los que destacan tres mujeres, posan alrededor de una mesa; al fondo, una bandera con la consigna “Obreros de todos los países, uníos. Partido Comunista (sección Berisso). Todo el poder al proletariado” junto a una imagen de Lenin, ornamentan la habitación. El epígrafe de los editores reza: “Obreros de Berisso despidiendo al profesor Moisés Kantor antes de su partida para Rusia”.

la Federación de Organizaciones Obreras Rusas de Sudamérica, aunque también lleva un informe del recién creado Partido Socialista Internacional y regresa a la Argentina temporalmente, entre 1921 y 1922, como representante de la Tercera Internacional y de la Internacional Sindical Roja, para luego instalarse definitiva en Rusia desempeñándose como mecánico y luego como director de distintos trusts industriales, mientras en Buenos Aires se publica su *Impresiones de un viaje a la Rusia soviética*.⁴⁰ Los “anarco-bolcheviques” también viajan: José Vidal Mata, líder agrario de la UTA, lo hace en 1929 y publica a su vuelta el libro *La verdad sobre Rusia*⁴¹; y el médico Lelio O. Zeno, de regreso de una estadía de seis meses en el Instituto médico Sklifosovsky, invitado por su director, regresa y edita *La Medicina en Rusia*.⁴² Atilio Biondi, ex militante de la corriente anarco-bolchevique viaja en 1927, ya como sindicalista. También Augusto Pellegrini, editor de *La Batalla Sindicalista* y dirigente de la Federación Sindicalista Revolucionaria se traslada al territorio de la revolución a fines de 1922, mientras el escritor Alejandro Castiñeiras, que recibiera una carta de Anatoli Lunatcharsky felicitándolo por su libro *El Alma de Rusia*, lo hace en 1927.⁴³ A esta nómina muy parcial de viajeros que además eran hombres de izquierda, se sumaban aquellos otros que se desplazaban desde otros lugares del planeta pero cuyos relatos se traducían para los lectores locales o, directamente, escribían para ser publicados en Buenos Aires, como el caso del jurista y periodista español Julio Álvarez del Vayo, cuyos relatos de su viaje por Rusia, compilados bajo el título *La Nueva Rusia* y editados en Madrid por Espasa-Calpe en 1926, están dedicados a “Jorge A. Mitre. Director de *La Nación* de Buenos Aires, con gratitud y afecto”, pero que con anterioridad aparecen también en las páginas de distintas publicaciones del espacio de izquierda. O el ya mencionado ejemplo del relato del sindicalista catalán Ángel Pestaña que asiste al II Congreso de la Tercera Internacional a mediados de 1920. También se publican numerosos textos del escritor y activista de la IWW, John Reed, del socialista español

⁴⁰.- Alexandrovsky, Komin (1921), *Impresiones de un viaje a la Rusia soviética*, Buenos Aires, s/e.

⁴¹.- Vidal Mata, José (1930), *La verdad sobre Rusia*, Informe presentado a la Alianza II por su delegado en la Unión Soviética, Buenos Aires, Edición de la ALA.

⁴².- Zeno viaja por segunda vez a Rusia para dirigir un centro de traumatología en el Hospital Basmanaia; cfr. Tarcus (2007: 720-21).

⁴³.- “El ilustre Anatolio Lunatcharsky ha felicitado a Alejandro Castiñeiras por *El alma rusa*” (1923), en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, n° 10, noviembre, p. 7.

Fernando de los Ríos, del corresponsal americano Gregorio Jarrós, y de muchos otros como Víctor Serge, Emma Goldman, Andreu Nin, Rudolf Rocker o Agustín Souchy.⁴⁴

Qué y cómo leer

Un comentarista del libro de Goldschmidt daba cuenta de la gran cantidad de escritos que había sobre la actualidad —en referencia a los sucesos revolucionarios— y que esa multiplicidad de testimonios era un índice del vínculo pasional que los diferentes escritores tenían con los temas tratados, de modo que había más de una divergencia, no sólo interpretativa, sino que ese desacuerdo se trasladaba a los mismos hechos narrados.⁴⁵ Y agregaba: “¿Sabrán ellos [los historiadores del futuro; RP] lo que nosotros, con más ventajas acaso, no sabemos? ¿Será la Historia una construcción irreal; no más que la «fantasmagoría» de que hablaba Schopenhauer?”⁴⁶ La interrogación tenía un alcance doble.

Por un lado, era una referencia a la confiabilidad de las distintas y hasta opuestas informaciones. Es que la variedad y amplitud de las actividades relacionadas con la revolución rusa emerge sorteando paulatinamente las dificultades relativas a la información y a sus medios. ¿Qué sucede en Rusia? ¿Quiénes informan y cómo acceder a un conocimiento no teñido por la propaganda contrarrevolucionaria?⁴⁷ En los primeros tiempos, la problemática de la revolución está asociada directamente a la de la guerra, e incluso para muchos comentaristas la propia “revolución de febrero” se inscribe en el marco del conflicto bélico y es una de sus consecuencias. Los cables de las principales agencias internacionales (Associated Press, Overseas, News Agency de Berlín, Reuter) explican la revolución rusa como un enfrentamiento bélico entre aliadófilos y germanófilos, como una lucha, en Rusia, entre quienes quieren intensificar el esfuerzo

⁴⁴.- Habría que agregar, aquí, a los “viajeros en sentido contrario”, los nuevos emigrados que llegaron a la Argentina perseguidos por los bolcheviques; me refiero, por ejemplo, al anarquista ucraniano Anatol Gorelik, encarcelado primero en Rusia y luego liberado —probablemente debido a la presión de los delegados asistentes a la reunión de la Internacional Comunista— quien arriba a la Argentina en 1922, y desarrolla aquí una importante obra crítica sobre el régimen en Rusia; véase al respecto la compilación de Frank Mintz, *Anatol Gorelik El anarquismo y la revolución rusa*, Buenos Aires, Libros de Anarres/Terramar Ediciones, 2007.

⁴⁵.- “El libro de Alfonso Goldschmidt sobre la Rusia Soviética” (1923), en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, n° 11, diciembre, p. 2.

⁴⁶.- *Ibidem*.

⁴⁷.- Una primera aproximación a este tema en Falcón (2000: pp. 338-340).

de guerra y eliminar las influencias alemanas, y quienes pretenden realinear a Rusia y detener la guerra con las potencias centrales. Es así que un sinnúmero de cables y notas periodísticas, que la prensa de izquierda publica de modo diferenciado, enfatizan el tema de la continuidad (o no) de Rusia en la guerra, presentado toda tentativa pacifista como peligrosa y reaccionaria, incluso cuando esas propuestas de finalización del conflicto bélico son impulsadas por los socialistas occidentales.⁴⁸ Pero a medida que las noticias de la revolución comienzan a cobrar importancia por el propio hecho revolucionario, las informaciones y cables telegráficos de las grandes agencias se harán más confusos; “¡vaya uno a entenderse en el caos de telegramas contradictorios!”, protestaba Augusto Bunge al referirse a la situación rusa a principios de 1918.⁴⁹ Desde los primeros momentos, los editores de la prensa de izquierda tienen distintas estrategias de publicación de los cables informativos. Por ejemplo, mientras *La Vanguardia* parece publicar todos los cables, incluso aquellos que claramente expresan su hostilidad a la revolución en Rusia —desde las primeras noticias del febrero ruso— componiendo entonces un cuadro amplio y contradictorio en una sección casi permanente durante 1917 y buena parte de 1918⁵⁰, los editores de *La Protesta* optan por publicar sólo uno o dos, pero comentándolos, es decir, se proponen leer *a través* de los cables, y al mostrar sus contradicciones, realizar una lectura política de “las informaciones burguesas”, extrayendo de esa lectura conclusiones provisorias sobre lo que podría estar pasando en Rusia.

La prensa informativa se convierte rápidamente en un campo de batalla en el que también se juega parte de la revolución, de sus significados. En la entrevista que el corresponsal de *L'Humanité*, Renato Arcos, realiza a Pablo Birukof y que en 1919 publica *La Vanguardia*, el ejecutor testamentario y crítico biográfico de Tolstoi, tiene entre sus principales propósitos el de acercar al público lector una información más fidedigna que la que ofrece la gran prensa en el marco del “cordón sanitario” impuesto por la Entente a la Rusia soviética. El crítico y educador Birukof condena las mentiras de la “prensa burguesa”, como esa falsa noticia de la profanación de la tumba de Tolstoi y de la destrucción de la finca Yásnaia Poliana que había sido convertida en museo a la

⁴⁸.- Véase, por ejemplo, el cable publicado en *La Vanguardia* el 21 de junio de 1917, p. 2.

⁴⁹.- Bunge, Augusto (1918), “La guerra moribunda”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1º de enero, p. 3.

⁵⁰.- Entre muchos ejemplos, el siguiente expresa la primacía de la posición aliadófila de la dirección del PS, que no duda en saludar la intervención aliada en Rusia: “Por las últimas noticias, parece que el movimiento antimaximalista se acentúa. Hasta se habla de la huída de Lenin y Trotzky a Kronstadt. De confirmarse el anuncio, sería patente el tacto con que los aliados eligieron la hora de su intervención”, en “Notas del exterior. Rusia ante la intervención aliada” (1918), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 13 de agosto, p. 1.

muerte del escritor.⁵¹ Manuel Lorenzo Rañó, periodista y editor socialista del barrio de Boedo, devenido comunista, denunciaba que “la prensa burguesa, ávida de trastornar la mentalidad del pueblo con espeluznantes relatos de escenas horrorosas, pone en movimiento un ejército mercenario de la pluma para describir magistrales cuadros diabólicos que achacan a la acción de las masas obreras allí donde aparece el *bolshevismo*”, término —agrega— que la gran prensa y la burguesía usan despectivamente, pero que para los trabajadores “expresa la culminación de una esperanza acariciada siglos ha por los esclavos del salario”.⁵² En *La Organización Obrera*, un artículo firmado por Rademal, convoca a combatir “[c]ontra la confabulación capitalista, contra la campaña calumniosa del periodismo servil y mercantilista, contra los que instigan, estimulan y ayudan al desgarramiento ruso”, y Augusto Pellegrini ataca con singular dureza un texto “infame” de Max Nordau.⁵³ Y los libertarios que editan *Cuasimodo* revelan que no sólo las noticias son falsificadas, sino que además de las notas falsas existen periódicos falsos que usurpan los nombres de los de la izquierda, como *Isvestia* o *Pravda*.⁵⁴ El periodista español Gabriel Alomar, en una nota reproducida tanto por *La Protesta* como por *La Vanguardia*, sostiene que Occidente ha mostrado “en forma demasiado burda, su voluntad de desfigurar y hacer odiosa la revolución rusa”, con un afán explícito por dificultar el conocimiento de esa renovación social y política.⁵⁵ No sólo, continúa Alomar, porque ha interpuesto un verdadero muro entre dos grupos de la humanidad —el llamado “cordón sanitario”— sino que ha difundido sin ningún tipo de comprobación “las más absurdas calumnias”, desde “la comunidad de las mujeres hasta la estatua de Judas Iscariote, desde la renovación del mito de Herodes con el supuesto exterminio de los niños como represalia

⁵¹.- Arcos, Renato (1919), “En la República de los Soviets. Una entrevista con Pablo Birukof”, I, en *La Vanguardia*, 31 de julio, p. 1. Al reproducir la nota, los editores de *La Vanguardia* se hacen eco de la poca confianza en la prensa occidental de los grandes medios y las agencias de noticias.

⁵².- Lorenzo Rañó, M. (1919), “Programa del Grupo Spartacus. La Revolución Socialista en Alemania”, Buenos Aires, Editorial Marxista, p. 3. También el georgista Cándido Villalobos Domínguez acusa el carácter tendencioso de los cables aliados, y acusa a Olindo Malagodi y Edward L. Keen de amplificar esas distorsiones interesadamente; véase, Villalobos Domínguez, C. (1917), “El antimaximalismo”, primera parte, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 30 de noviembre, p. 3.

⁵³.- Véanse, respectivamente, Rademal (1919), “Consideraciones sobre la revolución rusa”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 3, y Pellegrini, Augusto (1920), “Una infame filípica antibolchevique”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 4 de septiembre, p. 4. Más adelante, en campaña solidaria por el hambre en Rusia, los editores del mismo periódico de la FORA sostienen que “en materia de noticias telegráficas de Rusia, no creemos nada. Tanto ha mentido el cable que nos recuerda aquella útil prevención infantil: en boca mentirosa la verdad se hace dudosa”, en “El hambre en Rusia” (1921), en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 3 de septiembre, p. 2.

⁵⁴.- “Escrupulosidad de los métodos de propaganda antibolshevique” (1921), en *Cuasimodo*, n° 17, 1° decena de mayo, pp. 2-3.

⁵⁵.- Alomar, Gabriel (1920), “El mito de moda ¿Qué opino del bolchevismo?”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de marzo, pp. 2-3.

de la guerra civil, hasta la sustitución de los nombres personales por números”.⁵⁶ Para una época que se supone ya más desprovista de las primeras pasiones, Haya de la Torre, sin embargo, encuentra en la gran prensa internacional, el mismo tipo de fabulaciones, y las adjudica al sostenido encono con una revolución de carácter universal.⁵⁷ En una nota destinada al latinoamericanista periódico *Renovación*, el dirigente peruano apunta que le resulta inexplicable que “esa propaganda sea grotescamente mentirosa” y que, a la vez, “logre engañar al mundo”.⁵⁸ Y luego de reseñar que la gran prensa occidental —que él leía en Moscú— sostenía que el patriarca moscovita estaba detenido, que las obras de Tolstoi y Kropotkine habían sido prohibidas, que una bomba había estallado en el mausoleo de Lenin, noticias todas éstas que el peruano desmiente una por una, termina señalando, con cierto toque de humor:

“La prensa italiana y *The Chicago Tribune* dieron la noticia máxima este verano: «En Moscú los bolcheviques caminan desnudos; hombres, mujeres y niños». Largos artículos condenatorios venían enseguida. Se decía que en calles y plazas de la capital soviética, las gentes, especialmente los jóvenes, caminaban completamente con la carne al sol. La *Action Française* tuvo palabras de exorcización y el *Times* trató el asunto con una repugnancia infinita... Los caricaturistas rusos tuvieron motivos muy abundantes”.⁵⁹

El artículo de Haya de la Torre dirige toda su atención a las mentiras y distorsiones que desde 1917 produjo el “periodismo libre”, pero deja de lado las sospechas y certezas que se tenían sobre la censura bolchevique, incluso sobre la agencia bolchevique ROSTA (Rossiykoye Telegrafnoye Agentstvo).⁶⁰

La revista del Ateneo Universitario, *Clarín*, fue uno de los terrenos en los que afloró esta cuestión. Por un lado, porque en sus páginas hay críticos y defensores del régimen bolchevique, aunque con predominio de los primeros. Escriben quienes pueden elogiar la comunista *Documentos del progreso* porque reproduce información fidedigna y también dejan su opinión quienes celebran el libro antibolchevique y antisoviético *La Internacional y la revolución* de Antonio de Tomaso o comparan positivamente a los

⁵⁶.- *Ibíd.*, p. La referencia a la “comunidad de las mujeres” alude a la “noticia”, muy difundida, de que los bolcheviques habían decretado la “nacionalización o socialización de las mujeres”, un rumor que sólo puede hallar eco en donde se las considere como propiedades.

⁵⁷.- Haya de la Torre (1925), “La prensa grande y la Revolución Rusa (Apuntes para *Renovación*)”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año III, n° 1, enero, p. 4.

⁵⁸.- *Ibíd.*

⁵⁹.- *Ibíd.* Véase también el editorial del n° 114 de la revista *Los Pensadores*, de septiembre de 1925, titulado “Destilería de veneno contra Rusia”, donde se denuncia “la Rusofobia” de la prensa nacional, en particular *La Razón* y *La Prensa*.

⁶⁰.- La Agencia ROSTA surge de la reformulación de la Agencia Telegráfica de San Petesburgo —creada por el zar— al fusionarse con el Gabinete del Prensa del Comisariado del Pueblo, iniciando sus funciones en septiembre de 1918.

regímenes occidentales frente al emergente gobierno soviético. Pero por otro lado, en sus páginas se hace explícita la disputa por quién dice la verdad sobre Rusia. Para hacer frente al problema levantan un artículo sobre la temática, publicado en la revista *España*⁶¹, de Julio Álvarez del Vayo, jurista y corresponsal español que —como se señaló más arriba— también escribe para *La Nación* de Buenos Aires.⁶² En dicha nota, Álvarez del Vayo sostiene que el miedo por la revolución rusa, miedo ante la potencial desaparición de las clases sociales, ha provocado que “con el mismo desenfado habl[e] hoy de los peligros del bolchevismo una portera que el más respetable miembro de la Academia de Ciencias Políticas”. Ese “miedo igualitario” atraviesa al apostador, a “la dueña del burdel (...) horrorizada [ante] esa ley repugnante de la socialización de las mujeres”, al científico que ve “a sus hermanos de ciencia condenados en Rusia a los más bajos menesteres de la limpieza urbana”, como también al “nuevo rico” y al que sueña con serlo. El origen de ese miedo, agrega el español, es el periodismo, pues “jamás se vio una turbamulta tan osada de mediocres *reporters* erigidos en intérpretes de la tragedia de un pueblo (...) Ellos son el verdadero peligro”, pues “desde las columnas de los grandes periódicos laboran cada día, con tenacidad y fecundidad insoportables, en pro del entontecimiento del mundo”.⁶³ Inmediatamente recomienda algunos corresponsales: al inglés Arthur Ransome del *Daily News*, a los periodistas del *Manchester Guardian* Philips Price y W. T. Goode, al alemán Alfons Paquet, de quienes dice: “Ninguno de ellos es bolchevique; pero los cuatro son inteligentes. Los

⁶¹.- La revista *España* fue fundada en 1915 por Ortega y Gasset, y dirigida entre 1916 y 1923 por el socialista Luis Araquistain —cuyas intervenciones sobre la revolución rusa también son recogidas por distintos periódicos de la izquierda rioplatense. En un principio, la revista analiza la revolución rusa desde el prisma de sus repercusiones en la guerra y la valora desde su propia posición aliadófila, por lo que las políticas bolcheviques son criticadas dado que supuestamente debilitaban a la Entente —posición similar a la de la mayoría de los dirigentes del socialismo argentino. Las críticas se dejan mayoritariamente en manos de dos “expertos” cuyos textos también circulan en Buenos Aires en las páginas de *La Vanguardia*: Nicolás Tasin y N. J. Minsky, ambos sumamente hostiles a los bolcheviques y al derrotero de la revolución desde octubre de 1917. Luego de finalizada la guerra, los artículos del socialista Nuñez de Arenas y del periodista Julio Álvarez del Vayo componen una mirada más equilibrada. Al respecto, puede consultarse Elorza, Antonio (2004), “Contexto Histórico de la formación del PCE”, en AA.VV., *Contribuciones a la historia del PCE*, Madrid, FIM Fundación de Investigaciones Marxistas, pp. 11-45. También el artículo de Luciano Luciérnaga en la misma revista *Clarín* indica que *España*, hasta poco antes de 1920 en vista de su extrema inclinación aliadófila, combatía sistemáticamente a la revolución rusa, posición que habría empezado a matizarse desde ese año; véase Luciérnaga, Luciano (1920), “Crónica Internacional”, *Clarín*, Buenos Aires, n° 19, 4 de marzo, p. 6.

⁶².- Álvarez del Vayo, Julio (1920), “Notas sobre Rusia”, en *Clarín*, Buenos Aires, n° 13, 20 de enero, p. 8. Para esta época, Álvarez del Vayo era un abogado y periodista, que trabajaba de corresponsal de la prensa liberal, como *La Nación* de Argentina, el *Manchester Guardian* y *El Sol* y *El Liberal* de España. El viaje a la Rusia soviética será un punto de inflexión en su vida, pues se acerca al socialismo, lucha posteriormente por la República en la guerra civil y finalmente integra el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, organización que combate a la dictadura franquista desde la clandestinidad.

⁶³.- *Ibidem*.

cuatro han estado en Rusia y la han visto de cerca y no a través de una serie de recortes tendenciosos y de telegramas falsos”.⁶⁴

Ese universo de lecturas confiables que recomienda el español se corresponde bastante con el que eligen los principales intérpretes de la revolución rusa en Argentina. Las *Seis semanas en Rusia* (1919) de Arthur Ransome —pero también *The Crisis in Russia*⁶⁵ de 1920—; “El andamiaje de la Nueva Rusia” de Willfred R. Humphries que Ingenieros traduce para la *Revista de Ciencias Económicas* en 1920⁶⁶; *El bolchevismo en acción* (1920) de W. T. Goode; *Una legislación comunista* (1920) de Raoul Labry; *Les bolchevikis* (1919) de Etienne Buisson; el informe del integrante de la delegación norteamericana Lincoln Steffens, originalmente en *The Nation* de New York (1919) y que es traducido y publicado para *Documentos del progreso* en marzo de 1920; *Rusia en las tinieblas* (1920) de H. G. Wells, editado por Calpe en Madrid; *En la Rusia comunista. Cartas desde Moscú* (1921) de Alfons Paquet, también editado en Madrid, a los que se suman textos de Lenin, de Trotsky, Radek, Zinoviev y otros bolcheviques⁶⁷, constituyen una suerte de biblioteca común a casi todos los comentaristas de la revolución. Estos autores, por lo demás, son publicados en los diarios y revistas de la izquierda local, o sus textos son editados como libros o folletos.

A estas lecturas se añaden aquellos autores más afines a la temática en discusión o a la orientación política e ideológica del comentarista. De modo que varios de los socialistas críticos del bolchevismo apelan a los textos de Nicolás Tasin, de Gregoire Alexinsky⁶⁸, de Victorov-Toporov (*La première année de la révolution russe, mars*

⁶⁴.- *Ibidem*. Los editores de *Clarín* siguen el consejo de Álvarez del Vayo, y en el n° 15 de la publicación, de febrero de 1920, reproducen un texto de Alfons Paquet como parte de esas “fuentes documentales insospechadas”; véase Alfons Paquet (1920), “El bloqueo de Rusia”, en *Clarín. Revista quincenal editada por el Ateneo Universitario*, n° 15, Buenos Aires, 2 de febrero, p. 8.

⁶⁵.- Véase el comentario de Orzábal Quintana, Arturo (1921a), “La situación actual de Rusia”, *Revista de Filosofía*, n° 3, mayo 1921, pp. 426-35.

⁶⁶.- Humphries, Willfred R. (1920), “El andamiaje de la Nueva Rusia”, en *Revista de Ciencias Económicas*, año VIII, n° 84 y 85, Buenos Aires, junio y julio. Traducción de José Ingenieros.

⁶⁷.- Si bien se publican diversos textos de autores bolcheviques, los más citados son *El Estado y la revolución proletaria* —del que circulan varias ediciones, incluso una uruguaya de 1919 y la española realizada por la revista *España* como también versiones en francés— y “Carta a los trabajadores americanos” de Lenin, y *El triunfo del bolchevismo* de L. Trotsky, editado en Madrid por Biblioteca Nueva.

⁶⁸.- De quien un corresponsal del *Manchester Guardian* habría dicho: “Alexinsky, enemigo acérrimo del bolshevikismo, me dijo que a Lenine le guardan chinos, letones y húngaros. Pues bien, esto es absolutamente falso; lo era a lo menos durante mi visita a Moscú. Lenine iba por las calles sin guardia y la del Kremlin la formaban unos cuantos jóvenes soldados rusos y ningún chino”; véase “La situación en Rusia. Observaciones de un corresponsal” (1919), en *La Internacional*, 1° de noviembre, p. 2. Trad. de *Manchester Guardian*. La afirmación viene a cuento porque circula la noticia en la gran prensa occidental que afirma que los bolcheviques contratan “hordas de mercenarios chinos”. Por otra parte, en *La Internacional* se acusa a N. Tasin de anunciar falsamente la muerte de Gorki; cfr. “La obra de los soviets” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 9 de enero, pp. 1-2.

1917 et mars 1918, Berna, Agencia de la prensa rusa, 1919), de Kerensky (*La Russie des Soviets d'après les bocheviks eux-mêmes*, Paris, 1920), al libro del barón Boris Nolde, *Le regne de Lenine* (Paris, 1920), a publicaciones como el “Informe de la delegación laborista británica a Rusia” (1920), o a informes de los socialistas y liberales rusos exiliados. Los comunistas argentinos, por su parte, citan y editan a los comunistas europeos como Fritz Rück, Humberto Terracini, Eduardo Torralba Beci, Juan Andrade o Adolf Warski, además de toda la dirigencia bolchevique, a Víctor Serge y Andreu Nin. *La Vanguardia* levanta varios artículos del diario conservador *Les Temps*⁶⁹ de Paris, sobre todo en los primeros tiempos; de allí que el grupo socialista que publica *Claridad*, en su número 5 de abril de 1920, salude la reorientación de *La Vanguardia* que creen que acompaña la asunción de su nuevo director, Nicolás Repetto, pues ya no se atacará a los bolcheviques ni se elogiará “a traidores como Ebert ni a incoloros como Bernstein y Kerensky”. Además del cuestionado diario parisino, otras publicaciones a las que recurre la dirección editorial de *La Vanguardia* son la italiana *Avanti*, la francesa *L'Humanité*, la norteamericana *Forward* y la neoyorquina *The Nation*. Artículos de estas mismas publicaciones de orientación progresista o izquierdista, como también los que pueden ser levantados de *The Liberator* dirigida por Max Eastman en los '20, de la neoyorquina *The Call Magazine* o de la británica *The New Statesman*, son reproducidos en la prensa y las revistas del PCA y en las del universo anarquista. Y en temas específicos, como educación, todas las publicaciones recurren a la traducción de discursos, informes o artículos de Lunatcharsky, principalmente, y de Krúpskaya o de los visitantes extranjeros.

Muchos textos son informes de informes, relatos de relatos. Como ejemplo, mencionemos un informe sobre la educación en Rusia, publicado por la revista *Claridad* en 1920 con el título “El atosigamiento de fechas y las angustias del examen son reemplazadas por una verdadera educación para la vida civil”: el artículo es una reseña sobre un libro de Lunatcharsky realizada por el encargado de Negocios de Estados Unidos en Estocolmo, quien a su vez toma como base informativa un artículo del periódico sueco *Politiken* publicado el 3 de junio de 1919. Muchos de los relatos que ofician de fuente documental para el comentario e interpretación proceden de funcionarios europeos o norteamericanos, que destacan por su sobriedad sobre todo en

⁶⁹- “El gran órgano conservador” es la denominación con la que lo designan los mismos editores de *La Vanguardia* en el artículo “La revolución económica” (1918), *La Vanguardia*, Buenos Aires, 13 de agosto.

temas de cultura y educación. La necesidad de difundir lo que sucede y a la vez de brindar una base documental para el análisis impulsó las traducciones, como las citadas del libro *Moscú* de Goldschmidt o el *Código Bolchevique del Matrimonio*; la edición del *Código Penal de la Unión Rusa de las Repúblicas del Soviet*, traducido directamente del ruso por el doctor Marcos Rabinovich y editado por Restoy Doeste en 1925; o la publicación de la Constitución de la República Federativa Socialista de los Soviets aprobada en enero de 1918 en el III Congreso Panruso de los Soviets en las ediciones de *La Vanguardia* de los días 13 y 14 de noviembre de 1918. En una dirección similar, la *Revista de Oriente* informa de sus actividades de difusión e intercambio con grupos del exterior y de la Rusia revolucionaria, asegurando a sus lectores que las provechosas relaciones con “los secretarios de *Les Amitiés Nouvelles*, *La Russie Nouvelle*, y *Clarté*, en París” y con la “Société des relations culturelles entre l’Union des R. S. S. et l’étranger de Moscú”, permitirán el envío de material inédito para publicar en la revista además de remitir a esas organizaciones hermanas las obras de intelectuales argentinos, tal como lo han solicitado.⁷⁰ No poca de esta entusiasta y dilatada actividad de traducción y publicación de textos más confiables o afines —cuyo paradigma es la comunista *Documentos del progreso*— se debía a las relaciones militantes entre activistas radicados en la región rioplatense y quienes se encontraban en Europa.⁷¹

La lucha interpretativa se situaba también en el terreno de la producción de la objetividad, de la evidencia. Como señalaba Juan Greco: “... en efecto, no es suficiente afirmar. Es menester *evidenciar* con hechos lo que se afirma”.⁷² Este es el otro sentido de la interrogación que se hacía el reseñista del libro de Goldschmidt antes citado, el de la necesidad de construir la evidencia, *poner* lo que se presenta “ante la vista”. De allí que José Penelón recurra a los discursos de los adversarios para fundamentar la “objetividad” de los logros soviéticos, citando al dirigente del Partido Radical Francés y presidente de la Bolsa de Comercio y Prefecto de Lyon, M. Henriot, autor de *La Nueva Rusia*; o la publicación en *Documentos del Progreso* del “Informe de capitán W. W.

⁷⁰.- *Revista de Oriente*, nº 2, Buenos Aires, julio 1925, p. 33.

⁷¹.- No son pocos los artículos que están acompañados por copetes como los siguientes: “Un compañero de Madrid nos remite el texto de la conferencia que el 18 de agosto del corriente año dio Marcelino Domingo en el Teatro Principal de Tortosa” o “Nuestro compañero *Adanada*, de Londres, nos envía el siguiente reportaje hecho por el enviado especial de *La Liberté* de París”; véase, respectivamente, Domingo, Marcelino (1920), “La revolución rusa. Desde España”, en *Vía Libre. publicación mensual de crítica social*, nº 14, Buenos Aires, noviembre, pp. 37-43; y “Desde la Rusia Roja. Un reportaje a Krassin” (1920), en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, nº 12, Buenos Aires, septiembre, p. 367-68.

⁷².- Greco, Juan (1920b), “A propósito de la F.S.I.R. II. ¿Prescindencia o apolítica?”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 2. Subrayo yo.

Pettit sobre las condiciones de Rusia”, pues se trataría de un informe de una pluma adversa pero *realista* al señalar como “datos positivos” la eliminación de la prostitución, la distribución de alimentos, la seguridad callejera en Petrogrado y aun la comparación entre el terror rojo y el terror blanco.⁷³

Es que la guerra “periodística” no comporta solamente una diferenciación entre buena y mala información, entre verdad y mentira, entre fábula y realidad, sino que su dimensión más propiamente política consiste en determinar las percepciones colectivas de lo que se nombra como “revolución rusa”. Lo que se dice, lo que se expone, lo que se muestra —como operaciones selectivas y también de borramiento— constituyen la percepción misma del evento, y también fundan, en ese acto, un reparto en y de la sociedad por la definición de las distintas fronteras de lo percibido. De allí que lo que se pudiera “mostrar” —el qué pero también el cómo— de la Rusia de los *soviets* no suponía ni su reducción a una mera confrontación entre verdad y mentira, ni su afirmación en la transparencia de la experiencia soviética. Decidir qué transmitir, cómo dar a conocer la revolución, qué aspectos destacar y bajo qué ángulos, verificaban ser inmediatamente, en el clima agitado de la posguerra, verdaderas operaciones de montaje y desmontaje permanentes de cables, textos, cartas, comunicados, declaraciones, opiniones, que en su factura forjaban una política de lo visible y un aspecto nodal de la interpretación de la revolución.

Qué mostrar

¿Qué mostrar de la Rusia revolucionaria y revolucionada? Estaban, por un lado, las imágenes que la gran prensa construía de una Rusia arrasada, caída en el abismo del caos y la anarquía, del desgobierno o la tiranía, de las persecuciones y el látigo. Pero, efectivamente, ¿acaso, más allá de la literatura burguesa, no eran bien visibles en Rusia, entre 1917 y 1921, la devastación causada por la guerra, el hambre y la guerra civil? A la vez, y dado que se suponía había nacido allí un cambio radical ¿no era preciso construir una visión que *hiciera aparecer* los caracteres de la nueva sociedad igualitaria, socialista?

En un amplio abanico, la prensa de izquierda, ya sea en los artículos que levantaba del exterior, ya sea en la pluma de comentaristas e intérpretes, no ocultó las

⁷³.- “Informe de capitán W. W. Pettit sobre las condiciones de Rusia” (1920), en *Documentos del progreso*, nº 14, 15 de febrero, pp. 7-8.

dificultades enormes que afrontaba la revolución rusa en relación al hambre y la destrucción que comportaron la guerra mundial y la guerra civil.⁷⁴ En las páginas de *Revista de Filosofía*, quien luego sería director de la *Revista de Oriente*, Arturo Orzábal Quintana señala que “hoy ya no es posible, sin incurrir en delito de evidente y ridícula falsedad, afirmar que el pueblo ruso goza de un estado económico satisfactorio”.⁷⁵ Si bien evita cuidadosamente caracterizar el momento como una situación de hambre, retrata un cuadro de gravedad para la Rusia de 1920. La descripción de la veloz decadencia del transporte ferroviario, el deterioro de una por lo demás escasa industria ligera y sus repercusiones en la vida urbana y rural, le permiten trazar una imagen de la crítica coyuntura y de sus vínculos con ambas guerras. El cuadro que ofrece es sombrío, pleno de dificultades y obstáculos, con un aparato económico desquiciado, una población con evidentes necesidades básicas insatisfechas y una enorme proporción de sus trabajadores industriales muertos en el frente de la guerra civil. El mercado negro, el cuentapropismo, un “individualismo de mercado” que cruza verticalmente las clases sociales, completan el panorama que Orzábal Quintana reproduce de la lectura de Ransome.⁷⁶ Si esta pintura ciertamente desoladora tiene eco en los detractores y los defensores de la revolución, entre estos últimos es puesta en una narrativa que la desconecta de la sociedad que se piensa está emergiendo entre esas ruinas. De modo que en ese mismo texto de Orzábal Quintana, la escena de la destrucción y la crisis económica, del desabastecimiento y el hambre tiene su origen en el bloqueo de hecho que significó la guerra mundial al que luego se sumó el impuesto por las naciones capitalistas desarrolladas. Todos estos sucesos, agrega el autor, son “suficientemente conocidos en general” pero deben “presentarse continuamente, con particular insistencia, a la consideración de la gente honesta”, pues “importa sobremanera”

⁷⁴.- Véase, por ejemplo, Pascal, Pierre (1922a), “El hambre en Rusia”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 22 de octubre, p. 1, o Brodsky, Gregorio (1922), “Cómo vive la clase obrera”, en *La Internacional*, 7 de septiembre, p. 4. También estaban los que tenían una valoración totalmente negativa de la situación, y no ocultaban sus posiciones ideológicas al juzgarla: “Pasar en un santiamén del régimen de despotismo autocrático al de la libertad sin freno, ha sido un salto enorme (...) El marasmo políticosocial de la que fue ayer una «gran potencia», aun continúa. Desmembrada, a merced de la soldadesca brutal, sin el amparo de la ley, devastada por bandas de malhechores y por la guerra civil, famélica, sucia, harapienta, sin el amparo de la higiene pública, azotada por el cólera y el tifus, postrada a los pies del «junker» alemán y dominada por el «vencedor» Lenin y sus satélites: tal es el cuadro tétrico, desconsolador de aquel desgraciado país”, en Aranovich, Demetrio (1918), “El ensayo maximalista en Rusia”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 7 de agosto, p. 3. Aranovich nació en la zona del Don de la Rusia Imperial, en Taganrog, y llegó a la Argentina en 1871 para instalarse en Colonia Clara (Entre Ríos); en 1903 se recibe de médico en la Universidad de Buenos Aires, y poco después pasa a residir en Carlos Casares, donde funda en 1916 el Centro Socialista local.

⁷⁵.- Orzábal Quintana, Arturo (1921a), “La situación actual de Rusia”, *Revista de Filosofía*, nº 3, mayo 1921, p. 426.

⁷⁶.- *Ibidem*, pp. 426-33.

recordar que “la crisis de Rusia, como la crisis de Europa, proviene directamente (...) de la locura capitalista y contrarrevolucionaria, no de la revolución”.⁷⁷

Desconectar la revolución de la crisis, al menos como su causante, parece ser la precondition para la *aparición* de la nueva sociedad, o al menos para destacar allí, donde puedan *ser vistas*, las características de la solidaridad y la igualdad nacientes. El hambre y el caos, y las “muchas cosas terribles” que sucedían en Rusia y eran provocadas por las potencias, “y no por el gobierno de los soviets”, alegaba Birukof, eran la contracara de esa otra “Rusia de hoy” en la que “hay también mucha luz”.⁷⁸ Es lo nuevo que está *ante la vista*, o más bien, lo que ante la vista del lector se quiere hacer aparecer, lo que el biógrafo de Tolstoi enfatiza de su estadía invernal en Rusia:

“Hemos visto y sentido las pulsaciones de aquel pueblo que renace a la nueva vida. Hemos visto muchos hombres y, sobre todo, muchos jóvenes que respiraban, que se saturaban de un nuevo orden: la primavera de la humanidad. Hemos visto nuevas y fecundas iniciativas por la educación del pueblo. Hemos visto a los hombres del poder defendiendo heroicamente, ante el mundo, los nuevos derechos, sagrados para ellos, de los obreros: los hombres del pueblo. Hemos visto los gérmenes de una nueva religión espiritual eclosionar en el corazón del pueblo ruso...”.⁷⁹

Se trata entonces de *construir una visión* en la que el gesto de los oprimidos pueda ser leído de modo vanguardista, detectando lo que en él hay de acto de vanguardia, de anuncio de lo porvenir. No se trata de una mera ficcionalización, una fábula o un ocultamiento, sino de la producción de un punto de vista, de una instalación de la mirada, de una perspectiva. El contraste entre crisis y potencia revolucionaria es servicial a este ajuste de la mirada. Como apunta Emma Goldman a propósito del bloqueo y la agresión capitalista sobre la revolución rusa: “[I]a ironía de este crimen está en que, mientras el bloqueo debilita el cuerpo del pueblo ruso, tiene sobre la mentalidad rusa un efecto contrario...”, comenta la lituana, al ver a ese pueblo masivamente activo en infinidad de actividades económicas, políticas, culturales,

⁷⁷.- Ibídem, p. 431. “El hambre rusa es la consecuencia del bloqueo infame que los estados capitalistas han declarado a la revolución”, se afirma en “El hambre en Rusia” (1921), *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 3 de septiembre, p. 2. O, también, “los soviets no tienen ninguna culpa ni ninguna responsabilidad del hambre que devora a Rusia. Los responsables en verdad son: Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, Estados Unidos de Norte América”, en Comentario de Alonso, Hilario, “Los causantes del hambre en Rusia”, en *Revista de Filosofía*, nº 6, noviembre 1922, p. 463 [orig. *Revista España Nueva*, La Habana, nº 32, 1922].

⁷⁸.- Y de la argumentación se desprende la relación entre esos aspectos positivos y el gobierno soviético; Birukof, P. (1919), “Un conmovedor llamado de Birukof”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de noviembre, pp. 1-2.

⁷⁹.- Birukof, P. (1919), “Un conmovedor llamado de Birukof”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de noviembre, pp. 1-2.

concurriendo por miles a obras de teatro, asambleas, mitines, etc..⁸⁰ Incluso el panorama sombrío puede ser reinterpretado, parcialmente, en beneficio de esa “nueva solidaridad” que se observa en la Rusia soviética. En un artículo publicado originalmente en la neoyorquina *The Call Magazine* —y que aquí reproduce la anarquista *Cuasimodo*— titulado, precisamente, “El nuevo Renacimiento”, el socialista británico Tom Quelch invierte la valoración de “la anarquía y el hambre” que menta la gran prensa internacional al señalar que lo que la mirada burguesa fija como imagen es la decadencia del mundo del antiguo régimen:

“En Petrogrado y Moscú los escaparates están vacíos, las calles están desiertas, un aire de desolación y de ruina parece esparcirse sobre aquellos edificios que bajo el antiguo régimen aparecían profusa y elegantemente amueblados, deslumbrados de letreros dorados y de anuncios luminosos. No existe ya el rumor de colmena de los negocios en los que en un tiempo fue el *rendez vous* de los ricos.

La procesión de mujeres a la moda no desfila ya entrando y saliendo de las lujosas tiendas con rumor de abejas y aleteos de mariposas. Las residencias de la aristocracia, de los opulentos, aparecen desiertas, ajadas, con los dorados y las pinturas deterioradas, simulando vejeces de prostitutas lujosas venidas a menos. Sólo los grandes hoteles, que ahora son casas de los soviets, y los teatros conservan su apariencia de otros tiempos.

A causa de este ruinoso aspecto exterior, y porque ya no hay en Rusia aquella refulgencia, aquella fanfarria y esplendor antiguos, que reanimaba los estragados apetitos de los nobles y capitalistas, observadores superficiales han hablado de Rusia como de una completa debacle, como de un montón de cenizas”.⁸¹

Lo que la mirada burguesa no ve es “el hálito del nuevo espíritu que como un soplo de fuego pasa sobre las ruinas del viejo orden”, pues se trata de una mirada ciega al “nuevo nacimiento de las cosas”, que no posee “la necesaria simpatía humana para darse cuenta de que en Rusia ha tenido lugar un alumbramiento glorioso, y que una nueva vida, un maravilloso nacimiento, se alza como un fénix del polvo del zarismo”.⁸² Se trata de resignificar socialmente las imágenes de la devastación y el hambre terriblemente brutales de la Rusia de 1920, y rescatar de entre ellas para poner ante los ojos —como la figura del fénix invocada— la “nueva camaradería humana más honda y más noble” que está surgiendo. Esta producción social del significado de los sucesos surge al *com-ponerla* con imágenes de la “nueva sociedad”, no porque estas últimas no pudieran entereverse en las sociedades capitalistas sino porque en el momento en que todo parece derrumbarse ellas se afirman como ese trasfondo cooperativo de lo humano siempre ocultado a la mirada. Más allá de —y quizá por— su formato idealizado, son

⁸⁰.- Goldman, Emma (1920), “Carta a Frank Harris”, Petrogrado, 29 de enero, en Rocker, R.; Goldman, E; Berkman, A.; Kropotkin, P. et al., *¿Soviet o dictadura?*, Buenos Aires, Argonauta, p. 15.

⁸¹.- Quelch, Tom (1921), “El nuevo Renacimiento”, en *Cuasimodo*, n° 14, 4 de abril, p. 13. tomado del original en *The Call Magazine* (New York).

⁸².- *Ibidem*, p. 13.

imágenes y palabras que actúan, de este modo, haciendo cobrar existencia, haciendo *aparecer*, lo que las relaciones sociales antiguorregimentales y capitalistas velan:

“Leemos a menudo acerca de los soldados descalzos del Ejército Rojo que han ido a arar la tierra para los labriegos, a reparar sus herramientas agrícolas, a construir escuelas y a organizar fiestas para niños. En los centenares de colonias infantiles, la vida de los niños está imbuida del amoroso espíritu del comunismo. Todo es poseído en común. Los muchachos y las muchachas viven juntos como una inmensa y feliz familia. Si un muchacho posee dos pares de zapatos, le da un par a su compañero menos afortunado (...) Los rasgos típicos de la nueva vida son la ayuda mutua y la genuina hermandad...”⁸³

Pero como no había uniformidad en las lecturas de los cables, noticias y relatos de viaje, también la “nueva sociedad” podía significarse desde distintos ángulos. Paralelamente a la señalada significación, que apuntaba a destacar los rasgos de la nueva solidaridad, otras exposiciones, más orientadas a aventar los cuadros de la crisis, apelaban a la imaginación del progreso precisamente en su proliferación de cuadros estadísticos y comparativos. Si estas modalidades del informe, que invocan modos de construcción de la objetividad ya instalados en las representaciones colectivas, recorrían las más variadas publicaciones del mundo de la izquierda⁸⁴, una muestra ejemplar la constituye el folleto *La Unión Soviética en 1926*, editado por la Asociación Amigos de Rusia y la *Revista de Oriente*. Allí, en distintos rubros —recursos naturales, producción agrícola, industria, comercio, finanzas, educación— se brindan las cifras que marcan una evolución considerada positiva en el período que va de 1913 a 1925, para *mostrar* el rol del nuevo régimen en la recuperación de posguerra. Electrificación, líneas aéreas, número de instituciones educativas en los distintos niveles, balances del Banco del Estado, mercancías de exportación e importación, producción textil y metalúrgica, circulación de diarios, número de estudiantes universitarios, porcentaje de alfabetizados, son algunos de los muchos temas que se suceden y se intersecan para producir una imagen de desarrollo y progreso, un movimiento ascendente en todos los órdenes de la vida social, económica y política.⁸⁵ A estos *cuadros* se suman, en muchos casos, los

⁸³.- *Ibidem*, p. 14.

⁸⁴.- Entre muchos otros, cfr. “La obra de los soviets” (1919), en *La Internacional*, 9 de enero, pp 1-2; Orzábal Quintana, Arturo (1925), “*El libro de la revolución* de Upton Sinclair”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año III, n° 8, agosto, p. 2.

⁸⁵.- Véase Asociación Amigos de Rusia (1926), *Unión Soviética en 1926*, Buenos Aires, Asociación Amigos de Rusia/Revista de Oriente. Véase también “Las perspectivas económicas de la URSS para 1925-1926” (1925), *Revista de Oriente*, n° 5, noviembre, pp. 8-10, donde la pregunta por el socialismo es la pregunta por la evolución de la economía, seguida de una multitud de cifras sobre productividad, aumento de la producción, salarios, instalaciones, promedio de obreros por empresa, concentración industrial, etc. Por lo demás, qué mejor para exponer los “logros” de la Rusia soviética que dar cuenta de los avances científicos. En un artículo de Nikolaev que los editores de *La Internacional* traducen de la

relatos de aquellos viajeros que *vieron* cómo se abrían escuelas y se agitaban campañas contra el analfabetismo, cómo las prisiones eran convertidas en talleres, y las antiguas mansiones de la nobleza se transformaban en las nuevas casas de reposo para los trabajadores. Se trata de *mostrar* las imágenes de una “nueva vida” que se abre paso sobreponiéndose a la crisis y la agresión de Occidente, de *poner a la vista* los hechos.⁸⁶

Llegado a Rusia para asistir al 2º Congreso de la IC, el socialista italiano Giacinto Menotti Serrati comentaba en su correspondencia el estado de destrucción en que se hallaba Petrogrado. Esa ciudad, “en guerra desde hace siete años y que ha visto acercarse a sus puertas tres ejércitos; que ha realizado dos revoluciones”, y que aun ayer había tenido que enfrentar a las tropas de Yudenitch con los hombres, mujeres y niños que quedaban “armados más de heroísmo que de fusiles”, esa ciudad, dice Serrati, “no puede pensar en hacer su propia *toilette*”. El pasto en el empedrado se mezclaba con la sangre, y el italiano concluía que “en la revolución no puede suceder de otra manera”.⁸⁷ Y mientras la fábrica de Putiloff, ese “inmenso establecimiento” en que antes de la guerra trabajaban “de cuarenta a cuarenta y cinco mil obreros” y hoy apenas cuenta con unos pocos millares, daba la impresión “de la paralización casi completa de la vida en ese cuerpo de coloso”, otras instalaciones fabriles —como “una de algodón hidrófilo, gasas, vendas y otros artículos sanitarios, una fábrica de calzado, un establecimiento destinado a la elaboración del caucho” o la central eléctrica— estaban “en su casi completa eficiencia”.⁸⁸ Frente a esa situación crítica, Serrati relata su visita a “la institución de las casas de reposo de obreros y obreras necesitados de aire puro, buena alimentación y calma absoluta”. Se trata, comenta, de “magníficas villas, rodeadas de verde, con amplias terrazas, anchas vidrieras, grandiosos patios ricamente decorados”, situadas en “una verde isla en medio del Neva, en el sitio más delicioso de Petrograd”.

Revue Hebdomadaire de la Presse Russe, se informa que “los Soviets han construido la mejor máquina a alta frecuencia y han inventado un teléfono sin hilo que transmite a grandes distancias las melodías de un violín y la voz humana”, y los editores del comunismo rioplatense especulan que “el amigo lector que en Santa Fe o Mendoza lee estas líneas” en “el centro comunista o en un sindicato de la localidad” pronto podrá recibir “en una membrana de teléfono sin hilo, a los pocos instantes de llegar a nuestras manos, las noticias o los artículos que publica *La Internacional*”, y que tal cosa no es más que el *diario sin papel* “al que están en vías de llegar los sabios rusos” animados por el poder soviético; en Nikolaev, Ak. (1921), “Los maravillosos trabajos científicos del laboratorio de radiología en Rusia”, en *La Internacional. Suplemento*, nº 4, Buenos Aires, 5 de septiembre, pp. 8-9. En un sentido similar “Noticias desde Oriente. Científica y Culturales” (1925), *Revista de Oriente*, nº 4, octubre, p. 10.

⁸⁶.- En un mismo sentido, se reproducen no pocos de los discursos de los representantes soviéticos que describen las obras de recuperación; cfr., a modo de ejemplo, “La obra reconstructiva en Rusia” (1920), en *Claridad*, nº 5, 10 de abril, p. 9, donde se transcriben las declaraciones de Krassin.

⁸⁷.- Serrati, G.[Giacinto] M.[Menotti] (1920a), “Cartas desde Rusia. Petrogrado rojo”, en *La Vanguardia*, 30 de junio, p. 4.

⁸⁸.- *Ibíd.*

El reverso de la destrucción es esta conversión de “antiguos lugares de delicia y orgía de los burgueses y aristócratas” en residencia de los trabajadores necesitados de descanso por iniciativa del partido comunista.⁸⁹

Contrastantemente, otros testimonios dirán, refiriéndose, por ejemplo, a los delegados al Congreso de la III Internacional y de la ISR que volvían entusiasmados con la revolución rusa, que “el 90 por ciento de esos peregrinos rojos” que iban a Moscú para absorber la sabiduría revolucionaria en su misma fuente, paradójicamente, “no han visto nada de la verdadera situación de Rusia”. Quien esto afirmaba, Rudolf Rocker, ponía, ya para 1921, el ojo crítico en aquello que los bolcheviques no dejaban ver, aquello que sustraían a la mirada. La mayor parte de esos delegados, alega Rocker, “desconocían el idioma”, y “fueron alojados en el hotel «Lux» o en otros idénticos lugares cómodos”, mientras “[t]odo un batallón de siervos fieles al gobierno, principalmente agentes de la *Tcheka*, estaban prontos para informar a los huéspedes de todos los pormenores del paraíso comunista”. Ese mismo ejército de escoltas los paseaba por “teatros, fábricas, escuelas, etc.”, los trasladaba “en ferrocarriles cómodos o en autobuses”, de forma que “los delegados *veían* en esta forma todo lo bueno del estado comunista y ni siquiera *sabían* que se hallaban sobre un abismo”.⁹⁰

Qué mostrar era un aspecto de qué leer y qué decir, y por lo tanto de tomar posición. Este necesario posicionamiento implicaba intervenir en el conflicto de las interpretaciones

Conflictos I

Pero ese conflicto interpretativo se imbricaba con otros, en particular con aquél tematizado con la fórmula de “la cuestión social”. Ya se ha notado cuánto de esa imbricación se ventila en las “encuestas”, donde las preguntas por esta última tienen difusas fronteras con las interrogaciones en torno al maximalismo. Y es que la revolución rusa, además de obligar a un reconocimiento de los textos para su

⁸⁹.- *Ibidem*.

⁹⁰.- Rocker, Rudolf (1921a), “El problema ruso. II”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 13 de noviembre, p. 3. El subrayado es mío. Poco antes, el mismo periódico *La Protesta*, que participaba de la campaña de ayuda a Rusia de 1921, alertaba sobre el ocultamiento de la situación de catástrofe, de hambre y carestía, etc. en la que se encontraba Rusia, además de la represión política de los anarquistas; cfr. “La obra de ayuda a la Rusia afligida” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 25 de septiembre, p. 3.

significación, se lee desde un contexto de reconocimiento —para usar la categoría de Eliseo Verón— marcado en esa coyuntura posbélica, entre otras cuestiones, por un incremento de los conflictos obrero-patronales, por un proceso de creciente sindicalización de los trabajadores y por un aumento notable de las políticas represivas estatales y paraestatales.

De modo que los debates sobre la revolución rusa se entrelazaban con los conflictos obreros, ya sea como reexamen y reconfiguración de la experiencia —lo que incluye las formas del saber— como también promoviendo la redefinición de las expectativas de cambio —que abarcan las relaciones entre el presente y el futuro deseado. La creciente conflictividad social adquiriría distinta significación justamente por su inscripción contextual, paralela a otras que ocurrían en Europa cuya radicalidad despertaba las esperanzas de un mundo nuevo y próximo. A su vez, el vertiginoso incremento de las luchas sociales y el crecimiento de las organizaciones obreras actuaban como confirmaciones de que se vivían horas de derrumbe del capitalismo y de nacimiento de nuevas formaciones sociales, lo que exigía actuar a la altura de las circunstancias, esto es, desarrollar las formas de lucha que exigía la situación.⁹¹

Sin detenernos demasiado en el análisis del movimiento obrero de la inmediata posguerra, es preciso de todos modos señalar algunas de las características de su accionar en la coyuntura. En primer lugar, el incremento notorio de la actividad huelguística entre 1917 y 1921, con momentos de gran conflictividad y agitación popular como la “semana trágica” de enero de 1919, las luchas en La Forestal o las huelgas en la Patagonia en 1921, entre otros, pero cuya continuidad permite hablar de un quinquenio en gran medida caracterizado por la movilización y activación política de los sectores obreros y populares, tal como puede observarse en la cifra creciente del número de huelguistas.⁹² Para Mirta Lobato y Juan Suriano, este quinquenio

⁹¹.- Halperin Donghi (2000: 142-3) sostiene que para la militancia del movimiento obrero y socialista esta exigencia resultaba excesiva no sólo en virtud de una precisión de los contenidos de la revolución que eran incapaces de formular, sino, más gravemente, porque obligaba a la adopción de una “postura final” que superaba la fragilidad de las fuerzas con las que sabían que contaban. Evidentemente, la observación depende de lo que se entienda por “postura final”, como también de la suposición de que tal “finalismo” despojaría a los actores de cualquier margen de acción en relación a las posibilidades reales de sus fuerzas. La indicación de Halperin Donghi recoge las dificultades de un pensamiento socialista y obrero signado por la problemática de la acumulación de fuerzas más que por la de la intervención crítica, que en sus versiones “oficiales” socialistas y sindicalistas supone una superación de “la fragilidad” presente por medios gradualistas; lo que impone esos modos para la valoración de las coyunturas; su vanguardismo, a diferencia del acto que corta el presente, remite al tiempo; cfr. capítulos I y II de esta tesis.

⁹².- Si bien hubieron algunos conflictos anteriores, bien puede tomarse el de la Federación Obrera Marítima que arranca en diciembre de 1916, que para abril había logrado imponer algunas importantes demandas, como el inicio de este quinquenio de conflictividad obrera sostenida. Una versión sintética del

comprendido entre 1917 y 1921 fue “sin duda, el de mayor conflictividad en toda esta etapa”, es decir, en el período 1880-1930, conjugándose un descenso del flujo inmigratorio desde el inicio de la guerra mundial con “la experiencia organizativa acumulada desde fines del siglo XIX y el impacto de la Revolución Bolchevique” (Lobato y Suriano, 2003: 47). Según los datos que ofrece el Boletín del Departamento Nacional de Trabajo, de unos 14.000 trabajadores participantes de alguna actividad huelguística en 1916, se pasa a un promedio de 135.000 en el quinquenio 1917-1921, con un pico de más de 300.000 huelguistas en 1919, y una abrupta caída en 1922, cuando el número de participantes en las huelgas llega a unos 41.000 trabajadores.⁹³ La importancia y el carácter de este ascenso en la activación social y política del movimiento obrero eran tempranamente advertidos por José Elías Niklison, funcionario de Departamento Nacional de Trabajo, quien en las páginas del mismo boletín afirmaba que “la organización sindical obrera, al comenzar el año 1918, había adquirido, en virtud de los grandes acontecimientos producidos, una tan sólida cohesión y una fuerza de autoridad y elementos tan notables, que le impusieron, podría decirse, violentamente, a la atención de todo el país en que ya empezaba a dejarse sentir como un nuevo e incontrastable poder”.⁹⁴ La mayor disposición a la movilización y al reclamo por parte de los trabajadores adquirió caracteres de verdadera revuelta a principios de 1919, cuando a partir del asesinato de obreros (y vecinos) de los talleres Vasena, se desató un rebelión urbana que en virtud de su masividad, perfil social de los participantes,

activismo obrero entre 1916 y 1930, que da cuenta de la coyuntura que aquí se estudia, puede verse en Falcón, Ricardo y Monserrat, Alejandra (2000), “Estado, empresas, trabajadores y sindicatos”, en Falcón, Ricardo (dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Nueva Historia Argentina, Tomo VI, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 151-194.

⁹³.- *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo (BDNT)*, enero 1922. Véase también Ofelia Pianetto, “Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina (1890-1922), en *Desarrollo Económico*, vol. 24, n° 94, jul.-set. 1984; José Panettieri, *Los trabajadores*, Buenos Aires, Ed. Jorge Alvarez, 1968. Respecto del número de huelgas, José Panettieri registra las siguientes cifras (tomadas, a su vez, de Adolfo Dorfman, *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, Escuela de Estudios Argentinos, 1942), y que son similares a las que ofrecen Lobato y Suriano:

Años	Número de huelgas	Número de Huelguistas
1916	80	24.321
1917	138	136.062
1918	196	133.042
1919	367	308.967
1920	206	134.015
1921	86	139.751
1922	116	4.737*

* Esta cifra contrasta con otras fuentes, que consignan poco más de 40000 huelguista en el año 1922; cfr. *BDNT*, enero 1922.

Sobre el carácter “distorsionante” del número de participantes que algunos investigadores otorgan a las huelgas generales como las de la “semana trágica”, aquí se considera significativa esa participación para dar cuenta del carácter específico de la coyuntura.

⁹⁴.- José Elías Niklison, *BDNT*, n° 41, abril 1919.

violencia y duración no tenía precedentes. El orden fue repuesto a través de una feroz represión, a cargo del ejército y de bandas de jóvenes de clases media y alta organizados desde el Centro Naval en la Liga Patriótica Argentina.⁹⁵

El fortalecimiento de las organizaciones gremiales en el quinquenio se expresó también en el crecimiento tanto de la FORA del IX Congreso (sindicalista) como de la FORA Comunista o del V Congreso (de orientación anarquista), crecimientos que fueron verdaderamente sorprendentes. Según Sebastián Marotta, en el X congreso de la FORA novenaria, en diciembre de 1918, participaron 127 organizaciones representativas de unos 36.000 afiliados, mientras que poco más de dos años después, en su XI Congreso de 1921, el número de organizaciones participantes ascendía a 200, representativos de más de 46.000 miembros (aunque Marotta, por entonces Secretario general, consideraba que estaban en condiciones de participar 600 organizaciones con 90000 afiliados).⁹⁶ En términos de organismos adheridos, comenta Marotta que la FORA novenaria, que había ascendido de 66 a más de 200 sindicatos entre los años 1915-1918 (IX y X Congreso), pasa en 1920 (vísperas de su XI Congreso) a 750, y estaban en condiciones de concurrir al que sería su último congreso, un número superior a los 500. También crece, de la mano de las huelgas y agitaciones, la cifra de cotizantes: un promedio de 43.702 en el último trimestre de 1918 trepa a 95.028 en el mismo período del año 1920.⁹⁷

En la conferencia que pronuncia en la Facultad de Derecho, correspondiente al curso libre de Legislación del trabajo, cuya versión taquigráfica reproduce *Nosotros*, Alfredo Palacios ofrece los siguientes datos a fin de demostrar lo que piensa es el progreso de la fuerza sindicalizada⁹⁸: el número de sindicatos adheridos a la FORA en el

⁹⁵.- Sobre la Semana Trágica, véase Nicolás Babini (1967); Julio Godio (1985 [1972]); David Rock (1971-72, 1972, 1977); Edgardo Bilsky (1984); Ricardo Falcón y Alejandra Monserrat (1998); Horacio Ricardo Silva (2011). Respecto de las cifras sobre muertos y heridos, los datos varían según las fuentes, aunque ninguna deja lugar a dudas sobre el grado de violencia de la represión. Según Nicolás Babini, solamente en la madrugada del sábado 11 de enero de 1919 ingresaron a la morgue 41 cadáveres. Edgardo Bilsky, por su parte, dice que las informaciones de los archivos diplomáticos de Estados Unidos dan cifras que superan los 1300 muertos y los 5000 heridos, mientras que listas sumamente incompletas de la prensa argentina informan sobre unos 200 muertos. El mismo autor menciona las cifras que aparecen en *La Vanguardia* y *La Protesta*: 700 muertos y más de 4000 heridos; ver Edgardo Bilsky (1984), op. cit., p. 135. Estas últimas cifras son también reproducidas por Emilio Corbière (1984: 48); Horacio Silva consigna los mismos números pero agrega un listado de al menos 55 desaparecidos según *El Diario* del 18 de enero; cfr. Silva (2011: 243-44).

⁹⁶.- Citado por Hugo del Campo (1986: 14).

⁹⁷.- Sebastián Marotta, *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo*, tomo II, Buenos Aires, Lacio, 1961, p. 277. Marotta consigna como fuente de información el periódico *La Organización Obrera*, n° 167, 29/1/1921: "Al inaugurarse el XI Congreso. Mirada retrospectiva. Halagüeña perspectiva".

⁹⁸.- Palacios, Alfredo (1920), "La F.O.R.A.", en *Nosotros*, año XIV, n° 132, Buenos Aires, mayo, pp. 5-71.

IX Congreso de 1915 ascendía 51, pasa a 70 en 1916, a 199 en 1917, 350 en 1918, para alcanzar los 530 en 1919.⁹⁹ Los afiliados y cotizantes también crecen: 20.521 para 1915, 39.504 para 1916, 143.928 al año siguiente, 421.182 y 488.549 en 1918 y 1919 respectivamente (lo que implica promedios mensuales de 11.994 cotizantes para 1917, 35.099 en 1918 y 40.712 para 1919).¹⁰⁰

Por su parte, Edgardo Bilsky consigna datos algo diferentes, pero registra igualmente un crecimiento de las instituciones adheridas y de los afiliados. A partir de la Memoria y Balance del Consejo Federal al XI Congreso (enero 1919-noviembre 1920) de la FORA sindicalista, registra los siguientes números: para el año 1917, el total de cotizantes a la FORA IX era de 158.796, creciendo hasta 428.713 al año siguiente y llegando a 749.519 en 1920 (lo que hace promedios mensuales de 13.233, 35.726 y 68.138 cotizantes para cada año mencionado). Las cifras de sociedades adheridas también crece: 199 en 1917, 350 en 1918 y 734 en 1920 (Bilsky, 1984: 24).

La coyuntura de crecimiento de las instituciones obreras, evidentemente derivada de la movilización y agitación, alcanzó también a la FORA quintista, pues a su Primer Congreso Extraordinario, realizado a fines de setiembre y principios de octubre de 1920, concurrieron, según el periódico anarquista *Tribuna Obrera*, 400 delegados en nombre de 200 sociedades adheridas y 58 autónomas.¹⁰¹ Las cifras que consigna Edgardo Bilsky son, como en el caso anterior, ligeramente distintas, pero de todos modos elocuentes del crecimiento, en pocos años, de la influencia de la FORA anarquista. Según este autor en el citado Congreso Extraordinario de la FORA Comunista se hallaban representados “entre 248 y 274 sindicatos, de los cuales entre 192 y 220 son afiliados, y 54 ó 56 participan en calidad de observadores. Estos sindicatos tendrían alrededor de 180.000 afiliados” (Bilsky, 1984: 28).¹⁰²

⁹⁹.- Palacios extrae sus datos de *La Organización Obrera*, n° 112, del 27 de diciembre de 1919.

¹⁰⁰.- Las cifras son de cotizantes; el número de afiliados es, en rigor, mayor, dado que en momentos de huelgas los trabajadores aportaban a los fondos de huelga y no a la caja federal de la FORA; lo mismo sucede con las situaciones de desocupación temporaria. Para dar una idea de las diferencias (que también es indicativa, parcialmente, de los trabajadores involucrados en conflictos con las patronales), mientras los cotizantes del año 1918 llegan a 421.182, la cifra de afiliados que ofrece *La Organización Obrera*, aunque aproximativa, es 838.600; y para 1919, a 488.549 cotizantes les corresponden, aproximadamente, 1.194.400 afiliados; cfr. *La Organización Obrera*, n° 112, 27 de diciembre de 1919.

¹⁰¹.- *Tribuna Obrera*, año 1, n° 4, 28/9/1920, p. 1.

¹⁰².- Las fuentes a las que recurre Bilsky son los periódicos *La Organización Obrera*, *La Obra* y *Tribuna Obrera*. El contraste con el período anterior resulta por demás sumamente pronunciado, dado que en 1915 estuvieron presentes en la fundación de la FORA V sólo 21 sociedades obreras (14 como adherentes y 7 como observadoras). La situación de debilidad de los anarquistas parece haberse revertido parcialmente a partir de los conflictos que se desarrollan durante los años 1918 y 1919, y su recobrada fuerza provendría tanto de los desgajamientos que se dieran en la FORA IX —productos del descontento de algunos

Como se ha dicho, el movimiento de sindicalización era correlativo de la extensión de las luchas de los trabajadores, y si bien la mayor parte tuvo en la cuestión salarial el principal de sus reclamos, de ningún modo los conflictos quedaron circunscriptos a dicha demanda.¹⁰³ Por ejemplo, en el conflicto de la FOM iniciado a fines de 1916 las demandas de recuperación del salario, si principales, eran parte de un pliego de condiciones en el que se incluían reclamos como la obligación de que las empresas contrataran personal federado, que los despidos eventuales fueran también controlados por el sindicato —junto a exigencias por la higiene y el respeto de las normas de seguridad establecidas para los trabajadores del sector (Rapalo, 2012: 44-47). No pocos de estos conflictos resultaron exitosos, lo que potenciaba la conflictividad y daba ánimo a militantes y trabajadores. Como ha señalado María Ester Rapalo, “[e]l control de la contratación y los despidos como un derecho adquirido por el sindicato no sólo evitaba el despido de los dirigentes, delegados y militantes sino que, al garantizar la estabilidad laboral, hacía que la permanencia dentro del sindicato se convirtiera en condición para conservar el trabajo y garantizar la unidad que lo fortalecía durante las huelgas y las negociaciones” (Rapalo, 2012: 47).¹⁰⁴ Precisamente esta amplitud de las exigencias revela ese otro aspecto de la conflictividad laboral de posguerra que era la disputa por el control parcial o total de las contrataciones y despidos, como también ciertos poderes sobre los lugares de trabajo y el proceso de producción. Infinidad de demandas de este tipo acompañaban los reclamos salariales, bajo la forma de “condiciones humanitarias de trabajo” y de la calidad de vida fuera del ámbito laboral. Si estos aspectos del conflicto no eran nuevos, prontamente fueron retomados en gran medida debido a la influencia de la revolución rusa y la experiencia de la I.W.W. sobre

sectores obreros con la política de la dirección novenaria— como de la tendencia general de los trabajadores a la sindicalización; cfr. Bilsky (1984).

¹⁰³.- Según Pianetto, la mayoría de las disputas laborales estaban centradas en la recuperación de los niveles salariales, fuertemente deteriorados durante la guerra (Pianetto, 1984). Entre 1915 y 1919, mientras la desocupación crecía de un 14,4 % a un 19,4 %, el salario real caía cerca de un 30%, para a partir de allí recuperarse hasta superar, en 1922, en casi un 14% el salario real de 1915. Coincidentemente con la recuperación salarial disminuye enormemente la desocupación (en 1920 es de un 7%); cfr. Di Tella, Guido y M. Zymelman (1973)

¹⁰⁴.- Otro ejemplo interesante, en el que se aúnan disputas salariales con poderes sobre el proceso de trabajo, es el conflicto liderado por la UTA (Unión de Trabajadores Agrícolas) durante la gran cosecha de 1919-1920, que amenazando con quemar la producción —y en un contexto de falta de mano de obra por estancamiento de la inmigración— provocó los temores de *La Nación*, *La Prensa*, *La Época* y la Bolsa de Cereales, y que terminó cuando los propietarios accedieron a los reclamos de los trabajadores; cfr. Doeswijk (1998).

algunas de las corrientes político-ideológicas que activaban en el mundo de los trabajadores.¹⁰⁵

Durante estos años el movimiento obrero no sólo creció en organización y presencia en la escena política y social, sino que además se hizo más explícita una tendencia a la unificación de las federaciones de los trabajadores a fin de oponer a la patronal un frente más amplio, y con mayor capacidad de negociación y de iniciativa, tendencia manifiesta en la disposición de los sindicalistas, de los anarquistas más influidos por la revolución rusa y de los socialistas internacionalistas a avanzar hacia una federación unificada. Junto con la política de fusión de las federaciones convive un nuevo énfasis en la constitución de “sindicatos por industria”, con el propósito de conformar organizaciones gremiales que fueran capaces de nuclear a un gran número de trabajadores aunque sus oficios fueran distintos. Esta práctica se venía desplegando tanto en la zona portuaria, que para este momento contaba con 20 mil trabajadores¹⁰⁶, como en las regiones agrarias (caso de la UTA). Estas orientaciones que tenían por objetivo la formación de fuertes y masivos sindicatos capaces de poner en pie de lucha mucho más que un oficio, implicaban un cambio en las formas organizativas para el movimiento obrero. La organización de los trabajadores y sus relaciones con las formaciones políticas fue un tema relevante de comisiones organizadoras y Congresos de trabajadores, alimentado por los debates en relación a las “tomas de posición” respecto de las diversas Internacionales, pero más aun como aspectos conceptuales y políticos de la práctica obrera.

El conflicto de clases se agudizó, pues la respuesta patronal también consistía en la unificación (Asociación del Trabajo), cuyo complemento era la apelación a la violencia estatal y paraestatal y la movilización de los sectores medios y altos (Liga Patriótica).¹⁰⁷ La acción coordinada de las patronales —que como ha demostrado Rapalo, configuran una verdadera ofensiva del capital— comienza a rendir frutos de modo sistemático, sobre todo, a partir de 1921, luego de que la violencia a la que recurren los empresarios y la que emplea el Estado, extensas y extremas, con el propósito de eliminar de raíz las actitudes y comportamientos del desafío proletario, doblega a los trabajadores organizados e invierte la tendencia movilizadora del

¹⁰⁵.- Una versión sucinta de esta problemática, en Diego Ceruso (2012).

¹⁰⁶.- Es la estimación de Jeremy Adelman (1993).

¹⁰⁷.- Al respecto, véase McGee Deutsch (2003) para la Liga Patriótica, y para la Asociación del Trabajo, el estudio de María Ester Rapalo, cit.

quinquenio 1917-21.¹⁰⁸ Un caso ejemplar de este punto de inflexión es la efímera victoria de la FOM sobre la empresa Mihanovich en el largo conflicto huelguístico llevado adelante entre febrero de 1920 y marzo de 1921; si los trabajadores levantaron la huelga porque consideraron satisfactoria la mediación final del gobierno nacional — mientras la prensa del capital, como *La Nación*, ponía el grito en el cielo por la “política obrerista” del yrigoyenismo— la “tercera gran ofensiva patronal”, como la denomina Rapalo, entre mayo y junio de ese año de 1921, terminó con la victoria de la “libertad de trabajo”, con el consecuente regocijo de la Asociación del Trabajo y los “representantes más ilustres de la industria y del comercio”, como los denomina *La Nación*.¹⁰⁹

Las lecturas de la revolución rusa que se abordan en este trabajo se inscribieron, por lo tanto, en un contexto de intensificación del conflicto entre el capital y el trabajo a partir de estos movimientos ofensivos tanto de una clase obrera que pretendía reconquistar posiciones perdidas durante los años de la guerra pero también con el propósito de obtener nuevas conquistas, y una contraofensiva de la clase propietaria dirigida a eliminar cualquier atisbo de poder obrero o popular.

A su vez, convive con una multiplicidad de conflictos de otra índole que potencian el debate de ideas sobre el orden social y sobre los rumbos del presente que se vivía. En particular, como el lector habrá deducido de varias de las citas precedentes, adquiere cada vez mayor presencia un actor que no es sólo uno de los destinatarios de las interpelaciones políticas sino que comienza a ser él mismo una voz en la escena de la posguerra. Me refiero al lugar cada vez más importante de las nuevas generaciones que perciben que los viejos modelos teóricos no son útiles para entender y actuar sobre

¹⁰⁸.- A diferencia de una opinión dominante entre los investigadores (por ejemplo, del Campo, 1984), es más plausible que haya sido esta tremenda y terrorífica violencia, la de los centenares de muertos en la “semana trágica”, o los hacheros y peones de La Forestal o los peones patagónicos en huelga, a los que se suman decenas y decenas de casos donde los trabajadores asesinados son la característica (Firmat, Las Palmas, Gualeguyachú, entre otros), una de las causas principales de la retracción del flujo ascendente del movimiento trabajador, mientras que el crecimiento de los ingresos del trabajo durante la “benéfica” década del '20, en todo caso habría actuado como complemento. Para la revuelta de los trabajadores de la Forestal y la represión que le siguió, puede consultarse la reciente investigación de Alejandro Jasinski (2013). Para los conflictos patagónicos, véanse Borrero (1928) y Bayer (1974).

¹⁰⁹.- Véase Rapalo, cit., especialmente pp. 123-138. La cita de *La Nación*, en Rapalo, p. 137. La escalada represiva y la pregunta por la significación de su magnitud y modalidades específicas están presentes en el informe que Enrique Nido (Amadeo Lluán) realiza a la FORA anarquista en 1922. Luego de mencionar diversas situaciones de represión a los trabajadores, en particular la de “la semana de enero de 1919” y el fusilamiento en masa de centenares de trabajadores por un “bien pertrechado y municionado (...) ejército de la patria”, se interroga por “un ensañamiento tan cruel y sanguinario como el perpetrado en nuestros días contra los obreros del sur” que, para el autor, no tiene antecedentes en la historia del país, y refuerza su reflexión preguntando “¿[h]asta qué altura de violencia piensan llegar las fuerzas organizadas del Estado argentino en su odio ciego y feroz contra los anarquistas y contra las clases obreras conscientes de aquí?”; en Nido, Enrique (1991 [1922]: 10-11).

una realidad cuyo atributo más notorio es el de ser nueva (Pittaluga, 2000). No pocos de los sectores reformistas que animan esta nueva presencia, si bien ocupan una posición marginal en el espacio público, establecen lazos con el movimiento obrero, como se expresa en algunas de las publicaciones que los jóvenes fundan e instalan, en ciertos casos, con un éxito notable, como es el caso de Roberto F. Giusti y Alfredo A. Bianchi fundadores de una de las revistas más importantes de la cultura argentina del siglo, *Nosotros*; ellos mismos son, además, militantes del socialismo y se inclinan por la corriente tercerista que se alinea con Enrique del Valle Iberlucea. Un caso semejante es el de los jóvenes libertarios que publican *Insurrexit*, muchos de los cuales participarán luego del Partido Socialista Internacional; o también esas publicaciones emblema del reformismo como *Sagitario*, orientada por jóvenes figuras de la intelectualidad progresista como eran Carlos Sánchez Viamonte y Julio V. González.¹¹⁰

Otro elemento fundamental de la coyuntura lo constituye el proceso de democratización, tematizado como el pasaje de la república posible a la verdadera, el cual excedía largamente las transformaciones contempladas en la nueva ley electoral. La legitimidad asociada al ejercicio efectivo de derechos políticos electorales por los varones adultos permeaba a una variedad de formas de asociación e intervención que se desarrollaron al margen del sistema de representación institucional, y que vieron desde 1916 incrementadas sus posibilidades de intervención y demanda públicas. A la vez, esas características del nuevo escenario político facilitaban el surgimiento de una amplia abanico de modalidades de asociación y agrupamiento de los distintos sectores sociales; el cuadro de la democratización era el de la participación efectiva en la elección de los representantes gubernamentales y, en paralelo, la ampliación de los viejos ámbitos de participación de los sectores subalternos y la emergencia de otros nuevos. Sin embargo, la propia democratización fue limitada y más que ser la expresión de nuevas formas de hegemonía política, evidenció cuán profundas eran las grietas del proceso hegemónico.

Estas dimensiones del proceso sociopolítico argentino¹¹¹, expresaban y a la vez promovían nuevas tensiones sociales y políticas, que se convirtieron en una de las

¹¹⁰.- Como se ha visto, entre las encuestas más importantes orientadas a pulsar el pensamiento local sobre la cuestión social, el “maximalismo” y el sentido de la época, se encontraban las promovidas desde el Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas y desde la revista *Atenas*, del Centro de Estudiantes del Colegio Nacional de Buenos Aires.

¹¹¹.- A las que habría que agregar la situación de encrucijada en relación a las perspectivas futuras del modelo de crecimiento exclusivamente agroexportador, lo que obligaba a una reevaluación del mismo,

características de esta primera posguerra en la Argentina. Tales procesos, si analíticamente discernibles son, en cambio, históricamente interdependientes e indisociables, y configuran una coyuntura que multiplica conflictos de distinto orden y desigual profundidad, pero que a la par pone en entredicho las imágenes y las interpretaciones que los diferentes grupos tienen de la sociedad y de las transformaciones que se están produciendo. Es en esta trama social y política, ciertamente conmovida, que se inscriben también las noticias de los sucesos revolucionarios en Rusia. En esta situación se desajustan las viejas percepciones de importantes sectores de la sociedad, y en particular entre los sectores obreros y populares se producen alteraciones en las representaciones que sobre el cambio social, sobre sus posibilidades efectivas, se habían construido, especialmente entre sus formaciones de vanguardia. La “revolución rusa”, como lugar y a la vez desafío, intervenía en las tensiones constitutivas del universo político y conceptual de la izquierda.

La conflictividad obrera y las significaciones y el léxico que derivaban de la experiencia soviética se imbricaron de modos que alentaban las expectativas de cambio social, produciendo una redefinición de la escena política.¹¹² Lo público era constituido en estos usos extendidos —en diversas y múltiples actividades— de lo que se denominaba *maximalismo*, término que abarcaba cosas muy distintas pero que era portador, como se verá en el capítulo II, de una significación política excedente. A la multidimensional incidencia que esa deriva de la palabra maximalista provoca en el conjunto de la izquierda y la intelectualidad crítica, hay que agregarle la disputa con el Estado y la política dominante en torno a lo que puede o no puede ser dicho, pues en esos conflictos se juegan las fronteras y las densidades de lo público. Se trata de batallas simbólicas que atañen directamente a la política, al orden del lenguaje de la política y de las expectativas que ese lenguaje habilita o clausura, sabiendo que esas esperanzas tienen siempre una implicancia efectiva en el presente, pues éste es descifrado, en parte, a partir de los horizontes posibles. Es la subjetivación potencial que un conflicto alberga y puede ser develada con la palabra revolucionaria lo que conservadores y católicos, como se ha visto en la cita antes transcrita, llaman a clausurar cerrando sus propias

aun cuando las alternativas no estuvieran claras y no fueran muchos los que percibían el cambio de época que se avecinaba.

¹¹².- Cfr. “Cuatro años de revolución” (1921), en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 12 de noviembre, p. 1, donde se reflexiona sobre la vitalidad que la revolución rusa impuso al movimiento obrero de todo el mundo, devolviéndole optimismo y haciendo que se sumaran a los sindicatos numerosos trabajadores hasta entonces apáticos.

filas; es contra “la prédica del maximalismo” que deben organizarse y es ese combate el que explica que varios actos conmemorativos del segundo aniversario de la “revolución rusa” hayan sido prohibidos.¹¹³ O que radicales y conservadores promuevan el desafuero del senador Enrique del Valle Iberlucea para que un juez de Bahía Blanca lo pueda imputar por un crimen de palabra, por lo que el ex director de *La Vanguardia* había sostenido en el Congreso partidario celebrado en esa ciudad a propósito de la discusión sobre si adherir o no a la III Internacional. Es la “palabra comunista”, en el sentido profundo, la que entonces se quiere proscribir.¹¹⁴ Como lo es la bandera roja como símbolo de esa palabra dicha, la que se quiere eliminar del terreno público.¹¹⁵

Conflictos II

Un rasgo característico de las lecturas de la revolución rusa es que casi todos hablan de ella como un tipo de acontecimiento político que conmina a alinearse a su favor o en su contra. Los comentaristas se refieren a la revolución como si ésta tuviera la capacidad de trazar una línea en el campo político por la cual se reconoce a amigos de enemigos, a revolucionarios de contrarrevolucionarios. De modo que abundan las declaraciones que sostienen que no hay adhesiones parciales posibles, que se está con Rusia o se está contra Rusia, que incluso las críticas derivadas de las diferencias entre lo que la revolución rusa es y lo que se quisiera que fuera deben hacerse a un lado en defensa de la revolución realizada.¹¹⁶

¹¹³.- “Reacción burguesa contra la revolución rusa” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 15 de noviembre, p. 1. También “Dictadura policial” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 1.

¹¹⁴.- Que la imputación a del Valle Iberlucea tiene estos significados, se corrobora por el hecho de que el juez y el denunciante no cuentan con una versión taquigráfica de ese congreso, pues no la hubo, por lo que deben basarse en las versiones periodísticas.

¹¹⁵.- La manifestación multitudinaria que se inicia en el mitin de Plaza Once convocado por las agrupaciones rusas e israelitas y que marcha hacia Plaza Lavalle, es interceptada por la policía, que les informa a los manifestantes que está prohibido que se enarbolan banderas rojas; cfr. “En homenaje a la revolución rusa” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 2 de abril de 1917, p. 1. En la edición del día anterior, el cronista de *La Vanguardia* señalaba que cuando “se intenta enarbolar la bandera roja en la presunción de que es la nueva bandera del régimen del nuevo gobierno ruso”, la policía “habría llamado a los organizadores de la demostración para manifestarles que el gobierno no permitiría la exhibición de una bandera de ese color”, en “Bandera Roja” (1917), *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1º de abril, p. 2. Nótese que los manifestantes, mayoritariamente “rusos” —como apunta la crónica— interpretan la “revolución de febrero” como un acontecimiento *rojo*.

¹¹⁶.- En los duros debates en el seno del anarquismo, el “anarco-bolchevique” Enrique García Thomas expresa: “Lo enunciamos así: ¿los anarquistas de la región argentina debemos solidarizarnos con el primer ensayo de revolución social verdadera, o, por el contrario, lo hemos de repudiar por no ajustarse con toda estrictez a los cánones del doctrinarismo anarquista?”; García Thomas, Enrique (1919), “La

“Los trabajadores se hallan frente a un dilema terminante: con la revolución rusa o contra ella, no puede haber indiferentes” pontificaba Rodolfo Ghioldi desde la tribuna en un acto por el segundo aniversario de la revolución.¹¹⁷ Para F. R. Canosa la diferencia entre ser y no ser revolucionario era que el primero apoya la revolución rusa, aun cuando supiera y tuviera importantes diferencias con su curso.¹¹⁸ Desde las filas sindicalistas, se señalaba que “[s]e puede disentir, criticar y hasta censurar la dictadura política del partido bolsheviqui: pero no es justo que nosotros, los obreros, juntemos nuestras voces al coro de las calumnias y porquerías burguesas. Cuando se haya demostrado la eficacia de otra revolución social en contraposición a la hecha por los bolsheviquis, entonces será el caso de discutirlos. Hoy no”.¹¹⁹ En este rol que se le asignaba a la revolución rusa como discriminadora de los caracteres revolucionarios de una política o de un grupo activista, la formulación más emblemática —probablemente por la autoridad intelectual y política de su figura— fue la de José Ingenieros, quien lleva esta adhesión completa al campo de las creencias y las expectativas en el progreso y en la humanidad misma, en tanto la revolución rusa es una de las estaciones obligadas de la gran regeneración moral de la humanidad:

“Se cree o no se cree en la Revolución Rusa; adherir a ella es un acto de fe en el porvenir, en la justicia, en el progreso moral de la humanidad. La actitud crítica, durante la lucha, demuestra falta de fe y es obra de enemigos; los distingos y las reservas equivalen a negaciones, son más nocivos que la traición franca y desembozada. Llegado el momento de la experiencia colectiva, en cualquier terreno, es absurdo que cada militante se cruce de brazos ante el enemigo común para discutir detalles de doctrinas o de táctica. Se marcha o no se marcha; se cree en el pasado o en el porvenir; se tiene fe en la reacción o en la

dictadura del proletariado. La actitud de los anarquistas. ¿Nos solidarizamos con los fines de la revolución rusa o los repudiamos?”, en *Tribuna Proletaria*, n° 42, Buenos Aires, 14 de septiembre, p. 2. Las respuestas de sus adversarios, por supuesto, invertían la valoración, de modo que mitigar la crítica, y aun solidarizarse con la revolución rusa, implicaba abandonar el credo y el accionar revolucionarios; véase, entre muchos otros, “La consolidación de los derechos adquiridos” (1922), en *La Protesta. Suplemento Semanal*, n° 8, Buenos Aires, 27 de febrero, p. 1. En torno a los fundamentos temporales de esta capacidad de dicotomizar el campo político, véase el capítulo I de este trabajo.

¹¹⁷.- AA.VV. (1919a), “La revolución rusa. El acto del viernes”, en *La Internacional*, 22 de noviembre, p. 1. Santiago Locascio, en dura crítica al grupo de intelectuales europeos de *Clarté*, decía con énfasis extremado: “La época es decisiva: o blancos o rojos. Lo azul es celestial. O por la reacción o por la revolución, en cuerpo y alma”; Locascio, Santiago (1920a), “Bibliografía”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 14, noviembre, p. 64.

¹¹⁸.- Canosa, F. R. (1919), “Ser o no ser”, en *Bandera Roja. Diario de la mañana*, n° 29, 29 de abril, p. 2.

¹¹⁹.- Rademal (1921), “¿Rusia es un cementerio o es la roca de los desastres capitalistas?”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 12 de noviembre, p. 2. También Paz, José (1928), “Bolcheviquismo y fascismo”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 27-34. En un sentido similar Bunge, Augusto (1919), “Espartacos y Bolshevicks”, en *La Vanguardia*, 30 de abril y 1° de mayo, p. 13.

revolución. Todo el que discute la reacción obra como revolucionario; todo el que discute la revolución obra como reaccionario” (Ingenieros [1957 [1920e]: 142).¹²⁰

Si por un lado el imperativo por la adhesión actuaba como acicate de los debates en el seno de la izquierda —al modo en el que, como se verá luego, la discusión en torno al ingreso a la III Internacional se convierte en elemento clave de la interna socialista, o en la forma de los debates que agitan a sindicalistas, anarquistas y comunistas sobre la Internacional Sindical Roja en vistas al Congreso de unificación en 1921— por otro lado, la “revolución rusa”, como irrupción *impensada*, instaba al reexamen teórico, a la revisión de las prácticas y estrategias políticas. La revolución abría un campo de intelección nuevo para el pensamiento y la práctica de izquierdas, el cual se manifestaba en la apropiación del “léxico soviético”, en los nuevos juicios sobre las propias prácticas y concepciones, y en las elaboraciones para producir una nueva articulación entre teoría y práctica. Pero a la vez parecía que el evento ruso empujaba a la superficie tensiones subterráneas, latentes en el mundo de la izquierda, tensiones que ya estaban ahí —algunas de las cuales se habían manifestado con distinta intensidad— tensiones que atravesaban sagitalmente ese mundo, violentando las identidades políticas, las estrategias y formas de acción, como también las adscripciones teóricas sobre las que se habían cimentado los distintos *ismos* en el universo revolucionario. La revolución rusa, en el clima de conflictividad de posguerra, contribuyó a que esas tensiones, esas polaridades del mundo de la izquierda, se expresaran más abiertamente en nuevas posiciones, en controversias, rupturas, realineamientos, pero sobre todo, en reflexiones que si tenían por objeto a esa revolución, eran, más profundamente, pensamientos sobre la propia izquierda.

Es que la “revolución rusa” no era inocua en lo que se refiere a las concepciones, estrategias y prácticas de las distintas corrientes de izquierda. Junto con su léxico y el horizonte que abría, la propia pertinencia de la palabra de izquierda y de sus formas de acción eran también sometidas a examen. Trabajaba sobre los pliegues de los discursos de izquierda que hasta entonces parecían completamente consistentes. Así, por un lado, los debates sobre la revolución, sobre los bolcheviques y los *soviets*, constituían una “atmósfera de la revolución rusa [que] mantenía en tensión los nervios, agudizando los conflictos obreros, poniendo frente a frente el pasado y el porvenir”; y, por otro, esos

¹²⁰.- Que pueda invocarse la revolución rusa en estos términos, a fin de distinguir a los justos de los réprobos, encuentra también sustento en la política de los bolcheviques y de la III Internacional.

mismos “acontecimientos intensos y universales” dejaban a “todas las doctrinas, todos los partidos, todas las ideas” en una crisis más o menos profunda que imponía “fundamentarlas de nuevo, rectificando lo que la historia haya rectificado y reafirmando lo que haya sido robustecido por la realidad”.¹²¹ Precisamente por eso, los editores ácratas de *La crisis del anarquismo* de Luigi Fabbri, insertaban unas “Notas Preliminares” en las que se preguntaban: “¿Es que el anarquismo se encuentra en crisis? ¿Ha fracasado quizás frente a la experiencia de la Revolución Social? ¿Nuevas doctrinas han venido a destruir su posición revolucionaria?”¹²² Para agregar seguidamente: “...la guerra europea significó para el anarquismo —como para todas las ideologías sociales— una de esas épocas de crisis. La revolución rusa es ahora otra. Ella impone la depuración de las ideas, la definición en los individuos. Frente a ella es menester para el anarquismo revisar nuevamente sus doctrinas y sus tácticas”.¹²³ No pocos libertarios aseguraban que se trataba de un “momento de confusión” en las filas ácratas, causado precisamente por la revolución rusa. Emilio López Arango, que hasta 1920 defendió la experiencia soviética, sostenía ya críticamente en 1921 que la revolución rusa había provocado la división en el socialismo entre la corriente reformista y quienes se orientaron hacia la revolución, como también la crisis del anarquismo, en cuyo seno se enfrentaron quienes se mantenían, como él, fieles al federalismo comunista de Bakunin, y “los estatistas centralizadores” que habían cedido a “la infiltración marxista”.¹²⁴ El mismo Enrique Dickmann admitía, en octubre de 1917, que el momento histórico lo había sorprendido, por lo que tuvo que “revisar prolijamente” su “propio arsenal teórico y doctrinario, para ver, con claridad, si respondían a la realidad del mundo y a los hechos enormes” que se sucedían.¹²⁵

Frente a la conmoción de los idearios, de las representaciones, a la evaporación de la solidez de los conceptos de ayer, no faltaban quienes atrincherándose en las

¹²¹.- Abad de Santillán, Diego (1921), “La nueva perspectiva del pensamiento revolucionario”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 2.

¹²².- “Notas preliminares”, en Fabbri, Luis (1921), *La crisis del anarquismo*, Buenos Aires, Argonauta, p. 3. Véase también FORA Comunista – Consejo Federal (1922), *El Problema de la unidad obrera*, Buenos Aires, La Protesta/Consejo Federal de la FORA Comunista, enero.

¹²³.- *Ibidem*.

¹²⁴.- López Arango, Emilio (1921), “Paradojas de la hora presente. Anarquismo marxista”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 3. Estas reflexiones eran acompañadas, entre los anarquistas, por un sentimiento del riesgo de disolución en las filas de “sindicalistas y maximalistas”; véase Barthe, F. (1919), “Anarquismo. Sindicalismo. Bolchevismo”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 6 de noviembre, p. 3.

¹²⁵.- Dickmann, Enrique (1917), “Democracia y lucha de clases”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 20 de octubre, p. 1. Aunque Dickmann sostenga que el efecto conmocionante se derive sobre todo de la guerra, lo cierto es que las discusiones sobre los principios y las estrategias del socialismo —de las que participa— tienen como referencia tanto la guerra como, más extensamente, la revolución rusa.

doctrinas —o más bien, convirtiéndolas en trincheras— negaban todo carácter innovador al movimiento revolucionario en Rusia. A esos discursos completamente reactivos respondía Carlos Astrada, no sin ironía, en las páginas de la libertaria *Cuasimodo*: esos “ideólogos reformistas” que no veían en “el ensayo de Rusia” ninguna novedad —pero que seguramente lo habrían homenajeado de tratarse de “un nuevo ideal o una nueva doctrina económica” alejada de cualquier pasaje a la práctica— no se percataban de que la originalidad residía, precisamente, en que “los rusos han osado heroicamente plasmar en la realidad un viejo y audaz ensueño de redención humana”, y al hacerlo habían rearticulado las relaciones entre teoría y práctica, desmoronando por la base esos “vanos doctrinarismos” que sólo habían servido “para retardar la hora de la justicia social”.¹²⁶ La oposición entre ideas y realidad, entre doctrinas y prácticas, si bien recoge una tensión propia de la relación entre pensamiento y acción reconocible en toda la historia de la izquierda¹²⁷ expresa sintomáticamente, en estos momentos de la posguerra, no sólo la perturbación de las certezas y su recusación por impotencia, sino también el recurso al léxico y los discursos que están a la mano para manifestar las contradicciones, las líneas de tensión y fractura potenciales que desde siempre atravesaron ese mundo político-cultural. Las discusiones sobre la distancia —más o menos reconocible, según los puntos de vista— entre “los principios” y “la realidad” —o, en otros términos, si la revolución rusa se adaptaba o se alejaba de las previsiones, de los pronósticos contenidos en las diferentes orientaciones políticas e ideológicas— era una admisión tácita de la incomodidad, cuando no el desconcierto, en que la revolución había colocado a las “estructuras de pensamiento” —si se nos permite la expresión— de la izquierda. Como también lo eran la circulación de un nuevo léxico —o la puesta en vigor de uno olvidado, como “dictadura del proletariado”— y los renovados debates sobre las significaciones de conceptos como democracia, proletariado, socialismo, comunismo, etc.

Para 1921, cuando el ardor de las polémicas ha declinado —aunque éstas no se han extinguido— Diego Abad de Santillán no tiene dudas respecto de cuán profunda ha sido la afectación del mismo cuerpo de ideas por esos años fogosos en los que la revolución parecía estar en el orden del día:

¹²⁶.- Astrada, Carlos (1921), “El Renacimiento del Mito”, en *Cuasimodo*, n° 20, 2° decena de mayo, pp. 1-2. Esta voluntad por realizar lo que el siglo XIX prometió sería, para Alan Badiou, la marca característica del siglo XX y su *pasión por lo real*; cfr. Badiou, Alan (2005), *El siglo*, Buenos Aires, Manantial.

¹²⁷.- Basta recordar, para ello, las lecturas en clave de escisión de la siempre citada tesis XI de Marx sobre Feuerbach.

“Cada período de la historia entraña para nosotros deberes y horizontes distintos. Como hubiera sido insensato propagar en el período de turbulencia que acabamos de atravesar otra idea que la de la revolución inmediata, sería torpeza mayúscula la de entregarnos a resucitar la intensidad de estos últimos años precisamente cuando se siente la necesidad imperiosa de fortalecernos en doctrinas y conceptos para la gran batalla ideológica que se inicia (...) Los deberes del momento son más de inteligencia y de reflexión que de acción: los pueblos no quieren moverse ya por el placer de agitarse; reclaman una visión segura del mañana, exigen garantías a nuestras impacientes solicitudes. El pensamiento revolucionario tiene en este momento el deber de fortalecer las doctrinas de regeneración humana...”¹²⁸

Abad de Santillán acusa el desplazamiento hacia un accionalismo prescindente de un pensamiento estratégico, que es desde su punto de vista, y retrospectivamente, lo que habría caracterizado a esos años de “confusionismo” entre 1917 y 1921. Pero lo que interesa destacar aquí es la conciencia de que ese pensamiento debe ser edificado nuevamente luego de “esos años intensos”. Los modos en los que la revolución rusa puso de manifiesto explícitamente las tensiones internas inmanentes a las ideas y prácticas de la izquierda, no fueron, en cierto sentido, novedosos: reforma o revolución, Internacional Sindical Roja o Federación Sindical Internacional, Lenin o Bakunin, Lenin o Kerensky, Segunda o Tercera Internacional, parlamentarismo o acción directa, sindicatos o partidos, programa máximo o programa mínimo, etc., etc., eran formas del debate con una tradición a esas alturas más que importante. Pero tras ellas se adivinan otras tensiones y contradicciones, las cuales intenta abordar este trabajo en los siguientes capítulos.

Representaciones alteradas

En esas condiciones, no resulta extraño que el por entonces concejal socialista Enrique Mouchet, retomando un texto publicado por la izquierda socialista en relación al próximo congreso de Bahía Blanca en el que se discutiría la adscripción internacional del partido, sentenciara que, sin dejar de valorar la “acción práctica y fecunda” que hasta el momento había desarrollado el socialismo en Argentina, era preciso recalcar que, paralelamente, se habían dejado de lado “los lejanos propósitos de integral emancipación del proletariado”, pues “la acción reformista” —así calificaba a la actividad parlamentaria— era positiva pero no era más que “una brillante acción democrática, republicana y liberal, pero no propiamente socialista”. Una política que, consagrada en el programa mínimo, agregaba Mouchet, podía ser aceptada

¹²⁸.- Abad de Santillán, Diego (1921), “La nueva perspectiva del pensamiento revolucionario”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 2.

“integralmente” por “un burgués inteligente”.¹²⁹ Estas potenciales relecturas del cuerpo doctrinario socialista (tal como se había sedimentado para los años de posguerra) fueron la alarma que llevó a de Tomaso a escribir sus crónicas durante su viaje a Europa en 1919, cuando participa del Congreso Socialista Internacional en Berna —del 4 al 10 de febrero— y de la Conferencia de la Comisión Socialista en Amsterdam —entre el 26 y el 30 de abril— oportunidad en la que entrevista a Bernstein y a Kerensky, entre otros.¹³⁰ Barruntando los alcances de la revisión de la política partidaria que esas nuevas lecturas podían alentar, el diputado pretendía conjurarlas con su crónica, de la cual decía: “Yo mismo la he escrito con una gran preocupación *por la salud mental del pueblo* y el *sano* desarrollo del socialismo argentino en el *cuadro de la democracia*” (de Tomaso, 1919: 6; las cursivas son mías).

Los debates sobre qué era la revolución en Rusia contribuían al clima de agitación militante, y el tono de las discusiones se fue tornando más áspero y subido.¹³¹ Previo al congreso partidario de Bahía Blanca, Antonio de Tomaso interviene de modo, digamos enfático, frente a lo que considera las insubordinaciones de los afiliados. Su retórica vehemente, que acompaña la polémica con Repetto porque éste sugiere la posibilidad de enviar un observador a Moscú para determinar si adherir o no a la III Internacional, refleja parcialmente el clima vivido en las filas socialistas (de Tomaso, 1921: 169-180). Luego de expresar su disgusto por la política editorial del periódico socialista —aunque sus textos relativos a la cuestión rusa siempre fueron publicados— afirmaba en relación a dicha problemática:

“¿Vamos a creer también nosotros que «la democracia es un prejuicio burgués»? ¿Vamos a preconizar la constitución del «Estado de los obreros armados»? ¿Vamos a predicar la dictadura de un partido o de un grupo, no sólo sobre los partidos burgueses y reaccionarios, sino también sobre los otros partidos o grupos proletarios y populares que no piensen como el grupo adueñado del poder y sostenido por el ejército? ¿Vamos a aceptar que un grupito de rusos, que tiene su concepción política propia, resuelva como nuevos papas, desde Moscú, a quiénes se ha de admitir en la bienaventuranza de la Tercera, y cuáles han de ser

¹²⁹.- Mouchet, Enrique (1921), “El Partido Socialista y la Tercera Internacional”, en *Germinal. Publicaciones mensuales*, año II, n° 3, enero, pp. 67-74. Las citas son de p. 71.

¹³⁰.- Las entrevistas son, en realidad, sus apuntes de la conversación: “Nos sentamos en un rincón del Café del Teatro, y allí, lápiz en mano, fui apuntando taquigráficamente en el papel lo que de sus respuestas me pareció más importante o característico” (de Tomaso, 1919: 9).

¹³¹.- Dickmann se lamentaba que “muchos centros socialistas están mucho más ocupados y creen estar más informados de lo que pasa en el soviet de Moscú que en la cámara de diputados de la Argentina. A muchos socialistas les parece interesarse más [sic] de lo que acaece en el soviet de Vladivostock que en el congreso deliberante de Buenos Aires. Otros se preocupan más por la suerte del soviet de Irkutak o de Astrakán que por la suerte de la municipalidad socialista de Mar del Plata. La carestía de la vida que agobia a los obreros de Petrograd interesa más a algunos socialistas de la Argentina que la carestía de la vida de nuestros obreros de la ciudad y del campo”, Dickmann, Enrique (1920), “¿Qué debemos hacer?”, cit., p. 1.

sus cardenales e internuncios en Buenos Aires? (...) ¿Vamos a hablar de «insurrección armada», mientras se respeten los derechos civiles y políticos, mientras se mantenga la legalidad democrática, que hace posible sin sangre la acción colectiva de las masas?» (de Tomaso, 1921: 171)¹³²

Crítica de la democracia, Estado proletario, insurrección armada, tercera internacional configuran una trama de términos que para el diputado socialista deriva de esa “ola de literatura *maximalista* que nos ha inundado”, por medio de la cual “se trata de hacer adoptar al Partido actitudes que significan un cambio de método y una negación de los principios que hasta ahora hemos sustentado” (*ibídem*: 181). Si bien el ambiente de la discusión en las filas socialistas se volvía cada vez más tenso, las líneas demarcatorias y las posiciones a adoptar no eran totalmente claras. Sin embargo, la derrota del grupo dirigente en el III Congreso Extraordinario de abril de 1917 en relación a la posición socialista frente a la guerra mundial, la maniobra de desconocimiento que de dicho congreso hiciera el grupo parlamentario, sumadas a la creciente atención que entre la militancia suscitaban los “hechos rusos”, llevaron a la dirección partidaria a promover durante 1920 un ciclo de conferencias dominicales, publicadas a su vez en *La Vanguardia*, en el que participaron Repetto, Enrique Dickmann, de Tomaso, a las que se añadieron las tres disertaciones de Juan B. Justo bajo el título “El momento actual”. Actividades que, como el Congreso partidario de San Nicolás, parecen orientarse a evitar cualquier sorpresa en el próximo IV Congreso Extraordinario en Bahía Blanca, donde se discutiría la adhesión partidaria a la Internacional. Una política hacia “el interior del partido” no exenta de inconvenientes: el propio de Tomaso comenta que no pudo hablar en un acto de solidaridad con la revolución rusa organizado por un centro socialista, por lo que hubo de reagrupar a sus fuerzas —integradas, entre otros, por Pinedo, González Iramain y Bravo— y realizar una disertación paralela en el centro socialista de la 2ª, la cual se publica en *La Vanguardia* en tres entregas.¹³³

¹³².- Curiosamente, de Tomaso no recuerda la muy reciente sangre derramada en Argentina en “la acción colectiva de las masas” —en la semana de enero de 1919, por ejemplo— ni parece percibir el clima crecientemente represivo sobre la acción obrera de las patronales y el Estado.

¹³³.- de Tomaso, Antonio (1920), “La revolución rusa, el bolshevismo y la Tercera Internacional”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires; la primera parte se publica el 20 de septiembre en pp. 1 y 4; la segunda parte el 21 de septiembre, p. 4; la tercera, el 23 de septiembre, p.4. De cómo la revolución rusa afectaba las perspectivas políticas y las bases doctrinarias del PS, da cuenta la siguiente situación: en respuesta a una carta de un afiliado que pregunta por qué si *La Vanguardia* apoyó vehementemente a Kerensky ahora no hace lo propio con los maximalistas, los editores del órgano oficial del partido responden que los bolcheviques dieron un golpe contra una fracción del pueblo revolucionario que encabezaba Kerensky, que éste jamás hubiera sido un obstáculo al ulterior desarrollo de las etapas de la revolución y que la política exterior de paz que alentaban los bolcheviques era incorrecta, concluyendo que “[s]i no hemos creído deber aplaudirlo [al régimen maximalista; RP] con entusiasmo, nadie podrá decir que lo hayamos

Las acciones del grupo dirigente eran confrontadas desde distintos espacios partidarios, como aquellos centros socialistas que se inclinan por efectuar importantes cambios en los ejes de la política socialista, o desde ámbitos filopartidarios, como las revistas editadas por grupos de militantes socialistas; muchos de estos espacios estaban animados por la juventud del partido.¹³⁴ En el n° 3 del mensuario *Germinal*, Alfredo A. Bianchi —quien era, además, co-director de la revista *Nosotros* y de las ediciones Adelante— condena con dureza el derrotero político del PS “que ha derivado — afirma— hacia un liberalismo netamente burgués”, y no puede menos que lamentarse porque seguramente el próximo Congreso de Bahía Blanca votaría contra la adhesión a la nueva internacional, y “sólo los Partidos que de Socialistas tienen únicamente el nombre, van quedando fuera de la Tercera Internacional”.¹³⁵ Un pronóstico que, para Bianchi, acota las posibilidades de la izquierda socialista: “como a los izquierdistas del Partido nada nos une y todo nos separa de los actuales dirigentes, no nos queda otro recurso que la separación. Y ella debe venir, si somos consecuentes con nuestros principios”.¹³⁶

En el IV Congreso Extraordinario del Partido Socialista, realizado en Bahía Blanca entre el 8 y 10 de enero de 1921, la cuestión de la adhesión a la III Internacional se resolvió cuando 5013 delegados se pronunciaron negativamente mientras 3650 se

combatido ... Nadie como nosotros sabe que no basta decirse socialista, ni parecerlo, para serlo en realidad. ¿No estamos asistiendo aquí a la triste farsa de un puñado de individuos que pretenden hacer maximalismo difamando al Partido Socialista y tratando de restarle fuerzas, para mayor gloria y provecho de la reacción burguesa, clerical y militarista que representa la facción titulada radical?”, en “La revolución rusa, vista desde lejos. Ni en pro ni en contra de los maximalistas. Reconocemos de buen grado sus méritos ... y sus faltas. Una risible caricatura” (1918), *La Vanguardia*, Buenos Aires, 14 de febrero, p. 1. Obviamente “el puñado de individuos” era el recién formado P.S.I.

¹³⁴.- Los debates en las filas socialistas alcanzaban incluso a generar cortocircuitos entre sus personalidades dirigentes. En la controversia que enfrenta a Repetto con Pinedo y de Tomaso ya referida, los editores de *La Vanguardia*, cuyo director era entonces el mismo Repetto, responden a la misiva irónica, amenazante y extremadamente elitista que les dirigiera Federico Pinedo con una nota de redacción de la que vale la pena reproducir el siguiente pasaje: “A fin de que no haga camino la insinuación lanzada por el doctor Pinedo de que la iniciativa de *La Vanguardia* es de la inspiración propia de su director, nos apresuramos a declinar el mérito que pudiera cabernos en la iniciativa, declarando que ella interpreta el sentimiento de la mayoría de los centros del Partido que se han manifestado acerca de la cuestión. Sobre 31 centros que han dado a conocer su opinión sobre la cuestión internacional, no hay uno solo que haya manifestado de una manera explícita su deseo de que nuestro partido permanezca en la 2ª, mientras que hay 3 centros que piden la adhesión a la 3ª, 4 que desean la reconstrucción, 6 que piden un congreso extraordinario para tratar la cuestión, y 18 centros, la mayor parte de la capital, que sin pedir la adhesión a la 3ª, desean simplemente que se establezca alguna forma de relación con Moscú”; Nota de redacción a Pinedo, Federico (h.) (1920), “Partido Socialista. Delegado para estudiar la situación europea”, en *La Vanguardia*, 22 de julio, p. 4. La carta de Pinedo, en el mismo número: Pinedo, Federico (h.) (1920), “Partido Socialista. Delegado para estudiar la situación europea”, en *La Vanguardia*, 22 de julio, pp. 2 y 4.

¹³⁵.- -Bianchi, Alfredo A. (1921), “El Partido Socialista y la Tercera Internacional”, en *Germinal. Publicaciones mensuales*, año II, n° 3, enero, p. 88. Todo este número de *Germinal*, incluyendo un brevísimo editorial, está dedicado a favorecer la adhesión del socialismo a la III Internacional.

¹³⁶.- *Ibidem*, p. 88

mostraban partidarios de sumarse a la nueva internacional. Precedida de una votación en la que una “inmensa mayoría” decidió que el partido debía alejarse de la II Internacional, la compulsa entre la dirección partidaria y los “terceristas”, lejos de mostrar un alineamiento claro del activismo socialista con la cúpula partidaria expone los resquebrajamientos que la “cuestión rusa” coloca en primer plano.¹³⁷ La “interna”, lejos de resolverse dirimiendo la cuestión de las internacionales, se prolongó en las medidas disciplinarias que siguieron al congreso bahiense. La dirección partidaria, con Antonio de Tomaso comandando las medidas —ungido secretario general del partido durante ese año de 1921— resolvió la expulsión de los afiliados de los centros socialistas favorables al tercerismo y a los jóvenes socialistas que animaron la revista *Claridad* y el quincenario *La Hora*,¹³⁸ lo que llevó a importantes dirigentes como del Valle Iberlucea, Augusto Bunge y Alejandro Mantecón a presentar sus renuncias.¹³⁹

La acción disciplinante que lleva adelante la dirección partidaria para con los “terceristas” tiene raíces que preceden esa discusión.¹⁴⁰ Algo de ello puede inferirse del folleto que Antonio E. Mantecón publica en 1917, en donde reconstruye el enfrentamiento entre la dirección partidaria y “los envenenados” —calificativo que los propios parlamentarios lanzan sobre sus opositores, entre los que destacan los activistas del Comité de Propaganda Gremial. El conflicto se presenta bajo distintos ropajes temáticos, que dicen mucho sobre las perspectivas que cada sector quiere darle a la política partidaria, de modo que los debates de 1917 sobre la neutralidad, o sobre la Tercera Internacional entre 1919-21, resultan vitales para los perfiles, siempre en

¹³⁷.- Si bien el Congreso partidario resuelve rechazar la incorporación a la Tercera Internacional, el 42% de los votos que recibe el tercerismo es indicativo del grado de simpatía que la revolución rusa despertaba en el activismo socialista, a la vez que el casi unánime rechazo de la Segunda Internacional daba cuenta de un clima interno proclive a un cambio de rumbo. El proyecto de reconstrucción de una nueva Internacional, propuesto por el Comité Ejecutivo, fue rechazado por 4520 votos contra 4242 (Becerra, 2009: 145-46).

¹³⁸.- La revista *Claridad*, que se edita entre enero y agosto de 1920, retoma el nombre del grupo Clarté de París, colectivo intelectual con el que se identifica, y en ella se reúnen jóvenes socialistas entre los que destaca José Patricio Barreiro. Muchos de esos jóvenes, por otro lado, colaboran desde fines de 1920 en el quincenario *La Hora*, dirigido por Augusto Bunge.

¹³⁹.- El expulsado “grupo Claridad” realiza, los días 26 y 27 de febrero, en el teatro Roma de Avellaneda, el “Congreso de las Izquierdas socialistas”; véase “El Congreso de las izquierdas socialistas” (1921), en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 19, Buenos Aires, abril, pp. 194-95. En dicho congreso, algunos de los asistentes, como José P. Barreiro, plantean proponerle al PC un congreso de fusión, mientras que la postura finalmente mayoritaria es la del ingreso directo al PC. Sin embargo, no pocos lo abandonarán transcurridos dos años, como el propio Barreiro, Alberto Palcos —el director de la *Revista Socialista* de 1917— y Aldo Cantoni, entre otros.

¹⁴⁰.- El antecedente inmediato del mismo tenor es la expulsión de los afiliados que se opusieron al grupo parlamentario cuando éste desconoció las resoluciones sobre neutralidad del Congreso Extraordinario de abril de 1917; más adelante nos detendremos brevemente en esta cuestión. Para el lector interesado, cfr. Comité Ejecutivo PSI (1919), Corbière (1984), Oriolo (1994), Campione (2001, 2005).

construcción, del colectivo partidario. Pero, asimismo, el conflicto que relata Mantecón, como los que le siguieron, exponen con cierta nitidez la oposición entre los *mecanismos asamblearios* presupuestos, incluso estatutariamente, y la autonomía que respecto de los mismos retiene la *representación* —materializada en la capacidad de decisión, por sobre el Congreso, de los parlamentarios. No es sólo lo que Mantecón relata, sino también la historia del mismo texto que él escribe y debe publicar como folleto lo que pauta la confrontación intrapartidaria, pues se trata de unos artículos enviados a *La Vanguardia* que los editores decidieron no publicar porque el viejo militante del barrio de Barracas objeta allí la conducta del grupo parlamentario.¹⁴¹ Daniel Campione, que detalla las disputas en el Congreso Extraordinario de 1917 y sus derivaciones, ha destacado el clima de asambleísmo que se vivía en las filas socialistas, y en no pocos casos se trata de tomas de posición —es decir, tomas de la palabra— que disputan con la dirección el lugar de residencia (legítimo) de la soberanía de la organización partidaria (Campione, 2001; 2005).¹⁴²

Las discusiones sobre la revolución rusa son un índice de la tensión que anida en el partido entre esas dos formas de entender y practicar la política.¹⁴³ Por un lado,

¹⁴¹.- Mantecón, Antonio E. (1917), *El Partido Socialista y la cuestión internacional*, Buenos Aires, Imprenta Sarandí. Antonio Mantecón formó parte de los primeros militantes del Centro Socialista de Barracas, a fines del siglo XIX. En el folleto, Mantecón reprocha también la política editorial de *La Vanguardia*, que publica varios artículos que justifican la actitud de los parlamentarios socialistas mientras se postergan textos críticos como el suyo.

¹⁴².- Derrotada en el III Congreso, “[l]a táctica del grupo parlamentario apuntaba a dar vuelta los resultados del IIIº Congreso Extraordinario” para lo que apeló “a dos cartas fuertes: cambiar el mecanismo de decisión (de congreso a «voto general») y modificar su contenido (de posición frente a la guerra y modo de interpretar el internacionalismo, a virtual *referéndum* sobre la actuación del grupo parlamentario y su permanencia en el cargo” (Campione, 2001:1-2). La acción disciplinante tiene también sus voceros en los centros socialistas alineados con la dirección, algunos de los cuales ponen blanco sobre negro estas dos formas de entender la política, como cuando el centro de la 5º de La Plata pide al comité ejecutivo “el juzgamiento inmediato de los afiliados que, sin esperar el resultado del voto general, hubiesen organizado mítines pro neutralidad o participado activamente de reuniones neutralistas” (cit. en Campione, 2005); términos como “juzgamiento inmediato” o fórmulas similares, más propios de una jerga militar que de un espacio socialista de debate, que se repiten en las declaraciones de varios centros socialistas favorables al grupo parlamentario, permiten comprender el clima de la confrontación en el partido. El argumento de la infiltración tampoco está ausente; en el artículo “Una extraña organización” publicado en *La Vanguardia* a propósito de la formación, por la izquierda socialista, del Comité de Defensa de las Resoluciones del III Congreso Extraordinario, se sostiene que “la mitad de los componentes del mentado comité son ciudadanos de tan corta residencia en nuestras filas (...) que parece hubieran entrado en ellas sólo para llenar la tarea en que están empeñados”, en *La Vanguardia*, 19 de octubre de 1917, p. 1. Véanse también las ediciones de *La Vanguardia* de octubre y noviembre, con varias intervenciones que, a medida que la posición de los parlamentarios es refrendada por la mayoría de los centros socialistas, como ha señalado Campione, se hacen más extremas, apelan a las metáforas médicas y exigen la depuración de los conspiradores; en noviembre, la dirección partidaria emprende la disolución de los centros disidentes y la anulación de los carnets de los afiliados críticos de la izquierda socialista; cfr. Campione, cit., quien reconstruye los distintos aspectos de esta confrontación.

¹⁴³.- De un modo que exige una lectura entrelíneas, lo señalaba Enrique Dickmann en conferencia de junio de 1920: “Una saludable inquietud espiritual (...) sacude y agita actualmente las filas socialistas de todos los países del mundo, inclusive de la Argentina. Esta inquietud espiritual podrá ser útil, conducente y

porque el evento ruso acusa un impacto inmediato sobre lo que Patricio Geli (2005) denominó el doble proceso de nacionalización e institucionalización de los partidos socialistas de la II Internacional, proceso del cual el argentino, con sus peculiaridades, es un claro ejemplo. El discurso internacionalista que la pertenencia a la Internacional supone y las prácticas de integración política en sus contextos nacionales que la mayoría de estos partidos adopta configuran una dimensión conflictiva que subyace a las formaciones partidarias. A este desacuerdo inmanente, se suma el que deriva de las distintas significaciones que se otorgan a la *representación* de los trabajadores. Es sabido que esa representación, en palabras de Justo, no implica ninguna praxis concreta en la conformación de la clase obrera¹⁴⁴, pero esa noción de la representación no es necesariamente la que se deriva de la experiencia de los trabajadores socialistas, en sus “ámbitos gremiales”.¹⁴⁵ La “articulación débil” entre el PS y el mundo sindical que Hernán Camarero señala para los años veinte y la experiencia de la COA (Camarero, 2005: 185-217), no es más que la autonomía —que es también la distancia— que la representación guarda respecto de lo que representa, acentuada por una argumentación que sostiene que es en el espacio representativo en el que paulatinamente el programa socialista puede realizarse, lo que hace aun más débil la articulación —y tendencialmente, en el límite, sólo sostenida en el lazo representativo.¹⁴⁶ La “revolución rusa”, con su léxico y con los comentarios que promueve, pone en crisis esa

fecunda si ella es *encauzada y orientada* por un método objetivo y científico de estudio, de crítica, de revisión, de control y de rectificación o ratificación de la teoría y de la práctica, de la táctica y de los procedimientos de lucha socialista seguidos hasta ahora. Pero esta misma inquietud espiritual puede resultar anarquizante, negativa, destructora y desquiciante si ella *se hace subjetiva*, dogmática, sectaria, rayana en la superstición grosera” (Dickmann, 1920: 77; las cursivas son mías). La contraposición que hace Dickmann es elocuente en su modo enunciativo: las reflexiones y las prácticas que promueva o incentive la revolución deben ser encauzadas, *objetivadas* en un método analítico y de lucha, mientras advierte sobre el riesgo de una inquietud que se manifieste como *subjetivación*, es decir, como presentación política de los sujetos.

¹⁴⁴.- “El Partido Socialista no debe inmiscuirse en la organización gremial. Colectivamente sólo puede servirla *desde afuera*, en cuanto a las leyes, el gobierno y la administración pública atañen a la organización gremial”, sostiene Justo en “La organización obrera y el Partido Socialista”, en Justo, Juan B. (1947), *Obras de Juan B. Justo*, VI, “La realización del socialismo”, Buenos Aires, La Vanguardia. Las cursivas son mías.

¹⁴⁵.- Para los militantes expulsados que luego formaron el PSI, fue la prescindencia del partido en la organización de la clase lo que separaba a la dirección partidaria del Comité de Propaganda Gremial y de no pocas instancias de base que no llegaron a ser expulsadas —o que decidieron, pese a ello, mantenerse dentro del partido; cfr. Comité Ejecutivo PSI (1919).

¹⁴⁶.- El privilegio justista —y de la dirección partidaria— de la política de la representación sobre otras formas de comunidad —incluso a pesar de que el socialismo emerge como una confluencia de agrupamientos de base, clubes y agrupaciones socialistas (Martínez Mazzola, 2005, cit. en Anapio, 2011: 8-9)— es efectivamente un privilegio, no una negativa taxativa a la existencia, en el marco del socialismo, de otro tipo de praxis política. Es esa preeminencia por una versión de la política (y de la democracia) la que se expresa en el “perfil electoralista” del PS, y en las medidas disciplinares cuando colisiona con otras, como la que se *practica* en las instancias de base, en organizaciones gremiales, editoriales, culturales, incluso en las secciones.

representación de la política que es la política de la representación. El gesto de Enrique del Valle Iberlucea, cuando presenta su proyecto de Consejo Económico del Trabajo en el senado, es probablemente el que mejor expresa la invectiva que estos debates y ánimos proyectan sobre el parlamentarismo socialista. Lo que el proyecto del senador socialista pone de manifiesto es la frontera que la escena parlamentaria supone para la transformación socialista, pues la palabra del “programa máximo” que el senador dice estar pronunciando con su proposición no tiene cabida en ese recinto: en la escena de interlocución parlamentaria hay cosas —como el Consejo Económico del Trabajo, es decir, “el socialismo”— que no pueden discutirse.

Desconciertos identitarios

En las lecturas que de la revolución rusa hacen los anarquistas rioplatenses pueden distinguirse tres momentos. Durante el primero, que abarca los años de 1917 a 1919, la mayoría de los activistas y propagandistas libertarios apoya, defiende y/o se identifica con la experiencia rusa; y no son pocos los que piensan que se trata de una revolución de corte anarquista. El 11 de noviembre de 1917, en un artículo titulado “Los prolegómenos de la Revolución”, el articulista de *La Protesta* afirmaba con decisión que “Rusia representa hoy la alborada roja [...] La democracia no pudo resolver los múltiples problemas que la guerra planteó al proletariado ruso [...] el pueblo dio en tierra con la ignominiosa dictadura del nuevo zar. Es la Revolución Social y emancipadora, el levantamiento consciente de los trabajadores contra los amos y el privilegio”.¹⁴⁷ Y al insertarla en una suerte de “genealogía revolucionaria”, las revoluciones pasadas como la francesa, los acontecimientos de 1848 y la Comuna parisina son leídas como sus antecedentes mientras la rusa representa el punto más alto de esa historia. Si “...la obra emancipadora de los maximalistas rusos, marca un jalón insuperable hasta hoy día en la historia universal de los pueblos, haciendo palidecer los rojizos resplandores de la revolución francesa de 1789...”, era porque esta última estuvo limitada por su carácter burgués, mientras que “...la revolución rusa, tal cual se lleva a cabo [...] es el aplastamiento total del régimen estatal por el gobierno de sí mismo”.¹⁴⁸

¹⁴⁷.- “Los prolegómenos de la Revolución” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 11 de noviembre, p. 2.

¹⁴⁸.- Bruno, Severo (1918), “La revolución rusa y su influencia moral”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 17 de febrero, p. 2.

Estas primeras reflexiones ácratas sobre la revolución rusa eran emprendidas desde una diversidad de registros que aludían a distintas dimensiones que los militantes anarquistas creían pertinente destacar. Lecturas e intervenciones desde los sedimentos de un discurso político que debía mucho a la literatura utópica, se combinaban, muchas veces en un mismo artículo, con búsquedas y análisis que, de alguna manera, querían ser lecciones o enseñanzas para la actividad de los grupos libertarios. Una multiplicidad de lecturas e interpretaciones convivían, a pesar de tener demasiadas veces manifiestas contradicciones, en un apoyo y una simpatía generalizada entre las filas anarquistas para con aquella lejana y a la vez cercana revolución.¹⁴⁹

La simpatía generalizada comenzó a ser puesta en entredicho cuando algunos de los efectos de la revolución en el ámbito local cobraron mayor entidad, poniendo a la luz las contradicciones en las interpretaciones que, hasta entonces, habían permanecido larvadas. Desde 1919, emergen las voces críticas de los derrotados de la revolución en Rusia, confrontando a la palabra de quienes mantienen sus adhesiones y expectativas. Las discusiones se concentran tanto en la revitalización de viejos debates propios del anarquismo como en nuevas cuestiones puestas en liza por la misma revolución, tramando un conjunto de problemáticas que no tardó en exponer lo que tenía de desafío para los presupuestos políticos y teóricos del anarquismo. A las disputas entre “principistas” y “realistas” —es decir, en torno a la relación entre las formulaciones más o menos claras del pensamiento ácrata y la realidad siempre opaca de la revolución— y a las controversias sobre si se trataba de una revolución “social” o “meramente política”, se suman otras como las que giran en torno a la revolución como toma del poder del Estado —que adjunta los asuntos de la formación del partido y la revalorización de la dimensión política del proceso revolucionario— o las que se focalizan en el problema de la transición del capitalismo al socialismo bajo la

¹⁴⁹.- Hay pocas excepciones a esta corriente anarquista de adhesión con la revolución rusa en este primer momento; a lo sumo pueden señalarse silencios significativos. Es interesante destacar que esta simpatía se manifestaba en una suerte de euforia política sobre las posibilidades reales de una revolución en Latinoamérica, y existía una marcada expectativa en ese sentido sobre todo en la región rioplatense. Optimismo que parecería ser la consecuencia tanto de las lecturas “catastrofistas” de la revolución derivadas del imaginario utópico-redentor propio del anarquismo (Pittaluga, 2000; 2000a) como de una interpretación en clave vanguardista del “maximalismo”. De esta conjunción provenía una tendencia a la modelización del proceso revolucionario según los criterios de una estrategia de toma del poder, de encumbramiento de las élites revolucionarias como instancia necesaria para la destrucción de lo viejo y la construcción del nuevo orden —o, como lo formularía Lukàcs, a que el problema de la organización política pasara a primer plano (Pittaluga, 2000). Cfr. Bruno, Severo (1918), “La revolución rusa y su influencia moral”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 17 de febrero, p.2.

controvertida figura de la “dictadura del proletariado”; todas éstas eran cuestiones espinosas para el pensamiento y las formas de intervención anarquistas.

Las primeras intervenciones críticas sobre la revolución rusa aparecieron en *Tribuna Proletaria*, publicación de Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antillí. Este periódico de 1919 y *El Libertario* de 1920, son los antecedentes inmediatos del célebre *La Antorcha* que González Pacheco y Antillí editaron a partir de 1921. Precisamente este último periódico dará nombre a este grupo de militantes, conocidos en el mundo anarquista como los “antorchistas”.¹⁵⁰ Quienes fueron los primeros críticos de la experiencia soviética iniciaban su recusación de la misma tomando distancia de los potenciales significados de la “dictadura del proletariado”. Aunque todavía en forma cautelosa —dada la atracción que despertaba en las filas de la militancia ácrata— los “antorchistas” alertaban sobre la potencialidad burocratizante de la experiencia soviética, en tanto se trataba de un “poder político”.¹⁵¹ El riesgo que creían entrever era la dilución del perfil propio del anarquismo, o sea su bolchevización. En un extenso artículo, Teodoro Antillí alegaba que si el bolchevismo parecía ser una vía más rápida a la revolución, esto comportaba, como lado negativo, la colaboración con la burguesía a través de la participación política, tal cual lo probaría el recién formado Partido Socialista Internacional —que por ello mismo se convertiría rápidamente, pronosticaba, en un partido socialista nacionalista.¹⁵² Por lo que el bolchevismo no era recomendable

¹⁵⁰.- Del “antorchismo” —de imprecisas fronteras, como todas las “corrientes” en el seno del universo libertario— también formaban parte *Ideas*, revista editada en La Plata por Fernando del Intento, y *Pampa Libre*, de General Pico. Sobre esta última puede consultarse el libro de Jorge Etchenique (2011) y para el anarquismo de entreguerras Anapios (2009). Los orígenes de esta “corriente” podrían remontarse al quincenario *La Obra*, que comenzó a publicarse como suplemento de *La Protesta* a partir de junio de 1915. Al poco tiempo de iniciarse su publicación, las disidencias entre sus redactores y la nueva administración de *La Protesta*, produjeron el alejamiento de los animadores de *La Obra*. Entre los que se fueron se encontraban Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antillí, quienes inmediatamente pasaron a publicar un periódico en clara competencia con el protestismo: *La Protesta Humana*, que tendrá cortísima vida —pero el nombre elegido da una pauta de los alcances de la disputa. Posteriormente continuaron con *La Obra*, como semanario independiente, y en 1919 fundan el diario *Tribuna Proletaria*, que deja de publicarse al año siguiente y del cual se editaron 183 números (Abad de Santillán, 1927; López Trujillo, 1997). La breve experiencia de *El Libertario* en 1920 desemboca el 25 de marzo de 1921 en la creación por parte de este grupo de anarquistas, principalmente intelectuales, del célebre hebdomadario *La Antorcha*, que se editó hasta 1932. Además de González Pacheco y Antillí, formaron parte como redactores y colaboradores de los periódicos de esta corriente Alberto S. Bianchi, Mario Anderson Pacheco, David Valdés, Teodoro Dúctil, J. González Lemos (algunos de los cuales terminaron alejándose del antorchismo). Esta corriente, que nunca se estructuró orgánicamente, fue capaz de combinar cierta homogeneidad y suficiente diversidad en su seno; unían a sus simpatizantes y promotores ciertas definiciones y nociones que sus rivales libertarios censuraban con la calificación de “purismo” o “doctrinarismo académico”.

¹⁵¹.- Crf. Antillí, T. (1919c), “Crónicas Internacionales. Portugal. Sindicato o Soviet”, en *Tribuna Proletaria*, n° 14, Buenos Aires, 13 de agosto, p. 1.

¹⁵².- Antillí, Teodoro (1919), “La III Internacional y el Partido Comunista”, en *Tribuna Proletaria*, n° 27, Buenos Aires, 28 de agosto, pp.1-2.

aún si apresuraba efectivamente la revolución. Antillí planteaba ya lo que sería uno de los terrenos explícitos de las controversias entre los libertarios: una oposición a la experiencia bolchevique desde los “principios” libertarios, oposición a lo que percibían como escisión entre medios y fines, que conllevaba necesariamente la pérdida de los objetivos libertarios e igualitarios del anarquismo. Su resultado sería, quizás, otra sociedad, pero no aquella soñada tierra del Ideal (Pittaluga, 2000; 2001; 2002a; 2002b). La capacidad crítica del enfoque antorchista residía, en definitiva, en contestar la realidad desde una eticidad revolucionaria que impugnaba toda disociación entre medios y fines, logrando de ese modo hacer inteligibles enteras dimensiones del proceso revolucionario, aunque al precio de elidir otras, opacadas por un simple refugio en el “credo revolucionario” que no llegaba a trabajar sobre esa distancia siempre existente entre la palabra y lo que ésta nombra.

Las respuestas de quienes desde las filas libertarias adherían al emprendimiento revolucionario ruso, invertían precisamente la carga valorativa, acusando de “puristas” y “doctrinarios” a los “antorchistas” (López Trujillo, s/f. [c. 1997]; Pittaluga, 2000). En una colaboración para una publicación que un grupo anarquista simpatizante del bolchevismo editaba en Avellaneda, Emilio López Arango arremetía contra las críticas antorchistas a la revolución rusa en los siguientes términos: “No se puede juzgar la importancia de la revolución iniciada en Rusia, desde el punto de vista unilateral de los dogmáticos. Para poder apreciar en toda su trascendencia ese hecho histórico, es necesario despojarse de todo preconceito y analizar las condiciones de lugar y de tiempo en que actúan los orientadores de la revolución y el plano de cultura en que se agita el pueblo que realizó el milagro de tan portentosa resurrección espiritual”.¹⁵³ Y sin desconocer las diferencias que el itinerario bolchevique parecía tener con los principios fundadores del anarquismo, el español llamaba a aceptar la revolución “tal cual es, con sus imperfecciones, como hecho revolucionario que tiende a torcer el curso de la historia”, pues sólo los “dogmáticos e intransigentes” parecían no tomar en cuenta las condiciones específicas de su realización, es decir, “el grado de degradación” que el zarismo había impuesto al pueblo ruso, que se prolongaba en la “imperfecta organización comunista” de la actual revolución. López Arango invocaba “la realidad” como campo de prueba y eventual rectificación de las ideas, por lo cual eran las

¹⁵³.- López Arango, Emilio (1920), “Características esenciales de la revolución rusa. Las teorías frente a la realidad de los hechos”, en *Nuevos Caminos*, Publicación quincenal del Centro Cultural y Artístico “Nuevos Caminos”, nº 5, Avellaneda, 20 de septiembre, p. 7.

características peculiares de la sociedad rusa, con su bajo despliegue político y cultural prerrevolucionario, las que debían ser el punto de partida para el análisis de la significación y proyección del hecho histórico, y no un ideario que, si bien servía de guía, estaba desconectado de esas específicas condiciones.¹⁵⁴ Desde el editorial de *La Protesta*, se sostenía que “nuestra idea de futuro, nuestra concepción ética del mundo, nuestro antidogmatismo y nuestra intransigencia revolucionaria” no debían provocar el alejamiento de la realidad como tampoco desentenderse de los acontecimientos revolucionarios, pues el anarquismo “no puede ser neutral en las luchas sociales”; agregándose que “[u]na revolución, aun cuando no consagre sus postulados libertarios, representa nuevas posibilidades de realización y tiene más valor real objetivo que la teoría filosófica que va trabajando futuras realidades”.¹⁵⁵

Entre 1917 y 1920 el más importante de los periódicos anarquistas, *La Protesta*, queda virtualmente bajo la orientación de Emilio López Arango y Diego Abad de Santillán. Lo que en sus páginas se publicaba respecto de la revolución rusa se convertía, inmediatamente, en una de las principales referencias para valorarla. Hasta principios de 1921, *La Protesta* estimaba positivamente el régimen soviético — incluyendo la “transicional dictadura del proletariado”— y reprobaba por “doctrinarios académicos” y “puristas” a sus críticos antorchistas, mientras coincidía con los posicionamientos y argumentaciones de un tercer grupo, los “anarco-bolcheviques”.

Esta última corriente del anarquismo fue la más profundamente influida por la revolución rusa, al punto de recibir de sus rivales esa denominación de “anarco-bolcheviques” —aunque cabe aclarar que ellos jamás aceptaron tal apelativo. Entre sus principales dirigentes se encontraban Enrique García Thomas, Eva Vivé, Antonio Gonçalves, José Vidal Mata, Jesús M. Suárez y Oreste Ristori, pero también

¹⁵⁴.- Más adelante agregaba que “[e]l error fundamental de los que juzgan una revolución desde el punto de vista establecido por una doctrina, está en creer que los hechos se ajustan a la disciplina doctrinaria de los teóricos [...] Pero los hechos tienen otras causas que los determinan y son, no la imagen y semejanza de una teoría, sino la representación impersonal y multiforme de todo un pueblo, la síntesis de un grado de evolución conquistado después de múltiples esfuerzos y cruentos sacrificios”; *ibídem*, p. 7.

¹⁵⁵.- “El concepto de la revolución” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de diciembre, p. 1. Otros artículos e intervenciones en las que se aborda la revolución rusa a partir de la oposición entre “principios” y “realidad”: Ricard, F. (1919), “La cuestión maximalista. Bancarrota de dogmas. El ideal anarquista”, en *Prometeo. Quincenario anarquista*, año I, n° 5, Buenos Aires, segunda quincena de octubre, pp. 4-5; Ricard, F. (1921), “Cuasimodo. Voces Amigas”, *Cuasimodo*, n° 16, 3° decena de abril, p. 24; Centro Cultural «Nuevos Caminos» (1921), “Una proclama del Centro Cultural «Nuevos Caminos»”, en *Cuasimodo*, n° 22, 1° decena de septiembre, pp. 22-24; Ristori, Oreste (1921b), “Miseria de argumentos contra la Dictadura y el Estado”, en *Cuasimodo*, n° 24, 1° quincena de octubre, pp. 7-11; Ristori, Oreste (1921c), “La crítica fácil”, en *Cuasimodo*, n° 25, 1° quincena de noviembre, pp. 7-8; “El problema” (1919), en *Bandera Roja. Diario de la mañana*, n° 21, 21 de abril, p. 1; Antillí, Teodoro (1919).

participaron o colaboraron con el grupo Elías Castelnuovo, Julio Amor, Sebastián Ferrer, Hermenegildo Rosales, Julio R. Barcos, Santiago Locascio, Pierre Quiroule, Atilio Biondi, Sara Yacoub, entre otros. El grupo fue conformándose paulatinamente, remontándose sus orígenes al periódico rosarino *La Rebelión*, de 1913 (Abad de Santillán, 1927), cuyos integrantes, en 1918, confluyen con el grupo editor de *Voces Proletarias*, de la ciudad de Campana (Doeswijk, 1998).¹⁵⁶ En abril de 1919 el grupo pasó a editar en Buenos Aires el célebre *Bandera Roja*, del cual sólo salieron 35 números, ya que fue rápidamente clausurado, además de que varios de sus integrantes fueron sometidos a juicio y encarcelados justamente por apología del maximalismo. A pesar de su corta vida, este periódico logró un fuerte impacto no sólo en los ámbitos libertarios sino también entre la militancia socialista (del PS y del recién formado PSI) (Pittaluga, 2000: 80-82).¹⁵⁷ Su nombre no era otra cosa que la apropiación de la denominación del vocero espartaquista, *Die Rothe Fahne*, y su edición estaba estrechamente ligada a los objetivos que los anarco-bolcheviques pretendían darse a partir de una perspectiva fuertemente influida por una lectura distintiva de la revolución rusa, de la cual, por otra parte, también desprendían una caracterización de la situación social y política en la Argentina. Precisamente, las lecturas que de la revolución hiciera este grupo estuvieron orientadas por una voluntad de apropiación de dicha experiencia que implicaba una reformulación de los principios teórico-políticos del anarquismo, a la vez que tenía importantes consecuencias en sus prácticas políticas. Entre estas últimas es sumamente importante destacar que los “anarco-bolcheviques” encontraron en la revolución rusa una confirmación y una legitimación —además de nuevos elementos teórico-prácticos— para sostener prácticas con perspectivas más abiertamente clasistas que las predominantes hasta entonces en el anarquismo rioplatense, y que ello los llevó a otorgarle mayor centralidad a los conflictos por el control del proceso de trabajo y a colocar la unidad del movimiento obrero y la formación de una organización específicamente política del anarquismo entre sus objetivos prioritarios (López Trujillo, 1997; Doeswijk, 1998; Pittaluga, 2000; 2000b). Y fue en relación a esta problemática, como veremos más adelante, que se vertebró parte del campo de debates sobre la revolución rusa en el seno del anarquismo, sobre todo a partir de 1921.

¹⁵⁶.- Para la trayectoria de la corriente anarco-bolchevique, véase Doeswijk (1998); para las interpretaciones que este grupo realizara de la revolución rusa, véase Pittaluga (2000, 2000b).

¹⁵⁷.- Para el periódico *Bandera Roja*, véase Doeswijk (2008).

Andreas Doeswijk (1998) señala que no es posible entender la intrincada red de grupos, editores y activistas del anarquismo rioplatense de estos años sin poner el ojo en este sector “anarco-bolchevique”, aun cuando estima que no se trató de una fracción numerosa. Efectivamente, la relevancia del “anarcobolchevismo” no debería apreciarse por esos criterios sino, como el mismo nombre que sus detractores le asignaron delata, porque se situó en el cruce de dos problemáticas claves para el anarquismo en esa coyuntura. Por un lado, porque fue activo promotor de las tendencias unificadoras de las federaciones obreras, reforzadas entre 1919 y 1921 cuando los “anarco-bolcheviques” ocuparon puestos de dirección en la FORA Comunista dando lugar al “Comité de Unificación” de 1921 (Doeswijk, 1998; Pittaluga, 2000, 2000b). Por otro lado, y en relación a las formas de asociación libertarias, impulsaron la conformación de una organización, federada y por afinidad, de los anarquistas rioplatenses, argumentando la necesidad de la existencia de la misma como algo distinto de las organizaciones sindicales, aunque negaron que se tratara de una organización política. Y aun cuando su influencia en las direcciones sindicales estaba, para 1923, en declive, los “anarco-bolcheviques” fundaron ese año la Alianza Libertaria Argentina (ALA), una instancia organizativa distinta de los grupos de afinidad, con un programa y un marco organizativo.¹⁵⁸ Bajo esta orientación y fundamentando sus perspectivas en Bakunin, Malatesta y Fabbri, los “anarco-bolcheviques” argumentaron que era esta organización específica la que debía ostentar el apelativo de comunista-anárquica, y no la federación sindical, poniendo de este modo en primer plano una de las cuestiones más sensibles para el anarquismo de la posguerra.

Entre 1919 y 1921, las querellas en el mundo ácrata respecto de las valoraciones sobre la revolución rusa transitaban un terreno de respeto caracterizado por el intercambio argumentativo. Es en ese clima, lejano a cualquier disputa faccional, que los “anarco-bolcheviques”, con su periódico clausurado, podían replicar a las críticas “antorchistas” en las mismas página de *Tribuna Proletaria*, mientras los orientadores de *La Protesta* escribían en revistas “anarco-bolcheviques”. Sin embargo, ese clima se trocó en uno plagado de fuertes enfrentamientos, denuncias, acusaciones y expulsiones. Semejante

¹⁵⁸.- No obstante, en el mismo momento de su creación la nueva agrupación contenía en su seno orientaciones divergentes en relación a lo que se entendía por “organización específica” como de sus alineamientos internacionales —pues ya había entre la mayoría de sus integrantes un distanciamiento respecto de la experiencia bolchevique y una creciente identificación con el anarcosindicalismo. Quienes siguieron fascinados con la experiencia soviética, como el propio líder del grupo, Enrique García Thomas, fueron expulsados de las mismísima ALA, para conformar en 1924 un agrupamiento de nombre similar y editar un nuevo periódico que recogió el nombre de la primera publicación rosarina, *La Rebelión*. Véase Doeswijk (1998) y Pittaluga (2000, 2000b).

cambio no puede explicarse solamente por las informaciones procedentes de Rusia, ni por el despliegue argumental de los críticos antorchistas. A las discusiones teóricas y doctrinarias —sobre el “antipoliticismo” libertario, la permanencia del Estado, el “parlamentarismo” y la democracia soviéticos, la “dictadura del proletariado”, etc.— se sumaron dos problemáticas determinantes: los intentos fusionistas de las federaciones obreras impulsados entre otros por los “anarco-bolcheviques, y la disputa por el significado del término “comunismo”.

Precisamente, entre las muchas cuestiones que la revolución rusa puso a debate, hubo una que afectó particularmente al universo ácrata: el problema del nombre. El significante “comunismo” fue objeto de disputa, aun cuando esos conflictos de sentido aparezcan las más de las veces en los pliegues de otras querellas. Progresivamente, para los activistas libertarios ya no era suficiente apelar a ese significante que los nombraba como lo que pensaban que eran, ya no alcanzaba con invocar un término en el que se condensaba, hasta entonces, su propia identidad. La fuerza de los deslizamientos de sentido que operaba sobre el nombre “comunismo” provenía, por un lado, de las nuevas referencias internacionales gestadas a partir de la revolución rusa y, por otro, del cambio de nombre del Partido Socialista Internacional por el de Partido Comunista de la Región Argentina —adecuación a esas referencias transnacionales (Pittaluga, 2000, 2001). Este proceso de conflictividad por los significados del comunismo —y la serie de problemas asociados— emergió con vigor cuando parte del anarquismo, entre 1919 y 1921, dejó de apoyar el curso que la revolución tomaba en Rusia para pasar, luego de una etapa de distanciamiento, a una feroz crítica de los bolcheviques y el estado soviético (*ibídem*). Evidentemente el problema no era sólo rioplatense, pues un preocupado Luigi Fabbri sostenía, en referencia al término “comunismo”, que los anarquistas no negaban “del todo a los socialistas maximalistas el derecho de adoptar este nombre que ha sido absolutamente nuestro durante más de cuarenta años y que ninguna intención tenemos de renunciarlo” (Fabbri, 1921). Las primeras manifestaciones que revelan que “comunismo” ya no era un término que demarcara con claridad el perfil anarquista, fueron las intervenciones de las plumas libertarias que buscaban establecer las diferencias entre los distintos sectores de la izquierda, diferencias que parecían haber quedado desdibujadas por el huracán bolchevique. López Arango, filiado al anarquismo en la tradición socialista a la vez que lo posicionaba como el ala revolucionaria de esa tradición, sostenía que “los anarquistas, desde la escisión producida en la Internacional, como consecuencia de la controversia originada entre

Marx y Bakounine, formamos la fracción extremista del socialismo; del socialismo comunista, antiestatal y antiparlamentario, en contraposición al colectivismo de los librecambistas”.¹⁵⁹ Distinción que, además, obligaba a un ejercicio de definición del significante en cuestión: “El comunismo, más que un sistema social del futuro, es una expresión que quiere significar un estado de civilización donde los hombres sean capaces de vivir en comunidades libres, sin poderes autoritarios ni clases privilegiadas y gobernantes”, y por eso, agregaba el anarquista español, la inescindible unidad de la “fórmula comunista” y la “fórmula anarquista”.¹⁶⁰ Desde otro ángulo abordaban por entonces los más destacados “antorchistas” el conflicto por los sentidos del comunismo. Sus enfoques consistían, básicamente, en establecer una neta distinción entre dos formas de conceptualizar el comunismo a partir de la crítica de una de las cuestiones que la revolución rusa había introducido en el debate político de las izquierdas contemporáneas: la dictadura del proletariado como estado transicional, y a través de esa crítica oponían el “comunismo anárquico” al “comunismo político”.¹⁶¹ Fue la apelación a la tradición antipolítica de la militancia ácrata la que sirvió para ir modelando esos dos sentidos antitéticos, pues el problema del bolchevismo era, decían, su carácter político: en la hora actual eso implicaba “la colaboración con la burguesía”, y en el momento revolucionario no era más que la constitución de una nueva forma de dominación estatal, la “dictadura del proletariado”, que en rigor era “la dictadura de un partido” y que sepultaría definitivamente a la misma revolución.¹⁶²

De modo que no poco del reposicionamiento de los militantes libertarios respecto de la revolución rusa, se relaciona directamente con lo que era sentido como la disolución de la identidad anarquista a través de lo que creían era la “marxistización” de ciertos sectores libertarios (Pittaluga, 2001). Ciertamente, este borramiento de las diferencias entre el anarquismo y otras corrientes políticas e ideológicas de la izquierda tenía, para los antorchistas —como lo tuvo desde 1921 para los orientadores de *La Protesta*— su manifestación elocuente en la corriente “anarcobolchevique”, la cual además de promover una reformulación teórica y política del anarquismo a la luz de las

¹⁵⁹.- López Arango, Emilio (1920a), “El anarquismo”, en *Nuevos Caminos*. Publicación quincenal del Centro Cultural y Artístico “Nuevos Caminos”, año I, n° 6, Avellaneda, octubre, p. 6.

¹⁶⁰.- *Ibidem*, p. 8.

¹⁶¹.- Antillí, Teodoro (1919), “La III Internacional y el Partido Comunista”, en *Tribuna Proletaria*, n° 27, Buenos Aires, 28 de agosto, p. 2.

¹⁶².- Antillí, Teodoro (1919a), “La III Internacional y el Partido Comunista”, segunda parte, en *Tribuna Proletaria*, n° 28, Buenos Aires, 29 de agosto, p. 2. Durante todo un período —hasta por lo menos 1924— cada vez que las distintas corrientes anarquistas se refieren al comunismo de los grupos marxistas entrecomillan el término “comunismo”, como para dar cuenta de un uso impropio o una identificación falsa o ficticia.

“enseñanzas” de la revolución rusa, desplegaba una profusa propaganda y había logrado posicionar a varios de sus dirigentes en puestos claves de la dirección de la FORA Comunista, mientras impulsaban —para espanto de otras tendencias del anarquismo— el sindicalismo industrial¹⁶³, la fusión de las federaciones obreras y la estructuración de una organización política propia del anarquismo (Doeswijk, 1998; Pittaluga, 2000, 2001). Las reformulaciones de lo que “comunismo” nombraba se combinaba, vía el proyecto de fusión de las federaciones, con la potencial pérdida de la principal referencia política e identitaria ácrata, la FORA del V Congreso o FORA Comunista.¹⁶⁴

La definiciones del Primer Congreso Extraordinario de la FORA Comunista de 1920 son lo suficientemente equívocas como para evidenciar la existencia de un conflicto entre perspectivas rivales cuya definición estaba abierta. La posibilidad cierta de una nueva y unificada Federación obrera, hegemónizada por los sindicalistas, con presencia anarquista a través del grupo anarco-bolchevique y con la participación del PC, motivó la reacción de *La Protesta*. Desde junio de 1921, el sector protestista orientó sus acciones a fin de desplazar del Consejo Federal de la FORA Comunista a los “anarco-bolcheviques”, lo que finalmente lograron en agosto de ese año, acusándolos de ser “agentes políticos introducidos en la organización obrera”.¹⁶⁵ Las tendencias fusionistas para constituir una única Federación obrera, y las características que podría tener esa organización de las fuerzas del trabajo, amplificaron el debate sobre la revolución rusa. No era sólo un problema de potencial hegemonía sindicalista en una única federación obrera; para ciertas corrientes del anarquismo (como el protestismo y

¹⁶³.- La constitución de “sindicatos por industria”, esto es, organizaciones gremiales que tomaran como criterio de pertenencia el conjunto de la línea productiva y de comercialización, subsumiendo en ellas las agrupaciones por oficio, no alteraba, según las argumentaciones “anarcobolcheviques”, ni la autonomía, ni el carácter horizontal y voluntario de estas últimas. El propósito del “sindicalismo industrial” era superar el fraccionamiento del movimiento obrero, potenciándolo en la unificación, en la capacidad de acción unitaria (Pittaluga, 2000).

¹⁶⁴.- A fines de septiembre y principios de octubre de 1920 tuvo lugar el Primer Congreso Extraordinario de la FORA Comunista, y algunas de las resoluciones de ese congreso tendían a desdibujar su perfil anarquista tal como había sido hasta entonces, y a reelaborar parte de sus principios y prácticas. Las más de 250 entidades participantes, si bien se pronunciaron por mantener la organización federalista, le daban a la perspectiva del sindicalismo industrial un nuevo lugar. Cfr. *Tribuna Obrera*, n° 4, 28/9/1920, p. 1; también *La Organización Obrera*, suplemento extraordinario, 1/5/1921, p. 69. Como se señaló más arriba, la tendencia a la unidad de los trabajadores probablemente se nutría, más allá de las propuestas “anarco-bolcheviques” o sindicalistas, de la percepción de su necesidad frente a la homogénea cohesión y capacidad de acción lograda por los sectores dominantes, tanto a través de la Asociación del Trabajo como de la Liga Patriótica, cuya capacidad de movilización y de apelación a la violencia quedó demostrada desde su formación. Ante un frente patronal tan sólido y decidido es más que probable que el discurso de la unidad obrera encontrara suficiente eco entre los trabajadores (y sobre todo entre los más activos).

¹⁶⁵.- *La Organización obrera*, suplemento extraordinario, n° 2, mayo 1922, p. 60; para la versión “anarcobolchevique” de esta expulsión, véase el volante “Un Proceso de Moralidad Sindical”, (29 de junio, 1921), folleto firmado por Antonio Gonçalves, Sebastián Ferrer y José Vidal Mata.

el antorchismo) era una cuestión de supervivencia, pues se relacionaba directamente con el mantenimiento de una identidad anarquista que había sido construida junto con un sector y un perfil del mundo del trabajo. Una central obrera que admitiera y obligara al debate político-ideológico para conquistar en su interior la hegemonía del movimiento obrero, y que se conformara sobre la base del sindicalismo industrial, rompía claramente con las formas y prácticas de la militancia ácrata local. La potencial desaparición de una federación autodenominada anarquista —con “clara definición ideológica” como sus militantes gustaban decir— en las aguas de la unidad obrera implicaba el riesgo cierto de que se perdiera una de las principales referencias políticas de la militancia libertaria, a lo que se sumaba la imposibilidad político-teórica, inherente a estas perspectivas del anarquismo, de construir un referente específico distinto de las organizaciones gremiales. Al reflexionar sobre estos asuntos, la dirección de una FORA que se había desembarazado ya de las tendencias fusionistas, sostenía que “[e]l nombre, por reflejo, puede ser en sí un programa. Y los nombres «programáticos» son los que ilusionan a las masas, que no estudian el fondo de las palabras, ni la esencia de ciertas doctrinas nuevas”.¹⁶⁶

La forma que asumió la crítica protestista-forista (además de las expulsiones de los dirigentes “anarcobolcheviques” de la dirección de la FORA a fines de agosto de 1921) era desprender “lógicamente” de la influencia de la revolución rusa las “nocivas” características del emprendimiento fusionista.¹⁶⁷ Para ello, la revolución en Rusia debió ser reexaminada. Si en un principio el cuestionamiento debió ser cuidadoso, probablemente por la solidaridad y simpatía que la revolución rusa despertaba entre la militancia anarquista —y muchas de las medidas coercitivas y represivas del gobierno bolchevique podían ser leídas como medidas defensivas ante un mundo hostil y una burguesía agresiva— desde septiembre de 1921 las críticas de *La Protesta* y la FORA Comunista se hicieron más agudas, y se sumaron a la prédica antibolchevique de los “antorchistas”. Para apoyar estos nuevos posicionamientos y valoraciones sobre la revolución rusa, comenzaron a publicarse en Buenos Aires varios folletos de renombrados anarquistas a nivel internacional como Luigi Fabbri, Rudolf Rocker,

¹⁶⁶.- Consejo Federal de la FORA Comunista (1922), *El problema de la unidad obrera*, Buenos Aires, Consejo Federal de la FORA Comunista/La Protesta, enero.

¹⁶⁷.- Es interesante destacar que las principales críticas anarquistas al proyecto de unificación de las federaciones obreras no reposaba tanto en los tradicionales argumentos del reformismo sino en el tipo de unidad que se estaba gestando y en la influencia de corte “autoritario” y “disciplinador” que la experiencia rusa tenía en ese proceso, manifiesta —según los anarquistas— en la estrategia de “toma del poder político” que orientaba el proyecto fusionista (Consejo Federal de la FORA Comunista, 1922).

Emma Goldman, Alexander Berkman, Pietr Kropotkin y Makhno, y las editoriales anarquistas, como se señaló más arriba, editaron importantes documentos como la *Primera Conferencia de las Organizaciones Anarquistas de Ucrania «Nabat»*¹⁶⁸ — cuyo subtítulo, “Documento para la historia del anarquismo en la revolución rusa”, expresa la voluntad de construir una contrahistoria a las versiones bolcheviques que aquí difundía el Partido Comunista, que equiparaban anarquismo y bandolerismo o anarquismo y contrarrevolución. Complementariamente, la publicación de documentos como *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia*¹⁶⁹, tenían el propósito de establecer los atributos de una revolución auténtica, de sesgo anarquista, frente a los rasgos resultantes de aquella que había sido desviada, distorsionada o aplastada por la falsa revolución —porque “política”— de los bolcheviques. En el mismo sentido, en las páginas del *Suplemento Semanal de La Protesta* —el cual según sus editores estaba destinado a debatir “problemas de orden internacional y de carácter puramente doctrinario”¹⁷⁰— se expusieron numerosos artículos de anarquistas locales y del exterior destinados a construir una diferente versión de la revolución en Rusia, destacando en ella el rol de los militantes ácratas.

Los argumentos ya presentes en la crítica “antorchista” se hicieron más explícitos, con el propósito de trazar una línea demarcatoria entre lo que fuera una auténtica y profunda revolución social y el momento de lo que ahora pasaba a ser calificado como la traición bolchevique. En un artículo de *La Protesta* de febrero de 1922, se afirmaba que Lenin desplegó “la bandera de Bakunin” para hacer la Revolución, y si bien secretamente anhelaba la conquista del poder, debió apelar a los principios anarquistas porque “el pueblo ruso estaba inclinado a formas de vida social sin gobierno”.¹⁷¹ El “bakuninismo” inicial de los bolcheviques se trocó, una vez en el gobierno, en la supresión de las libertades conquistadas “en el primer período de la subversión libertaria”.¹⁷² El desdoblamiento del proceso revolucionario ruso, la construcción en su interior de dos momentos antitéticos, destacando el primero de ellos

¹⁶⁸.- Organizaciones Anarquistas de Ucrania *Nabat* (1922), *Primera conferencia de las Organizaciones Anarquistas de Ucrania «Nabat»*, Buenos Aires, La Protesta.

¹⁶⁹.- AA. VV. (1921), *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia*, Buenos Aires, Argonauta.

¹⁷⁰.- “Nuestros Objetivos” (1922), en *La Protesta. Suplemento Semanal*, n° 1, Buenos Aires, 9 de enero, p. 1.

¹⁷¹.- “La consolidación de los derechos adquiridos” (1922), en *La Protesta. Suplemento Semanal*, n° 8, Buenos Aires, 27 de febrero, p. 1.

¹⁷².- Consejo Federal de la FORA Comunista (1922), cit. p. 6.

como revolución social de contenido y forma libertarias, y el segundo como el de su traición, permitía establecer una conexión entre la más profunda revolución acaecida hasta entonces y a la vez distanciarse críticamente para preservar unas prácticas y unas formas de construcción identitarias.¹⁷³

Qué lugar hacer(se)

Si los anarquistas observan la emergencia de una fuerza comunista como un desafío al nombre que habían hasta entonces ostentado en soledad —como apuntaba Luigi Fabbri— el problema de los “nuevos” comunistas de la Argentina era, contrariamente, el de constituir ese lugar propio que reclaman bajo tal nombre, lo que exigía operaciones discursivas de delimitación en el espacio político de la izquierda. De las dificultades que entrañaría tal cometido sólo se percatarán bien avanzada la década de 1920, aunque el significado de esos obstáculos únicamente sería visible para las miradas perspicaces que leyeran en las muchas disensiones, expulsiones, divisiones y fugaces pasajes por la militancia del nuevo partido en esos tiempos, algo más que las piedras en el heroico camino de los verdaderos revolucionarios.¹⁷⁴

En primer término, porque quienes abandonan el Partido Socialista a fines de 1917 no parecen conformar un pequeño pero compacto núcleo militante que desplegó en los años previos una estrategia de confrontación con la dirección partidaria con vistas a la ruptura. Su historización como corriente “internacionalista” o como fracción marxista que comienza a gestarse luego del Centenario homogeneiza lo que, por las discusiones y fraccionamientos posteriores, nunca fue más que una *tendencia*, una orientación presente en el socialismo argentino que se manifestó en múltiples formas y *tempos*. Iniciativas como el Centro de Estudios “Carlos Marx” y la revista *Palabra Socialista* en 1912, el Comité de Propaganda Gremial entre 1914 y 1917, la revista *Adelante* en 1916, la organización de las juventudes socialistas o la demanda de una Federación Socialista de la Capital en 1917 que preservara la autonomía de la militancia capitalina ante el grupo parlamentario y la dirección nacional, más que responder a una

¹⁷³.- El tono y los argumentos anarquistas para caracterizar la revolución rusa en los años siguientes a 1922 serán más severos, pero en muchos casos, perderán capacidad crítica para deslizarse hacia la figuración de estereotipos. Para esta deriva de la crítica anarquista en Buenos Aires, cfr. Pittaluga (2000, 2002). Una reconstrucción general de los debates en el seno del anarquismo desde la primera posguerra, puede verse en Anapios (2009).

¹⁷⁴.- Este último, el heroico, es el tipo de relato que, como “historia oficial”, encuentra su versión paradigmática en el *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*, redactado por una comisión designada por el CC y publicado por la editorial partidaria Anteo en 1947. Un análisis de dicho texto en Cernadas, J., Pittaluga, R. y Tarcus, H. (1998).

deliberada política orientada a “rodear” a la cúpula partidaria, o incluso al crecimiento por agregación de un socialismo “marxista” o revolucionario en el seno del partido, se asemejan a expresiones de construcción democrática que intentaban alternativizar con su misma existencia el predominio incontestado de una democracia entendida meramente como representación.¹⁷⁵

En segundo lugar, porque el momento de “la ruptura” tampoco parece haber sido elegido por los “internacionalistas”, que se encontraron al interior del partido con sus instancias de organización desmanteladas, como el Comité de Propaganda Gremial, disuelto el mismo año de 1917 por el Comité Ejecutivo partidario¹⁷⁶, y los centros socialistas que se habían pronunciado contrarios a la acción de los parlamentarios que habían usado el “caso Luxemburg” para desentenderse del mandato sobre neutralidad del III Congreso Extraordinario, clausurados.¹⁷⁷ Como ha señalado Daniel Campione, la mayoría del Comité Ejecutivo demostró su habilidad al desplazar el debate desde la cuestión del carácter de la guerra —y de las significaciones de la defensa del libre comercio en que estaban empeñados— hacia otro que tuviera por eje la legitimidad de la representación parlamentaria. A lo que habría que agregar que el terreno en el que ese debate se iba a resolver —el “voto general” de los afiliados— era, precisamente, el de la práctica de la representación.¹⁷⁸ La instancia electoral interna no sólo dejó a los grupos

¹⁷⁵.- La tesis de “rodear” a la dirección con agrupaciones que respondieran a la corriente “internacionalista”, en Campione (2005); como la mayoría de las interpretaciones hasta ahora circulantes, la tesis de Campione se sostiene en la imagen de un proceso de formación de una corriente de izquierda en el socialismo que finalmente decanta en la ruptura de 1917, imagen que sobrevive, por ejemplo, en el estado de la cuestión sobre la historiografía del Partido Comunista que en 1998 escribimos con Jorge Cernadas y Horacio Tarcus, cuando al período 1914-1918 lo denominamos “de incubación de la tendencia comunista en el seno del PS”, cfr. Cernadas, J., Pittaluga, R. y Tarcus, H., cit, p. 37; y aun en Camarero (2007: XXI). Estas interpretaciones, que de alguna manera retoman la idea de la corriente de izquierda que se incubaba en el seno del PS, se sustentan en una periodización que coloca a 1918 —momento fundacional del PSI— como un punto de llegada. Sin dejar de lado las estrechas relaciones que tenían entre sí los militantes que animaban los agrupamientos e instituciones mencionadas dentro del PS, la perspectiva de “la corriente de izquierda” debería ser matizada si se toma una periodización diferente, por ejemplo, 1912-1928, y se abarca tanto al recién formado partido como al partido socialista. Las reconstrucciones de las disidencias socialistas de izquierda entre 1912 y 1917 en Corbière (1984), Camarero y Schneider (1991), Oriolo (1994), Cernadas, J., Pittaluga, R. y Tarcus, H. (1998), Campione (2001, 2005, 2005b), Camarero (2007).

¹⁷⁶.- Disolución que encontraba motivos tanto en el desafío militante que dicha institución representaba para la dirección del PS, como en la presión que ejercieran los sindicalistas de la FORA. Ver Corbière (1984: 23).

¹⁷⁷.- Como “caso Luxemburg” se denominó al descubrimiento de telegramas cifrados del embajador alemán en el que se alentaba la continuidad de la guerra submarina, incluyendo buques de naciones formalmente neutrales.

¹⁷⁸.- Ante las críticas por haber ignorado las resoluciones del III Congreso Extraordinario, el bloque parlamentario en pleno presentó sus renuncias para que “el voto general” de los afiliados las aceptara o rechazara; el desplazamiento del núcleo del debate fue, de este modo, doble: ya no se discutía sobre la conducta de los parlamentarios sino sobre si estos permanecían o renunciaban a sus bancas, a la vez que

disidentes en minoría, sino que permitió profundizar las políticas de disolución de los ámbitos en los cuales se expresaban los “internacionalistas”.¹⁷⁹ Sin sus espacios de reunión habituales *en* el partido, sin posibilidades de generar otros nuevos allí mismo, las opciones de la militancia crítica se redujeron drásticamente, y la “ruptura” se presentó como el camino casi obligado.¹⁸⁰

Por supuesto que estos hechos pueden encadenarse narrativamente como los hitos de un lento proceso de conformación de una corriente “internacionalista”, “marxista revolucionaria” o “comunista”, cuyos orígenes serían ya rastreables en las críticas de los jóvenes que, como Juan Ferlini, acusaban en 1911 a la cúpula partidaria de reformista; y no hay duda del aspecto crítico de las intervenciones de muchos de estos “internacionalistas”. Pero dadas las dificultades para, luego de 1918, formar *un* partido, y los escasos asistentes al congreso fundacional del PSI, estas interpretaciones “de los orígenes” del comunismo han sugerido la idea de una ruptura “temprana”.¹⁸¹ Además de los riesgos teleológicos que tal enfoque podría entrañar, una mirada retrospectiva de ese tipo está obligada a reducir a una significación menor los derroteros de quienes pasaron fugazmente por el PSI/PC —lo que resultaría, por ejemplo, en restar relevancia a la renuncia que en 1921 presenta el mismo Ferlini, en desacuerdo con los 21 puntos de la Internacional a los que se pliega el partido en diciembre de 1920 en oportunidad de su primer Congreso Extraordinario. Pero si se alarga la mirada para pensar el conjunto de los conflictos y las disidencias en el marco amplio de quienes se identificaron con el socialismo (en el viejo PS, en el nuevo PSI/PC) entre, digamos, 1912 y 1928 —para poner unas fechas de ningún modo definitivas— y se lleva adelante un análisis no ceñido exclusivamente a las institucionalidades partidarias, el panorama es más variado y, más que compuesto por dos grandes bloques con estrategias delineadas, está tramado por tendencias, malestares, críticas a las orientaciones y al funcionamiento partidario desde las prácticas y experiencias de los trabajadores

se cambiaba el terreno de esa discusión de un espacio asambleario, como un congreso, a un mecanismo de representación, el voto de los afiliados.

¹⁷⁹.- El resultado abismalmente favorable a los parlamentarios —5346 votantes rechazaron la renuncia de los parlamentarios socialistas y sólo 909 la aprobaron— redujo el peso de las argumentaciones críticas respecto de la política partidaria. De todos modos, los centros socialistas disidentes empezaron a ser cerrados desde antes de la votación general.

¹⁸⁰.- Campione destaca que junto con el voto general para aceptar o rechazar la renuncia de los parlamentarios, se sometió a votación también general una reforma de los estatutos que fortalece los mecanismos de la representación y la posición eminente de los parlamentarios y los funcionarios de partido; cfr. Campione (2005a).

¹⁸¹.- Al congreso del 5 y 6 de enero de 1918 en el salón “20 de septiembre”, donde se funda el PSI, asistieron “representantes de 22 centros que tenían 750 afiliados” (Plá, 1986-87: 341); Camarero sostiene que en el cónclave se reunieron unos setecientos militantes (Camarero, 2007: XXII).

socialistas y desde el más reciente —y creciente— protagonismo juvenil que despunta en esta época. Más que una corriente bien coordinada, la fundación del PSI se asemeja a la constitución de una instancia de encuentro de parte de esos malestares con el objetivo de continuar con las formas de activismo político que han sido clausuradas en el PS, instancia que está lejos de configurar algo así como *un partido*.¹⁸²

Como ha sido señalado por diversos autores (Corbière, 1984; Campione, 2005), la revolución rusa no desempeñó ningún papel importante en el alejamiento de los “internacionalistas” y en la fundación del PSI. Incluso poco antes de su segundo Congreso, realizado en abril de 1919, cuando el nuevo partido redacta su propia versión de la ruptura y su primera historia partidaria, la experiencia soviética y bolchevique apenas son mencionadas. Por lo demás, esa primera historia partidaria es también la primera narración que fija los hitos del emergente internacionalismo, y el relato no es muy diferente del anteriormente descrito: iniciándose en la disidencia con la “dirección reformista” del PS que lleva a la fundación del “Centro de Estudios Carlos Marx” en 1912 y la publicación del periódico *Palabra Socialista* entre ese año y 1914, se continúa con el surgimiento de “las juventudes socialistas” que “celebraron sus propios congresos y editaron su periódico *¡Adelante!*, cuyo primer número vio la luz en abril del año 1916”, juventudes que —agregan los redactores— fueron siempre miradas hostilmente por la dirección pues “[l]a difusión de las teorías socialistas y las campañas que organizaban anualmente contra el militarismo con motivo de la incorporación de las nuevas clases al ejército, chocaba abiertamente con las marcadas inclinaciones hacia el militarismo de los *leaders* del partido” (Comité Ejecutivo PSI, 1919: 13-14). Si los dirigentes del socialismo argentino vieron en las juventudes “un puntal de la minoría” (*ibídem*), esta última continuó expresándose “entusiastamente en el mencionado Comité de Propaganda Gremial” y aun en el “Comité pro defensa de la resolución del III Congreso Extraordinario del Partido” (*ibídem*: 14-15).

Como narración inicial, la historia de la gestación del PSI que el mismo partido ofrece es una primera operación de delimitación del campo político de la izquierda a fin de lograr un lugar propio, es decir, establecer las diferencias entre este socialismo internacionalista emergente y el “titulado Partido Socialista” —tal como es mencionado

¹⁸².- Ni siquiera es *toda la parte* que se identifica con posiciones internacionalistas la que es expulsada o abandona el partido en 1917, como poco después lo deja en claro la simpatía de tantos militantes de la tendencia denominada “tercerista” con posiciones críticas y una retórica revolucionaria, muchos de los cuales pasan al PC —algunos para permanecer, como Orestes Ghioldi, otros, como Pedro Verde Tello, vuelven poco después al PS.

en varios artículos de *La Internacional*— pero también con el sindicalismo y el anarquismo.¹⁸³ Instalar esas diferencias no era tarea sencilla; que el partido de Justo tenía, en los primeros años, la capacidad para interpelar con efectividad a la nueva militancia del PSI mientras solidificaba sus propias filas, es una de las lecturas posibles de la invitación a volver al redil que el Congreso Socialista reunido en San Nicolás realiza al activismo del novel partido; eso sí, individualmente, es decir, borrando la frontera que éste pretende trazar en la escena política.¹⁸⁴ Construir el propio lugar importaba, antes que nada, instituir con una nitidez inocultable la distancia que separaba al PSI del PS, y a eso se aboca, principalmente, la *Historia del socialismo marxista en la República Argentina. Origen del Partido Socialista Internacional*. En ella, los redactores contraponen las concepciones y prácticas del socialismo justista con las que los tuvieron de protagonistas como sector minoritario del partido. Así, la acción del PS se caracteriza por dificultar “por todos los medios la formación de obreros capaces, temeroso que no les respondan incondicionalmente”, basada en “la *curiosa teoría de que el movimiento gremial es un movimiento autónomo que tiene sus fines y su táctica propias* y que por eso el Partido, *agrupación que lucha por fines exclusivamente políticos*, no debe tener relaciones íntimas y directas con él”, por lo que disolvió “dictatorialmente un «Comité de Propaganda Gremial» constituido por gremialistas del Partido” (*ibídem*: 12; subr. orig.). La crítica a la escisión entre acción política y acción gremial se traducía a la vez en una crítica al poder jerarquizado de una dirección que actuaba como una “dictadura” impidiendo aquellas prácticas democráticas de base. La colisión entre dirección y bases partidarias alcanza a la experiencia de los jóvenes miembros del PS, cuyas voces críticas son también acalladas.¹⁸⁵ Era una oposición, en

¹⁸³.- Este es uno de los sentidos del acto de escribir una historia para un partido que tiene un año de existencia, y cuyo antecedente más temprano, según el mismo relato reconoce, es de sólo siete años atrás.

¹⁸⁴.- A lo que puede agregarse el hecho de que varios militantes socialistas que se sumaron al PSI/PC volvieron luego a las filas del justismo. Años después, los editores de *Crítica social* ironizaban respecto de la bolchevización del PCA pues entendían que al proponer un programa mínimo habían vuelto a las filas del reformismo, de modo que dirigiéndose a los militantes comunistas les preguntaban “¿Por qué no vuelven, individualmente, al viejo PS, sí, reformista, como no debieron irse los hombres sinceros?”; en “La bolchevización del partido Comunista” (1926), *Crítica Social*, n° 9, , p. 4.

¹⁸⁵.- Los jóvenes socialistas del Círculo Juvenil Socialista del Norte reclamaron desde 1911 la conformación de una Juventud Socialista de alcance nacional, y llevaron adelante varias de las iniciativas antes mencionadas: fundaron en 1912 el Centro de Estudios Carlos Marx , editaron el citado *Palabra Socialista*, y en 1916 el periódico antibelicista *Adelante*. Entre ellos estaban Juan Ferlini, Amadeo Zeme, José F. Grosso, Emilio González Mellén, partícipes de la fundación del PSI en 1918. Por su parte, los ex miembros del Comité de Propaganda Gremial, entre los que destacaban José Fernando Penelón, Pedro Zibecchi, Ruggiero Rúgilo, José Alonso, Hilario Morandi, Luis Miranda, Juan Greco, también eran mayoritariamente jóvenes; el principal dirigente del PSI, José Penelón, contaba con 27 años. En 1917 Pedro Romo tenía 22 años, Rodolfo Ghioldi apenas 20, V. Codovilla, 23.y el obrero cordobés Miguel

definitiva, entre instancias partidarias que basadas en prácticas políticas disímiles, se correspondían a su vez con figuras subjetivas diferentes. La prolífica labor del Comité de Propaganda Gremial va a ser reconocida, años después, por los propios editores de *La Vanguardia*. En un artículo de 1926, explican que “[d]esde el 12 de mayo de 1914, el día que se constituyó, hasta fines de 1917, el Comité de Propaganda Gremial organizó los sindicatos Unión General de Obreros en Calzado, Empleados de Comercio y Anexos, del Azúcar, Unión Obreros Municipales, Obreros Carniceros, Unión Obreros de la Dirección del Puerto, Unión de Empleados de Uniforme de Correos y Telégrafos, Unión de Mozos y Cocineros de a Bordo, Unión Obreros Cerveceros, Licoreros, Repartidores y Anexos, Unión Obreros de la Industria Textil, Unión Obreros Tranviarios y Unión Obreros de las Obras Sanitarias de la Nación (...) organizó con estas entidades y en el momento de dejarlas constituidas, a 16.671 trabajadores, realizó 64 conferencias de propaganda, editó 32 manifiestos con 67.500 ejemplares y remitió a domicilio 15.575 circulares. Al ser disuelto, estaban adheridos a él 21 centros socialistas, 14 juventudes, 18 sindicatos y 3 centros culturales”.¹⁸⁶

A estas líneas de demarcación base/dirección, gremialismo/electoralismo, democracia/representación y conflicto generacional sobre las que se quería constituir el lugar del PSI, se sumaba el antagonismo entre reforma y revolución. “El doctor Justo ha terminado por desengañarnos completamente” afirmaban los responsables de *La Internacional* en 1920, en un artículo sugestivamente titulado “Aclarando posiciones”. Que el líder del «partido socialista» —el entrecomillado es del redactor— convoque a dirigir la mirada hacia Australia en lugar de Rusia, decían, es una prueba más del reformismo justista, pues significa “que el Partido Socialista debe limitarse a pedir las ocho horas, el salario mínimo, las pensiones a la vejez, las cortes de conciliación y de arbitraje, el impuesto progresivo a la tierra y el subsidio a la maternidad sin atacar, jamás, a la propiedad privada”, lo que equivale, sostienen los editores, a incitar “a la clase trabajadora a cimentar el imperio de la burguesía con algunas reformitas

Contreras, 19. En una coyuntura juvenilista, el conflicto generacional aportaba lo suyo, como puede desprenderse de la invectiva que le dirige Dickmann a los jóvenes del partido (como también a Ingenieros): “Jovencitos, sin ciencia ni experiencia, ingresados ayer en las filas del socialismo, o aun estando al margen del socialismo, y viejos que los saben utilizar, descalifican a todos los socialistas que no se hincan delante de los íconos de los santos de la revolución rusa”, en Dickmann, Enrique (1920), “¿Qué debemos hacer?”, cit., p. 1.

¹⁸⁶.- *La Vanguardia*, 28 de junio de 1926, cit. en Corbière (1984: 21). Puede leerse el *Informe del Comité de Propaganda Gremial*, firmado por su secretario general, Emilio González Mellén y editado en agosto de 1917, en el que se detallan sus tareas, en Camarero y Schneider (1991: 77-97).

sociales”.¹⁸⁷ El título del artículo, “Aclarando posiciones” es, precisamente, demarcatorio: iluminar los límites, las diferencias, los lugares que cada cual ocupa.¹⁸⁸

Es en esta situación que la revolución rusa se presenta como un elemento coagulante, que condensa en *un lugar* estas disidencias en el “viejo” socialismo, pues qué mejor que una identificación contra el reformismo que la que ofrece una revolución triunfante.¹⁸⁹ Las lecturas de la revolución y en particular del bolchevismo devienen en una vocación por trasladar esa legitimidad a los esfuerzos refundacionales del socialismo en clave internacionalista, revolucionaria, marxista científica, como gustaban decir sus voceros en las páginas de *La Internacional*. De modo que las interpretaciones sobre distintos aspectos de la revolución soviética jugaron un rol relevante en la configuración del lugar del PSI/PC: son invocadas en la definición de *qué* es ese lugar (como posición de la revolución frente a la posición del reformismo), pero también sobre *cómo* es ese lugar.

Jordán Oriolo señaló agudamente que la decisión de adherir a las 21 condiciones de la Tercera Internacional implicaba un problema de soberanía (Oriolo, 1994: 49-50); en otros términos, significaba un “giro constituyente”, definiendo sobre otras líneas, distintas de las prácticas por las cuales fueron expulsados del PS, la forma y el tipo de comunidad política que los aunara. La centralización y verticalización que requería una institucionalización partidaria como la demandada por la IC —que se agudizaría con la política de “bolchevización” pocos años después— se contradecía, de hecho, con el tipo de críticas a la dirección del PS, y con las iniciativas y las prácticas que hasta entonces habían llevado adelante los que ahora estaban forjando el nuevo partido. Por lo demás, ¿a partir de qué instancia se subordina a quienes no están de acuerdo con los criterios centralizadores de las 21 condiciones? Si la referencia revolucionaria bolchevique funcionaba como dadora de legitimidad, elemento diferenciador y respaldo para la crítica para con los socialistas parlamentaristas, con los “terceristas” y la izquierda de *Claridad* en el PS, con los anarquistas y los sindicalistas, también introducía un elemento de conflicto en lo que, hace unos años, denominamos el “intrincado y dificultoso proceso de institucionalización partidaria” (Cernadas, J., Pittaluga, R. y

¹⁸⁷.- “Aclarando posiciones” (1920), en *La Internacional*, Buenos Aires, 22 de mayo, p. 1. Agregaba el articulista que los obreros australianos no habían sido ni pretendían ser socialistas; es más, tenían marcados prejuicios de clase y de raza.

¹⁸⁸.- Aunque menos urgentes, las diferencias entre esa nueva referencia del socialismo internacionalista (y desde diciembre de 1920, del comunismo) y el sindicalismo y el anarquismo ocupan no pocas páginas de las ediciones comunistas en la primera mitad de la década de 1920.

¹⁸⁹.- Lo nuevo y lo viejo también son figuras de la diferencia entre PSI y PS; cfr. el citado artículo “Aclarando posiciones”.

Tarcus , H., 1998: 37).¹⁹⁰ La “izquierda” en el PSI/PC, que comienza a manifestarse ya en el segundo congreso de 1919 y que de la mano del rosarino Tomás Velles gana las votaciones del tercer congreso de abril de 1920; el paso fugaz por las filas comunistas de no pocos “terceristas” luego de que el congreso de las izquierdas socialistas, realizado en Avellaneda en febrero de 1921, se pronunciara por el ingreso al PC; el alejamiento —que resulta, en varios casos, en la vuelta a las filas del PS— de un arco diverso de internacionalistas de la primera hora; toda esta vida partidaria “turbulenta”¹⁹¹ no hace más que dar testimonio de la pluralidad de perspectivas y experiencias, de críticas y malestares, que se habían reunido en esos días de enero de 1918 y momentos subsiguientes con la expectativa de desplegar modos de acción ya clausurados en el socialismo.¹⁹²

¹⁹⁰.- Además de las críticas al PS por reformista, parlamentarista, belicista, por su apoyo a la socialdemocracia alemana mientras “todavía están calientes los cadáveres de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg”, de simpatizar secretamente con Koltchak y Denikin, la izquierda de *Claridad* y los terceristas son otro de los blancos de las plumas de *La Internacional*. Véanse, a modo de ejemplo, AA.VV. (1919a), “La revolución rusa. El acto del viernes”, en *La Internacional*, 22 de noviembre, pp. 1-2; “Cosas de casa del vecino. La internacional y los renegados” (1920), en *La Internacional*, 24 de julio, pp. 2-3; “Repetto y los izquierdistas” (1920), en *La Internacional*, 2 de octubre, p. 2.; Romo, Pedro (1920), “El problema agrario y los reformistas”, en *La Internacional*, 20 de noviembre, p. 2. Contra los anarquistas, además de la folletería que los divide entre sensatos porque se bolchevizan y contrarrevolucionarios porque críticos, cfr. AA.VV. (1923), “Los anarquistas y la revolución rusa”, en *La Internacional*, 15 de septiembre, p. 1. La crítica a los sindicalistas, entre otros textos, en Penelón, José F. (1920), “A propósito de congresos obreros”, en *La Internacional*, 11 de diciembre, p. 2; Ghioldi, Rodolfo (1921), “A propósito de los grupos comunistas”, en *La Internacional*, 12 de febrero, p. 2; Greco, Juan (1921), “Los sindicatos y el Partido Comunista”, en *La Internacional*, 12 de febrero, p. 3; Ghioldi, Rodolfo (1923), “Discrepando”, primera parte, en *La Internacional*, 15 de julio, pp. 1 y 4, y en especial en torno a la polémica sobre a qué Internacional obrera se debía adherir, véase “Más sobre la circular de Zinovief” (1920), en *La Internacional*, 9 de octubre, pp. 1-2; Greco, Juan (1920b), “A propósito de la F.S.I.R. II. ¿Prescindencia o apolítica?”, en *La Internacional*, 9 de octubre, pp. 2-3.

¹⁹¹.- En el *Informe del Comité Ejecutivo al V Congreso*, bajo el título “Depuración de afiliados”, se anuncian las expulsiones/deserciones de varios militantes; cfr. PCA (Sección de la IC) (1923), *Informe del Comité Ejecutivo al V Congreso*, Buenos Aires, s/e.. Entre los expulsados estaban Alberto Palcos, Luis Koiffman, Alberto Astudillo, Cosme Givoje, Silvano Santander, Aldo Pechini, Eugenio Nájera, Bernardo Sierra, entre otros; varios de los cuales, adhiriendo a la fracción “frentista” comenzaron a editar el periódico *Nuevo Orden*, antes de ser expulsados. Para esos años también abandonaban el PC Guido Anatolio Cartey, José P. Barreiro y Aldo Cantoni. Las tensiones en el PC no disminuían a pesar de las expulsiones, y precisamente ese informe del CE para el V Congreso da cuenta de las agrias discusiones entre el Comité Ejecutivo y un sector que el informe califica de minoritario y que levanta cargos contra la prescindencia del partido en los conflictos patagónicos y en el movimiento ferroviario rosarino, además de su alianza con los “amarillos” en la huelga de Molinos Río de la Plata; *ibídem*, pp. 13-14.

¹⁹².- Para una reconstrucción parcial de estos conflictos en los primeros años del PSI/PC, véanse Corbière (1984), Oriolo (1994), Campione (2005a), Pla (1986-87). Muchos investigadores siguen utilizando el *Esbozo...* como una fuente de datos, aun con el cuidado de no reproducir las valoraciones morales allí vertidas. Pero ese texto, en su lenguaje violento, denigrante e infame respecto de las voces críticas en el comunismo de la Argentina, que no duda en recurrir a la mentira, debe ser leído con extremo cuidado, sobre todo cuando se describen conductas, posiciones, argumentaciones de las distintas disidencias partidarias. Podría decirse que la verdad del *Esbozo...* reside en su falsedad, y de ese modo hay que leerlo. Para un primer abordaje crítico, dirigido a desmontar las borraduras, las contradicciones y las mentiras de esa historia oficial del PCA, cfr. Oriolo (1994).

A esta doble dimensión del *ponerse* a resguardo de la legitimidad revolucionaria del *soviet*, se le suma que ni ella está a salvo de la diversidad interpretativa, y no pocos de los conflictos que caracterizan al recién formado partido en los años siguientes se vinculan a esa problemática. Los enfrentamientos entre la mayoría del Comité Ejecutivo y los izquierdistas de 1919, o con los “frentistas” de 1921-22, y más adelante con los “chispistas”, expresan, entre otras cosas, que las artes con las que descifran la experiencia soviética, el bolchevismo, los discursos de Lenin, Lunatcharsky o Trotsky, son variadas y, en muchos casos, bastante poco leninistas y bolcheviques, y más cercanas a prácticas autonomistas y descentralizadas. En esa década que va de 1918 a 1928 —y más aun en los primeros años— el PSI/PC se asemeja, más que a *un partido*, a un conjunto multipolar en el que se aglutinaron las disidencias que antagonizaron con la práctica electoralista de la conducción socialista; un conjunto que se caracteriza por la fluidez y la diversidad, que comprende de modos plurales las significaciones de “ser revolucionario”, por lo tanto, un conjunto por el que *pasan*, en esos años, muchos importantes activistas de la izquierda socialista.¹⁹³

Aun sin ser un principio unificante suficiente porque puede ser leída de modos distintos, y porque la actitud para con esa experiencia fue también diferente, la “revolución rusa” y sobre todo sus manifestaciones institucionales como la IC se fueron convirtiendo paulatinamente en una medida referencial para discernir las pertenencias al comunismo de la Argentina; pero se trató de un proceso que llevó al menos una década.¹⁹⁴ Mientras tanto, interpretar la experiencia revolucionaria soviética iba de la

¹⁹³.- Un caso paradigmático quizá ayude a pintar este panorama. Ida Bondareff, militante de POSDR en Rusia, participante de la primera revolución rusa, llega exiliada a la Argentina en 1908, sumándose al centro ruso judío *Avangard*, en el seno del PS. Desde posiciones radicales, polemiza con anarquistas y bundistas, forma parte del Grupo Comunista Ruso, sumándose al PSI. En 1922 simpatiza con las posiciones de los “frentistas”, pero permanece en el PC, y en 1925 es sancionada y luego expulsada por su alineamiento con los “chispistas” (expulsión que será revertida por el PCUS, que la suma a sus filas luego de que Bondareff regresara a su tierra natal y presentara su caso ante el secretariado del partido soviético). Lo que parece una línea zigzagueante si se respetan las denominaciones de izquierda y derecha partidaria que estableció el *Esbozo...*, es más bien la expresión de las tensiones que subyacían a los debates y posiciones en torno a lo que debía ser ese colectivo partidario. Cfr. Corbière (1984a).

¹⁹⁴.- A pesar de que en los últimos años se ha avanzado en la investigación sobre la formación del PCA, sobre todo gracias a los trabajos citados de Corbière, Camarero y Schneider, Oriolo, Campione, Plá (1986/87), como también a los libros de Gilbert (1994) y Caballero (1987), entre otros, todavía falta un trabajo que reconstruya las formas institucionales de la relación entre el PSI/PC y la IC. En este sentido resulta de la mayor importancia la publicación de la documentación entre ambas organizaciones entre 1921 y 1926 y el estudio introductorio realizados por Daniel Campione, Bárbara Maier y Mercedes López Cantera (2007), como también el trabajo de Víctor Jeifets (2013) aparecido en la revista *Pacarina del Sur. Revista de pensamiento crítico latinoamericano*. Estos estudios, como también los de Daniel Kersfeld (2012, 2013), junto al pionero trabajo de Edgardo Bilsky y otros investigadores sobre el movimiento obrero judío en la Argentina (1986), han permitido tener una idea más clara sobre cómo se va construyendo ese vínculo. El activismo de los emigrados rusos en la Argentina había dado lugar, entre otras organizaciones, al grupo *Avangard* y a la Biblioteca Rusa. El sector de los *izkrovzes* del Grupo

mano, para los “nuevos comunistas”, de la tarea de construir un lugar propio en el mundo de la izquierda local.

Cómo preservar el lugar

A diferencia de los flamantes comunistas, los militantes del sindicalismo revolucionario que orientaban la FORA novenaria se encontraban frente a una problemática bien distinta: la de resguardar los lugares conquistados, sobre todo en un momento en que éstos se habían fortalecido por el plus de legitimidad que significaba su reconocimiento como interlocutores por la nueva política gubernamental de la posguerra (del Campo, 1986; Falcón y Monserrat, 2000; Halperín Donghi, 2000; Rapalo, 2012). La posición alcanzada por la FORA, y sobre todo por aquellos sindicatos que, como la FOM, tenían en la central de los trabajadores un lugar preeminente, apuntalada en los primeros años del gobierno yrigoyenista por las luchas obreras y la agitación social creciente, tal como más arriba se señaló, se veía amenazada desde dos flancos que, por otra parte, podían actuar concurrentemente.

De un lado, era más que notorio que el nuevo peso que pasaba a tener la organización obrera en la escena político-social se debía, en no poca medida, a esa interlocución que el gobierno radical posibilitaba, y cuya contraparte requerida era el reconocimiento de éste, y por su medio del Estado, como una institución no sólo dotada de legitimidad para intervenir en el conflicto sino, quizás más importante, de un poder sobre el que se podía influir para que su capacidad fuera efectivamente arbitral, y no, como hasta entonces, un mero apoyo coactivo de las fuerzas patronales. Que esta instancia de diálogo se tradujera en reuniones ministeriales y visitas a la casa de gobierno cuyas dimensiones amistosas resultaban inocultables —y algunos sindicalistas finalmente se convertirán en funcionarios gubernamentales— presentaba un blanco fácil

Avangard, que funda el Círculo Ruso —y que edita en ruso *Di Shtime fun Avangard* (La Voz de Avangard) entre 1908 y 1910, siempre dentro del PS— tenía lazos estrechos con la fracción bolchevique del POSDR. Finalmente forman el Grupo Comunista Ruso y son animadores principales del Comité de Ayuda a los Diputados Obreros, Soldados y Campesinos. La importancia de este grupo de exiliados, en particular de Masevich y Alexandrovsky, es que van a ser los representantes de la IC y la ISR en Argentina y otros países de Sudamérica, lo que provoca roces y cortocircuitos con la dirección del PCA, en un momento en que los vínculos con los bolcheviques eran disputados también por los “anarcobolcheviques”, y mientras un sector del sindicalismo revolucionario puja por establecer relaciones con la ISR. El enfrentamiento de Alexandrovsky como representante de la IC con la dirección del PC fue bien intenso, y si bien parece cierto que el ruso era un tanto esquemático en sus apreciaciones sobre lo que debía ser una formación revolucionaria, también lo es que sus críticas eran coincidentes con las que formulaban entonces los izquierdistas y frentistas en el PC; véanse, al respecto, las duras recriminaciones por la conducta de la dirección comunista en relación a las huelgas de la Patagonia, Rosario y La Plata que formulan tanto Alexandrovsky (Jeifets, 1013) como los frentistas (Campione et. al., 2007).

a los reproches antiestatalistas, ya vinieran éstos del anarquismo o de las propias filas sindicalistas, como también le simplificaba la tarea a los críticos socialistas para exponer los argumentos de su larga polémica con el sindicalismo revolucionario.¹⁹⁵ Nada de esto hubiese sido un problema si no fuera porque los referentes del sindicalismo pretendían sostener una práctica de perfiles cada vez más claramente reformistas o “gradualistas” junto a una retórica y una argumentación que eran las que posibilitaban que fuera nombrado como sindicalismo *revolucionario*.

Pero precisamente ese flanco ofrecido a la crítica de sus competidores en el mundo obrero se conjugaba con otro desafío también nuevo pero que refería al mismo tema de la revolución: la que sucedía en Rusia interpelaba todos los discursos revolucionarios precisamente desde ese *tener lugar*, y en particular obligaba al sindicalismo revolucionario tanto a definirse en relación a ella —como vimos que ocurría con todas las corrientes— pero además a responder por su estrategia “sindical” frente a las viejas y nuevas figuras de la política revolucionaria que se nombraban como *soviets*, insurrección, toma del poder, dictadura del proletariado, partido-vanguardia, entre otras.

De tal modo, los militantes del sindicalismo debían responder, en la coyuntura, tanto por su específica estrategia de fortalecimiento de los sindicatos en el marco de sus nuevas relaciones con el gobierno radical —y que eso no fuera visto como una “claudicación” de sus principios— como por la superioridad de sus concepciones de la revolución en y a través de los sindicatos frente a las claves revolucionarias que parecía brindar la experiencia soviética. Muchos de estos aspectos de la problemática que afrontaba el sindicalismo tuvieron un escenario privilegiado de debate a partir de la decisión de los bolcheviques de formar una internacional sindical que sería conocida como Internacional Sindical Roja —o Profintern, por su acrónimo en ruso— y que era presentada como la continuadora de la AIT en la que participaron Marx y Engels, y por ello portadora de las perspectivas “verdaderamente” revolucionarias, mientras se calificaba de reformista y “amarilla” a la Federación Sindical Internacional, con sede en Amsterdam, pues representaba la supervivencia de las estrategias de la II Internacional.

En tanto la FORA sindicalista estaba adherida a la FSI, el dirigente gráfico Luis Lauzet se veía obligado a levantar las acusaciones dirigidas contra el organismo sindical internacional, sosteniendo que si antes de la guerra muchas de esas críticas fueron justas

¹⁹⁵.- Algunas obras de referencia para la historia del sindicalismo revolucionario en Argentina: Marotta (1960, 1961, 1970), del Campo (1986), Bertolo (1993), Belkin (2006).

—como la que apuntaba al colaboracionismo de las direcciones sindicales con las burguesías y los Estados nacionales en guerra— las cosas eran muy distintas en el presente, pues la Federación Sindical Internacional “[e]s ahora un organismo de clase que está abandonando las taras corporativistas y conservadoras al impulso vigoroso de las nuevas tendencias revolucionarias que se manifiestan y generalizan en todo el movimiento obrero mundial”.¹⁹⁶ Esas nuevas tendencias respondían al empuje de una “clase obrera [que] imprime a la FSI rumbos y orientaciones que consultan sus idealidades emancipadoras”¹⁹⁷; el corolario de este cuadro de situación deviene en una tarea primordial para los sindicalistas: “acentuar la tendencia revolucionaria y de clase que se manifiesta netamente en nuestra Federación Sindical Internacional, la de Amsterdam”.¹⁹⁸ Los artículos de Lauzet en *La Organización Obrera* respondían no tanto a las críticas de los anarquistas, sino a un debate que se había instalado en el seno de la misma Federación y del sindicalismo revolucionario.¹⁹⁹ En las páginas del mismo periódico, el dirigente ferroviario Vicente Todaro, haciendo declaración explícita de su fe sindicalista revolucionaria argumenta que el propósito de la “circular de Zinovieff” en la que se presenta a la ISR es, en primer término, “hacer a un lado a toda la «burocracia sindical», que la hay, agrega, y en gran escala”; un objetivo concomitante con “orientar al proletariado para que se encamine por la senda eminentemente revolucionaria”, en esta hora actual en que la clase trabajadora organizada tiene ante sí “el magno y trascendental problema (...) de la revolución social, iniciada heroica y

¹⁹⁶.- Lauzet, Luis (1920a), “¿Una Federación Sindical Internacional ”Roja“?”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 18 de septiembre, p. 1.

¹⁹⁷.- *Ibídem*.

¹⁹⁸.- *Ibídem*.

¹⁹⁹.- Entre los que replican a Lauzet, Rogelio Rodríguez vuelve sobre el apoyo que los sindicatos de la FSI brindaron a las burguesías durante la guerra mundial y a las escasas acciones de solidaridad que ofrecía actualmente la Internacional de Amsterdam para con el proletariado ruso. Por su parte, Pablo Lucero, en una “Carta abierta” dirigida a Lauzet, y que inicia haciendo constar que “dentro del C.F. [Consejo Federal de la FORA; RP] de que Ud. forma parte hay miembros solidarios con la revolución rusa” de modo de colocar a su interlocutor en la vereda opuesta a la de la revolución bolchevique, sostiene que lo que le interesa no es que la institución obrera se haga respetar únicamente “con el patrón”, sino que sea “roja como la bandera del proletariado”, lo que significa —aduce— que “en el orden internacional responde a la lucha de clases, a esa lucha entre los explotados y los explotadores”, que impone hoy alinearse con “la lucha titánica” que “los revolucionarios rusos (...) han iniciado en contra del capitalismo mundial”. A ellos se suma el dirigente de la Federación Postal y Telegráfica, Félix Rizal, que recuerda que la FORA ya ha tomado posición con su voto de solidaridad con la revolución rusa en el X Congreso, una posición que debería revalidarse y ampliarse —agrega— en el próximo XI Congreso, resolviendo la integración de la FORA a la nueva internacional sindical nacida en Moscú en julio; véanse, respectivamente, Rodríguez, Rogelio (1920), “El movimiento sindical y la 3° internacional”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 25 de septiembre, p. 3; Lucero, Pablo (1920), “Carta abierta”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 2 de octubre, p. 3, y Rizal, Félix (1920), “De polémica. La «Internacional Sindical Roja»”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 2.

magistralmente por el pueblo ruso”.²⁰⁰ Que Todaro deba enfatizar la que a su criterio es la “senda revolucionaria” resulta indicativo sobre las fronteras borrosas que delimitaban lo que cada cual consideraba “revolucionario”, de modo que tras la controversia de “las internacionales” sindicales se ventilaban otros asuntos, entre los cuales se hallaba el de poner algo de nitidez a la problemática de la revolución.

Las acusaciones de “amarillismo” que Zinoviev lanzara contra la FSI, más ofensivas que cualquier declinación del reformismo pues llevaban el asunto a la colaboración de clases, pusieron a la vista las tensiones *en* la FORA, tensiones cuyas líneas de corte no se correspondían necesaria ni prolijamente con las de las identidades ideológicas de sus activistas, y la forma en que esas críticas formaron parte del debate forista revela que no se trataba de un asunto menor. Las líneas de defensa alternaban las de la FSI con las del sindicalismo revolucionario. Así, el metalúrgico Pablo Martínez, sostenía que toda tendencia reformista y conservadora debía contarse en las arcas del socialismo partidario, que había actuado como director de orquesta de la II Internacional y de las organizaciones obreras en la preguerra; habría sido ese socialismo de partido, incluyendo a los bolcheviques, añade, el que le diera a la internacional obrera esa orientación, combatida por más de dos décadas por los militantes del sindicalismo revolucionario.²⁰¹ Por su parte, Augusto Pellegrini, mientras señalaba que las acusaciones de amarillismo hacían blanco sobre algunos dirigentes —una estrategia discursiva, aducía, fácilmente reversible respecto de algunos hombres del comunismo internacional— defendía la literatura y las acciones del sindicalismo —de su propia versión del mismo— el cual había preconizado “infatigablemente la Revolución Social como único medio para abolir el sistema de esclavitud que supone el salariado”, y que jamás había propiciado “los «gremios a base múltiple», el «socorro mutuo», las «cajas de caudales», la «autonomía» de los sindicatos, las «comisiones mixtas» de patronos y obreros porque entendíamos que eso contribuiría a idiotizar a las masas con el pretexto

²⁰⁰.- Todaro, V. (1920), “De polémica. La circular de Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 2.

²⁰¹.- Martínez, Pablo (1920), “De polémica. A propósito de la circular Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, 16 de octubre, pp. 2-3. Martínez rescataba —tras un malabarismo argumental— la acción de solidaridad de la FSI con la revolución rusa, pues eran “las entidades obreras que la integran las que han prestado y prestan eficaz ayuda a la Rusia revolucionaria”, pero terminaba reconociendo implícitamente que al menos parte de las acusaciones eran ciertas al llamar a “que nuestra Federación Sindical Internacional de Amsterdam amplíe su acción revolucionaria y cobre siempre más espíritu de clase” (p. 3). Ocho años después, Martínez colaborará en el homenaje sindicalista a la revolución rusa, lo que expresa que no era antitético simpatizar con la gesta rusa y mantenerse alineado con la FSI; cfr. Martínez, Pablo (1928), “1917 – Noviembre 7 – 1928. Episodio trascendental de la lucha de clases”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, p. 61.

del mejorismo”.²⁰² Por lo demás, continuaba Pellegrini, sólo quienes estén interesados “en falsear la verdad” pueden negar que “la no intervención militar directa de los aliados en contra de Rusia no sea la obra de la energía de los obreros organizados” de los países de Europa y Norteamérica, desde los mineros ingleses a los “dockers” de Dantzig o Amberes, de los ferroviarios alemanes, ingleses, checos, austríacos o italianos a los marítimos franceses, ya sea por medio de huelgas parciales, negándose a cargar armas o a transportar soldados, “produciendo incidentes sangrientos en los puertos por negarse a conducir balas para los reaccionarios”.²⁰³ Y remataba su contracrítica: “Esta solidaridad prestada a la Rusia soviética únicamente por proletarios organizados sindicalmente, es criticada por los que sólo han prestado a la revolución palabras ... y más palabras...”.²⁰⁴ Frente a esas críticas que estima quieren disciplinar a las organizaciones obreras detrás de las orientaciones de un “partido” que “por muy comunista que se diga” sigue siéndolo, Pellegrini convoca a defender a la “única fuerza realmente obrera revolucionaria en el país”, que “agrupa obreros, solamente a obreros” y que tantas batallas ha librado “por la unión del proletariado argentino”.²⁰⁵ La revolución rusa no podía ser invocada para dividir al movimiento obrero²⁰⁶; por el contrario, la tarea consistía en hacer “a la FORA más revolucionaria”, con lo que se estaría bregando para que también “lo sea la FSI”.²⁰⁷

Pero precisamente el nudo del debate sobre las internacionales sindicales lo constituía esa distancia entre una organización revolucionaria como la FORA pretendía serlo, y una institución internacional sobre la que ya se tenían más certezas de su opción por el reformismo y la colaboración con la burguesía y el capital. Así lo señalaba un irónico Bartolomé Senra Pacheco cuando agradecía el “permiso” que el Consejo Federal de la FORA les había concedido a todos los militantes para discutir públicamente la cuestión de la “circular Zinovieff”, pasando inmediatamente a señalar todo lo que

²⁰².- Pellegrini, Augusto (1920a), “De polémica. La circular de Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 13 de noviembre, p. 3. En el mismo descargo respecto de las acusaciones de corporativismo, colaboracionismo de clase o cualquier forma de gradualismo (“mejorismo”), Pellegrini agrega: “¿Qué hemos ido a los ministerios? (...) otro de los «argumentos» mezquinos que utilizan contra la FORA y los que defienden su independencia, ciertos revolucionarios de última hora”, evidenciando la conexión que ambas temáticas —las de las relaciones con el Estado y el discurso sobre la revolución— tenían en la coyuntura.

²⁰³.- *Ibidem*.

²⁰⁴.- *Ibidem*.

²⁰⁵.- *Ibidem*.

²⁰⁶.- “¡Que no utilicen a Rusia para dividir, sino para unir a los hombres de trabajo!”, *ibidem*.

²⁰⁷.- “Miremos hacia Moscú, ¡sí! Pero miremos nosotros aquí, rodeados de «guardias blancas», de mercenarios patrioterros y del bandidaje de la A. del trabajo”, y agregaba, ya en un tono más provocativo, que “los terceristas partidarios de una internacional «roja» se dediquen a pelear a las hordas de Carlés y Anchorena, que harán mayor tarea revolucionaria que criticando a la FSI”, *ibidem*.

separaba a la FSI de lo que la FORA decía ser. No sólo porque Senra Pacheco, a partir de ejemplos bien concretos, contraponía el reformismo actual de los dirigentes sindicales europeos con las luchas que protagonizaban las bases obreras del viejo continente; también porque colocaba la carta orgánica de la institución obrera argentina, con sus “condiciones” para los sindicatos que la integraban —que iban desde la aceptación de la lucha de clases y la acción directa a la preparación de los trabajadores para que, en un futuro, asumieran “la dirección de la producción, el transporte y la distribución e intercambio de la riqueza social”— frente a la de la Federación Sindical Internacional, en la que nada encontraba que pudiera “significar una preparación revolucionaria de los trabajadores que la integran”.²⁰⁸ Si bien el calificativo de “amarillista” le parecía demasiado hiriente para la FSI, el dirigente gráfico no se privaba de invitar al repudio de esa política sindical encontrando el adjetivo que la designara de modo adecuado.²⁰⁹

Uno de los argumentos más esgrimidos por quienes sostenían la pertenencia de la FORA a la FSI era el de la unidad obrera. De hecho, Lauzet basaba su argumentación en el carácter reaccionario de cualquier política divisionista del movimiento obrero, una consideración de extremo peso en un universo ideológico que, como el sindicalista, estaba marcado decisivamente por la identidad trabajadora. Si con este razonamiento impugnaba sin ambages la creación de la ISR por parte de la Tercera Internacional al calificarla de rupturista de la unidad internacional del proletariado, esto no impedía continuar con las simpatías respecto de la revolución rusa. “Es una maligna pavada suponer que se es adversario de la revolución rusa por el simple hecho de que uno asuma, francamente, la defensa de la autonomía y unidad obrera, nacional e internacionalmente considerada”, argüía Lauzet; y añadía que para él eran cosas bien

²⁰⁸.- Senra Pacheco, B. [Bartolomé] (1920), “De polémica. La circular de Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 16 de octubre, p. 3. También Julián González confrontaba las acciones de solidaridad y las luchas de los trabajadores de algunos países de Europa con la actitud moderada o contrarrevolucionaria, antisoviética, antibolchevique, de los dirigentes de la FSI; cfr. González, Julián (1920), “De polémica. La Federación Sindical Internacional roja”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 27 de octubre, p. 6.

²⁰⁹.- *Ibidem*. Bartolomé Senra Pacheco fue un notable dirigente sindical del gremio gráfico, que enviado por la FORA al litoral y la zona misionera destacó por sus cualidades organizativas. Agudo pensador, era además poeta y fue electo subsecretario de la FORA en 1921, año en que fallecería. Emilio Corbière relata así su muerte: “La huelga de junio de 1921 llevó a muchos dirigentes foristas a la cárcel y tanto Marotta como Rúgilo relataron cómo Bartolomé Senra Pacheco, subsecretario de la FORA, enfermo, fue expuesto a la intemperie en una terraza del Departamento de Policía, razón por la cual sufrió una bronconeumonía que lo llevó, pocos días después, a la muerte” (Corbière, 1986). Senra Pacheco falleció el 8 de julio de 1921.

diferentes la “tercera internacional” y la “revolución rusa”, por lo que se proponía discutir “los propósitos nefastos de la primera” mientras que de la segunda “no hay nada en discusión”.²¹⁰ La crítica de la ISR y la simpatías por la revolución eran los sostenes de un discurso que no quería perder sus atributos revolucionarios, afirmándolos en el lugar preeminente que la clase obrera debía tener en la empresa emancipatoria, una clase definida a partir de la identidad de sus integrantes como productores. Por eso no faltaron quienes proponían un camino intermedio al debate de las internacionales, un punto de reunión entre una identidad que se quiere revolucionaria y una revolución que exhibe su lugar como tal.²¹¹ Pero no estuvieron ausentes tampoco los que señalaban la hora como una de encrucijada para los derroteros futuros del sindicalismo en la Argentina, y parte de ese dilema se resolvía en la aceptación o el rechazo de “los nuevos ideales” que la experiencia soviética proponía.²¹²

Lauzet confesaba su “extrañeza” frente al hecho “escisionista” que significaba la fundación de la ISR, acción que consideraba “suicida y contraria a las directivas de la organización sindical de clase” pero además un “acto de inhabilidad de los revolucionarios rusos que no condice con sus antecedentes”. El dirigente gráfico y de la FORA, atrincherándose en la máxima central del Manifiesto Comunista, se muestra sorprendido que los bolcheviques propiciaran una división del mundo obrero “en nombre o en pretexto del «rojo» y del «blanco»”, toda vez que “[e]l poder de los

²¹⁰.- Lauzet, Luis (1920d), “Respuesta necesaria”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 2. En la sección “Reseña internacional” del suplemento extraordinario del 1º de mayo de 1921, los editores de *La Organización Obrera* realizan el mismo tipo de separación, pues mientras defienden la revolución rusa como “acontecimiento histórico”, se desentienden del curso posterior que pudiera tomar bajo dirección bolchevique; cfr. “Reseña internacional” (1921), en *La Organización Obrera*, Suplemento extraordinario nº 42, Buenos Aires, 1º de mayo, pp. 38-42.

²¹¹.-“La FORA debe propiciar ante la Federación Sindical Internacional relaciones directas con el gobierno del soviets y las organizaciones obreras en coalición con el mismo (...) debe influenciar ante la FSI puesto que esa Federación brega por la unificación de todo el proletariado mundial, para que ésta invite a una delegación rusa obrera a tratar por todos los medios de llegar a un acuerdo en materia de organización sindical y social. Ellos son nuestros hermanos, llenos de abnegación, y por esto no sólo dignos de admiración sino acreedores a la ayuda incondicional, moral y material, por ser ellos los únicos fundadores del nuevo mundo del trabajo libre en la práctica”, sostenía desde Tucumán un militante que prefería firmar con un seudónimo; cfr. Un teórico (1920), “De polémica. La hora actual”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 16 de octubre, p. 2.

²¹².- Así, el obrero ferroviario Videla Reyna argumentaba que “la escisión que se teme debe ser evitada mediante un espíritu conciliatorio y de adaptación a los nuevos tiempos. A nuevos tiempos, nuevos ideales. Si los acontecimientos sociales constituyen el génesis del pensamiento y las ideas humanas, sería un absurdo pretender cristalizar teorías y principios doctrinarios en fórmulas dogmáticas, sin permitir que éstos realicen su natural evolución, de acuerdo a las necesidades históricas de la hora en que vivimos”; el corolario de esta nueva situación era que en tanto que “[l]a clase obrera de la Argentina, que por su sentimiento instintivo siente latir sus simpatías por la revolución rusa, simpatías interpretadas y oficialmente exteriorizadas por nuestra entidad representativa”, la FORA debía “ratificar sus anteriores manifestaciones o retractarse de ellas ante la imposibilidad de aceptar la táctica y los principios de los revolucionarios rusos”; en Videla Reyna (1920), “De polémica. La circular de Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 27 de octubre, p. 6.

trabajadores estribó y estriba en su unidad orgánica *como tales*".²¹³ Pero precisamente, como va a señalarle Senra Pacheco, lo que la fundación de la ISR pone en discusión son los significados de ese "como tales". Una de las críticas que Senra Pacheco dirige a la FSI es, justamente, su repudio a "la tarea de unir a los trabajadores por la unidad misma y no para prepararlos o invitarlos a la revolución"²¹⁴, que no es otra cosa que, en sus términos, plantear la discusión sobre cuándo hay clase obrera, y cómo se relaciona esa existencia de la clase con una práctica emancipatoria o revolucionaria, es decir, efectivamente anticapitalista. Su lectura de la circular Zinoviev, si peca de cierta ingenuidad, no por ello es menos valiosa para atender a cuáles eran las concepciones de la clase y la orientación política que estaban en debate tras el *affaire* de las internacionales. Lo que Senra Pacheco sostenía era que la clase no es la unión de una identidad obrera naturalizada en la medida en que hay hombres que ejercen las tareas productivas; de modo que lo importante de la "circular Zinovieff" era esa pretensión de unir a los sindicatos y organizaciones obreras que tengan "aspiraciones y propósitos revolucionarios", por lo que más que una "escisión" se trataría de una unión, y en todo caso su designación correcta sería "depuración", "orientación" o "preparación".²¹⁵ Ya no mera sumatoria de una serie de trabajadores, sino una unidad de trabajadores revolucionarios, es decir, una clase porque los que la animan expresan su conciencia revolucionaria de clase. Que esta unidad no necesariamente pasa por disciplinarse tras el bolchevismo, queda señalado en que el gráfico pensaba que esa unidad podía hacerla, potencialmente, la FSI, pero tenía que demostrarlo. Con astucia retórica y cierta dosis de provocación, Senra Pacheco se preguntaba si lo que molestaba de la iniciativa bolchevique era que la convocatoria surgiera en Moscú y no en París, o que la hiciera un intelectual y no un obrero, escenario que comparaba con el de Marx y Engels redactando el Manifiesto de la AIT en Londres. Al referir esta figura del intelectual como parte de la clase, el gráfico tocaba una de las fibras principales sobre las que se había vertebrado el exitoso discurso con el cual el sindicalismo se había diferenciado y opuesto al socialismo justista, y mostraba cuánto de esa distinción naturalizada entre

²¹³.- Lauzet, Luis (1920a), "¿Una Federación Sindical Internacional "Roja"?", en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 18 de septiembre, p. 1; las cursivas son mías.

²¹⁴.- Senra Pacheco, B. [Bartolomé] (1920), "De polémica. La circular de Zinovieff", en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 16 de octubre, p. 3.

²¹⁵.- Senra Pacheco, B. [Bartolomé] (1920a), "De polémica. La circular de Zinovieff (conclusión)", en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 23 de octubre, pp. 3-4; las citas en pág. 3.

intelectuales y obreros —que no dejaba, de todos modos, de arraigar en experiencias bien concretas y disímiles— había sido puesta en entredicho en esa coyuntura.²¹⁶

El texto de Senra Pacheco venía a discutir con dos largas intervenciones que en septiembre y octubre había publicado su camarada de sindicato, Luis Lauzet, quien parecía ser la voz encargada de defender las posiciones contra la iniciativa de la ISR y la posible adhesión de la FORA.²¹⁷ Lauzet, que como se vio más arriba había iniciado la recusación de la “circular Zinovieff” en distintos artículos publicados en *La Organización Obrera*, volvía en estos otros sobre su argumento principal, esto es, el carácter escisionista de la iniciativa comunista y sus consecuencias negativas: no sólo la pérdida de la unidad obrera a escala supranacional y aun nacional, sino también el naufragio de la autonomía sindical que suponía suscribirse a una internacional de trabajadores que estaba bajo tutela de una internacional “política”. De un fragmento de una entrevista a Marx publicada en el número 17 del *Volksstaat* de 1869, donde el autor de *El capital* sostenía que “jamás los sindicatos deben estar vinculados o subordinados a grupos políticos si quieren cumplir su misión” y que “los sindicatos son escuelas de socialismo”²¹⁸, Lauzet deducía que aquellas “fuerzas externas” que privilegiaran “su condición de militantes de un partido” antes “que su calidad de productores”²¹⁹, pero que compartían “los ideales y las aspiraciones de la clase obrera” podían convivir con ésta desarrollando cada una sus actividades “en líneas paralelas”. Si esas fuerzas exteriores a los sindicatos, como los partidos políticos o los grupos ideológicos, no ambicionaban más que servir a la causa emancipadora del proletariado, entonces no habría obstáculos para que sus caminos se encontraran y confundieran “cuando nuestra acción revolucionaria y constructiva culmine”; mientras tanto, “que no haya confusiones: cada uno en su casa!”²²⁰

Esta reafirmación de la “autonomía” de la clase por medio de la “apoliticidad” de sus instituciones sindicales, es decir, “mantenerse equidistante de todas las agrupaciones políticas o ideológicas”, obligaba a luchar por el carácter de la organización gremial “en el corazón mismo” de los sindicatos obreros, tarea que le

²¹⁶.- *Ibidem*, p. 3.

²¹⁷.- Lauzet, Luis (1920b), “Más sobre la circular Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 25 de septiembre, p. 2, y Lauzet, Luis (1920c), “Mantengamos la unidad sindical”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 2 de octubre, p. 1.

²¹⁸.- Lauzet, Luis (1920b), “Más sobre la circular Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 25 de septiembre, p. 2.

²¹⁹.- Lauzet, Luis (1920c), “Mantengamos la unidad sindical”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 2 de octubre, p. 1.

²²⁰.- Lauzet, Luis (1920b), “Más sobre la circular Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 25 de septiembre, p. 2.

correspondía a aquellos trabajadores que habían adquirido” una mayor conciencia de clase” y por eso comprendían “el papel histórico que les correspond[ía] desempeñar”, precisamente, a las formaciones gremiales.²²¹ De modo que la sentencia del Manifiesto según la cual la emancipación de los trabajadores debía ser obra de los trabajadores mismos, se afirmaba —continúa Lauzet— en el hecho innegable de que esas “escuelas de socialismo” eran el territorio formativo del proletariado al modo en que —y nuevamente es a Marx a quien hace hablar— “los municipios y comunas fueron los centros de organización de la clase burguesa”.²²² Pues si bien los sindicatos, continúa Lauzet citando a un Marx que más que como teórico parece funcionar aquí como cita de autoridad, actúan diariamente contra los abusos inmediatos del capital, a su vez “deben aprender a accionar conscientemente *como puntos centrales de la organización de la clase obrera que se proponen el gran propósito de su total emancipación (...) y considerarse como la vanguardia de su propia clase*”.²²³

En una de sus intervenciones, Pellegrini volvía a Marx contra los argumentos de Lauzet al señalar que si bien el pensador alemán “dio a los sindicatos obreros todo el valor que ellos tienen, y aspiró a que los mismos tuvieran una vida autónoma de los partidos y las sectas para su mejor desarrollo en su espíritu y acción revolucionaria”, no dejó de señalar una serie de objeciones que sus actuales discípulos olvidaban. Tales advertencias daban cuenta de los límites parciales y generales del sindicalismo, el cual no terminaba de luchar por la emancipación de clase. Descartar estos señalamientos, continúa Pellegrini, era lo que había conducido al sindicalismo hegemónico —que no era el que él sustentaba— por “el camino del corporativismo estrecho, legalitario y conservador”; y en ese trayecto, la autonomía no tenía más que valores negativos.²²⁴

La cuestión de la autonomía no se limitaba a las reglas de organización y la toma de decisiones de los proletarios, a su preservación respecto de otras instancias como partidos o el mismo Estado. Era también un modo de designar las “áreas” de incumbencia “políticas” de la misma clase organizada, es decir, de aquello que, nombrado como *política* no formaba parte del repertorio de acciones ni de los temas de pensamiento del movimiento obrero. La revolución rusa, al instalarse como el lugar de

²²¹.- Lauzet, Luis (1920c), “Mantengamos la unidad sindical”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 2 de octubre, p. 1.

²²².- *Ibidem*.

²²³.- *Ibidem*. Las cursivas en el original.

²²⁴.- Pellegrini, Augusto (1920a), “De polémica. La circular de Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 13 de noviembre, p. 3.

una revolución efectiva²²⁵, instaba a un reexamen de los componentes ideológicos de cada corriente, y el sindicalismo no fue ajeno a esta situación. Por eso Senra Pacheco, reconociendo que lo que llamaban despectivamente “política” eran prácticas reaccionarias porque no tenían contenidos clasistas, observaba que había otras que sí conformaban “una «política de clase» que nada tiene que ver con el sufragio universal y los distritos geográficos”.²²⁶ Esa política de clase creía descubrirla en el lenguaje y los ámbitos de acción que despliega la Internacional comunista en tanto “acción completa de la clase en todos los órdenes de actividad”, contrapartida de “la acción corporativa gremial, las mejoras parciales, etc., que algunos organismos sindicales llaman pomposamente «acción económica»”.²²⁷ El dirigente gráfico ponía así en discusión las fronteras entre economía y política, ya que “cuestiones políticas como las relaciones internacionales; el antimilitarismo; la organización armada o militarismo de la clase obrera; la forma y modo de la propaganda revolucionaria; la educación; las habitaciones; la conquista o subordinación de los técnicos, especialistas, etc.”, son todas cuestiones de incumbencia de la clase y de la misma relevancia que “las cuestiones de la producción y el intercambio”. El “principio de prescindencia” que vertebraba parte de la lógica sindicalista no podía —o mejor, no debía— dejar de considerar estas cuestiones, pues ellas no vulneraban la acción sindical sino que, contrariamente, la fortalecían al esclarecer todas las dimensiones de esa práctica. “[D]ecir lo contrario —agregaba— es pretender retener al proletariado en los rediles que le construyera el capitalismo y el estado”.²²⁸ Cómo esa política de clase podía tener lugar en la hora presente, es algo que Senra Pacheco se preguntaba pero explícitamente eludía responder; de todos modos, la apertura de la pregunta implicaba una clara intervención sobre los sentidos decantados de lo que se nombraba como acción política y acción sindical en el mundo del sindicalismo revolucionario.

²²⁵.- “Si la revolución rusa no fuera un hecho real y tangible, otra sería mi opinión respecto a la Tercera Internacional...” sostenía Vicente Todaro en su argumentación a favor del ingreso de la FORA a la ISR; cfr. Todaro, V. (1920a), “De polémica. La III Internacional de Moscú”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 30 de octubre, p. 3.

²²⁶.- Senra Pacheco, B. (1920a), “De polémica. La circular de Zinovieff (conclusión)”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 23 de octubre, p. 4.

²²⁷.- *Ibidem*.

²²⁸.- *Ibidem*.

El debate sobre las internacionales sindicales se hizo presente en el undécimo y último congreso de la FORA novenaria, en 1921²²⁹, y también en el primero de la Unión Sindical Argentina, al año siguiente; pero si se toma lo que de ellos ha consignado Sebastián Marotta, nada de la indagación sobre “la política” que se esbozaba en los textos de Senra Pacheco y otros sindicalistas hacia fines de 1920 formó parte de las discusiones. Por el contrario, si las discusiones sobre “la adhesión a la ISR” volvieron a plantear “los temas recurrentes de la relación partidos-sindicatos”²³⁰, la misma fue tramitada según los parámetros conocidos de la defensa o la impugnación de la representación parlamentaria y de la dicotomía entre condición obrera y condición política. Así, por ejemplo, al tipógrafo y por entonces concejal por el comunismo, José Penelón, se le rechazaban las credenciales como miembro del cónclave forista, desde un discurso en el que la política de la representación era equivalente al colaboracionismo de clase (del Campo, 1986: 70). Las tensiones en el universo de las organizaciones obreras crecieron de tal modo que las posiciones antagonistas se radicalizaron probablemente mucho más allá de lo que hubiesen querido la mayor parte de los protagonistas. Al buscar cerrar los dos flancos de la crítica, el sindicalismo extremó sus posiciones retóricamente “antipolíticas” y antiestatalistas, como se desprende de la declaración de principios de la U.S.A., en la cual el carácter enfático y taxativo en el que se formulan estas cuestiones resulta, para el lector, un tanto sorprendente, a la vez que hacía muy difícil la permanencia de aquellos que no se identificaran con la perspectiva sindicalista. Precisamente como para matizar ese extremismo discursivo y resolutivo al momento de hacer un balance a propósito de la conformación de la U.S.A., el que se propone en el editorial de *Unión Sindical*, semanario oficial de la nueva central de trabajadores hasta la aparición de *Bandera Proletaria* en septiembre de 1922, apunta básicamente que “las dolorosas derrotas” del lustro que va de 1917 a 1921 tuvieron su causa en “el parcelamiento, la división de los núcleos obreros industriales”, pues no se puede enfrentar la acción orgánica del capitalismo y el Estado desde un obrar “en forma esporádica” de la clase asalariada.²³¹ Y si bien en esa evaluación se reafirma que “el Sindicato es el embrión de la nueva sociedad, donde el trabajo permanecerá

²²⁹.- Ese congreso tiene al menos nueve sesiones, pues los enfrentamientos entre las fracciones rivales obligan reiteradamente a suspenderlo. Se trata de un congreso en el que participan no sólo sindicalistas y socialistas, sino también comunistas y un sector del anarquismo que sostiene la política fusionista.

²³⁰.- Marotta (1961), cit. en del Campo (1986: 70).

²³¹.- “El triunfo de una gran causa. Evaluación del Congreso de unificación que dio origen a la U.S.A.” (1922), en *Unión Sindical*, año I, n° 1, Buenos Aires, 8 de abril, p.1; cit. en Reinoso (1985: 18-23); las citas en pág. 18.

libre de todo monopolio”, al mismo tiempo se convoca a una lectura menos estricta de las resoluciones del reciente congreso, dado que no se excluyen “las diversas ideologías que sustenten los afiliados de los respectivos sindicatos” que integran la U.S.A.²³²

Conservar el lugar que el sindicalismo había logrado en sus relaciones con el gobierno y la dirección del movimiento obrero, parece haber exigido la permanencia de una discursividad revolucionaria, pieza relevante de la continuidad de su hegemonía, que se afirmaba en el reclamo de la unidad e identidad obreras.²³³ Sostener ese perfil en organizaciones obreras que no eran entidades ideológicamente homogéneas conllevaba discutir recurrentemente sobre el desafío que a la particular estrategia sindicalista le presentaba la experiencia revolucionaria rusa. Y así como se vuelve a discutir el tema de la adhesión a la ISR²³⁴, también el derrotero ruso es evaluado críticamente en función de los principios y modos de acción sindicalistas.²³⁵ La importancia que para el perfil revolucionario del sindicalismo tuvo la revolución rusa se revela en la decisión de publicar en las páginas de *Bandera Proletaria* el informe de Ángel Pestaña, editado en Madrid como folleto.²³⁶ El relato del catalán da cuenta de las divergencias con la política bolchevique que el sindicalismo argentino podía hacer suyas, a la vez que

²³².- *Ibidem*, p. 20. A lo que agregaban que “las diferencias políticas y doctrinarias son el sedimento educativo del proletariado que tesoneramente lucha y se afana por la demolición del régimen capitalista”, y que si la unidad de los trabajadores “no supone hacer tabla rasa de las ideas”, tampoco propugna “el amorfismo, amazotamiento de elementos heterogéneos”. Y añaden: “esas diferentes concepciones y métodos de lucha caben perfectamente en el amplio marco de la organización de clase”, *ibidem*.

²³³.- Véase el extenso artículo de Luis María López publicado en el suplemento extraordinario del 1º de mayo de 1921, en el que autor se interroga, sin llegar a conclusiones definitivas, sobre cómo lograr y mantener la unidad del proletariado dada la diversidad heterogénea de las corrientes que lo animan, una tarea que, hasta el momento, resultaba siempre infructuosa; López, Luis María (1921), “Caracteres de la actual revolución”, en *La Organización Obrera*, Suplemento extraordinario nº 42, Buenos Aires, 1º de mayo, pp. 10-18.

²³⁴.- Varios articulistas reclaman que se envíen delegados al II Congreso de la Internacional roja, como también a la reunión de sindicatos —mayoritariamente anarquistas— que se reúnen en Berlín, dado que en el Congreso de la U.S.A., aun cuando una mayoría decide mantener la autonomía de la entidad respecto de las internacionales sindicales, son muchos los sindicatos que votan por adherir a la ISR —mientras que ya nadie postula la permanencia en la FSI. Cfr. Popovich, Juan (1922), “La U.S.A. debe ir a Moscú”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 14 de octubre, p. 1. El propósito, compartido con otras organizaciones obreras que concurrirían a Moscú, era ir al congreso de la ISR a reclamar por su autonomía respecto de la Tercera Internacional; véase, entre otros, el artículo de un Augusto Pellegrini que ha virado en su posición respecto de la FSI: Pellegrini, Augusto (1922), “Hay que enviar delegados a Moscú y a Berlín”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 25 de octubre, p. 1. Poco antes, en un artículo sobre las internacionales, habíase reafirmado la posición de la U.S.A., “autónoma en el orden internacional, sin que esto quisiera decir prescindencia ni olvido de sus deberes con respecto a los demás trabajadores revolucionarios del mundo”, a la vez que se desestimaba el envío de delegados; en “Acerca de las Internacionales: la U.S.A. tiene definida su posición” (1922), en *Bandera Proletaria*, nº 14, Buenos Aires, 16 de septiembre, p. 1, cit. en Reinoso (1985: 51-53).

²³⁵.- Véase al respecto Alcibíades, J. (1922), “Todo el poder a los sindicatos”, en *Unión Sindical*, nº 3, Buenos Aires, 22 de abril, p. 3.

²³⁶.- Pestaña, Ángel (1922a-g), “Informe de Ángel Pestaña. Delegado al II Congreso de la Tercera Internacional”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, publicado desde el 17 al 25 de octubre, siempre en la primera página.

exponía el funcionamiento del Congreso de la Internacional roja como *a ras del suelo*, contando los manejos procedimentales, poco democráticos, poco revolucionarios, que garantizaban la orientación bolchevique, incluyendo el modo, escasamente transparente y sin debates reales, en el que se resolvió la convocatoria a formar la Internacional Sindical Roja. A pesar de estas “marcaciones del terreno”, y del hecho de que el sindicalismo argentino no se integrará a la ISR, es notable la persistencia de la simpatía que de todos modos va a mantener respecto de la revolución rusa una amplia franja de militantes, estimación que se va a extender mucho más allá de esta coyuntura de posguerra.²³⁷ Para el undécimo aniversario de la revolución, en un momento en el que ya no quedan dudas respecto de que la “dictadura del proletariado” es en rigor la del complejo Partido-Estado, y en el que las potencias emancipatorias del “acontecimiento revolución rusa” han sido sepultadas o apenas sobreviven como latencias, un amplio y representativo colectivo de los sindicalistas de Argentina saluda la revolución, el carácter obrero de la Rusia de fines de los veinte por medio de la edición de un folleto titulado *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*. Entre quienes colaboran en este pequeño libro, Carlos Poggi expresa, con claridad, qué es lo que aun entonces seguían valorando los sindicalistas argentinos de la experiencia soviética: si estaba claro que la revolución rusa no había procedido “a la manera de cómo debiera proceder una revolución sindicalista”, era también innegable que ella realizaba “en la medida de todo lo posible, la gran transformación, objeto capital de nuestra actividad de sindicalistas (...) la materialización de la revolución o transformación social”.²³⁸

²³⁷.- Véase, por ejemplo, el escrito de un Bartolomé Bosio que se ha integrado a la Asociación Amigos de Rusia en Bosio, Bartolomé (1925), “Reflexiones sobre la Revolución Rusa (De una carta a un viejo y querido amigo sindicalista)”, en *Revista de Oriente*, nº 5, Buenos Aires, noviembre, pp. 22-23.

²³⁸.- Poggi, Carlos (1928), “De los sindicalistas y la revolución rusa”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 62-64. Lo demás, agregaba Poggi, le parecía accesorio. Una posición más cauta: Arraga, Julio (1928), “Los Sindicalistas Revolucionarios y la Revolución Rusa”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, p. 93. Las discusiones en el seno del sindicalismo no transitaron solamente este terreno de sesgo argumental. Por eso Bartolomé Bosio se quejaba de aquellos sindicalistas que despreciaban las las valoraciones que de la revolución rusa hacían los trabajadores que habían viajado hasta la tierra de los soviets, y sostenía que esos sindicalistas que ironizaban sobre la revolución eran como “bufones que ha[bían] equivocado el campo de acción, o unos literatoides que cultiva[ban] la pluma por el placer muy personal de aparecer como críticos”. Y contraponía la llegada del “buque soviético” que habría podido “con su nuevo género de organización, servir para algo mejor que para inspirar un artículo lleno de chistes y de ironías” como el que aparecía en la prensa sindical, pues, añadía Bosio, le parecía extraño que los mismos sindicalistas que hicieran “tanto ruido (...) cuando llegó un buque de la cooperativa italiana «Garibaldi»” ahora se rieran y mofaran del buque soviético; cfr. Bosio, Bartolomé (1925), “Reflexiones sobre la Revolución Rusa (De una carta a un viejo y querido amigo sindicalista)”, cit., pp. 22-23.

¿Se trata de un régimen social igual o peor que el viejo régimen zarista-burgués? Solo así se explicaría — y se justificaría— la oposición, el descrédito y la burla” (22)

Las reflexiones que Diego Abad de Santillán hiciera sobre la revolución en Rusia en 1924 y que como epígrafe inician esta introducción, trasuntan cierta congoja por la expectativa frustrada. Pero aun bajo ese signo apesadumbrado, la significación mayor que como apertura de otra historia concitó la adhesión anhelante de vastos sectores se deja leer en sus palabras. Y es que no fueron pocos aquellos conmovidos que en esos “breves tiempos” de un quinquenio cargado de luchas y esperanzas —pero también de los agrios sinsabores de una violencia represiva particularmente amplia y profunda— se movilizaron de distintas formas para expresar que algo de aquella lejana revolución les era especialmente cercano, casi propio. Esos “breves” momentos de una libertad hasta entonces inexistente, esos instantes de un mundo nuevo emergente en la praxis de sujetos ellos mismos también nuevos, esos tiempos cuya intensidad y potencialidad se adivinan como aquel de carácter profético que anunciara Borges en “El pudor de la historia”, esos intervalos que a su vez abrían su lugar en la teoría cuando Hannah Arendt buscó captarlos como “brechas”, esos “apretados” instantes, esas experiencias relampagueantes que dejaban ver otros mundos, dejaron su impronta.

Pocas semanas después de conocerse las primeras noticias de la revolución, *La Vanguardia* reproducía un poema de Luis G. Bilbao, “Salutación a un sol naciente”, en el cual se apunta con regocijo que

“El oso viejo y triste
por el knut amedrentado
ya no camina incierto por la estepa
ebrio de Dios y de aguardiente malo
el oso viejo y triste
se levantó sobre sus fuertes flancos;
una onda cordial
de cálido entusiasmo
tornó la juventud a el alma vieja
y al músculo tornó vigor titánico.
¡Oh! ¡Quien osado sea
a oponerse a su paso!
Se ha puesto el oso en pie y es tan enorme,
que toda Europa cabe entre sus brazos”.²³⁹

²³⁹.- Fragmento de Bilbao, Luis G. (1917), “Salutación a un sol naciente”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 15 de abril, p. 5. Bilbao fue el propietario y uno de los fundadores de la revista *España*, junto a Ortega y Gasset, Pío Baroja, Pérez de Ayala, Azorín y Gustavo Pittaluga, entre otros.

Y si para el escritor español se trata de “la aurora más enorme que vieron los humanos”, “el alba más grande de la historia”, Elías Castelnuovo, que escribe en el marco de la guerra civil, hace de su poema un toque de rebato pues

“...hay que darle una batida a los burgueses que trabajan como topos subterráneos por quitarnos este mundo —este mundo que no tiene propietarios— hay que darle la postrera despedida con los puños de Espartaco...”²⁴⁰

La revolución está en peligro, y si Rusia muere, también lo hacen “nuestras ansias de justicia” y “los sueños libertarios”; la Rusia revolucionaria que “extiende temblorosa sus dos manos” y “solicita nuestra ayuda, nuestra sangre, nuestros huesos, nuestros cráneos” exige este canto de arrebató, esta llamada “a las calles” de “los que quieren acabar con los tiranos, con los dioses y los amos”. De modo que Castelnuovo convoca a los condenados de la tierra, esos “Cristos negros, carne magra del taller, de la fábrica y del campo”, “harapientos pordioseros” y “prostitutas de esta tierra de corsarios” a imitar el ejemplo de esos “bolshevikis legendarios”, a ser como ellos, “comunistas visionarios”, a tomar las calles contra esos “bárbaros que arrasan Petrogrado”, y

“...Contra el plomo de los "blancos" y el blasón del Vaticano...
¡la metralla de los rojos sublevados, el fusil de los anárquicos,
la revuelta proletaria:
un saludo universal de cañonazos!”²⁴¹

A fines de 1921, en la revista libertaria *Cuasimodo*, dos poemas de Jorge Luis Borges, “Rusia” y “Guardia Roja”, son también una expresión del alcance de las palpitaciones de la revolución rusa en tierras rioplatenses. Para el joven Borges, una fuerza de vanguardia se adivina en Rusia, que como “trinchera avanzada” parece “en la estepa un barco al abordaje”; una fuerza *reveladora* que en

“...La tropa que desfila
con bayonetas levantadas
semeja un candelabro de mil brazos...”²⁴²

²⁴⁰.- Castelnuovo, Elías (1919), “Los bárbaros están a las puertas de Petrogrado”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de octubre, p. 2.

²⁴¹.- *Ibidem*.

²⁴².- Borges, Jorge Luis (1921), “Rusia”, en *Cuasimodo*, n° 27, Buenos Aires, 1ª quincena de diciembre, p. 14.

“Ya grita el sol” anunciaba Borges en “Guardia Roja”²⁴³ y pocos años después, en 1926, César Tiempo escribía con la creencia de que los nuevos y buenos tiempos habían llegado para la Rusia del “piadoso” Tolstoi y el “resuelto” Lenin, para los “vagabundos de Gorki” y para las “almas ingenuas de los niños”, para las “santas mujeres” rusas y los *mujiks* “amantes del sol”:

“...¡Rusia,
ya llegó tu año verde!
y se entró a los abiertos talleres
floreciendo en abrazos fraternos
y empuñando banderas de júbilo;
se oyó entonces el límpido verso de Esénin
y sonaron las voces pujantes
del *obrero-poeta* Vladimir Maiakovski.
Se esparció por ciudades y aldeas
el anhelo impetuoso y ahondado
de ser libre. Y crugieron [sic] los muros hostiles
del sepulcro infernal de los vivos
y un sol rojo tiñó con su sangre el sudario letal de Siberia,
la Siberia mil veces maldita...”²⁴⁴

La *Revista de Oriente* elige publicar un poema del por entonces dirigente estudiantil peruano Esteban Pavletich, en el que el autor de “6 poemas de la revolución” saluda la “Aurora roja” y el poder redentor de la hoz y el martillo, como a la multitud soviética que se enfrenta “a los fieros soldados de la Nación” en un sueño y un impulso americanista:

“...Un grito largo se enrosca en las filas:
«Aquí no hay más amo que el pueblo,
Al Soviet todo el Poder»
—Fraternidad
En un solo abrazo cabe
la América del Sur.
El Himno Nacional se asfixia
en un charco de luz.
Sólo la Internacional barrena
algún oculto oído burgués.
—La última tristeza ha muerto,
camaradas.
—Al Soviet todo el Poder...!!!”²⁴⁵

²⁴³.- Borges, Jorge Luis (1921a), “Guardia Roja”, en *Cuasimodo*, n° 27, Buenos Aires, 1ª quincena de diciembre, p. 14.

²⁴⁴.- Tiempo, César (1926), “¡Rusia!”, en *Los pensadores*, n° 117, Buenos Aires, enero.

Los poemas expresan la impronta amplia y duradera que la revolución rusa dejó en las sensibilidades intelectuales.²⁴⁶ Pero, como se ha visto, las simpatías se extendían mucho más allá, como lo revela el público obrero que nutridamente concurría a las conferencias de temas “maximalistas”. En un artículo publicado en *Tribuna Socialista*, Ricardo Fontanella, ironizando sobre las intervenciones del diputado de Tomaso respecto de la revolución de los soviets, concluye su nota con el subtítulo “Mi vecino el peón” para dar cuenta de esta adhesión obrera a la revolución por medio de una suerte de anécdota que vale la pena transcribir:

“Al lado de mi pieza vive en otra un peón de albañil, es un trabajador de unos cuarenta años, avejentado por la fatiga y las privaciones.

Ayer estuvimos conversando sobre la revolución rusa. Mi vecino, el peón, no sabe leer ni escribir y por eso siempre me busca para que le diga «lo que traen los diarios». Al ver el entusiasmo con que acogía los triunfos bolcheviques que yo le relataba, le dije:

—Es usted maximalista, a lo que me parece.

—¡Naturalmente! Exclamó.

Esta palabra me hizo recordar que el día anterior había leído un reportaje hecho al presidente Marsaryk, de Checoslovaquia, quien dijo entre otras cosas lo siguiente: Los obreros de mi país son «naturalmente» partidarios de los soviets.

Esto es, pensé; «naturalmente», «naturalmente»: cuando se es proletario de condición y de corazón se es «naturalmente» un entusiasta amigo de la revolución rusa”.²⁴⁷

La “naturalidad” invocada por Fontanella para contraponer la palabra del parlamentario socialista y la de los trabajadores no tiene, obviamente, nada de natural, pero es indicativa de una conexión entre una subjetivación obrera —al menos la que intuye el socialista Fontanella— y la revolución en Rusia, como si “las hordas de luces” que “por el espacio trepan” —como decía Borges en “Guardia Roja”— fueran capaces de intimar con una expectativa latente que de improvviso se hizo visible y posible, desarticulando la significación del presente político para entrever en su seno la potencia de una acaecimiento mesiánico, es decir, una ruptura redentora, o al menos, de vivirla como expectativa.²⁴⁸

²⁴⁵.- Pavletich, Esteban (1926), “Los poemas de la revolución”, en *Revista de Oriente*, n° 9/10, Buenos Aires, septiembre, p. 10.

²⁴⁶.- Otros poemas: de E. Nigma (1917a), “A Rusia”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 8 de abril, p. 3; de Ricardo Jaime Freyre se publican sus versos de 1906 sobre la revolución rusa de 1905 en el n° 1 de la primera *Claridad* (1920), y de del Valle Iberlucea, Enrique, su “Canto a la revolución rusa”, que aparentemente se edita por primera vez cuando se compilan sus textos, discursos y conferencias sobre la revolución en 1934 (cfr. del Valle Iberlucea, 1934: 23-25).

²⁴⁷.- Fontanella, Ricardo (1920), “Cómo me están haciendo bolchevique las conferencias antimaximalistas del compañero Antonio de Tomaso”, en *Tribuna Socialista. Primer semanario socialista de Sudamérica*, n° XXI, Buenos Aires, 31 de mayo, p. 3.

²⁴⁸.- Evidentemente, esta clivaje entre simpatía obrera y antipatía intelectual por la revolución que Fontanella, socialista, expone, en verdad refiere y remite, a la vez, a distintas praxis políticas, la del

Precisamente es la *expectativa* la que convierte el arribo del primer buque soviético a aguas rioplatenses en un evento “revolucionario”. El articulista anuncia que “*pronto*”, “dentro de pocos días arribará a nuestro puerto el primer barco que *nos envía Rusia*”, un barco en el que “la bandera roja del Soviet ondea en sus mástiles como una *anunciación*”.²⁴⁹ Además de señalar el cambio del nombre de “Moskinonge” por el de “Vaslav Vorovsky” en homenaje al delegado ruso a la conferencia de Lausana asesinado por el fascismo, el arribo del buque soviético es presentado como el símbolo de la llegada de la revolución a estas latitudes, esa revolución “que dio el poder al proletariado y barrió la tiranía en el inmenso y misterioso Oriente”.²⁵⁰ Más que en el inmenso Oriente, el misterio pareciera residir en esa revolución que es la que *da el poder*, tan imprevisible en los datos previos que pareciera venir de fuera de la historia y aun de fuera de los sujetos que la realizaron. Un arribo que ofrece, a criterio de los editores, “una prueba evidente de lo que puede la capacidad del proletariado triunfante”; pero el autor no se refiere con ello a ningún logro técnico; es más, informa que el buque en cuestión es de fabricación inglesa. Lo que este “mensajero del amor” ofrece, en cambio, es la posibilidad de hacer “recordar que existe ya un país en el mundo donde se desconoce el significado de estas dos palabras: explotados y explotadores”.²⁵¹ La dimensión redentora *de lo que llega* es el anuncio de “una nueva era de la fraternidad humana y de justicia social”, es *una nueva comunidad* puesto que “entre su tripulación hay solo hermandad en el trabajo y solidaridad en el esfuerzo”.²⁵² La nota sobre la nave soviética está seguida, en la página siguiente, de varias fotografías del barco fondeado, del capitán y de una multitud con banderas (aparentemente rojas) esperando su arribo en el puerto de Montevideo.²⁵³

Este “contacto” entre la revolución rusa y las prácticas locales de la izquierda se expone también en las páginas centrales de este primer número de *Revista de Oriente* bajo un criterio de composición visual que construye un montaje con significaciones políticas. Con el título de “Información Gráfica”, esta sección permanente de la revista combina una foto de la celebración del 1º de mayo en la Plaza Roja que ocupa el centro

mundo obrero y la de la representación, base de muchas de las diferencias y desaveniencias en el seno del Partido Socialista, como antes se expuso.

²⁴⁹.- “El buque ruso «Vaslav Vorovsky»” (1925), en *Revista de Oriente*, nº 1, Buenos Aires, junio, p. 10. Las cursivas son mías.

²⁵⁰.- *Ibidem*.

²⁵¹.- *Ibidem*.

²⁵².- *Ibidem*.

²⁵³.- El barco no llegó al puerto de Buenos Aires y solo recaló en Montevideo. En números siguientes de la revista se vuelve a tratar el tema.

de la doble página central del número, con una serie de fotografías que al rodearla reciben de la primera un plus de significación: imágenes de luchas agrarias y urbanas en Argentina, de asambleas obreras, de niños hambrientos y de fútbol socialista, se componen y significan a partir de ese centro irradiador de sentidos que es esa imagen de la revolución rusa.²⁵⁴ La imbricación de sentidos entre los (muchos) que circularon de la revolución rusa y ciertas prácticas, situaciones y reflexiones sobre los escenarios locales y, más en general, la cultura popular —como la señalada en el ejemplo anterior entre el fútbol internacionalista rioplatense²⁵⁵ y las celebraciones soviéticas— no fueron casos aislados. Lamentablemente no puedo internarme aquí en ese universo, que quedará para futuras investigaciones. De todos modos quisiera señalar, a modo de ejemplo, cómo ciertos temas de la revolución rusa aparecen en una fecha ya distante como 1928, en la letra de un tango del prolífico Manuel Romero, “Se viene la maroma”. Allí, los “temas” de la revolución soviética se enlazan en un *montaje* de motivos de crítica clasista, incluyendo una vuelta de tuerca para el sentido de la “noticia” sobre la nacionalización de las mujeres:

Cachorro de bacán,
 andá achicando el tren;
 los ricos hoy están
 al borde del sartén.
 El viento del cobán,
 el auto y la mansión,
 bien pronto rajarán
 por un escotillón.
 Parece que está lista y ha rumbiao
 la bronca comunista pa' este lao;
 tendrás que laburar pa' morfar...
 ¡Lo que te van a gozar!
 Pedazo de haragán,
 bacán sin profesión;
 bien pronto te verán
 chivudo y sin colchón.

¡Ya está! ¡Llegó!
 ¡No hay más que hablar!
 Se viene la maroma soviética.
 Los orres ya están hartos de morfar salame y pan
 y hoy quieren morfar ostras con sauternes y champán.

Aquí ni Dios se va a plantar
 el día del reparto a la romana
 y hasta tendrás que entregar a tu hermana
 para la comunidad...
 Y vos que amarrocás

²⁵⁴.- Cfr. “Información Gráfica” (1925), en *Revista de Oriente*, n° 1, Buenos Aires, junio, pp. 18-19.

²⁵⁵.- Cfr., entre otros, Camarero (2004).

vintén sobre vintén,
la plata que ganás
robando en tu almacén.
Y vos que la gozás
y hacés el parisién,
y solo te tragás
el morfi de otros cien...

¡Pa' todos habrá goma, no hay cuidao...!
Se viene la maroma pa' este lao:
el pato empezará a dominar...
¡cómo lo vamo' a gozar!

Pedazo de haragán,
bacán sin profesión;
bien pronto te verán
mangando pa'l buyón.²⁵⁶

²⁵⁶.- “Se viene la maroma”, tango, 1928. Música de Enrique Delfino y letra de Manuel Romero. Agradezco a Jorge Cernadas por hacerme notar la letra de este tango. En los años sesenta el tema fue versionado por *Los Olimareños*.

I. Tiempo

“Y entre todos esos símbolos, dijo Austerlitz, en el lugar más alto estaba el tiempo, representado por aguja y esfera”

W. G. Sebald, *Austerlitz*

“El «tiempo» influía en toda la economía del lenguaje tiñendo, a más tardar desde la Revolución Francesa, todo el vocabulario político y social”

R. Koselleck, *Futuro pasado*

“...relojes que dan cuenta de otros relojes y no del tiempo”

Juan José Saer, *Lo imborrable*

Die Geschichte tut nichts
(La historia no hace nada)

K. Marx-F. Engels, *La sagrada familia*

1. Política del tiempo

Se cuenta que desde de la toma del Palacio de Invierno, Lenin calculaba los días de permanencia del gobierno bolchevique tomando como referencia la Comuna de Paris y sus 72 días (Buck-Morss, 2004: 62), como si la evaluación del evento de 1917 —o al menos una parte de esa valoración— debiera sostenerse en su comparación con el 1871 en términos de duración. Podría aducirse que esa referencia a la Comuna parisina resultaba casi obligada pues, a pesar de las disímiles lecturas que de ella hicieran los revolucionarios, finalmente se había transformado en símbolo y ejemplo para el movimiento obrero internacional (Haupt, 1986). De todos modos, si bien este argumento podría explicar la preocupación de Lenin, parece haber allí algo más. Según Marc Ferro, en los primeros meses de 1917 sólo Lenin y los anarquistas sitúan los acontecimientos rusos bajo el signo de 1871, con el objetivo de antagonizar la caracterización predominante en la izquierda que asociaba febrero de 1917 con una revolución burguesa (Ferro, 1975). Y para muchos lectores, aun hoy, *El estado y la revolución*, que Lenin escribe durante 1917, expresaba una visión *anarquista*, en la que los soviets, como organizaciones de autogobierno surgidos de la acción proletaria se

convertirían en el sostén de una estructura administrativa descentralizada y participativa, una democracia de base, de la cual “la Comuna de Paris (...) había sido el prototipo”.¹ Pero por otro lado, desde la revolución de 1905, Lenin y los bolcheviques habían pugnado por correr el acento modélico de la Comuna en relación a la revolución que ellos propugnaban. Desde esa “primera revolución” buscaron disolver esa asociación mimética entre Comuna y *soviets* poniendo en primer plano lo que consideraban los errores y las debilidades de la Comuna, en contraste con sus propias orientaciones acerca del poder político. En contraposición a quienes querían leer la revolución de 1905 a través del prisma de la Comuna, Lenin sostenía que “cuanto más entrañable es para nosotros la Comuna de Paris de 1871, tanto menos tolerable es que salgamos del paso aludiendo a la misma sin examinar sus errores y sus condiciones peculiares (...). En la historia se entiende por este nombre un gobierno obrero que no sabía ni podía (...) cumplir las tareas [que le concernían]”, un gobierno “como no debe ser el nuestro”.²

La Comuna tenía entonces un estatuto ambivalente; a su enorme poder simbólico en el campo de la izquierda revolucionaria se le sumaban su capacidad para ser ejemplo y también contraejemplo en términos de referencia teórica o de experiencia histórica. De manera que la comparación que Lenin establece entre ambos acontecimientos en términos de duración seguramente esté expresando otra cuestión: dirige la atención a cuánto de la revolución incumbe a su dimensión temporal. Al formular la evaluación de octubre de 1917 por su permanencia, Lenin tocaba una fibra crucial a la que remite el propio concepto de revolución como también a uno de los aspectos centrales en los que se jugó el mismo destino de la experiencia soviética. En la aparentemente banal comparación entre “el tiempo” de la Comuna y el del gobierno bolchevique se destila la temporalidad como estructura central de la política revolucionaria: de la revolución como experiencia específica de lo temporal, y de la praxis revolucionaria como intervención en la temporalidad histórica y en las consideraciones mismas del tiempo. No se trata de comparaciones meramente cronológicas, sino de *dar cuenta* de un *estar en el tiempo* que contradice su disolución en la medición abstracta de las concepciones lineales. Que la revolución se jugaba *en* el tiempo lo sabía Lenin al precipitar la firma

¹.- Cit. en Buck-Morss (2004: 43). Buck-Morss toma la cita de Lenin de Neil Harding, *The State in Socialist Society*, Albany, State University of New York Press, 1984, p. 18. Lenin habría sostenido que “sólo la Comuna puede salvarnos por lo que, perezcamo todos, muramos, pero tengamos la Comuna”; esa insistencia habría sido la causa del cambio de nombre de partido bolchevique a comunista; cit. en Harding, *ibídem*.

².- Lenin, Vladimir I., *Obras completas*, vol. IX, cit. en Haupt (1986: 47).

del tratado de Brest-Litovsk, afirmando que si bien se perdía espacio, *se ganaba tiempo* (cfr. Buck-Morss, 2004: 43).

Koselleck advierte que el mismo concepto de revolución se reforzó bajo esta preeminencia del tiempo como estructurador de los acontecimientos. Es un producto de esa vigorosa transformación histórica y social de los “nuevos tiempos” de la modernidad cuya constitución, entre 1750 y 1850, se produjo bajo el impacto de lo que se conocerá como —y justamente— la doble revolución, término que será parte de las designaciones de ese acontecer histórico, al cual nombra a la vez que contribuye a su configuración, en una experiencia paradigmática de esa suerte de doble dimensión de los conceptos históricos según la perspectiva de la *Begriffsgeschichte*. La particularidad del concepto de revolución en tanto producto lingüístico de la modernidad reside, entre otras cosas, en su ubicuidad tópica y su elasticidad semántica, lo que le permite actuar en campos políticos diferentes, “como si a la palabra revolución le fuera inherente una suerte de fuerza revolucionaria que pudiera ampliarse continuamente y abarcar todas y cada una de las cosas de nuestro planeta” (Koselleck, 1993: 69). Actúa desde entonces buscando adosar significaciones de modo de extender su polivocidad, a la vez que imprimir sobre la realidad sus propios rasgos, entre los cuales los que remiten a la temporalidad histórica son de la mayor importancia: la experiencia de la aceleración y también la redefinición de las relaciones entre las dimensiones del tiempo a través de un cambio de las perspectivas del futuro y de los espacios de experiencias.

El cardinal aspecto temporal del concepto de revolución se complejizó desde su reformulación a fines del siglo XVIII, pues durante el siguiente se superpusieron capas sedimentarias de significación que al convertirlo en una pieza de articulación de tiempos múltiples en cierta medida explican esa ubicuidad y elasticidad que Koselleck señala, adhiriendo al significante temporalidades diferentes para señalar diferenciales ritmos y duraciones para los aspectos sociales o políticos de las revoluciones; así, por ejemplo, Heine adjudicaba el tiempo corto a la revolución política mientras la larga duración correspondía a la revolución social, a la transformación de las estructuras sociales.³ Y ya desde 1789 ambas revoluciones —más allá de que la controversia sobre sus vínculos quede abierta— se presentarán firmemente conectadas, al punto que la revolución política —a diferencia de sus significados premodernos— obtiene sus razones por ser el inicio e ir en pos de la emancipación social (Koselleck, 1993: 78-79); una perspectiva

³.- No muy lejos estaba Marx, cuando hablaba de “épocas revolucionarias”.

que cobra mayor entidad a medida que se despliega el ciclo de las revoluciones durante el siglo XIX (cfr. entre otros Sewell, 1992; Eley, 2003).

Las variadas torsiones o yuxtaposiciones semánticas provocaron la emergencia de las palabras activas *revolucionar* y *revolucionario*, que señalaban que toda movilización en el sentido que demandaba la revolución —pues el concepto había finalmente recuperado, resignificado, el sesgo trascendental de su historia premoderna, ahora bajo la legitimidad de una filosofía de la historia (Koselleck, 1993)— implicaba necesariamente una *política del tiempo*, esto es, conllevaba una concepción del tiempo histórico manifiesta en las proposiciones de la palabra revolucionaria tanto como en sus prácticas. Pues esta deriva semántica expone, ciertamente bajo una tensión, la pretensión consciente de orientar aquello que se sabe consagrado por las leyes progresivas de la historia, las cuales comprenden, además, una aceleración del tiempo histórico (*ibid.*: 82). La capacidad revolucionaria, esto es, la facultad de “hacer revoluciones” (*ibid.*: 82) acusa una intervención en el tiempo de la historia como una particular experiencia temporal, sostenida ésta en las específicas condiciones en que el tiempo es percibido por los agentes inscriptos en determinadas formaciones y relaciones sociales (Osborne, 1995). Entonces, cuando Lenin cuenta los días no sólo está expectante, como señala Susan Buck-Morss, respecto a que la experiencia bolchevique salga victoriosa en su comparación con la precedente intentona *communard*. También está, quizás en esto de modo inconsciente, poniendo en el primer plano de la emancipación *el problema del tiempo* —de sus concepciones y de sus experiencias, pues en definitiva una *revolución* que pretende acabar con un mundo y erigir otro ¿no debe también destruir las concepciones del tiempo de esa sociedad basada en la explotación y en la cual “el tiempo del reloj”, como avisa el epígrafe de Sebald, reina indiscutido? *La cuestión del tiempo en y de la revolución* en el ex imperio zarista se va tornando, desde 1917, en una problemática política de las más importantes, y la propia Susan Buck-Morss ha mostrado cuánto de las experiencias revolucionarias allí en curso, de sus sentidos y rumbos, se jugó en torno a las distintas concepciones del tiempo (Buck-Morss, 2004).

Precisamente por eso también debe señalarse, más allá de Koselleck, que en la situación que el concepto de revolución nominaliza pueden emerger distintas praxis “revolucionarias”, las cuales, si pretenden ser puestas bajo los sentidos del concepto, no siempre son amalgamables o pueden convivir en la plurivocidad, dado su carácter antagonista con aquellos sentidos hegemónicos a los cuales cuestionan. De modo que

interpretar una revolución es también atender a las prácticas y elaboraciones reflexivas que sostuvieron una perspectiva de la transformación social que violentaba el arco de significaciones decantado en el concepto de revolución y, en particular, en las nociones del tiempo histórico que éste condensaba y a la vez proyectaba; es decir, aquellas intervenciones que se resistieron a ser *conceptualizadas* bajo los sentidos instituidos, pero que no renunciaron al término. Esos otros significados que, alejados de los rumbos progresistas, Benjamin descubre en la acción de los revolucionarios de julio de 1830 que disparan sobre los relojes (Benjamin, 1998 [1940]).

Puede decirse que si la cuenta de Lenin remite a la duración es porque también refiere al fin de la revolución. O a los fines de la revolución. O, como fuera formulado por los revolucionarios franceses de 1789: se trata de la cuestión de “terminar la revolución”. La cuestión de la duración, del tiempo de la revolución está indisolublemente unida a la de sus metas en la ambivalencia del término, de terminar, del fin o la finalidad. Comparte con la modernidad esa característica por la cual “el tiempo deviene una fuerza histórica por derecho propio” (Osborne, 1995: 13).⁴

Definir el tiempo de la revolución en Rusia, especificar su inscripción en una historia universal, atender a sus cadencias o explicar sus duraciones, comparar sus etapas y exponer sus ritmos, etc., han sido hasta hoy tareas inherentes a su misma caracterización como revolución. Y si sus mismos nombres —“revolución de febrero”, “revolución de octubre”— han perdurado adheridos a esa impronta temporal, no ha habido interpretación de este acontecimiento que no haya propuesto una significación de la revolución rusa *en* la historia y una lectura de sus mismos *tempos*. Pero justamente, como todo objeto histórico, la “revolución rusa” no fue homogénea temporalmente: en su seno y como parte vital de su experiencia distintos vectores de tiempo promovían direcciones divergentes y hasta contradictorias para su posthistoria potencial. Esos *tempos* también formaron parte de “la revolución” (o ya deberíamos decir, de las revoluciones que tuvieron lugar en la Rusia de 1917).

⁴- “...time becomes a historical force in its own right”. Todas las traducciones del texto de Osborne son propias. Por su parte, Koselleck lo dice de un modo similar: con la modernidad, y en el propio concepto de modernidad “el tiempo no sigue siendo solamente la forma en la que se desarrollan todas las historias, sino que adquiere él mismo una cualidad histórica. La historia no se efectúa en el tiempo, sino a través del tiempo. Se dinamiza el tiempo en una fuerza de la historia misma” (Koselleck, 1993: 307).

2. Tiempo nuevo

2. 1. Ruptura

Entre 1918 y 1920, José Ingenieros brinda varias conferencias y escribe diversos artículos relativos a la revolución rusa, y los reúne finalmente en un volumen que se publica por primera vez en Madrid en 1921 bajo el elocuente título de *Los Tiempos Nuevos*.⁵ Se ha señalado con acierto cuánto del viraje ideológico de esa etapa de la obra de Ingenieros se manifiesta en estos textos (Terán, 1986).⁶ Compartiendo este juicio, interesa de todos modos señalar aquí que por detrás de las variaciones y desplazamientos de la perspectiva ingenieriana —incluso en el más acotado arco de sus textos de 1918 y 1920— en lo referente al lugar relativo que les asigna a cada una, tanto la guerra mundial como la revolución social que piensa es su inevitable consecuencia — aunque también su precedente— son presentadas como expresiones reveladoras del cambio epocal. Guerra y revolución anuncian los nuevos tiempos, esto es, marcan un corte entre épocas, una ruptura histórica, un acontecimiento que periodiza la historia.

Como la de Ingenieros, fueron numerosas las lecturas de la revolución rusa que reforzaban su carácter de “ruptura histórica”, aunque los énfasis no fueran similares. Pues mientras para Ingenieros el cambio epocal tenía raíces remontables al Renacimiento, y así la experiencia soviética formaba parte de un movimiento más vasto, para el joven Carlos Astrada su lugar era más central y específico, pues se trataba de un

⁵- Ingenieros, José, *Los Tiempos Nuevos*, Madrid, América, 1921. La edición de la que se extraen las citas en este trabajo es la publicada en Buenos Aires por editorial Elmer en 1957. Se trata de una compilación en la que el propio Ingenieros reunió sus conferencias y escritos referentes a la guerra, a la revolución rusa y al cambio epocal que vislumbraba.

⁶- No es objeto de este trabajo seguir el derrotero del pensamiento de José Ingenieros en esa etapa de su vida y de su obra (como tampoco de ninguno de los autores que se citen). De todos modos, es preciso señalar que existen diferentes juicios de los historiadores acerca de la profundidad y alcance del viraje provocado por la revolución bolchevique en el autor de *El hombre mediocre*; para algunos se trata de una radicalización de una tendencia ya visible desde 1911 (Terán, 1986). Evidentemente, hay importantes desplazamientos en la argumentación y en los fundamentos conceptuales de Ingenieros entre su visión de la guerra en 1914 y los últimos textos sobre la revolución rusa y, más allá aun, en la formación de la Unión Latinoamericana. Pero también hay ciertas permanencias de la mayor importancia. Para el tratamiento específico de las lecturas ingenierianas de la revolución rusa, véase el citado trabajo de Terán como también Kohan (1998 y 2000), Acha (2002) y Pittaluga (2008). Quizás en Ingenieros sea más evidente ese señalamiento de Oscar Terán sobre “las maneras si se quiere extrañas” por las cuales “el fenómeno de la revolución bolchevique” se fue constituyendo “en el horizonte ideológico de cierto sector intelectual argentino” (Terán, 1986: 76-77). Esas “extrañas maneras” se revelan en la atención con la que Ingenieros siguió los sucesos en Rusia, aprovechándose de una literatura más nutrida y menos sesgada ideológicamente desde 1919, tanto como en el interés que acompañó a sus conferencias y textos entre gran parte de la intelectualidad, la juventud y la militancia de las izquierdas. Sus palabras fueron reproducidas por diversos medios, fueron retomadas frecuentemente por los activistas e intelectuales socialistas, anarquistas o por los grupos estudiantiles reformistas. Se trata, por tanto, de textos que no pueden circunscribirse a su biografía intelectual.

momento *original*, un tiempo de creación, un punto de partida, uno de esos “momentos álgidos” del decurso histórico en los cuales “una gran idea empieza a realizarse, en que un gran ideal choca con el mundo de la realidad” y “trabaja la conciencia de los hombres”; y añadía: “Nuestra época asiste a la originalidad de la creación rusa”.⁷ Una originalidad que es una singularidad y también un origen — juzgado como un nacimiento.

Muchos de los intérpretes rioplatenses entendían la experiencia de los *soviets* en los términos de un conflicto *en el tiempo histórico*, como cuando Diego Abad de Santillán sostenía que “...la atmósfera de la revolución rusa mantenía en tensión los nervios, agudizando los conflictos obreros, poniendo frente a frente el pasado y el porvenir”.⁸ Los editores de *La Protesta*, con las recientes noticias de lo que posteriormene será conocido como “revolución de febrero”, razonaban del mismo modo, valorando la caída del régimen zarista como algo más que un cambio gubernamental, como “el pasado que huye, en la hora más trágica de la historia, para dar lugar al presente con saludables reacciones del progreso”.⁹ Para el articulista de *La Organización Obrera*, si la revolución rusa merece todo el apoyo de los obreros de todo el mundo porque constituye la “lucha más santa, más elevada”, es en gran medida porque se trata de una “lucha épica entre el pasado y el porvenir, entre lo retrógrado y el progreso, entre los que quieren continuar con la abrumadora esclavitud del régimen capitalista y los revolucionarios rusos”.¹⁰ Y aun Enrique Dickmann, en 1918, en un artículo titulado sugerentemente “Hacia el futuro”, sostenía que a pesar de “lo sombrío del cuadro del presente”, y de la “marcha lenta y difícil por el camino del progreso [que] con frecuencia se estanca y a veces retrocede”, el mismo cuadro de profunda crisis que se vivía era la expresión de “la liquidación de un pasado contradictorio y paradójal”.¹¹ Por eso podía afirmar que “tanto o más que la Gran Guerra, la Revolución Rusa ha

⁷.- Astrada, Carlos (1921), “El Renacimiento del Mito”, en *Cuasimodo*, n° 20, 2° decena de mayo, pp. 1-2.

⁸.- Abad de Santillán, Diego (1921), “La nueva perspectiva del pensamiento revolucionario”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 2.

⁹.- “La revolución rusa” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 22 de marzo, p. 1.

¹⁰.- Rademal (1919), “Consideraciones sobre la revolución rusa”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 3.

¹¹.- Dickmann, Enrique (1918), “Hacia el futuro”, en *La Vanguardia*, 1° de mayo, p. 7. Como muchos otros, Mariano Barrenechea, profesor en la Universidad de Buenos Aires, señalaba ese presente como uno cuya significación *hacia historia*: “esta revolución proletaria es para nosotros un acontecimiento gracias al cual podemos estar seguros que vivimos en uno de los momentos más grandes de la historia de la civilización”; cfr. Barrenechea, Mariano, “Reflexiones sobre la revolución mundial”, en *Revista de Filosofía*, n° 5, septiembre 1922, pp. 220-40; la cita en pág. 225.

cerrado el ciclo histórico actual y abierto el período de la Nueva Historia” (Dickmann, 1922: 3).

Desde *Tribuna Proletaria*, los futuros antorchistas no dudaban en calificar de “excepcional” el “momento de la historia” que vivían pues “nunca como en esta hora” se había asistido a una lucha tan intensa y tan vigorosa de los pueblos, en el “choque inevitable, fatal, de lo nuevo con lo viejo; de lo que pertenece al pretérito y lo que pugna por romper la corteza del presente para extenderse fijando normas al futuro”; en fin, el conflicto entre las fuerzas de la conservación y las de la evolución.¹² Por su parte, Leandro Bianchi, desde las páginas de *La Internacional*, anunciaba el nuevo tiempo conjugando la irrupción de la sentencia marxiana “Proletarios de todos los países, uníos!” en el Palacio de Tauride en marzo de 1917, con la sentencia goethiana ante los campos de Valmy en septiembre de 1792: “desde hoy y en este lugar comienza en el mundo la nueva historia”.¹³ Esta última cita permite advertir un aspecto por demás extendido en las interpretaciones de la hora: que la “ruptura histórica” que significaba la revolución rusa era no sólo un corte, un desgarramiento respecto de un tiempo por eso mismo pasado, el cual —se pronosticaba— sería dejado atrás, sino que era también el advenimiento de un *tiempo nuevo* porque se vislumbraba como el momento de realización de las expectativas de transformación social, política y cultural.

Por supuesto que no faltaron quienes interpretaron en la revolución en Rusia más que el advenimiento de un nuevo tiempo histórico, el final de un pasado oprobioso, el abandono de una pervivencia anómala para el estado de desarrollo de la civilización. Así, Enrique Dickmann podía señalar —como también lo hacía Antonio de Tomaso— que la revolución rusa era “principal y fundamentalmente una revolución agraria” que concluía “definitivamente con el feudalismo medieval en Europa y completa[ba] así la obra de la revolución francesa de 1789” (Dickmann, 1922: 4-5). Más que un *tiempo nuevo*, la revolución en Rusia abría la posibilidad para que esa nación entrara en la temporalidad del presente.

Ya la “revolución de febrero” podía ser leída como un signo esperanzador en el marco de una guerra mundial que había derrumbado las certezas y tornado más sombríos los caminos del progreso, y un fervoroso Enrique del Valle Iberlucea, además de anunciar que el zarismo había dejado de existir, lo cual era una indicación de que se había iniciado “una nueva era en la historia de Rusia”, era también capaz de expandir su

¹².- “La hora presente” (1919), en *Tribuna Proletaria*, n° 5, Buenos Aires, 2 de agosto, p. 1.

¹³.- Bianchi, Leandro R. (1918), “La revolución rusa”, en *La Internacional*, 1° de mayo, p. 8.

expectativa más allá pues quizás esa nueva época lo fuera también para “la historia del mundo”.¹⁴ Precisamente, que una nueva época se iniciaba era también la consecuencia de ver la revolución rusa como un aspecto de una transformación más vasta, si bien se trataba de un aspecto de la mayor importancia. Arturo Orzábal Quintana opinaba que estaban en presencia de una transformación sin precedentes en la historia: un “proceso revolucionario” de alcance mundial, que en su despliegue estaba transformando, imperceptiblemente en unos casos, con violencia en otros, “las bases de la organización política y social de las naciones”, y sólo un espíritu superficial o pusilánime era incapaz de advertir la trascendencia de un momento revolucionario que hacía avanzar al mundo por “el camino de la Justicia”.¹⁵ El alcance de esa transformación, para Alfredo Palacios, no era otro que el final del dominio burgués, tarea para la cual se había dispuesto esa “dictadura del proletariado” (Palacios, 1921: 7 y ss.).

Esta esperanza en la que el *tiempo nuevo* era el de la justicia y la igualdad, la compartían ampliamente en el mundo ácrata: las imágenes que reiteradamente utilizó la prensa libertaria para dar cuenta de la revolución rusa eran aquellas que señalaban el quiebre radical que ese evento expresaría. La revolución constituía el “...último límite de la senda que trazó una época de brutalidad y crímenes...”, y a partir de ella la humanidad podía construir la sociedad anhelada.¹⁶ La “alborada roja”, la “tormenta revolucionaria”, el “incendio social” que recorría la vieja Europa y que ya podía también observarse en las tierras americanas, eran las figuras utilizadas para dar cuenta de la inequívoca señal de que “una nueva era [...] pugna[ba] por nacer a la luz de los

¹⁴- del Valle Iberlucea, Enrique (1917), “La revolución de Rusia”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 18 de marzo, p. 1. “Podemos, pues, decir que una edad cierra y una edad abre la revolución francesa de 1789, y que una edad cierra y una edad abre la revolución rusa de 1917” (del Valle Iberlucea, 1934 [1917a]: 33).

¹⁵- Orzábal Quintana, Arturo (1921), “Hacia un nuevo derecho internacional”, en *Revista de Filosofía*, n° 1, enero, pp. 14-29. Artículo fechado en diciembre de 1920. Coincidentemente, Luis María López expresaba en *La Organización Obrera*: “El globo terráqueo se conmueve de un polo a otro, a impulsos de una acción tumultuosa en la que participa todo el género humano, y cuyo próximo fin traerá el imperio de un estado de cosas que hará la felicidad de los seres que trabajan y sienten infinito amor por la justicia”, en López, Luis María (1921), “Caracteres de la actual revolución”, en *La Organización Obrera*, Suplemento extraordinario n° 42, Buenos Aires, 1° de mayo, p. 13. Ya en marzo de 1917 los editorialistas de *La Protesta* sostenían que “[l]a revolución rusa, por haber estallado en esta hora de la barbarie” tenía “un doble carácter excepcional”, pues además de derrocar un régimen ignominioso —“Una corona que rueda es un monstruo que muere”, decían— se podía creer, a partir de ella, en próximos pasos hacia “nuevos horizontes de la humanidad”; pues “[u]n régimen anulado es una época que pasa y afirma la evolución histórica y los factores creadores de una nueva organización social, con más justicia y libertad, con más respeto al derecho y a la vida misma”; en “La revolución rusa” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 22 de marzo, p. 1.

¹⁶- “De la Revolución. La Dictadura del Proletariado” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 5 de marzo, pp. 1-2. En el mismo sentido, Bruno, Severo (1918), “La revolución rusa y su influencia moral”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 17 de febrero, p.2.

siglos”; así planteada, la revolución era una irrupción en la historia, la campanada del cambio de un mundo a otro:

“La sociedad burguesa está al caer (...) su derrota comenzada en Rusia presagia florecimientos magnos, plasmadores de ideales nuevos (...) la revolución en Rusia, las sediciones en España, Francia, Italia e Inglaterra, y las revoluciones en Hungría y Alemania, y los conatos en el mundo todo (...) son las infaltables avanzadas, síntomas del estallido final, anuncios de borrascas sociales que se desencadenarán barriendo todo lo caduco con la potencia huracanada de su empuje”¹⁷

En un acto que para el primer aniversario de la “revolución de febrero” reúne en Buenos Aires a más de 10 mil concurrentes, una de las oradoras, Ida Bondareff, proclamaba que la nueva época que se iniciaba era “la del advenimiento de la nueva clase”, una época iniciada por el proletariado ruso y que, pronosticaba, “los obreros de todo el mundo tendrán que seguir”.¹⁸ Por su parte, Emilio Troise sostenía que “[l]a Rusia Obrera y revolucionaria” en su enfrentamiento “al imperialismo capitalista mundial” era la señal de que “el reinado de la opresión más que milenaria, de la servidumbre, de la injusticia” tocaba a su fin y que se iniciaba “el nuevo mundo de los libres productores, con la vida renovada y superiorizada (sic) por el propio esfuerzo de los oprimidos”.¹⁹

Esta imagen de los nuevos tiempos que la revolución vendría a inaugurar, se mantiene mucho más allá de los primeros años entre las franjas de la izquierda que, aun cuando puedan ser críticas y sus simpatías vayan mermado notablemente, no dejan de interpretar la existencia de la Unión Soviética como el inicio de una nueva época destinada a erradicar las relaciones de explotación y dominio del capital. Una apreciación que se repite entre aquellos para quienes las objeciones al régimen bolchevique son menores. Como se refirió en la Introducción, en la revista que edita la

¹⁷.- “El Ideal en marcha” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 17 de enero, p. 2. El “anarco-bolchevique” Santiago Locascio agigantaba la brecha que separaba el pasado de un porvenir venturoso: “Un mundo nuevo nace, un viejo mundo se hiende. Este mundo que nace será edificado sobre los escombros del viejo mundo sin valerse de ningún material usado para que su solidez sea bien cimentada” (Locascio, 1919: 46).

¹⁸.- “Commemoración de la revolución rusa” (1918), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 30 de marzo, pp. 1-2. Cfr. también Comité Ejecutivo PSI (1919). Esta valoración del momento como el inicio de un período de luchas, era compartida desde distintas posiciones del espectro de izquierda; así, Luis María López razonaba que “... la revolución rusa es el comienzo de un período más o menos largo de formidables convulsiones colectivas”, en López, Luis M. (1920b), cit. p. 5; y quien firmaba con el seudónimo de Nemo alertaba a sus camaradas: “Proletarios del mundo, preparaos para el gran advenimiento. Anarquistas: no dormirse. Todo preanuncia que la hora nuestra es inminente”; Nemo (1917), “Lo que hierve en la olla”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 18 de diciembre, p. 2.

¹⁹.- Troise, Emilio (1928), “Hacia una sociedad libre de libres productores”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, p. 94. La publicación original del texto de Troise es muy anterior a 1928.

Asociación Amigos de Rusia, se anunciaba la próxima llegada del buque soviético Vaslav Vorovsky como símbolo de estos tiempos nuevos que ya se respiraban:

“Llegará, mensajero de amor, a hacernos recordar que existe ya un país en el mundo, donde se desconoce el significado de estas dos palabras: explotados y explotadores. El «Vaslav Vorovsky», con sus rojas banderas revolucionarias al tope, anuncia a través de los mares, una nueva era de la fraternidad humana y de justicia social. Entre su tripulación hay solo hermandad en el trabajo y solidaridad en el esfuerzo. Ha cruzado gallardamente los mares como un desafío a los poderosos y como un ardiente llamado a la solidaridad a todos los obreros de la tierra”.²⁰

2.2. *Novum*

Precisamente será en la llamada “cuestión social”, es decir, en una problemática que abarcaba un arco amplio de temas —desde la introducción de mecanismos correctivos a las desigualdades sociales hasta el fin de la explotación del trabajo y de la organización clasista de la sociedad— donde las lecturas de la revolución rusa apunten su *novum*. Pues si bien los interrogantes sobre qué tipo de sistema político se abría paso en Rusia concentraron parte importante de la atención, la misma estuvo asociada desde las primeras intervenciones a las significaciones de los sucesos rusos —como también de los conatos revolucionarios en otras regiones europeas— en función de su grado de desafío a la permanencia de las relaciones sociales capitalistas. Por lo que quienes auguraban el inicio de un tiempo nuevo lo fundaron en la inminencia de una transformación social, un cambio en las estructuras profundas de la sociedad capitalista y occidental, cuya llamarada inicial provenía de la extensa y hasta entonces desolada Rusia.

En su relato del viaje a Moscú de 1921 para la reunión de la III Internacional, Rodolfo Ghioldi no dudaba en metaforizar su llegada a tierras soviéticas como un nuevo punto de partida histórico: “el viaje” que realiza no es sólo a *un lugar* revolucionario sino también al tiempo del futuro que cree ha inaugurado la revolución. El barco soviético *Suwotnik* que lo transporta a ese futuro que es la tierra revolucionaria y que “con su bandera desafiaba al mundo explotador”, como también “el auto rojo” que lo traslada en suelo soviético y que “en su marcha y en cada llamada de su potente bocina anunciaba a la clase privilegiada la proximidad de su fin y el inminente advenimiento de una época en la que sólo podrán comer los que produzcan”, son las imágenes elegidas

²⁰.- “El buque ruso *Vaslav Vorovsky*” (1925), en *Revista de Oriente*, n° 1, Buenos Aires, junio, p. 10.

para remarcar que la ruptura histórica que se presencia es también la de una transformación social, la del capitalismo por el socialismo.²¹

En 1920, del Valle Iberlucea destacaba que se vivía un momento histórico de transformación social en el mundo, de “verdadera revolución social” y de advenimiento “de la sociedad comunista” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920]: 49), pero ya en 1917, antes de octubre, había formulado la dimensión social de la transformación en términos de pronóstico. Por un lado, al advertir que sería “un grave error suponer que la revolución rusa es un puro movimiento político ... Hay en Rusia una serie de cuestiones —sociales, económicas, políticas, morales, religiosas— planteadas desde tiempo atrás, que reclamaban una solución revolucionaria” (del Valle Iberlucea, 1917: 1). Consideraba que el cambio de sistema político, de una autocracia a una monarquía parlamentaria o aún una república, sin ser una cuestión menor, dejaba irresueltos los mayores problemas de la sociedad del ex imperio, problemas que sólo podrían ser resueltos si la revolución política lo era también económica (*ibídem*). El pronóstico del senador socialista se apoyaba en un atributo que el concepto de revolución posee desde los acontecimientos en la Francia de 1789, cuando a partir de esa experiencia se hizo imposible discernir efectivamente el aspecto político del social de toda revolución — aunque, como se dijo, se postularon *tiempos* distintos para uno y otro. De modo que del Valle Iberlucea, haciéndose eco de esa problemática del fin o la finalidad de la revolución, predecía que “los obreros no podrían conformarse, en verdad, con la sola conquista del régimen representativo. Si bien el gobierno provisional ha anunciado que su política se basará, entre otros principios, en las libertades fundamentales —de prensa, de palabra, de asociación y de reunión— los trabajadores estarán dispuestos a obtener garantías para el reconocimiento de sus derechos económicos” (*ibídem*). Una proyección que se sostenía en su propia expectativa respecto a que la revolución trajera “algo más que la igualdad política y civil de los ciudadanos”, a que se tratara de un acontecimiento de la envergadura de la francesa, apoyándose a la vez en otra predicción, la de Herzen, quien habría dicho que “la nueva gran revolución de los pueblos sería social y no política, y que de Rusia saldría ese ansiado movimiento” (*ibídem*).

Pocos días después, el 13 de julio de 1917, era Moisés Kantor —entre otros— quien sostenía un argumento similar, al proponer que la revolución de febrero era el

²¹.- Ghioldi, Rodolfo (1921d), “El viaje”, en *La Internacional. Suplemento*, n° 1, Buenos Aires, 15 de agosto, pp. 1-3. El artículo está fechado en Moscú, el 10 de junio de ese año.

inicio de un movimiento cuya finalidad era la transformación social y que no podía finalizar si no acometía esas tareas todavía pendientes y cuya época era justamente la actual:

“Pronto nos encontraremos así, ante un hecho evidente, que el poder que ejerció durante años la idea socialista, se transformará en un poder real, en un pueblo de 170 millones de habitantes. ¿Se limitará la mayoría socialista de la asamblea constituyente a afianzar el estado republicano y democrático? No cabe duda, que muchos sinceros amigos del pueblo ruso defenderán una política moderada en la asamblea constituyente por temor a una próxima reacción. Nosotros, que buscamos la enseñanza en la historia, creemos que la gran revolución rusa dará un paso más del que dio la revolución francesa a fines del siglo XVIII; completará el decreto de los derechos del hombre, agregándole un solo párrafo, pero de un alcance enorme; este párrafo dirá: «Los hombres tienen derecho a la igualdad económica». No olvidemos que es el cuarto estado: el proletariado, los campesinos y los soldados el que conquistó la libertad en Rusia y no el tercer estado, la burguesía, como fue en Francia”.²²

2. 3. Irreversibilidad

De todos modos, no se trataba simplemente de postular o adjudicar ese carácter de ruptura histórica a la revolución rusa. Interpretarla como tal implicaba elaborar un hecho como un acontecimiento de una significación que pudiera verosímilmente ser considerado como una inflexión entre épocas, componer una exposición capaz de otorgarle al hecho tal carácter de acontecimiento histórico (y no mero hecho factual singular). Un modo, ciertamente consistente con ese señalamiento, era resaltar el carácter irreversible de los sucesos en curso. Que la revolución rusa (o la dupla guerra-revolución) eran acontecimientos de envergadura histórica dependía de si hacían avanzar (o retroceder) la historia, esto es, si tenían un lugar relevante en la articulación de una historia. Como ese avance o retroceso sólo puede ser expuesto en términos narrativos, los hechos que tenían lugar en Rusia debían ser elevados a la categoría de las acciones que hacen avanzar la trama en un relato (cfr. Ricœur, 1999, 2000). El razonamiento, en estos términos, no podía ser más que prospectivo, pues la resolución de la trama estaba aun en el futuro. Pero esta proyección parece haber resultado fundamental para la discusión en torno a la significación del acontecimiento ruso. Así lo entendía un José Ingenieros que arremetía contra quienes desestimaban el impacto “de la actual crisis revolucionaria”; ella nada tenía de “accidente pasajero”, tras el cual se restauraría el capitalismo, pues este régimen “está condenado a desaparecer por sus propias fallas

²²- Kantor, Moisés (1917), “Conferencia pronunciada el 13 de julio de 1917 en el Festival convocado por el Comité «Pro Consejo de obreros y soldados de Rusia Cornelio Thiessen»”, *Humanidad Nueva*, X, Buenos Aires, pp. 184-85.

intrínsecas”. La historia había dado, para Ingenieros, un paso irreversible, y aunque “los partidos revolucionarios” podían “incluso ser desalojados del gobierno” como ya había sucedido en Hungría y podía ocurrir al día siguiente en Rusia, “esos episodios” no implicaban ninguna vuelta “al estado precedente”, aunque los partidos restauradores recuperaran “por algún tiempo el poder” (Ingenieros, 1957 [1920c]: 131-132).

A pesar de tener luego de octubre un juicio adverso sobre el derrotero ruso, Antonio de Tomaso reconocía también que el presente era un tiempo de cambio histórico: “La hora es turbia. Hay crisis arriba y crisis abajo. Un mundo se disloca. Un mundo surge. Pero nuestro deber es seguir diciendo la verdad como la sentimos”. Transcribiendo su conversación con Hjalmar Branting, presidente del Congreso Socialista Internacional realizado en Berna en febrero de 1919, de Tomaso anota en palabras del dirigente sueco lo que parece un consenso generalizado: “En varios países, la clase obrera ha sabido imponer sus reivindicaciones mediante actos revolucionarios. En otros países, ese resultado se ha conseguido con la atmósfera creada por la revolución ... Pasamos por una época de transformación como nunca la hubo. No volverá jamás el antiguo mundo de antes de la guerra, el mundo del capitalismo en lucha contra el socialismo, que avanza pero que aun no predomina” (de Tomaso, 1919: 86 y 136).

En un artículo publicado en el *Suplemento de La Internacional*, Paul Vaillant-Couturier, poeta y miembro de *Clarté* por entonces de viaje por la Unión Soviética, sostenía esa misma idea de irreversibilidad histórica, pues “en la inmensa Rusia, los Soviets, son en lo sucesivo, imposibles de disolver. Se cometen faltas, se anda a tientas, la apatía de Occidente obliga a veces a echar lastre, pero la dirección es inmutable. Continúa su ruta implacablemente”.²³ Y en un artículo de Charles Rappoport publicado en *La Internacional* se aseveraba que “[a]un en el caso que los capitalistas, ayudados por la inconsciencia de las masas, consiguieran aislar y matar de hambre a la Rusia Comunista, no podrán impedir que la Rusia Comunista haya existido, y haya hecho temblar por años enteros al mundo capitalista”.²⁴ Augusto Bunge, a propósito de los acontecimientos alemanes y la sanción de la constitución de Weimar, razonaba de un

²³--Vaillant-Couturier, Paul (1921), “De Moscú – Un mundo nuevo”, en *La Internacional. Suplemento*, nº 5, Buenos Aires, 12 de septiembre, p. 11. Poeta y periodista, Vaillant-Couturier se incorpora al comunismo y trabajará en el periódico *L'Humanité*.

²⁴.- Rappoport, Carlos (1922a), “Los primeros fundamentos del comunismo”, segunda parte, en *La Internacional*, 10 de marzo, p. 6. El artículo está traducido de *Ordine Nuovo*. Rappoport fue un intelectual judío de origen lituano radicado en Francia que se vinculará al Partido Comunista Francés y al comunismo internacional aun cuando fuera un severo crítico de distintos aspectos de la política bolchevique.

modo semejante respecto de la imposibilidad de volver atrás la rueda de la historia, cuando explicaba que “leyendo y meditando el texto de la nueva constitución alemana” sentía “como una imposibilidad material cualquier retorno a las condiciones económicas y políticas del pasado”. Imposibilidad de regreso que, agregaba, contrastaba con el hecho de que se había “abierto un anchuroso camino hacia el porvenir”, y si bien era probable aguardar cambios en un avance siempre sometido a la perfectibilidad, éstos sólo podían ser “en el sentido de acentuar sus reformas de fondo, de eliminar (...) los rasgos de individualismo, las concesiones a las formas políticas burguesas y tradicionales y al propio pasado político alemán”.²⁵ Iniciado este camino revolucionario cuya primera estación, explica Bunge, es “ese texto constitucional”, “[l]as fases ulteriores dependerán de la constelación política y económica mundial tanto o más que de la evolución interna de la propia Alemania”, pero sean cuales fueren, “no podrán borrar lo nuevo que hay incorporado a esa constitución”, porque, enfatiza, “no puedo creer posible otra cosa, como no puedo creer posible que mañana el sol salga por el Oeste”.²⁶

Ni siquiera la derrota bolchevique podría empañar el giro de la historia que se presentaba ante los ojos de los intérpretes, ese “hecho formidable (...) que no puede suprimirse ni negarse”, que “está ahí delante de nuestros sentidos”, declaraba Mariano Barrenechea, mientras citaba a Sorel: “«porque puede ocurrir muy bien que los *bolcheviques* terminen por sucumbir a la larga bajo los golpes de los mercenarios enganchados por las plutocracias de Europa, pero la ideología de la nueva forma de Estado proletario no perecerá; sobrevivirá, amalgamándose con mitos que tomarán su substancia a los relatos populares de la lucha sostenida por las repúblicas de los soviets contra la coalición de las grandes potencias del capitalismo»”.²⁷

2. 4. Iluminaciones

Para dar cuenta, figurativa o metafóricamente, de la ruptura histórica, del “corte con el pasado”, de la renovación societal, y del carácter irreversible de ese tiempo nuevo, los comentaristas apelan a imágenes de sesgo iluminista, o sencillamente

²⁵.- Bunge, Augusto (1920), “El primer código de una gran revolución y sus transacciones. La nueva constitución alemana”, en *La Vanguardia*, 1º de enero, p. 13.

²⁶.- *Ibidem*.

²⁷.- Barrenechea, Mariano, “Reflexiones sobre la revolución mundial”, cit., p. 224.

lumínicas. Imágenes que, además, permitían el contraste con aquellas que, dominando la escena, surgían de los campos de batalla de la guerra mundial.

Los editores de la revista socialista *Humanidad Nueva*, quienes poco antes habían señalado que el horror de la guerra había detenido el tiempo del progreso, podían ahora proclamar con alivio que la “revolución de febrero” era su contracara, y como tal era factible considerarla como anuncio del nuevo día, pues se trataba de “un hecho nuevo [que] arroja la luz de la aurora; el advenimiento de pueblo inmenso a la vida libre, la caída de un imperio secular que fue símbolo durante siglos de estrecha, cruel y absoluta dominación”.²⁸ Anuncio de que la historia se ponía nuevamente en marcha hacia un porvenir venturoso, despejando la oscuridad de la hora (de la guerra) tanto como la del pasado (la del régimen zarista). Una perspectiva similar a la que en las páginas de la *Revista Socialista* sostenía Alejandro Castiñeiras en el mismo año de 1917, cuando alegaba que frente al “oscuro fondo” de la guerra mundial, “en los primeros meses” de ese año “surgió ... una pequeña luminaria, que titilando incierta en su comienzo, acrecentó más tarde su poderío, para terminar iluminando con su vivo resplandor buena parte del vasto escenario en que se desarrolla la más sangrienta tragedia que recuerde la historia. Y esa luz que a todos nos ha regocijado profundamente es la Revolución Rusa”.²⁹ Y mientras Esteban Dagnino, anunciaba que la bandera roja flotando “sobre el baluarte de la tiranía moscovita” era “el símbolo de la aurora que anuncia[ba] días más venturosos para la humanidad”, los anarquistas de *La Protesta* advertían que “Rusia representa hoy la alborada roja, el mañana luminoso, el grandioso amanecer del nuevo día que ha de iluminar las conciencias aventando los nubarrones de la ignorancia”.³⁰

Para algunos, estas iluminaciones que irradiaba la revolución eran también momentos de alegría porque auguraban una mejor historia futura y próxima; así, en *La Vanguardia*, Juana María Beggino manifestaba que había llegado el tiempo del socialismo porque su “anuncio inequívoco” era la revolución rusa, esa “aurora de luz, risueña y bella, que ostenta en sus destellos la seguridad de un más hermoso y más sereno día”.³¹ Para otros, sin embargo, el dolor convive con una expectativa venturosa,

²⁸.- *Humanidad Nueva*, año X, 1917, p. 44.

²⁹.- Castiñeiras, Alejandro, “Antecedentes de la Revolución Rusa”, en *Revista Socialista*, nº 1, 1917, p. 8.

³⁰.- Las citas respectivamente en Dagnino, Esteban (1917), “¿Es la aurora?”, en *La Vanguardia*, 30 de marzo, p. 1, y “Los prolegómenos de la revolución” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 11 de noviembre, p. 1.

³¹.- Beggino, Juana María (1918), “Ha llegado la hora...”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 13 de noviembre, p.1.

pues la revolución era como “un alumbramiento terrible, desgarrado, pero que daría vida al más sólido de los hombres”, tal como apuntaba Paul Vaillant-Couturier en el artículo antes citado.³² Por su parte, Ingenieros asociaba el día y la noche —que es también una expresión temporal de corte existencial— con la situación actual de guerra y revolución, en tanto “la guerra marcaba el crepúsculo de un régimen y después de ella amanecería para la humanidad un nuevo orden social” (Ingenieros, 1957 [1918b]: 31).³³

“El verdadero orden de la experiencia comienza al encender la luz; después se alumbraba el camino” sostuvo en su momento Francis Bacon. Y ese movimiento que se autodesignó justamente como la Ilustración supo apelar a esa figura como expresión del saber, a un léxico del conocimiento que se apoyaba en vocablos como aclarar, esclarecer, ilustrar, alumbrar, o expresiones como “echar luz” sobre una materia o “poner claro” un asunto. Como ha expuesto Dardo Scavino (2009), esta relación entre la luz y el *lógos* recorre la filosofía desde los griegos hasta la modernidad; ya en la alegoría platónica del Uno como un sol, es “gracias a su luz [que] todas las cosas se muestran o se revelan”, lo que significa que tienen *ex-sistencia* (*ibídem*: 46). Si el *lógos* alumbraba, es decir, hacer aparecer, existir, es porque ocupa el lugar de la *arjé*, es decir, del principio, la causa o el origen, pero también —como nos recuerda Scavino— del fundamento, de la soberanía o el poder (*ibídem*: 19 y 36). Precisamente por eso las metáforas del alumbramiento son también figuras del nacimiento del nuevo día, imágenes de la fundación (y del fundamento) de un mundo nuevo. Y así como esa palabra, ese *lógos*, hace surgir las cosas de las tinieblas, la revolución hace aparecer a la nueva sociedad del caos y la oscuridad del orden capitalista.

En los contextos discursivos en los que son enunciadas, estas figuraciones de la revolución que la presentan como la lucha entre la luz y la oscuridad, lo son también del conflicto entre el bien y el mal, o entre el saber y la ignorancia; representaciones que podían ser miméticas respecto de esa otra lucha que es la de clases. De este modo tienen la ventaja de ser funcionales a ciertas narrativas que buscan darle el tono épico que la gesta revolucionaria tiene (o los intérpretes piensan que debe tener) por medio de una retórica que reposa tanto en una prosa depurada como en textos sobrecargados: “...Relámpagos de fuego, que anuncian el choque fragoroso de dos potencias, de dos clases sociales en lucha, rasgan a intervalos las tinieblas que envuelven los enigmáticos

³²- Vaillant-Couturier, Paul, cit., p. 11.

³³- Representaciones similares a las mencionadas, pueden verse también en “Lo inevitable” (1919), *Tribuna Proletaria*, n° 32, Buenos Aires, 3 de septiembre, p. 1; o Pagán Navarro, José (1918), “El ideal en marcha”, *La Protesta*, Buenos Aires, 17 de febrero, p. 2, entre muchas otras.

destinos del porvenir. Y, en lontananza, fulgores rojos de una aurora de bonanza y de paz, pugnan por abrirse camino en medio del caos actual, para alumbrar finalmente a una humanidad purificada y redimida”, nos advierte un exultante redactor del periódico anarquista *Tribuna Proletaria*. Y en la tapa del nº 30 del periódico *Bandera Roja* los editores deciden representar el momento histórico que estaban viviendo por medio de una ilustración que ocupa toda la primera plana: sobre la izquierda de la lámina, un soldado de pie apoyado sobre la culata de su fusil hunde su bayoneta sobre la mano derecha de un trabajador que ocupa el centro de la ilustración. Éste, semiastado y semiarrodillado, levanta su mano izquierda hacia un amanecer que actúa de fondo de la gráfica y en el que la palabra “revolución” reemplaza al sol e ilumina el firmamento. A la derecha del trabajador, una niña repite el gesto, levantando su mano derecha. Este número de la publicación es del 30 de abril de 1919, y su portada viene a saludar el 1º de mayo. Al pie de la ilustración, un texto anuncia al lector:

“Ya amaneció, y la estrella aparece magestuosa (sic) por el oriente europeo, llenando de júbilo nuestra alma. El capitalismo, encharcado en sangre, no quiere verla, y pretende impedir el advenimiento del día magnífico que presagia, arrojando sombras sobre la aurora que viene a deshacerlas...”³⁴

Iluminaciones como forma de representación de la revolución; pero también, como se decía, alumbramientos:

“La utopía social que tanto hacía reír a la burguesía es hoy una realidad. ¿Quién hubiera creído que la vieja madre de la civilización, Europa, que parecía estéril a los requerimientos de la maternidad, alumbraría la formidable democracia rusa? Nadie. Sin embargo, Europa está preñada de revolución social, y a su tiempo los alumbramientos se irán produciendo. Oficiará de comadrona la burguesía, pagará los gastos el capital”.³⁵

2. 5. Continuidades

Las lecturas de la revolución rusa como una ruptura histórica se desplegaban, mayoritariamente, como derivaciones de los sentidos que la modernidad plasmó en su propio nombre en cuanto “concepto de período”, el cual se afirmó en oposición a la época anterior.³⁶ Sin embargo, y justamente para que el “tiempo moderno” se estableciera como totalmente distinto respecto de un tiempo anterior —es decir, cuando

³⁴- *Bandera Roja*, nº 30, 30 de abril de 1919, pp. 1-2.

³⁵- A. P. Nájera (1918), “La democracia en los países checos. I”, en *La Vanguardia*, 12 de marzo, p. 1.

³⁶- Para ello fue preciso que previamente se configuraran otros conceptos periodológicos, como Edad Media, Antigüedad, Renacimiento y Reforma. Cfr. Koselleck (1993: 293-99).

se pensara que la actualidad era cualitativamente diferente y no equiparable a situaciones pasadas— se precisó disponerlo también en una posición diferenciadora respecto del futuro. Es con lo que Koselleck llama el descubrimiento de un “tiempo contemporáneo” que se habilita a pensar el “tiempo moderno” como un período, como una época. Pero además, como afirma Osborne, en el establecimiento de esa particular periodización se produce un desdoblamiento del mismo concepto de modernidad, el cual refiere a “algo que ha pasado” pero también que “aún sigue pasando”. La modernidad es experimentada como una forma “de transición permanente” y la historia es “temporalizada” pues cambia con el tiempo (Osborne, 1995: 13).³⁷ La necesidad de periodizaciones que distinguieran el tiempo propio de “lo reciente” y aún “lo más reciente” (Koselleck, 1993: 319) se arraiga en esa experimentación de la actualidad como tiempo transicional, como una temporalidad en movimiento, a la cual se busca asir a través de esos “conceptos de movimiento” que son tanto expresiones de una nueva experiencia derivada de la doble revolución como factores que actúan en esa situación emergente. Este carácter movimientista de la misma historia temporalizada es lo que Koselleck estima como la causa del abandono del tipo de historiografía aditiva que manifiestan los anales, las crónicas.³⁸

Muchos de quienes estimaban, con talante moderno, que la revolución rusa abría un *tiempo nuevo* se situaban en esta perspectiva, por lo que su carácter de “corte histórico” derivaba directamente de la concepción de la historia de corte progresista inaugurada por la modernidad —y formulada entre la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del siglo XIX— por la cual el tiempo histórico se caracterizaba por dar lugar a la novedad (y como se ha visto, el *novum* de este tiempo nuevo era la emancipación social). Pero que el *tiempo nuevo* que se vivía fuera radicalmente distinto del anterior, que efectivamente provocara la apertura a un nuevo *Zeitgeist* —para usar una de las

³⁷.- No sólo la historia sino también su conocimiento cambian retrospectivamente en función de cada presente al que se le revelan desde nuevas experiencias realizadas; pero esto supone una postulación del tiempo histórico como portador de una cualidad creadora de experiencias que hace cada presente incomparable con su pasado; cfr. Koselleck (1993: 312 y ss.). Otra dimensión de esta *novedad* del tiempo moderno es la producción del carácter universal de la historia. Por lo demás, es necesario señalar que Osborne considera el mismo significado de la modernidad como algo abierto, pues la propia conceptualización bajo ese nombre de un “proyecto incompleto” remite a una cualidad de la experiencia social.

³⁸.- Cuando Koselleck habla de “temporalización de la historia” no está sosteniendo que sólo la historia moderna tiene que ver con el tiempo; más bien utiliza esa expresión como lenguaje especializado, científico, para distinguir la experiencia del tiempo en la modernidad respecto de épocas pasadas, distinción que se soporta en que la misma experiencia moderna produjo (o resignificó) diversos conceptos como conceptos temporales que fueron enriquecidos teóricamente, lo cual exige que se explique toda la historia según una estructura temporal.

expresiones más características de esta tematización de lo epocal en la historia— necesitaba, a la vez, como una paradoja aparente, de un enraizamiento en el pasado. Koselleck sostiene que el tiempo histórico moderno se caracteriza por una cada vez mayor distancia entre espacios experienciales y horizontes de expectativa, de modo que los primeros —piensa— carecen de profundidad como para deducir de ellos los segundos. Lo que se convirtió en una regla: la experiencia precedente no podía objetar el carácter diferente del futuro, ni su mejoría respecto del pasado. Es esta variabilidad inmanente de la historia la que se acuñó en el término progreso. Pero el mismo *progreso* requiere de una instancia comparativa entre el antes y el después, entre el pasado y el futuro (mejor), mientras el presente se vive como tiempo de paso. Postular que “la sociedad humana” progresa —y la universalidad de la historia se precisa para que la idea de progreso sea consistente— requiere de una mirada retrospectiva que, de modo perspectivista, construya esa historia como una progresista. Una tarea que, por lo demás, sitúa una significación para el de otro modo vacío de sentido del presente (Osborne, 1995). Podría decirse entonces, distanciándonos un poco del planteo de Koselleck, que el abandono de las historias aditivas del tipo de los anales o la crónicas se trocó por otro tipo de “adición”, aquella que agrupa selectivamente aquellos acontecimientos cuyas particulares lecturas le permiten situar el acontecimiento actual en la senda del progreso, fundando así su carácter de corte histórico y a la vez de avance de la historia (universal). Implica establecer el *corte* —la novedad que Koselleck señala como propia del tiempo moderno— y a la vez la *continuidad*, conformando una historia que, más allá de avances y retrocesos parciales, se mueve de modo ascendente. Esta “adición” resulta de la configuración de una temporalidad lineal *en* la cual se inscribe el acontecimiento, de modo que sea *a través* de las modulaciones de ese tiempo —de su *ritmo*— que la revolución rusa cobre significación como ruptura y a la par se sitúe como vector del tiempo histórico.

No es ningún descubrimiento decir que los intérpretes de la revolución rusa en la Argentina, mayoritariamente y en un plano de sus intervenciones, procedieron a establecer esa inscripción de la experiencia soviética en la historia del progreso, postulándole esta doble dimensión de ruptura y continuidad. Una de las más influyentes, la que formula José Ingenieros, la integraba como una manifestación de aquella otra revolución iniciada varios siglos atrás y que recibió el nombre de Renacimiento. Es que para el autor de *El hombre mediocre* esta suerte de larga marcha revolucionaria contra el

reflujo que significara la sociedad feudal aparentemente nunca antes había alcanzado sobre ese retroceso una victoria definitiva, de modo que la batalla continuaba hasta el presente entre “lo medieval aun no extinguido y lo moderno aun no estabilizado” (Ingenieros, 1957 [1918]: 17). Pero la actual crisis que representa la guerra, aseguraba, es “el principio de otra era humana”, y que Ingenieros fijara sus inicios en el Renacimiento en tanto habría sido “el más hermoso triunfo de la verdad revolucionaria”, resultaba una afirmación capital en su nueva fundamentación —acorde a estos nuevos tiempos que se iniciaban— para orientar los alineamientos de un conflicto que era presentado en los términos de una batalla entre los ideales nuevos y los ideales viejos.³⁹ Si por un lado la revolución rusa cobra significación en la medida en que representa esa “novedad” que caracteriza la temporalidad moderna, esa misma trascendencia es construida a partir de su adherencia a una suerte de linaje de acontecimientos ya tematizados como nombres de cambios epocales: “La Revolución Rusa es hoy el exponente simbólico de una alta aspiración humana, tan significativa como pudieron serlo el Cristianismo, el Renacimiento o la Revolución Francesa” (Ingenieros, 1957 [1920c]: 107). Este linaje es decididamente discontinuo pero “aditivo”, aunque no en el sentido en que las crónicas sumaban acontecimientos de igual rango, sino más bien al modo acumulativo en que el conocimiento científico moderno figuraba sus avances.⁴⁰

Al situar “el movimiento Revolucionario de Rusia” como “la continuación histórica de la revolución Francesa del siglo XVIII y de las revoluciones inglesas del XVII”, no se hacía más que descifrar la experiencia soviética a la luz de lo que se considera un movimiento ascendente de la historia hacia una sociedad liberada (del Valle Iberlucea, 1934 [1921c]: 231). Y si “la revolución rusa es para nuestros tiempos lo que la revolución francesa para los tiempos modernos”, del Valle Iberlucea apunta

³⁹.- Que la fuerza revolucionaria, desde el Renacimiento a la actualidad, residiera básicamente en la búsqueda de la verdad (Ingenieros, 1957 [1918]: 17) coadyuvaba a la fundación y a los fundamentos del nuevo lugar que los intelectuales venían ocupando desde fines del siglo XIX en Europa y que en la Argentina comienza a plasmarse con mayor nitidez —como lugar separado de la estructura burocrático-estatal— en la transición a la república del sufragio masculino, secreto y obligatorio. Cfr. Halperín Donghi (2000), Terán (1986), Viñas (1995 [1964]). De allí el lugar revolucionario asignado a una búsqueda de la verdad que motoriza la entera historia occidental y que coloca a la élite de sus exploradores al frente del movimiento histórico: podría decirse que esta fundamentación coloca a los intelectuales *un paso adelante en el tiempo*.

⁴⁰.- Komin-Alexandrovsky lo decía con claridad —incluyendo el rol de la violencia en ese progreso— en su correspondencia de viaje: “Toda la historia es una acumulación de episodios sucesivos que demuestran que las conquistas del progreso se han impuesto acogotando a los retardatarios por los medios más enérgicos y también más repudiables, pero necesarios al fin. A ellos hay que echar mano, ineludiblemente, para triunfar contra las rémoras que en todos los tiempos tratan empeñosamente de conservar lo viejo y apolillado” (Alexandrovsky, 1921: 17).

sus diferencias, pues la rusa vino a completar lo que la francesa no había abordado: la emancipación definitiva del trabajo —por lo que el impulso revolucionario había continuado manifestándose en episodios como la Comuna de 1871.⁴¹ Una perspectiva desde la cual la “incompletud” de la revolución francesa en términos progresivos —pues aseguró para todos, incluidos los trabajadores, “el goce pleno de los derechos civiles y de las libertades políticas” pero también “el poder de la burguesía, adueñada de la riqueza”— era resuelta por la que ahora se desarrollaba en el ex imperio zarista, de modo que su “importancia trascendental”, agregaba del Valle Iberlucea, residía en que impulsaba el “desenvolvimiento progresivo de la civilización” y aseguraba “el imperio de la libertad”.⁴² Mientras la revolución francesa no podía resolver la cuestión social pues no era de *su* tiempo —“el problema social no estaba planteado en el siglo XVIII del mismo modo en que fue planteado en los albores del XX”— es la *época actual* la que habilita las tareas sociales para una revolución, aun en un remoto lugar que desde el punto de vista del progreso debería todavía recorrer algunas estaciones previas (del Valle Iberlucea, 1934 [1917a]: 33).

3. El tiempo toma posición

¿Qué significaba que la “época actual” fuera el tiempo de la cuestión social, o mejor, de la emancipación social, cuando no podía haberlo sido el tiempo de la revolución francesa? Evidentemente que las explicaciones más extendidas se afirmaban en esquemas evolucionistas y progresistas de la historia, de modo de situar la problemática obrera y la caracterización de la revolución rusa como una fase, etapa o eslabón del desarrollo histórico universal, sin por ello desentenderse de las particularidades locales de su realización. Como ya se dijo, el aspecto social de la revolución acompañó indisolublemente la acuñación moderna del concepto, aun cuando muchas de las interpretaciones de la rusa que circulan en tierras rioplatenses establecieran netas distinciones entre sus dimensiones políticas y sociales. Las lecturas de la experiencia soviética en estas claves hilaba orientaciones tan disímiles como las del socialismo más consecuentemente adscripto a la estrategia parlamentarista con un

⁴¹.- del Valle Iberlucea, 1917, *op. cit.*, p. 27.

⁴².- *Íbidem.*

anarquismo que se enorgullecía de promover la “revolución social” por la acción directa, concordantes en este asunto de respetar las leyes de la historia.⁴³

3.1. El tiempo como fuerza histórica. Proceso y tiempo a favor

El fundamento progresista y evolucionista de la mayoría de las concepciones históricas y políticas de la izquierda ha sido destacado, y los comentarios de la revolución rusa no escaparon a esa trama interpretativa. Aquí se pretende avanzar sobre algunas de las consecuencias de esas raíces teóricas. Al analizar las exposiciones e intervenciones en torno a la revolución rusa, se advierte que muchas de ellas reposan en un pensamiento que otorga un lugar primordial, como fuerza impulsora,⁴³ al movimiento de la historia, a un “ritmo de la historia” del que sólo hay que ser conscientes para percibirlo: una tendencia inevitable y unos momentos de realización de esas tendencias (Ingenieros, 1957 [1919]: 43). Ese ritmo estaba marcado en el último medio siglo que precedía a la guerra, por transformaciones que se anunciaban desde mucho antes que la conflagración mundial las tornara imperiosas:

“durante cuatro décadas, los hombres de estudio daban el alerta a los gobernantes, asegurando que el gran resultado histórico de una guerra europea sería una crisis del proceso revolucionario, cuyos síntomas eran visibles, pues había comenzado ya una transformación de las instituciones políticas, de las relaciones económicas, de los ideales éticos, cuyo sentido era imposible ignorar” (Ingenieros, 1957 [1918b]: 29-30).

La guerra y la revolución eran, de este modo, los puntos de entrada para una tematización del tiempo histórico que, en la argumentación ingenieriana alcanza esa “fuerza histórica por derecho propio” de la que habla Peter Osborne. Así, si la guerra y la revolución representan una batalla decisiva en el multiseccular conflicto entre los viejos y los nuevos ideales, la “suma inmensa de fuerzas contrarias” expresadas en la reacción política e ideológica tanto como en la rutinización de las masas, “sólo puede ser vencida por un factor decisivo: el tiempo. La historia se desenvuelve *en función* del tiempo” (Ingenieros, 1957 [1920]: 74, las cursivas son mías).⁴⁴

⁴³.- Como ejemplos de plumas y orientaciones ideológicas bien distintas, pero que adscriben a perspectivas de corte evolucionista y progresista, cfr. de Tomaso (1917 y 1919); “La revolución rusa. Nueva encuesta” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 28 de enero, p. 1; Biagotti, Gabriel (1918a), “La revolución rusa”, en *La Protesta*, 24 de marzo, p. 3.

⁴⁴.- Si se atiende al lenguaje matemático, esta expresión constituye al tiempo en variable independiente, y a la historia en una función de dicha variable, de lo que resulta que la historia *depende* del tiempo (así como se dice que y es una función de x ; $y = f(x)$), es decir, que los valores de y dependen de los de x). Podría decirse, con estos fundamentos, que la historia no es más que la variabilidad del tiempo.

Ese avance del tiempo podía ser observado incluso en el contexto bélico, donde los “nuevos tiempos” se anunciaban en derechos ciudadanos ganados en las trincheras, en el nuevo lugar social de las mujeres y aun en esa legislación por la cual se debilitaban las diferencias de casta y los privilegios de la fortuna (Ingenieros, 1957 [1918]: 25).⁴⁵ De tal ruptura epocal “no podían precisarse su programa y sus métodos” pero, agregaba Ingenieros, era “evidente que, en su conjunto, haría efectivas las más radicales aspiraciones de «las izquierdas», variamente formuladas en cada país” (*ibídem*: 30). Frente “al más innegable proceso de agonía de la sociedad burguesa”, la revolución resultaba ser “el signo inequívoco de los tiempos que corremos”, advertía el articulista de la libertaria *Tribuna Proletaria*, quien además auguraba la extensión por una Europa convulsionada de “la gesta magna de un mundo nuevo” iniciada desde Rusia.⁴⁶

La revolución rusa era una de las emergentes de un tiempo de cambio, un aspecto de una mutación histórica de múltiples formas, las cuales dependían de las condiciones peculiares de cada sociedad a transformar, y no hacía más que expresar, en el terreno particular de la historia rusa, su participación del *tiempo nuevo* que nacía. Como señalaba Antonio de Tomaso a propósito de la “revolución de febrero”, ese movimiento o ritmo de la historia resultaba implacable, y en definitiva otorgaba el sentido profundo al acontecimiento particular, en una relación de significación derivada de una concepción de la historia por la cual el *proceso* es el dador de sentido:

“... la revolución rusa está definitivamente triunfante, aún cuando tenga que sufrir dificultades momentáneas, porque tiene un largo proceso de preparación en la conciencia popular, porque responde a necesidades económicas y sociales imperativas y porque ella, en una palabra, es un producto histórico *que surge en su hora*” (de Tomaso, 1917: 7; las cursivas son mías).

Era *esa hora* la que revelaba, entonces, la significación histórica del evento revolucionario, pues como advertía Enrique del Valle Iberlucea —también en referencia al febrero ruso— “acontecimientos de este género revisten una importancia transcendental, pues impulsan al desenvolvimiento progresivo de la civilización y aseguran el imperio de la libertad”.⁴⁷ Es sólo si pueden ser evaluados como impulsores del desarrollo progresivo de la historia que los acontecimientos revisten importancia. De

⁴⁵.- “Los signos de que «los tiempos están cercanos» son demasiado significativos”, agregaba poco después; Ingenieros (1957 [1918]: 48).

⁴⁶.- “El signo de los tiempos” (1919), en *Tribuna Proletaria*, n° 30, Buenos Aires, 31 de agosto, p. 1.

⁴⁷.- del Valle Iberlucea, Enrique (1917), “La revolución de Rusia”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 18 de marzo, p. 1.

modo que como el sentido de la insurrección soviética procedía de su capacidad para impulsar el progreso histórico, no es extraño que poco después el propio del Valle Iberlucea reconociera en la revolución un síntoma de una tendencia histórica irrefrenable que llevaba “necesaria y fatalmente” al socialismo (del Valle Iberlucea, 1934 [1920b]: 98).

En una dirección similar puede interpretarse la exposición ingenieriana del maximalismo. A diferencia de los sentidos acotados a su identificación con el bolchevismo⁴⁸, en Ingenieros el maximalismo es un *concepto de movimiento* con el que pretende exponer ese avance de la historia bajo la forma de una vasta y multifacética regeneración moral que es el signo del cambio epocal. De modo que la revolución rusa aparece en los textos de Ingenieros como parte de una serie, junto a otras manifestaciones de la nueva moral, como la Reforma Universitaria, la intelectualidad cuya expresión paradigmática es el grupo *Clarté!*, las reformas políticas en la mayoría de los países de Occidente. Cada una de esas variantes es parte de un mismo proceso regenerador, universal, que inaugura los “tiempos nuevos”, y que el palermitano designa en su concepto de “fuerzas morales”. El carácter maximalista de este movimiento de renovación histórica es pasible de ser interpretado en términos temporales. Para Ingenieros, el maximalismo era “la aspiración a realizar el *maximum* de reformas posibles dentro de cada sociedad, teniendo en cuenta sus condiciones particulares”, lo que es perfectamente compatible con esa diversidad de políticas que dan el tono a una época de cambio, sea por vía de reformas o de insurrecciones revolucionarias, sea en el plano político como en el ético, en el económico como en el gubernamental (Ingenieros, 1957 [1918b]: 40).⁴⁹ Se trata de una tensión hacia el máximo de reformas posibles, hacia la mayor cuota de avance histórico posible para cada situación particular, indisolublemente unida, a su vez, a un conflicto temporal entre el futuro (naciente) y el pasado (que es un lastre reaccionario). El maximalismo ingenieriano es otro nombre para una temporalidad acelerada hacia el futuro y orientada teleológicamente por el carácter progresivo de la historia. Es esa tensión hacia la maximización de lo posible como un movimiento propio de la historia, la que le permite hablar de una misma mutación histórica, unificando casos tan diversos; asimismo, ese *maximalismo* de la situación contemporánea se asemeja a una suerte de ecuación, pero de carácter

⁴⁸.- En relación a la incorrecta traducción de bolchevique por maximalista, véase el capítulo II de este trabajo.

⁴⁹.- Una evaluación crítica de esta equiparación de fenómenos históricos tan disímiles puede verse en Acha (2002).

sociohistórico, donde la relación entre x condiciones que tienden al futuro e y condiciones que contrariamente reaccionan hacia el pasado, determinan el alcance z de las transformaciones posibles. Consecuentemente, esta renovación de ideales y valores (de justicia y solidaridad social) configura una nueva situación, la cual expresa a la vez que impulsa a la misma aceleración del tiempo histórico —por lo que el efecto se convierte en causa, en un movimiento virtuoso de avance indetenible— de modo que “las nuevas condiciones de vida consecutivas a la guerra harán variar de tal manera la experiencia social que [surgirán] nuevas aspiraciones e ideales... más radicales que los expresados en el siglo XIX” (Ingenieros, 1957 [1918]: 25).⁵⁰ Un movimiento del tiempo con fuerza histórica propia.

Las extendidas voluntades por *consignar* a la revolución rusa en una serie ascendente de acontecimientos pueden ser calibradas bajo el doble aspecto de aportar tradiciones con fines legitimantes y a la vez establecer parámetros comparativos que brindaran herramientas de inteligibilidad para la revolución en curso. Sin disminuir estos aspectos del problema, lo que quiere apuntarse aquí es otra dimensión del asunto: el de la producción de sentido para el acontecimiento, considerado de relevancia histórica, en función de su inscripción en una historia linealmente concebida en la que se ensamblan las dimensiones temporales de modo de proyectar un movimiento de avance. La significación del acontecimiento en cuestión se vertebra en función de su posición favorecedora o negadora de dicho avance ya preconcebido como el movimiento que la historia inmanentemente porta —de allí las derivaciones de términos como progresistas o retrógrados. Podría decirse que el acontecimiento se “vectorializa”, es convertido en un vector, cuya dirección es la historia y cuyo sentido puede ser de avance o retroceso.

Ciertamente esta versión unidireccional de la historia no puede escapar a la impronta teleológica de la que deriva, aquella que, luego de la quiebra del presentismo del fin de la doctrina cristiana, cuando el *progressus* mundano desplazó al *profectus* religioso, abrió la posibilidad de la perfectibilidad del hombre *a través* de la vida terrenal (Koselleck, 1993: 346). Pero no pudo eludir el punto de vista exterior a esa misma historia —“¿el punto de vista de una exterioridad eterna?”, se pregunta Osborne

⁵⁰- Expresiones similares respecto a que “se ha acelerado el ritmo de la evolución sociológica” o que la salida de la guerra ha acelerado el curso de la historia hacia la revolución social, en Ingenieros (1957 [1920]: 51 y [1920c]: 110.), respectivamente.

(1995: 111)— desde el cual juzgarla como modo de sostener esa misma temporalización continua, lineal y en avance (progreso).

Una de las consecuencias políticas de esta concepción del tiempo y de la historia es que coloca las valoraciones sobre los acontecimientos bajo la presión de alineamientos dicotómicos que sólo podrían ser evaluados, además, por un porvenir que no puede ya deducirse de las experiencias reunidas.⁵¹ “Los dos únicos partidos en que hoy se divide la humanidad obran cuerdamente al repetir la fórmula apostólica: «el que no está conmigo está contra mí». La posteridad decidirá cuál de ellos interpreta mejor el sentido de la evolución social”, estimaba de modo taxativo un enfático Ingenieros las posiciones que ante su época podían sostenerse, afirmándose en una concepción de la historia lineal y en avance, incluso más allá de los posicionamientos de sus actores, los cuales en definitiva sólo podían acelerar o demorar el proceso (Ingenieros, 1957 [1920d]: 142-143). Y agregaba:

Se cree o no se cree en la Revolución Rusa; adherir a ella *es un acto de fe en el porvenir*, en la justicia, en el progreso moral de la humanidad (...) Se marcha o no se marcha; se cree en el pasado o en el porvenir; se tiene fe en la reacción o en la revolución...” (*ibidem*: 142, las cursivas son mías).

Muchas de aquellas elaboraciones que con la intención de comprender la revolución rusa procedían, entre otras cosas, a ubicarla en un tiempo lineal, producían también un desvanecimiento de la revolución como acontecimiento, es decir, desdibujaban su radical discontinuidad respecto del contexto histórico contra el que se alzaba, y por ello amenguaban la profundidad del “corte histórico” con el que, también, la caracterizaban. La combinación de ruptura y continuidad ya señalada podía tener efectos disolventes respecto del alcance de lo que se consideraba como *novedad*. La palabra clave para esta conjunción fue “proceso histórico”, categoría en la que se aúnan de modo variable cambio y continuidad.⁵² La revolución era concebida, entonces, como

⁵¹.- Precisamente porque lo que inaugura la modernidad es que la experiencia que se reunía ya no era suficiente para estimar el futuro posible o probable; de suerte que la modernidad nombraba, entre otras cosas, el período donde “la experiencia es la degradación o la desaparición de la experiencia”, un nuevo ensamblaje de las dimensiones del tiempo cuya piedra de toque era hacer que lo nuevo —como período— fuera pensado como totalmente diferente de las épocas precedentes. Cfr. Koselleck (1993), Benjamin (1995 [1940]), Agamben (2001). Esta presión para *a-linea*-rse con un movimiento de la historia que es avance o retroceso, derivada de una concepción de la historia estructurada en torno al tiempo como fuerza histórica, es la que “obligaba” a “tomar posición” en los debates sobre la revolución rusa, tal como se expuso en el capítulo introductorio de este trabajo.

⁵².- No está de más señalar que cualquier acontecimiento, para poder tener lugar, debe sostenerse en ciertas estructuras que garanticen una continuidad; el problema reside en poder discernir bajo qué aspectos lo acontecimental *quiebra* la continuidad y bajo qué otros que se mantienen inalterados puede

un *proceso revolucionario*, como “algo que requiere una larga gestación” (del Valle Iberlucea, 1934 [1921]: 147) a la vez que como una *necesidad histórica*, es decir, un resultado inevitable propio del *desarrollo* de las sociedades (en este caso, capitalistas), y el caso ruso resulta particularmente elocuente al respecto. Refiriéndose a las reformas alejandrinas y al desarrollo del capitalismo en Rusia, señalaba de Tomaso:

“*Llega un momento* en la historia de los pueblos en que la misma expansión de las fuerzas productivas *exige* una población culta, ilustrada y, sobre todo, libre. *Llega un momento* en que el capitalismo *necesita* de una población que no esté encadenada al suelo por los lazos de servidumbre ... *Llega un momento* en que los intereses capitalistas de un país *adquieren conciencia* de que no pueden vivir y desenvolverse en sentido progresivo con una población ignorante y analfabeta. Y a medida que esos intereses van comprendiendo su *misión histórica*...” (de Tomaso, 1917:.9; las cursivas son mías)

Hija del proceso histórico, la revolución se confunde con la evolución, como un momento culminante de esta última en tanto es “el resultado natural, operado lentamente, progresivamente, de las transformaciones de las fuerzas productivas en oposición a la fuerzas viejas; la crisis que entre ellas se produce es la revolución que toma cuerpo y estalla” (del Valle Iberlucea, 1934 [1921]: 147). La paráfrasis del célebre “Prefacio” de Marx de 1859 que ejecuta del Valle Iberlucea impone un deslizamiento entre “época revolucionaria” y “revolución” sumamente significativo, en tanto puede ser interpretado como una mengua del carácter acontecimental del hecho revolucionario para destacar su dimensión procesual. Dicho en otros términos, supone una inclinación por el “tiempo largo” adjudicado a la categoría de proceso y a la transformación de las estructuras, frente al “tiempo corto” que se supone es propio del acontecimiento.⁵³ De modo que, como se señaló antes, se puede sostener esa articulación de corte y continuidad, articulación hecha de tiempo; de ese tiempo concebido linealmente y en movimiento progresivo, un tiempo, en definitiva, homogéneo y vacío, como decía Benjamin, pues esos son los atributos que posibilitan constituirlo como estructura de la historia. Asimismo, concebir la revolución desde su dimensión procesual, de carácter progresivo (nótese que en esta formulación de del Valle Iberlucea “las transformaciones de las fuerzas productivas” se oponen a “las fuerzas viejas” y no a las relaciones de

justamente acaecer. Foucault advirtió, en su *Arqueología del saber*, todas las dificultades epistémicas que supone la categoría de discontinuidad.

⁵³.- Antonio Negri sostiene que toda la historiografía francesa de la larga duración se orientó, en lo que a la revolución francesa respecta, a disolver la especificidad de ese acontecimiento en términos temporales, a disolver su particular incidir temporal en los grandes procesos seculares y multiseculares; cfr. Antonio Negri (2004).

producción) y acumulativo, fundamenta la inevitabilidad de la transformación, dándole un lugar eminente a la dimensión futura de la temporalidad.

Proceso, inevitabilidad, acumulación. Desde estas nociones se tiende a pensar la revolución rusa como una consecuencia, como una obra del tiempo histórico, y éste, a su vez, como un “tiempo a favor” de los cambios hacia futuros mejores. Refiriéndose a la revolución de febrero, Antonio de Tomaso sostenía:

“Cuando en medio de las grandes dificultades de una terrible guerra exterior, un pueblo, representado por sus diputados, realiza un acto de esa naturaleza, es indudable que la revolución no ha surgido de improviso y que no puede ser (...) algo que viva una vida fugaz y desaparezca al organizarse la reacción conservadora (...) un acto de tal magnitud no puede ser sino *la terminación lógica, fatal, inevitable, de un largo proceso*, que ha durado casi un siglo y que ha tenido sus crisis periódicas en las últimas décadas; que es la *consecuencia ineludible de un lento trabajo de las fuerzas económicas y sociales* cuyo estallido se produce, al calor de esta circunstancia de una guerra exterior, para *quebrantar un sistema político y administrativo* que estaba *en contradicción con las necesidades del pueblo ruso* y que no servía ni siquiera para asegurar su autonomía” (de Tomaso, 1917: 6; las cursivas son mías)

3. 2. Aceleración

El carácter estructurador del tiempo se manifiesta, entre otros aspectos, en el lugar que en las lecturas de la revolución rusa tiene ese atributo de la temporalidad moderna que es la aceleración del tiempo histórico. De modo similar a esa “traducción” ingenieriana del maximalismo, Mario Bravo veía en la nueva situación creada durante la guerra y después de ella, situación salpicada por “revoluciones violentas y revoluciones pacíficas”, una marca de la “pérdida de influencia social de las clases privilegiadas y [el] aumento de la influencia social de las clases trabajadoras”, donde el surgimiento de “nuevos conceptos democráticos y nuevas tendencias para la organización política y económica de los pueblos” expresaba un movimiento que “de hora en hora, en vertiginosa sucesión” inauguraba “el desarrollo de este ciclo del progreso de la humanidad, uno de tantos en la civilización” (Bravo, 1920: 5-6). Este nuevo ciclo, afirmaba el dirigente socialista, impulsaba al mundo, presurosamente, hacia el futuro mientras sentaba las bases de la nueva época. Y la revolución rusa tenía en ello un rol primordial, o al menos así lo entendía Alfredo Palacios, cuando señalaba que “negar que marchamos a la conquista de un mundo nuevo, es negar la evidencia. La revolución que conmueve todos los espíritus, abate las formas arcaicas, transformando la estructura de las sociedades. Rusia, cuyas enseñanzas será menester aprovechar, precipita la marcha con la dictadura del proletariado” (Palacios, 1921: 63). Precipita, es decir, decanta —

como en las soluciones químicas— y a la vez provoca la aceleración de unos hechos. Y agregaba: “Hay en Europa síntomas muy claros de que la sociedad burguesa marcha aceleradamente hacia su ocaso, impulsada por la fuerza de las cosas y por la acción de los trabajadores organizados, que en el sindicato forjan el nuevo derecho” (Palacios, 1921: 8).⁵⁴

Esa aceleración es, para Palacios, un salto por sobre las etapas evolutivas, una suerte de omisión de pasos en el avance progresivo; una representación que no por discontinua pierde su carácter lineal. Este avance es posible porque “torpe sería creer, que es indispensable siempre, pasar por todas las fases de un proceso ético y técnico, para llegar a la revolución” (Palacios, 1921: 7), y en Rusia se verificaba tal situación dado que “entre el despotismo y la dictadura del proletariado no ha habido sitio para una democracia burguesa” (*ibídem*). Ese salteo de las etapas de la historia es, unos párrafos más adelante, pura aceleración, arraigada en la razonable convicción de los revolucionarios rusos que confían en que con el poder proletario “pueden con plena conciencia acelerar la marcha de la evolución, recorriendo velozmente las diferentes etapas de la experiencia que se impone antes de que el país esté maduro para el socialismo” (*ibídem*).⁵⁵

Rusia aparece así como un ejemplo de la aceleración propia de la modernidad, ya sea para adecuarse al tiempo presente de la democracia parlamentaria moderna, ya sea para recortar las etapas que otros recorrieron a un ritmo menor (la gestación de las condiciones históricas para fundar el socialismo), o bien para iniciar un nuevo ciclo histórico lanzado hacia el futuro que es el *tiempo nuevo*.

3.3. Futuro y vanguardia

La novedad de la época que se inauguraba era también presentada en el particular ensamble entre las dimensiones del tiempo histórico, donde el juicio sobre el posible avance o retroceso de la historia se dirimía en un presente que era el terreno en que se enfrentaban pasado y futuro. Pero mientras el porvenir quedaba asociado a la

⁵⁴- La revolución rusa como aceleración de la historia, como un movimiento propio del tiempo histórico (“la fuerza de las cosas”) se conjuga, en este texto de Palacios, con una fuerza histórica provista por la agencialidad de los sujetos (“la acción de los trabajadores organizados”), aunque de todos modos se trata de una fuerza de los trabajadores que se mueve a favor del tiempo. En un sentido similar se pronunciaba el sindicalista Vicente Todaro; cfr. Todaro, V. [Vicente] (1920), “De polémica. La circular de Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 2.

⁵⁵- Nótese que se trata de una aceleración propia de un *tiempo transicional*, de un *antes que*, un tiempo en el que *madurarán* las condiciones para el socialismo. Se volverá sobre este punto.

luminosidad y a un mundo libre y más justo —bajo la protección de las nociones de *progressus* y perfectibilidad humana— lo pretérito era cargado negativamente con el peso de lo sombrío, de lo decadente, de lo senil, de lo inerte. Si la revolución se elevaba, decían los intérpretes, como lo novedoso, como una apertura provista por el *tiempo nuevo*, era lógico que la dimensión de lo futuro tuviera un lugar privilegiado en su desciframiento, en las matrices con que se pretendía construir la inteligibilidad de la situación revolucionaria rusa. Y así como quienes recientemente habían formado el Partido Comunista en Argentina sentían que estaban “en medio de un mundo nuevo” luchando “en un tormento de todos los minutos, contra el mundo antiguo”⁵⁶, José Ingenieros, en su conferencia “Ideales viejos e ideales nuevos”, alertaba sobre “la engañadora poesía del pasado” y sostenía que “sólo una clara inteligencia del progreso” era capaz de impedir que esa fascinación por lo pretérito —comparable, decía, con las melodías de las sirenas que tentaron a Odiseo— se convirtiera “en un obstáculo a la comprensión de la historia misma” (Ingenieros, 1957 [1918]: 13).⁵⁷

No se trata sólo de un conflicto —y en muchos casos las lecturas ni siquiera dejan la posibilidad de un porvenir abierto. La desestimación del pasado por ser tal es una excrecencia del modo progresista del pensamiento sobre la historia, de modo que lo sido no tiene mucho que aportar a la comprensión de la revolución rusa, salvo sus antecedentes. Así, y a diferencia de sus primeros textos, Enrique del Valle Iberlucea presenta los motores del cambio en términos temporales: la juventud y el presente, no el pretérito, pues “la fuerza está en la edad viril y no en la senectud, no en el pasado, sino en el presente, padre del porvenir” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920b]: 91). E Ingenieros postula que si “la humanidad necesita fe; pero una fe puesta en el futuro, que no le sirva de consuelo sino de esperanza, que la impulse a luchar activamente contra las causas del mal, que sea fuerza renovadora y no regresiva pasividad” (Ingenieros, 1957 [1918]: 27) es porque es el futuro el que otorga sentido a la transformación social, a la revolución (Ingenieros, 1957 [1920]: 73).

⁵⁶.- *La Internacional. Suplemento*, n° 5, septiembre 1921, p. 11.

⁵⁷.- Un razonamiento similar al de Heinrich Heine cuando decía que “el liberalismo progresa en la misma medida que el tiempo o es obstaculizado en la medida en que el pasado perdura todavía en el presente”, cit. en Koselleck (1993: 325). Aun cuando Ingenieros concibe la actualidad como un conflicto de ideas que es “una lucha a muerte entre el pasado y el porvenir” (1957 [1919]: 43), lo cual dejaría abierta la resolución del futuro, para que este tiempo de la revolución social en clave de regeneración moral triunfe definitivamente sólo se necesita *tiempo*, pues el tiempo borra “todas las supersticiones [que] todavía sobreviven como bazofia de ideales cuya extinción parece ya indefectible” (Ingenieros, 1957 [1918]: 14). Nuevamente: el tiempo aparece como una fuerza histórica por derecho propio.

Y aun en 1926, los editores de la revista *Los Pensadores*, antecesora de la *Claridad* de Antonio Zamora, podían decir que admiraban a Rusia “porque es el pueblo que tiene más fe que todos los pueblos en el porvenir y porque es la luz más diáfana que proyecta el mundo nuevo”.⁵⁸ Un par de números antes, habían proclamado su propia fe en el mañana: “si bien estamos dispuestos a rompernos las manos para cultivar el suelo del presente, sabemos que el porvenir es lo nuestro”, mientras proclamaban alinearse con “las *inteligencias rebeldes sin complicidades con el pasado* ni con los usufructuarios del privilegio, *que se empeñan en empujar el mundo hacia delante*, mediante una liquidación de valores, creencias e instituciones que permita aventar las cenizas de los ideales difuntos para abrir paso a los ideales nuevos que retoñan con la nueva cultura del espíritu (...) de una humanidad nueva”.⁵⁹

Los comunistas Juan Greco y José Penelón, a la vuelta de su viaje por Rusia evaluaban el tiempo actual como uno de sacrificio en pos del mañana socialista:

“... Las generaciones de hoy deben sacrificarse un poco por las generaciones de mañana, si no quieren ser sacrificadas igualmente por el capitalismo en ellas y en sus hijos. Esto es lo que nos enseña la Historia que no tiene nada de sentimental ni de utopista. Y es por eso que, lejos de idealizar la revolución preferimos observarla, para que la clase proletaria conozca las dificultades de su lucha y esté en condiciones de dominarla.”⁶⁰

El carácter unidireccional y teleológico de esta concepción de la historia, con el papel dominante de la dimensión futura, se aplicaba al decurso por venir de la revolución en Rusia, de modo que un confiadísimo Rodolfo Ghioldi ejemplificaba lo que pensaba como natural ciclo evolutivo de las ideologías políticas en términos que se acompañaban al del también natural desarrollo de la historia revolucionaria que anotaba como observador que se consideraba calificado: “Conversé allí con el compañero que es jefe de redacción de «La Internacional Comunista» (revista oficial de la IC), dirigida por Zinoviev. Aquel compañero *fue anarquista* durante muchos años y *es actualmente un soldado* eficazísimo del *comunismo*”.⁶¹ Las notas de Ghioldi, además de supuestamente descriptivas, tienen un rol aleccionador y prospectivo para la escena política argentina. Auguran un futuro en las filas del comunismo partidario para la militancia revolucionaria. Es que esta “fe en el porvenir”, para decirlo como Ingenieros, es

⁵⁸.- “Hablemos ahora sobre Rusia” (1926), *Los Pensadores*, n° 117, enero.

⁵⁹.- “Al margen. Frente único de la mentalidad izquierdista” (1925), *Los Pensadores*, n° 115, noviembre-
Las cursivas son mías.

⁶⁰.- Greco, Juan y Penelón, José (1923), “Efectos demográficos de la guerra y de la revolución. La vida en la Rusia Roja”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 31 de enero, p. 4.

⁶¹.- Ghioldi, Rodolfo, “El viaje”, cit., p. 2. Las cursivas son mías.

también fuente de legitimidad para quienes reclaman ser la dirección política de las fuerzas revolucionarias. Un excedente de legitimidad derivado de situarse en el porvenir de un tiempo cronologizado, lineal y progresivo, es decir, de situarse como una “vanguardia de la historia”. La concepción del progreso histórico pasa a ser el fundamento (temporal) de la legitimidad de una vanguardia política que, para ello, debe concebir la revolución como paso adelante en el tiempo histórico, como un avance de ese mismo tiempo, como un plegarse a un movimiento propio de la historia que no es más que un pasaje a la fase civilizatoria siguiente y más avanzada. Un movimiento de la historia que es así naturalizado y propuesto como indetenible, inexorable. Una vanguardia que por su legitimidad temporal se convierte en infalible. Dimensiones de la concepción histórica que sirven para fundamentar el más consecuente reformismo como el más resuelto radicalismo.

De la construcción de esta legitimidad para la vanguardia deviene un poder de dominio y de dirección. Como expone el epígrafe de Koselleck al inicio de este capítulo, con la modernidad ya no son posibles conceptos de legitimación especiales sin una perspectiva temporal, como lo demuestran los que el autor de *Futuro pasado* denomina conceptos de movimiento, la larga serie de construcciones en «ismo» que estiman perspectivamente el despliegue de la historia hacia el futuro para justificar su propia acción como aliada de dicho movimiento (Koselleck, 1993). Saber lo que depara el futuro es poder, un específico poder por el cual el tiempo propio (presente) depende de un futuro (que se pronostica), y en tanto se postula que la característica de todo tiempo es la del surgimiento de lo nuevo (anticipado en quienes realizan el pronóstico). La experiencia, material del pasado y del presente, ya no alcanza para deducir lo porvenir; la expectativa se emancipa de lo sabido. La vanguardia precisa postular un saber sobre lo que viene para exponer sus credenciales como tal. Pero la revolución en Rusia plantea a estas tareas un complejo de desafíos, entre los cuales está la pregunta por el tiempo mismo de esa experiencia *soviética*.

4. Entretiempos

“Rusia inicia la transformación” señalaba Alfredo Palacios para, a continuación, expresar cierta perplejidad frente a ese hecho, dado que “su capacidad técnica, incomparablemente inferior a la de los otros pueblos de Europa, su falta de educación

política, su escasa cultura, el mantenimiento de formas económicas arcaicas, no permitían prever que Rusia fuera la primera de la obra gigantesca” (Palacios, 1921: 6). Esta es la paradoja que para las perspectivas progresistas presentaba la experiencia soviética, la de producir el acontecimiento más “avanzado” en términos del progreso civilizatorio, en el país más “atrasado” (según esos mismos términos).

De modo que no faltaron las argumentaciones cuyo objetivo era explicar esta anomalía temporal, esta *vanguardia política de la retaguardia civilizatoria*. Para Palacios, por esa misma característica, la revolución rusa estaba fuera de pronóstico, y sus posibilidades interpretativas residían en concebirla como parte de esa “obra gigantesca” —la transformación de toda la civilización moderna— que iniciaba, pero que la englobaba.

Dado que “[n]ingún país estaba más lejos que Rusia del advenimiento de la revolución social”, y “el propio Lenin era demasiado buen marxista para no profesar con Engels la teoría de las etapas”, Fernando Márquez Miranda concluía que la impertinencia temporal de la experiencia soviética se debía a la “valentía extraordinaria” y a la “capacidad de organización” que demostraron los bolcheviques, hábiles aun en “ínfima minoría” para tomar “la dirección de la política del país”; sin embargo, añadía, ese avance fulgurante “no pudo establecer, definitivamente, a la dictadura del proletariado sobre las bases que habían servido para realizar la revolución”.⁶² De modo que lo que la revolución planteaba como crítica de una concepción del tiempo histórico de corte progresista, era allanado por la reintroducción de esa misma concepción al hablar de Rusia como una anomalía, como un fenómeno imprevisible. “[U]n caso extraño” que tenía “todos los caracteres de una nebulosa”, decía de ella José Torralvo, para inmediatamente poner el ojo en el nudo del problema que la revolución rusa planteaba: “Las concepciones filosóficas de que disponemos para juzgar los fenómenos universales se quiebran al pensar en el salto tan gigantesco que está dando Rusia, sin que se le distingan anteriores esfuerzos preparatorios, ni procesos eficaces de cultura...”.⁶³ Torralvo acusa el impacto que la misma revolución y su temporalidad específica, su particular incidir temporal, tiene tanto en la interpretación de la revolución como en la desestructuración de “las concepciones filosóficas” cuya temporalidad acompaña la fabricación de esa historia universal desde la cual se la

⁶².- Márquez Miranda, Fernando (1926), “Rusia y Lenin”, en *Revista de Oriente*, n° 6, Buenos Aires, enero, p. 8.

⁶³.- Torralvo, José (1920), “La influencia decisiva del movimiento ruso”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de enero, p. 2.

pretende leer. Pero en lugar de recoger esa criticidad, la sepulta en los párrafos siguientes, encontrándole unos antecedentes que en principio pensó que faltaban —una acumulación de la pólvora, podría decirse— en el despliegue de una cultura de avanzada: “Un pueblo que ha dado a luz tan brillantes artistas y tan profundos pensadores, como el pueblo moscovita, tiene que ser, es, mejor dicho, un pueblo de cualidades espirituales superiores”.⁶⁴

Alberto Palcos, en cambio, aun cuando evalúe que se trata de un momento extremadamente difícil para que el proletariado asuma el poder, debido a la desarticulación económica, a la quiebra de los valores y a la pérdida de la juventud en los campos de batalla, estima que “la lógica de los acontecimientos lo imponía”. No había anomalía sino que la revolución se desprendía “de las circunstancias especiales porque atravesaba Rusia bajo el régimen zarista”, entre las que contabilizaba la conciencia del proletariado, la forma criminal en la que el régimen conducía la guerra, la “clara e intensa impregnación marxista de la mayoría de los socialistas rusos” y “la psicología peculiar de aquel gran pueblo”.⁶⁵ Esas condiciones explicaban de modo consistente que “Rusia haya sido la primera en ponerse a la cabeza de la más vasta y honda de las revoluciones”.⁶⁶ Entre los significados de esta irrupción de la revolución, Palcos apunta el que refiere a la conmoción del tiempo histórico de la mano de un tiempo propio que propone la experiencia rusa, valiéndose para ello de la frase de Romain Rolland: «el reloj del mundo anda atrasado y es necesario ponerlo a hora con el de Petrogrado».⁶⁷

Estas reflexiones, en muchos casos titubeantes, que no ocultan cierta perplejidad aun cuando raudamente se empeñen en la búsqueda por conjurar el fuera de foco que para la concepciones hegemónicas introduce la revolución rusa, o, en otros casos, menos extendidos, presenten, así sea en su fugacidad, la posibilidad de pensar de otro modo el tiempo y por ende la historia, son expresiones de cierta conmoción que la experiencia soviética introduce en el campo de pensamiento de la izquierda de la Argentina. Esa conmoción es la de un *tiempo revolucionario* que resiste su dócil inscripción en las historias progresistas. No me refiero a la imposibilidad de contemplar e interpretar el acontecimiento soviético desde tal ángulo, lo que creo haber expuesto

⁶⁴.- *Ibidem*.

⁶⁵.- Palcos, Alberto (1919), “La revolución rusa. Su segundo aniversario”, en *Clarín*, n° 5, Buenos Aires, 15 de noviembre, p. 2.

⁶⁶.- *Ibidem*.

⁶⁷.- cit. en *ibidem*.

más arriba a través de la palabra de los distintos comentaristas. Aludo a que, aquí y allá, como un eco, una rispidez, una perplejidad, una incoherencia, el *tiempo propio* de la revolución, el que ésta produce, emerge en los textos de los intérpretes. Ese tiempo propio podía ser pensado como un entre-tiempos, con “un período de transición, *entre algo que se fue y algo que vendrá*”, como aseguraba el anarquista Segundo Nachón, animador entre 1906 y 1912 de la libertaria revista *Germen*; una temporalidad del *entre*, que no puede ser reducida ni al antes ni al después, ni a la temporalidad del capitalismo ni a la del comunismo, y sentenciaba que “el presente del maximalismo (...) como programa político es un ocaso, como principio comunista es una aurora”.⁶⁸ Ni el pasado ha terminado de pasar, ni el futuro de llegar. Para Nachón, ese entre-tiempo tiene una clara y relevante significación: se trata del momento en el que el gobierno de los soviets garantiza “el *maximum* de democracia y el *mínimum* de individualismo” pero también en el que se mantiene como promesa —como futuro— el principio comunista, hasta entonces reducido a una mínima expresión, que augura que cada cual producirá según sus fuerzas y consumirá según sus necesidades.⁶⁹

En cambio otros reaccionaban casi podría decirse intempestivamente ante esa otra temporalidad que la revolución introducía, pero no podían dejar de reconocerla. Como los “anarco-bolcheviques” Hermenegildo Rosales y F. R. Canosa, que desestimaban la significación de ese entretiempos que “no es más que una forma transitoria y necesaria de la revolución”⁷⁰, dado que el maximalismo “es circunstancial; la modalidad característica de un momento; el período de transición”.⁷¹

4.1. Tiempo requerido

No pocas de las valoraciones en relación al tipo de transformación que se estaba llevando a cabo en las tierras del ex imperio zarista pasaban por el tamiz de la medida de tiempo, como no dejaba de señalar Enrique Dickmann: “El vasto experimento ruso necesita mucho tiempo para demostrar a los socialistas y demócratas del mundo lo que

⁶⁸.- Nachón, Segundo (1921), “Renovación de valores”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, nº 20, mayo, pp. 232-33. Las cursivas en el original.

⁶⁹.- *Ibíd.*

⁷⁰.- Rosales, H. [Hermenegildo] (1919), “La revolución del proletariado y la contra revolución”, en *Tribuna Proletaria*, nº 56, Buenos Aires, 1º de octubre, p. 2.

⁷¹.- Canosa, F. R. (1919), “Ser o no ser”, en *Bandera Roja. Diario de la mañana*, nº 29, Buenos Aires, 29 de abril, p. 2. La “dictadura del proletariado” como un entretiempos, también en Sebastián Faure (1921), “La opinión de Sebastián Faure sobre la Revolución Rusa”, en *Cuasimodo*, nº 24, 1º quincena de octubre, pp. 21-22, reproducido más tarde en el periódico comunista *La Internacional*; Faure, Sebastián (1922), “Opiniones sobre la revolución rusa”, en *La Internacional*, 27 de enero, p. 3.

se puede y lo que no se puede hacer, para separar la fantasía de la realidad, la ilusión del ideal” (Dickmann, 1922: 81).

Por su parte, José Ingenieros instalaba entre los primeros planos la cuestión del *tempo* de la misma revolución, al alegar que, además de las desfavorables condiciones en que se encontraba Rusia en 1917, el tiempo transcurrido desde entonces —está hablando en 1920— no era suficiente como para establecer completamente la transformación del capitalismo al socialismo:

“Los enemigos del socialismo coinciden con los socialistas amarillos en proclamar que la experiencia de Rusia es un fracaso, porque no ha socializado todo de una vez, sin excepción alguna. Semejante criterio sólo probaría la falta de concepto histórico y *de noción del tiempo*, si no fuera un simple recurso de malos abogados que ven perder su pleito (...) La dictadura del proletariado no ha pretendido realizar en Rusia un mundo nuevo en veinticuatro horas; ha sido indispensable para iniciarlo y deberá serlo *todavía por mucho tiempo* para que siga desenvolviéndose” (Ingenieros, 1957 [1920c]: 124; las cursivas son mías).

Análogamente se expresaba en la revista que dirigía el mismo Ingenieros, Arturo Orzábal Quintana, para quien las críticas que los “socialistas amarillos” dirigían a un supuesto fracaso del comunismo manifiesto en la Nueva Política Económica y sus formas mixtas, prescindía de esa evaluación temporal del ciclo revolucionario. Tal viraje bolchevique no sólo no significaba un reconocimiento a la superioridad estratégica del llamado reformismo —al cual, en la argumentación de los socialistas antibolcheviques, los dirigentes rusos habrían llegado forzados por la realidad— sino que ni siquiera existía tal viraje sino sólo un cambio de ritmo de la transformación social, propio del tiempo experimental de la transición. Pues, “¿cuándo han especificado los bolcheviques, en efecto, el número de meses o de años que necesitarían para establecer, en el orden económico, el régimen socialista integral?”. La revolución tenía su tiempo y precisaba de ese tiempo, y Orzábal Quintana aprovechaba para desafiar el aspecto temporal de la política reformista: “El reproche de no haberlo implantado en cuatro años [se refiere al socialismo; RP] (...) resulta ridículo cuando proviene de quienes se declaran prontos a esperar cuarenta o cien años, si antes de ese plazo el arma ‘legal’ del sufragio, que tanto estiman, no les entrega las riendas del gobierno”.⁷²

⁷².- Orzábal Quintana, Arturo (1922), “El experimento político de Rusia”, *Revista de Filosofía*, nº 2, Buenos Aires, marzo, p. 249. En un sentido similar se expresaba Augusto Bunge: “Os reprochan que hayáis pretendido implantar el socialismo integral sin consultar las estadísticas, que según ellos lo demuestran imposible antes de doscientos o trescientos años; y os reprochan al mismo tiempo que no hayáis conseguido realizarlo en dos años. Significativa lógica: porque sí y porque no. ¿Y que son dos años en la historia? Quienes se jactan de no creer en ningún milagro, os reprochan que no hayáis hecho milagros. Quienes explotan la superstición milagrera os reprochan creáis en el milagro de una gran obra

Como se advierte, los intérpretes no sólo piensan la revolución rusa a través de una urdimbre temporal; también establecen una suerte de compás de espera, un intervalo, algo como un tiempo revolucionario *específico*, y ese es *un tiempo que se requiere*. Bien podría denominarse como un “tiempo de realización”, un *pasaje* transicional entre el pasado y el futuro. Para *terminar*, para alcanzar sus fines propios, la revolución *necesita* de ese *entretiem*po.

En el mismo sentido que las citas anteriores de Ingenieros y Orzábal Quintana, el español Emilio López Arango sostenía que la obra revolucionaria no podía realizarse “en un momento”, pues “no se destruye y construye el edificio social en un minuto”; por el contrario, la revolución “ha tenido sus intermitencias, sus brusquedades, todo el desorden propio de las revoluciones”.⁷³ También un editorial de *La Protesta* advertía a sus camaradas que no era posible una revolución integral si ésta no pasaba por los correspondientes grados evolutivos, que mentaba como de gestación, de destrucción y de reconstrucción, lo que implicaba acomodar la acción anarquista —no los principios, que debían sostenerse incólumes— a ese tiempo de realización en cada fase caracterizada.⁷⁴ Retomando la frase de Lenin según la cual la realización del comunismo requería de al menos cincuenta años, el comunista genovés Humberto Terracini, en un texto que en Buenos Aires publica *La Internacional*, sostenía que ese tiempo de realización era intergeneracional, ya que “la constitución de una difundida mentalidad comunista, para la promulgación y la aplicación de las leyes relativas a una economía proletaria” demandaba “el transcurso de un cierto período de tiempo durante el cual la generación que tiene consigo el espíritu de las tradiciones y de los viejos tiempos” sería “sustituída y renovada por las generaciones crecidas y nacidas durante y después de la andanada revolucionaria, educadas por lo mismo, a los nuevos conceptos éticos”.⁷⁵ En términos similares se expresaba Enrique del Valle Iberlucea, evaluando ese entretiem

colectiva. ¿Y porque [no] se haya realizado en dos años toda la visión que trasciende a los siglos, hemos de preferir a quienes trabajan para que no se realice ni en dos mil años?” (Bunge, 1921: 60).

⁷³- López Arango, Emilio (1918), “Un panegirista de la revolución rusa”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de mayo, pp. 1-2.

⁷⁴- “El concepto de la revolución” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de diciembre, p. 1. Véase también un editorial del año anterior: “Las etapas de la revolución” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 3 de abril, p. 1.

⁷⁵- Terracini, Humberto (1922), “La revuelta de Cronstadt”, en *La Internacional*, 4 y 5 de septiembre, p. 4. Ese cambio dice percibirlo Haya de la Torre, de viaje por tierras soviéticas, entre la vieja generación obrera (todavía frecuentadora de tabernas e indisciplinada) y la nueva juventud estudiantil-obrera; cfr. Haya de la Torre (1925a), “Algo sobre una nueva juventud. Apuntes de viaje”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año III, nº 4, abril, p. 3.

preparación de los espíritus haya llegado a su término, se realizará esa transformación del régimen social” (del Valle Iberlucea, 1934 [1921c]: 225).

De modo que lo que se requiere es un *paso del tiempo*, y la palabra *transición* ocupa un lugar primordial en los debates en torno a la revolución rusa, porque, entre otras cosas, tramita en esas polémicas una instancia de la espera, un crédito a la expectativa originaria, aquella que asocia la revolución con la sociedad emancipada.⁷⁶ La *necesidad de tiempo* se desdobra, por un lado, en una argumentación cuyos objetivos son contener las críticas a la experiencia bolchevique, críticas que irán creciendo a medida que pasen los años, y, por otro lado, en unos análisis que buscan comprender qué es eso que ya no es capitalismo pero que tampoco es ya socialismo o comunismo. Entre estos últimos, ese entretiempos, además de ser pensado como un tiempo realizante, podía también asumirse desde una mirada que lo entendía como un tiempo de la espera. Así, Gregorio Brodsky, corresponsal en Moscú del periódico neoyorquino *Die Freiheit*, luego de describir la angustiante situación para la vida material de las masas y a la vez las razones por las cuales los trabajadores continuaban con su apego a la revolución, anotaba la abnegación y el coraje de la clase obrera “para esperar mejores tiempos”.⁷⁷ Ese tiempo que es espera da cuenta, de cierta forma, de un escenario que si bien fue caracterizado de anómalo —“extraña situación” fue la adjetivación que Lenin le diera en 1921— es receptivo a la diversidad temporal de la revolución, a los distintos ritmos, cadencias y temporalidades que la constituyen. De algún modo, ese tiempo requerido como *paso del tiempo* que Lenin nombraba como “respiro”, en referencia a la NEP, era sensible a las brechas que la multitemporalidad de la revolución ponía en juego. No faltaban, entonces, los comentaristas locales que entendían ese *entretiempos* de la revolución como un *instante* de ajuste entre tiempos diversos, entre los tiempos diversos en la “revolución rusa” y los tiempos diversos de la rusa respecto de la mundial que se aguardaba.

En esta última perspectiva se ubicaba el reseñista del libro de Julio Álvarez del Vayo que acababa de editarse en Madrid, cuando sostenía que la NEP era “una concesión *momentánea* del comunismo a las exigencias del campesinado y al fracaso de la revolución mundial”, y retomando las palabras del propio Álvarez del Vayo, advertía

⁷⁶.- “Los bolshevikis —explicaba Birukoff en la entrevista que le hiciera Renato Arcos en 1919— consideran el período actual como un período de transición. Será necesario que pase algún tiempo antes de poder aplicarse íntegramente su programa comunista. Hasta entonces, deberán amoldarse a una política flexible y prudente”, en Arcos, Renato (1919), “En la República de los Soviets. Una entrevista con Pablo Birukoff”, IV, en *La Vanguardia*, 3 de agosto, p. 1.

⁷⁷.- Brodsky, Gregorio (1922), “Cómo vive la clase obrera”, en *La Internacional*, 7 de septiembre, p. 4.

que una suerte de habilitación de formas capitalistas de producción era “la única política realista que cabía adoptar hasta que la revolución mundial fuera un hecho”.⁷⁸ El comunista uruguayo Francisco R. Pintos, a partir de un artículo de Andreu Nin publicado en *La Correspondencia Internacional*, afirmaba que los bolcheviques debían adaptar el ritmo de su política al de la situación de su país y del resto del mundo, porque lo que exigía la hora era la necesidad de conservar a la joven República de los Soviets, en la medida en que su existencia significaba una amenaza constante para el capitalismo y una esperanza viviente para el proletariado internacional.⁷⁹ Y Juan Greco y José Penelón sostenían que la NEP, a la que se negaban a calificar de retroceso, surgía debido a “las diferencias transitorias de intereses entre la clase campesina y los trabajadores industriales”, las cuales se irían disolviendo a medida que transcurriera el tiempo, dado que “en definitiva esos intereses han de ser los mismos”, en el futuro.⁸⁰

4.2. Juicios sobre el intervalo. Avance, retroceso, estancamiento

Las muchas posibilidades de lectura que habilitaba ese entretiempos o la necesidad de calibrar la valoración de la revolución a partir de la idea de progreso, se plasmaron en comentarios del proceso revolucionario que, aun en la diversidad de enfoques, establecían parámetros fuertes de inteligibilidad de la situación en términos de avance o retroceso, y en algunos casos, estancamiento.

Entre quienes juzgan la experiencia revolucionaria en Rusia como un intervalo que de todos modos puede ser apreciada en términos de avance, estaban todos aquellos que, como antes se mencionaba, veían el asunto como un *proceso* caracterizado por la *aceleración*. Las comparaciones temporales, en este aspecto, se convertían en una suerte de argumentos, como cuando a fines de diciembre de 1917, Luis Recabarren calculaba que en “apenas poco más de un mes” de régimen maximalista, el país había avanzado “más de un siglo”, mientras Francia no había logrado hacer lo mismo en los 130 años posteriores a la revolución de 1789.⁸¹ Del mismo modo, en *La Protesta* se explicaba que, además de que “la raza eslava” había pasado “bruscamente, casi sin transiciones

⁷⁸.- A. R. (1926), “La Nueva Rusia, por Julio Álvarez del Vayo”, en *Revista de Oriente*, Buenos Aires, n° 9/10, septiembre, p. 21. Las cursivas son mías.

⁷⁹.- Pintos, Francisco R. (1922c), “La rebelión de Cronstad fue un movimiento de carácter pequeñoburgués”, en *La Internacional*, 19 de agosto, p. 1.

⁸⁰.- Greco, Juan y Penelón, José (1922a), “Una breve estadía en Petrogrado. La vida en la Rusia roja”, primera parte, en *La Internacional*, 22 de noviembre, pp. 1-3.

⁸¹.- Recabarren, Luis E. (1917), “Rusia revolucionaria”, en *La Internacional*, 26 de diciembre, p. 6.

apreciables” de la autocracia zarista al régimen democrático, existían desde entonces las condiciones en las cuales “vienen gestándose las fuerzas que han de alcanzar en breve la más completa libertad para todos los hombres”.⁸² Incluso ese entretiem po podía ser visto como un mejoramiento, a pesar de haber frustrado las expectativas originales, como cuando para 1921 los editores de *La Protesta*, asumiendo ya una posición distante y crítica respecto de la experiencia bolchevique, sostengan de todos modos que no es que los anarquistas “confundan sovi etismo con comunismo y dictadura con revolución”, sino que frente al régimen burgués “el capitalismo de Estado y el colectivismo económico” de los maximalistas siguen representando “un paso adelante en el tortuoso camino de la emancipación integral del pueblo”.⁸³

En ciertos casos, las valoraciones favorables de lo que pudo ser juzgado como un enorme avance cuando las noticias que llegaban del orient e europeo referían a la llamada “revolución de febrero”, viraron hacia sentencias decididamente negativas, aunque bajo cierta cautela retórica, presentando la experiencia soviética luego de octubre como un retroceso histórico. Es el caso, elocuente, de Antonio de Tomaso, quien edita un folleto en 1917, titulado *La revolución rusa*, donde el optimismo por lo que creía pasaba en Rusia se asentaba en que los partidos del ex imperio hallaban sus coincidencias básicas en torno al parlamentarismo y el sufragio universal directo y secreto, de modo que “todas las perspectivas están a favor de una evolución democrática, liberal y social” (de Tomaso, 1917: 29). De allí la atribución de sentido para lo que podía ser considerado como la lección de la revolución para la experiencia argentina: Rusia abría la puerta a la libertad política en los viejos imperios centrales, y la tentación de entender ese derrotero como un paso en el proceso revolucionario no podría desentenderse de una evaluación similar para el que atravesaba la Argentina de la mano de la llamada ley Sáenz Peña. El avance así planteado era, como se dijo antes, una adecuación; no expresaba un salto al futuro sino un acomodamiento a las características de los regímenes más modernos del presente, respecto de los cuales Rusia —como también Argentina hasta 1912/16— se encontraba, según esta perspectiva, retrasada.

⁸².- “El heroísmo de un pueblo en lucha por su libertad” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 22 de noviembre, p. 1.

⁸³.- “Concepción del proletariado” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 20 de septiembre, p. 1. Pero dos días antes, el mismo periódico publicaba una intervención en la que se ponía en duda la posibilidad de juzgar positivamente el momento actual en el que había desembocado la revolución: “... hoy, que el bolcheviquismo se erige en partido de gobierno y los soviets pierden su autonomía gracias a la preponderancia del Estado centralista que van conformando los llamados comunistas, necesario es que definamos nuestra posición ideológica frente a un sistema que repugna a nuestros sentimientos libertarios”, en “La posición de los anarquistas frente a la revolución rusa. Sovietismo y comunismo” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 18 de septiembre, p. 1.

Más arriba se señaló que, en todo caso, la dimensión futura entra de otro modo en el ensamble temporal que propone la interpretación de de Tomaso: es que a diferencia de situaciones anteriores “ahora aparece un factor nuevo que es el que va a darle un carácter particular a las luchas futuras rusas: un factor que va a mover toda la vida política y social en el futuro; y es el proletariado” (*ibídem*: 30). Pero la valoración cambia cuando, paradójicamente, se trata de estimar el tipo de agencialidad que ese “factor” propone en la escena rusa; en la transcripción de la entrevista que le hace a Eduard Bernstein, de Tomaso rescata lo que le parece el momento de retroceso que, para 1919, caracterizaba la revolución. Según Bernstein, dice de Tomaso, existiría una contraposición entre el control obrero por fábrica y el sindicato por industria, dado que, para el primer caso, “los obreros convertidos en grupos de empresarios no pueden tener interés en promover el progreso técnico dentro de su usina, porque no querrán desplazarse a sí mismos”, y es por ello que “esos soviets de usina no han tenido sino una preocupación exclusiva e inmediata: aumentar los salarios, sin pensar si la usina podía soportarlos. Ese movimiento ha parecido nuevo a algunos. Pero es, en realidad, desde el punto de vista económico, un retorno” (de Tomaso, 1919: 64). Y agregaba: “Yo estoy convencido que si el sistema de los soviets se aclimatara en Alemania, donde hemos llegado a crear los sindicatos de industria, terminaría por destruir la organización sindical actual y la clase obrera misma. Significaría un retorno al primitivo sindicalismo corporativista y separado” (*ibídem*: 65).⁸⁴ De modo que evaluar en términos de avance o retroceso la presencia de lo que de Tomaso denomina “el factor obrero” impone a la vez una evaluación de su estrategia y los modos particulares en que se desenvuelve su agencialidad (si es bajo la dirección del partido —en este caso socialista— o bajo esos términos ya no apreciados como novedosos sino como anacrónicos al ser calificados como reediciones del trabajo corporativo). En este terreno labrado por una concepción del tiempo que prescribe lo que significa *avanzar en la historia* es que Justo levanta su advertencia contra cualquier irrupción de una concepción mesiánica del tiempo

⁸⁴.- Como se verá en otros capítulos, parte de esta impugnación de la experiencia soviética en términos de retroceso o retorno se vincula con quiénes son los agentes del proceso en curso; es por ello que, desde una perspectiva ciertamente de vanguardia (aunque no se haya definido a sí misma como tal), Bernstein refuerza su postura argumentando que “en una república nueva, el control y la dirección tienen que estar en manos del trabajo organizado. Pero el trabajo organizado no es la constitución de grupos particulares de usinas separadas” (*Ibídem*, p. 66). Un enfoque para el cual el “trabajo organizado” es ya una entidad definida, en la que predomina la centralización por sobre la autoconstitución de la clase como “trabajadores organizados” bajo las formas por ellos decididas. Ya la misma denominación de la clase obrera como “trabajo organizado” contiene una perspectiva política, un soporte teórico y una dimensión ideológica, percibible en el marco contextual —discursivo y político, nacional e internacional— en el que es enunciada; son los años de fundación de la OIT.

histórico, cuando en referencia al clima de época que viven los socialistas del viejo continente señala que “muchos propagandistas europeos del socialismo parecen creer inoportuno todo lo que no sea hablar de la revolución social, entendida como el juicio final y el milenio” (Justo, 1919: 20). Frente a estos discursos, Justo exhibe el “archivo” del mundo obrero de los últimos “setenta años”, marcados, sostiene, por el “gran esfuerzo económico del pueblo obrero en sus cooperativas”, el “poderoso movimiento gremial proletario”, el “sufragio universal” y los ensayos de “administración pública” por parte de la clase obrera; todos estos, enfatiza, “procedimientos e ideas” que han sorteado “*esa revisión tácita y sobreentendida que se llama desarrollo y progreso*” (*ibídem*: 13; las cursivas son mías).⁸⁵

Ni avance, ni retroceso; el estancamiento, o mejor, un estado de suspenso, es lo que caracterizaría a la revolución en Rusia, a criterio de las organizaciones anarquistas ucranianas *Nabat*, como se desprende de su Primera Conferencia, publicada por la editorial del periódico *La Protesta* como forma de intervención en los debates sobre la revolución rusa.⁸⁶ Fue “la victoria del partido político-autoritario estatal” la que habría condenado a la revolución a estar “por un tiempo estancada en un callejón sin salida”, “parada en un punto muerto”. Esta “parálisis temporal” era, para estos anarquistas, un *tiempo en suspenso*, un instante en el que la acción revolucionaria “de la primera etapa” —es decir, la “soviética”— ya ha pasado pero su fuerza continuaba vigente, de modo que “este debilitamiento de la revolución no la hace, a pesar de todo, *volver atrás*” pues continúan presentes —como en estado de suspensión— “grandes fuerzas objetivo-materiales que la sostienen en este punto muerto y aseguran su ulterior *movimiento de avance*”.⁸⁷ Ese instante en suspensión, el suspenso de la trama de la revolución, agregaban los libertarios ucranianos, sólo podrá resolverse cuando entren “en la arena de la revolución” aquellos países —que como Francia, Inglaterra, Italia y España— no

⁸⁵- Apoyándose en esa crítica al «clima de la palabra revolucionaria», Justo responde con una defensa del espíritu progresista, evolutivo y por ello siempre renovador del socialismo construido en los últimos 50 o 60 años: “...en todas partes los que se suponen más avanzados dicen inspirarse en Marx y llaman desdeñosamente «revisionistas» a los que creen haber encontrado ricas fuentes de información fuera de las palabras de aquel gran maestro (...) ¿cómo admitir que la teoría de la acción política del proletariado no ha de desarrollarse sino al son de campanadas de alarma, anunciadoras de su «revisión»? ¿Puede la Internacional quedarse para siempre en lo que se decía hace setenta años (...)? Rechacemos por estrecha y superflua esa denominación de «revisionistas», los que, en la acción, quisiéramos enriquecer a diario el socialismo con nuevos hechos e ideas. Y opongámonos al efecto desastroso que la inmensa catástrofe de la guerra tendría sobre el socialismo si lo hiciera retroceder a la teoría catastrófica de la historia” (*ibídem*: 13).

⁸⁶- Organizaciones Anarquistas de Ucrania *Nabat* (1922), *Primera conferencia de las Organizaciones Anarquistas de Ucrania «Nabat»*, Buenos Aires, La Protesta.

⁸⁷- *Ibídem*, p. 18. Las cursivas en el original.

cuentan con un aparato de partido desarrollado, sino que sus clases obreras se han desenvuelto como “movimiento impartidista [sic]”.⁸⁸

4.3. Ganar(le al) tiempo

En una nota a pie del artículo que Moisés Kantor dedica al *Proletkult*, explica que ésta “es la palabra abreviada de «proletarskaia kultura» (cultura proletaria). La Revolución Rusa, *que no dispone de tiempo para perder*, introdujo la innovación de amalgamar en una dos o varias palabras de uso común, p. ej.: komintern (Internacional Comunista), Gubkom (Comité Provincial), Proletkult, etc.”.⁸⁹

“La revolución rusa no dispone de tiempo para perder”; “la revolución no dispone de tiempo”. ¿Cómo interpretar esta no disposición de tiempo? Como vimos, hay una derivación de ese entretiempos que se denomina transición, destinada a inscribirlo en la linealidad de la cronología. La revolución rusa requiere tiempo para realizarse, esto es, para alcanzar sus fines, por lo que debe *ganar* ese tiempo que precisa. El tiempo nuevo que se abre con la revolución rusa (o de cuya apertura la revolución rusa participa junto a otros eventos, dependiendo de los distintos intérpretes) demanda un tiempo del que no dispone, una duración que debe ganarse.

Ganar tiempo se pudo relacionar, por un lado, con ese carácter paradójico que instalaba, para una teoría de la historia de corte progresista, una revolución que pretendía construir el socialismo en un país «atrasado» como Rusia. De modo que «ganar tiempo» significaba *ganarle al tiempo*, produciendo una aceleración tal que redujera la brecha del atraso con los países capitalistas maduros. Este sentido enlaza el taylorismo bolchevique de los años de Lenin con el estajanovismo de la era stalinista y la llamada a realizar en diez años lo que al capitalismo le había llevado cien. Es un poco en respuesta a esa aceleración, a ese ganarle al tiempo, que Víctor Serge increpa enfáticamente a los críticos del bolchevismo: “¡Mostradnos el camino, compañeros, si creéis conocer el más corto!”. Contrariamente, sostiene que no hay aceleración posible, salto temporal permitido, para “abandonar las garras del capital”, “las prostituciones, las represiones, el embrutecimiento”, “el salariado”; no hay “pasajes inmediatos, sin

⁸⁸.- *Ibidem*. Este tiempo que es estancamiento/suspensión implicaba, para los anarquistas ucranianos, que no había ninguna transición, sino multitemporalidad, pues aun se estaba en esa fase que denominan “revolución política”, instancia que “o hará sucumbir toda revolución, o será desechada y suplantada por la revolución social”, *ibidem*, p. 15.

⁸⁹.- Kantor, Moisés (1922), “Proletkult”, en *La Internacional*, 6 de enero, p. 3, nota a pie. Las cursivas son mías.

transición, del capitalismo al comunismo”.⁹⁰ Pero no se trata de una crítica a la acción, parapetándose en una interpretación del momento como aquel que requiere del *paso del tiempo*, sino de una transición vista como *tiempo de paso*, como tiempo de pasar, y por lo tanto de actuar. Ese tiempo ganado debe ser *fabricado*, por la intervención política. Este es otro sentido para la famosa frase de Lenin respecto de Brest-Litovsk, que como repiten los editores de *Revista de Oriente* “fue una concesión de espacio para ganar tiempo”, porque “desarmada, militarmente desorganizada, Rusia no podía afrontar una empresa de orden militar contra la amenaza del imperialismo alemán”.⁹¹ Esa ganancia de tiempo es un “hacer tiempo; hacer tiempo para organizarse interiormente, para levantar nuevos cuadros militares, para alentar al pueblo ruso, para utilizar la amenaza de una agresión en beneficio de la defensa popular, para influir ideológicamente sobre los trabajadores alemanes; hacer tiempo para prepararse a la victoria, esto fue el Tratado de Brest-Litovsk”.⁹²

Resulta entonces que, en algunas lecturas, ese tiempo que es transición aparece *marcado* por ciertas acciones, dotado de ciertos atributos que lo colocan a cierta distancia de una concepción lineal y abstracta, pues se trata de instantes plenos, no reductibles a una identidad con otros anteriores o posteriores. Ese entretiempos que es tiempo de paso es tratado como una rugosidad en el devenir histórico, como una instancia que tiene una intensidad temporal específica y es por su medio que se *produce* el pasaje entre pasado y futuro. Por ejemplo, Palacios caracteriza ese tiempo transicional, enfatizando aquellos rasgos que lo tramitan como un tiempo de acción, como un pliegue en la temporalidad continua, o sea, como un “tiempo para hacer” determinadas cosas, y lo hace poniendo en primer plano cierta faz destructiva propia de la transición: “... el congreso Pan-Ruso de los soviets ... en 1918 aprobó la Constitución, cuyo artículo 9º, establece que el principio esencial de la Constitución de la República Socialista Federal de los Soviets, en el período de *transición actual*, reside en la instauración de la dictadura del proletariado urbano y rural y de los campesinos más pobres, con objeto de ‘aplastar a la burguesía, de suprimir la explotación del hombre por el hombre y de hacer triunfar el socialismo, bajo cuyo régimen no habrá división de clases ni poder del Estado’ (Palacios, 1921: 25-26; las cursivas en el original).

⁹⁰.- Serge, Víctor (1922), “El problema de la dictadura”, en *La Internacional*, 18 de agosto, pp. 1 y 4.

⁹¹.- “La política exterior de las Repúblicas Sovietistas” (1925), *Revista de Oriente*, nº 1, Buenos Aires, junio, p. 5.

⁹².- *Ibidem*.

Ese tiempo para hacer determinadas cosas, un tiempo que surge de la acción ya no es un “tiempo a favor”, ya no puede esperarse del tiempo que éste pase, y de la transición que conduzca las cosas a su destino progresivo, sino que se trata de un tiempo producido, un tiempo a contramano de la temporalidad dominante. Un contratiempo. “Ganar tiempo” no puede ser ya la espera que deja que la temporalidad juegue su fuerza histórica, sino que se precisa “ganarle al tiempo”, derrotar a esa concepción progresista, acumulativa y lineal de la historia.

5. Contratiempos

Se ha señalado ya varias veces que el tiempo es uno de los terrenos en los que se juegan las calificaciones, las interpretaciones de la revolución rusa. No se trata solamente de que los análisis están configurados por cierta y previa concepción del tiempo histórico, aquella que subyace al herramental teórico y doctrinario de los intérpretes. Es también el propio peso de la dimensión temporal de la revolución lo que se señala en esas lecturas. Hay una *intensidad temporal* en las valoraciones políticas de la revolución rusa, y en algunos fragmentos, en ciertos comentarios, como a contramano de los esquemas hegemónicos, despunta ese específico *tiempo revolucionario*, una temporalidad irreductible a la sucesión cronológica. Pero no surge una elaboración bien establecida que se opone completamente a las ideas del tiempo lineal y del progreso; más bien se trata de emergencias sutiles, evidentes sobre todo en los énfasis discursivos con los que se nombran ciertos aspectos de la temporalidad, aquellos que desempeñan papeles específicos en los debates políticos. Caracteres del tiempo histórico que no eran necesariamente reflexionados como tales, y que tampoco eran señalados en su contrapunto con las concepciones progresistas. La mayoritaria adhesión a las ideas de linealidad y de progreso, no siempre reflexionadas en sus consecuencias políticas y por ello invisibles en los planos interpretativos en que se dibujan los debates, nada quitaba a la fogosidad con que se encaraban las polémicas cuando esos énfasis a contracorriente venían a dimensionar la plenitud, la espesura de un tiempo histórico específico, el de la revolución. De modo que Moisés Kantor podía presentar el debate sobre la mismísima identidad socialista en términos del *ahora* o el *mañana*: “En los momentos de vida intensa, como los que pasa Rusia, cuando un año es un siglo, nada se toma a plazos: los que son partidarios de la conquista inmediata del socialismo, se consideran a sí mismos socialistas verdaderos; los que hablan del socialismo para el día de mañana, los que

piden una tregua, son demócratas y enemigos del socialismo”.⁹³ Esta diferenciación entre un *ahora* de la acción revolucionaria y un *mañana* que se resuelve sólo como expectativa —y que, en todo caso, confiaría su realización al mismo *devenir* natural de la historia o al *desarrollo* de las condiciones materiales— es una diferenciación tal vez mínima pero importante, porque remarca la dimensión temporal de la política revolucionaria al despegarse, levemente, de la sucesión continua del tiempo homogéneo y lineal; para Kantor este *ahora* no es un instante abstracto igual a uno previo u otro posterior, pues la diferencia con el *antes* y el *después* de este *ahora* están marcados por el *hacer*.

“¡La hora del socialismo ha llegado!” exclamaba en las páginas de *La Vanguardia*, Juana María Beggino, la misma que un año antes había sido una de las principales oradoras en el III Congreso Extraordinario del PS a favor de la posición de los parlamentarios.⁹⁴ Es la intensidad del *ahora* —“ha llegado, pues, la hora”— lo que repite varias veces esta obrera y militante del socialismo, y esa *potencia* del tiempo presente —una potencia que es, como señala Agamben, potencia de ser y de no ser— es la que advierte Esteban Dagnino en “la bandera roja izada sobre la residencia imperial de Petrogrado” como “símbolo no despreciable en *este ahora en que tantas esperanzas y temores agitan al mundo*”.⁹⁵ No pocos observadores perciben la fragilidad del acontecimiento soviético, y el escenario cada vez más sombrío que domina al mundo desde la guerra pero también en la posguerra, no obstante lo cual destacan ese particular momento revolucionario, ese tiempo distinto, no integrable en las cronologías, como un tiempo vivido y vívido, como contrapunto del rutinario que se cuenta sucesivamente. Por eso desde *La Internacional* festejaban la *duración* de ese *ahora*, que además situaban en un tiempo discontinuo, pleno de saltos temporales —los saltos de tigre de Walter Benjamin— de uno a otro connato emancipatorio:

“... Y para terminar recordemos la gradación que hacía Lafargue: «El 18 de marzo de 1871 fue la segunda gran batalla que los obreros y los socialistas libraban contra la sociedad capitalista. Pero mientras la primera batalla, la de junio de 1848, duró tres días, los insurrectos de marzo de 1871 se mantuvieron firmes en sus puestos durante dos meses, haciendo frente a todas las fuerzas coaligadas de la burguesía». La de Rusia dura ya un año, ¡y aún no está vencida!»⁹⁶

⁹³- Kantor, Moisés (1919), “El problema social y la revolución maximalista en Rusia”, en *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, nº 1, pp. 114-135. La cita en p. 127.

⁹⁴- Beggino, Juana María (1918), cit.

⁹⁵- Dagnino, Esteban (1917), “¿Es la aurora?”, en *La Vanguardia*, 30 de marzo. El énfasis es mío.

⁹⁶- “En el aniversario de la revolución rusa. La «Commune» y los maximalistas” (1918), en *La Internacional*, Buenos Aires, 18 de marzo, p. 2.

El “aún” de la frase final quiebra la teleología y coloca el momento bajo el signo de la contingencia de las fuerzas políticas en pugna. Es que “la hora de ahora no tiene igual en el decurso de la historia”, señalaba José Torralvo, para indicar este incidir de la revolución en las concepciones del tiempo y en la densidad del presente.⁹⁷ Ese incidir es un contratiempo de ese *continuum* temporal que estructura la historia moderna: es un contratiempo porque contradice la continuidad y actúa por saltos, y porque se constituye por el acto político que interrumpe el devenir. Torralvo contrasta el tiempo de “los espíritus pesados [que] viven esperando siempre” y que “ven deslizarse los días y los años”, espíritus para los cuales “todas las horas son iguales”, con esos momentos en los que “el esclavo mira con altanería y de hito en hito a su señor”, pues es *entonces* cuando “puede asegurarse que en el tiempo ha sonado una hora nueva”.⁹⁸ El presente en el que escribía era, para Torralvo, uno de esos momentos.⁹⁹

Pero ese ahora que define el tiempo revolucionario no es puro presente sino una articulación diferente del mismo con el pasado y con el futuro. En algunas intervenciones, el tiempo revolucionario no es un presente que simplemente deja atrás el pasado para abrirse al futuro —en donde su carácter transicional estaría dado por este *pasaje* entre esas dos dimensiones del tiempo— sino que es una mezcla de tiempos, en la cual ciertos pasados destacan porque es por su rescate que aparece un *novum* en la historia. El senador del Valle Iberlucea, cuyas intervenciones denotan una mirada progresista, no obstante formula su temprana hipótesis de que en el febrero ruso “podría originarse la revolución socialista”, no tanto porque ya existieran “las condiciones actuales del mundo” que “hacen posible el triunfo de una tendencia social, de una organización colectivista del trabajo y la industria, que hasta ayer se consideraba como una vana utopía”¹⁰⁰, sino sobre todo por el particular pasado comunitarista y democrático de Rusia, que es el que se manifiesta en la hora y transforma esas condiciones de posibilidad en una situación efectiva: “Ha llegado la hora soñada por los

⁹⁷.- Torralvo, José (1920a), “El valor desigual de las horas”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 4 de febrero, p. 2.

⁹⁸.- *Ibidem*.

⁹⁹.- Aun cuando Torralvo no renuncia al tiempo lineal, sí lo hace a una medida homogénea y abstracta que unificaría las significaciones de cada instante en su identidad: “Las horas como medida de tiempo son iguales; pero no lo son como valores significativos”, *ibidem*. Es que no toda historia discontinua constituye una concepción irreductible a los términos del progreso. El “salto de tigre” también lo dio la burguesía revolucionaria francesa al citar a la Roma republicana, pero como decía Benjamin, no era “un salto bajo el cielo libre de la historia”, sino “en una arena en la cual manda la clase dominante”. Sólo el salto dialéctico que a criterio de Benjamin era la concepción marxiana de la revolución, era capaz de construir el tiempo-ahora (*Jetztzeit*), en el choque entre pasado y presente, como radicalmente opuesto al tiempo homogéneo y vacío del progresismo o del historicismo; Benjamin (1995 [1940]: 61).

¹⁰⁰.- del Valle Iberlucea, Enrique, “La revolución de Rusia”, *La Vanguardia*, 18/3/1917, p. 1

apóstoles de la democracia eslava, quienes tuvieron la intuición de que su patria emprendería la primera —debido a sus instituciones y tradiciones colectivistas y al espíritu socialista del pueblo ruso— obra gigantesca de la revolución moderna, que removería desde los cimientos el edificio de la sociedad burguesa” (del Valle Iberlucea, 1934 [1917]: 28-9).¹⁰¹

Una expresión parecida de este lugar del pasado en la gestación de lo nuevo, propone Alcides Calandrelli, profesor de derecho de la Universidad Nacional de La Plata y prologuista del *Código Bolchevique del Matrimonio*. Luego de señalar la importancia de la nueva codificación soviética, señala que “las aludidas innovaciones del Código Bolchevique ofrécense como tales sólo en parangón de sus preceptos con los de otros códigos modernos”, dado que si se remontara el curso de la civilización no sería difícil encontrar “aquí y allá, en textos positivos o prácticas consuetudinarias de otras épocas, preceptos o criterios análogos y a veces idénticos a algunos de los que el mencionado Código contiene, como los referentes al vínculo matrimonial, al divorcio, a la tutela del Estado”.¹⁰² De lo que desprende: “Acaso consistan precisamente *en esa reviviscencia la novedad* y la originalidad del Código Bolchevique del Matrimonio”.¹⁰³

Si el pasado tiene esa fuerza renovadora, Calandrelli no se priva de apuntar que, de todos modos, esta amalgama de temporalidades no está exenta de contradicciones, y anota la que supone el mismo código como superposición de un ideal socialista —cuya aspiración es la vigencia del “amor” en las relaciones interpersonales— y una “ley” que es “un instrumento transitorio de orden entre un régimen viejo no desaparecido completamente y otro nuevo no consolidado del todo todavía”.¹⁰⁴ En este sentido, lo que Calandrelli parece tratar de aferrar es muy similar a ese “tiempo desorientado” —la expresión es de François Hartog— que Hannah Arendt, a partir de los escritos del poeta René Char, conceptualizó como “brecha”: un “extraño interregno en el tiempo histórico, en el que se cobra conciencia de un intervalo en el tiempo que está totalmente determinado por cosas que ya no existen y por cosas que todavía no existen”, un tiempo de detención.¹⁰⁵ Char, en la antología poética *Feuillets d’Hypnos*, había intentado captar ese “tesoro” que habitaba el tiempo intermedio, un entre-dos, de la experiencia de la

¹⁰¹.- Es cierto que del Valle Iberlucea reclama una tradición revolucionaria rusa e internacional que si discontinua, no deja de ser acumulativa

¹⁰².- Calandrelli, Alcides (1922), “Prólogo al *Código Bolchevique del Matrimonio*”, Buenos Aires, Tor, pp. 9-10.

¹⁰³.- *Ibidem*. Las cursivas son mías.

¹⁰⁴.- *Ibidem*, p. 10.

¹⁰⁵.- Arendt, Hannah, *Between Past and Future*, cit. en Hartog (2007: 24).

resistencia al nazismo, y para Arendt, ese “tesoro”, lo propio de ese tiempo intermedio, de ese tiempo fuera del tiempo cronológico y continuo, consistía en la capacidad de instaurar “un mundo común”. Un pensamiento que bien puede asociarse a la cita antes mencionada de Segundo Nachón, cuando afirmaba que la revolución tenía lugar “*entre algo que se fue y algo que vendrá*”, que su tiempo no podía reducirse ni al antes ni al después, que resultaba ser una suerte de entre-tiempo que mantenía como *promesa* el principio comunista.¹⁰⁶ Reflexiones que buscan captar la *emergencia* de lo nuevo que la revolución expone, una novedad que no puede rastrearse en los antecedentes ni deducirse de sus expectativas sino que se presenta como amalgama de tiempos, como una confusión de la temporalidad, como *impasse* o suspenso, o como aquello que advendrá (el comunismo) en la medida en que ese tiempo propio de la revolución pueda ser interpretado al traspasar su ocultamiento por las concepciones progresistas de la historia.

Esta percepción de una temporalidad discontinua y no acumulativa respecto de la historia progresista, evolucionista, continua, no estuvo muy extendida entre los comentaristas de la revolución rusa. Sin embargo emerge fragmentariamente en reflexiones dispersas y como a contramano. En ciertas oportunidades, esa percepción se presenta a través de su consideración negativa.

Es el caso de Antonio Zelaya cuando en *Renovación* realiza el comentario de *Prikaz*, poema del crítico vanguardista André Salmon, escrito a raíz de los sucesos que dieron lugar a la Rusia de los Soviets y publicado originalmente en 1919.¹⁰⁷ Con el título “El poema de la Revolución Rusa”, y a pesar del fastidio que le produce un texto que piensa como parte de “uno de tantos movimientos «futuristas» que con tan espantable intermitencia irrumpen, como bruscas clarinadas de libertinaje artístico, en el ambiente”, la atenta reseña de Zelaya percibe el propósito del trabajo que recibiera luego el nombre de “cubismo literario”, un ensamblaje orientado por una “estética de la simultaneidad”. En el poema se aborda la revolución desde diversos puntos de vista, sin continuidad narrativa, sin garantía de futuro, pero celebrando ese momento que viven hombres y mujeres embriagados de libertad. Zelaya entiende que el “simultaneísmo” que cultiva el poeta francés es “un audaz rompimiento de la forma clásica del relato, de la exposición descriptiva”, dado que el fraccionamiento de la realidad persigue el

¹⁰⁶.- Nachón, Segundo (1921), cit.

¹⁰⁷.- André Salmon, vive entre 1897 y 1902 —entre sus dieciséis y veintiún años— en San Petesburgo. *Prikaz* es el término ruso para orden o decreto, y también para ciertas oficinas gubernamentales.

objetivo de retratarla “tal como en nuestro pensamiento y en nuestra sensibilidad se manifiesta”, es decir, “[l]os acontecimientos, las emociones, las ideas, las sensaciones indefinibles que se «realizan» en un momento dado” son expuestas en el poema “sin ilación, desligadas, indistintamente, pasando de unas a otras sin transición, sin nexos lógicos, sin determinarse entre sí, como en una vertiginosa cinta cinematográfica, de suerte que se logre expresar la «modalidad» espiritual viva, inadaptable y fugaz que embarga al observador por un instante brevísimo «que no ha de volver» ...”.¹⁰⁸ Esa experiencia desordenada, ese tiempo desorientado que en el poema se expresa, es también la experiencia del tiempo de un autor “que se siente invadido por el torbellino de sucesos que se precipitan en su derredor y que procura transcribir conforme los fue «percibiendo» en el desorden luminoso de un día de Moscou o de Leningrado: tal y como, «simultáneamente» desfilaron ante sus ojos o hirieron su sensibilidad con la «sensación de espacio y de tiempo» con que se desarrollaron”.¹⁰⁹ Lo que perturba a Zelaya, pero que no deja de percibir, es ese des-orden narrativo que es también la des-organización de la experiencia revolucionaria, en ese tiempo desorientado entre dos eras, entre dos abismos, como decía, también en 1919, otro notable pensador francés, Paul Valéry. Por eso Zelaya critica a Salmon, porque *eso* que percibe y *expone* “cae, por consecuencia lógica, en un *maremagnum* de palabras locas, violentas, incongruas, galopantes, que entrechocan, que se atropellan, pulverizan y avientan a los treinta y dos rumbos de la rosa náutica, como si el autor hubiese perdido todo ritmo y noción de orden”.¹¹⁰

La pérdida de ritmo y orden, el tiempo desorientado, percibido en algunas interpretaciones locales, es esa experiencia de la amalgama temporal y de la irreductibilidad del tiempo revolucionario a la medida del reloj. Es lo que trasunta el comentario de Julio Álvarez del Vayo, publicado en la reformista *Sagitario*:

“¡Que nadie vaya con prisas! Lo primero que hay que aprender en Rusia es a no impacientarse. El reloj ruso marcha naturalmente, pero a su manera. Por algo el gran reloj del Kremlin suele marcar en sus diversas esferas horas distintas al mismo tiempo”¹¹¹

¹⁰⁸.- Zelaya, Antonio (1924), “El poema de la Revolución Rusa”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año I, n° 8, agosto, p. 8.

¹⁰⁹.- *Ibidem*.

¹¹⁰.- *Ibidem*.

¹¹¹.- Álvarez del Vayo, Julio (1926), “Trotsky”, en *Sagitario. Revista de Humanidades*, n° 5, La Plata, enero-marzo, p. 153.

La diversidad de husos horarios funge de metáfora de la multitemporalidad que se aloja en el tiempo revolucionario, en ese tiempo que aloja ritmos diversos y que amalgama pasados olvidados, presente intensos y futuros potenciales. Ni tiempo de la aceleración, ni una sola temporalidad, sino “horas distintas al mismo tiempo”.

El contratiempo es un tiempo que hace suya la discontinuidad; así lo veía el “anarco-bolchevique” Enrique García Thomas cuando criticaba el uso de la sentencia de Leibniz, “la naturaleza no da saltos” al campo de las sociedades, pues esa aplicación revelaba un evolucionismo cuyo “ideal es dejar obrar al tiempo, que las cosas se produzcan por sí solas”, una invocación al genio de Leibniz pero para ocultar los intereses dominantes apegados al mantenimiento del *statu quo*; pero la historia, agregaba García Thomas, es para este evolucionismo un testigo molesto, dado que “la historia de los pueblos está preñada de guerras y revoluciones”, es decir, que sí da saltos.¹¹² Por su parte, Carlos Astrada ponderaba el desencuentro entre lo que “esperaban ver antes de viajar” los “observadores imparciales” como Bertrand Russell o H. G. Wells en los términos de una confrontación entre concepciones evolucionistas y la discontinuidad que significaba la revolución:

“Va Bertrand Russell (...) imbuido de las supercherías del liberalismo inglés (...) [con] un mezquino preconceito hedonista (...) a ver si en Rusia reinaba, después de la revolución, el bienestar, y Rusia no es bienestar, sino tragedia y lucha heroica (...) Va también H. G. Wells, el novelista y socialista militante, y su visión utilitarista (...) mata ¡oh ironía! su fe en lo fantástico; y descubre que la experiencia rusa no se aviene con el putrefacto dogma del evolucionismo en que se han anquilosado las democracias occidentales [y que] por no atenerse a las formas orgánicas que ha cristalizado el occidente, es una aventura condenable”¹¹³

Para concluir que Rusia no realiza “el dogma del mecánico mister Spencer, sino que señala una discontinuidad en la historia”, “es un mito creador de Historia (...) sus profetas máximos: Dostoyewski, Tolstoy, Gorki, Lenin, Lunatcharsky”.¹¹⁴ Los nombres que cita Astrada no son muy diferentes de aquellos escritores y pensadores que retoma Alejandro Castiñeiras, hayan sido o sean ellos occidentalistas, eslavófilos, nihilistas, socialistas, anarquistas, independientes, católicos u ortodoxos, pero que han coincidido en la convicción del mesianismo del pueblo ruso. Se trata, dice Castiñeiras, de una “rara unanimidad” entre los escritores más representativos acerca de “la tesis de que el pueblo ruso es el llamado a cumplir una gran misión histórica en la humanidad”, una

¹¹².- García Thomas, Enrique (1921), “La revolución y la naturaleza. Conceptos falsos”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, nº 19, abril, pp. 198-200. Las citas son de p. 199.

¹¹³.- Astrada, Carlos (1921), cit.

¹¹⁴.- *Ibidem*.

afirmación de esa suerte de destino mesiánico del pueblo ruso, en clave redentora cristiana (como el pueblo elegido por Dios) o humana (la convivencia humana de Dostoyevksy). Interesa destacar aquí que la recuperación de esa inclinación de la intelectualidad rusa por parte de quienes están empeñados en el Río de la Plata en comprender aquella experiencia, reinstala, en el plano de la temporalidad, la discusión sobre la discontinuidad que una revolución implica, con su específico “tiempo mesiánico” que provoca una rotura del tiempo lineal y continuo, y una crítica de las concepciones progresistas de la historia.¹¹⁵ Sea nombrado como mito creador de historia —en la versión de Astrada— o como impulso mesiánico del pueblo —según Castiñeiras— ambas intervenciones expresan los derroteros, ciertamente marginales pero no por ello menos importantes, de un pensamiento de la discontinuidad, del tiempo-contra, del contratiempo.

Incluso ese contra-tiempo, ese tiempo desorientado pudo ser pensado como detención del tiempo histórico y en particular del progreso, tal como lo pensarán Arendt y Benjamin. En el suplemento extraordinario de *La Organización Obrera* del 1º de mayo de 1921 se reproduce una imagen en la que se representa un cortejo triunfal visto de frente. Una columna de hombres a caballo avanza hacia el espectador, portando sus estandartes, banderas y armamentos; se trata de conquistadores de todas las épocas, representados en sus diversas vestimentas. Ambas orillas del camino, contrastantemente, dejan ver los restos de la conquista, cuerpos arrojados, despojos y ruinas sobre ruinas, como las que mira asombrado el benjaminiano ángel de la historia. La imagen lleva el título de “Apoteosis” y el epígrafe que la acompaña refuerza:

“Carros triunfantes de Progreso. Símbolos de la Civilización. Atributos de la Ley, del Poder, de la Justicia. Adelante, el porvenir incierto, atrás el pasado oscuro. La Tragedia por doquier y el Oprobio como síntesis de todos los actos humanos. ¿Es ésta la Apoteosis de tantos siglos de Civilización? El Crimen, entonces, es la más grande de las Virtudes”.¹¹⁶

La imagen se publica como si fuera la ilustración de una nota de Luis María López, pero al hacerlo compone con ésta —probablemente sin intenciones explícitas— un contrapunto, una tensión entre significaciones, provocando una perturbación en el lector: pues mientras el artículo sostiene en su explicación una perspectiva progresista de la historia, la ilustración presenta ese otro lado que, como decía Benjamin, acompaña

¹¹⁵.- Castiñeiras, Alejandro, “El mesianismo del pueblo ruso”, en *Revista de Filosofía*, n° 1, enero 1923, pp. 76-88. Se trata del capítulo III de su libro *El alma de Rusia*, próximo a editarse en ese año de 1923.

¹¹⁶.- “Apoteosis”, en *La Organización Obrera*, Suplemento extraordinario n° 42, Buenos Aires, 1º de mayo, p. 11.

a todo documento de cultura. La imagen aparece, de ese modo, como otra versión de la historia desde la que se confronta a ese avance del cortejo triunfal —el progreso.

En un poema publicado en *La Protesta* y titulado “Los bárbaros están a las puertas de Petrogrado” —del que citamos un fragmento en la Introducción— Elías Castelnuovo escribe:

Pueblos tristes,
pueblos magnos,
paradójicos [sic] y esquivos, negros, raquíuticos y huraños...
Rusia cae; se debate en estertores estupendamente trágicos;
Rusia llora bajo el casco de los Silas y Alaricos mercenarios
y el terro de los Koltchak bandoleros, aristócratas y bárbaros

Pueblos nobles,
oprimidos y explotados...
Rusia muere; se desploma en el abismo de los sueños libertarios,
y con ella, nuestras ansias de justicia, nuestros bienes concretados;
Rusia gime; se desgarrar; Rusia extiende temblorosa sus dos manos;
solicita nuestra ayuda, nuestra sangre, nuestros huesos, nuestros cráneos

¡Pronto, pronto!
¡Bolshevikis legendarios!
Hay que darle una batida a los burgueses que trabajan como topos subterráneos
por quitarnos este mundo -este mundo que no tiene propietarios-
hay que darle la postrera despedida con los puños de Espartaco,
empujarlos al Nirvana,
arrojarlos al abismo...
¡acabarlos!

A la calles bolshevikis,
comunistas visionarios;
Cristos negros, carne magra del taller, de la fábrica y del campo;
saturada de venenos, impregnada de miserias con olor a camposanto,
harapientos pordioseros, prostitutas de esta tierra de corsarios
que nos cazan como lobos, que nos matan y destierran como Gracos.

a la calles los cruzados!
¡A la calle,
Los que quieren acabar con los tiranos, con los dioses y los amos,
los que quieren acabar con los gobiernos que nos mandan como vándalos;
los que anhelan la justicia, los que quieren ver los pueblos hermandados,
desterrar toda la peste, todo el lodo, todo el cieno que vomitan los aliados;
los videntes, los poetas, marineros, campesinos; todos, todos...

¡levantaos!
Pueblos tristes,
pueblos magnos,
paradójicos y esquivos, negros, raquíuticos y huraños...
¡A la carga que los bárbaros arrasan Petrogrado!
Contra el plomo de los "blancos" y el blasón del Vaticano...
¡la metralla de los rojos sublevados, el fusil de los anárquicos,
la revuelta proletaria:

un saludo universal de cañonazos!¹¹⁷

¿Por qué los bolcheviques, que casi se estrenaban en la escena de la historia, eran, para el poeta, “legendarios”? Acaso porque ese carácter es el apropiado para quienes forjan su stirpe no tanto en una sucesión de hechos pasados sino en ese *más-que-pasado* de la memoria y del relato, el cual les permite a los actuales luchadores libertarios golpear “con los puños de Espartaco”. La cita de Espartaco es la de la conjunción del levantamiento de los esclavos antiguos con el de los modernos del salariado.¹¹⁸ Una cita —en el sentido fuerte— sólo posible en una historia discontinua, emergente en el “salto de tigre” hacia el pasado. Si los bolcheviques son legendarios es porque precisan de ese pretérito olvidado para ganar en la lucha actual, y sólo la lucha actual es capaz de escribir la de Espartaco atendiendo a sus potencias, sólo revelables retrospectivamente. No se trata de un pasado cronológicamente anterior, sino de la actualización —como cita y escritura— de un pretérito que aparece como fuerza operante en la historia, y que como tal dota de una potencia otra a ese, entonces, *más-que-presente* de la acción revolucionaria, así *legendaria*. El tiempo de la revolución se separa del *continuum*.

* * *

¹¹⁷.- Castelnuovo, Elías (1919), “Los bárbaros están a las puertas de Petrogrado”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de octubre, p. 2.

¹¹⁸.- Castelnuovo simpatizó con los “anarco-bolcheviques”, quienes siguieron las acciones del *Spartakus* de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, ambos asesinados ese año de 1919 que es también el del poema.

II. Sujetos

“¿Por qué ese empeño de confundir la revolución rusa con el partido bolchevique?”

La Protesta, 8 de noviembre de 1921

“¿Cómo voy a aceptar una doctrina que erige como su biblia, por encima y fuera de toda crítica, un anticuado libro de texto de economía no sólo científicamente erróneo, sino, además, falto de interés o aplicación al mundo moderno? ¿Cómo puedo adoptar un credo que, al preferir el cieno antes que los peces, exalta al aburrido proletariado por encima de la burguesía y la *inteligentsia*, las cuales, cualesquiera que sean sus faltas, representan la calidad en la vida y sin duda llevan en sí las semillas de todo adelanto humano? Incluso si necesitamos una religión, ¿cómo la hallaríamos en la fanática broza de las librerías rojas?”

John M. Keynes, *Essays in Persuasion*,
luego de su viaje por la Rusia soviética

“En Moscú lo que sobrea son las ocasiones de hablar;
las hay de a miles; no hay sino tener que decir algo”

Alfonso Goldschmidt

“La Historia podrá comprobar la presencia de fuerzas morales y conscientes, intencionalmente dirigidas a imprimirle rumbos” afirmaba Mario Bravo apenas iniciado su folleto sobre la revolución rusa (Bravo, 1920: 6). Una aserción que manifestaba que la *Historia* —ese singular colectivo que desde fines del siglo XVIII, apunta Koselleck, posibilitó que pudiera ser concebida sin un objeto coordinado o un sujeto preordenado, como historia en y para sí (Koselleck, 1993: 307)— no terminaba de eludir ni obliterar la pregunta por aquellos que hicieron la revolución en Rusia.

Quiénes integraban esas “fuerzas morales y conscientes” de las que hablaba Bravo, pasó a ser una de las principales preguntas, más o menos explícitas, en las diversas y extendidas interpretaciones de los acontecimientos sucedidos en el ex imperio zarista. Con la no menor implicancia de que la pregunta por quiénes hacían la revolución en Rusia era también, de modo más o menos abierto, más o menos explícito, la interrogación más general por quiénes producían “las revoluciones del siglo XX”, y por lo tanto interpelaba de modo directo a los mismos intérpretes que en las orillas del

Plata aguzaban la mirada sobre Rusia. Se trataba, en cierto sentido, de una autointerpelación, impuesta y a la vez mediada por el acontecer revolucionario en el oriente europeo.

De modo que aun en aquellas concepciones más apegadas a estimar el movimiento de la *historia* como propio de ella, a considerar que era el mismísimo tiempo el que detentaba una fuerza histórica, los *sujetos*, o cierta agencialidad, recobraban parte de su espesor *como factores de historia*. De forma ejemplar —por la ambivalencia de la formulación— lo señalaba José Ingenieros cuando indicaba, como se vio en el primer capítulo, que sería la posteridad la que decidiría si eran los que apoyaban o los que atacaban a la revolución rusa quienes interpretaban mejor el sentido de la evolución social; lo que dejaba abierta la interpretación a que la mismísima “evolución social” dependía de la contingencia de los posicionamientos de quienes así se convertían en agentes. Contribuir a su desarrollo o retrasarlo, acelerar o bloquear, y aún hacerla virar, detenerla o cambiar su curso, eran las posibilidades que, desde estas perspectivas, encuadraban la acción humana en la historia. Pero ya fuera entre quienes la consideraban como el principal factor o entre aquellos que la opacaban a la sombra de la evolución social o de una perspectiva más estructural, esa acción debía ser estimada, analizada, elucidada, comprendida, pues era de enorme relevancia en tanto allí radicaba no poca de la pertinencia de los discursos progresistas y/o de izquierdas, de sus mismos locutores y destinatarios.

Impulsadas por esa necesidad, entre política y teórica, se esbozaron las respuestas a la pregunta por quiénes hacían la revolución, quiénes eran los sujetos de la transformación del régimen político y social, y en la trama de las argumentaciones no eran menores las oscilaciones, las lagunas conceptuales o los vaivenes en las consideraciones.

En la variedad de juicios y especulaciones, se perfilan de modo preferente ciertos términos a través de los cuales se construían los marcos interpretativos de la revolución rusa y de sus promotores: la clase obrera, los grupos revolucionarios, el pueblo, las masas, los campesinos, los intelectuales, los partidos socialistas, la muchedumbre, etc., términos que recortan la problemática atendiendo a una agencialidad política revolucionaria que remitía a dos figuras principales, aunque manifiestas en un amplio espectro de formulaciones y formaciones: las minorías de avanzada y las amplias masas. La diversidad de tratamientos y fundamentaciones de cada una de dichas figuras y el abanico de sus combinaciones posibles se estructuraron

en lecturas e interpretaciones que fueron determinadas tanto por la agenda que la revolución en Rusia imponía como también por los juicios y requerimientos políticos de los mismos intérpretes. Pero no pocas veces, frente o lateralmente a formulaciones expuestas de modo consistente, brotaban, como a contramano, intuiciones, nociones, afirmaciones o elaboraciones que permitían dar distintos matices y colores a la pintura que de los sujetos en la Rusia revolucionaria se hacía en estos parajes.

La avanzada de las minorías revolucionarias

Aun cuando una tradición retórica y argumentativa en el pensamiento y las concepciones de la izquierda orientara las miradas hacia las instancias colectivas como potenciales sujetos del cambio social que se presentaba en Rusia, los exámenes se inclinaban a otorgar un peso decisivo a las minorías revolucionarias, en tanto orientadoras y/o constructoras de la mentada transformación de la sociedad. No poca de esa inclinación derivaba de una pregunta que, bajo distintas formulaciones, expresaba cierta dosis de perplejidad a la hora de explicar los modos por los cuales millones de campesinos y trabajadores de la industria que hasta ayer parecían soportar uno de los regímenes más oprobiosos, estaban ahora decididos a emprender una de las transformaciones más radicales de la historia. El “atraso ruso”, manifiesto en el mismo régimen depuesto y en una estructura económica básicamente agraria, llevó a buscar los signos de la renovación en la fisonomía de nuevos sectores sociales y/o en la presencia de grupos que, aunque minoritarios, habrían ejercido una influencia relevante en la vida sociocultural y política rusa. La cuestión parecía residir en identificar los impulsos del progreso y de modernización en el universo de la “vieja Rusia”.

En una conferencia realizada pocos días después de la “revolución de febrero”, satisfecho por las noticias que llegaban desde la lejana Rusia, Antonio de Tomaso no dudaba en calificar de fuerzas civilizatorias a “las masas campesinas” y a “las masas proletarias de las ciudades”, dado que ya en 1905 y 1906 habían forzado la convocatoria a la primera Duma, la cual reclamó el sufragio universal y el gobierno parlamentario (de Tomaso, 1917)¹. A su criterio, esto demostraba que esas masas populares “tenían una clara conciencia histórica, un profundo espíritu social y que estaban preparadas para la vida en libertad” (*ibídem*: 5). Ese carácter renovador y progresista era un derivado

¹.- Se trata de una conferencia del 29 de marzo de 1917 realizada en el Centro Socialista de la 11ª circunscripción, editada poco después como folleto por *La Vanguardia*.

directo del “desarrollo capitalista ruso”, que había producido “una revolución mental en Rusia y una honda transformación social” al haber “disciplinado un ejército de millones de hombres” (*ibídem*: 15); pero también era consecuencia del enfrentamiento entre la autocracia y la aspiración de libertad del pueblo ruso, fragua donde se forjó el “obrero ruso inteligente” y el joven universitario, pues “en virtud de este conflicto ... la intelectualidad rusa [había] tomado una orientación liberal y democrática” (*ibídem*: 13). Las descripciones y reflexiones de de Tomaso asemejan en demasía esas multitudes nombradas como trabajadores o campesinos a los caracteres de quienes —suponía— las representaban. Y si podía describir el antecedente de 1917, la revolución de 1905, como una insurrección en la que se conjugaron varios actores —“los trabajadores dieron la señal”, “los intelectuales secundaron”, “la escuadra levantó, por obra de los marineros, la bandera revolucionaria”, y “los campesinos (...) iluminaron la campaña con el resplandor de los incendios” (*ibídem*: 16)— era porque lo distintivo de aquella gesta revolucionaria se debía a la aparición de un proletariado consciente, dirigido y educado, por las minorías socialistas: “por primera vez en la lucha por la libertad aparecía en escena una fuerza colectiva distinta. Esa fuerza nueva, activa y enérgica, era el proletariado, educado y dirigido por los hombres socialistas” (*ibídem*: 16). En el razonamiento, la agencialidad revolucionaria se desliza de las multitudes obreras y campesinas a la intelectualidad progresista, antiabsolutista, pues las primeras eran fuerzas renovadoras en la medida en que adquirirían las propiedades de esta última, ya que “el intelectual ruso [que] ha sido repudiado de la vida política y social” había transformado, por ello, “el terreno de la literatura, de las artes, y de las ciencias políticas” rusas en un territorio de los más sensibles a “los problemas sociales”, convirtiéndose, en ese proceso, en un segmento social rector para el cambio, con “un alto espíritu de justicia y democracia” (*ibídem*: 13). La positiva valoración del pueblo ruso era, así, un derivado del lugar central de la élite ilustrada del ex imperio, y en particular de aquellos que oficiaban de representantes políticos, de forma tal que la multiplicidad de actores que registraba para 1905, pasaban a ser en 1917 subordinados completamente a la actuación de una institución paradigmática de las minorías como *factórum* de la revolución: habría sido la Duma la “que ha hecho, *en nombre del pueblo*, el destronamiento del zar proclamando su voluntad de llamar a una asamblea constituyente, elegida por el sufragio universal directo y secreto” (*Ibídem*: 24; las cursivas son mías).

No muy distinta era la caracterización que de la “revolución rusa” hicieran Juan Greco y José Penelón al regresar de su viaje a la Rusia de los soviets. En una conferencia que en varias entregas se publica en el órgano oficial del novel Partido Comunista, los viajeros explicaban que en la revolución se conjugaron todos los sectores sociales en la oposición al régimen, “una coincidencia de intereses entre todas las clases para hacer la revolución, al frente de la cual iría la clase más preparada revolucionariamente y que *debía fatalmente conquistar* el poder. Esa clase era el proletariado industrial, que tenía a su frente un Partido Comunista fogueado en la acción revolucionaria de clase, que supo aprovechar esa coincidencia (...) *como legítimo intérprete de los intereses* de la clase trabajadora, a la que supo unir la clase campesina en su lucha revolucionaria”.² Nuevamente el lugar relevante de la minoría dirigente — que a diferencia de de Tomaso era para Greco y Penelón el partido bolchevique— se sostenía argumentalmente en una postulada legitimidad de representación: mientras en de Tomaso se funda en el sufragio universal, en los dirigentes del comunismo argentino arraiga en la lectura (correcta) de los intereses de la clase llamada “faltamente” a “conquistar el poder”.³

Este rol orientador, directivo, de las capas intelectuales o de los agrupamientos políticos, adquiriría particular fuerza enunciativa a partir de las imágenes preexistentes en relación a la sociedad rusa, de modo que en *La Protesta* se podía afirmar —como una más de tantas otras aseveraciones del mismo tenor— que si bien “todas las revoluciones, o han sido pronunciamientos militares, o han venido de abajo”, el caso ruso ha sido diferente, pues “la Revolución viene de las clases ilustradas, seguida de un pueblo rudo y sencillo...”.⁴ Pues si “las sociedades no tienen plácidos ocasos” sino que se sustituyen unas a las otras “por la obra revolucionaria de las minorías”, esa “inacabable progresión humana” —agregaba el autor de “Reflexiones del momento” en el anarquista *Tribuna Proletaria*— se debía a la acción “de los perseguidos, y éstos,

².- En Greco, Juan y Penelón, José (1923e), “La conferencia de los compañeros Penelón y Greco. “Impresiones de los delegados argentinos a la Rusia de los Soviets”, en *La Internacional*, 1 de marzo, p. 1. Las cursivas son mías.

³.- A fin de ejemplificar este lugar predominante de la vanguardia revolucionaria en otro momento y otras circunstancias, puede mencionarse uno de los tantos artículos que envían desde Rusia los viajeros comunistas, en el cual hacían de la habilidad y la flexibilidad de los bolcheviques la piedra de toque que posibilitaba la convergencia de lo que de otro modo hubiera sido un enfrentamiento entre clases — obreros y campesinos— que encarnaban sistemas económicos diferentes y excluyentes entre sí, enfrentamiento que implicaría la derrota de la revolución; cfr. Greco, Juan y Penelón, José (1922a), “Una breve estadía en Petrogrado. La vida en la Rusia roja”, primera parte, en *La Internacional*, 22 de noviembre, pp. 1-3..

⁴.- Duklsky, Marcos (1917), “La revolución rusa”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de diciembre, p. 2.

siempre han sido minorías; minorías fuertes y aguerridas, entusiastas y audaces, *que mueven en el momento culminante las voluntades todas* por obra del contagio revolucionario, pero minorías al fin. Ellas son la palanca propulsora, faro y boya en el mar de las olas alborotadas del pueblo ... Ellas inician la pelea sin mirar atrás”.⁵

La misma capacidad orientadora y constructiva conferida a las minorías dirigentes imponía la discusión en torno a los modos de su desempeño, con inmediatos ecos en las prácticas políticas locales. En el marco de una serie de intervenciones a propósito de dos encuestas que publica el periódico libertario uruguayo *La Batalla* y que en esta orilla reprodujera *La Protesta*, uno de los tantos articulistas —que paradójicamente prefiere mantenerse en el anonimato— advertía que “no es lo mismo que la anarquía tenga bosquejadas las bases fundamentales de la nueva vida, para sabernos nosotros desenvolver en un momento álgido, en un período de anormalidad completa, y teniendo que actuar en el seno de una masa que no sabe desenvolverse y que nosotros estaremos obligados a hacer nuestra parte y la de ellos”.⁶ La fuerza latente, en tensión, “pronta a disparar su flecha, y herir en el corazón al sistema de explotación del hombre por el hombre” que radica en las sociedades, “hay que orientarla, dirigirla certera al blanco”⁷; se comprenden, entonces, los motivos por los que tantos de los artículos sobre la revolución rusa giren en torno al problema de la dirección revolucionaria. Cuestión que no remite sólo al tiempo de los prolegómenos de la revolución sino también al de sus derivas. Buscando refutar las tesis sindicalistas de la huelga general revolucionaria y abonar a las de la vanguardia partidaria, Rodolfo Ghioldi sostenía que ante las reacciones burguesas contrarrevolucionarias no podría aplicarse una “dictadura inorgánica, sin orden ni disciplina ni normas”, sino que habría

⁵- “Reflexiones del momento” (1919), en *Tribuna Proletaria*, n° 23, Buenos Aires, 23 de agosto, p. 1. Se trata de un artículo probablemente escrito por un militante “anarcobolchevique”. Pero también los editores, anarquistas individualistas, sostenían que si “la sociedad burguesa está al caer” es porque minada “por los formidables ataques de los actuales alpinistas del futuro, los anarquistas”, cfr. “Lo inevitable” (1919), en *Tribuna Proletaria*, n° 32, Buenos Aires, 3 de septiembre, p. 1. En el mismo sentido se expresaban los redactores de *La Protesta*; cfr., entre otros, “El maximalismo y nosotros” (1918), *La Protesta*, Buenos Aires, 7 de febrero, p. 1.

⁶- Incógnito (1918a), “La revolución rusa. Alrededor de una encuesta. Conclusión”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 6 de febrero, p. 2. Se trataba de encuestas abiertas a los lectores, en las que éstos respondían a una serie de preguntas que estipulaban los ejes de la discusión. La primera se publicó en *La Batalla* y fue reproducida por *La Protesta*, que poco después introdujo una segunda. Para que se dimensione la amplitud de las intervenciones y cómo el tema era retomado en círculos muy diversos, agregó aquí una lista parcial de nombres con la referencia al año de publicación de cada intervención (el lector puede consultar los títulos en la bibliografía anexa): César Montemayor (1917), Rafael Méndez (1917), E. Nigma (1917), E. R. Caballero (1917), Pascual Netri Jr. (1917), José Alday (1917), Gabriel Biagotti (1917), Henriko Preghejoj (1917), Albion (1918), Segundo Iván (1918), Américo Galli (1918), Julio Amor (1918 y 1918a), Fabio L. Brocha (1918), Incógnico (1918, 1918a, 1918b y 1918c, Diana (1918 y 1918a).

⁷- “Reflexiones del momento” (1919), cit.

que organizarla, “tarea que no puede quedar en las masas, sino en la *élite*, es decir, en el partido”.⁸ De lo que se deduce que las masas mismas debían ser organizadas por el partido, pues, por un lado, su fuerza “inorgánica” sería incapaz de derrotar los esfuerzos contrarrevolucionarios, y por otro, carecían de capacidad normativa; desde este punto de vista, esas “masas” no serían artífices de la nueva sociedad pues ni siquiera gozaban de la capacidad de garantizar el “tiempo transicional”.

Esas minorías (el partido, los intelectuales, la vanguardia, etc.) eran concebidas como las fuerzas que daban *cauce* a la revolución: la provocaban pero sobre todo la canalizaban. Lo que en determinados momentos podía significar orientaciones contrapuestas entre las multitudes y la élite de los revolucionarios, pues cuando “las fuerzas espontáneas del pueblo se desencadenan”, cuando “las masas llevan sus golpes contra todas las instituciones políticas y sociales del viejo régimen, la minoría revolucionaria organizada debe dirigir todos sus esfuerzos en un sentido opuesto al de las fuerzas destructivas de las masas levantadas”, encaminándose ya hacia la creación y organización del nuevo régimen.⁹ Una idea que partía de una asignación de roles y propiedades específicos a las fuerzas del pueblo y a las de la élite revolucionaria: mientras las masas se comportaban espontáneamente, las vanguardias actuaban a conciencia; a la capacidad destructora de las masas se superponía, encauzando la potencia del estallido, del magma revolucionario, la facultad constructiva de acuerdo a fines de los sectores dirigentes.¹⁰ Reflexionando retrospectivamente sobre los motivos por los cuales se pensó que los bolcheviques imprimirían un rumbo anarquista a la revolución dado su aporte de “nuevos elementos subversivos”, el articulista de *La Protesta* no se privaba de extraer una conclusión general que ejemplifica cabalmente lo recién expuesto:

“Dos fuerzas distintas por su origen, trabajan sobre la realidad social, allí donde la desesperación y el dolor fomentan las augustas rebeldías, los movimientos subversivos que periódicamente se manifiestan desorbitando al mundo burgués. La una es instintiva y se manifiesta en esos movimientos proletarios, impulsivos, epilépticos, que duran lo que una borrasca. La otra es consciente, vitalista, y tiene en las ideas su fuente energética y creadora. Y si bien se confunden esas dos fuerzas, por los propósitos comunes que

⁸- Ghioldi, Rodolfo (1923), “Discrepando”, primera parte, en *La Internacional*, 15 de julio, pp. 1 y 4. Cursivas en el original.

⁹- AA.VV. (1923), “Los anarquistas y la revolución rusa”, en *La Internacional*, 15 de septiembre, p. 1.

¹⁰- *Ibidem*. Y agregaban los autores: “La minoría organizada —una vez producida la explosión social— no debe volverse a las causas: debe mirar adelante, hacia los fines (...) ante todo es necesaria una organización fuerte capaz de dirigir firmemente las fuerzas elementales, orientarse en el caos, dirigir el proceso revolucionario”. La acción de las masas, además de caótica es elemental, es decir, incapaz de realizar una revolución al estar condenada al momento “explosivo”.

persiguen en la lucha diaria contra el capitalismo, representan dos papeles distintos frente al capital problema de la revolución”¹¹

* * *

Todos estos exámenes componen una muy entendible motivación tendiente a conceptualizar esos aspectos del acontecimiento revolucionario ruso, y al mismo tiempo, con esa elaboración, explicar y justificar la existencia de sectores organizados en torno a unos discursos y unas prácticas políticas que consideran revolucionarios frente a unas masas a las que es preciso, desde cierta perspectiva, *indicar* el camino del progreso o, desde otro punto de vista, *agitar* para sacar de su letargo o enajenación.

Esa necesidad teórica, pero sobre todo política, de fundamentar lo que se percibía como una evidente división entre masas y grupos dirigentes, es la que llevaba a muchos de los intérpretes de la revolución rusa a sostener, una y otra vez, el protagonismo casi exclusivo de aquellas instancias del entramado sociopolítico sostenidas en la representación. Luego de un breve relato sobre la tradición revolucionaria rusa, que remontaba a los decembristas y hacía llegar hasta 1905¹², Demetrio Aranovich explicaba, en las páginas de *La Vanguardia*, que la cuarta Duma —a la que inicialmente calificó de mera continuidad de la tercera, conocida como la de los “Cien Negros”— “sufre una transformación fundamental e inesperada, y de un instrumento dócil del zarismo se transforma en la gran Duma del pueblo, magna asamblea revolucionaria *que realiza las más atrevidas aspiraciones de los mejores hombres de Rusia*, derriba la corona autocrática de los zares, y escudada por la bandera roja, la bandera de la redención humana, señala a su pueblo emancipado los nuevos derroteros de la libertad y del derecho”.¹³ Años después, Antonio de Tomaso —opositor fervoroso al bolchevismo desde noviembre de 1917— exponía la misma imagen del febrero ruso. Si en 1917 afirmaba taxativamente que “esa Duma que ha hecho, *en nombre del pueblo*, el destronamiento del zar proclamando su voluntad de llamar a una asamblea constituyente, elegida por el sufragio universal directo y secreto” era el agente

¹¹.- “El espíritu anarquista de la revolución” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 15 de diciembre, p. 1.

¹².- Aunque curiosamente no hay menciones para el POSDR, ni para Pléjanov, Axelrod o Zasúlich.

¹³.- Aranovich, Demetrio (1917), “La revolución rusa”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1º de mayo, p. 19 (las cursivas son mías). Durante mayo de 1917, *La Vanguardia* publica varios artículos en los que la revolución rusa tenía un protagonista excluyente: la Duma y las instituciones representativas, a través de narrativas que dibujaban el deterioro paulatino del antiguo régimen en su confrontación con los diputados. Véase al respecto: Louis, Pablo (1917), “Duma”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1º de mayo, p. 19; “La revolución rusa. Antes de las jornadas de marzo” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 4 de mayo, p. 3; “La revolución rusa. El estallido del movimiento” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 6 de mayo, p. 2; “La revolución rusa. Gobierno, Duma y partido” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 9 de mayo, p. 3.

del cambio (de Tomaso, 1917: 24), en 1920 va a sostener la misma tesis de una revolución proyectada, gestada y ejecutada desde las instituciones de la representación. La misma formación de la Duma en 1906 marcaba, a su juicio, el inicio de la revolución, que se prolongaba en las acciones de 1917, ya que “el gobierno provisorio el 16 de marzo de 1917 se dirigió a la población con un breve decreto (...) que sintetizó todo el contenido político de la gran revolución”, decreto con el cual se producía “el reemplazo del estado feudal por el estado moderno”, otorgando “a las masas populares de la ciudad y el campo” los derechos que “les permitirían tomar en sus manos la dirección de ese estado”, es decir, el sufragio universal. La acción de dicho parlamento se continuó en la constitución inmediata de “las nuevas Dumas municipales y los *zemstvos* (municipalidades de campaña) a base de sufragio universal, directo y secreto, como órganos del poder local y representantes del poder central revolucionario. El pueblo principió así a practicar el gobierno propio” (de Tomaso, 1921: 121-22).¹⁴ Nótese que la representación no reside sólo en el mecanismo electoral por el cual los ciudadanos eligen a sus representantes, sino que recíprocamente esas instancias parlamentarias de ámbito local o regional *son las representantes* del poder estatal central. En la formulación de de Tomaso, la representación, como escena escindida que obtiene su legitimidad de una imputación de soberanía a un pueblo sólo existente en tanto re-presentado, es la que constituye a los sujetos de ciudadanía (pues más que derechos *con-cedidos*, aparecen como *cedidos* por el parlamento). La aporía constitutiva de la teoría contractualista es resuelta por de Tomaso a favor de la primacía del Estado.¹⁵ Y la actuación de las masas populares —que en la referencia a 1905 eran reducidas a fuerzas elementales, a “una actuación enérgica” del proletariado— en 1917 era presentada como una consecuencia de las libertades reconocidas por el gobierno provisional, las cuales habían posibilitado la formación de los *soviets* y aun, para el caso

¹⁴.- Ver también “Las fuerzas de la revolución rusa. Los *zemstvos*” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 13 de agosto, p. 3, donde se afirmaba que “[n]inguna institución rusa —salvo quizás los partidos más avanzados— ha intervenido en la revolución última con tanta decisión como los famosos *zemstvos*, asambleas provinciales del Imperio” y, continuaba el artículo, “ha sido tan activa y directa la participación de esas asambleas en el destronamiento del zar y en el vuelco dado a las instituciones políticas rusas, que desde el primer instante se pensó para presidir el nuevo gabinete nacido de la revolución triunfante, en el príncipe Lvov, jefe reconocido de la Liga de *Zemstvos*”.

¹⁵.- Una solución que se manifiesta nítidamente en la preocupación del diputado socialista porque “la cuestión agraria” no se resolvía en el ámbito parlamentario (la Asamblea Constituyente) sino *de hecho* por la toma de tierras o a través de los comités locales (*soviets* o comités agrarios); cfr. de Tomaso (1919c: 3). Una insistencia que expresa las restricciones conceptuales para el ejercicio de la política, que quedaría así limitada a un ámbito regulado (la representación), cuando lo que sucedía en Rusia era precisamente la puesta en discusión del “espacio político” por obra de un movimiento de subjetivación que des-regulaba su ejercicio para proyectarlo sobre nuevos contornos sociales que el mismo movimiento instituía.

de los soldados, del “decreto célebre que proclamó sus «derechos»” (de Tomaso, 1921: 123).¹⁶ Aun el deterioro y caída del gobierno provisional, en la perspectiva de de Tomaso, no se debía a la acción de esas formaciones emergentes como los *soviets*, los comités agrarios o los comités de fábrica, sino a la iniciativa de una minoría, el partido bolchevique:

“...la propaganda bolsheviki había empezado ya a manifestarse en todo su vigor y en la forma simplista más halagadora: los campesinos debían tomar las tierras, los soldados cesar las hostilidades y volver a sus lares, los obreros apoderarse de las usinas, y todo el poder pasar a manos de los soviets para impedir la contrarrevolución reaccionaria que era favorecida por el gobierno provisorio. Bajo el imperio de esa propaganda, que encontraba en las masas agobiadas por la guerra prolongada favorables disposiciones de ánimo, el desorden general fue en aumento, se debilitó completamente la autoridad y la expropiación de hecho empezó a realizarse en las campañas” (de Tomaso, 1919c: 150)¹⁷

Las interrogaciones sobre el carácter y la dirección que tomaba la revolución rusa lógicamente depositaban las miradas sobre aquello que se presentaba como la clave de su inteligibilidad: las tendencias políticas, entendidas básicamente como organizaciones y agrupaciones. En cierto sentido, este abordaje es consistente con la preeminencia dada a los “grupos de vanguardia”, a las “minorías revolucionarias”, en tanto esos grupos *son* —desde estas concepciones— una *avanzada* de la revolución y de la historia, no importa si se considera como tales a los que acreditaban el cambio por medio de la instauración del sufragio universal, a los que promovían la toma del poder y la “dictadura del proletariado” o a los que declamaban el final de toda autoridad. Si el derrotero de la revolución depende de quiénes aparecen como sus “dirigentes”, la relación (interpretativa) entre vanguardia y movimiento social se vuelca nuevamente a favor de la primera. Evidentemente se pensaba que los significados de la revolución podían ser revelados a través de la cuestión de los partidos o movimientos

¹⁶.- Se refiere al *Prikaz* nº 1.

¹⁷.- Las representaciones de la revolución como gesta de las minorías educadas o de los hombres superiores, se extrema en no pocos casos. Tal el del escritor Ricardo Sáenz Hayes, que en un texto cargado de giros literarios anuncia que “hacia el lado de Rusia, vemos surgir, entre el fragor de los combates y los crueles desgarramientos de las discordias internas, la vigorosa silueta de Kerenski, a quien presento como el más bello símbolo del héroe civil”, quien surge entre “el magno flamear de las rojas insignias, para encauzar los acontecimientos”, transformándose de “político de la Duma” en “ministro organizador de los ejércitos anarquizados”, “puntal del gobierno provisorio”, “alma de la revolución” de la que las fuerzas anarquizadas serían el cuerpo. La “eficacia” y la “bondad” de la “dictadura moral” que ejerce Kerenski, Sáenz Hayes la estetiza en la sensibilidad que habría mostrado el jefe del gobierno provisional en un encuentro con una dama de la aristocracia, pero sobre todo en la idolatría que le profesarían las masas a quienes dirige: “En ocasión de pasar una revista, se le cayó un guante de las manos. Al punto los soldados rompen filas, se precipitan desordenadamente, dándose brutales empujones para recogerlo, y lo desmenuzan, a fin de conservar un pequeño recuerdo del primer hombre ruso!”; Sáenz Hayes, Ricardo (1917), “Kerenski”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 5 de octubre, p. 1. Véase también “Las fuerzas políticas en Rusia” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 9 de septiembre, p. 2.

revolucionarios actuantes en Rusia, o —complementariamente y bajo determinados aspectos— se trató de relacionar aquellos partidos o líneas específicas que resultaran afines con los posicionamientos y perspectivas teórico-políticas propias, domésticas, para que sirvieran para avalar o reforzar la legitimidad de las acciones en el campo político-social local. Lo cual explica el importante número de artículos y textos de todo calibre que se ocupaban de las historias, tradiciones y corrientes internas de los distintos grupos que participaban de la revolución, sea el partido socialdemócrata con sus divisiones en mencheviques y bolcheviques, los socialistas revolucionarios de derecha, centro e izquierda, los “trabajistas”, los distintos grupos anarquistas, y durante el año 1917 incluso los kadetes, los demócratas y los octubristas.

Imposible dar cuenta de esa enorme cantidad de artículos que pintaban el panorama de los agrupamientos políticos en Rusia antes y durante la revolución. Incluso muchos artículos que se dedicaban a otros temas incluían algunos párrafos explicativos de tal o cual corriente partidaria. Por ejemplo, Mario Bravo (1920) acometía una descripción y análisis de las fuerzas políticas en Rusia, basándose en, guiándose por y transcribiendo de una amplia bibliografía entre la que importa mencionar —a fin de exponer el amplio arco político— *L'Internationale ouvrière et socialiste, El triunfo del bolchevismo* de Trotsky, *La revolución rusa* de N. Tassin, *La première année de la révolution russe, mars 1917 et mars 1918* de V. Victorov-Toporov y *Les bolcheviki, 1917-1919* de Etienne Buisson. Aun cuando la finalidad de su trabajo fuera otra —“Yo me propongo escribir sobre la Constitución de la república rusa”, aclaraba (Bravo, 1920: 7)— toda la primera parte del texto, editado como folleto por editorial Coni en 1920 pero publicado antes en los *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, estaba dedicada a presentar un panorama de las fuerzas políticas intervinientes en Rusia —panorama más acotado para los partidos no socialistas pero bien amplio para el socialismo revolucionario y los socialdemócratas (Bravo, 1920: 7-19).¹⁸

¹⁸-. Como el propio autor explicaba “dos grandes núcleos organizados de treinta años a esta parte: el Partido socialista revolucionario de Rusia y el Partido social-demócrata obrero” han sido “actores principales, como partidos socialistas y obreros, en los sucesos de 1917 y en sus cambios políticos y medidas generales” (Bravo, 1920: 8). Por su parte, Alfredo Palacios analizaba el socialismo revolucionario y el partido socialdemócrata en la primera parte de su texto, *La revolución rusa* (Buenos Aires, Adelante, 1921: 11-15), y Alejandro Castiñeiras afirmaba que a “la acción inteligente y eficaz de los partidos social-democrático y socialista revolucionario, debe a mi parecer la revolución su éxito sorprendente”, en Castiñeiras, Alejandro (1917), “Antecedentes de la revolución rusa”, *Revista Socialista*, Buenos Aires, nº 1, p. 9. También Nado (1918), “Los partidos socialistas en el Congreso de los Soviets”, en *La Vanguardia*, 20 de mayo, p. 3, presentaba tanto la orientación de los partidos y sus divisiones internas como a sus dirigentes principales, para acometer luego un relato sobre los posicionamientos de cada uno de ellos en el primer año de revolución.

Dos intervenciones de distinta procedencia política y para diversos momentos del proceso revolucionario pueden servir para ilustrar esta cuestión. En su conferencia de 1923, José Penelón y Juan Greco sostenían que si después de cinco años de revolución “todos los elementos de la Rusia Sovietista, unos naturalmente y otros por la fuerza, forman hoy un todo revolucionario, como el rayo de sol de que nos hablaba un escritor, que contiene todos los colores, el Partido Comunista ruso, ha sido, no sólo el punto de concentración inteligente de estos elementos para la consolidación de la revolución rusa, sino también la lente de aumento que concentrando el poder de ese rayo luminoso y agrandándolo, ha creado el primer foco de la revolución mundial”.¹⁹ La metáfora newtoniana de la composición de la luz servía a los autores para radicar la significación mayor de la revolución en la presencia y acción del partido bolchevique, capaz de aunar y potenciar la diversidad de fuerzas revolucionarias, de garantizar la perduración de la revolución y de establecer el primer hito de un proceso que estimaban se extendería más allá de las fronteras rusas.²⁰

Por su parte, frente a los acontecimientos de febrero de 1917, Antonio de Tomaso, confiado en el rumbo democrático y parlamentario que la vida política tomaría en el ex imperio zarista, procedía a fundar ese pronóstico en el talante de los partidos que, según él, dominaban la escena rusa. En el amplísimo abanico de las corrientes políticas que consideraba protagonistas de esa revolución contra la autocracia, señalaba entre “las fuerzas políticas progresistas” a los kadetes o demócratas-constitucionales, quienes si bien eran el partido de la burguesía liberal representaban a su sector más radical pues eran partidarios del sufragio universal directo y secreto, mientras los diputados “trabajistas”, de importante fuerza electoral, promovían el mismo programa que los socialistas en el terreno de las libertades políticas y civiles, y en lo referente a la cuestión agraria proponían, sin indemnizar a los terratenientes, “expropiar todo el suelo utilizable (...) para darlo a los que quieran trabajarlo”, una medida juzgada por de Tomaso como revolucionaria porque se apartaba del “respeto por el derecho secular de propiedad” (de Tomaso, 1917: 28). A la par de estas fuerzas progresistas, esbozaba las

¹⁹.- Greco, Juan y Penelón, José (1923h), “La conferencia de los compañeros Penelón y Greco. Impresiones de los delegados argentinos a la Rusia de los Soviets”, en *La Internacional*, 4 de marzo, p. 2.

²⁰.- Unos años antes, apenas iniciada la NEP, Arturo Orzábal Quintana no dudaba en calificar la situación como la de “una lucha titánica” entre “todas las fuerzas de la naturaleza” que propiciaban “el derrumbe de la civilización en Rusia” y la sola “fuerza incalculable de la voluntad humana”, cuya expresión y organización, “que, en esta crisis, está aun por encima de la constitución soviética”, interponiéndose “entre el pueblo y el caos”, “no es otra que el partido comunista de Rusia”; en Orzábal Quintana, Arturo (1921a), “La situación actual de Rusia”, en *Revista de Filosofía*, nº 3, mayo 1921, p. 434. Vert también del Valle Iberlucea (1934 [1920e]: 124).

diferencias entre “los socialistas llamados «revolucionarios»” y los “demócratas o marxistas”, que en la perspectiva de de Tomaso constituían las dos principales corrientes políticas de carácter revolucionario. La revolución rusa y los partidos que le daban el tono y la orientaban, y que “coinciden en algunos puntos que son fundamentales”, se ajustaban a la dimensión revolucionaria de la época que no era otra cosa que la expansión del sufragio universal y del gobierno parlamentario —y en el caso ruso, agregaba, una reforma agraria “realizada con el procedimiento más adecuado para calmar el «hambre de tierra» del campesino ruso” (*Ibidem*: 28-29).²¹ Esta panorámica de los partidos políticos que de Tomaso construía le permitía interpretar la revolución rusa como un “gran acontecimiento” —e invitaba en esto a sus camaradas de partido— del “que debemos regocijarnos inmensamente”. Era la combinación de fuerzas políticas progresistas y socialistas la que garantizaba, en esta perspectiva, la solidificación de un régimen liberal-democrático y su posterior avance hacia formas más modernas de sociedad y de vida política, que era el proceso revolucionario que de Tomaso estimaba y esperaba.²²

Por su parte, muchos artículos en la prensa ácrata estiman la orientación de la revolución rusa más que por las instancias autogestivas de masas que allí surgían por la posición que sus camaradas de ruta tenían en dicho proceso. Una dimensión específica de los debates en el seno del mundo libertario respecto de la experiencia rusa abrevaba en esta mirada, por lo que se tornaban centrales las palabras atribuidas a un Gorki, un Kropotkin, un Serge, una Emma Goldman, en distintos momentos del itinerario revolucionario.²³ Explicar o narrar la revolución rusa siguiendo las posiciones y las acciones de los distintas corrientes anarquistas en Rusia, Ucrania, etc., se convirtió en un aspecto clave de las interpretaciones de la militancia ácrata en el Río de la Plata.²⁴

²¹.- Reforma agraria a la que los socialistas no se opondrían, vaticinaba de Tomaso, pues lo que evidentemente tenía en mente era la extinción de la gran propiedad latifundista y de la comunidad campesina, reemplazadas ambas por pequeños propietarios individuales que, a partir de esas “condiciones sociales y económicas” nuevas, serían receptivos a las modernas políticas cooperativistas del socialismo (de Tomaso, 1917: 29, nota a pie).

²².- Avance que estaría asegurado porque en una sociedad en que “se consolide e impere la libertad política” necesariamente surgen “los problemas de carácter económico y social” que solamente dicho régimen puede plantear, “como lo ha hecho en todos los parlamentos, como lo hace en Inglaterra y Francia, donde, utilizando la libertad política que existe para todos” se realiza “la lucha de clases sin armas ni barricadas” (de Tomaso, 1917: 29). Como se verá en el capítulo III, el significado de “democracia” es una de las batallas políticas que la revolución rusa pone en primer plano.

²³.- Incluso la prensa partidaria del PSI/PC intentaba influir en las filas anarquistas reproduciendo apoyos de anarquistas reconocidos a la revolución rusa y, en particular, a los bolcheviques.

²⁴.- Por ejemplo, M. A. M. (1921), “Los anarquistas en Rusia”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 16 de octubre, p. 3, artículo de un militante norteamericano que estuvo en Rusia entre 1917 y 1920, y que relataba los avatares de las acciones de los grupos anarquistas, junto a bolcheviques y socialistas

Las noticias e interpretaciones de la revolución rusa, incluso su lectura como lecciones de política revolucionaria, tuvieron una fuerte influencia en la relectura del bagaje teórico de los militantes que actuaban en Argentina. Una observación que puede medirse a través de un ejemplo particularmente sensible. Desde el Partido Comunista de Argentina no son pocas las intervenciones que abordaban la relación entre vanguardia y masas a partir de las enseñanzas que suponían brindaba la revolución rusa. Así es que los editores del *Suplemento de La Internacional* decidieron publicar la traducción de un artículo de Alexandr Losovsky, por entonces secretario general de la ISR, por su carácter ejemplar para la situación argentina, según se afirmaba en la introducción de los responsables del suplemento. En dicho texto se sostiene la necesidad del partido como vanguardia (y ejército) pero *fusionado* a la clase obrera, arguyendo un tipo de vínculo similar a “una compenetración, una soldadura” entre partido y clase. La postulación del carácter *fusionado* de la relación entre vanguardia y clase buscaba desplazar la problemática de la autonomía y/o la subordinación entre ambos componentes, al punto que Losovsky señalaba que bajo estos preceptos desplegados por el partido ruso no hay ni sumisión ni sometimiento del movimiento obrero al partido.²⁵ Pero el léxico utilizado suele decir más que las intenciones de su locutor: “la discusión de la «sumisión» de los Sindicatos al Partido no está bien planteada. Para los comunistas no se trata de «someter» mecánicamente a los Sindicatos, sino de conquistarlos al comunismo”, concluía.²⁶ La “fusión” sigue formando parte de un pensamiento político que distingue entre un “ser vanguardia” y un “ser clase”, una suerte de ontologización de sus respectivas posiciones, y la “conquista” de uno sobre el otro establece, si no un sometimiento, al menos una primacía conceptual y por ello estratégica, sobre todo cuando no se exponen con claridad los regímenes relacionales de dicha “fusión”.²⁷ Pocas semanas después, contradiciendo al menos parcialmente las tesis

revolucionarios de izquierda, así como sus desavenencias. O, también, ver los textos de Anatol Gorelik, en particular “Los anarquistas en la revolución rusa”, fechado en Berlín en 1922, y publicado en entregas en *La Antorcha* entre mayo y agosto de 1925.

²⁵.- Losovsky, A. (1921), “El P.C. y los sindicatos obreros”, *La Internacional. Suplemento*, nº 1, Buenos Aires, 15 de agosto, pp. 13-15; “¿Autonomía de qué?”, se preguntaba el dirigente bolchevique en relación a la clase obrera, evidenciando lo que por entonces eran discusiones en el seno del bolchevismo como también con sindicalistas revolucionarios y anarquistas.

²⁶.- *Ibidem*, p. 15.

²⁷.- La idea de conquistar los sindicatos conllevaba una inmediata traducción en la política local del PCA, porque lo alejaba de cualquier tentativa de formación de nuevos sindicatos y alentaba una práctica de ganar los ya existentes “desde dentro”. Como se puede leer en un artículo de los comunistas alemanes, publicado en el mismo suplemento, contra los ensayos (fracasados) de fundar nuevos sindicatos revolucionarios en lugar de conquistar los que están en manos de la burocracia sindical, la

de Losovsky sobre la fusión entre partido y clase, la misma publicación editaba “Los sindicatos y el Estado obrero”, un artículo que era presentado como las tesis de Lenin, Zinoviev y otros y en el que los máximos dirigentes bolcheviques advertían a los camaradas del partido para que no ejercieran ninguna “tutela mezquina” ni realizaran una “intervención excesiva” en el funcionamiento de los sindicatos, poniéndose por meta ser su “dirección moral”.²⁸ Lo que se estaba penalizando era el exceso de intervención (pero ¿cómo se sabría lo que es excesivo? ¿cuáles parámetros deben tomarse en cuenta para calificar una intervención?) y, en cambio, promover aquellas acciones del partido que consiguieran “liberar a las masas de las ilusiones reformistas y convencerlas de la necesidad de la implacable lucha de clases”, como afirmaban los comunistas alemanes.²⁹ La selección de textos que publicó el PC argentino en lo referente al vínculo entre vanguardia y masas componía un cuadro que si no exento de contradicciones disponía con trazos firmes una preeminencia del partido como sujeto dirigente de la revolución, y por lo tanto, como dador último de sentido al proceso revolucionario. Se entiende entonces el contrapunto con Marx que publicaron en la sección “Páginas doctrinarias” del mismo *Suplemento*. Los editores se apoyaban en el señalamiento marxiano sobre la imposibilidad de separar economía y política de modo absoluto, pero a diferencia del autor de *El capital* no derivaban de ello cierta insuficiencia de dichas categorías —en la teoría burguesa de entonces— para pensar la autorganización obrera y al comunismo como el movimiento real que venía a abolir el estado de cosas existente. Para sus nuevos lectores, Marx habría debido sobreestimar el rol de la organización obrera por presión del sindicalismo apolítico inglés —de allí que diera a la organización gremial “una importancia excesiva”— inhibiéndose de ese modo de reconocer la necesidad de instancias organizativas y funcionales distintas para el terreno político y el sindical, como también la consecuente necesidad del alineamiento político del sindicalismo tras las orientaciones del partido.³⁰ En línea con este contrapunto con los textos de Marx, en las notas de viaje que Ghioldi envía para su

“revolucionarización” de los sindicatos (léase: su bolchevización) “debe ser acelerada por el trabajo metódico de los comunistas”, de modo que los núcleos de obreros comunistas no eran un objetivo en sí mismos sino para trabajar desde los intereses inmediatos de los obreros hacia metas más revolucionarias, dado que “toda lucha de masas es hoy, en este sentido, una lucha revolucionaria, aun cuando su objeto inmediato sea reformista”; en “El Tercer Congreso de la Internacional Comunista y la cuestión Sindical. La opinión de los comunistas alemanes” (1921), *La Internacional. Suplemento*, n° 11, Buenos Aires, 23 de octubre, pp. 13-15.

²⁸.- “Los sindicatos y el Estado obrero”, *La Internacional. Suplemento*, n° 12, 30/10/1921, pp. 15-16.

²⁹.- “El Tercer Congreso de la Internacional Comunista y la cuestión Sindical. La opinión de los comunistas alemanes”, cit., p. 15.

³⁰.- “Marx y los sindicatos”, *La Internacional. Suplemento*, n° 7, 26/9/1921, pp. 4-5.

publicación en *La Internacional* presentaba con meridiana claridad la relación entre vanguardia y clase que los comunistas locales extraían de la experiencia rusa. La narración de Ghioldi pretende reproducir el punto de vista del secretario del gremio ferroviario:

“Después de la revolución de marzo de 1917 el sindicato ferroviario tiende a la descentralización absoluta; en virtud de ello se crearon varios sindicatos, tantos como líneas férreas tiene el país”.³¹

Para luego añadir que en el Congreso ferroviario reunido en julio de 1917 se discutieron varias cuestiones, pero —interviene entonces la voz de Ghioldi— adolecía de un problema clave: “La mayoría de los delegados a ese congreso no eran revolucionarios; tan sólo contaba con dos o tres bolcheviques”.³² En todo el relato quedaba palmariamente expuesto el lugar protagónico del partido (bolchevique) en la revolución, mientras la clase trabajadora, en este caso del sindicato ferroviario, venía a la zaga, y se haría revolucionaria a medida que se bolchevizara, entendiéndose por esto su adscripción partidaria.

De la asignación de los saberes

En un contexto que definía a partir de la confrontación entre viejos y nuevos ideales, José Ingenieros sostenía que “la presente renovación del mundo” tenía en “las clases trabajadoras ... la más robusta esperanza” y que dicha regeneración moral se basaba en principios que tenían en la revolución rusa “su primer ensayo de experimentación” (Ingenieros, 1957 [1920d]: 138). Pero a estas “clases trabajadoras” las concebía de modo muy amplio en tanto opuestas a esas “clases parásitas” que habían provocado el descenso moral, respondido ahora con el alzamiento de las nuevas fuerzas morales (*ibídem*: 139). Ese amplísimo movimiento que quedaba englobado bajo aquel rótulo de “clases trabajadoras” tenía de todos modos un sector dirigente, pues “la fuerza de las revoluciones” siempre fueron, desde el Renacimiento, las minorías ilustradas (Ingenieros, 1957 [1918]: 17). Esta élite era capaz de motorizar y dirigir las revoluciones en tanto poseedora de un saber, y uno de los ejemplos paradigmáticos de la

³¹.- Ghioldi, Rodolfo, “El sindicato de los obreros ferroviarios”, *La Internacional. Suplemento*, n° 11, 23/10/1921, p. 8.

³².- *Ibídem*.

hora resultaba ser esa “internacional del pensamiento” que era para Ingenieros el colectivo *Clarté*, “un grupo selecto de escritores” que “conscientes del ritmo de la historia” estrechaban filas para “hacer la revolución de los espíritus” (Ingenieros, 1957 [1919]: 43). Su equivalente en Rusia era “la minoría ilustrada del pueblo ruso” que “con una clarividencia sólo igualada por su energía, arrancó el mecanismo del Estado a las clases parásitas y lo puso al servicio de las clases trabajadoras” (Ingenieros, 1957 [1920d]: 140). Halperin Donghi ha remarcado esta frase donde el Estado se pone “al servicio” y no en manos de la clase trabajadora (Halperín Donghi, 2000: 76). El enunciado no sólo reforzaba el rol dirigente de las élites ilustradas sino que les adscribía la misma acción revolucionaria en tanto portadoras de los saberes científicos y técnicos desde los cuales reconstruir un Estado que fuera a su vez motor de los cambios societales necesarios para la regeneración social.³³

La arquitectura de la renovación, tal como la pensaba Ingenieros, otorgaba entonces roles precisos a élites y masas, por los cuales las minorías ilustradas (dotadas de ideas) debían ser respaldadas por las fuerzas del trabajo (Ingenieros, 1957 [1919]: 48), dado que “las revoluciones son siempre la obra de minorías educadoras y actuantes”, mientras que “la gran masa es neutra y constituye siempre un obstáculo a cualquier género de progreso que la saca de sus hábitos y rutinas” (Ingenieros, 1957 [1920]: 74).³⁴

Esta relación entre élites y masas se prolongaba en el período “constructivo” de la revolución, el de la transición de “la actual estructura política soviética” hacia “un sistema administrativo en que estén representadas las diversas funciones sociales”, o lo que es lo mismo —y en esto Ingenieros se apoya en Philips Price— en la sustitución del Soviet, “arma temporaria” cuya función era proteger a la institución que lo sucedería, por “el instrumento destinado a crear el nuevo orden en Rusia”, el Supremo Consejo de la Economía Pública (Ingenieros, 1957 [1920c]: 116-17). A través de este

³³.- Aunque Ingenieros señalaba, pocas páginas después, que en la lucha inconciliable que libraban un Estado capitalista que “cuenta aun con poderosos medios para conservar el poder y prolongar la existencia de las clases parasitarias” y el Estado socialista en formación, la “eficacia constructiva” de este último “depende exclusivamente de *la conquista del poder por las clases trabajadoras*” (Ingenieros, 1957 [1920d]: 144; el énfasis me pertenece).

³⁴.- Como los otros intérpretes de la revolución rusa, pero más agudamente, Ingenieros intentaba responder a la pregunta por los modos y las razones por las cuales los *sujet(ad)os* al régimen dominante, en tanto masas serializadas, eran capaces de volcarse a las tareas de su emancipación. Esa *capacidad*, ¿era algo que las propias masas guardaban de modo latente o acaso se precisaba de una intervención *no sometida* a la rutinización y la mediocridad de la serie? Quizás la ambivalencia ingenieriana —buscando hacerse cargo de esta problemática— residiera en la sustitución del «acto de vanguardia» por alguna forma de «entidad de vanguardia», sustancializada. Volveré sobre este punto.

organismo orientado, argumentaba Ingenieros, a crear una organización funcional y meramente administrativa del orden social se exponía la relación “deseada” entre élites y trabajadores pues —haciendo suyas las palabras de Wilfred R. Humphries— aducía que “a estos administradores y expertos técnicos [de las industrias] se les confiere verdadero poder. No están a merced del voto casual de una masa de obreros más o menos ignorantes” (*Ibidem*: 119). Es que las masas, o los trabajadores, no habrían podido afrontar las tareas de una revolución social como tampoco desempeñar el lugar dirigente u orientador del proceso productivo, algo que, aseveraba Ingenieros, habían demostrado “los primitivos Consejos de Fábricas, puramente obreros”, incapaces de acometer la producción con prescindencia de los técnicos, por lo cual debieron ser reemplazados por Consejos que equilibraran en partes iguales las representaciones del Consejo Central, del personal técnico y de los obreros (*ibídem*: 123). Y una páginas más adelante se extendía sobre el asunto:

“Otra enseñanza experimental de la Revolución Rusa consiste en disipar el prejuicio — tanto obrero como capitalista— de que la socialización puede efectuarse entregando los medios de producción a los incapaces e incompetentes. Las probabilidades de éxito de las industrias socializadas disminuyen si falta la dirección de las más altas capacidades técnicas. Los albañiles no harán buenos edificios sin la cooperación de arquitectos y constructores experimentados. En esto ha sido muy educativo el ensayo ruso, con el fracaso de los primitivos consejos de fábrica, felizmente subsanado a tiempo por los geniales dirigentes de la organización socialista” (*Ibidem*: 125)

La élite se presentaba aquí de modo desdoblado: era por un lado el personal que detentaba el saber técnico, científico, un saber que formaba la base desde la cual construir la nueva sociedad, y era, por otro, un saber político, una dirección, una vanguardia que era capaz y tenía el poder de tomar las decisiones que acompañaran el proceso histórico. A la vez, en el mismo razonamiento, lo que quedaba desplazado era la puesta en discusión en torno a cuál debería ser la organización de la industria, cuáles sus objetivos, cuáles sus formas organizativas, o, para decirlo en los términos del propio Ingenieros, cuál era la arquitectura del edificio deseado y necesitado en las nuevas condiciones que la revolución imponía (o pretendía imponer). Podría decirse que el predominio de las élites (políticas y científicas) tanto en la factura de la revolución como en la construcción de la nueva sociedad radicaba en cierto pre-conocimiento del mejor desarrollo histórico, el cual no podía ser puesto en discusión por la presentación de esos nuevos interlocutores que eran las multitudes (trabajadores, campesinos, mujeres, etc.). De modo que en la ecuación relacional entre élites y multitudes, Ingenieros concedía la palabra a las primeras, bajo la condición axiomática de su

esencia de vanguardia, sabedoras del modo de renovación del mundo, concedoras del progreso necesario e ineluctable; la formulación ingenieriana dejaba así intocadas ciertas premisas del régimen anterior, como la racionalidad de la técnica y la ciencia y sus asociados contenidos de distribución social. En tanto, el lugar de las multitudes es semi-mudo, pareciera limitarse a un rumor de simpatía para con su dirección.

Ingenieros abordaba de este modo uno de los temas que mayor atención concitó entre quienes escribían sobre la revolución rusa en tierras rioplatenses, tema que podría sintetizarse como el debate sobre el lugar de los expertos y el control obrero de la producción, o la asignación de los saberes.³⁵

Era justamente en base al lugar marginal al que supuestamente habían condenado los bolcheviques a parte importante de la élite ilustrada que Juan B. Justo podía fundar uno de sus argumentos para sostener una mirada negativa del proceso revolucionario soviético. La dirección de la que pretendía ser la más radical de las revoluciones políticas se enfrentaba, aducía Justo, con dificultades que ella misma se había creado, al menospreciar y perseguir por motivos políticos “a los hombres educados para los grados superiores del trabajo productor” (Justo, 1919: 14). Citando a Trotsky y Radek, alegaba que los jefes bolcheviques, concibiendo a su partido como “cabeza del proletariado”, actuaron violentamente para conseguir el predominio inmediato y absoluto del partido instituyendo una dictadura que “rompió con los hombres aptos e indispensables para los trabajos superiores”, a los que persiguió bajo la acusación de sabotaje y desorganización de la producción para, con posterioridad, aplicar una “bárbara y cruel receta” a fin de asegurarse el trabajo técnico y económico especializado.³⁶ Por este camino, la revolución rusa habría probado, por un lado, que el “sutil esfuerzo mental, tan difícil de controlar, se presta menos aún que el trabajo manual a ser arrancado por la fuerza” y, por otro lado, había iluminado lo indispensable que para la sociedad resulta dicho trabajo. De modo que “el movimiento obrero

³⁵.- Hay que decir que esta problemática ocupó muchos más centímetros en la prensa socialista y en algunas revistas político-culturales que en los periódicos y revistas anarquistas —donde tendía a vérsela como una vuelta de la pequeña burguesía a sus posiciones de mando a consecuencia del retroceso de la revolución. En la prensa comunista fue principalmente abordada a través de la traducción de escritos de dirigentes del gobierno soviético, como Lunatcharsky, Radek, Trotsky. Tanto Omar Acha (2002) como Daniel De Lucía (1997) han realizado un primer señalamiento de esta problemática en las lecturas de la “revolución rusa”.

³⁶.- *Ibidem*, p. 15-16. Los textos de Trotsky y Radek que Justo cita son: la conferencia del 28 de marzo de 1918 en Moscú de León Trotsky, “Arbeit, Disziplin und Ordnung werden die sozialistische Sowjet Republik retten” (Basilea, 1918), y el texto de Karl Radek, “Die Entwicklung des Sozialismus von der Wissenschaft sur Tat-Bern-Belp-Promachos Verlag” (Essen, 1919).

revolucionario necesita y debe incorporar el personal técnico superior y el personal administrativo a la clase trabajadora, tanto en el campo gremial como en el político” (Justo, 1919: 16). No es descabellado interpretar, entonces, que Justo observaba que, al menos parcialmente, la deriva autoritaria e incompetente de la dirección de la economía soviética nacionalizada se relacionaba con el mayor peso que tendría la clase obrera —a través de uno de sus partidos representativos— en relación a las capas intelectuales revolucionarias. La relación entre la intelectualidad y la clase trabajadora se habría desquiciado por las luchas intestinas entre los partidos revolucionarios, sobre todo por las prácticas excluyentes y persecutorias puestas en juego por los bolcheviques respecto de otros grupos socialistas, como los mencheviques y los socialistas revolucionarios. Pues, argumenta Justo,

“Al comenzar la revolución rusa de 1917, predominaba en las asambleas (soviets, etc.), lo que en aquel país llámase la «inteligencia», técnicos, administradores, profesionales, literatos y estudiosos, afiliados en su gran mayoría al partido titulado socialista revolucionario. Por su parte, los jefes bolcheviques, cuyo primer campo de acción fue el soviet de Petrogrado, eran también hombres de letras” (*Ibidem*, 14).

El predominio inicial en los *soviets* de los sectores educados resultaba, en la estrategia enunciativa de Justo, el momento positivo, caracterizado por una “correcta” relación entre intelectuales y trabajadores, en tanto correspondía a los primeros la dirección política del proceso revolucionario (de allí la doble condición de ese sector dirigente: intelectual y socialista) como así también su origen (por lo que motorizaban los primeros *soviets*). Fue la práctica bolchevique, en “lucha irreconciliable con los socialistas revolucionarios y los mencheviques” por medio de acusaciones y persecuciones, la que disolvió “violenta e ignominiosamente la Asamblea Constituyente cuya inmensa mayoría era socialista revolucionaria” (*Ibidem*: 14). La dirección de las élites que aparece desdoblada en Ingenieros, en Justo se presenta unificada en y a través de los partidos socialistas.³⁷ Y mientras el principio directivo que se asignaba a dicho sector “intelectual” era coincidente en ambos autores, en Justo esas élites actuaban no sólo como portadoras de saberes absolutamente necesarios sino también en cuanto *representantes* de las clases trabajadoras por medio del lazo que implicaba el socialismo como partido o movimiento (por ello disolver la Constituyente era, además de un ataque al parlamentarismo, una distorsión de la relación entre la élite dirigente y las masas

³⁷.- De hecho, Justo continúa argumentando que llegado el caso, el proletariado no debe buscar las capacidades técnicas y administrativas superiores en las filas del enemigo, sino que debe ir desarrollándolas desde dentro de sus propias filas en el mismo campo de la acción socialista (*Ibidem*: 16); lo que deber ser leído como la incorporación de los técnicos y profesionales al campo gremial y socialista.

populares).³⁸ Los mismos argumentos eran retomados por Justo en sus célebres conferencias de abril y mayo de 1920, tituladas “El momento actual del socialismo”: no sólo los bolcheviques habían debido reconocer “las funciones técnico económicas de la burguesía y de los profesionales” —como lo admitía “Trotsky, hombre inteligente y enérgico, organizador de la victora militar bolchevique”— sino que la misma revolución rusa había demostrado “que la cooperación técnica en las grandes masas no es todavía espontánea, *ni puede ser libre*”.³⁹ Lo que exigiría un subordinación de los trabajadores al saber técnico que portaban burgueses y profesionales.

Contrariamente a una primera y virtuosa relación entre élite político-ilustrada y trabajadores, Greco y Penelón sostenían que “en el primer momento” fue necesario abolir en las industrias la “dirección unipersonal burguesa” propia del antiguo régimen, porque era indispensable “destruir todos los engranajes capitalistas” como a la vez “*poner al descubierto las capacidades directivas entre las masas*”.⁴⁰ Y si sobre esta base podía expandirse un pensamiento que atendiera a la reasignación de saberes como dimensión de la misma revolución —actualizando la vieja tesis marxiana sobre Feuerbach— en tanto los “engranajes capitalistas” a destruir implicaban precisamente un tipo de ensamble social sometido a una racionalidad técnica y administrativa propia del capital mientras que el “des-cubrimiento” de “las capacidades directivas de las masas” parecía apostar a la construcción de una nueva racionalidad gestada en los espacios de decisión colectiva —como los comités de fábrica que iban haciéndose cargo de la producción— los dirigentes comunistas cerraban rápidamente esa ruta reflexiva en honor a la infalibilidad bolchevique: “Pero la masa obrera no está, no puede estar toda

³⁸.- Poco tiempo antes, *La Vanguardia* reproducía varios artículos de J. N. Minsky, en uno de los cuales sostenía que “el marxismo revolucionario ha revelado su error fundamental, cual es la pretensión de dar todo el poder exclusivamente al trabajo manual, sin la ayuda del trabajo intelectual (...) Ha desencadenado [el pueblo ruso] un movimiento que está llamado al fracaso, si el trabajo intelectual no se une al trabajo manual, pero que puede cambiar la faz del mundo si esta unión se realiza”, cfr. Minsky, J. N. (1918), “La ideología de la revolución rusa”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 18 de julio, pp. 3-4; y también, del mismo autor, “La revolución rusa y la guerra”, en *La Vanguardia*, 4 de octubre de 1918, p. 1. En ambos artículos queda claro que los *soviets* eran, para el autor, instancias corporativas que representan aspectos del trabajo, por lo que llama a constituir “*soviets del trabajo intelectual*” a fin de equilibrar a los existentes *soviets* del trabajo manual. Este autor, como se dijo en la “Introducción” de este trabajo, publicaba en la revista *España*, que fundara Ortega y Gasset en 1915, y es de allí que probablemente *La Vanguardia* levantó sus notas.

³⁹.- Justo, Juan B. (1920), “El momento actual del socialismo. Conferencia del diputado Justo”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 12 de abril, p. 1, las cursivas son mías. Las otras conferencias son Justo, Juan B. (1920a), “El momento actual del socialismo. Segunda conferencia del diputado Justo”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 19 de abril, pp. 1-2; y Justo, Juan B. (1920b), “El momento actual del socialismo. Tercera conferencia del diputado Justo”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 10 de mayo, pp. 1-2.

⁴⁰.- Greco, Juan y Penelón, José (1923b), “‘Su Majestad, la Burocracia. La Vida en la Rusia Roja’”, en *La Internacional*, 2 de febrero, p. 4.

ella capacitada para la dirección de la industria, aún cuando como clase pueda estarlo” y los revolucionarios rusos comprendieron que era preciso un nuevo giro para “poner la dirección unipersonal revolucionaria”; no hacerlo “hubiera sido perjudicial para la industria soviética”.⁴¹

De todos modos, permanecía cierta ambivalencia en la reflexión de estos comunistas, pues la practicidad y suficiencia organizativa bolchevique, capaz de destruir la dirección unipersonal cuando estaba en manos burguesas (de patronos o técnicos burgueses) como de disponerla nuevamente como “dirección unipersonal proletaria por medio de los técnicos de la revolución”, era contrapesada, enunciativamente, por el consuelo de que “hay muchos elementos obreros que son elegidos” para esa nueva dirección “con intervención de los sindicatos y de las instituciones del gobierno soviético” y que esos nuevos directores estaban “permanentemente controlados por los obreros y funcionarios soviéticos”.⁴²

Estas reflexiones en torno a la problemática del lugar del saber en la revolución resultan especialmente relevantes para comprender aspectos de las concepciones políticas de la izquierda.⁴³ En primer lugar, porque los discursos que subrayan la

⁴¹.- *Ibidem*.

⁴².- *Ibidem*. Como se señaló más arriba, el Partido Comunista apelaba en no pocas ocasiones a la palabra autorizada de los dirigentes bolcheviques; en este caso, la cuestión de la relación entre el gobierno bolchevique y parte de la *intelligensia* rusa era expuesta por el Comisario de la Instrucción Pública, Anatoli Lunatcharsky. Su texto “Los intelectuales frente a la revolución mundial”, fue publicado en *La Internacional. Suplemento* el 12 de septiembre de 1921. Como se mencionó, muchos de estos textos volvían a publicarse en revistas político-culturales interesadas en la problemática de la revolución rusa; en este caso, el artículo de Lunatcharsky es reeditado en la prestigiosa *Revista de Filosofía* (nº 6, noviembre 1921, pp. 470-477). En dicho escrito, Lunatcharsky explicaba la importancia que tenía para la revolución atraer a los intelectuales a colaborar con el régimen soviético, distinguiendo entre distintas fracciones de esa “categoría social” y planteando que las dificultades que se habían presentado respecto de los profesores y maestros, como también de ingenieros y técnicos, estaban en vías de superación.

⁴³.- Los sindicalistas tenían una respuesta anticipada a esta problemática, de modo que Julio Arraga podía decir que “[l]a institución histórica llamada a capacitar al productor libre es el Sindicato”, pues es en “el Sindicato, como órgano revolucionario de clase” que “se puede realizar el proceso económico y político de capacitación que debe preceder a la toma de posesión de los instrumentos de producción para que el movimiento no vuelva a fracasar, como ya fracasó durante la Comuna de París, al pretender tomar la dirección de la producción, sin estar preparado para ello”, Dr. Julio A. Arraga (1918), *El sindicalismo, los partidos políticos y las sectas*, Buenos Aires, Biblioteca de “La Acción Obrera”, vol. IV., cit. en Halperin Donghi (2000: 465-66). Evidentemente la referencia a la Comuna oficia de juicio sobre la situación rusa; de todos modos, esta reflexión, es deudora —en palabras de Arraga— de una concepción del “proceso de transformación de las relaciones sociales de las clases [como] *evolución de la revolución*” (*ibidem*: 465; cursivas en el original). Del mismo modo, en referencia a los consejos de fábrica, se dice que estos consejos como órganos de control atemperan el malestar obrero y, además y más importante, offician como “escuela donde los obreros se capacitarían técnicamente para cumplir un rol que por derecho (...) les corresponde”, por lo que el sindicato “es el yunque donde se forma el espíritu de clase, donde se adquiere una fuerza capaz de posesionarse en un momento preciso de las fábricas”; en E. Roque (1922), “Los consejos de fábrica”, en *La Organización Obrera*, Suplemento extraordinario nº 2, Buenos Aires, 1º de mayo, pp. 126-28.

imprescindibilidad del saber experto, el conocimiento técnico y aún científico para la producción⁴⁴ —e incluso para la viabilidad de la sociedad rusa— parten de la creencia, como sostiene Rancière, de que esos saberes permiten establecer un estado de las cosas de modo “objetivo”, evidente, enunciándolo por medio de esa terminología técnica o científica, cuando en rigor esos mismos saberes tienen capacidad performativa para el establecimiento de la situación, es decir, para fijar lo evidente, lo objetivo. La disposición a privilegiar esa palabra frente a la que esgrimen las subjetividades revolucionarias, manifiesta la decisiva influencia en los mismos modos de pensar la cuestión, de ese previo reparto de los saberes, de un saber anterior sobre la distribución de los saberes, el cual se supone incuestionado porque objetivo. Desde esa perspectiva, los nombres son las formas de asignación de lugares en el proceso de producción —entendido en términos generales— y de postulación de propiedades asociadas a esos lugares: los trabajadores, los obreros, quedan de este modo adscriptos, adheridos al universo del trabajo, y su palabra circunscripta a capacidades asociadas con ese lugar: pueden hablar como obreros, pero no como directores de la obra.

De este modo no sólo se niega la posibilidad de un saber inédito porque revolucionario a quienes ya no hablan ni actúan desde la posición de adscripción al mundo laboral, sino que se continúan evaluando y valorando los problemas con la mentalidad propia de la racionalidad capitalista. Antonio de Tomaso lo declaraba de modo diáfano:

“Los bolcheviques han fomentado en su propaganda, tanto más agradable a la masa inculta porque halaga sus instintos, la ilusión de que los obreros de una nación pueden prescindir de la dirección técnica y hacerlo todo por sí solos. Esa dirección técnica era, precisamente, la función social útil del empresario capitalista. El resultado ha sido un desastre: elevación de los salarios a límites ruinosos, indisciplina técnica, disminución de la producción y aumento del costo” (de Tomaso, 1919: 83).

Y de modo similar, Greco y Penelón apelaban a la “objetividad” de la función técnica —y con ella de la racionalidad capitalista— cuando manifestaban que “la dirección unipersonal ha sido mala en tanto servía los intereses de la clase burguesa, y es buena en tanto beneficia a la revolución”.⁴⁵ Un razonamiento que, además, dejaba de

⁴⁴.- De “esos” saberes, “esos” conocimientos, “esa” ciencia.

⁴⁵.- Greco, Juan y Penelón, José (1923b), “Su Majestad, la Burocracia. La Vida en la Rusia Roja”, cit. p. 4.

lado la decisiva cuestión de “quiénes dirigen”, y la más definitiva aún disolución del poder colectivo de los comités de fábrica que llevaban adelante los bolcheviques.⁴⁶

Además de los ya señalados, el otro argumento que se esgrimía con asiduidad entre los críticos de la apropiación de las industrias y talleres por los comités de fábrica es que cada uno de tales comités terminaba comportándose como un empresario particular o individual, careciendo del punto de vista general que se precisaba para una sociedad y economía socializadas.⁴⁷ Pero, ¿cuál sería ese punto de vista general? O dicho de otro modo, ¿cómo se compone esa perspectiva abarcativa de “la sociedad” si no es a partir de la construcción de las *nuevas* relaciones sociales *emergentes*? En lugar de *dar un tiempo* —atender a la multitemporalidad— a que las modalidades de construcción revolucionaria fueran estableciendo ese “punto de vista” (o todos los necesarios), los analistas locales abogaban por la centralización en los órganos de la economía nacional y en el Estado (que era nuevamente presupuesto como el lugar de los intereses generales). Pero justamente lo que los sujetos de la revolución ponían en cuestión es que ese punto de vista general ya existiera, que alguien —Sujeto, Estado, Ciencia, Razón— pudiera hablar *en nombre* de todos, y proponían de hecho y de palabra la construcción, desde abajo, de nuevos valores y perspectivas —y *nombres*.

Las críticas a la apropiación de talleres, usinas, etc. por los “comités de fábrica” era, en definitiva, una crítica a los alcances verdaderamente revolucionarios de la gesta rusa, a la acción emancipatoria de los trabajadores, pues lo que éstos hacían al *apropiarse* de las industrias era convertir en *propio* lo que hasta entonces se presentaba como extraño, como otredad, como enajenación, aquello de lo que habían sido *privados*. Esa apropiación se ejerce tanto a través de la constitución de una nueva escena de palabra —rediseñada por el surgimiento de los *soviets* e instancias similares— como de la redefinición de lo público por la transformación en asunto común de aquello que no lo era (el ámbito privado, doméstico, personal, etc), es decir, por la refiguración política de la comunidad (de lo común). Cuando los críticos en la Argentina reclamaban que sin

⁴⁶.- En otro pasaje del mismo artículo, los autores aducen que así como no es necesario que todos los socios de una empresa capitalista participen de su dirección para que ésta sea burguesa, “tampoco es indispensable que todos los obreros estén en la dirección de una empresa para tener ésta una dirección proletaria” (*Ibidem*). Además de la perfecta traslación de la racionalidad de una situación para enunciar *otra* de modo “objetivo” —otra que, precisamente, cuestiona esa racionalidad— queda pendiente la pregunta sobre cómo y quiénes decidirían qué obrero dirige y cuáles otros contemplan.

⁴⁷.- Entre muchos otros, cfr. de Tomaso (1919; especialmente 64 y ss.; 117 y ss.) y Palacios (1921: 42).

expertos la puesta en producción peligraría o fracasaría, cuando advertían que la dirección unipersonal de las unidades productivas tiene que ver con la *propiedad* de un conocimiento (el conocimiento tendría la *propiedad* de la dirección, tal sería uno de sus atributos), y que por lo tanto los técnicos deben ocupar su lugar y los obreros ejercer el *propio como obreros* —limitando sus *propiedades*, sus capacidades, a las figuras del contralor, de la petición de seguridad, salud, etc.— reproducían el reparto *dado* de lugares sociales, como diría Jacques Rancière, y constituían a los sujetos (nombrándolos por esos lugares) en tanto fijados a ese orden que si les resultaba evidente, era porque esa evidencia ya estaba (su)puesta en el mismo marco cognitivo, es decir, era el resultado de un campo de visibilidad derivado de una racionalidad que la ha sustraído al conflicto político y “la ha puesto” como “lo dado”.⁴⁸ Precisamente lo que los trabajadores rusos hacían resultaba inadmisibles para estas perspectivas —aunque cierta tensión y ambigüedad late en algunos escritos— pues el trastocamiento radical que surgía junto con los modos de subjetivación política —que ya no pueden nombrarse simplemente como *obreros*— implicaba la puesta en discusión de la producción (de sus fines, sus formas, sus razones, sus agentes, etc.).⁴⁹ La tranquilidad que se descubre en los escritos locales cuando se revierte la situación en Rusia y expertos y técnicos vuelven a ocupar los lugares de dirección de la industria nacionalizada, junto con las orientaciones productivistas y tayloristas que impulsa el régimen bolchevique, revela que, mayoritariamente, la izquierda local se mantuvo apegada a una perspectiva de inteligibilidad de los acontecimientos que consideraba como “evidente” y “objetiva” —más allá de la misma lucha de clases— cierta distribución de lugares y roles sociales, perspectiva consistente con la relación entre una dirección del proceso revolucionario que correspondería a las minorías educadas o a las vanguardias políticas y el papel de

⁴⁸.- Lo dice Juan B. Justo de modo bien claro: “Somos los socialistas los sostenedores de la teoría científica de la Historia, que ve la base de ésta en la actividad técnico económica y asigna a la política y a la ley un papel muy condicional y relativo. Periódicamente, sin embargo, nosotros, o algunos de nosotros, caemos en la superstición autoritaria y parecemos creer que la autoridad impuesta por nosotros (...) podría improvisar una sociedad nueva y perfecta”; en Justo, Juan B. (1920a), “El momento actual del socialismo. Segunda conferencia del diputado Justo”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 19 de abril, pp. 1. La conjuración de la tentación de la revolución como “superstición autoritaria” de una “autoridad impuesta por nosotros”, apela a los poderes “antimágicos” de la racionalidad técnico-económica, resultando sintomática del combate en la izquierda de concepciones polares de la política.

⁴⁹.- Aquí no se discuten las enormes dificultades y desajustes, destrucciones y desorganizaciones de la producción en Rusia durante esos años, ni la existencia de robos y comportamientos individualistas en y entre los comités de fábrica; lo que se intenta exponer son las concepciones políticas implícitas en una u otra manera de abordar el problema. En todo caso, la emancipación de los trabajadores como tales precisaría disponer nuevamente los lugares sociales de modo que el saber no quede, otra vez, desigualmente distribuido, y esa re-disposición no podría elaborarse en base al régimen de pensamiento que ha sostenido y legitimado esa desigualdad.

las multitudes. Asimismo, es indicadora de la invisibilidad que para estos enfoques tenía la dimensión propiamente política de la revolución, es decir, la apuesta a la construcción de una nueva comunidad de la mano de un movimiento de subjetivación que no puede reducirse a los nombres de los roles sociales preexistentes.

Otras narraciones —no demasiadas, por cierto— contrastan esa “evidencia” de la distribución de los saberes, contrarían las asignaciones —las fijaciones— de los roles en la producción, impugnan el lugar de la palabra educada (política, científica) que refería los sucesos de Rusia, específicamente, la significación de las *apropiaciones* populares de los medios de producción industrial. Entre esas voces, la de Bartolomé Bosio se preocupaba por señalar, en un texto publicado en 1928 pero probablemente escrito antes, que los obreros participantes de las conferencias de producción ya habían contribuido “con sus innovaciones, inventos y descubrimientos a una mejor organización industrial”, posibilitando “el aumento de la producción, el mejoramiento de la calidad de los productos, el abaratamiento” y que se introdujera “la *racionalización*”; lo que no impedía que se tropezara con obstáculos y se cometieran errores, pues no pocas veces “los administradores, técnicos y directores, se sienten lesionados, celosos, por la injerencia de los obreros (...) por las observaciones y correcciones que hacen a su labor”, una actitud que se debía a que mayoritariamente se trataba “de técnicos y directores del antiguo régimen, con una educación burguesa que los había colocado por encima de la masa productora a la que consideraban como una cosa dócil, manejable a su voluntad”, siéndoles difícil adaptarse a “las nuevas condiciones de la Vida Soviética”.⁵⁰

La revista *Documentos del progreso* publicó en noviembre de 1919 un texto de John Reed —que poco después sería editado como folleto— en el que el periodista y activista internacionalista, luego de relatar los conflictos de los comités de fábrica con los patrones, conflicto que se hace más violento hacia junio de 1917, sostiene que en “[e]l mayor número de los casos los obreros encontraron en sí suficientes recursos para poder dirigir la industria sin patrones”.⁵¹ A pesar de que “los propietarios buscaron falsificar los libros, tener ocultas las órdenes”, los comités de los obreros encontraron la

⁵⁰.- Bosio, Bartolomé (1928), “Un aspecto de la vida de las usinas y fábricas de la Rusia Soviética”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 66-82. Las citas de pág. 76. Bosio agregaba que “los obreros, secundados inteligentemente por la Célula Roja de la fábrica” combatían “esa tendencia burocrática y excluyente” (78-79).

⁵¹.- Reed, John (1919), “Cómo funciona el soviet”, en *Documentos del progreso*, n° 7, Buenos Aires, 15 de noviembre, p. 5.

manera de “controlar los libros”, a la vez que “vigilar que nada entrase o saliese” sin permiso, y mientras los empresarios procuraban hacer colapsar la producción por falta de combustible o de materias primas, los trabajadores se vieron obligados a gestionar su provisión directamente, ya sea “en las minas”, “en las fuentes de petróleo del Cáucaso”, “en las plantaciones de algodón de Crimea”, como también a encargarse de las ventas.⁵² De modo que “la comisión interna de fábrica, creación del caos ruso, fue arrojada por la necesidad a aprender la manera de gestar la industria, así que cuando se presentó la ocasión, los obreros pudieron con menores inconvenientes asumir el control”.⁵³

Particularmente interesante es la siguiente anécdota referida por Reed, porque expone cómo podía ir encadenándose el movimiento de *apropiación* por parte de los trabajadores y porque confronta las versiones sobre el comportamiento de los comités fabriles al modo de los empresarios individualistas:

“Las oficinas Obucov eran un establecimiento metalúrgico que trabajaba para la marina de guerra. El jefe de la comisión interna era un ruso-americano, de nombre Petrovsky, conocido en América como anarquista. Un día el jefe de la repartición de torpedos dijo a Petrovsky que la repartición debía clausurarse por la imposibilidad de procurar ciertos pequeños tubos usados en la fabricación de los torpedos. Estos tubos eran fabricados por una fábrica sobre el río, cuyos productos fueron acaparados con anticipación de tres meses. La clausura de la repartición [de] torpedos significaba la desocupación de 400 obreros. «Yo procuraré los tubos», dijo Petrovsky, y se dirigió directamente a la fábrica de éstos, donde en vez de hablar al director, buscó al jefe de la comisión local interna. «Compañero, le dije, si dentro de dos días no tenemos los tubos, nuestra repartición de torpedos se clausurará y 400 obreros quedarán sin trabajo». El jefe de la comisión buscó sus libros de oficina, y encontró que algunos millares de tubos estaban acaparados por tres establecimientos privados de la cercanía. Se trasladó con Petrovsky a estos establecimientos, y aquí también se dirigió a los jefes de las comisiones internas. Se encontró que en dos fábricas los tubos no eran necesarios inmediatamente: al día siguiente, las oficinas Obucov tuvieron el material que necesitaban, y la repartición de torpedos no se clausuró...”⁵⁴

El norteamericano concluía que por estos medios los obreros iban adquiriendo el conocimiento de los principios fundamentales de la producción industrial y también de la distribución, y que cuando se produjo “la revolución de noviembre” pudieron “ocupar

⁵².- *Ibidem*.

⁵³.- *Ibidem*.

⁵⁴.- *Ibidem*. Reed también narra el caso de una fábrica de textiles de algodón en Novgorod, cuando luego de la revolución de febrero, aduciendo que no se podía producir, “el patrón (...) y los químicos, ingenieros y directores, tomaron el tren y se dirigieron a Petrogrado”. Librados a su suerte —comenta Reed— estos trabajadores, “obreros quizás un poco más ignorantes que la mayor parte”, que “desconocían el proceso técnico de la manufactura, de la dirección y de la venta”, eligieron una comisión interna y reanudaron la confección de tejidos de algodón; intercambiaron los tejidos por asistencia técnica para la maquinaria en un establecimiento mecánico de las cercanías, hicieron un contrato con una cooperativa local para el canje de textiles por víveres, e incluso lo extendieron para la provisión de carbón de las minas de Karkov y de transporte con la Federación de Ferroviarios; finalmente, saturado el mercado local, enviaron una comisión con manufacturas que vendieron a los sastres de Moscú; *ibidem*.

su lugar en el engranaje del control obrero”. Este movimiento, decía Reed, se extendía y tendía a coordinarse, de modo que “en junio de 1917 se realizó el primer congreso de los delegados de las comisiones internas”, cuando todavía eran un fenómeno restringido a la ciudad de Petrogrado.⁵⁵ Los ejemplos relatados y otros referidos por el mismo autor, como las empresas industriales de las minas de los Urales, las fábricas de Vladivostok, indicaban, a su criterio, que “el control de los obreros se ha mostrado superior a la dirección del capitalista”.⁵⁶ ¿Qué significa que aquellos que técnicamente no pueden hacer algo —es decir, carecen del poder— en la práctica demuestran lo contrario?⁵⁷

En su diario de viaje, el economista Alfonso Goldschmidt relataba en relación a las visitas que realizara a distintas fábricas que quedó completamente persuadido “de que había en Rusia obreros con capacidad para administrar, que los había muy calificados en el juicio y con aptitud para todo problema técnico. Tales obreros tienen derecho a ejercer el contralor de las fábricas”; y aunque no podía asegurar si todos los trabajadores rusos mostraban esas capacidades, sus prejuicios respecto de la asignación de roles en la trama económica de la sociedad había quedado desdibujada (Goldschmidt, 1923: 105-116; 137). Por su parte, el socialista Augusto Bunge disparaba oblicuamente sus argumentos contra sus camaradas de partido cuando apuntaba que “ninguna razón práctica permite atribuir al tipo medio del funcionario del Estado —particularmente si no es seleccionado por métodos muy precisos y prácticos— mayores aptitudes técnicas que a funcionarios sociales designados con intervención de los propios trabajadores,

⁵⁵.- *Ibíd.* Y agrega el autor de *Diez días que conmovieron al mundo*: “Fue, no obstante, un congreso notable, eran delegados aquellos que hoy constituyen la gran masa, la mayor parte bolshevikis, diversos sindicalistas y anarquistas: el tono principal de las discusiones fue de protesta contra la táctica de las federaciones”, es decir, contra los gremios preexistentes, de tendencia más conservadora.

⁵⁶.- *Ibíd.*, p. 7. Cfr. también Reed, John (1920), “Los comisarios de reparto en la revolución rusa”, en *Documentos del progreso*, n° 13, 1° de febrero, pp. 7-8; y Sosnovsky, L. (1926), “Los constructores de la Nueva Rusia”, en *Los Pensadores*, n° 120, Buenos Aires, abril.

⁵⁷.- Otro interesante artículo que se publica poco después en la misma revista *Documentos del Progreso*, debido a la pluma de R. Arsky, relataba la *apropiación* de fábricas y empresas por los trabajadores a través del relato del conflicto político en el espacio de cada unidad productiva; ver Arsky, R. (1920), “El control obrero en Rusia”, en *Documentos del progreso*, n° 23, 1° de julio, pp. 7-10. El autor detallaba vívidamente cómo cobraban mayor protagonismo los consejos o comités de fábrica *en confrontación* con la política de los patrones, en un *crescendo* de radicalización que va desde evitar la liquidación de los productos y las fábricas por los patrones a la expropiación, pasando por el control contable y financiero, la resistencia al *sabotage* y la actitud reactiva de la patronal (p.8). El texto expone la ofensiva del *lock-out* patronal desde marzo de 1917, tanto en las industrias de Petrogrado como en las de Moscú (sobre todo la textil) y en la cuenca del Donetz (metalúrgica), y cómo el gobierno provisional actuaba avalando la lógica del capital (pp. 8-9); asimismo, “los estratos medios de la pequeña burguesía, los ingenieros y los técnicos apoyaban la política de los capitalistas y amenazaban con un abandono colectivo del trabajo en el caso de hacerse efectivo el control obrero” (p. 9). Arsky publica en el volumen colectivo *Il Controllo operario* (Samona Savelli, Roma, 1920), junto a Reed, Bujarin, Radek, Togliatti, Avilov, entre otros.

quienes pueden seguir de cerca su actuación y están al menos tan capacitados para valorarla que el conjunto del electorado o la indirecta fiscalización del parlamento” (Bunge, 1919: 15)

En un folleto publicado por la editorial Argonauta en 1921, en el que se recogía parte del debate en el seno del movimiento revolucionario italiano a propósito del movimiento consejista, Maurizio Garino explicaba los motivos para estimular el surgimiento de estos nuevos organismos de clase que eran los consejos de fábrica⁵⁸. El anarcosindicalista italiano sostenía que estas nuevas formas colectivas reunían al menos tres virtudes: eran “excelentes instrumentos (...) para la acción inmediata”, podían “garantizar la continuidad de la producción en el período insurreccional” y, finalmente eran, con toda probabilidad, las futuras “células de la gestión comunista”. Estas nuevas creaciones del poder obrero resultaban tan potentes porque daban “garantías de conocer el proceso íntegro de la producción”, por lo que tenían “*las condiciones necesarias para asumir la gestión eventual de la industria, despojándose de la envoltura capitalista y arrojando fuera del sistema productivo todos los elementos parasitarios*”.⁵⁹

Mientras para muchos intérpretes la vuelta del personal técnico a la dirección de las industrias nacionalizadas representaba una medida progresiva tendiente a solucionar el caos productivo, en las páginas de *La Internacional* Víctor Serge, aun cuando no se planteara directamente el problema de la distribución del saber, exponía todo lo que conllevaba la vuelta de los expertos en tanto orden, regla o precepto de lugares, formas y fines. Luego de señalar con amplitud el rol contrarrevolucionario de la pequeña burguesía, en especial el de sus sectores intelectuales, afirmaba que desde 1919 esa pequeña burguesía se empezó a adaptar a la revolución e ingresar en los órganos soviéticos; se sentía necesaria y negociaba mejores posiciones que las que tenían los obreros o los bolcheviques: en pocos meses “las administraciones soviéticas se ven invadidas —a veces uno se ve tentado de escribir *conquistadas*— por la pequeña

⁵⁸.- Garino, M. (1921), “La concepción comunista anárquica de los consejos de fábrica”, en AA. VV., *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia*, Buenos Aires, Argonauta, pp. 67-75. El mismo folleto es una excelente pieza de las necesidades de discusión política y teórica en la izquierda de la Argentina: editado por la anarquista Argonauta, reúne textos de socialistas, anarquistas, anarcosindicalistas, sindicalista y del grupo de *L'Ordine Nuovo*.

⁵⁹.- *Ibidem*, p. 68. Cursivas en el original. Si bien Garino opone consejos de fábrica con *soviets* —porque considera que éstos son “políticos”— y realiza una lectura un tanto “obrerista”, lo que aquí quiere señalarse es su diferente valoración de los conocimientos de los sujetos revolucionarios y las necesidades de reorganizar la producción sobre bases no capitalistas. Maurizio Garino y Pietro Ferrero apoyaban, entre los metalúrgicos, a *L'Ordine Nuovo*.

burguesía”.⁶⁰ Este retorno tenía otras consecuencias: “en las administraciones soviéticas, la pequeña burguesía trae sus hábitos, su mentalidad, su solidaridad de clase, *hasta sus modos de hablar*. Reconstituye paulatinamente la burocracia”.⁶¹

La “confusión” maximalista

En su libro *Vida y muerte de la República verdadera*, Halperin Donghi señala el equívoco en las traducciones de bolchevique y menchevique por maximalista y minimalista. Sin embargo, el sentido literal de la traducción de ambos términos era conocido, por lo menos, desde antes de la revolución, por lo que es preciso explicar la perduración de una significación que, para el caso de los llamados «maximalistas», atendía más a su supuesta radicalidad político-social (en tanto encarnarían el “programa máximo”, las aspiraciones de un cambio de raíz de la sociedad), que a la mayoría leninista en el congreso de la socialdemocracia rusa de 1903.⁶²

En una fecha tan temprana como julio de 1917, un activista ruso-judío que escribía en *La Batalla* de Montevideo y cuyos artículos se difundían sistemáticamente en *La Protesta*, daba cuenta de este desplazamiento de la significación literal de “bolchevique”: “Los *bolsheviki* y los *mensheviks*, traducido al castellano quiere decir Maximalistas y Minimalistas, han existido siempre y existirán eternamente. Es la mayoría y la minoría...”⁶³, para agregar, poco tiempo después, que dicho maximalismo era la agrupación de “todas las fuerzas combativas: la inmensa mayoría del partido Social-Revolucionario, la gran minoría del partido Social-Demócrata, partidarios estos últimos de Lenin ... y los comunistas anarquistas”, coaligadas “en un férreo *block* de resistencia y más que de resistencia de reconquista (expropiación colectiva) del bienestar económico, político y social”, fuerzas que habían aprobado por unanimidad “un programa llamado máximo”; de aquel momento histórico, finaliza el autor, “surgieron los primeros libertarios llamados maximalistas”.⁶⁴

⁶⁰- Serge, Víctor (1922), “Las clases medias en la revolución rusa”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 6 y 7 de noviembre, pp. 5-6.

⁶¹- *Ibidem*. Las cursivas son mías.

⁶²- Cfr. en la Introducción de este trabajo los vínculos del sector de los *izkrovzes* del grupo Avangard con la fracción bolchevique del POSDR.

⁶³- Misha (1917a), “El verdadero significado de la revolución rusa. Bolsheviki y mensheviks. Maximalistas y minimalistas”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 31 de julio, p. 2.

⁶⁴- Misha (1917h), “Rusia!”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 13 de noviembre, p. 2. Evidentemente el autor de la nota desconocía gran parte de la situación y de la historia de las corrientes revolucionarias

También es durante 1917 que, en un artículo que el anarquista periódico *La Protesta* levanta de *La Razón*, M. Iaroschewsky explicaba que en el congreso de la socialdemocracia rusa de 1903⁶⁵ “se produjo una escisión formal del partido” resultando mayoría los leninistas que desde entonces “fueron denominados en el «argot» partidista «bolschewiki» (de la palabra rusa «bolschinstwo» —mayoría) y sus adversarios «menschewiki» («menschuistwo» —minoría)”, para agregar inmediatamente que “las mismas ideas «maximalistas»” referían “a la posibilidad de hacer juntas la revolución contra el zarismo y la revolución social contra la burguesía”, ideas que Trotsky “defendía y propagaba en el año 1905”.⁶⁶ Que Iaroschewsky entrecomillara la palabra maximalismo puede interpretarse como un desborde de la literalidad del término *bolchevique*⁶⁷, un *exceso* de su sentido primero que el autor asociaba con un desenvolvimiento de la revolución antiabsolutista y parlamentaria *junto a* una socialista, sin solución de continuidad entre ambas, una revolución permanente que excedía los límites preconcebidos entre una y otra, desdibujándolos, del mismo modo que se excedía la literalidad de *bolchevique* como mayoría. Se trata del problema de las nominaciones, del/de los nombre/s de esa revolución “rusa” y de los nombres de sus artífices. La traducción de bolchevique por “maximalista” en lugar de “mayoritario”, más que un equívoco, expresaba ese rebasamiento del sentido literal y era a la vez un intento de nominación, de fijación de significado, a fin de captar (capturar) los alcances del acontecimiento y en particular el carácter de sus protagonistas. La *maximalidad* con que a éstos se nombraba, (su)poniendo así a los sujetos como aquellos que pretendían realizar la “máxima aspiración” revolucionaria (los portadores del “programa máximo”, el más profundo en términos de transformación del conjunto de programas posibles),

rusas (conocía más la anarquista y menos las populistas y marxistas), pero lo que interesa retener aquí es el desplazamiento del sentido de “bolchevique” de su traducción literal como mayoría a esta significación que reúne la doble condición de nombrar la mayoría y lo “máximo”. El mismo deslizamiento de sentido en “Documentos. Pacto fundamental de la república de los soviets (Rusia). Lo que se hace ya en Rusia. ¿Hasta cuándo durará la dictadura proletaria?” (1918), *La Obra*, n° 26, Buenos Aires, 27 de noviembre, p. 2. Se trata de una traducción de un artículo de la publicación portuguesa *A Sementeria*, de Lisboa, pero la aclaración sobre lo que maximalismo significa es un comentario introducido al final del texto por los editores de *La Obra*. Por su parte V. Rochoubev filiaba el maximalismo con el el socialismo revolucionario de Piotr Lavrov y el término bolchevique con el sector mayoritario en el POSDR, opinión esta última que compartía I. Mikailoff; cfr. Rochoubev, Valerio (1919), “¿Qué es el maximalismo?”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 1, Buenos Aires, octubre, pp. 19-24; y Mikailoff, I. (1920), “Un retrato nada antipático de Lenine”, en *Tribuna Socialista. Primer semanario socialista de Sudamérica*, n° XXII, 7 de junio, p. 8.

⁶⁵.- Que en el texto aparece erróneamente como 1904.

⁶⁶.- Iaroschewsky, M. [Mijail Yaroschewsky] (1917c), “La tragedia rusa. Figuras del gobierno maximalista”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 24 de noviembre, p. 2.

⁶⁷.- Es preciso tener en cuenta que si actualmente la palabra *bolchevique* está cargada de significación, en aquellos años, para quienes no hablaban ruso y desconocían las corrientes internas de la socialdemocracia rusa, consistía en un término vacío de sentido.

atendía a ese atributo extremo, máximo, de unos agentes y de un fenómeno que rebasaban los contornos de la situación.⁶⁸ ¿Por qué sostener la designación “maximalista” y no volver a la filiación socialdemócrata, socialista, de los bolcheviques? ¿Por qué mantener un equívoco sabido, dicho? ¿Por qué persistir en definir a la “avanzada” revolucionaria en términos de expectativas y no de identidades? ¿Cuál era el origen, en las estimaciones de los intérpretes, de este deslizamiento de sentido?

Una pista la brinda Moisés Kantor en un artículo publicado en la *Revista de Filosofía* durante 1919. Allí sostenía, como muchos otros, que las diferencias entre maximalismo y minimalismo radicaban en los programas, que como se desprendía de los textos de Marx y Engels “son inseparables”, por lo que el marxista “es maximalista y se sirve del mínimo tan sólo como medio de lucha y de organización”.⁶⁹ Pero dado que ese carácter inseparable no se presentaba en Rusia, Kantor aseguraba que “la separación tan profunda que existe” allí entre maximalistas y minimalistas “proviene de que durante la revolución socialista, los socialistas consecuentes pueden ser tan sólo maximalistas”; es que cuando “el poder pasa a manos de los trabajadores, los minimalistas se vuelven los peores contrarrevolucionarios, se ponen en primera fila de los que combaten el socialismo”.⁷⁰ El factor que desdibujaba la situación minimalista para convertirla en maximalista, que actuaba como discriminador en la continuidad entre minimalismo y maximalismo no era otro que la presencia de los trabajadores, o, si se quiere, de las multitudes obreras y campesinas —como aducía Kantor en ese mismo artículo. La dinámica de la revolución, y con ella el derrotero de los significantes, encontraba su origen en ese proletariado “heredero de las cadenas de los esclavos seculares” que “se levanta contra sus opresores y armas en mano forja su porvenir”. La mayoría (el pueblo) se comportaba de modo *maximalista* (extremaba la situación).⁷¹

⁶⁸.- También Mario Bravo (1920) advertía que bolchevique y menchevique referían a mayoritarios y minoritarios, pero asimilaba igualmente esas categorías con las de política maximalista y política minimalista en virtud de lo que juzgaba como la mayor o menor radicalidad de las distintas corrientes o fracciones; así, trataba a los terroristas rusos de maximalistas del populismo, y claramente empleaba el término maximalismo como sinónimo de extremismo.

⁶⁹.- Kantor, Moisés (1919), “El problema social y la revolución maximalista en Rusia”, en *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, n° 1, p. pp. 123-24. El programa mínimo lo componían las reivindicaciones inmediatas —agregaba— y el máximo no era otra cosa que la “expropiación política y económica de la clase capitalista y la vuelta a la colectividad de todos los medios de producción”.

⁷⁰.- *Ibidem*, p. 124.

⁷¹.- *Ibidem*, p. 124. Algo similar sostenía el citado Misha, para quien el nombre de maximalismo derivaba de la oposición a la guerra y la opresión por parte de los sectores radicales y las multitudes, pues los “extremistas, anarquistas, maximalistas”, no eran otra cosa que “las mayorías del país que, constituidos en los comités de obreros y soldados, baten a las minorías reaccionarias: los conservadores, los octubristas,

La significación del “equivoco maximalista” queda, en cierta medida, corroborada por quienes rápidamente se posicionan como duros críticos de la revolución rusa y en especial del bolchevismo. En agosto de 1918, los editores de *La Vanguardia* estimaban que los días de los bolcheviques al frente del gobierno revolucionario en Rusia estaban contados, y de algún modo para avalar esa percepción publican una traducción de Aleksandr Konovalov, liberal progresista y miembro de los dos primeros gabinetes del Gobierno Provisional y Ministro de Comercio e Industria con Kerensky, en la que se analizaba a los bolcheviques.⁷² Para el ex funcionario provisional, el bolchevismo se compondría de tres elementos, el primero de los cuales sería “el «bolshevikismo de los intelectuales», importado por doctrinarios fanáticos, venidos del extranjero, principalmente de Suiza (...) hombres que desde hace unos diez años no habitaban en Rusia; y no solamente ignoraban su reciente desarrollo, sino que habían olvidado sus costumbres y sus tradiciones”.⁷³ El segundo elemento es “el «bolshevikismo popular», adoptado por los soldados y los campesinos, que por muchos rasgos recuerda las rebeliones y las «jacquerías» de Pugachev (...) Así como esos movimientos populares del pasado no revistieron ningún carácter socialista, el actual movimiento de los soldados y los campesinos no revela ninguna preocupación de evolución social ni de reorganización de la vida del pueblo según *un plan racional preconcebido*”.⁷⁴ Es el carácter “extranjero”, es decir, *exterior, no-propiamente* ruso, y la irrupción *sin plan* lo que caracterizaría al bolchevismo, lo que lo hace imprevisible y lo convierte en extremista, actuando en los límites, provocando el estallido de “los peores desórdenes”, “las huelgas anárquicas a retaguardia del ejército”, “las fraternizaciones con los alemanes en el frente”, “las expropiaciones o las destrucciones de propiedades, de las usinas y de los bancos”, “todos esos *excesos* inspirados en el

los cadetes, los demócratas...”; cfr. Misha (1917b), “El verdadero significado de la revolución rusa. La flamante «ofensiva» rusa y los últimos acontecimientos revolucionarios de Petrograd”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 2 de agosto, p. 2.

⁷²- Konovalov, Aleksandr (1918), “El bolshevikismo. Elementos que lo componen”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 20 de agosto, p. 1. La nota no está firmada pero tiene un copete en el que los editores advierten sobre su autoría. En dicho copete apuntan que “en el momento (...) en que el poder de los maximalistas parece a punto de desaparecer, tienen interés las siguientes declaraciones de Konovalof sobre el maximalismo”.

⁷³- *Ibidem*.

⁷⁴- *Ibidem*, las cursivas son mías. Dejemos de lado el tercer elemento, los arribistas, que serían los que en el momento de la publicación controlarían la situación rusa, dado que los intelectuales, según Konovalov, están concentrados en la expansión de la revolución más allá de Rusia y las muchedumbres habrían caído en la apatía al darse cuenta que todas las promesas eran vanas.

espíritu bolsheviki”.⁷⁵ Como señala Dardo Scavino analizando el caso argentino, la “mala política” siempre la traen “los de afuera”, los “extraños” (Scavino, 2012: 97 y ss); lo que también puede interpretarse como que se trata de un problema de fronteras, de límites, del adentro y del afuera; la *extrañeza* de la “mala política” fija la atención sobre los bordes, sobre lo adecuado y lo excedente.

En contraste aparente, Enrique Dickmann va a rechazar el carácter extranjero del “maximalismo” respecto de las tradiciones rusas. Luego de objetar que se tratara de una nueva doctrina, una nueva elaboración teórica, métodos novedosos o aún de una nueva filosofía (Dickmann, 1922)⁷⁶, afirmaba que “objetivamente (...) el maximalismo como temperamento y como procedimiento no es una planta exótica en Rusia” sino que estaba “en la esencia y en el espíritu del pueblo ruso”. Precisamente este carácter propiamente ruso del maximalismo era lo que explicaría su violencia, pues había nacido allí donde dominó por centurias el régimen político “más brutal y sombrío que registra la historia”, donde “la horca y el cadalso” fueron los instrumentos normales de gobierno, y donde los revolucionarios apelaban sistemáticamente a la violencia.⁷⁷ Al abogar por la pertenencia del “maximalismo” a la cultura política rusa, lo que Dickmann intentaba era hacerlo exterior, extraño, a la tradición socialista, aunque tuviera que decirlo a través de un enunciado ambivalente: “La *esencia* del maximalismo ruso *no es propio* de él, sino del socialismo científico; y su procedimiento o su forma no es del socialismo sino del espíritu autocrático (...) está en la tradición y las costumbres del pueblo ruso” (Dickmann, 1922: 6-7; las cursivas son mías). Lo que no sería propio de la política bolchevique —pero a la vez Dickmann debe reconocer su presencia en el “maximalismo”— es su apelación al socialismo, que para el diputado estaría completamente reñido con los procedimientos y “el temperamento ruso”.⁷⁸ También de Tomaso caracterizaba al bolchevismo por su exceso o su corrupción, es decir, por lo que (co)rrompía las prácticas legalistas de lo que denomina socialismo democrático, y para exponer esa anomalía, esa extra-limitación, apelaba a contraponerle figuras a las que

⁷⁵.- *Ibidem*. Las cursivas son mías. Nótese que el “bolchevique” no es un partido sino un espíritu, un estado de ánimo, un comportamiento, un tipo de accionalidad de la cual nada podría pronosticarse.

⁷⁶.- Cfr. también Dickmann (1920), donde ataca duramente las conferencias de José Ingenieros.

⁷⁷.- Dickmann no se conformaba con colocar en la misma serie el terror del absolutismo zarista con los atentados del terrorismo militante, sino que además apuntaba como condiciones de la violencia política el hecho de que Rusia había “engendrado el nihilismo” y era la tierra de “Bakunin y Kropotkin” (Dickmann, 1922: 6).

⁷⁸.- Lo que explica los ingentes esfuerzos por “demostrar” que en realidad los bolcheviques son anarquistas y no socialistas, que siguen a Bakunin y no a Marx; cfr. Dickmann (1922). Lo que parece importar a Dickmann, más que entender qué era el bolchevismo, era preservar ciertos rasgos identitarios para el socialismo que profesaba y representaba.

otorgaba carácter emblemático. Así, mientras Kerensky era presentado como un luchador por la libertad y un ejemplar dirigente revolucionario, capaz de conducir el tumulto revolucionario que se desbordaba e indisciplinaba (de Tomaso, 1919: 43 y 46), los bolcheviques representaban una “terrible experiencia” (*Ibidem*: 11), la que se manifestaba en la corrupción burocrática que habría en Rusia —donde “todo puede comprarse” (*Ibidem*)— como en la conducta despilfarradora y golpista de Radek a su paso por Alemania (*Ibidem*: 12). La sensatez de un Plejanov “amargado por el caos en que había naufragado la revolución rusa” era contrapuesta a la “demagogia de Lenin y Trotsky”, mientras Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg eran apartados del resto de los espartaquistas que de Tomaso asimilaba a los bolcheviques.⁷⁹

Pero quizás haya sido Demetrio Aranovich quien mejor expresó esta línea interpretativa por la cual el significativo “maximalismo” quedaba asociado al exceso, el desborde, el atropello de los límites que expresaban los bolcheviques, y por detrás de ellos, los obreros, soldados, campesinos, etc. En su artículo “El ensayo maximalista en Rusia”, de agosto de 1918, afirmaba que eran “las masas incultas de obreros y soldados” las que dictaban su “«voluntad soberana»” en Rusia, quienes carecían de las “nociones elementales sobre el mecanismo complejo del gobierno” y por ello se arruinaba el país; pero era tan honda la pasión que de esas masas se había apoderado, que “el poder central suprime la igualdad de los ciudadanos ante la ley”, dividía al pueblo “en burgueses y en obreros” y actuaba irracionalmente al responsabilizar a los burgueses individuales por un régimen social plurisecular.⁸⁰ Y a continuación agregaba, con un léxico sintomático:

“Esa *orgía* del poder de que *abusan* los obreros y los soldados, del poder que *embriaga*, es lo que sostiene aun al maximalismo. No importa que «el pan, la tierra y la paz» prometidos por los maximalistas resultaran un mito: los obreros y los soldados tienen el poder sobre la burguesía y defienden esta dulce prerrogativa hasta la muerte. Víctimas recientes de la opresión, del despotismo, del obscurantismo artificialmente mantenido, no por la pequeña burguesía rusa, liberal y justiciera en su mayoría, como lo han probado las elecciones a las Dumas, sino por la oligarquía zarista, no han podido salir del estado *semisalvaje*, y la *bota sucia* del «mujik» está *hollando* el cuerpo inerte de la Rusia intelectual. ¿Hasta cuándo?”⁸¹

⁷⁹.- *Ibidem*. El diputado de Tomaso actuaba como una suerte de termómetro al respecto. El rol primordial que en 1917 adjudicaba a la Duma se relacionaba con la caracterización de la revolución que suponía iba a adecuar el régimen ruso al moderno sistema parlamentario y la política rusa a la representativa del sufragio universal; el maximalismo de octubre (co)rrumpía por exceso el modelo ordenado que ofrecían Inglaterra y Francia. Que la revolución se pierde “por sus excesos o sus locuras”, también en Dickmann, Enrique (1918), “Hacia el futuro”, *La Vanguardia*, 1º de mayo, p. 7.

⁸⁰.- Aranovich, Demetrio (1918), “El ensayo maximalista en Rusia”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 7 de agosto, p. 3.

⁸¹.- *Ibidem*. Las cursivas son mías.

La traducción de bolchevique por maximalista, como se decía más arriba, expresaba, en el deslizamiento de sentido, un exceso de la situación, un desborde, una transgresión, un cruce de los límites a través del cual quienes hasta hace poco carecían de palabra instalaban una nueva escena interlocutiva. A través del significante “maximalismo” se designaba tanto a ese grupo radicalizado del partido socialdemócrata ruso como a la emergencia de una política hasta entonces inédita, o al menos imprevisible para esos tiempos.⁸²

Aun cuando su énfasis estaba puesto en las minorías ilustradas, Ingenieros daba cuenta de esta presencia de la multitud al definir al maximalismo como un tipo de relación entre élites y masas: “El hecho característico de lo que se llama hoy maximalismo es la *tensión simpática* de todo el proletariado ante la experimentación socialista iniciada en Rusia por el partido bolchevique, aunque no ha habido tiempo para que alcance totalmente su objetivo, que es la socialización de los medios de producción” (Ingenieros, 1957 [1920c]: 113; las cursivas son mías). Una *tensión* del proletariado hacia la “maximalidad”, un vector político orientado hacia una expectativa para dar cuenta del sentido de un movimiento tendido hacia su horizonte. Si hay “maximalismo” es por la presencia de ese proletariado tensionado, vectorializado.

Al hacer una valoración del significado de Lenin como figura política pocos meses después de su fallecimiento, Julio V. González indicaba que se estaba frente a una nueva clase de dirigente, de conductor de pueblos, de jefe de un movimiento revolucionario, un “tipo único y, más acertadamente, un *tipo nuevo en la historia* y evolución de los pueblos; el tipo del experimentador social”.⁸³ Esa exploración de las fronteras era lo que motivaba que Gonzalez retomara las palabras de Vera Starkoff cuando señalaba que era inútil buscar cuál era la doctrina precisa de los bolcheviques, pues su mérito residía en crear en el mundo una atmósfera moral “digna de las más puras aspiraciones de los más grandes profetas”.⁸⁴ Pero a la vez, argumentaba González, Lenin no resultaba ser “un tipo raro o precisamente extraordinario”, en el sentido de que no era extraño a las condiciones de su emergencia como dirigente: no se trataba de un

⁸².- Por supuesto que para la difusión masiva del término fue decisivo que fuera adoptado por la prensa de la clase dominante argentina, que nombraba como maximalista a todos los conflictos obreros post-1917. Precisamente porque maximalista hacía referencia a un exabrupto, un desatino, una incorrección, una conducta extrema. Sintomáticamente, la prensa de izquierda irá abandonando el término a favor del uso de la palabra «bolchevique» a medida que se consolide el poder de dicho partido y la revolución en Rusia extinga sus potencias emancipatorias. El cambio de significante, que se da de modo paulatino, es particularmente visible en *La Protesta*.

⁸³.- González, Julio V. (1924), “Lenin”, en *Revista de Filosofía*, nº 4, Buenos Aires, julio, p. 90. Cursivas en el original.

⁸⁴.- *Ibidem*, p. 86.

hombre providencial o milagroso sino de quien guardaba “similitud de naturaleza o identidad con los hombres que gobierna o con el alma colectiva de esos hombres”. Y es que para González, Lenin era “el fruto genuino de la Revolución Rusa”⁸⁵, donde la figura del líder resultaba necesariamente amalgamada con las de los hombres comunes de la revolución. Lo que equivale a decir que son esas mismas multitudes, esos hombres y mujeres comunes, las que *experimentan* en la revolución.

Sea la semejanza entre líder y masas compartiendo un alma experimentadora según Julio V. González, o la “tensión simpática” de Ingenieros; sea la “orgía” o la embriaguez de las masas de Aranovich o el bolchevismo como sinónimo de anarquismo de Dickmann, las mayorías extremistas de Misha o la función discriminadora en la dinámica revolucionaria de “los herederos de los esclavos” en Kantor, lo cierto es que el significativo “maximalismo” fue más apropiado para traducir “bolchevique” en tanto daba cuenta de una tensión, de un movimiento vectorial y unas aspiraciones radicales que, desdibujando los límites e incluso desasimilando parcialmente a los protagonistas respecto de identidades o identificaciones previas, no se dejaban deducir sólo por el escrutinio de los grupos dirigentes. Una traducción que soterradamente daba lugar al activismo, a la agencialidad, a la experimentación (revolución permanente), a la subjetivación de las multitudes, del pueblo.

Suturas y tensiones: de las vanguardias a las masas

Muchas de las interpretaciones de la revolución rusa actúan como una suerte de mediación y como nuevos fundamentos para el tipo de vínculos que muchos de los activistas locales pretenden establecer o solidificar entre su partido o grupo y las más amplias capas de trabajadores y del pueblo. Y aun aquellos enfoques más inclinados a darle el rol central a algún tipo de vanguardia no dejaban por ello de otorgarle un lugar a las masas, pues en definitiva la misma argumentación sobre la legitimidad de la vanguardia apela a ser reconocida como tal por aquellas. Se trataba, entonces, de encontrar una formulación a la relación entre masas y vanguardias, de suturar lo que se presentaba como un protagonismo dual.

Los editores de *La Internacional* publicaban un artículo de Andreu Nin en el que el tarraconense, a propósito de su negativa evaluación del levantamiento de Kronstadt, reflexionaba sobre esta cuestión, y si admitía que en “las revoluciones sociales” como

⁸⁵.- *Ibidem*, p. 90.

en “todos los grandes movimientos de la historia” habían sido “las grandes masas” la fuerza verdaderamente histórica, agregaba que, sin embargo, “la dirección ha pertenecido siempre a una minoría capaz y audaz que perseguía un fin concreto y que poseía la firme voluntad de alcanzarlo”.⁸⁶ Pero inmediatamente aclaraba que esa minoría no se imponía sino que sabía “interpretar, en un momento dado, las aspiraciones” de las masas; allí, acotaba, residía “el secreto de los grandes éxitos obtenidos por los bolshevikis”.⁸⁷ A diferencia de las formulaciones antes expuestas, aquí las vanguardias, para serlo, deben interpretar un sentido que ya está en el movimiento popular, y que no proviene de una propiedad de aquellos que se postulan como dirección, sino que en todo caso es una capacidad que sólo tiene demostración práctica. Los bolcheviques, en 1917, a pesar de ser “un partido pequeño”, fueron capaces de “interpretar el estado de espíritu de las masas obreras y campesinas”⁸⁸; la consigna “todo el poder a los soviets” —entre otras— anudaba el *lazo interpretativo* entre movimiento social y vanguardia.

Más cauteloso, un Diego Abad de Santillán ya decepcionado del derrotero de la revolución, limitaba el potencial revulsivo de las ideas revolucionarias —y con ello el lugar de las vanguardias— al trasladar su actuación hacia las tareas constructivas de la nueva sociedad. Si “no está claro el papel de las doctrinas en la preparación del impulso revolucionario” y si “la medida de la transformación de una sociedad que forcejea por nuevas formas de vida está en las masas populares”, era en la edificación y consolidación del nuevo orden, en la proyección de futuro donde “las ideas de las minorías” podían influir elevando “moral e intelectualmente” al pueblo.⁸⁹

Aun cuando pueda pensarse, señalaba Iván Kollar, que la revolucionaria era una muchedumbre indiferenciada, una “amalgama de hombres de inteligencia privilegiada y creadora y de simples números de un rebaño”, tal carácter no debía obturar la verdad de que era en esa articulación donde residía la potencialidad de una revolución, y que el

⁸⁶.- Nin, Andrés (1922a), “Los acontecimientos de Cronstad”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 10 de junio, p. 4.

⁸⁷.- *Ibídem.*

⁸⁸.- *Ibídem.*

⁸⁹.- Abad de Santillán, Diego (1921), “La nueva perspectiva del pensamiento revolucionario”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 2. De modo similar se había expresado tempranamente Emilio López Arango: “... no se crea que una revolución, capaz de derrumbar a todo un régimen, se hace con el número ínfimo de fuerzas que cuentan las minorías revolucionarias. Los anarquistas somos los propulsores de la revolución: un movimiento revolucionario no lo hace el propagandista, ni lo provoca el estallido de una bomba; responde a un momento psicológico y representa la aspiración de una mayoría (...) que se traduce en hechos mediante circunstancias imprevistas, acontecimientos que logran conmover las fibras sensibles de los hombres y despertar la aletargada conciencia de los pueblos”, López Arango, Emilio (1917), “Los valores de la revolución”, en *Alborada*, n° 7, Buenos Aires, 1° de julio, p. 3.

desbalance de esa suerte de ecuación entre inteligencia y serialidad a favor de la primera en las diversas tesis del “encauzamiento de la revolución”, de su direccionalidad por una vanguardia, era una herencia de la tradición autoritaria que penetraba en las perspectivas emancipatorias, oscureciéndolas y perturbándolas.⁹⁰ Eso era lo que precisamente había sucedido con los bolcheviques; por el contrario, sostenía Kollar, “cuando los anarquistas hablamos de nuestra misión directriz en la revolución, entendemos esa obra de propaganda” como aquella acción que “lleva a las masas al convencimiento de que a ellas corresponde decidir las cuestiones que les atañen”; la “misión” de los revolucionarios libertarios, una vez producido el acontecimiento revolucionario, consistiría “en estimular la autodecisión de los pueblos” y “su rechazo de toda imposición venida de lo alto”.⁹¹

Es que no pocos de los relatos que llegaban de las tierras de Gogol destacan el activismo de las masas de obreros, soldados y campesinos, expresado en instancias de organización y debate propias. En mayo de 1917, algunos de los cables que se reproducen en *La Vanguardia* dan cuenta de la preocupación por la anormalidad del momento político en Rusia y por la “situación legal del consejo de obreros y soldados, que se puede decir es actualmente quien dirige la situación”, pues “en todo el país, los obreros, los soldados, tanto de los cuarteles como de las trincheras, los paisanos y las mujeres se apresuraron a elegir representantes (...) [a] una especie de convención nacional política”.⁹² A la búsqueda por entender esa “situación”, S. Caplansky brindaba el 1º de julio de 1917, a poco más de tres meses de “febrero”, una conferencia en el Centro Socialista de la 9ª sección en la que señalaba que “el profundo significado histórico de la revolución rusa” residía en que se trataba de un primer momento “de una gran revolución social”; lo podía deducir del hecho de que “los regimientos que el 7 de marzo destruyeron el trono ruso llegaron sin su oficialidad, o con una mínima parte de ella”; regimientos que en lugar de tener a la cabeza a sus generales, tenían a “los obreros

⁹⁰.- Kollar, Iván (1921), “Los cauces de la revolución”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 15 de septiembre, p. 2. En un sentido similar se pronunciaba Luis María López en las páginas de *La Organización Obrera*: “La revolución es un hecho probable que no puede estar supeditado a las decisiones de una minoría rebelde y atrevida (...) Creer que la audacia de un ínfimo grupo de sujetos dotados de excelente predisposición para el sacrificio, es causa capaz de determinar un movimiento subversivo con perspectivas de triunfo, es creer un absurdo y colocarse en un terreno de suposiciones falsas, en el que han caído, no obstante, muchos idealistas ilusos”, en López, Luis María (1921), “Caracteres de la actual revolución”, en *La Organización Obrera*, Suplemento extraordinario nº 42, Buenos Aires, 1º de mayo, pp. 10-18; la cita en pág. 13.

⁹¹.- Kollar, Iván (1921), cit.

⁹².- “La revolución rusa” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 18 de mayo, p. 2.

y estudiantes, que iniciaron la revolución”.⁹³ Caplansky dejaba claro que no se trataba de una asonada o un pronunciamiento militar, sino de una revolución que habían iniciado los obreros, y el pueblo tenía ahora “la posibilidad de *decir su palabra*”.⁹⁴ Dos clases eran sus actores principales, agregaba, “los campesinos y los obreros”, pues “los diputados de los soldados en el consejo son diputados-campesinos”, y si bien había “en Rusia un doble poder”, lo significativo era que “los soldados y obreros después de hacer la revolución hayan conservado el poder en sus manos”, sin cederlo al gobierno provisional, por lo que pronosticaba una continuidad del proceso revolucionario dado que sus fines “distan mucho de haber sido conseguidos”.⁹⁵

También Iaroschewsky daba cuenta de la primordial actuación de los organismos soviéticos en la revolución, pues en los meses del gobierno provisional “los *soviets* eran dueños de la situación, mientras los sucesivos gobiernos de coalición guardaban solamente la apariencia del poder”, y la iniciativa política pertenecía a obreros, soldados y campesinos que forzaban las más insólitas paradojas políticas — como gabinetes conservadores por su denominación partidista que tomaban medidas radicales— pero que sobre todo se movilizaron “para apoderarse de la tierra y de las fábricas”.⁹⁶ En la argumentación de Iaroschewsky, la revolución surge de las condiciones históricas rusas⁹⁷ y “tuvo principio en las *filas del pan*, delante de las panaderías. La empezaron mujeres del pueblo. El primer comisario de policía caído fue matado por un cosaco. Se trata, pues, de elementos desligados de cualquier organización revolucionaria o política en general”.⁹⁸ Una vez iniciada y contando con una actitud favorable en las filas del ejército, la revolución se expandió rápidamente como movilización de vastos sectores que se reunían masivamente en mitines y conformaban nuevas organizaciones propias; tal era, agregaba el ruso exiliado en Argentina, “el verdadero carácter de esta revolución, como revolución obrera-campesina” y su “nueva fuerza popular”, nacida de esa misma multitud “en forma de Consejos de Obreros,

⁹³.- Caplansky, S. (1917), “Conferencias. Significado de la revolución rusa”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1º de julio, p. 4.

⁹⁴.- *Ibidem*. Las cursivas son mías.

⁹⁵.- *Ibidem*.

⁹⁶.- Iaroschewsky, M. [Mijail Yaroshevsky] (1919), “Estudio sobre la revolución rusa”, en *Documentos del progreso*, n° 6, 15 de octubre, p. 13. También destacaba la agencialidad de las masas y el lugar “ilegal quizás, pero justo y humano” del *Soviet*, Leandro R. Bianchi. (1918), “La revolución rusa”, en *La Internacional*, 1º de mayo, p. 8. También Alfredo Palacios (1921) señalaba la constitución de los poderes colectivos de trabajadores, campesinos y soldados.

⁹⁷.- “La revolución no fue preparada ni organizada por nadie en el sentido cómo se preparan las revueltas de cuartel o de corte. La preparó, si, y realizó un ser impersonal que se llama necesidad histórica”, Iaroschewsky (1919), cit., p. 10.

⁹⁸.- *Ibidem*, p. 10. Las cursivas en el original.

Campeños y Soldados”.⁹⁹ En este relato de Iaroschewsky, el protagonismo es de las multitudes emergentes y de las organizaciones en las que se expresaban esas subjetivaciones políticas.¹⁰⁰

A propósito de estas discusiones en torno a las relaciones entre las masas y sus direcciones, y ya transitando el terreno de los efectos que ese debate tendría en las prácticas sociales y políticas de la militancia revolucionaria en cualquier lugar del orbe, los sindicalistas de la Argentina reproducían unos artículos de su camarada Monmousseau, en los que el dirigente francés advertía que quienes consideraran que el partido político debía colocarse a la vanguardia era porque estimaban al sindicalismo — es decir, a los trabajadores— como “una masa amorfa incapaz de dirigirse ella misma en el sentido de la revolución”; pero, agregaba, lo que sucedía “cuando estalla una huelga” era que esa masa “encuentra inmediatamente intérpretes (...) en sus propias reuniones (...) entre sus miembros”.¹⁰¹ De modo que “el sindicalismo tiene su vanguardia en sí mismo, en su propio seno”, y por ello podía ponderar la situación y actuar tras los propósitos de transformación social pues “se basta[ba] a sí mismo”.¹⁰² Por su parte, Ángel Pestaña, se permitía dudar del rol que los bolcheviques le adjudicaban a su propio partido en la revolución: a partir de lo que observara en Rusia —que visita para asistir al segundo congreso de la Internacional en 1920— no podía

⁹⁹.- *Ibidem*, p. 12.

¹⁰⁰.- También con eje en las organizaciones de las clases y sectores populares es el relato de Víctor Godonneche, dirigente socialista francés que viaja a Rusia y cuyo texto publica en dos entregas *La Internacional* los días 5 y 6 de abril de 1922. En el mismo, el francés realiza una vívida narración de la lucha revolucionaria entre obreros y patrones durante 1917-18, del cual vale la pena citar algunos pequeños extractos: “Como el Gobierno provisional en los grandes conflictos que surgieron en esta época, adoptó actitudes a favor de los patrones (...) [e]n Agosto de 1917, 500.000 obreros (...) se declararon en huelga contra el Gobierno provisional, llevando por lema «¡Todo el Poder, para los Soviets!»». En septiembre y octubre, los conflictos entre Sindicatos y empleado[re]s se agravaron. Los obreros constituían una guardia roja para hacer aplicar por la fuerza las decisiones de los Sindicatos. Los Consejos habían decidido la aplicación de la jornada de ocho horas; el Gobierno de Kerensky se declaró contra ellos, diciendo que sólo la Constituyente podía decidir. Los Consejos fueron adelante. Los patrones decidieron cerrar las fábricas. Esta decisión fue, con la continuación de la guerra, el origen de la revolución de octubre (...) los Sindicatos, todavía jóvenes e informes, lanzan la orden de crear las Comisiones de control, que debían investigar si el cierre de fábricas estaba justificado, y exigir que fuera vista la contabilidad. Cuando el gerente o empresario dijera que no, los obreros, armados, lo obligarían a obedecer; si resistían mucho tiempo, los expulsaban, pura y simplemente. Ellos debían, en los almacenes ver si estaban escasas verdaderamente las materias primas; en los Bancos, controlar la situación financiera de la Empresa (...) Los patrones transigentes debían consentir: primero, el control de materias primas y de recursos financieros; segundo, el control de admisión y despido (ningún obrero podía ser afiliado ni despedido sin avisar al Sindicato o al Consejo)”; en Godonneche, Víctor (1922), “Los trabajadores del libro en la Rusia Roja”, primera parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 5 de abril, p. 3.

¹⁰¹.- Monmousseau (1922), “El sindicalismo ante la revolución”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 1º de diciembre, p. 1.

¹⁰².- Monmousseau (1922a), “El sindicalismo ante la revolución (continuación)”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 2 de diciembre, p. 1. De lo cual no se deduce que el sindicalismo sea la única fuerza revolucionaria, ni que el proletariado deba prescindir de alianzas con otros sectores, como el campesinado.

deducirse que “fue el Partido Comunista el que hizo la revolución” en Rusia”. De modo que afirmar que “sin Partido Comunista no puede hacerse la revolución y que sin ejército rojo no pueden conservarse sus conquistas, y que sin conquista del Poder no hay emancipación posible, y que sin dictadura no se destruye a la burguesía” era “hacer afirmaciones cuyas pruebas nadie puede aportar”.¹⁰³

Ya en 1925, en un contexto bien diferente en Rusia como en Argentina, el reseñista del drama en tres actos *Lenin*, escrito por Moisés Kantor, volvía sobre la problemática de la relación entre vanguardias y movimientos de masas, para colocar claramente la iniciativa y la agencialidad en estas últimas. Aunque la valoraba positivamente, le recriminaba a su autor que la obra presentara “una falla fundamental en lo que respecta al concepto de la lucha proletaria. Falta en ella el esfuerzo aplastante que termina en el triunfo y campea demasiado el concepto religioso del salvador que llega de otra parte a terminar con nuestro dolor”.¹⁰⁴ El comentarista apuntaba la contradicción entre la lucha de barricadas que en la obra era la expresión de la idea de que “la liberación proletaria será obra de los proletarios mismos”, con la llegada de un Ejército Rojo que, cual generoso protector, dispersa al enemigo burgués y redime a la ciudad obrera.¹⁰⁵

* * *

Al referirse a los cambios que el gobierno bolchevique implementaba en la industria textil, del Valle Iberlucea veía como una necesidad de la faz constructiva la preeminencia de “los expertos técnicos” y la reglamentación de su autoridad en la

¹⁰³.- Pestaña, Ángel (1922d), “Informe de Ángel Pestaña. Delegado al II Congreso de la Tercera Internacional”, quinta parte, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 21 de octubre, p. 1.

¹⁰⁴.- A. A. (1925), “Reseña al drama de Moisés Kantor «Lenin»”, en *Revista de Oriente*, n° 4, Buenos Aires, octubre, p. 26. En el texto que lleva la firma de *L'Ordine Nuovo* —aparecido en el ya citado folleto que sobre el consejismo italiano publica la editorial Argonauta— los autores sostienen: “La Revolución o es un movimiento de las masas o no es nada. La minoría revolucionaria fracasa en sus propósitos si no consigue crear un sistema de organismos en los cuales todos los hombres entren de un modo natural, convirtiéndose en parte y sostén de la célula constitutiva de la sociedad nueva”; *L'Ordine Nuovo*, “Los cimientos de la nueva organización social”, en AA. VV., *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia*, Buenos Aires, Argonauta, pp. 54-66; la cita en pág. 66.

¹⁰⁵.- *Ibidem*. Ni Lenin, “el jefe del proletariado internacional” que “lleva la vida de un santo”, ni los “pioneros” o los “consumolez” —según el texto de la obra— podían emancipar a los trabajadores: ésta es “la verdad de la lucha proletaria que es llevada y ejecutada por los mismos obreros, hasta triunfar del enemigo: el capital” (*ibidem*: 26). Cfr. también Abad de Santillán, Diego (1921a), “El espejismo de la violencia regimentada y la tesis federalista de la revolución”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 23 de octubre, p. 3, que advertía que “...una teoría que considera las masas como rebaños que deben ser dirigidos, no es revolucionaria, desde que se apoya en el principio de autoridad, y el principio de autoridad, en ninguna época y en ningún país fue factor de libertad”.

dirección de la producción (del Valle Iberlucea, 1934 [1920b]: 75 y ss.). Sin embargo, esto no parecía opacar una idea del sujeto revolucionario como coincidencia o articulación entre fuerzas sociales diversas, las principales de ellas emblematizadas en las figuras del trabajador, la del intelectual y la del campesino, al punto que podía afirmar que en Rusia “ha muerto el zarismo, derribado por el esfuerzo mancomunado del estudiante y del obrero, del pensamiento y del músculo” (del Valle Iberlucea, 1934 [1917b]: 33). A ellos debía necesariamente sumarse el campesinado, pues para triunfar, la revolución precisaba “del apoyo decidido de los paisanos, que constituyen la mayoría de la población rusa”.¹⁰⁶ Lo que se perfila en la interpretación del ex director de *La Vanguardia* es la convergencia de diferentes sujetos, de modo que su articulación habría producido un sujeto revolucionario plural, no tanto en el sentido de sus adscripciones políticas, sino en el de sus pertenencias o raíces sociales.¹⁰⁷ Se trata, básicamente, de aquellas clases o sectores sociales que padecen de modo evidente los modos de dominación y explotación capitalista y feudal —como los obreros y los campesinos— o tienen la capacidad de percibir esas injusticias sociales —como los intelectuales.¹⁰⁸

Aun cuando generalmente las referencias a los actores de masas de la revolución rusa rondaran en torno de la figura de los trabajadores de las industrias —figura a la que quedaba asociada la discusión sobre los fines sociales o socialistas del proceso revolucionario y del mismo régimen— las exposiciones e interpretaciones apelaban a una amalgama de sectores y clases semejante a la que exponía del Valle Iberlucea. Junto a los obreros de fábricas y usinas, las multitudes revolucionarias eran nombradas como soldados y campesinos.¹⁰⁹ De los soldados se decía que además de sus “grandes intereses sociales” por su pertenencia mayoritaria al campesinado y la clase obrera,

¹⁰⁶.- Además de que la “condición social y económica” de los campesinos —continúa del Valle Iberlucea— “rayaba casi en la servidumbre, no obstante el úcase de emancipación de Alejandro II”, haciendo de la cuestión agraria “el problema capital de Rusia”; del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1917]: 29-30).

¹⁰⁷.- Por el contrario, la pluralidad se restringe cuando se trata de identidades u organizaciones políticas. Entre las lecciones que Rusia exponía al mundo, Enrique del Valle Iberlucea destacaba la imprescindible construcción de un tipo de partido: “No podrá llevarse a cabo la revolución proletaria si no es por la acción de los trabajadores reunidos en un partido de clases vigorosas, revolucionarias. El Partido Comunista, tal como existe en la actualidad en Rusia, debe ser el modelo para la acción de todos los partidos socialistas”; del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1920f]), p. 124.

¹⁰⁸.- Aunque no aparece de modo específico en las elaboraciones propias ni tampoco se refiere al protagonismo de las mujeres, del Valle Iberlucea señala la problemática de género como una que está siendo revolucionada en la Rusia de los *soviets*, remitiendo a los lectores a los textos de Alicia Moreau.

¹⁰⁹.- Por ejemplo, una configuración levemente diferente pero conceptualmente similar puede verse en Guido Cartey, quien apelaba a una combinatoria de campesinos (“el *mir*, municipio agrario”), intelectuales (“los pensadores”, como Gogol, Tolstoi, Dostoyevsky, Turgueniev) y políticos revolucionarios (como Kropotkine y Stepniak) en tanto factores de la emancipación rusa; cfr. Guido Cartey, A. (1917), “De «La revolución rusa». Asamblea en el Ateneo Popular”, extractos de los discursos pronunciados en Unione e Benevolenza el 23 de marzo, *Humanidad Nueva*, X, Buenos Aires, pp. 46-48.

poseían “también intereses gremiales”, pues “por su condición de soldados sufrían en carne propia la desorganización económica y administrativa, el desprecio a la dignidad y la vida del hombre del pueblo que caracterizaba el viejo régimen; y ante todo la pesadumbre de la vida en las trincheras y de la matanza”.¹¹⁰ El hecho de que adoptaran “el ejemplo de los obreros” en cuanto a su organización profesional, redujo a los oficiales y jefes de unidades del ejército “al papel de instructores en lugar de ser dueños de la vida y la dignidad del soldado”, un movimiento de constitución política similar “[a]l avance de las sociedades gremiales y los comités de fábricas”.¹¹¹ Mientras en las organizaciones de soldados adquiría preponderancia “la parte más culta del ejército: los marineros, astilleros, zapadores, etc.”, el tiempo libre de que disponían y las posibilidades que brindaba el clima revolucionario los encontraba “en masa” asistiendo “a los mitines revolucionarios” y exigiendo “la exposición de los fines de la guerra, la publicación de los tratados secretos”. De este modo, el “ejército campesino se reeduca rápidamente bajo la influencia de las organizaciones obreras y pierde el carácter de instrumento ciego en manos de los generales”.¹¹²

Precisamente sobre los campesinos las miradas varían según los momentos del proceso revolucionario. A días de “febrero” de 1917, un expectante Enrique del Valle Iberlucea afirmaba en un editorial de *La Vanguardia* que “la revolución irá para adelante porque es la obra inteligente del pueblo ruso”, pues “a pesar de la ignorancia en que la autocracia mantuvo a los *mujiks*, éstos tienen conciencia de sus derechos, como lo demostraron enviando dos centenas de diputados a la Duma de 1907” (del Valle Iberlucea, 1934 [1917]: 30), y unos años después Víctor Serge, en un texto publicado en las páginas de *La Internacional*, intentaba explicar el tenso apoyo rural a los bolcheviques advirtiendo que “los campesinos, en varias ocasiones, han salvado la revolución”, pues constituyen mayoritariamente el ejército rojo, pero también porque con “sus continuas insurrecciones”, con “sus guerrillas, en Siberia, en Ucrania, en Kuban, han determinado la caída de los gobiernos blancos de Koltchak y de Denikin”. Sin su participación la revolución no hubiera alcanzado la fuerza que la sostuvo: “los campesinos, entre los cuales los grandes y los medios dominaron al principio, hicieron en todas parte, excepto en el centro, la revolución de octubre”. Y si conquistada la tierra fueron hostiles “a la ciudad obrera socialista”, incluso sublevándose en varias regiones,

¹¹⁰.- Iaroschewsky (1919), cit., p. 12.

¹¹¹.- *Ibidem*.

¹¹².- *Ibidem*.

los propios “campesinos insurrectos se veían en el dilema de escoger entre los blancos y los rojos”, inclinándose finalmente por los rojos.¹¹³

Más escasas son las menciones a otros movimientos que formaron parte de la revolución, a otros actores o agentes de la misma, como los jóvenes y las mujeres. Tal vez por ser testigos directos, por la experiencia de su viaje a la tierra de los soviets, Juan Greco y José Penelón fueron receptivos a este aspecto de la problemática, y destacaban en sus conferencias y escritos que “las mujeres y los jóvenes comunistas realizan una obra paralela a la de los hombres en lo que respecta a intensidad y eficacia”; no sólo el estado soviético reconoce idénticos derechos entre varones y mujeres, sino que éstas habían entrado de lleno a las actividades políticas y sociales “en sindicatos, en el Partido Comunista, en las cooperativas, en los soviets, en los centros culturales”, y si algo destacaba a la vida soviética actual, continúan, era ver “a la mujer con una personalidad propia dilucidando las cuestiones más importantes de la vida de Rusia”.¹¹⁴ Resultaba éste un punto absoluto de distinción, agregaban, entre la Rusia revolucionaria y los países capitalistas, pues mientras en la lejana estepa se tenía la “intensa sensación de que se vive en un mundo nuevo”, aquí las mujeres debían soportar “la odiosa lápida de prejuicios de nuestras sociedades hipócritas”. Un protagonismo similar al de las mujeres le atribuían a los jóvenes, quienes se volcaban a las actividades públicas dado que la atmósfera política les brindaba la ocasión “de exteriorizar libremente sus entusiasmos”.¹¹⁵ En las páginas del mismo periódico del comunismo vernáculo, presumiblemente una activista que firma bajo el sugestivo seudónimo de Butterfly, entrevistando al comunista uruguayo Francisco Pintos por su viaje a Rusia, sostenía que las apreciaciones que ofrecía el viajero “son la prueba más evidente de que la mujer tiene sus intereses más vitales en la lucha de clases, que ésta involucra sus problemas y que —por lo mismo— luchar por el triunfo del Comunismo significa —para ella— luchar por su emancipación integral”; y luego ampliaba su punto de vista declarando que “la aspiración de la libertad integral de la mujer cristaliza en realidad en la sociedad

¹¹³.- Serge, Víctor (1922), “Las clases medias en la revolución rusa”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 6 y 7 de noviembre, pp. 5-6.. Este juicio equilibrado de Serge contrasta con la más enfática crítica que por los mismos años formulara el dirigente gráfico José Penelón cuando hacía referencia a la NEP, al sostener que los campesinos, “inmensa mayoría de la población rusa”, habían obligado “a la vanguardia revolucionaria (...) [al] establecimiento de un sistema de economía pequeño burguesa”; véase Penelón, José F. (1923), “Qué es una Revolución. De la vida en la Rusia roja”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 28 de enero, p. 4.

¹¹⁴.- Greco, Juan y Penelón, José (1923d), “La bancarrota del capitalismo europeo y la situación de Rusia”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 21 de febrero, pp. 1-2.

¹¹⁵.- *Ibidem*.

comunista”.¹¹⁶ Lo que a primera vista podría parece una subsunción de la emancipación femenina en la del trabajo, en realidad es una redefinición del significante “comunismo” a la luz de los relatos que los viajeros hacían de la Rusia de los *soviets*, significante en el que las mujeres —primero en la Rusia en la que protagonizaban las luchas revolucionarias, y luego en las regiones que seguían con atención esas intervenciones— introducían como parte de la vida en común la supresión de la dominación de género.

En los últimos meses de 1921, específicamente entre agosto y octubre, el periódico del Partido Comunista *La Internacional* publica un *Suplemento* dedicado básicamente a cuestiones internacionales (políticas, sindicales, culturales, partidarias, etc.). Para cada número los editores seleccionaban una ilustración de tapa, mayormente fotografías, y cada ilustración como la secuencia completa resultan una suerte de emblemática de cómo y qué mostrar de la revolución rusa y la República soviética. La secuencia de las portadas incluye ilustraciones fotográficas de mitines, de la construcción del monumento al trabajo, de los obreros en la usina de Putilov, de “la fiesta de los niños en Moscú” y de algunos dirigentes de la revolución como Lenin, Losovsky o Tchicherin. Entre esas doce imágenes, hay una fotografía de una mujer posando de cuerpo completo, un tanto rígida; se trata, dice el epígrafe, de “El ejército de mujeres en Rusia. Una guardia roja”, aunque curiosamente la mujer no parece estar armada.¹¹⁷

Soviets

¿Qué son los *soviets*? Formulada explícitamente, o funcionando como espectro, esta pregunta fue clave en las interpretaciones de la “revolución rusa” realizadas en Argentina —o en aquellas que, elaboradas en otros lugares, eran reproducidas aquí y tomadas como opiniones propias por la prensa partidaria o por los intelectuales. Su traducción como “consejo” permitió abordarla por su lado institucional y organizativo, desplazándola de la problemática de los sujetos a la del régimen.¹¹⁸ Por eso Alfredo Palacios, significativamente en una nota a pie de su trabajo de 1921 *La revolución rusa*, podía responder a la pregunta diciendo que el *soviet* era “en substancia la *reunión*

¹¹⁶.- Butterfly (1923), “La situación de la mujer en la Rusia soviética”, entrevistas a Franciso Pintos, en *La Internacional*, Buenos Aires, 18 de febrero, p. 2.

¹¹⁷.- Foto de tapa en *La Internacional. Suplemento*, n° 8, Buenos Aires, 2 de octubre de 1921.

¹¹⁸.- Cfr. el capítulo III de este trabajo.

natural de trabajadores y campesinos en sus agrupaciones habituales y de trabajo, y no, como sucede entre nosotros, divididos en grupos artificiales geográficos”, una forma de gobierno apropiada al entendimiento del pueblo ruso y arraigada en su tradición, en “las costumbres, (...) la psicología y las condiciones del pueblo ruso” (Palacios, 1921: 44; las cursivas son mías). No son pocos los que caracterizan al *soviet* como el consejo que representa “agrupaciones orgánicas y vivas”, tales como el regimiento, el taller, la fábrica o la aldea, las cuales eligen sus propios diputados del *soviet*. Es notoria la tendencia a naturalizar la emergencia de los *soviets* explicando sus características como particularidad rusa —sea por tradición cultural, sea porque se adapta al “nivel de entendimiento popular”— como también a destacar su supuesto ensamble representativo con ciertas divisiones y actividades de la dinámica social, naturalizando a su vez dichas divisiones y los roles sociales que las acompañan. Como si se estuviera frente a la verdadera representación de los sujetos como tales, es decir, de los obreros *como* obreros, de los campesinos *como* campesinos, etc. En el sintagma “*soviets* de obreros, soldados y campesinos”, la atención de muchos intérpretes estuvo más bien fijada en “obreros, soldados y campesinos” y menos en el difícil término *soviet*.¹¹⁹

En ese sentido se pronunciaba Mario Bravo, pero a la vez destacaba la capacidad de iniciativa política de estas “asambleas o consejos de delegados” ya desde su emergencia en 1905, adquiriendo rápida preponderancia en los ámbitos productivos y obligando a la negociación a “los propios ministros del régimen zarista” (Bravo, 1920: 20). Esta *propiedad política* del *soviet* —que Bravo anotaba— lo dispuso como “factor coadyuvante de la acción del gobierno provisorio” en febrero de 1917, y más tarde, como “baluarte y apoyo” de quienes prepararon “la caída del gobierno de la coalición e implantaron el «gobierno del proletariado»” (*Ibidem*: 20).¹²⁰

¹¹⁹.- Si bien se lo tradujo como “consejo” el término siguió también circulando en la versión castellanizada (*soviet*) del ruso COBET.

¹²⁰.- Esa capacidad política que Bravo detectaba en los *soviets*, podía ser vista instrumentalmente, como el surgimiento de una suerte de técnica de la revolución. De tal modo, también en 1920, un desconocido Comité Central de los Soviets de la R. Argentina declaraba la formación de *soviets* en estos lares y pronosticaba su rápida expansión por todo el territorio, pues suponía a esta suerte de nueva fórmula revolucionaria capaz de inducir la conciencia revolucionaria en las masas, presentándola como la herramienta eficaz hasta entonces faltante para desatar la revolución; ver Comité Central de los Soviets de la R. Argentina (1920). Ciertamente se trata de un folleto de difícil adscripción a las distintas corrientes y grupos de izquierda, y no es impensable suponer que se trate de un material producido por la sección especial de la Policía, teniendo en cuenta el antecedente, ya mencionado, de la falsa acusación al bundista Wald y otros militantes de izquierda. De todos modos, la existencia de ese folleto —y aun el hecho de que la policía, si fuera de su factura, pudiera concebirlo como políticamente útil— permiten pensar ciertas condiciones en torno a la circulación de las discusiones sobre los significados del *soviet* y el clima político que campeaba entre los trabajadores entre 1917 y 1921-22.

Ese atributo propio del *soviet*, como si la política emergiera desde allí y se manifestara en la multiplicación de las iniciativas *soviéticas*, aparecía también destacado en los fragmentos que del libro de Emile Vandervelde decidieron publicar los editores de *La Vanguardia*. A partir de sus notas de viaje a la Rusia revolucionaria entre el 7 de mayo y el 25 de junio de 1917, en *Trois aspects de la révolution russe* el dirigente belga explica la ausencia de un parlamento central en Rusia a causa de “la colección más asombrosa y variada de cuerpos electivos, que *deliberan día y noche, en todos los sitios concebibles, sobre todas las cuestiones posibles*”.¹²¹ El *principio soviético* de reunión, deliberación y toma de decisiones demostraba tener una enorme capacidad expansiva, pues “hay un *soviet* de obreros y soldados en cada cuartel, en cada unidad del frente, de la compañía al grupo armado. Hay en cada ciudad un *soviet* de obreros y soldados. Hay, por lo menos, un congreso de campesinos que a su vez representa a millones de asambleas locales”.¹²² Y apuntaba una característica del principio soviético: “Así, la vida política está como desmigajada, dispersada en un enjambre de parlamentos”.¹²³ Esa misma dispersión reconocía muy tempranamente Moisés Kantor en las nuevas organizaciones que “nacen espontáneamente (...) en las épocas revolucionarias”, y la idea misma de un consejo compuesto por soldados y obreros no podría atribuirse a nadie en particular, pues “brotó de la profundidad de las masas mismas”. Además de alabarla, agregaba, de esa idea sólo puede decirse que “tendrá una importancia extraordinaria en el desarrollo de la revolución”, y será el fundamento para la conquista definitiva de la democracia.¹²⁴

Es precisamente el carácter y el legado democráticos, entendidos como escenas constituidas por la presentación del *demos*, como instancias autogestionarias, como surgimiento del pueblo, donde radicaba la potencia política del soviétismo a los ojos de Alfonso Goldschmidt. Con el propósito de establecer las diferencias entre bolchevismo y soviétismo, el economista alemán explicaba que los bolcheviques eran un partido, mientras que “los *soviets* son el resultado de un proceso orgánico, dirigido actualmente en Rusia por los bolcheviquis, pero independiente de ellos (...) significan que la masa

¹²¹.- “Un libro de Vandervelde sobre la revolución rusa” (1918), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 3 de febrero, p. 3. Se trata de *Trois aspects de la révolution russe*, publicado a principios de 1918. Las cursivas son mías.

¹²².- *Ibidem*.

¹²³.- *Ibidem*. Vandervelde continúa su análisis de este poder parlamentario describiendo los comités de usina, de fábrica, de taller.

¹²⁴.- Kantor, Moisés (1917), “Conferencia pronunciada el 13 de julio de 1917 en el Festival convocado por el Comité «Pro Consejo de obreros y soldados de Rusia Cornelio Thiessen»”, *Humanidad Nueva*, X, Buenos Aires, p. 183.

quiere administrarse ella misma por medio de estos consejos elegidos por la masa o el proletariado”; y agregaba: “El movimiento soviético es la marcha hacia la autonomía”.¹²⁵ Un movimiento hacia la autonomía que cuenta con antecedentes no sólo rusos —“durante la revolución de 1905”— pues también en la Comuna de París o en la revolución francesa ya existía soviétismo, señalaba Goldschmidt; y es preciso comprender que ese término significaba en su interpretación un movimiento de subjetivación emancipatoria, es decir, un movimiento que destituye la anterior partición y división de los roles y propiedades sociales, el *antiguo régimen*, y lo sustituye por una auto-regulación, una auto-nomía, es decir, *nomoi* elaboradas y establecidas por el *demos*. Un *movimiento* que puede entenderse como un colectivo social y también como un gesto, un acto, un desplazamiento. Sovietismo como *movimiento* social de masas, como instancia colectiva autogestionaria, y soviétismo como *movimiento* desde los previos lugares sociales a espacios inéditos.

Por eso, agregaba Andreu Nin, no se trataba de la “simple conquista del Poder” sino de la sustitución de una estructura político-económica por “organismos *específicamente* proletarios” como los “soviets, consejos de fábrica, sindicatos”, a través de los cuales se organice “de abajo arriba el futuro régimen comunista”, es decir, estableciendo los de abajo las reglas para la existencia de lo de arriba, y no de “arriba abajo como se pretende hacer con el Consejo Económico del Trabajo”.¹²⁶ En *La Protesta*, un articulista afirmaba que “en el fondo son los soviets el verdadero método anarquista: el pueblo mismo mediante sus representantes, aquí mismo en el lugar tiene que regirse y regular la vida. No en vano tienen los soviets tanta fuerza de atracción”, y lamentaba que “la idea de los soviets” fuera distorsionada e incapacitada, para inmediatamente convocar a “combatir de nuevo por la implantación de los soviets, pero

¹²⁵.- Goldschmidt, Alfonso (1924), “La teoría soviética: Marx y Lenin”, en *La Internacional*, 7 de noviembre, p. 10. Goldschmidt, como se dijo en el capítulo introductorio, había estado en Buenos Aires y se había ganado un prestigio y un lugar de autoridad para su palabra, que el propio traductor y prologuista de la edición de su *Moscú*. Julio Fingerit, se encargó de señalar, cuando declaraba que si bien se inclinaba “a detestar todo lo que es bolshevique”, estaba más que seguro de la sinceridad de lo escrito por el profesor alemán, apartando de ese modo su obra de la literatura partidaria, bolchevique o anti-bolchevique. La construcción sinonímica entre soviétismo y bolchevismo se extendió rápidamente, por lo que el texto de Goldschmidt tenía enorme importancia en este aspecto. Al respecto pueden verse dos intervenciones de Rodolfo Ghioldi donde, a propósito del levantamiento de Kronstadt, identifica casi totalmente *soviets* y partido bolchevique: Ghioldi, Rodolfo J. (1922), *Impresiones de la Rusia de los Soviets*, entrevista, en *Revista de Filosofía*, nº 1, Buenos Aires, enero, pp. 142-45, y también Ghioldi, Rodolfo (1922c), “La Nueva Política Económica de Rusia”, tercera parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 8 de febrero, pp. 3-4.

¹²⁶.- Nin, Andrés (1922), “Los consejos de fábrica”, en *La Internacional*, 29 de enero, p. 5. Las cursivas son mías.

los verdaderos soviets de representantes de obreros y de campesinos”.¹²⁷ El articulista destacaba la heteronomización de los *soviets*, incluso señalando que “el desgraciado levantamiento de Kronstadt hace unos meses no era otra cosa que la lucha por debidamente elegidos y renovados soviets”; de todos modos, la valoración de esa heteronomización por la presencia de los partidos atendía sólo a un aspecto de la problemática. Reclamar que vuelvan a ser representantes de obreros y campesinos implica una inclinación a la sustancialización del *soviet* como expresión corporativa de dichos sectores sociales, a la vez que se elimina la dimensión propia del *soviet*, esto es, la subjetivación política.¹²⁸

Otros juicios sobre esta potencia del *soviet*¹²⁹, sobre su dimensión expansiva y autonómica, eran menos positivos. Así, para Juan B. Justo, el protagonismo autónomo de los trabajadores competía y minaba la labor de las organizaciones y las prácticas ya consolidadas del movimiento obrero, por caso, la práctica sindical. En su informe sobre la reunión de la Internacional Socialista de 1919, contraponía los comités de fábrica y los *soviets* —que definía como “núcleos de agitación y activísimos órganos de lucha política”— a la “democracia obrera”, que asociaba con “los órganos políticos, electorales y gremiales” que se había dado el movimiento obrero hasta entonces. El consejismo de fábrica, sostenía el principal dirigente del socialismo argentino, había emergido en Rusia en 1905 y con más fuerza aun en 1917, dadas las peculiares —y atrasadas— condiciones que imponía a la lucha el régimen autocrático, condiciones que habían impedido “toda organización moral de las fuerzas revolucionarias”, pero resultaban inconducentes e impropios en aquellas regiones que habían desarrollado partidos y sindicatos modernos. De allí que estimara que su expansión más allá de Rusia fuera “una simple imitación” cuyas funciones serían “muy limitadas y siempre subordinadas a las de los fuertes organismos *centrales* del movimiento obrero sindical”.¹³⁰ La preocupación de Justo por la autonomía y la dispersión del poder de los trabajadores lo llevaba incluso a solicitar a la Internacional Socialista que incluyera esta temática en sus declaraciones, pues “una declaración de la Internacional en este sentido

¹²⁷.- Gr. R. (1921b), “Los anarquistas y los soviets”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 15 de diciembre, p. 3.

¹²⁸.- *Ibidem*. Claro que esta exclusiva atención al problema partidario, oponiéndole las pertenencias sociales se relaciona con la identificación que muchos anarquistas hacen entre autoridad y política, y las correlativas distinciones entre “revolución política” y “revolución social”.

¹²⁹.- Habrá ya quedado claro para el lector que uso el término *soviet* como nominación de un movimiento de subjetivación que incluye variadas formas organizativas y expresivas (los mismos *soviets*, los comités de fábrica, los comités agrarios, el *Proletkult*, etc., etc.).

¹³⁰.- Justo, Juan B. (1919), p. 17. Las cursivas son mías.

contribuiría a evitar eventuales dificultades a la poderosa corriente, ya establecida y orientada, del gremialismo proletario”.¹³¹

También en el sentido de encauzar las fuerzas autonómicas y dispersas del poder soviético es que José Penelón valoraba la política del gobierno bolchevique en relación a la nacionalización de las industrias, pues dicho gobierno, “con tino, no pretendía al comienzo socializar toda la industria”, y si se vio forzado a ello fue debido a la resistencia patronal y también a la correlativa radicalización de los trabajadores, cuyas acciones el dirigente gráfico valoraba como “exageraciones proletarias” inevitables para los primeros tiempos de la revolución, como “leves errores de un proletariado que había sufrido cual ninguno” y que por ello se encaramaba en “una vida de libertad y se sentía el amo de la situación”. Pero el gobierno bolchevique (que Penelón nombra repetida y sintomáticamente como “sovietista”, cristalizando la expansividad política revolucionaria en una forma institucional sustancializada) se mantuvo firme en “limitar a una función de contralor” la dirección y administración de la industria, revelando así poseer “una visión muy exacta de los intereses de la clase proletaria”.¹³² Unos años antes, el anarquista Santiago Locascio sostenía enfáticamente que “los dispersos deben organizarse en partido, el partido, debe ser fuerza, la fuerza debe ser ley, y la ley debe cumplirse” (Locascio, 1919: 46). A pesar del tono alarmista más propio de la dirigencia del partido socialista, Nicolás Repetto sostenía argumentos similares cuando presentaba un panorama caótico de la revolución en la que “los campesinos tomaban posesión de los campos y se distribuían los bienes de nobles y ricas familias rurales”, “los obreros imponían salarios insensatos o se apoderaban de las fábricas apedreando a los técnicos

¹³¹.- *Ibidem*. Las previsiones de Justo no estaban tan infundadas, dado que podían darse apropiaciones locales de la experiencia rusa, y nuevas formas de intervención proletaria interpelar a las ya existentes. En las páginas de *La Internacional*, Rogelio Rodríguez se refería al carácter ejemplar de los “consejos de fábrica” en Rusia en relación al conflicto de los obreros de la fábrica Bermolén, cuyas peticiones, presentadas tanto a la patronal como a la Unión Gremial de Obreros en Calzado, sostenían precisamente la necesidad de constituir consejos de fábrica que garantizaran la higiene, que tuvieran el poder de contratar y despedir y que eliminaran a los capataces. Y Rodríguez agregaba sobre la implantación de dichos comités: “tocó ser la primera a los compañeros de la casa Bermolén de plantear los consejos en sus debidos términos, como lo demuestra la enseñanza grandiosa y colosal de la revolución rusa, y para la capacitación de los obreros para tomar en sus manos la producción en los momentos en que se produzca el derrumbe del régimen del salario; y cabe a la Unión Gremial de Obreros en Calzado de plantear esta trascendental cuestión, por primera vez, en la República Argentina, y con razón ha tenido una repercusión enorme en todo el proletariado organizado, que mira con ardiente simpatía este movimiento de tanta importancia”; Rodríguez, Rogelio (1920), “Consejos de fábricas”, en *La Internacional*, 30 de octubre, p. 3. El contexto local también era propicio para que surgieran estos debates y perspectivas más radicales; cfr. Rapalo (2012; pp 44 y ss.) para estas mismas discusiones sobre ciertos controles en torno a la contratación de la fuerza de trabajo entre patrones y obreros en la estratégica área portuaria donde actuaba la FOM.

¹³².- Penelón, José F. (1923), “Qué es una Revolución. De la vida en la Rusia roja”, en *La Internacional*, 28 de enero, p. 4.

superiores, o algunos gremios, imbuídos de socialismo espúreo, empezaban a tocar con las dos manos el anhelado cielo: lo tranvías para los tranviarios, los molinos para los molineros, los buques para los marineros, las escuelas para los maestros, los hospitales para los enfermeros, los cafés y hoteles para los mozos, etc.”; y agregaba que lo que se precisaba en ausencia de una burguesía o un proletariado maduro era un grupo “enérgico” que desde el poder fuera educando a ese proletariado mientras *dictaba* medidas socializantes.¹³³

En una dirección similar un joven Rodolfo Ghioldi narraba una de sus experiencias en el viaje que realizara a Rusia en 1921: al concurrir a una reunión en un *soviet* local, el argentino y los otros delegados que componían la comitiva, se entrevistaron con el secretario seccional del Partido Comunista donde, entre otras cuestiones, “se conversó también con algunos camaradas sindicalistas revolucionarios, sobre la necesidad de *organizar y disciplinar las fuerzas de la revolución*”.¹³⁴ Desde las páginas del mismo periódico se afirmaba que la combinación de cambio y creación propia de una revolución, “requiere la ordenación y disciplina de las masas”, pues “sin estas cualidades, nada podría hacerse”, y mientras “la disciplina y método colectivos, bien orientados, salvan la revolución”, “la anarquía y el desbarajuste, la hunden”.¹³⁵

Las masas debían enrolarse en los organismos preexistentes o en las nuevas formaciones partidarias, bajo mandos centralizados: enrolarse, esto es, aceptar el rol como actantes de una obra que pareciera ya haber sido escrita. Ni masas *fuera de control* —como advierte Justo— ni trabajadores exagerados —como apunta Penelón— ni masas dispersas que carecen de fuerza y ley —como cree Locascio— ni tampoco, como sostiene Ghioldi, trabajadores sin disciplina.

Varios artículos, de autores locales o extranjeros, se lamentaban de la pérdida del dinamismo y la autonomía que caracterizaron al poder soviético en sus primeros

¹³³.- Repetto, Nicolás (1920), “Puntos de vista sobre la cuestión rusa”, en *La Vanguardia*, 31 de mayo, p. 1.

¹³⁴.- Ghioldi, Rodolfo (1921d), “El viaje”, en *La Internacional. Suplemento*, n° 1, Buenos Aires, 15 de agosto, p. 2. Las cursivas son mías.

¹³⁵.- “La disciplina en la revolución y en los partidos revolucionarios. El sábado comunista. El medio jornal” (1920), en *La Internacional*, 5 de junio, p. 1. No pocas de las argumentaciones a favor de la disciplina y la centralización del poder se afirmaban en la defensa de la revolución; ver un caso particularmente relevante en Nin, Andrés (1922a), “Los acontecimientos de Cronstad”, en *La Internacional*, 10 de junio, p. 4, quien apuntaba que sin el bolchevismo los *soviets* serían como “sindicatos sin sindicalistas”, y que el Partido Comunistas, “única garantía de la revolución”, estaba obligado a defenderla del mismo modo que los jacobinos defendieron la francesa de la izquierda herbertista —es decir, con la guillotina.

años. En un tono apenado, lo decía Rudolf Rocker: “...las primeras fases de la revolución rusa fueron hechas sobre la base del sistema *soviet* y cuando los bolcheviques se hicieron cargo del poder, se vieron obligados a aceptar para ellos la no deseable herencia. Toda su actividad de entonces se concretaba a buscar formas de quitar el poder a los Soviets y someterlos al gobierno central. El haberlo logrado es a nuestro entender toda la tragedia de la Revolución Rusa”.¹³⁶

En aparente paradoja, los comunistas argentinos reproducen, para avalar la política bolchevique, un artículo aparecido en el periódico liberal de la burguesía inglesa, *The Economist*, donde, entre otras cosas, causaba beneplácito que los técnicos y expertos y los funcionarios del Estado hubieran retomado el control de la industria rusa: “en el día de hoy (resultado éste del éxito de la política de centralización estatal y del movimiento iniciado por Lenin y continuado [sic] de reforzar la disciplina en las fábricas) los comités de los trabajadores no tienen poderes notables y son algo más que *clubs* de fábrica, o sociedades de mutuo mejoramiento y recreación”.¹³⁷

Esta final transfiguración de la subjetividad revolucionaria emergente con y en los *soviets* que contactó a su vez con tradiciones y figuras de subjetivación política radicales, en una más acorde con la de las masas serializadas, donde la energía y la fuerza vital se canalizan *disciplinada y heterónomamente* en los sábados comunistas, en el taylorismo o en la subordinación del Proletkult a las lógicas de partido y del Estado, encuentra una expresión adecuada en la imagen metafórica con que un socialista francés nacido en Rusia, Boris Souvarine, retrataba al Trotsky posterior a la guerra civil:

¹³⁶.- Rocker, Rudolf (1921b), “El problema ruso. III”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 20 de noviembre, p. 2. Y agregaba que “los *soviets* en Rusia” cumplieron un papel similar a “las *secciones* en la Revolución Francesa”; en ambos casos “la violencia central les quitó toda independencia”, así que los *soviets* “existen hoy tan solo de nombre”. Otros artículos donde se lamentaba el fin del principio revolucionario soviético: “El anarquismo en Rusia. Según un documento oficial bolchevique” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 11 de septiembre, pp. 2-3; “Del soviétismo al capitalismo” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de octubre, p. 1.

¹³⁷.- “El mecanismo soviético de nacionalización” (1920), en *Documentos del progreso*, n° 11, Buenos Aires, 1° de enero, p. 12 (traducido de *The Economist*); cursivas en el original. Ciertamente la intención de los editores de *Documentos del progreso* no era avalar una política “burguesa” y “liberal” sino publicar este artículo como una suerte de documento imparcial, escrito por el enemigo de clase, con el loable propósito de mostrar las bondades de la centralización y nacionalización bolchevique; sin embargo, parecieran no captar la gratificación que los autores tenían en relación a la eliminación del poder obrero en las fábricas, por la incorporación del personal técnico y de los miembros de los órganos políticos del Estado. Una laguna sintomática que habla de las concepciones políticas desde las cuales se piensa la revolución rusa. Un artículo sin firma en *Revista de Oriente* detallaba sin problematizar esta limitación de la acción de los comités de fábrica que “no interviene[n] para nada en la administración de la fábrica”; ver “El régimen de la fábrica soviético” (1925), en *Revista de Oriente*, n° 5, Buenos Aires, noviembre, p. 28.

“Trotsky, con un vestido de cuero, pantalones y botas militares, con gorro de piel con las insignias del Ejército Rojo, estaba muy bien, aunque raro para los que le han conocido como uno de los mayores antimilitaristas de Europa”¹³⁸

* * *

Además de las referencias a la proliferación soviética, a la inédita experiencia de asambleas en las que participa *cualquiera*, a la propiedad política y a la expansividad de la forma *soviet*, ¿cuáles fueron las crónicas, los relatos o informaciones, las noticias o reseñas que en la prensa editada en Argentina dieron cuerpo a la mentada auto-nomía, a la auto-regulación del pueblo *soviético*? ¿Qué era la autonomía, aun cuando se le aplicaran nombres diversos?

“Lo que es más notable en Rusia es el descubrimiento de talentos y genios”, decía el británico Tom Quelch en la revista *Cuasimodo*, en un artículo traducido de *The Call Magazine*.¹³⁹ Marx le hubiera podido decir que, entre otras cosas, un sistema social se caracteriza por la distribución desigual de “talentos y genios”, por la institución de unas particiones que hacen de unos talentosos y de otros mediocres. El británico, quien también estuvo en Rusia y entrevistó a Lenin, ampliaba su reflexión exponiendo los desplazamientos de lugares sociales que supuso —y que definió a— la revolución rusa, de modo que “obreros de taller o dependientes doblados sobre el Libro Mayor” revestían ahora como “administradores de inmensas provincias”, “cocineros que se han vuelto profesores” y proletarios convertidos en “catedráticos”, maquinistas que se transformaron en verdaderos genios inventores, campesinos que “dan conferencias sobre Economía Política” y artesanos que disertaban “sobre Arte”, obreros de taller que “hacen poesía”, o jóvenes obreros y muchachas del pueblo que se reúnen “para componer y reproducir dramas comunales”. Incluso trabajadores comunes habían inventado nuevos acumuladores y medios eléctricos de locomoción.¹⁴⁰

En una carta a Frank Harris, de enero de 1920, Emma Goldman se admiraba del espíritu del pueblo ruso, pues a pesar del extremo frío y de la crítica situación de hambre, los proletarios concurrían masivamente a esos lugares antes vedados a quienes estaban adscriptos al orden del trabajo:

¹³⁸.- Souvarine, Boris (1919), “La III Internacional. Un relato inédito sobre su fundación”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 11 de octubre, p. 2. Traducido de *Le Journal du Peuple*.

¹³⁹.- Quelch, Tom (1921), “El nuevo Renacimiento”, en *Cuasimodo*, n° 14, 4 de abril, p. 14.

¹⁴⁰.- *Ibidem*.

“Y, milagro de milagros, el pueblo ruso, alimentado solamente con una libra de pan, sopa aguada y *kasha*, ha desarrollado un ardiente amor por las artes y las letras. Permanece agrupado en las clases, suspenso de la palabra de los maestros y conferencistas; escucha temblando durante seis horas la representación de Otelio; sigue con arrebatos a Chalapin en Russalka; una noche escucha a Andreyev con Gorky como intérprete y hace luego mil cosas más, asombrosas y extraordinarias, que acabarían con la vitalidad de cualquier otra nación normalmente alimentada”¹⁴¹

Establecer las propias reglas parecía implicar una nueva lógica de los lugares, o mejor, una redefinición de las actividades, de sus agentes y sus destinatarios. Los responsables del *Suplemento de La Internacional*, incluyeron en el número 6, una traducción de las cartas del escritor Olguin relatando su travesía por distintas regiones rusas.¹⁴² Las notas trasuntan la admiración del hombre de letras por un obrero que toma la palabra en una conferencia para explicar la situación política nacional e internacional: “Me consta, dice Olguin, que se trata de un hombre de la masa obrera que no se hallaba preparado para dar tales informes, que no tenía ninguna clase de conocimientos profundos”. Sin embargo, agregaba, formuló claramente la situación exterior de Rusia y también sus asuntos internos, y “como este obrero (...) realizando una gran labor cultural, hay muchos actualmente en la Rusia Sovietista”.¹⁴³ La reflexión del escritor es particularmente interesante: “hube de convencerme de que me encontraba entre obreros concientes; que *ya no eran aquellas personas ignorantes de ayer*, sino que eran gentes con nuevas ideas políticas y sociales. ¿Y dónde se hallaban? En una aldea situada en medio de grandes y solitarias campiñas”.¹⁴⁴

Pasaje de “personas ignorantes” a “obreros concientes”; pasaje de “una aldea situada en medio de grandes y solitarias campiñas” a una asamblea-conferencia donde se informa y debate sobre Rusia y el mundo. Los lugares y los sujetos de antes no son los lugares y los sujetos de la revolución. El desplazamiento ha sido producido por el movimiento de subjetivación propio de la revolución, esa *propiedad política* del *soviet*, como, a su modo, en el léxico de su época lo señala Iaroschewsky: “En estos mitines y en las organizaciones surgidas de ellos, se manifestaba la voluntad de la *nueva personalidad histórica* nacida con la revolución, la *voluntad* del pueblo ruso”.¹⁴⁵ El

¹⁴¹.- Goldman, Emma (1920), “Carta a Frank Harris”, Petrogrado, 29 de enero, en Rocker, R.; Goldman, E.; Berkman, A.; Kropotkin, P. et al., *¿Soviet o dictadura?*, Buenos Aires, Argonauta, p. 16.

¹⁴².- Seguramente se trata de una traducción de las “Cartas de Rusia”, publicadas originalmente en *Idisch*, que también son reproducidas por otros periódicos de la izquierda local, como *El Trabajo. Diario de la mañana*.

¹⁴³.- “Una conferencia para campesinos” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, n° 6, Buenos Aires, 19 de septiembre, p. 15.

¹⁴⁴.- *Ibidem*. Las cursivas son mías.

¹⁴⁵.- Iaroschewsky, M. (1919), “Estudio sobre la revolución rusa”, *op. cit.*, p. 12. Las cursivas son mías.

obrero, el campesino, las mujeres se comportan de modo impropio, diría Rancière: en lugar de ser según esos nombres, toman la palabra; la sorpresa del escritor Olguin radica en este “desbarajuste” —como se decía en una fuente epocal citada más arriba— de los atributos según las identidades. Justamente esas identidades son cuestionadas por los agentes revolucionarios, que son tales en nuevas modalidades de relación, en las nuevas formas de compartir, de definir lo que es común (es decir, de constitución de una comunidad política); de allí la relevancia de la dinámica propia de “abajo arriba” de *soviets*, comités, *proletkult*, etc. Los nombres obreros, campesinos, soldados, son y no son consistentes con esas nuevas figuras de subjetividad emergentes.¹⁴⁶ Ya no hay pura continuidad entre aldea campesina y aldea-asamblea política, entre trabajadores y comité de fábrica, entre sectores populares y *soviet*, etc. La subjetivación política, dice Rancière, implica una pérdida —digamos, parcial— de identidad, de la identidad con el rol social del orden que se cuestiona, con los atributos de ese rol, es decir, impone lo que el filósofo francés denomina una singularización (Rancière, 2011). A su manera lo decían en Buenos Aires algunos activistas, en los siguientes términos: “... designamos con el nombre de proletariado, no al obrero propiamente dicho y al asalariado en general, sino a aquella parte de los trabajadores que adquirieron cierta «conciencia de clase» y militan en cualquiera de los grupos en lucha contra la burguesía y el Estado que la defiende y ampara como clase privilegiada”.¹⁴⁷ Y si algo caracteriza esa singularización, es el acto de palabra de aquellos que hasta ese momento carecieron de ella porque repetían el rumor sordo acorde a sus posiciones sociales; una “toma de la palabra” que reorganiza lugares y espacios de la política.¹⁴⁸ Como lo apuntaba Emma Goldman al referir que “[l]a Revolución ha desarrollado la lengua extraordinariamente; ni el hambre más terrible, ni el más espantoso frío son capaces de impedir el *desbordamiento* de la elocuencia”.¹⁴⁹ Esa toma de la palabra antes exclusiva, propia de ciertos lugares sociales, establece nuevas líneas demarcatorias de lo incluido y lo

¹⁴⁶.- Es lo que Alfonso Goldschmidt denominaba “el sentido psicológico” de la revolución que, explicaba, se le reveló al visitar la fábrica de Prochorow en Moscú, cuando al fin comprendió que “comunismo” era esa conversión de los obreros en una nueva comunidad, que ese ambiente plenamente obrero era “un mundo nuevo”, que se trataba de “otros hombres” (Goldschmidt, 1923: 112 y ss).

¹⁴⁷.- “La posición de los anarquistas frente a la revolución rusa. Sovietismo y comunismo” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 18 de septiembre, p. 1.

¹⁴⁸.- Que la “toma de la palabra” caracteriza la revolución, ya lo noto José Sazbón para la francesa, como se mencionó en el capítulo Preliminar de este trabajo; véase Sazbón, José (2010), “¿Para qué estudiar la Revolución Francesa?”, en Cernadas, Jorge y Lvovich, Daniel, *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta*, Buenos Aires, UNGS/Prometeo Libros, pp. 165-181.

¹⁴⁹.- Goldman, Emma (1920), “Carta a Frank Harris”, cit., p. 15.

excluido, y conforma una nueva escena interlocutiva que requiere de su propia y nueva simbolización, el *soviet*.

Sin embargo, lo que comienza como una crítica —una negativización— de los modos de distribuir poderes y capacidades, una crítica de los lugares instituidos —con sus propiedades específicas— de burgueses y trabajadores, señores y campesinos, varones y mujeres, crítica que encuentra su lugar *propio* en las formas emergentes de subjetivación —*soviets*— corre también el riesgo de cristalizarse —en la misma medida en que requiere de la configuración de su específico simbólico— si funda esa positividad de lo nuevo en una sustancialización. Y si en definitiva será eso lo que sucederá en Rusia con unos *soviets* que “son vaciados” como lugares de enunciación crítica y democrática, tal como denunciaban los marineros y trabajadores de Kronstadt¹⁵⁰, esa doble dinámica, esa dualidad del *soviet* era advertida en el Congreso de Bolonia por los activistas libertarios, tal como se publicaba, en una reproducción fragmentada de la porteña revista *Vía Libre*. Entre las resoluciones de dicho Congreso, si se apoyaba la formación de Consejos de Fábrica, también se aconsejaba “no dar algún valor revolucionario a una probable constitución de los Soviets, según la forma del régimen burgués”; pero aclaraba que “cuando [los soviets] se formen durante las tentativas de insurrección y de revolución es un deber para los anarquistas penetrar en esos organismos para mantenerles su carácter inicial, autónomo, descentralizado y federalista e impedir que lleguen a transformarse en organismos políticos, autoritarios y estatales, sobreponiéndose a las funciones productivas y creando nuevas jerarquías sociales destinadas a preparar una nueva dominación de clase”.¹⁵¹

* * *

¿Cómo *tiene lugar* este movimiento de subjetivación? ¿Cómo y quiénes constituyen los *soviets*? ¿Cuál es la facultad ejemplar de la revolución rusa para la política revolucionaria doméstica en relación a los sujetos de la transformación social?

En un editorial cuyo título planteaba frontalmente la cuestión, los militantes anarquistas de *Tribuna Proletaria*, mientras fijaban en “las minorías audaces, que han sido siempre la palanca de todos los progresos” el origen de la praxis y del movimiento

¹⁵⁰.- En *La Protesta*, una de las notas de Rocker reproduce el petitorio de los insurrectos de Kronstadt; ver Rocker, Rudolf (1921f), “El problema ruso. VI”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 18 de diciembre, p. 3.

¹⁵¹.- “El Congreso Anarquista de Bolonia” (1920), en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 13, Buenos Aires, octubre, p. 14. El Congreso fue editado luego como folleto por editorial Argonauta con el título “El Congreso de Bolonia de la Unión Comunista Anárquica Italiana”, Buenos Aires, 1920.

revolucionarios, estimaban negativamente a las multitudes, “cuya falta de determinación *las tiene sujetas* a la pasividad esclava, y cuya carencia de decisión las hace marchar por desviados senderos en busca de lo que es su aspiración suprema”.¹⁵² Los futuros antorchistas advertían que los *sujetos* lo son del mundo simbólico que los constituye, están sujetos a dicho orden y lo reproducen como actantes. Ser obrero, ser campesino, ser mujer, ser joven son los modos de inclusión en las figuras de subjetividad que el orden simbólico dispone, y en las que se re-conocen los sujetos. De modo que pareciera que la ruptura de esas subjetividades necesariamente debía venir de fuera de ellas, de quienes estuvieran apartados de la norma, de esas “minorías audaces” o de las élites de pensamiento opuestas a la mediocridad de los hombres, de aquellos que se erguían contra la rutinización, como sostenía Ingenieros.

Pero precisamente un joven Juan Antonio Solari exclamaba en la libertaria revista *Cuasimodo* por la escasa audacia de la intelectualidad argentina: “¿A quién podríamos llamar el Zola argentino? ¿Dónde está? No lo vemos, no lo vemos, y sospechamos que, como ocurre casi siempre, tendremos que hacer, se hará la revolución, a pesar de *nuestros intelectuales*, que serán nuestros enemigos...”.¹⁵³ Ellos también parecían estar sujetos al imperativo simbólico de la sociedad capitalista, y actuaban entonces como intelectuales del orden; frente a esa sujeción Solari rescataba otra actitud, la pregonada por Romain Rolland cuando decía que “todo hombre que lo es en verdad, debe aprender a quedar solo en medio de todos, a pensar solo por todos, y, si es necesario, contra todos”, pues “pensar sinceramente, aún *contra* todos, significa todavía hacerlo *por* todos”.¹⁵⁴ Hace falta una palabra, un acto de rebeldía y una interpelación de los sujetos para que, de alguna manera, se produzca un hecho de des-subjetivación, de des-sujeción al orden, un desapegamiento a la identidad, a la identificación con el rol. Importancia de la palabra o del acto de vanguardia, como señalaba el obrero comunista Punyet Alberti en referencia al Manifiesto Comunista: “Cuando dicen en el histórico manifiesto «constitución de los proletarios en clase» no dejan librado a las determinaciones económicas *el suceso del proletariado*”, pues si la “economía burguesa ha creado al proletariado”, ha sido “la filosofía de Marx y Engels” la que le suministró a los desposeídos “la noción de su papel en la historia”, de modo

¹⁵².- “Para qué se lucha” (1919), en *Tribuna Proletaria*, n° 38, Buenos Aires, 10 de septiembre, p. 1.

¹⁵³.- Solari, Juan Antonio (1921), “Las mulas del capitalismo”, en *Cuasimodo*, n° 15, 2° decena de abril, p. 11; destacado en el original. Solari había ingresado poco antes al partido Socialista, simpatiza con los “terceristas” y colabora con el grupo *Insurrexit*.

¹⁵⁴.- *Ibidem*. Cursivas en el original.

que los llevó “al rango de clase en oposición a la burguesía, infundiéndoles un dinamismo extraordinario”.¹⁵⁵ Hay clase (“el suceso del proletariado”) en la medida que hay un *nuevo “papel en la historia”*, una nueva narración, un nueva palabra. El proletariado es un suceso, implica un acto, un acontecimiento.

También Manuel Porteiro se pronunciaba en un sentido semejante cuando sostenía, respecto de la revolución rusa, que el fundamento de la acción de los bolcheviques y otras “minorías revolucionarias” residía en que “siempre *las iniciativas particulares* tienden a apartarse de las ideas generales”.¹⁵⁶ Y uno de los militantes que intervienen en la encuesta de *La Batalla* convoca a ponerse “fuera del régimen”, a constituir “si así se quiere una sociedad nueva dentro de la misma sociedad, que le disputa bien cara a cara y frente a frente el triunfo de la emancipación humana”.¹⁵⁷

Se trata de atisbos de otra manera de pensar la relación entre vanguardia y movimientos sociales, donde las primeras dejan de ser encarnaciones, sustancializaciones (en el partido, en los intelectuales, etc.) para pensarse como acciones, como *actos de vanguardia* (las “iniciativas particulares” de las que habla Porteiro). Actos que surgen en contexto pero que se dirigen contra ese mismo contexto (como sugiere Solari a partir de Rolland). Actos cuya posibilidad radica en la misma dialéctica del proceso hegemónico, que si constituye figuras de subjetividad identitarias, apegadas a la reproducción de dicho orden, lo hace distorsionando —y por ello preservando— aspiraciones y rebeldías pasadas, disconformismos y desobediencias; resguardando en aparente paradoja, lo que viene a suprimir como latencia, ocultando (pero conservando) esa cooperación donde radica la potencia humana. A diferencia de una entidad de vanguardia, los actos de vanguardia pueden surgir en cualquiera, y también ser tomados y re-editados por cualquiera; su principio de expansividad es por eso horizontal, implica otra *actuación*, desobediente respecto de los roles preasignados por el orden social. Los *soviets*, en sí mismos actos de vanguardia, indiscernibles según las categorías previas del conocimiento político, invitaron a pensar que esos actos de vanguardia no disponían sujetos perfectamente delineados —el obrero revolucionario, el campesino socialista, la mujer emancipada— sino escenarios en los que se jugaba —

¹⁵⁵.- Punyet Alberti, Manuel (1925), “Interpretación y realización”, en *Revista de Oriente*, n° 5, Buenos Aires, noviembre, p. 32. Las cursivas son mías.

¹⁵⁶.- Porteiro, Manuel S. (1919a), “Los partidos reaccionarios ante la revolución rusa”, segunda parte, en *Bandera Roja. Diario de la mañana*, n° 34, Buenos Aires, 5 de mayo, p. 2.

¹⁵⁷.- Albion (1918), “La encuesta de *La Batalla*. Mi opinión”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 1° de enero, p. 3. Ver también “El maximalismo y nosotros”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 7 de febrero, p. 1.

conflictivamente— esa singularización de una nueva subjetivación con la potencial vuelta a otras —nuevas— formas de identidad.

Si bien mayoritariamente el activismo de izquierda en Argentina tendió a pensar “doctrinariamente” la problemática de los sujetos de la revolución —y en ciertos casos ese pensamiento ni siquiera constituyó una problemática propiamente dicha— en los debates más o menos articulados sobre quiénes hicieron la revolución en Rusia emergen testimonios o simplemente síntomas de la falla de esas formulaciones doctrinarias, dando lugar a incursiones por otros senderos reflexivos, que atienden a la novedad que la revolución rusa implicaba, y en esos desplazamientos y pensamientos, surgieron fragmentos de un *collage* posible para otra conceptualización de la agencialidad y la subjetivación revolucionarias.

III. Régimen

“...[la dictadura del proletariado] consiste en la *manera de aplicar la democracia*, no en su *eliminación* (...) esta dictadura debe ser el trabajo de la *clase* y no de una pequeña minoría dirigente que actúa en nombre de la clase; es decir debe avanzar paso a paso partiendo de la participación activa de las masas; debe estar bajo su influencia directa, sujeta al control de la actividad pública; debe surgir de la educación política creciente de la masa popular”

Rosa Luxemburg, *La revolución rusa*

La “dictadura del proletariado”

En su viaje a Europa para asistir a la conferencia socialista de Berna en 1919, Antonio de Tomaso constataba con fastidio que la divulgación del nombre “dictadura del proletariado” no era una moda exclusiva de la Argentina, sino que se había convertido en un tópico común en las discusiones y elaboraciones del socialismo internacional (de Tomaso, 1919: 86; 194-195). El asombro y el disgusto provenían del hecho de que en las filas socialistas —en las que él mismo participaba— se discutiera la posibilidad de un régimen político que identificado con el socialismo estuviera, como él pensaba, reñido con la legalidad. Por eso anotaba críticamente las observaciones que al respecto se hicieran en Berna: “Lo que menos entiendo del discurso de Haase son las consideraciones sobre la dictadura del proletariado (...) Cuando todas las masas nos sigan, dice, haremos la dictadura del proletariado (...) ¿Qué significan tales palabras? A mí se me ocurre que cuando eso suceda habrá, si cabe el término, una dictadura legal, un estado de cosas que implicará para la masa la plenitud del poder político y la plenitud de la dirección económica del país” (*ibídem*: 85). El razonamiento del diputado argentino supone una contradicción excluyente entre los términos “dictadura” y “legal”, donde el primero daría cuenta de un momento excepcional, una instancia “no legal”, de interrupción de la vigencia de la ley. Y es con base en esta oposición dicotómica que sostenía que si la mayoría se inclinara por el socialismo “armada con un sufragio igualitario y disciplinada en sus organizaciones técnicas”, la dictadura sería innecesaria,

dado que la misma expresa “la idea de una minoría que teme no contar con el apoyo necesario para mantenerse en el poder sin violencia” (*ibídem*: 85-86).¹ Esta argumentación va más allá de la específica consideración del régimen que se configura en la Rusia revolucionaria: no sólo se disocian las relaciones entre mayorías (electorales)² y dictadura, sino que también se escinden completamente ley y violencia, por lo que la instancia dictatorial sólo puede ser pensada como exterior a la legalidad, como su afuera.³

De todos modos, las consideraciones de de Tomaso tenían un objetivo inmediato: estaban destinadas a contestar una de las principales explicaciones de la “dictadura del proletariado”, aquella que la justificaba como mecanismo de defensa contra las arremetidas contrarrevolucionarias. Sin embargo, las opiniones que al respecto formulaban estos socialistas cambian según los sucesos rusos, pues precisamente eran tales peligros, o aun los obstáculos al despliegue democrático, los que invocaba uno de los compañeros de ruta de de Tomaso, Enrique Dickmann, cuando en octubre de 1917 evaluaba el curso de la revolución. En ese entonces podía afirmar que si la democracia no era aún el régimen político de la revolución pues todavía se estaba en “pleno caos democrático, en plena revolución social, es decir, bajo la *dictadura* de un gobierno provisorio socialista” sin haber practicado aun “el sufragio universal” ni haberse dado “ninguna constitución”, esto no debía importar una reproche a la revolución, enfrentada a “enormes dificultades (...) que vencer”. Para Dickmann, es evidente que esa dictadura del gobierno provisorio se justifica por lo que piensa será su

¹- Mario Bravo razonaba en la misma senda cuando advertía “a quienes ven en la organización soviética (...) una forma concluida y novísima de la democracia obrera”, y “a aquellos que enamorados del fondo de violencia instintiva que hay en cada hombre, se sienten halagados por la frase *dictadura del proletariado*”, que una y otra eran —a su criterio— elementos ajenos a la historia, las luchas y “la eficiencia” de la “fuerza organizada y consciente” de los trabajadores; y mientras agregaba que esa “violencia instintiva” no era sino el “símbolo de la debilidad colectiva” se apoyaba en Turati para sostener que “«O el proletariado, que es la inmensa mayoría de la nación, tiene conciencia y fuerza política para utilizarla en su beneficio y en este caso la dictadura no es necesaria, o carece de esa fuerza y de esa conciencia y entonces la dictadura no lo salva»” (Bravo, 1920: 59; cursivas en el original).

²- Más adelante volveré sobre esta cuestión; en muchas de sus intervenciones sobre la revolución rusa, el diputado de Tomaso trata de demostrar que los bolcheviques no son “mayoría” en los órganos soviéticos. El término “mayoría” remite siempre, en de Tomaso, a mayorías electorales, es decir, donde los más *se cuentan* en el supuesto de que su adición conforma “el pueblo”.

³- También Justo define a la dictadura como una situación excepcional caracterizada por el desconocimiento de la ley. Preguntándose qué se entiende por dictadura del proletariado, establece una analogía con “la permanente dictadura de la clase burguesa *que hace caso omiso* de la constitución y de la ley cuando así le conviene”, para enumerar seguidamente los más recientes momentos de violencia del Estado argentino contra los trabajadores y el socialismo, incluyendo las “leyes de excepción” como la de Defensa Social o la de Residencia. Cfr. Justo, Juan B. (1920), “El momento actual del socialismo. Segunda conferencia del diputado Justo”, en *La Vanguardia*, 19 de abril, p. 1. Las cursivas son mías.

futuro: la constitución y el imperio de un régimen basado en el sufragio.⁴ Y de Tomaso, en la entrevista que le hace a Kerensky en 1919, se lamentaba de la actitud de aquellos socialistas que durante el Gobierno provisional no quisieron aplicar medidas excepcionales para restablecer la disciplina, como sí lo hicieran luego los bolcheviques.⁵

A criterio de Alfredo Palacios, eran esos obstáculos o dificultades los que compelerían a los revolucionarios a apelar a medios excepcionales, obligados a “aplantar a la burguesía” para “suprimir la explotación del hombre por el hombre” y “hacer triunfar el socialismo”, por lo que se precisaba —como lo había decidido “el congreso Pan-Ruso de los soviets” cuando “en 1918 aprobó la Constitución”— un régimen transicional sustentado en “la dictadura del proletariado urbano y rural y de los campesinos” que garantizara el pasaje hacia un nuevo régimen en el que desaparecerían las clases y el poder del Estado (Palacios, 1921: 25-26).⁶ Una situación que Ingenieros exponía en términos de encrucijada: “el dilema en Rusia fue riguroso: gobierno de los capitalistas para defender sus privilegios o gobierno de los trabajadores para socializar los medios de producción” (Ingenieros, 1957 [1920c]: 111).⁷ Ghioldi, por su parte, afirma por la negativa la necesidad del momento dictatorial, cuando manifiesta que “sin obstáculos, sin enemigos, sin ejércitos extranjeros, sin desorganización económica, con máquinas e instrumentos de labor, con masas obreras y campesinas muy conscientes, la

⁴.- Las apreciaciones de Dickmann son previas a los eventos conocidos como “revolución de octubre”; Dickmann, Enrique (1917), “Democracia y lucha de clases”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 20 de octubre, p. 1. Las cursivas son mías. Más adelante, en 1919, el propio de Tomaso, en la conferencia de Berna, frente a las dificultades que allí encuentra para condenar la revolución bolchevique, busca limitar el carácter de lo que se denomina “dictadura del proletariado”: en una nota a pie comenta su intervención en aquella reunión explicando que con esa categoría se refería “a una resolución de carácter político, destinada a remover enérgicamente, y con toda la fuerza necesaria para evitar la contrarrevolución, los obstáculos que impiden llegar al pueblo trabajador de las ciudades y del campo a su libre acción política y económica” (de Tomaso, 1919: 197-98; nota a pie). Sugestivamente, la anuencia de Dickmann para con la “dictadura del gobierno provisorio” no la hará extensiva a la “dictadura del proletariado” en nombre de la cual gobiernan los bolcheviques, aun cuando ambas invoquen un futuro próximo como soportes de sus legitimidades.

⁵.- de Tomaso sostiene, en dicho texto, que era justificable la violencia estatal a fin de encauzar la furia instintiva y sin dirección de la revolución, la cual se manifestaba, por ejemplo, en el *prikaz* n° 1. Pero cuando Kerensky, dice el argentino, quiso reponer la pena de muerte, fue la izquierda revolucionaria, encabezada por María Spiridonova, la que se opuso. Ver todo este pasaje de la transcripción de sus notas en la entrevista a Kerensky en de Tomaso (1919: 52 y ss.).

⁶.- Palacios cita textualmente de la traducción castellana de la Constitución de la Federación Socialista Soviética de Rusia.

⁷.- Y si “cada clase, como es natural, protestó contra la dictadura de la contraria”, agregaba, sus únicas esperanzas eran “sustituirla y utilizar la máquina del Estado para el logro de sus fines propios”, *ibídem*. Para Ingenieros, hasta que la transformación mundial no tuviera lugar no habría “paz en el mundo. Todo los países continuarán en la situación actual de dictadura, capitalista o proletaria”, de modo que la “dictadura del proletariado” tendría un carácter defensivo en el marco de una suerte de guerra civil mundial; Ingenieros (1957 [1920e]: 144).

revolución no tendría ninguna dificultad, tanto que ni siquiera sería necesaria la dictadura del proletariado”.⁸

En el mismo sentido se expresaba el anarquista López Arango, para quien en Rusia existía “una situación de fuerza” por lo que era “la dictadura obrera el instrumento revolucionario” que impedía “la regresión hacia el capitalismo” al sostener “una continua observancia sobre los actos de los enemigos enmascarados y de los arribistas”.⁹ Es la lucha de clases —advertía José Penelón— la que exige “necesariamente la violencia organizada del proletariado, la formación de un ejército rojo, la necesidad de crear una fuerza proletaria que pueda dominar esas tentativas contrarrevolucionarias de las clases dirigentes, capaces de todos los crímenes para conservar sus privilegios”.¹⁰ Incluso entre las filas anarquistas la categoría “dictadura del proletariado” fue positivamente considerada, al menos durante los primeros años, pues se la juzgaba instrumentalmente como el medio que venía “a salvar la revolución y servir de apoyo a la materialización de nuestros conceptos anárquicos y comunistas”. Y estos libertarios podían afirmar que tal dictadura “es lógica” pues “implica la anulación de la clase burguesa y pequeñoburguesa, evitando que ella imponga a la revolución sus orientaciones capitalistas”.¹¹ Con esa misma orientación, Luis María López escribía en

⁸.- Ghioldi, Rodolfo (1922c), “La Nueva Política Económica de Rusia”, tercera parte, en *La Internacional*, 8 de febrero, pp. 3-4. Aquí se desliza, en la perspectiva de Ghioldi, otra dimensión de la problemática, vinculada a lo tratado en el capítulo II: la necesidad del momento dictatorial pues las multitudes revolucionarias todavía no eran “muy conscientes”.

⁹.- López Arango, Emilio (1920), “Características esenciales de la revolución rusa. Las teorías frente a la realidad de los hechos”, en *Nuevos Caminos*, n° 7, Avellaneda, 20 de septiembre, p. 7. Y todavía en ese año de 1920, el español pensaba que esa misma dictadura impediría “posiblemente mañana, la involución hacia el burocratismo sovieta” (*ibidem*).

¹⁰.- Penelón, José (1923), “La Nueva Rusia”, en *La Internacional*, 6 de abril, p. 4. También junto a Greco exponen ideas del mismo tenor, dado que en “la primera etapa de la revolución” es “por la violencia, por la dictadura y el terror” que la revolución actúa para vencer los ataques contrarrevolucionarios; Greco, Juan y Penelón, José (1923f), “La conferencia de los compañeros Penelón y Greco. Impresiones de los delegados argentinos a la Rusia de los Soviets”, en *La Internacional*, 2 de marzo, pp. 1-2. En sus *Impresiones de un viaje a la Rusia sovieta*, Komin-Alexandrovsky estimaba que la única manera de sostener el poder del Estado era por la fuerza y que sólo un ejército como el rojo podía enfrentarse exitosamente a las máquinas de guerra moderna de los imperios centrales; admitía incluso el reclutamiento de los antiguos oficiales de las tropas zaristas y aprovechaba para calificar de “vulgar banda de forajidos” a los guerrilleros de Makhno; Alexandrovsky, Komin (1921), *Impresiones de un viaje a la Rusia sovieta*, Buenos Aires, La Internacional. En general, las expresiones de Alexandrovsky tienen un fuerte sesgo centralizador y disciplinante; es muy probable que las distorsiones de las posiciones makhnovistas, mencheviques y socialistas revolucionarias se deban a su participación en el frente de guerra contra las tropas de Wrangel, donde los bolcheviques hicieron y luego deshicieron su alianza con Makhno. Se sabe, además, que la experiencia del ejército rojo tuvo profundos alcances identitarios en esa generación de revolucionarios.

¹¹.- Centro Cultural «Nuevos Caminos» (1921), “Una proclama del Centro Cultural «Nuevos Caminos»”, en *Cuasimodo*, n° 22, 1° decena de septiembre, pp. 23. Por supuesto que estas valoraciones eran matizadas en relación al término “dictadura”, como lo señalaba, entre otros, Oreste Ristori al expresar “un sentimiento de horror y de vergüenza hacia la dictadura en el sentido histórico de la palabra, es decir, hacia todas las dictaduras políticas y militares que se han establecido a intervalos en la historia para

La Organización Obrera que si antaño se pensaba que la burguesía se rendiría dócilmente una vez realizada la revolución, el “ejemplo de Rusia” resultaba “sumamente ilustrativo” para mostrar “que ahora se admite como forzoso, para asegurar el triunfo de la revolución, el establecimiento de una dictadura que contenga la reacción de los enemigos del pueblo”.¹² Y mientras sostenía que era “cada vez mayor el número de los que se inclina[ba]n por su adopción como medio circunstancial mientras la reacción no haya sido vencida completamente”, argüía que era una “creencia errónea” pensar que tal régimen pudiera significar “un peligro para el verdadero bienestar” del pueblo, ya que al emanciparse, ese mismo pueblo no podría permitir “el entronizamiento de nuevas castas dirigentes”.¹³

Sin embargo, para Palacios no se trataba de un problema teórico sino más bien de la respuesta adecuada a una situación específica —deudora, en definitiva, del “atraso ruso”— pues si se podía argüir que en la transición “se impone la expropiación de los capitalistas, lo que se efectuará no por medio de un gobierno de burócratas, sino de un *gobierno de obreros armados*”, la dictadura no respondía a “las sutilezas interpretativas (...) de una frase de Marx”, sino que era lo que exigían “las circunstancias especiales en que se desarrolla el drama estupendo, cuyo escenario es Rusia” (Palacios, 1921: 34-5; cursivas en el original) Sin “dictadura del proletariado (...) como medida de transición (...) los contrarrevolucionarios hubieran destrozado toda la obra realizada. Se trata de una medida de guerra” (*ibídem*: 35).¹⁴

avasallar a pueblos enteros”, lo que no le impedía defender con prosa encendida a la dictadura proletaria pues era la que había posibilitado sobrevivir a la revolución y había terminado con un régimen milenarista de privilegios para la clase dominante y de explotación para 400 millones de hombres; como se verá más adelante, Ristori y otros, intentan moderar el impacto negativo del término dictadura; Ristori, Oreste (1921a), “La dictadura de ... sus enemigos”, en *Cuasimodo*, n 21, 19 de julio, pp. 19-21.

¹².- López, Luis María (1921), “Caracteres de la actual revolución”, en *La Organización Obrera*, Suplemento extraordinario n° 42, Buenos Aires, 1° de mayo, pp. 10-18. La cita en pág. 13.

¹³.- *Ibídem*, p. 16.

¹⁴.- Al obedecer a las “circunstancias especiales” rusas, Palacios puede deducir que si “la violencia se produce, en primer término para abatir la contrarrevolución” (Palacios, 1921: 37), esto “no significa propiciar los métodos de fuerza para otros países, donde las características de ambiente son distintas”, a la vez que lamentar que, en el caso ruso, el socialismo no se implantara “[p]or la adhesión espontánea y consciente de los más” (*ibídem*: 36). Una opinión similar exponía Nicolás Repetto, por entonces director de *La Vanguardia*: “La obra de los que gobiernan actualmente la república rusa de los soviets no responde tanto a teorías o sistemas preestablecidos cuanto a la necesidad de resolver situaciones de hecho y salir del caos social, que conduce invariablemente a la dictadura militar. Puesto el país en la alternativa de una dictadura militar o una dictadura civil, una minoría enérgica ha tomado sobre sí el ejercicio de esta última, que se inspira sinceramente y en cuanto pueden, en los principios del socialismo y en los intereses de los trabajadores”; Repetto, Nicolás (1920), “Puntos de vista sobre la cuestión rusa”, en *La Vanguardia*, 31 de mayo, p. 1. Y aun el anarcosindicalista francés Monmousseau, en un artículo que reproducen sus camaradas de la Argentina, asegura que la dictadura del proletariado “no es un principio, ni hace parte de una filosofía, de una resolución, sino que surge del examen mismo de los acontecimientos”, es decir, es “una necesidad, una posición revolucionaria, un medio de la revolución que debe ejercitarse desde el

Un tanto diferente en cuanto a sus argumentos, pero convergente en cuanto a la necesidad del momento dictatorial, era la opinión de Víctor Serge, asiduo columnista en las publicaciones argentinas, para quien lo esencial de una revolución social radica en la expropiación de la clase poseedora, y como la propiedad privada está “fundada por la conquista o por cualquier otro modo de expropiación” y reposa “al fin de cuentas sobre la coerción (...) defendida por la violencia organizada del Estado capitalista”, no podría “evidentemente ser expropiada sin violencia”; de modo que es a esa “violencia de la reacción” a la que punto por punto “se opone necesariamente la violencia de la revolución”.¹⁵

Pero no sólo como instancia defensiva es valorada la dictadura proletaria, no sólo extrae su legitimación del conflicto entre regímenes políticos antagónicos; también se la justifica como medio ofensivo para la transformación social y aun como elemento indispensable de progreso. En línea con la argumentación de Víctor Serge antes expuesta, para Joaquín Coca “el armamento de los trabajadores, la formación del ejército rojo socialista de los obreros y de los campesinos, y el desarme completo de las clases poseedoras” constituían los medios necesarios y propios de “*la época transitoria actual de la dictadura de los trabajadores*” con el “objeto esencial de expropiar a la burguesía y preparar unas condiciones favorables a la igualdad general de los ciudadanos de la República en el dominio de la producción y del reparto de las riquezas” (Coca, 1920: 19; cursivas en el original). También del Valle Iberlucea la consideraba, en tanto Estado de transición, como aquella fuerza que posibilitaba al proletariado dirigirse “a la transformación económica, a la socialización de los medios

momento que el proletariado ha empeñado la lucha hasta el día en que las fuerzas contra-revolucionarias hayan desaparecido”, en Monmousseau (1922), “El sindicalismo ante la revolución”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 1º de diciembre, p. 1.

¹⁵.- Serge, Víctor (1922), “El problema de la dictadura”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 18 de agosto, p. 1. Que el momento excepcional era algo inmanente a la propia revolución, también lo pensaba Mario Bravo: “Se ha imputado al gobierno revolucionario de los soviets la comisión de actos de fuerza, derramamientos de sangre, violencias y atropellos a las garantías elementales de las personas. Pero el interés substancial de una revolución es sobrevivir a su propio estallido, defenderse, afirmarse, radicarse, penetrar, extenderse y cumplir su obra venciendo obstáculos y dominando circunstancias. No hay ejemplo en la historia de las revoluciones (...) que no patencie como una inevitable experiencia, la precisión de obrar fuera de las normas establecidas para situaciones regulares” (Bravo, 1920: 35). Argumentos equivalentes, que postulan la “dictadura del proletariado” como medio de defensa y de violencia necesaria en la transición, pueden leerse en Greco, Juan y Penelón, José (1923e), “La conferencia de los compañeros Penelón y Greco. Impresiones de los delegados argentinos a la Rusia de los Soviets”, en *La Internacional*, 1 de marzo, p. 1 y 4; en Torralvo, José (1919), “Los que se oponen a la revolución”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de noviembre, pp. 1-2; en Rosales, H [Hermenelgido], (1920), “Revolución social y Dictadura Proletaria”, en *Vía Libre Publicación mensual de crítica social*, nº 4, enero, pp. 113-14.

productores, esto es, a la reforma colectivista”; para el marxismo, agregaba el senador, “la revolución social no es posible sin la dictadura del proletariado” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920a]: 57). Aquella reflexión marxiana según la cual “el proletariado usará de su supremacía política para arrancar poco a poco a la burguesía todos los capitales, para centralizar entre las manos del Estado, es decir, del proletariado constituido en clase dirigente, los instrumentos de producción” (*ibídem*) es interpretada por del Valle Iberlucea, y aplicada al caso ruso, en clave evolucionista, de modo que revolución y evolución resulten conceptos intercambiables.¹⁶ Si en la primera etapa, los trabajadores “se apoderan del Estado, convirtiéndolo en órgano propio, en órgano específico de la lucha de clases” (*ibídem*: 60), ese Estado ya no es el del capitalismo, pues se organiza “sobre nuevas bases”, reviste “formas distintas”, debido a que su finalidad no es el mantenimiento sino la supresión de la sociedad clasista (*ibídem*: 58). El carácter transitorio responde, en el razonamiento de del Valle Iberlucea, a los fines del Estado proletario, pero también a un ritmo de la transformación (el “poco a poco” de la fórmula del *Manifiesto* de Marx y Engels) que deriva de la inscripción de la revolución en el curso de “la evolución”, la cual “no procede a saltos” (*ibídem*: 57).¹⁷ Como otras revoluciones en el pasado —y el senador cita la francesa y la de mayo— la rusa debe apelar a la violencia para lograr sus objetivos, pero esa violencia tiene características limitadas, pues “el proletariado opondrá la fuerza a la fuerza para salvarse a sí mismo”, de modo que la dictadura del proletariado está lejos de significar “el imperio constante de la violencia en las relaciones sociales, en la vida de la comunidad” (*ibídem*: 89).¹⁸

¹⁶.- Una intercambiabilidad que acompaña el derrotero semántico del concepto de revolución; cfr. Koselleck (1993).

¹⁷.- Un evolucionismo más ostensible es, en este aspecto, el de Joaquín Coca, quien acota la categoría “dictadura del proletariado” en tanto asociada a una concepción catastrofista de la revolución, y relativiza su uso por Marx y Engels, pues no habría sido más que un desliz en estos pensadores cuyas concepciones son científicas porque sostenidas en ideas evolucionistas; cfr. Coca (1920: esp. 5-14).

¹⁸.- En el mismo sentido, Kantor, Moisés (1919), “El problema social y la revolución maximalista en Rusia”, en *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, n° 1, pp. 114-135, quien afirma que “la dictadura del proletariado, en la forma definida por la Constitución, se establece para el período de transición actual con el objeto de suprimir la explotación del hombre por el hombre y de hacer triunfar el socialismo bajo cuyo régimen no habrá división de clases ni poder de Estado (Capítulo V, 9)”, en pp. 134-35. También Arturo Orzábal Quintana, para quien “el estado no es ninguna estructura política en particular, democrática o autocrática, sino el poder coercitivo. Entonces, de toda evidencia, durante una Revolución el Estado subsiste, en cuanto es necesario para defender y engrandecer las instituciones nuevas. Los fines del Estado, naturalmente, difieren en este caso. Su objetivo es la fusión armónica de todas las clases en una sola de trabajadores organizados, es decir, el fin que persigue el Estado revolucionario es su propia extinción”, en Orzábal Quintana, Arturo (1921), “Hacia un nuevo derecho internacional”, en *Revista de Filosofía*, n° 1, Buenos Aires, enero, p. 26.

Es precisamente este sentido temporalmente acotado para el ejercicio de una necesaria violencia estatal uno de los principales sostenes de aquellas argumentaciones que justifican —y legitiman— el régimen bolchevique.¹⁹ Se trata, ciertamente, de perspectivas instrumentales, para las cuales la dictadura proletaria se presenta como un medio obligado para la transición entre regímenes. Para llegar a la sociedad comunista, a la completa extinción de las clases, a un régimen social cuyo paradigma es “de cada uno según sus aptitudes, a cada uno según sus necesidades” se requiere pasar por el *dictum* de “el que no trabaja, no come” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920a]: 66-67). Y así como el *obiter dictum* consiste en un *decir al paso* ciertas referencias argumentativas de una sentencia que la corroboran pero que carecen de poder vinculante, la “dictadura del proletariado” es pensada como *instancia de paso* al socialismo sin, aparentemente, ser mensurada su impronta en este último.

Era el fin de una sociedad y el nacimiento de otra lo que establecía los límites del momento dictatorial, lo que fijaba su duración, como señalaba Santiago Locascio; cuando “esos menos hayan desaparecido como peligro social, cuando los más se hayan solidarizado intensivamente, entonces desaparecerá la ley, con ella la violencia y la dictadura” (Locascio, 1919: 47). En respuesta a un artículo de Charles Rappoport que circuló en Argentina, M. Trujillo razonaba, en las páginas de *La Protesta*, que la dictadura proletaria “no tiende a crear y mantener por la fuerza una casta que se alimentará exclusivamente del sudor y de las fatigas de los otros” pues se trataba de un medio que ejercía el poder con “el solo objeto de imponer a la minoría parasitaria la voluntad de la mayoría laboriosa”, de modo que su duración, su temporalidad específica, deriva de lo que dicha minoría tarde “en cambiar sus usos y costumbres ociosas y se avenga a la vida laboriosa”.²⁰ Como el *obiter dictum*, en general la existencia de este régimen es instrumental respecto de fines que lo trascienden y con los cuales guarda una relación de exterioridad, como lo expresa uno de los articulistas de la revista ácrata *Vía Libre*: “¿El Soviet es la encarnación más pura de la libertad? ¡No! Es gobierno y como tal se apoya en la fuerza; pero en la hora actual es el vientre donde se gesta el futuro paso de la humanidad en su eterna marcha evolutiva hacia la quimérica

¹⁹.- Temporalmente acotado no significa que se trate de un “tiempo corto”; del Valle Iberlucea pensaba que la extinción gradual del Estado proletario requería de “un largo proceso histórico” durante el cual tenía lugar la transformación social; mientras la misma estuviera amenazada sería “imprescindible la dominación proletaria”; y concluía: “es lo que ha sucedido, lo que está sucediendo todavía en Rusia” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920a]: 59).

²⁰.- Trujillo, M. (1918), “Desde Francia. Lenine y la Asamblea Constituyente. El problema terrible: ser o no ser”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 2 de abril, pp. 1-2.

perfección”.²¹ Pero aun así se trataría de *una etapa necesaria* en la evolución de la revolución.²² En los primeros meses, los editores de *La Protesta* argumentaban que la revolución todavía estaba “en su faz destructiva” y que aun no surgía “la verdadera acción anarquista, constructiva y revolucionaria a la vez”, pues “no pueden de golpe y porrazo llegar los revolucionarios al punto culminante de sus aspiraciones”, sino “por sucesivas etapas revolucionarias a medida que se va transformando la mentalidad popular. La «dictadura del pueblo» no es el comunismo (...) es lógico, entonces suponer que la revolución debe seguir su trayectoria hasta cumplir su misión emancipadora”.²³

Justamente, en esta perspectiva de paso necesario en el curso evolutivo del capitalismo al socialismo es que del Valle Iberlucea puede sostener una significación para la dictadura del proletariado como “teoría revolucionaria”, como “la acción revolucionaria de la clase trabajadora para conseguir la transformación de la sociedad capitalista en el régimen comunista”; su necesidad se funda en la imposibilidad de acometer esa transición entre regímenes “por vías legales” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920e]: 119-120).²⁴ Aunque desde una perspectiva muy distinta a la de Bravo o de Tomaso, la suspensión de la ley es también apuntada por del Valle Iberlucea para este régimen que considera temporal porque propio de la transición; imposibilidad de un tránsito por “vía legal” pues consiste justamente en una *crisis* revolucionaria, una crítica del orden que incluye un abandono del derecho burgués. La dictadura es, en este caso, la emergente de la crisis, y su resolución. Para los diputados socialistas, en cambio, esa no-legalidad es el reflejo del autoritarismo que caracteriza este tipo de regímenes, aun cuando su origen pueda ser la crisis revolucionaria, pues —como indicaba Mario Bravo— la dictadura “como centralización del poder y de la fuerza” era una de las posibilidades momentáneas de la crisis que provoca una revolución, pero si ella perduraba sin “la consulta colectiva de los intereses sociales”, si “esta dictadura deja de ser un estado de transición y se organiza constitucionalmente (...) y suprime la opinión y el derecho general, se transforma en la tiranía organizada, en la permanente negación de la libertad y del derecho”, es decir, en “una inversión reaccionaria de las formas de

²¹.- Nachón, Segundo (1921), “Renovación de valores”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, nº 20, mayo, p. 233.

²².- Como lo notaba López Arango, quien sin dejar de señalar desde una perspectiva que asumía como libertaria que el maximalismo poseía “un horizonte estrecho” y que “la dictadura del proletariado no constituye [un] triunfo definitivo de la justicia y el derecho”, alegaba inmediatamente que “la dictadura constituye la esencia, el fundamento de todo gobierno, y en el período revolucionario, la dictadura es necesaria, ineludible”; López Arango, Emilio (1919a), “El «sentido histórico» de la revolución”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de diciembre, pp. 1-2.

²³.- “Las etapas de la revolución” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 3 de abril, p. 1.

²⁴.- Expresiones equivalentes en del Valle Iberlucea (1934 [1920a]: 89) y (1934 [1921a]: 149).

gobierno, porque substituye una minoría arbitraria y despótica, por otra que repudia el control y vive en la irresponsabilidad” (Bravo, 1920: 58).²⁵

Las complejas relaciones entre revolución y ley sobrevuelan los debates a partir de la controvertida figura de la “dictadura del proletariado”. No es casual, por lo demás, que el término dictadura sea comprendido tanto en su faceta de emergente de la crisis (para su resolución) como también en tanto régimen característicamente autoritario. Enzo Traverso ha señalado que es a partir de la primera guerra mundial —la que abre ese tiempo de guerra civil, como la denomina el historiador italiano— donde los sentidos de “dictadura” se metamorfosean para acoplar a la vieja institución del derecho romano, una nueva significación como gobierno autoritario (Traverso, 2009: 97 y ss).²⁶ Y es este último sentido el que destacaba Demetrio Aranovich, oponiendo el régimen bolchevique al encarnado por el gobierno provisional, e indicando que los maximalistas no tenían los escrúpulos que sí observó Kerensky, de modo que “proclamaron la dictadura del proletariado, una dictadura que raya en tiranía, pues se apoya en la fuerza de las armas, amordazando a la oposición mediante violencias contra las personas y la prensa”, la cual se extendía cada día en los encarcelamientos de socialistas que no comulgaban con los vencedores, señalando incluso que “los telegramas nos hablan hasta de fusilamientos”.²⁷ Un contraste semejante proponía de Tomaso entre la “profunda alegría” que le causaran las noticias de la revolución rusa y “la asamblea constituyente elegida por el sufragio universal” frente al pesar que lo invadió cuando se enteró de “su clausura violenta, practicada por una minoría en nombre de una fórmula marxista mal comprendida” (de Tomaso, 1919: 196).

En agosto de 1921, un colectivo de distintos grupos anarquistas entre los que destacan los editores de *La Protesta* y los de *La Antorcha*, la FORA Comunista y la

²⁵.- Las instancias de consulta de los “intereses colectivos” son, para Bravo, únicamente aquellas basadas en el sufragio universal directo para la elección de los representantes. Nótese que Bravo no repudia un gobierno de minorías sino que esas minorías no se sometan al “control” que suponen las elecciones.

²⁶.- En sus *Elementos de teoría política*, Giovanni Sartori advertía sobre el uso del término dictadura con una connotación ampliamente positiva hasta el siglo XX (“Marx fue uno de los primeros que retomaron la “dictadura” como una referencia práctica y actual, habló de ella casi siempre incidentalmente y con un significado en ningún caso técnico. Y el hecho de que Farini en Emilia en 1859 y Garibaldi en Sicilia en 1860 asumieran el poder como dictadores confirma que en aquellos años el término podía usarse todavía con su significado romano y con toda inocencia”), y con una connotación negativa a partir de los años que siguen a la Primera Guerra Mundial; cfr. Sartori (2005: cap. 3: Dictadura).

²⁷.- Aranovich, Demetrio (1918), “El ensayo maximalista en Rusia”, *La Vanguardia*, 7 de agosto, p. 3. En la serie de artículos de Ludovic Naudeau que *La Vanguardia* publica en julio de 1918, el periodista francés sostiene que es “en nombre” de la dictadura del proletariado que se enfrenta pueblo contra pueblo, identificando dictadura del proletariado y bolchevismo, y asimilando el conflicto a uno “religioso”; cfr. especialmente Naudeau, Ludovic (1918a), “En Rusia. Las diez y siete horas de la constituyente”, segunda parte, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 5 de julio, p. 4.

editorial Argonauta, publicaron un Manifiesto en el que reprobaban la permanencia de la violencia más allá del acto revolucionario, pues “legar violencia organizada, es decir, los institutos del Poder (...) es caer en el mismo círculo vicioso que niega regeneración al pueblo, fuera de sus parlamentos, ministros, jueces, carceleros o gendarmes”.²⁸ Para muchos anarquistas, la desilusión con la Rusia revolucionaria se debe a esa “oprobiosa tiranía de Lenin en nombre del proletariado”, con sus “cárceles repletas de hombres cuyo mayor delito es ser revolucionarios”, de “fusilamientos, de persecuciones violentas (...) la guerra al camarada Makhno”, una “singular revolución desde arriba que predica la supresión del capitalismo al mismo tiempo que trabaja por restaurar sus formas de producción, de distribución y de consumo”, que el pueblo había suprimido al momento del estallido.²⁹ En esta línea interpretativa, que se afirma en la supuesta imposibilidad de que “el proletariado pudiera permitir voluntariamente su encadenamiento al carro triunfal de un César vestido de rojo”³⁰, muchas de los escritos ácratas señalan el deslizamiento de la “dictadura del proletariado” a la “dictadura del partido comunista”.³¹ E incluso señalaban que esa dictadura de partido no respetaba ni los derechos burgueses que, con sus limitaciones, eran de todos modos moneda corriente en el mundo capitalista. O como lo formulara Rudolf Rocker en las páginas de *La Protesta* en su caracterización de la “dictadura bolchevique”:

“La opresión brutal de todo pensamiento libre, la no aceptación de determinadas garantías para el amparo de la libertad personal, por lo menos dentro de ciertos límites, como ocurre en los Estados capitalistas; el despojo a la clase trabajadora de todo derecho que le permita emitir su propia opinión, como la libertad de reunión, la libertad de huelga, etc., el

²⁸.- “Manifiesto Colectivo de las Agrupaciones sobre el estrangulamiento de la propaganda anarquista en Rusia”, agosto 1921, firmado, entre otros por el *La Protesta, Tribuna Obrera, La Antorcha, Ideas* (La Plata), Editorial Argonauta, Liga de Educación Racionalista, la UCAA (Unión Comunista Anarquista Argentina) y la FORA Comunista.

²⁹.- “La sagrada Meca revolucionaria. Moscú en vías de ser un importante centro de comercio internacional” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de septiembre, p. 1. Estos anarquistas acusaban a esas “prácticas liberticidas” del bolchevismo que perseguía a sus camaradas en Rusia, a los makhnovistas, a las expresiones culturales libertarias y aún a los tolstoianos, mientras destruía escuelas anarquistas, prohibía sus publicaciones y acosaba y encerraba a sus militantes; ver “El anarquismo en Rusia. Según un documento oficial bolchevique” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 11 de septiembre, pp. 2-3.

³⁰.- “La sagrada Meca revolucionaria...”, cit.

³¹.- “La dictadura del proletariado, actualmente, es la dictadura del Partido Comunista”, en “Del soviétismo al capitalismo” (1921), *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de octubre, p. 1; “En Rusia existe una dictadura de partido y esa no la aceptamos (...) Aceptamos la dictadura del proletariado” mientras “lo considere necesario el proletariado mismo. La dictadura que nosotros admitimos y consideramos indispensable, será ejercida por los sindicatos obreros”, Centro Cultural «Nuevos Caminos» (1921), “Una proclama del Centro Cultural «Nuevos Caminos»”, en *Cuasimodo*, nº 22, 1º decena de septiembre, pp. 22-24; entre otros ejemplos. También Antillí, Teodoro (1919), *Comunismo y Anarquía*, Buenos Aires, Grupo Editor Acracia, quien radicaliza las posiciones al sostener que “la creación de los soviets (...) [c]on toda su difusión infinita de rodajes, crea en realidad la centralización de todas las clases de fuerzas en el Gran Soviet o Soviet de los Soviets, y en él de dos personas: Lenin y Trotsky”, p. 20.

desarrollo de un sistema de espionaje y policía peor que en los tiempos del zarismo; la corrupción de los «señores» comisarios y la rutina sin espíritu de una nueva jerarquía de subalternos que aniquiló hace tiempo aquella iniciativa vital del pueblo...”.³²

El cuestionamiento de estos anarquistas no proviene, obviamente, del abandono de la ley que significaría la “dictadura del proletariado”, es decir, de su carácter excepcional y “no legal” —que era la preocupación de los socialistas, al menos de la mayoría de sus máximos representantes— sino de la defección de las expectativas de cambio revolucionario y por ello de la *conservación* de la ley. Al punto que por ese motivo podía sentenciarse su final: “La revolución rusa ha llegado a su ocaso (...) Ya a nadie interesa, como antes, lo que pasa en Rusia (...) Los bolcheviques se cubren cada día más de infamia, persiguiendo, encarcelando y fusilando a todo el que habla de libertad. La tiranía más despótica háse enseñoreado de aquel pueblo convertido por los bolcheviques en una masa informe de andrajos, que sólo tiene derecho a producir y mal comer, pero, cuidándose mucho de no pensar”.³³ Es la perpetuación del Estado, y con ello de la violencia intrínseca a la ley, lo que estos anarquistas perciben como el pasaje de la “dictadura del proletariado” a la “dictadura del partido”.

En la prensa sindicalista también se apuntaba este pasaje de una a otra dictadura, y Froilán Aines, quien expresaba su simpatía con la revolución rusa aunque no la considerara un modelo para el sindicalismo, aseguraba que “la dictadura que han establecido” los bolcheviques “no es proletaria, como erróneamente se ha dicho, sino dictadura de un Partido llamado Comunista, al que se han incorporado elementos de distintas clases”; el problema no pareciera residir tanto en la centralización del poder sino en el rol secundario que piensa le cabe a los sindicatos: “entendemos que la dictadura proletaria es la emanada de la voluntad soberana de los trabajadores organizados en sindicatos de oficios e industria, y hasta que los sindicatos no sean la autoridad suprema de todas las actividades sociales, no puede haber, no podemos concebir dictadura proletaria propiamente dicha”.³⁴

³²- Rocker, Rudolf (1921a), “El problema ruso. II”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 13 de noviembre, p. 3.

³³- Nido, Enrique (1922), *Páginas de Afirmación*, Rosario, s/e., p. 75. Como en otros escritos, Nido tiende a extremar sus aseveraciones, al agregar que “[e]l pensamiento y su publicidad están proscritos de Rusia como nunca lo fueran en tiempos del zarismo”, pues “[n]unca régimen más tiránico ha existido sobre la tierra”, en pp. 75 y 76 respectivamente. Si habría que esperar a fines de los '20 para que el régimen del socialismo real se transformara completamente en un régimen de terror, es probablemente el enorme desencanto que sobreviniera en los corazones de no pocos revolucionarios cuando el rumbo bolchevique se impusiera sobre la práctica y la expansión del principio soviético, el que explica afirmaciones como las de Nido y muchos otros.

³⁴- Aines, Froilán (1922), “La revolución rusa. Reflexiones y consideraciones”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 2 de noviembre, p. 1.

En un texto de 1920, Joaquín Coca acomete una revisión del vocablo *dictadura* como prolegómeno a la elucidación de la expresión “dictadura del proletariado”, pues a su criterio “se la usa indebidamente en el caso de un gobierno exclusivamente obrero” (Coca, 1920: 16). Si en su origen fue una magistratura romana por la cual “se conferían *legalmente* a un ciudadano (...) amplios poderes para resolver rápidamente algún conflicto interno o externo”, esta “concentración de todo el poder de la república en un solo individuo (...) en caso de guerra con el extranjero o de desórdenes internos” fue instituida “por los patricios (...) para reducir a los plebeyos, cuando éstos se levantaron...” (*ibídem*: 17; las cursivas son mías). Coca advierte la imbricación entre ley y excepción, de modo que la dictadura consiste en “algo así como una tiranía legal”, que “duraba poco”, pues cuando “el peligro había pasado, el dictador renunciaba a sus funciones” (*ibídem*: 17). Una forma de dictadura semejante a la antigua magistratura romana, agregaba, “es lo que todos conocemos por «suspensión de las garantías constitucionales», o por «estado de sitio», que se aplica en nuestros días cuando la burguesía teme perturbaciones o alteraciones de su orden social”, despojando “a los trabajadores de todas las libertades y derechos” y concentrando “toda la autoridad y fuerza” en el Poder Ejecutivo o las fuerzas armadas (*ibídem*: 18). Si bien la genealogía del término le sirve a Coca para intentar neutralizar el parentesco entre la dictadura como estado de excepción inscripto en la ley, y lo que en Rusia recibe el nombre de “dictadura del proletariado”, en otros intérpretes esos significados originarios constituyen las claves para fundamentar la necesidad de un régimen excepcional, de una violencia ordenadora o fundadora. Es el argumento que esgrime Palacios cuando entiende que eran el atraso ruso y el desorden social que la misma revolución provocaba, las fuentes de la “forma catastrófica y de coerción” que adquiriría “el proceso excepcional”, esa “dictadura del proletariado” que, bajo la forma de los *soviets* —aduce Palacios— tiene la doble función de destruir el capitalismo y disciplinar el caos y la desorganización —sean éstos heredados de la autocracia y la guerra, o provocados por los comités de fábrica o los motines campesinos— lejos todavía de la fase constructiva del socialismo (Palacios, 1921: 6-7).³⁵ Es que muchas de estas explicaciones finalmente conceden el encauzamiento de las fuerzas revolucionarias por vías centralizadoras,

³⁵.- De todos modos, Palacios asignaba a esas instituciones excepcionales que serían los *soviets* de la “dictadura del proletariado” la acción configuradora que erigía el marco de posibilidades para la tarea constructiva, la cual se verificaba en el ámbito de la cultura, de las leyes, de la educación, etc., pero sobre todo en la esfera de la economía, en tanto esas instituciones soviéticas vinculaban la capacidad técnica, la dimensión estatal y la organización del trabajo (sindicatos); cfr. Palacios (1921).

justificándolo en nombre de su misma supervivencia en una situación de crisis. De modo que esas tendencias institucionales propicias a la concentración de la administración y la autoridad aparecen como la salvaguarda de la revolución que requiere del control del caos social o que exige concentrar las fuerzas de unas masas *dispersas*. Ya no sólo se precisa esta concentración del poder para la defensa ante fuerzas contrarrevolucionarias, sino también como correctivo de una modalidad expansiva de la potencia revolucionaria de tonos más bien rizomáticos. Particularmente expresivo es el siguiente fragmento de un texto de Víctor Serge publicado en *La Internacional*:

“¿Cómo se presentan, prácticamente, los hechos? Véase. Petrogrado está en las manos de las guardias rojas obreras, voluntarias, que han echado abajo el poder burgués y que han dado la usina al Comité de Usina. La ciudad tiene víveres sólo para tres días, leche para algunas horas. Es indispensable, inmediatamente, abastecerla. Solamente la capital revolucionaria contiene, sobre un millón de habitantes, trescientos mil enemigos de clase, absolutamente convencidos de que es su deber restablecer el orden ahogando el levantamiento en sangre; y conspiran por todas partes. Se produce un incendio en un depósito de víveres. Un militante es asesinado en el extremo de una calle; un tren descarrila inexplicablemente en la estación; la prensa informativa siembra el pánico. ¿Qué hacer? Si no se hace nada, mañana será asesinado. Es necesario de inmediato poner al saboteador en estado de impotencia, saltar la cabeza del incendiario, vigilar los lugares amenazados, suprimir la prensa enemiga, envenenadora de cerebros: es decir: reprimir. Pero, ¿reprimir cómo? ¿Caóticamente, por el linchamiento aquí, por improvisaciones benignas o feroces allá, a veces inteligentes y a veces ineptas, según los hombres y las circunstancias? Sin duda una revolución comienza siempre de esa manera. Pero (...) la represión organizada es superior a la otra: y como la lucha en el fondo pone a prueba dos represiones, vence la que está mejor organizada. No es esto todo. La ciudad levantada está amenazada por el extranjero (...) Es necesario un Estado Mayor, cabeza de la defensa, una intendencia, servicios de unión, un ejército. Un ejército Rojo”.³⁶

Esta exposición y este razonamiento de Serge, como el de muchos otros, formulan un imaginario de la revolución en el cual la única alternativa para la victoria es constituirse como *una* fuerza. El problema no radica tanto en la *unión* de las múltiples formas de activación revolucionaria, en su coordinación o su acción concertada, sino en que esta fuerza unificada, este *uno* que sería la revolución, es concebido como la imagen especular del poder centralizado y concentrado de la burguesía. La figura de la batalla que es la revolución³⁷, que se despliega como necesidad imperiosa de organizar el abastecimiento de las ciudades, la defensa interior, vertebrar grandes y complejas administraciones, forjar un poder coercitivo policial y

³⁶- Serge, Víctor (1922), “El problema de la dictadura”, en *La Internacional*, 18 de agosto, p. 1.

³⁷- “La revolución es una batalla. En esta batalla es necesario ser fuerte, tenaz, organizado (...) Es necesaria la dictadura de la cual el Estado revolucionario no es más que la fuerza organizada”, *ibidem*, p. 4.

militar contra el enemigo de clase (con sus prisiones y tribunales), y “todo ello a la vez para evitar, o para limitar más bien, el ineluctable caos de las primeras horas del combate”, es que convierte la *unidad* en *identidad*. Una deriva semántica que arraiga en el convencimiento de que la coerción del “Estado de clase” que es “la dictadura revolucionaria”³⁸ no sería más que una consecuencia inevitable de la etapa, en la cual el principio expansivo del soviétismo del momento de la explosión debe dejar su lugar a un nuevo principio unificante, que re-úna lo que la revolución dispersó, un tipo de reunión que implica someterse a los *dictados* de un centro, de un poder central (que por esa misma característica de re-unir bajo su mando el conjunto de fuerzas sería capaz de vencer la fuerza contrarrevolucionaria).³⁹

Por su parte, los editores de *La Protesta*, confluían parcialmente con las elaboraciones de Coca al tratar de entender el itinerario de la revolución rusa reflexionando sobre el concepto “dictadura del proletariado”. Con la certeza de que, para 1921, “la dictadura del proletariado (...) es la dictadura del Partido Comunista”, extraían como corolario que el soviétismo había evolucionado a “la categoría de Estado”, al asumir la representación del retorno ruso a un capitalismo de formas nuevas, lo que podía comprobarse por el desarrollo “en forma alarmante” de “la plaga burocrática” y por el surgimiento de “un nuevo nacionalismo cuya más elocuente expresión es el ejército rojo” como respuesta a la reaccionaria acción de la burguesía mundial y los restos del zarismo.⁴⁰ Pero, ¿acaso se trataría de una “evolución” ineluctable, o de una ambigüedad propia del *soviet*? En palabras de los propios libertarios de Argentina: “¿Se ha degenerado la idea de la dictadura del proletariado y la concepción económica del soviétismo, o en realidad representaban, aun rudimentariamente, esas dos armas revolucionarias el dominio público de un partido y la prevalencia económica de una nueva clase social?”⁴¹ Evidentemente, “dictadura del proletariado” es concebido aquí como un régimen de la acción revolucionaria (como un “arma revolucionaria”), que potencialmente puede “degenerar” en dominación (es decir,

³⁸.- *Ibidem*.

³⁹.- Evidentemente —además de las concepciones políticas vanguardistas y estatistas de muchos revolucionarios, aunque no en el caso de todos los textos de Serge— el contexto de amenaza interna y externa tuvo influencia decisiva en ciertas posiciones y razonamientos, pues de otro modo sería incomprensible que inicialmente se pensara que esa revolución emergió y se extendió, derribando al zarismo y al gobierno provisional, porque cada cual, cualquiera fuera, tomaba la palabra para debatir los perfiles de un nuevo orden social y actuaba en consecuencia, y luego afirmar que esa modalidad expansiva había caducado y que su nuevo sostén dependía del alineamiento de todos a las órdenes de algún centro.

⁴⁰.- “Del soviétismo al capitalismo” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de octubre, p. 1.

⁴¹.- *Ibidem*.

en léxico anarquista, en un régimen político, un “dominio público de partido”), del mismo modo que el “sovietismo” como emancipación libertaria podía deslizarse hacia la supremacía de una nueva clase.⁴² De modo que esa “degeneración” indica una contraposición entre “dictadura del proletariado” y “dominio del partido”, discordancia o contraste que sobreviene “desde el momento que la revolución crea un poder”, es decir, “un Estado con sus leyes y con sus concepciones jurídicas y económicas”, momento en el cual “desaparece ese concepto teórico de la dictadura y las exterioridades de la acción revolucionaria se modifican, se modelan de acuerdo con la doctrina del partido gobernante”.⁴³ El ocaso del “concepto teórico de la dictadura” coincide con el final de la acción revolucionaria de los trabajadores para combatir a sus enemigos y con la obligación de “someterse al poder *dictatorial* del gobierno que *en su nombre* impone normas de conducta a la mayoría gobernada”.⁴⁴ De manera que distinguen la noción de “dictadura del proletariado”, que conciben como una acción de los trabajadores, una acción directa, sin mediaciones, y que por tanto se asemejaría a una democracia de base de las masas, de la constitución de un poder, un Estado, es decir, una dictadura de partido o de gobierno.⁴⁵ Y el “error” maximalista que es la raíz del pasaje de la dictadura del proletariado a la dictadura partidaria consistiría en concebir la acción revolucionaria como una sujeción “a formas orgánicas, sistematizada, como elemento de coerción no sólo para vencer a los enemigos del proletariado, sino también para imponer al mismo proletariado normas de conducta que regulen sus actividades después de la revolución de acuerdo con un sistema político social elaborado por los que se creen los legítimos representantes de la clase trabajadora”.⁴⁶

⁴².- “La acción revolucionaria se transforma sí, en dictadura, cuando del seno del proletariado surge una minoría que reclama para sí el poder y trata de conservarlo a toda costa. Y los vencidos, en ese caso, no [son] solamente los antiguos burgueses, sino también la mayoría de los proletarios, colocados en la misma situación de desposeídos, de asalariados”, se explicaba en un artículo firmado por los editores de *La Protesta* y publicado en el periódico comunista *La Internacional*; *La Protesta* (1922b), “La concepción del Estado. Notas polémicas”, conclusión, en *La Internacional*, 11 de octubre, p. 2.

⁴³.- *La Protesta* (1922), “El desarrollo del capitalismo y la «dictadura del proletariado»”, en *La Internacional*, artículo levantado de *La Protesta*, 18 y 19 de septiembre, pp 2-3. Estos artículos (el aquí citado y el de la nota anterior), originalmente publicados en *La Protesta* son reproducidos por el periódico del PCA, *La Internacional*, con la intención de promover un debate en torno a la noción de la “dictadura del proletariado” y del “Estado obrero”.

⁴⁴.- *Ibidem*. Las cursivas son mías.

⁴⁵.- De allí el entrecomillado: “La «dictadura del proletariado» no es, en realidad, otra cosa que la dictadura del Partido Comunista”. Esa falsa “dictadura del proletariado” de la que hablan los comunistas es en realidad “la creación del Estado centralista (...) que tiene por base la más férrea disciplina impuesta a los trabajadores” sin que haya argumentos razonables para su conservación, sin que se puedan entender las “funciones revolucionarias [que] desempeña la dictadura”. A lo que agregaban su descreimiento respecto de la provisoriedad o transitoriedad de tal poder estatal. *Ibidem*.

⁴⁶.- *La Protesta* (1922b), cit.

También en la prensa sindicalista se apuntaba la deriva desde principios y acciones emancipatorias hacia una centralización que resultaba opresiva para la misma clase de los productores que realizaron el esfuerzo revolucionario.⁴⁷ Si bien reconocen que fueron las circunstancias específicas por las que atravesara la revolución las causantes principales de ese derrotero, no se privan de señalar la responsabilidad que le cabe de todos modos al ideario bolchevique. Es que, se sostiene en un escrito publicado en *La Organización Obrera*, “los maximalistas” trataron “de afirmar su estado centralista, y, poco a poco, [fueron] quitando el poder a los soviets para concentrarlo en manos de los dirigentes del llamado partido comunista”.⁴⁸ Esa práctica significó la pérdida del espíritu revolucionario y su conversión en ideales de “disciplina, orden y conservatismo”, y cuyo resultado palpable fue el pasaje de la dictadura del proletariado a la “dictadura de un partido”.⁴⁹

La dificultad para pensar esta problemática reside, en principio, en el propio término que la designa.⁵⁰ Asimismo, es la pregunta por la relación entre un poder revolucionario que se postula emancipatorio y su configuración como Estado la que debe ser desentrañada.⁵¹ Justo advertía que la dictadura “aun cuando ejercida por los hombres más inteligentes y más puros, es siempre *un recurso de excepción*”, con

⁴⁷.- Véase Aines, Froilán (1922), cit., p. 1.

⁴⁸.- “Reseña internacional” (1921), en *La Organización Obrera*, Suplemento extraordinario n° 42, Buenos Aires, 1° de mayo, pp. 38-42. La cita en pág. 39.

⁴⁹.- *Ibidem*.

⁵⁰.- Ingenieros sostenía que “[e]xcluido [por la guerra] el criterio de la colaboración de clases fue inevitable establecer la llamada dictadura del proletariado, para salvar las dificultades constitucionales y jurídicas. La palabra dictadura se presenta, en verdad, a la declamación de los retóricos que viven engañando a los tontos en las actuales democracias políticas; pero es necesario tener presente que en todos los países europeos funcionaba ya con todo rigor la dictadura de los capitalistas” (Ingenieros, 1957 [1920c]: 111); pero atenuar las significaciones que acompañan al concepto dictadura tampoco resuelve el problema, pues con esos criterios se *conservaría* un fondo común con el orden burgués. Por otro lado, la generalización de lo dictatorial a todo lazo asimétrico —como puede leerse en un texto de Oreste Ristori— comporta el borramiento de la especificidad de sus dimensiones jurídico-políticas y su vínculo con la experiencia revolucionaria; Ristori, Oreste (1921a), “La dictadura de ... sus enemigos”, en *Cuasimodo*, n° 21, 19 de julio, pp. 19-21.

⁵¹.- Son estos los años en que Carl Schmitt (1985 [1921]) desarrolla sus tesis sobre la dictadura comisarial y la dictadura soberana, esta última fundadora del orden y del derecho, mientras Walter Benjamin (1999 [1921]) anota no sólo el carácter fundador sino también conservador de derecho que posee la violencia. A partir de lo cual Giorgio Agamben despliega sus elaboraciones sobre el estado de excepción como umbral, como una instancia de pura fuerza y de suspensión de la ley pero manteniendo su vigencia (Agamben, 2004). En las Tesis de Benjamin (1995 [1940]), el estado de excepción que se ha convertido en norma debe ser contrarrestado con otro estado de excepción, que Benjamin califica de verdadero, que precisamente identifica con la instancia revolucionaria y emancipatoria, y que en su texto de 1921 es nombrada como “violencia divina”. Esta excepcionalidad ya no sería fundadora de derecho, pues en la sociedad liberada éste sólo sería materia de estudio.

consecuencias más o menos evidentes entre “los sujetos a la dictadura”, quienes “serán siempre instrumentos pasivos y posiblemente inconscientes”.⁵²

De todos modos, Coca opinaba que “dictadura del proletariado” no era “un concepto de significación precisa y clara aplicable a lo que están haciendo los socialistas rusos” sino más bien una frase estridente, apta para generar efectos retóricos pero que sólo conseguía “embarullar las ideas políticas de muchos socialistas” (Coca, 1920: 16). A lo que añadía que, a su juicio, esa noción —y por lo tanto también lo que acontecía en Rusia— carecía de cualquier “punto de contacto” con la magistratura romana y aún con “los «gobiernos provisionales» o de «facto» que surgen de los motines militares o de las «revoluciones» políticas” (*ibídem*: 18).⁵³ Por el contrario, en Rusia “se trata simplemente de *una democracia restringida temporalmente*, de una democracia exclusivamente obrera, no en forma definitiva, sino transitoria, y con el fin previsto y hasta constitucional de ir transformándose en democracia social, por medio de la abolición de las clases en que se dividen, a causa de la institución de la propiedad privada, las sociedades humanas, y desde luego, la sociedad rusa” (*ibídem*: 18; las cursivas son mías).⁵⁴

Esta mengua de los sentidos autoritarios que se vehiculizan en el nombre “dictadura del proletariado” es perceptible también en otros comentaristas. La simpatía con la Rusia revolucionaria y una interpretación positiva del régimen soviético a partir de los relatos y noticias que llegan al Río de la Plata, llevan a Moisés Kantor, luego de enumerar y describir los órganos gubernamentales soviéticos⁵⁵, a definir la dictadura del proletariado como “una autonomía”, es decir, “el pueblo ruso [que] se dirige a sí mismo desde su célula —un pueblito rural— hasta sus órganos más complejos: el Comité Central Ejecutivo y el Congreso de Comisarios”.⁵⁶ Kantor también entrecomilla la frase

⁵².- Justo, Juan B. (1920), “El momento actual del socialismo. Segunda conferencia del diputado Justo”, en *La Vanguardia*, 19 de abril, p. 1. Las cursivas son mías.

⁵³.- Por lo que pareciera aproximarse a una idea de excepcionalidad distinta de la inscrita en la ley.

⁵⁴.- El texto de Coca se desplaza entre los significantes dictadura y democracia, intentando conceptuar la excepcionalidad rusa como una de distinta cualidad que aquella que devuelve al orden y garantiza la ley en el capitalismo: “La única dictadura justificable ante la razón humana y la justicia social, es la del proletario: primero, porque lejos de pretender perpetuarse, como todas las anteriores dictaduras, quiere acabar con las clases, que son su fundamento y el suyo propio, y por tanto, quiere destruirse a sí misma (por eso en la Constitución rusa soviética se la considera transitoria); y después, porque aún siendo dictadura, es, por la enorme mayoría de los ciudadanos que en ella tiene derechos políticos, *una verdadera democracia*; sin contar que, por la absoluta libertad y capacidad de los votantes, no tiene ni remota comparación con las *pseudo democracias capitalistas*.” (Coca, 1920: 21-22; las cursivas son mías).

⁵⁵.- Kantor, Moisés (1919), “El problema social y la revolución maximalista en Rusia”, cit., especialmente pp. 132-33.

⁵⁶.- *Ibídem*, p. 133.

“dictadura del proletariado” pues le resulta “difícil imaginarse una organización más perfecta, por lo menos para una época de transición”, y porque limita las connotaciones negativas del término dictadura a las restricciones al derecho al voto: “donde la dictadura se pronuncia —alega— es en el derecho a votar”.⁵⁷ Y el anarquista andaluz residente en Rosario, José Torralvo, explica que ciertamente se trata de una imposición pero de “un concepto imperativo de colectividades afines”, lo que es decir “un triunfo revolucionario”, que por su carácter colectivo “difiere de cualquier dictadura ejercida por un déspota cualquiera”; en Rusia son “las asociaciones obreras y del trabajo” las que “*dictan* lo que debe hacerse, para conveniencia de todos”.⁵⁸

Estas lecturas evidencian las dificultades para articular en una comprensión política y conceptualmente consistente las dimensiones descentralizadoras y de autogestión democrática de base en que se expresó la revolución rusa y sus instancias de centralización del poder y de constitución de la ley, así sea bajo el argumento de su tránsito a la extinción. Los vaivenes interpretativos de varios de los autores, más que ejemplificar una dubitación en la crítica o un enmascaramiento del autoritarismo creciente del régimen bolchevique, pueden ser también leídos como aproximaciones a desentrañar esa “insólita” coincidencia entre revolución y estado de excepción, entre emancipación y dictadura, entre democracia y autoritarismo. La revolución era en sí un momento excepcional que quebraba por la fuerza la normalidad de la dictadura burguesa de todos los días, pero parecía inmediatamente trocarse en un estado de excepción asimilable a las instituciones jurídicas en tiempos de crisis propias del derecho occidental. ¿Es que acaso, como señalaba Serge, la estabilidad de los poderes constituyentes requería entonces su pasaje a una centralización política bajo el régimen de la excepción, es decir, la dictadura (aunque fuera “del proletariado”, o más bien, en su nombre)?

⁵⁷.- *Ibidem*. “No pueden elegir ni ser elegidos —explica—: los que perciben rentas de trabajo ajeno; los que viven sin trabajar (rentistas, industriales, terratenientes, etc.); comerciantes y comisionistas, monjes y sacerdotes de los diferentes cultos y agentes del antiguo régimen (miembros de la familia ex reinante, la policía, etc.)”; *ibidem*, p. 134.

⁵⁸.- Torralvo, José (1920b), “Definición de la dictadura del proletariado”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 18 de febrero, p. 2, cursivas en el original. Y añade: “... las mismas asociaciones que se hayan apoderado de todo tendrán (...) que organizar el trabajo, la producción y el consumo. Y es natural, indiscutiblemente lógico y muy humano, que dicha organización [propugne] una idea imperativa, una idea de mando, un dictado (...) si para triunfar y para organizar la sociedad del trabajo necesitan las asociaciones de productores entenderse entre sí, por medio de delegados, de sus juntas o de sus comisiones, este entendimiento significa un dictado o una dictadura” (*ibidem*).

El anarquista alemán Rudolf Rocker —cuyos textos gozan de amplia repercusión en la prensa libertaria de Argentina— en un folleto editado por el grupo Argonauta, precisaba esta cuestión de la conservación de la ley bajo una forma específica, al asegurar que “[l]a dictadura es una forma de la violencia del Estado. *Es el Estado bajo el rigor de la ley marcial (o estado de sitio)*...”.⁵⁹ Como instancia de fundación o conservación de la ley, “la idea de dictadura ... [es] un verdadero estorbo para la Revolución Social, cuyo elemento vital más importante consiste en la participación constructiva y en la iniciativa directa de las masas”.⁶⁰ La dictadura es la negación, continuaba Rocker, de “toda construcción de abajo arriba”, significaba una instancia de sustitución de un pueblo al que se consideraba no capacitado para guiarse por sí mismo, “es la imposición violenta del tutelaje de las masas por parte de una pequeña minoría”.⁶¹ Esta noción dictatorial que se adjudicaba al proletariado proviene de una tradición distinta que la del socialismo libertario, pues encontraba sus antecedentes en el régimen del Terror revolucionario de la dictadura jacobina, y por ello, se trataba de una tradición burguesa. Todo lo contrario, sostenía Rocker, expresaba el “sovietismo”, pues si la revolución triunfante del pueblo trabajador no tenía otra opción más que “imponer su voluntad a los actuales poseedores de la tierra y de los medios de producción”, esa imposición no debiera ser más que la *apropiación* del capital social por los trabajadores mismos, junto al derrumbe del Estado —“ese aparato de terror político”— sin que existiera la necesidad de reemplazarlo por otro.⁶² Rocker no sólo disocia sino que confronta los conceptos de dictadura y *soviet*, pero la disyuntiva que el título de su folleto delata es que se trata de alternativas rivales, de pensamientos antagonistas *sobre* la revolución *en* la revolución, alternativas sobre las que se abren rumbos divergentes. De modo parecido se pronunciaba Luigi Fabbri, cuya influencia en el medio rioplatense tampoco podría ser sobrevaluada. En uno de los artículos que conforman la compilación *La crisis del anarquismo*, también editado por Argonauta, el italiano —luego de reprobar vehementemente el trabajo obligatorio en las fábricas rusas, la disciplina militar, las prohibiciones de huelga— señalaba que además de las dificultades debidas al bloqueo y la agresión de las naciones capitalistas, una

⁵⁹.- Rocker, Rudolf (1920), “¿Soviet o Dictadura?”, en Rocker, R.; Goldman, E; Berkman, A.; Kropotkin, P. et al., *¿Soviet o dictadura?*, Buenos Aires, Argonauta, p. 9, las cursivas son mías. *La Protesta* publica del escritor alemán varios escritos, y entre septiembre y diciembre de 1921, en siete entregas, el texto “El problema ruso”, donde trata, entre otras cuestiones, esta problemática.

⁶⁰.- *Ibidem*.

⁶¹.- Y más allá de las intenciones de los dictadores, que podían estar convencidos de la bondad de sus acciones, “la lógica de los hechos los obligará siempre a practicar el despotismo más terrible”, *ibidem*.

⁶².- *Ibidem*, pp. 12-13.

parte no desdeñable de los males que afrontaba la revolución se originaban en su “orientación dictatorial”, pues “la dictadura es la violencia del Estado, no la violencia de la revolución”.⁶³ Mientras la violencia revolucionaria se dirigía contra “los burgueses, los reaccionarios, los nobles, los frailes”, y era una violencia tal vez necesaria, la del Estado, aunque “se crea revolucionaria”, lo que hacía era detener y desviar la revolución. La alternativa a la orientación dictatorial, agregaba, era combatirla, rechazarla, “colocarse en la oposición”, lo que “no significa por cierto «retirarse de la acción» (...) sino en cambio realizar una acción diferente, más revolucionaria y más libertaria al mismo tiempo”.⁶⁴

Constituyente y constituido

Los debates e intervenciones acerca de la necesidad y de las características del régimen denominado “dictadura del proletariado” abarcaban, menos explícitamente, la problemática de la emergencia del poder constituyente de una nueva sociedad (o de su posibilidad). Tras su necesidad o su inconveniencia, su justificación o reprobación, su legitimidad o arbitrariedad, se adivinan las preguntas por su procedencia, su origen o el poder del que se nutre. ¿De dónde provenía ese poder capaz de derribar un “antiguo” régimen para imponer otro? ¿Qué fuerza fundaba, y se fundaba, en ese acto? ¿Cómo se relacionaba con la constitución de un orden? Se trataba, en fin, de comprender tanto los orígenes y la novedad de la *potentia* que abría la revolución, como su pasaje (o su resistencia) a la *potestas* instituida.

En su análisis del texto de la nueva Constitución soviética, Mario Bravo apuntaba el carácter provisorio de esta formalización institucional, pues la misma había sido concebida y redactada para “estar en vigor mientras sea necesaria la dictadura del proletariado” (Bravo, 1920: 45), siendo entonces “la constitución eventual de una revolución que asume forma y papel de dictadura” (*ibídem*). Otra “constitución” podría haber surgido de resolverse de otro modo el conflicto entre las “dos fuerzas representativas del pueblo: la asamblea constituyente elegida por el sufragio universal sin restricciones, y la asamblea de delegados de los soviets elegidos por los obreros,

⁶³.- Catilina [Luigi Fabbri] (1921), “Revolución y dictadura”, en Fabbri, Luis (1921), p. 26. Se trata de una respuesta a Víctor Serge.

⁶⁴.- *Ibídem*.

campesinos y soldados” (*ibídem*: 21). Para Bravo, entonces, parecieran existir, al menos en 1917, dos poderes constituyentes en conflicto, que inducían modos constitucionales divergentes: “la concepción democrática de la revolución de febrero de 1917” fue contestada, sostiene, por “la representación directa de los intereses proletarios, de las fuerzas de la producción y principalmente de la fuerza armada del nuevo orden de cosas”(*ibídem*).⁶⁵ Para el diputado socialista “la existencia de la revolución triunfante” precisaba de una asamblea constituyente que acudiera a “organizarla y legalizarla de acuerdo con la voluntad del pueblo” (*ibídem*, 20), pero ese poder constituyente que identificaba con la democracia “no pudo reunirse más” pues “en su lugar apareció con todo el poder de un cuerpo soberano, el Congreso panruso de los soviets de obreros, soldados y campesinos” que “asumió por completo la dirección política y social de la revolución” (*ibídem*: 42-43). La confrontación entre esos dos poderes constituyentes, según Bravo (1920: 38-42), revestía divergencias constitucionales derivadas de antagónicos fundamentos, y el propósito del analista era demostrar el carácter “antidemocrático y aun antiproletario” del poder soviético (*ibídem*: 57), atributo que construía *frente a* lo que postulaba como democrático y socialista, esto es, un régimen político parlamentario basado en la figura del ciudadano elector, sujeto de derechos.⁶⁶ Para el diputado, el poder de la Constituyente deriva de sujetos que él piensa libres en el ejercicio del sufragio, y al practicar ese derecho *constituirían* en ese mismo acto la representación que, como intérprete de “la voluntad del pueblo”, podría instituir un ordenamiento legal, es decir, establecer la Ley. La narrativa contractualista que Bravo asume es, en rigor, producción de sujeto de la ley, y funda la acción que define a la figura soberana del Estado constitucional como si estuviera desprovista de toda instancia coactiva, y por tanto también como desprovista de violencia a la Ley que de ella emanaría. No otro es su propósito, preocupado por oponer a la constitución soviética una configuración del orden político sin trazos de violencia.⁶⁷ Bravo reproduce

⁶⁵.- “Las elecciones para la Constituyente estaban a punto de realizarse, cuando los soviets, a requisición del partido bolchevista, resolvieron asumir el poder confiándolo a sus delegados o comisarios del pueblo. Fueron entonces las jornadas de octubre, a veces pacíficas, a veces sangrientas, que determinaron la caída del gobierno de coalición y la radicación del poder en los delegados de los obreros y campesinos” (Bravo, 1920: 21).

⁶⁶.- Bravo menciona los “derechos sociales” que incluía la nueva constitución soviética, como el derecho a la instrucción o el sufragio femenino, pero no los comenta; a su vez impugna los derechos de expresión y asociación consagrados en el texto porque los medios para su efectivización quedan en manos del Estado, por lo que comenta irónicamente la sección del texto constitucional en la que se fijan las garantías y los medios para el ejercicio de tales derechos (Bravo, 1921: 50).

⁶⁷.- De allí que no cuestionara las limitaciones para el ejercicio de los derechos en el Occidente capitalista, e incluso en una comparación entre la constitución argentina y la soviética, se pronunciaba claramente por la primera. El orden lógico que supone la teoría del contrato para pensar la relación entre constituyente y

así, por una lado, la aporía del sujeto soberano de la teoría contractualista, donde “sujeto soberano” es un verdadero *oxímoron*; y por otro lado, es incapaz de identificar al estado de excepción (el “estado de naturaleza”) como ese poder constituyente que el Estado moderno se reserva constitucionalmente, y que por eso lo subtiende, está presente en el poder constituido como una latencia (Agamben; 2004), y en el cual los sujetos son los de la *sujeción* a ese orden.

Por el contrario, el régimen soviético no era otra cosa que el poder soberano que imponen “las fuerzas de la producción”, en su versión de poder armado (*ibídem*: 21). Coincidente con su compañero de bancada, Antonio de Tomaso sostenía que los regímenes de hecho, al contrario que los de derecho, “no necesitan constituciones”, pues “la constitución es la legalidad establecida por la mayoría en forma pública y voluntaria y aceptada por todos” (de Tomaso, 1919c: 24). Significativamente, aducía que es “la fijación de normas”, la constitucionalización, la que posibilitaba el respeto de los derechos, individuales y colectivos, sobre todo por las autoridades del Estado, para sentenciar finalmente que “el gobierno *maximalista* es un gobierno de hecho” (*ibídem*).⁶⁸ ¿Cómo pensar, entonces, esa Constitución de 1918 que Bravo tiene entre sus manos? El carácter de instancia de pura fuerza para la organización soviética se construye retóricamente en tanto se aparta de esos poderes gestados por medio del sufragio tal como se practica en las democracias representativas:

“Ignoro por qué procedimientos fueron designados los delegados de los soviets reunidos en Congreso Panruso que sancionaron la Constitución; ignoro qué núcleo de electores o de población representaban; ignoro qué instrucciones, mandato o programa constitucional habían recibido de quienes le designaron. Pero esos delegados (...) dieron la constitución que paso a considerar...” (Bravo, 1920: 43)

La repetición de la ignorancia oficiaría de indicador de la oscuridad de los procedimientos por los cuales se tomaban las decisiones; una opacidad que a su vez se

Estado se topa con la pregunta por cuál instancia impuso o generó esa capacidad instituyente que se institucionaliza como ciudadano-sujeto de derechos.

⁶⁸.- En tanto Ley, Constitución, de Tomaso no observaba ninguna dimensión coactiva en el Estado; la violencia y la coacción surgirían sólo cuando alguien se apartaba de la ley. Vale la pena reproducir este significativo pasaje de sus reflexiones en torno al bolchevismo, en las que se oponía enfáticamente a la concepción del Estado expuesta por Lenin en *El Estado y la revolución proletaria*: “... no puedo dejar de decir, al pasar, que no participo en absoluto de la opinión de que el estado sea el empleo sistemático de las armas de una clase contra la otra (...) ¿en manos de quién están las armas en el estado moderno que ha suprimido los ejércitos mercenarios del tiempo feudal? Ese concepto del estado podía ser verdad en el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX. Pero toda la lucha de la democracia ha consistido, precisamente, en reemplazar el estado gendarme, el estado opresor de carácter policial, por el estado moderno, en cuyo seno las clases asalariadas tienen libertades, medios de acción, y por lo tanto, una influencia jurídica, política y social, de que carecían los burgueses del «estado llano» antes de 1789” (de Tomaso, 1921: 116).

manifestaría en el texto analizado pero sobre todo en la imposibilidad de conocer el sujeto de la soberanía, el artífice de la constitución. Lo que cuestiona la oposición entre modos constitucionales que realizaban Bravo y de Tomaso es la singularidad constitucional que se alimenta de instancias instituyentes conformes a prácticas de democracia directa, de base. Esas formas de lo constitucional retienen un poder constituyente que no se acomoda a las figuras de la representación parlamentaria y del sujeto-ciudadano, perturbando el pensamiento de ambos diputados socialistas. En esa opacidad, que es como se le presentaba el sistema soviético, Bravo leía una institucionalidad parcializada a los requerimientos de una clase y, más específicamente, de su intermediario: la minoría constituida en dictadura. De este modo, los *soviets* son aprehendidos como instituciones de una representación imperfecta porque indirecta, plena de mediaciones corporativas y de grupo, y su falta de generalidad, de universalidad los haría impotentes para generar y actuar conforme a la Ley .

Allí donde estos dirigentes del socialismo vernáculo observaban un régimen (in)constitucional, o una constitucionalidad en tránsito, fuera de la ley que normalizaría (y efectivizaría) el ejercicio de los derechos —mientras dejaban ciertamente en penumbras un pensamiento de la potencia que le diera lugar— otros comentaristas advertían una fuerza instituyente en la misma práctica del *soviet*, es decir, un poder constituyente (ex)puesto en el movimiento de esos nuevos cuerpos políticos, en una praxis *no sujeta* a normativas pre-existentes. El “nuevo orden social basado en la igualdad económica, en la libertad y el derecho no legalizados, no sometidos a leyes estúpidas y convencionales”, enfatizaban los editores de *La Protesta*, surgía, en todo caso, de “ese caos que hace estremecer a los *hombres de orden*”, de la “disgregación del poder”, del “relajamiento de la autoridad” que “los burgueses llaman caos” pero que los escritores libertarios preferían designar como el momento en que los pueblos se compenetraban “del papel que deben representar ante la Historia”.⁶⁹ El poder de la revolución se manifestaría así en una “dispersión del poder”. Que era también el señalamiento de un observador bien distanciados de las posiciones anarquistas: al poner por escrito sus impresiones del viaje a la Rusia de los *soviets*, Emile Vandervelde no dejaba de señalar —como se expuso en el capítulo II— esta suerte de disgregación de la autoridad que, de todos modos, no producía una an-arquía sino la puesta en marcha de

⁶⁹.- “Las revoluciones. Notas al margen” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 11 de diciembre, p.1. Cursivas en el original. Nótese que el ánimo creacionista está limitado por las leyes de la Historia.

otros procedimientos y lugares de construcción de los principios arcónticos de la nueva sociedad que en potencia allí se manifestaban. Donde Bravo se declaraba ignorante, Vandervelde anotaba que todo “comité de usina” es “elegido por el sufragio universal de los trabajadores de ambos sexos, sin distinción de edad, de antigüedad o de capacidad técnica, bajo un régimen de igualdad absoluta”.⁷⁰ Electo de forma directa o indirecta, “es decir, por intermedio de los comités de taller”, cada comité de usina constaba de entre 10 y 50 miembros, sesionaba habitualmente durante las horas de trabajo y entre sus funciones destacaba el contralor de “todas las actividades del establecimiento”.⁷¹ A su vez, continuaba el belga, los comités de taller y los comités de fábrica “son elegidos (...) por sufragio universal”, reemplazando “el poder disciplinario (...) del capataz” al asumir “el derecho exclusivo de tomar obreros, despedirlos, amonestar y castigar”.⁷²

El principio que desbarata el poder centralizado del régimen antiguo, y que disputa y pone en crisis la representación parlamentaria centralizada, ese principio que lleva a Vandervelde a describir la situación como una difusión de la acción deliberativa y la toma de decisiones a todos los ámbitos de actividad, no es otro que la misma práctica de reunión, deliberación y decisión que el dirigente socialista belga caracteriza en los comités de usina, de taller o de fábrica. Si una nueva forma de comunidad política surgía en Rusia, su lazo de unión era la misma práctica política. Es lo que también señalaban los editores de *La Protesta*, cuando —ya distanciados del rumbo estatista que para 1921 innegablemente ha tomado la revolución en Rusia— no dejaban de destacar su simpatía por el modo soviético de la revolución: “Hemos aplaudido el gesto ruso, presentando como un ejemplo aquel grandioso hecho insurreccional, y hemos defendido al naciente soviétismo de todas las calumnias burguesas y aspavientos reformistas, mientras la revolución estaba en su período destructivo y no significaba la consolidación de un determinado régimen social”.⁷³ Si bien esta taxativa oposición entre *soviet* y régimen, en particular, entre *soviet* y Estado —pues este último, sea burgués o proletario, no es más que un “medio regulador de vida”⁷⁴— puede remitirse a la clásica prédica antiestatalista del pensamiento anarquista, importa señalar cuál es el *régimen*

⁷⁰.- “Un libro de Vandervelde sobre la revolución rusa” (1918), cit. p. 3.

⁷¹.- *Ibidem*.

⁷².- *Ibidem*. Por su parte, Alfredo Palacios describía el sistema soviético exponiendo cómo era el sistema de *soviets* locales, regionales, panrusos; quiénes enviaban delegados, cómo se elegían el comité ejecutivo, los comisarios, etc. Ver Palacios (1921), especialmente nota a pie de pp. 44-45.

⁷³.- “La posición de los anarquistas frente a la revolución rusa. Sovietismo y comunismo” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 18 de septiembre, p. 1.

⁷⁴.- *Ibidem*.

que con el nombre de soviets oponen al estatal. Los escritores ácratas retoman en este punto las resoluciones del congreso de Bolonia de 1920⁷⁵ para señalar que los *soviets* eran un principio de expresión de las masas *en revolución*, en el momento del choque de clases, una manifestación de su espontaneidad orgánica, de su federalismo y autonomía, de la orientación descentralizadora de la potencia revolucionaria.⁷⁶ Por eso Fabbri podía afirmar que “los anarquistas pueden muy bien ser partidarios de un régimen de soviets, esto es un régimen en el cual el proletariado por medio de sus consejos regule por sí mismo su vida, la producción y el consumo”, pues en ese caso se trata de un régimen que responde al principio de las “asociaciones de libres productores”, basadas en la “libertad de acción y de desarrollo”, es decir, en una praxis libre.⁷⁷

Estas reflexiones que ubicaban el poder constituyente de la revolución en una praxis que elaboraba y ponía en vigencia sus propias reglas, acentuando el carácter fluyente de dicho poder, críticas de cualquier regulación exterior al mismo movimiento revolucionario, eran más elusivas a la hora de pensar la estabilidad de un régimen tal, es decir, su constitución. Pues la pregunta subyacente refería a cómo establecer *una* comunidad sin avasallar la diversidad, cuál principio de *unidad* era capaz de alimentar la *multiplicidad*, condición de una praxis libre. O en otros términos, ¿qué *constitución* era la adecuada a este nuevo poder *constituyente* definido por una praxis? El curso de los acontecimientos en Rusia, por otro lado, no ayudaba a que estas líneas interpretativas se profundizaran.

Tal vez identificando este problema es que Reissner podía asegurar que “la lucha espontánea de la primera hora” había sido substituida por “la unidad del frente revolucionario (...) la unidad de sus propósitos fundamentales y de su acción”, una unidad sólo posible “a condición de que las principales medidas revolucionarias — especialmente la formación de nuevas instituciones— permanezcan estrechamente ligadas a la actividad del centro”, a fin de que “los problemas primordiales de la Revolución” pudieran encontrar “su idealización bajo un mismo aspecto en toda la

⁷⁵.- Unión Comunista Anárquica Italiana, “El Congreso de Bolonia de la UCAI”, Buenos Aires, Argonauta, 1920.

⁷⁶.- *Ibidem*.

⁷⁷.- Catilina [Luigi Fabbri] (1921), “La actitud de la III Internacional hacia los anarquistas”, pp. 14-15, en Fabbri, Luis (1921). También Rudolf Rocker expresa ideas similares, por ejemplo en Rocker, Rudolf (1921h), “El problema ruso. VII”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 25 de diciembre, pp. 3-4.

República”.⁷⁸ A fin de lograr la reunión de las diversas acciones revolucionarias, de marcar el rumbo a la infinidad de orientaciones de los colectivos emancipatorios que eran y realizaban la revolución, Reissner se inclina parcialmente y en ciertos aspectos por un principio homogeneizante —que en la medida que logre consumarse se convertiría efectivamente en el centro irradiador de una identidad. Los pensamientos de Reissner se relacionan con un área particularmente relevante, el derecho y el poder jurídico, y exponen esta tensión entre un principio unificador del derecho y una práctica descentralizada. A la ficción burguesa de una justicia imparcial por sobre los contendientes de clase, donde la independencia del poder jurídico expresa tanto como oculta la división clasista de la sociedad, le opone la república de los *soviets*, “fundada sobre la conciencia jurídica del pueblo y no sobre la de sus opresores”, por lo que “no necesita crearse un Derecho y leyes especiales, levantadas por encima del pueblo” sino “un Derecho que surja inmediatamente del seno de la conciencia popular”.⁷⁹ Que todavía existieran el derecho y el poder judicial en la Rusia revolucionaria se debía, continuaba Reissner, a que “vivimos aún en una época de transición entre la sociedad burguesa y el mundo socialista (...) vale decir, que nuestro Poder asume la forma de un Poder de derecho, como acontece siempre con toda clase que se subleva contra el antiguo derecho”.⁸⁰ En este tiempo de transición, agregaba, los tribunales populares que como en “la Comuna de Cronstadt” se llaman “Tribunales de la conciencia proletaria”, en tanto poder creador de derecho, debían convivir con una necesaria centralización, pues sólo “en el centro de la República” están las fuerzas suficientemente desarrolladas como para sitiar la fortaleza del Antiguo régimen y reconstruir rápidamente el “orden social”.⁸¹ La unificación en torno a un principio común no podría ser, de todos modos, “una presión burocrática y administrativa a ejercerse sobre los tribunales locales”, pues el único medio por el cual podría lograrse esa unificación sería “una legislación que por medio de normas comunes a todo el país y penetrada del mismo espíritu” podría llegar “a crear un nuevo orden y una nueva organización de los tribunales actuales”.⁸² Esa legislación normalizada y común, ese principio en torno al cual aunar lo diverso atañe principalmente, sostenía Reissner, al derecho procedimental, y apenas debería afectar

⁷⁸.- Reissner, Miguel (1920), “Principios y organización de la justicia en la Rusia de los Soviets”, en *Documentos del progreso*, nº 18, Buenos Aires, 15 de abril, pp. 4-6. Publicado también en *Revista de Filosofía*, nº 4, julio 1920, pp. 125-32.

⁷⁹.- *Ibidem*, p. 126.

⁸⁰.- *Ibidem*, p. 128.

⁸¹.- *Ibidem*, pp. 129-131.

⁸².- *Ibidem*, p. 131.

“el campo del derecho material” (es decir, el penal y el civil), el cual “emanado de la conciencia popular, abarcará siempre más profunda y extensamente toda la masa de las pequeñas relaciones locales, sin tener necesidad de una dirección central”.⁸³

Para otros comentaristas, lo que la revolución rusa demostraba era que “un proceso revolucionario no es charlatanería verbosísima, y que su problema radica, más que en la substitución del régimen, en las medidas tendientes a propulsar, desarrollar y asegurar las circunstancias económicas que vigoricen la nueva organización”.⁸⁴ Es claro que aquí con “régimen” los editores de *La Internacional* hacen referencia al gobierno autocrático (o aun al provisorio), pero al mismo tiempo enfocan su mirada sobre lo que, piensan, *rige* verdaderamente la construcción de un nuevo orden: “las circunstancias económicas”. Por eso agregan que “el afianzamiento de instituciones sociales superiores a las presentes, depende de la estabilización de modalidades productivas que las hagan posibles y lógicas”.⁸⁵ La fuerza rectora, el principio que *rige*, ese poder constituyente sobre el que se edifica el régimen social es la producción, lugar del *productor*, del *conductor*, del *ductor*, el príncipe, entre cuyas prerrogativas estaba la de “hacer salir” o “generar” (Scavino, 2009: 22).⁸⁶ Esa fuerza productiva, esa potencia propia de la economía (entendida como producción), capaz de edificar un mundo nuevo, requiere de “modalidades” específicas, que los comentaristas encuentran plasmadas paradigmáticamente en los “sábados comunistas”. Es en esa disciplina de la fuerza de producción como potencia revolucionaria que supuestamente encarnan los sábados comunistas, donde observan la “cohesión y convergencia de energías” que requiere todo emprendimiento revolucionario, lo que incluye al partido que están construyendo en la Argentina. Tomar ese esfuerzo productivo y a la vez disciplinante como ejemplo del régimen a constituir pareciera ser el resultado de un pensamiento que afirma las capacidades transformadoras en las fuerzas productivas y los obstáculos en las relaciones de producción; con el riesgo cierto y muy cercano de derivar la constitución del orden nuevo en la extremización de una lógica productivista postulada como autónoma respecto de toda intervención subjetiva.

⁸³.- *Ibidem*.

⁸⁴.- “La disciplina en la revolución y en los partidos revolucionarios. El sábado comunista. El medio jornal” (1920), en *La Internacional*, 5 de junio, p. 1.

⁸⁵.- *Ibidem*. Se trata de una lectura literal del Prefacio de Marx a su Introducción a la Crítica de la Economía Política.

⁸⁶.- Y agrega Scavino: “El vocablo producción resume mejor que ningún otro aquella dimensión generativa y soberana, originaria y dominante, de la vieja *arjé* metafísica”; *ibidem*.

Este acento puesto en la producción, en la economía como estructura fundamental y motora de la institución de una sociedad nueva, como principio rector del nuevo régimen que por lo tanto debía articularse en una institucionalidad adecuada, recorrió no pocas de las principales intervenciones sobre la revolución rusa, bajo la forma de la gradual extinción de la instancia soviética y su reemplazo por los nuevos organismos de la economía nacionalizada.

Enrique del Valle Iberlucea mencionaba casi al pasar que “la disolución de la asamblea constituyente” convirtió un poder que “debía ser provisorio” en una definitiva y “nueva organización” política, si bien consideraba que esa conversión de la provisoriedad en permanencia había sido “prevista por los bolcheviques” (del Valle Iberlucea, 1934 [1917a]: 39). Sin embargo, ese nuevo “poder gubernamental” que pertenecía al “Consejo de los Comisarios del Pueblo” y cuya actividad quedaba bajo el control del “Congreso de los Soviets y de los delegados obreros, soldados y campesinos” tenía a su vez un carácter transitorio. La revolución rusa no sólo creó, agregaba, los organismos políticos de la “democracia genuina” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920a]: 69-70) sino también los órganos destinados a desempeñar las grandes funciones económicas de la sociedad comunista, los consejos económicos (*ibídem*: 70). Con base en el libro de Arthur Ransome, *Seis semanas en Rusia*, el senador argumentaba que la decadencia gradual de los soviets frente al ascenso de los Consejos Económicos se correspondía con el pasaje de las tareas destructivas del Estado capitalista y defensivas respecto de la contrarrevolución —funciones a las que se adecuaba el sistema soviético— a la fase constructiva de la transición al socialismo, un tránsito de una etapa a otra que expresaría la paulatina extinción del Estado y la aparición de la “administración de las cosas” (*ibídem*: 75).⁸⁷ El nuevo poder soberano, además de contener una dimensión federalista y socialista (del Valle Iberlucea, 1934 [1920]: 44-46), implicaba la sustitución de la “soberanía del pueblo” característica de las revoluciones burguesas —que a menudo, señalaba el ex director de *La Vanguardia*, era solo “el poder de la clase dominante”— por la “soberanía del trabajo”, la soberanía de los productores —y es por ello que se trataba de un poder “proletario” (del Valle

⁸⁷.- “...con el fin de la división económica y jerárquica de las sociedades humanas, se extinguirá el poder político, transformándose el Estado, que actualmente implica la sujeción de las personas, el dominio de una clase sobre otra, en una pura y simple administración de las cosas” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920]: 44).

Iberlucea, 1934 [1920]: 41).⁸⁸ En del Valle Iberlucea, el momento destructivo y defensivo daría paso a la emergencia de un nuevo poder soberano, una nueva constitución sin Estado cuyo principio constituyente es el poder del trabajo, la fuerza productiva, es decir, un pasaje desde el *Soviet* al Consejo Económico del Trabajo.

También José Ingenieros, siguiendo a Humphries y a Price, confería al Consejo Supremo de la Economía Pública “el centro de la nueva vida económica de la república”, mientras “el soviet, cuerpo más especialmente político, luchaba por preservar de los enemigos internos y exteriores la existencia de la república”: el *soviet* como “arma temporaria que había de proteger las manos que manejaban aquel instrumento”, el Consejo Económico, eje principal del nuevo régimen (Ingenieros, (1957 [1920c]: 117). Y Alfredo Palacios argumentaba en el mismo sentido y apelando a las mismas fuentes que Ingenieros la índole transitoria de los soviets, su naturaleza de “armazón transitoria”, como “el encofrado de madera de un edificio”: a partir de ella se podrían desarrollar las instituciones permanentes, las que, suponía, expresaban verdaderamente el socialismo, como el Consejo Supremo de la Economía, que “debía ser el regulador supremo de la vida industrial” (Palacios, 1921: 44-45). Para agregar que “el soviet es el útil, la herramienta indispensable para la transición política que permitirá al Consejo constituirse en organización central del Estado socialista”, es decir, en “el instrumento destinado a crear el nuevo orden en Rusia” (*ibídem*: 46). Ingenieros, del Valle Iberlucea, Palacios y muchos otros, componen, en este aspecto, una interpretación de los sucesos en Rusia en la cual los *soviets* desempeñan el poder de destrucción de la sociedad y el Estado capitalista, pero no tienen la atribución de ser el poder constituyente de la nueva sociedad, la cual se conformaría anclada sólidamente en el desarrollo de la economía, la industria, el trabajo, vale decir, que ese poder constituyente residiría en la producción. Por eso José P. Barreiro, desde las páginas de la revista *Claridad*, respondía al escrito de Enrique Dickmann, “Democracia cuantitativa y democracia cualitativa”, indicando que el sujeto de imputación soberana en la nueva República de los Soviets no era el ciudadano sino *el productor*, aquel sujeto que realizaba actividades productivas (intelectuales o manuales) y que no era un explotador —vale decir, agregaba, financista, propietario, rentista, etc.⁸⁹

⁸⁸.- Afirmaciones que basaba en el texto de la “Declaración de los derechos del pueblo obrero explotado y el reglamento general de la constitución de la república socialista federativa rusa de los soviets” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920]: 40).

⁸⁹.- Barreiro, José P. (1920), “Parlamentarismo y sovietismo”, en *Claridad. Revista quincenal socialista de crítica, literatura y arte*, n° 6, Buenos Aires, 1° de mayo, pp. 17-19. El autor se respaldaba en un texto

Que en la *producción* resida el principio constituyente y rector del nuevo régimen puede significar que esa potencia revolucionaria inherente a las fuerzas productivas derive de su trasfondo cooperativo, o que su capacidad transformadora provenga de su dimensión técnica (entendida ésta no como aspecto de dicha cooperación sino como elemento nodal de las relaciones de explotación). Los reiterados énfasis en el lugar central del saber y de los expertos, de la técnica y la ciencia, hacen más probable esta segunda lectura. En estas interpretaciones, el poder revolucionario que albergaría la técnica, en sí misma progresista, es obtaculizado por los regímenes del capital y del Estado capitalista; por tal motivo los *soviets*, en este caso, vendrían a removerlos, a destruir las trabas al progreso —que es básicamente un progreso técnico— y en la medida en que se libera a la potencia alojada en la producción, en la técnica, en la economía, su función decae y tienden a extinguirse, mientras se afirma un nuevo principio articulador del régimen social poscapitalista, el cual emanaría de esa técnica no sometida a escrutinio por los intérpretes de la revolución. Se trata de concepciones de la constitución de la sociedad soviética de matriz evolucionista y teleológica, pues la capacidad para construir un nuevo orden ya estaría presente en el carácter que otorgan a las fuerzas de la producción, que no pueden más que desarrollarse, es decir, progresar, una vez desbaratados los mecanismos que las obturan.⁹⁰ Por eso estos comentaristas pueden confiar los principios constituyentes a las instancias “económicas” y técnicas, presentándolas como meras instituciones administrativas. Por el contrario, un pensamiento de la potencia revolucionaria como dimensión propia de la cooperación productiva debiera, necesariamente, desprenderse de toda perspectiva teleológica y evolucionista para afirmar la capacidad *creadora* de dicha potencia.⁹¹

del coronel Raimond Robins aparecido en la revista *Metropolitan* y que en Argentina se editara en la revista de la comunidad judía *Vida Nuestra*, como también en artículos de Bujarin y Reed aparecidos en *Documentos del progreso*,

⁹⁰.- En rigor, no habría “una potencia” en la técnica, pues estas interpretaciones carecen del lugar para el “poder no-ser” propio de la potencia.

⁹¹.- En Ingenieros la cuestión es más compleja, pues reserva una dimensión creacionista al momento de ruptura de la rutinización y la mediocridad.

Democracias

“Rusia, la nación cuya superficie es la más extensa, y cuya población, por desgracia, es la más ignorante de los pueblos europeos, no puede pretender dar a Francia, a Inglaterra ni a Norte América lecciones de democracia”, sentenciaba en las páginas de *La Vanguardia* el socialista y periodista Arturo Havaux.⁹² Con las noticias de “octubre” recientemente llegadas a estas latitudes y la convicción de que fuera “la agitación ultrarrevolucionaria [la que] contagió los espíritus de los descontentos de nacimiento contra todo lo establecido y normal”, logrando “desviar la revolución de la pauta lógica y sensata que (...) le estaba dando el gobierno provisional”, Havaux concluía que un pueblo como el ruso, “que hasta ayer vivió bajo la amenaza del *knut*, y cuya ignorancia es supina”, no podría “dar un salto que lo coloque en un plano superior de vida democrática al de Inglaterra y Francia”.⁹³ Al decirlo de modo tan concluyente y con un ánimo polemista probablemente influido por las novedades rusas, el escritor ponía de manifiesto uno de los ejes de la discusión sobre la Rusia revolucionaria en los años siguientes: la cuestión democrática. Problemática que, por otro lado, tenía directas consecuencias en la interpretación y la acción en el recientemente inaugurado contexto político argentino.

Para Mario Bravo, a pesar de que la constitución soviética estaba orientada a “destruir los viejos moldes de la república democrática parlamentaria burguesa”, había en ella “una *democracia*” y “un *parlamento*”, existían en su texto “todos los elementos del gobierno democrático moderno, bajo el ropaje de los soviets”, que le daban así “un aspecto popular a lo que la misma constitución llama *dictadura del proletariado*” (Bravo, 1920: 44).⁹⁴ Se trataba, en la reflexión de Bravo, de establecer qué *democracia* y qué *parlamento* proponían los revolucionarios rusos. Es que, aseguraba el tucumano, aun entre hombres socialmente iguales se precisan reglas de gobierno y administración, por lo que era inevitable la formación de organismos representativos.⁹⁵ De modo que su

⁹²- Havaux, Arturo (1917), “La crisis rusa y la paz democrática”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 21 de noviembre, p. 1. Havaux, escritor y dramaturgo, fue uno de los fundadores de la Asociación de Periodistas Socialistas de Capital Federal y posteriormente columnista de la revista *Vida femenina* en los años treinta.

⁹³. *Ibidem*.

⁹⁴- Nótese que en este pasaje, la “dictadura del proletariado” es conceptualizada como un régimen que adopta los elementos de la democracia moderna, aunque los oculta en su aspecto popular.

⁹⁵- Bravo objetaba que “con la abolición de la propiedad privada de la tierra, con la expropiación de las fábricas y explotaciones agrícolas, con la monopolización de los bancos y del comercio, con la prohibición de vivir sin trabajar y con la implantación del trabajo civil obligatorio” se hubiera constituido un “mundo nuevo” —como afirmaba Lenin en su mensaje a los trabajadores americanos— pero aceptaba

impugnación se dirigía al tipo de representación que proponía la “revolución rusa”, ya que si “el poder debe pertenecer en totalidad y exclusivamente *a las masas trabajadoras y a su representación autorizada*, los soviets” y que “toda la autoridad (...) *pertenecerá a toda la población obrera agrupada en los soviets urbanos y rurales*”, tal como recogía del texto constitucional (*ibídem*: 55; cursivas en el original), dichas instancias representativas estarían dando lugar a “crudos y groseros *egoísmos de grupos*”, contrarios a “las concepciones, los métodos, las formas” que posibilitaban “aprovechar en un más alto grado los beneficios sociales” (*ibídem*: 57; cursivas en el original). La forma parlamentaria soviética, continuaba Bravo, era excluyente aun cuando ya no fuera la vieja “representación corporativa por delegación de gremios”, pues los *soviets* constituían “una nueva base y un nuevo fundamento para la representación democrática” que apoyada en la fuerza armada del ejército que los integra no era otra cosa que “la representación directa y parcial de los núcleos vitales de la economía y de la industria, de los trabajadores mismos” (*ibídem*: 24). De modo que mientras en los soviets “no habría más electores que los asalariados y los campesinos pobres y los soldados de la revolución”, creando una forma parlamentaria en la cual tendrían lugar sólo los intereses de la clase proletaria, en las formas democrático-parlamentarias constituidas por el sufragio universal —como la expresada y propiciada por la Asamblea Constituyente— serían electores “hombres y mujeres, ricos y pobres, propietarios y no propietarios, patrones y obreros” (*ibídem*: 25).⁹⁶ Esta suerte de oposición entre “representación de clase” —y por ello *parcial*— y “representación universal” es también el argumento de Antonio de Tomaso: “Lo que distingue a ese régimen político de los buenos regímenes democráticos actuales, que queremos perfeccionar con la extensión del sufragio, el referéndum, el derecho de iniciativa popular y hasta el derecho de revocación para cierta categoría de funcionarios, no es el mecanismo de la representación, sino la exclusión del derecho electoral y, por lo tanto, del gobierno de una parte de la población en nombre de una clasificación de clase establecida por un partido” (de Tomaso, 1921: 128).

A la parcialidad de tal representación, ambos diputados añadían el problema de la distancia entre dirigentes y dirigidos, pues “el pueblo sólo interviene directamente en

esa “dudosa realidad” a fin de discutir el texto constitucional en sus propios términos; Bravo (1921: 56-57).

⁹⁶.- Resulta, digamos, llamativo que Bravo, al oponer al modelo soviético el parlamentario tradicional — como se practica en la Argentina, llega a decir— mencione el sufragio femenino como una ventaja del segundo sobre el primero en 1920!

la elección de los soviets locales de las ciudades y las aldeas”, de modo que había una “falta absoluta de vinculación entre la masa popular y los hombres que ejercen el poder”, una vinculación que por otra parte sí existiría “en las democracias «burguesas» adelantadas” (*ibídem*: 131-32; entrecomillado en el original). Mientras “los grandes grupos «representativos» del gobierno sovieta” están “lejos de los trabajadores” que necesitan “recorrer peldaño por peldaño la alta escalera de los cuerpos colegiados que se interponen entre el jefe del gobierno y ellos”, en los sistemas electorales occidentales la relación es directa, las masas obreras constituyen las grandes mayorías numéricas y por medio del sufragio tienen “la posibilidad de ser (...) la fuerza social directiva del Estado” (Bravo, 1920: 58).

El contraste entre modelos de representación le parecía a de Tomaso tan claramente favorable a la forma parlamentaria occidental que se preguntaba por “la razón de la simpatía que aquel gobierno [se refiere al bolchevique] ha despertado en una parte de la masa”, mientras nadie se acordaba de esos partidos y gobiernos de Australia y Nueva Zelanda, “típicamente obreros y campesinos, que no oprimen ni persiguen a nadie y que han surgido libremente del seno de la masa por el voto” (de Tomaso, 1921: 188). Para acentuar lo que considera las ventajas del parlamentarismo, de Tomaso transcribía —del libro *Le regne de Lenine* (1920) del *kadete* Barón Boris Nolde— un párrafo que le servía tanto para “barbarizar” el momento autónómico de los *soviets* como remarcar el verticalismo de la fase bolchevique:

“Al comienzo del régimen (...) se procedía de la manera que nos describen los historiadores del derecho antiguo cuando hablan de las asambleas primitivas de los anglosajones y francos. Este sistema de nominaciones por aclamación de una muchedumbre en efervescencia o aterrorizada pareció pronto molesto y desde hace tiempo las tituladas elecciones de los soviets tienen el valor de simples designaciones hechas por orden administrativa. Desgraciado del que ose oponerse a una candidatura oficial; el régimen no tolera oposición” (de Tomaso, 1921: 133)⁹⁷

Más allá de esta descripción de los *soviets* en función de su contraste con un régimen parlamentario que supuestamente garantizaría “la libertad de sufragio, la libertad de prensa, la libertad de reunión y la libertad de asociación”⁹⁸, resulta importante señalar esta aversión manifiesta con los procedimientos asamblearios y de democracia de base que recorren los textos de estos socialistas. Para de Tomaso, esas

⁹⁷.- Para de Tomaso parece ser lo mismo “una muchedumbre en efervescencia” que una “aterrorizada”; las homologa y equipara en “la aclamación”, restándole a la primera cualquier agencialidad histórica.

⁹⁸.- Como se ha señalado en la Introducción, es menester leer estas elaboraciones en el contexto de circulación de los textos, con el fondo represivo de la semana de enero de 1919 y las distintas y violentas represiones que la precedieron y siguieron.

“libertades” que enumera no son atributos, propiedades de una subjetivación política que lleva el nombre de democracia, sino “elementos indispensables para la educación de las masas, para el conocimiento y aprendizaje de la vida pública, para la ascensión en el seno del estado, para su disciplina en los organismos sindicales y económicos” que, una vez asimiladas, permitirán que dichas instancias institucionales sean los pilares de una nueva organización social (de Tomaso, 1921: 191). O como lo había señalado Havaux ya para noviembre de 1917: “La vida democrática, con la *noción exacta* en cada individuo de los deberes y de las responsabilidades que le incumben, además de cultura requiere el hábito de la libertad”.⁹⁹ Efectivamente, se trata de una *democracia* que es *instrumento* educativo, que interpela e induce por su práctica unos cuerpos políticos que saben de sus correspondientes lugares, por lo que es una *disciplina* que se inculca, y que aprendida (esto es, subjetivada) permite “ascender en el seno del estado”, a la vez que conocer y aprender qué es la vida pública, la cual está de antemano trazada y repartida.¹⁰⁰

En un escrito que pretende refutar la tesis ingenieriana de la democracia funcional que se estaría ensayando en Rusia, tesis a la que califica de antiparlamentarista, Enrique Dickmann, apoyándose en los textos de Marx y Engels, de Kautsky y de Justo, ensayaba una defensa de los partidos políticos contra las “corporaciones” dado que entrañaban regímenes democráticos divergentes. Su desacuerdo con la “representación cualitativa” radicaba en que “el asalariado es explotado (...) cualquiera sea su oficio”, y ni “las esposas proletarias (...) tienen intereses distintos y opuestos a los esposos proletarios”, ni “el obrero albañil como asalariado y explotado” se enfrenta con el “obrero mecánico, el ferroviario” o “el obrero del campo”, por lo que “no pueden ni deben luchar como corporaciones o gremios, sino

⁹⁹.- Havaux, Arturo (1917), cit., las cursivas son mías; lo que implica que esa libertad es siempre otorgada y nunca conformada por los propios sujetos, dado que se la supone preexistente.

¹⁰⁰.- Es también una perspectiva socialista cuyas expectativas de transformación social son, digamos, muy acotadas, como se desprende de su elegía de “la gran democracia norteamericana”, esa “federación de estados económicamente diferentes, que viven sin conflictos” que son los Estados Unidos, “donde se ha realizado una vasta obra cultural y educacional en todo sentido, donde los campesinos [sic] tienen un bienestar que en Rusia sería un sueño fantástico, donde votan las mujeres, donde se ha implantado una vasta legislación protectora de los trabajadores, donde se ha abolido el consumo de bebidas alcohólicas, donde hay formidables establecimientos industriales que agrupan miles de hombres, donde hay un proletariado de fábricas que gana, en general, salarios altos y tiene un buen nivel de vida, donde hay una gran capacidad técnica, donde se practica una autonomía municipal efectiva, donde se puede votar tan libre y concientemente como se quiera”, y que apenas habría cometido la torpeza de condenar a Eugene Debbs y expulsar a cinco diputados socialistas electos en el estado de Nueva York (de Tomaso, 1921: 191-92). Un punto de vista crítico sobre la “democracia norteamericana” en Bunge, Augusto (1919), “Espartacos y Bolshevicks”, en *La Vanguardia*, 30 de abril y 1º de mayo, p. 13. Contra lo que quería de Tomaso, para darse una idea del alcance de la represión en EE.UU. y del pánico denominado “Red Scare” de 1919-20, véase Adams (1979: 257-280).

como clase y como partido, frente a la clase y el partido patronal, capitalista y terrateniente” (Dickmann, 1920: 13). Esto es así, argumentaba Dickmann, porque “la acción política del pueblo trabajador se caracteriza y adquiere nueva fuerza al constituirse el partido obrero, para sostener *en el terreno legal* la moderna lucha de clases” (*ibídem*: 10; las cursivas son mías). Si bien Dickmann parece desentenderse de la trayectoria constitutiva de la clase obrera y de la existencia de organizaciones de clase que bajo criterios asociacionistas confraternizan trabajadores de distintos oficios y ocupaciones, en realidad su estrategia discursiva apunta a establecer una conexión íntima entre representación de clase bajo la forma partido y lo que denomina representación cuantitativa, que no es otra que la que supone el sufragio universal y el régimen parlamentario, escenario en el que (se) *cuentan* los electores.¹⁰¹ El carácter “universal” del sufragio es el que le permite homologar a los individuos para convertirlos en ciudadanos, uniformes en relación a un ámbito escindido de las relaciones sociales, las que pasan a ser, desde ese momento, “la cuestión social”, mientras que en ese escenario separado que se nombra como “política” los supuestos conflictos se saldan a cuenta de mayorías y minorías.¹⁰²

Mientras para Dickmann la representación cuantitativa es la que permitiría la expresión clasista a través de los partidos, para Bravo y de Tomaso el problema de la democracia soviética es que, precisamente, es clasista y por ello parcial, no universal. Sin embargo, se trata de distintas estrategias discursivas con un fondo conceptual común. Para Bravo, en definitiva, el mayor problema de “la organización parlamentaria de la república [soviética]” era que “en su formación no interviene directamente el pueblo” (Bravo, 1920: 65), ya que “lo único que falta en todo el mecanismo, es el pueblo «trabajador y explotado», interviniendo directamente para elegir el gran parlamento o Congreso panruso”, mientras “el parlamento de las repúblicas no soviéticas (...) es elegido directamente por el pueblo” y se perfecciona “cada día más” al “completar la representación numérica con la representación calificada” (*ibídem*:

¹⁰¹.- “En la democracia el único criterio es numérico y cuantitativo; y «prescindir de todo criterio cuantitativo» es traicionar lisa y llanamente a la democracia y el socialismo” (Dickmann, 1920: 12).

¹⁰².- La argumentación que construye Dickmann apunta a demostrar que la democracia soviética no es “funcional” como sostiene Ingenieros, sino “cuantitativa”, es decir, que esencialmente es homogénea respecto de la democracia parlamentaria en su aspecto *representativo*: “Quien estudie toda esta complicada y minuciosa organización soviética no encontrará nada de lo que el profesor Ingenieros llama y atribuye, por su cuenta, a la revolución rusa, «sistema representativo funcional» , «democracia cuantitativa funcional», etc. La constitución rusa habla de ciudadanos, elecciones y habitantes. Es el lenguaje de todas las constituciones democráticas del mundo” (Dickmann, 1920: 18). Con esta exposición pretendía evitar que los discursos de y sobre la revolución rusa y la forma representativa soviética minaran la legitimidad de la práctica electoral del socialismo argentino.

67).¹⁰³ Lo que Bravo y de Tomaso llaman “elección directa”, que traducen también en la cuestión de la “distancia” entre electores y elegidos, supone una premisa indiscutida: que el sujeto de la política es el ciudadano individual y que el pueblo está constituido, entonces, por una agregación de individuos que comparten el común rasgo de ser electores (cfr. de Tomaso, 1919: 47-48). En ese atributo común residiría tanto su universalidad como su posibilidad de representación —en tanto se los puede nombrar como un mismo conjunto y por ello ser representables.¹⁰⁴ Se trata, por tanto, de un *régimen de la representación* por el cual los representados son constituidos como tales por la norma —jurídica, constitucional— que los configura como electores de sus representantes. Se entiende que, con estas concepciones políticas, los autores no vean en los *soviets* más que instituciones por las cuales se manifiestan las adscripciones sociales, suponiendo así una continuidad sin corte entre la categoría social de trabajador (obrero, campesino, soldado) y la subjetivación política disruptiva de esos trabajadores *en los soviets*. No se trata, meramente, de un problema de designación —los *soviets son* de obreros, soldados y campesinos— sino de la significación que tal nombre adquiere en la trama emergente del *soviet*, es decir, cuando autonombrarse es una acción política subjetivante. Que tal *democracia* como poder popular, o poder de clase, sea invisible para estos comentaristas, resulta de su adscripción a una noción de sujeto político que, afirmada en la representación, impide que las exclusiones que esa misma norma provoca sean notadas.

El liberal georgista Cándido Villalobos Domínguez, entre otros, había planteado a fines de 1917 en las páginas de *La Vanguardia*, una palabra cuestionadora de las democracias en los países capitalistas, a las que consideraba empantanadas desde antes de la guerra, e impotentes para revertir o aun moderar la ampliación de las desigualdades sociales. Y previsiblemente de ello concluía que “lo que ante todo se precisa es dar a todos los hombres la igualdad de oportunidades económicas, sin la cual no hay democracia posible”, pues son los intereses de clase —de grandes y pequeños

¹⁰³.- Nótese el entrecomillado que utiliza Bravo en su referencia al sujeto de imputación soberana en Rusia, y la elisión de la relación entre democracia parlamentaria y capitalismo en la frase “democracias no soviéticas”.

¹⁰⁴.- Por lo que las fórmulas de máxima participación y extensión democrática serían el referéndum, la iniciativa popular y la revocación (Bravo, 1920: 67).

propietarios, arguía— el principal freno a la democratización.¹⁰⁵ La ecuación por la cual la democracia era el camino para la igualdad social, se invertía. El signo de interrogación puesto sobre las democracias parlamentarias del mundo del capital agudizó el debate —siempre existente, más o menos implícitamente— por los significados de la democracia. Y para Joaquín Coca, la revolución rusa perturbó lo que parecía “una doctrina y una táctica definitivamente adoptadas por los partidos socialistas”, preocupados en los últimos tiempos, más que en crear “nuevas modalidades de acción obrera y nuevos órganos y procedimientos de gobierno”, en perfeccionar la institución parlamentaria “principalmente asegurando la libertad de coalición, de reunión, de manifestación y de emisión del voto, y extendiendo éste a todos los ciudadanos incluso a los del sexo femenino” (Coca, 1920: 4). Sin restar méritos a esa estrategia en la cual el parlamento fue considerado el más propicio campo de acción para la clase trabajadora y el partido su instrumento más eficiente, lo que redundó en un “portentoso crecimiento numérico de los partidos socialistas” y en la expansión de “una conciencia de la clase explotada”, Coca insistía en que la revolución rusa había puesto en duda si el parlamentarismo “en su concepto y en su forma actual (...) es un medio eficaz para llevar a cabo la revolución socialista, como afirman unos, o es, por el contrario un instrumento inservible para ese objeto, como sostienen otros” (*ibídem*). Surgían así con el “régimen de los soviets”, continuaba Coca, nuevas figuras de la democracia: a la posesión del poder político de la estrategia parlamentaria se le opone la fórmula de la “República social”, y a la “democracia parcial burguesa” la de la “democracia socialista y obrera, entendiéndola como una democracia integral” (*ibídem*: 15).

De este modo, al señalar el desafío que la revolución rusa implicaba para las estrategias parlamentaristas de las que se había nutrido y en las que se había forjado el socialismo de la II Internacional, Joaquín Coca señalaba un punto sensible de las discusiones entre las izquierdas. El debate entre “democracia parlamentaria” y ese nuevo registro que se nombraba de diversos modos —“democracia funcional”, “democracia integral” o “democracia soviética”, entre los más destacados, donde cada nominación exhibía el principio central al que se daba prioridad— transitó senderos sinuosos. En no pocos casos, la crítica al parlamentarismo se fundamentó en las particulares condiciones rusas o se argumentó sin abandonar el mismo régimen de la

¹⁰⁵.- Villalobos Domínguez, C. (1917), “El antimaximalismo [segunda parte]”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 13 de diciembre, p. 3.

representación. Así Palacios, siguiendo a Trotsky, explicaba la disolución de la Constituyente en su falta de representatividad, al ser expresión “de la opinión dominante durante la fase anterior a las jornadas de noviembre” (Palacios, 1921: 24), justificando la acción bolchevique “porque así salvaron la revolución” dadas “las características especiales de Rusia, que nos imponen cierta ductilidad al juzgar los acontecimientos producidos en aquel extraordinario país” (*ibídem*: 24-25). El mismo argumento bolchevique habían presentado los editores de *La Internacional* a mediados de 1918, al sostener que “aquella Constituyente no era la expresión de la mayoría del pueblo”, pues “un gran cambio en la opinión pública” había tenido lugar luego de junio de 1917, cuando “el pueblo había efectuado una radical conversión a la izquierda”.¹⁰⁶

Pero, como decía, la discusión transitaba distintos andariveles. En una de sus alocuciones, Enrique del Valle Iberlucea sostenía que “el Estado democrático no puede existir plenamente en las sociedades capitalistas” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920a]: 58-59); “plenamente”, es decir, la democracia burguesa sería una forma parcial de democracia. También Coca se interrogaba por “la democracia real” o “la democracia pura y absoluta”, deduciendo que no existía en los países capitalistas y era imposible “en sociedades divididas en clases” (Coca, 1920: 20-21).¹⁰⁷ Alegaba entonces que el sistema representativo de los parlamentos capitalistas creaba “un ser imaginario”, el “ciudadano”, abstraído de la realidad social que de ese modo se ocultaba tras la ficción de la igualdad ante la ley, de la ausencia de privilegios, de un escenario donde todos son ciudadanos y electores. La ciudadanía, para Coca, disolvía la clase, construía una escena de interlocución en la cual se ausentaba la palabra clasista: “A los burgueses no les conviene que las luchas políticas o económicas se planteen en el terreno de los intereses de clase por parte de los trabajadores”; prefieren que el obrero esté “muy preocupado con los «intereses generales» o «nacionales», o bien abismado en la solución de problemas «patrióticos» o «provinciales» ...muy preocupado, en fin, de todo, excepto de sus intereses, como explotado y como trabajador” (*ibídem*: 23). Con el léxico de su época, advertía que el régimen de la representación parlamentaria tal como había sido instituido configuraba una situación de interlocución en la cual la explotación de los trabajadores y sus demandas no tenían posibilidades de ser dichas sin alterar tal

¹⁰⁶.- “El nuevo régimen en Rusia” (1918), primera parte, en *La Internaconal*, Buenos Aires, 25 de junio, p. 3.

¹⁰⁷.- “Por de pronto, las mujeres, que son en casi todos los países la mayoría de la población, no tienen derechos políticos”, pero incluso donde los tenían, ampliaba Coca, existían distintos mecanismos que obstaculizan su ejercicio pleno; cfr. Coca (1920: 20-21).

situación. Por eso, añadía Coca, “el socialismo ha combatido siempre esa noción falsa de ciudadano”, oponiéndole un política que configurara un escenario en el que no se lucha “entre ciudadanos” sino “entre proletarios y burgueses por motivos concretos” (*ibídem*: 23).

También del Valle Iberlucea piensa que la representación del pueblo en el “gobierno del Parlamento” era “ficticia”, y definía al soviétismo como su negación, pues “el gobierno de los Consejos reposa en la masa entera de la población trabajadora” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920a]: 61). Representación parlamentaria y representación soviética eran formas históricas, argumentaba el nacido en Castro Urdiales, que se correspondían con sujetos sociales distintos, esto es, burguesía y proletariado; y el consejismo obrero y campesino, basado en “el principio de la representación verdadera” constituye el órgano propio de la dominación política de los trabajadores (*ibídem*: 62-64).¹⁰⁸

La pregunta por lo que era ese “órgano propio”, como lo llama del Valle Iberlucea, tuvo una de sus primeras y más resonantes respuestas con José Ingenieros y la noción de “democracia funcional”. Para el autor de *El hombre mediocre*, la “República Federal de los Soviets” encarnaba, aun con sus errores, la primera experiencia del sistema representativo funcional, dado que “el principio básico del soviétismo es el reemplazo de la representación indiferenciada y cuantitativa por la representación técnica y cualitativa” (Ingenieros, 1957 [1920]: 68). Un consejo o *soviet*, explicaba, “es una corporación o sindicato técnico” y “un *soviet municipal* es un Concejo Deliberante compuesto por representantes de todas esas fuerzas especializadas”. De modo que los *soviets* regionales o provinciales “no están formados por representantes de distritos políticos sino por representantes de funciones comunes a

¹⁰⁸.- Un gesto que iba en la misma línea interpretativa era el que realizaban los editores de *Claridad*, revista de la izquierda socialista, al publicar un texto de Lenin bajo el título “Del maestro Lenin: la destrucción del parlamentarismo”, en el que puede leerse lo siguiente: “El parlamentarismo corrompido y mercenario de la sociedad capitalista, es reemplazado por la Comuna con instituciones en que la libre opinión y la libre discusión no es un engaño, pues los representantes se obligan a una labor efectiva y deben ejecutar sus propias leyes para seguir los resultados prácticos que tengan y responder de las consecuencias ante el cuerpo electoral. Las instituciones representativas subsisten, pero el parlamentarismo como sistema especial, como división del trabajo entre las funciones legislativas y ejecutivas, como privilegio especial para sus diputados —ese parlamentarismo «deja de existir»—. No es posible imaginar una democracia sin instituciones representativas; no es posible imaginar sin esas instituciones ni aun la democracia proletaria. Pero «podemos» y «debemos» pensar en la democracia sin parlamentarismo, o nuestra crítica de la sociedad capitalista es puramente verbal”, en *Claridad*, nº 6, 1º de mayo de 1920, p. 2.

toda la región o provincia” (*ibídem*: 68-69).¹⁰⁹ La representación funcional, en oposición y como superación de la parlamentaria, parecía ser una formulación adecuada a la novedad que expresaba el régimen del *soviet*, y también, con variaciones, parecía imponerse —o así lo creían— en otros contextos.¹¹⁰ Superación porque con los *soviets* se extinguía “toda vaguedad y toda confusión”, y las presentes divisiones políticas y económicas cedían su lugar a “agrupaciones orgánicas y vivas, como el regimiento, el taller, la fábrica, la aldea o comuna agrícola, el laboratorio” (Coca, 1920: 24). Quienes participan de una misma función social no sólo elegían, por este mecanismo, a sus diputados, sino que además lo vigilaban, lo controlaban, le daban mandatos específicos y podían, en cualquier momento, removerlo o reemplazarlo (*ibídem*).

La repetición de la noción “democracia funcional” tiene dos aspectos. Por un lado, una tendencia a lo que se podría denominar como “naturalización de la representación”, es decir, un pensamiento que afirma un régimen representacional en aspectos de la vida social que se consideran naturales y no políticos.¹¹¹ Como “una verdadera democracia industrial”, en palabras del norteamericano John Reed, la “República Rusa de los Soviets (...) no tiene ninguna especie de gobierno político”, y eventualmente los *soviets* se transformarán, pronosticaba, “en un órgano económico de carácter puramente administrativo” cuyo prototipo es “el Consejo Supremo de la Economía Pública”.¹¹² La “naturalización de la representación” es el efecto de una discursividad que esencializa los roles sociales de la vida cotidiana para proyectarlos a las instancias de decisión estatal. En un cuadernillo editado en 1926 por la Asociación Amigos de Rusia y la Revista de Oriente, se sostiene que “la base del sistema representativo de la Unión Soviética es funcional más bien que cuantitativa” porque

¹⁰⁹.- Ingenieros se basa en la “Entrevista a Lenin” publicada por la revista *Claridad* el 1º de marzo de 1920 y en un artículo de Humphries aparecido en la *Revista del Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas* en julio del mismo año.

¹¹⁰.- Varios comentaristas identificaban como expresiones del principio representativo de la “democracia funcional”, la formación en los países capitalistas de instituciones que reunían a delegados patronales y obreros con funcionarios estatales. Más aún, Arturo Orzábal Quintana creía vislumbrar esos signos en el ámbito del derecho internacional: “La evolución destinada a transformar las bases del derecho internacional, haciendo de éste la expresión de la democracia funcional aplicada al mundo en su conjunto, ha comenzado ya, aunque en forma rudimentaria, encuadrada dentro del organismo imperfecto de la Liga de las Naciones. Nos referimos a la Conferencia y a la Oficina Internacional del Trabajo (...) [que] está bajo la dirección de un Consejo Directivo compuesto de doce representantes de Estados, seis representantes de patronos y seis de organizaciones obreras. Es, por lo tanto, parcialmente, un organismo funcional”, en Orzábal Quintana, Arturo (1921) “Hacia un nuevo derecho internacional”, en *Revista de Filosofía*, nº 1, Buenos Aires, enero, p. 27.

¹¹¹.- Lo que se conjuga muy bien con las ideas que otorgan a las fuerzas de producción, a la técnica, como fuerzas cuasi-naturales, el carácter de principios constituyentes de la nueva sociedad.

¹¹².- Reed, John (1919), “Cómo funciona el soviet”, en *Documentos del progreso*, nº 7, 15 de noviembre, p. 6.

“[l]os Soviets, que son consejos de delegados de los trabajadores manuales e intelectuales, son designados para representar *directamente* la actividad productora del país”.¹¹³ De un modo semejante se expresaba el asturiano López Arango, para quien “el llamado gobierno de los soviets es una democracia funcional”, que identificaba con un “Estado- sindicato”, una suerte de “federación de sindicatos” que representaba “a todos los trabajadores en su diversidad de oficios”.¹¹⁴

Pero existe otro aspecto que se expresa en los usos de la noción de “democracia funcional”, aspecto que aparenta continuidad con la “naturalización de la representación” en torno a las “funciones sociales”, pero que puede leerse en un sentido bien distinto. Es el caso del por entonces estudiante de arquitectura, Alberto Astudillo, quien desde las páginas de *Insurrexit*, mientras denunciaba que en la democracia republicana el ciudadano era un “elemento transitorio, cuya misión termina al elegir sus amos”, destacaba las ventajas que tendría la organización que emerge en Rusia donde se considera “al trabajador como elemento activo”, base de una organización estatal formada por las actividades política, profesional y económica del “trabajador ciudadano”: la superioridad de la instancia soviética era su “constante movimiento de renovación”, que llevaba “a la masa a participar directamente de la administración pública y a fiscalizar a sus representantes, formando así un cuerpo político sumamente sensible a los intereses del pueblo”.¹¹⁵ La adjetivación de la democracia como funcional expresa, entonces y en este caso, una búsqueda por los significados de la democracia puesto en debate por la experiencia soviética, y no tanto un sentido más acorde con una suerte de despliegue naturalizado de las funciones sociales dadas en el reparto social existente a través de instituciones estatales gestadas a tal fin. Por eso Palacios replicaba a quienes sostenían que los consejos municipales y *zemstvos*, elegidos por sufragio universal, eran “más democráticos que los soviets” y más representativos de “las aspiraciones del pueblo”, pues ese “criterio democrático formalista” carecía de relevancia “en tiempo de revolución”, pues ésta se caracteriza por “el rápido cambio que se efectúa en la conciencia de clase” (Palacios, 1921: 21). Y agregaba que mientras las instituciones democráticas con base en el sufragio universal son rebasadas por la

¹¹³.- Asociación Amigos de Rusia (1926), *La Unión Soviética en 1926*, Buenos Aires, Asociación Amigos de Rusia/Revista de Oriente, p. 7; las cursivas son mías. Este sería el sentido más afín con la formulación ingenieriana de la democracia funcional.

¹¹⁴.- López Arango, Emilio (1920), “Características esenciales de la revolución rusa. Las teorías frente a la realidad de los hechos”, en *Nuevos Caminos*, nº 7, Avellaneda, 20 de septiembre, pp. 7-8.

¹¹⁵.- Astudillo, A. (1920), “El colectivismo en Rusia”, en *Insurrexit. Revista Universitaria*, nº 4, 9 de diciembre, pp. 14-15.

dinámica revolucionaria y el despliegue de las ideas políticas de las masas revolucionarias, en cambio los *soviets* pueden estar a la altura de las cambiantes circunstancias porque “dependen directamente de grupos orgánicos, tales como talleres, fábricas, mina, compañías, regimientos, etc.” (*ibídem*). La garantía de la cuenta es reemplazada, sostenía Palacios, por la garantía del contacto directo e inmediato entre representante y elector, y la “masa amorfa de los electores” del sufragio universal, reunidos una vez al año, es desplazada por “los electores del soviét”, que “permanecen constantemente ligados unos con otros, por las condiciones mismas de su existencia y de su trabajo cotidiano” (*ibídem*).

Pero ¿no estamos nuevamente frente a lo que denominamos “naturalización de la representación”? Ciertamente puede leerse de ese modo, aunque en ambos autores es notoria la búsqueda por comprender dónde reside la dialéctica revolucionaria, esa fuerza que se expresa en los cambios de conciencia que refiere Palacios o en la renovación y el activismo permanentes que menciona Astudillo. Una búsqueda que, con los términos de su época, trata más que de dar cuenta de una representación de lugares naturalizados (la fábrica, la aldea, el regimiento, etc.), de atender a la politización de esos ámbitos, que de ese modo se desnaturalizan. La noción “democracia funcional” puede entonces interpretarse, en estas intervenciones, como la entrada de la democracia en aquellos ámbitos que le estaban vedados, lugares prohibidos para la política (resguardados precisamente *por* una política burguesa que los escinde del lugar en el que ésta debe ejercerse). Una irrupción de la democracia, es decir, de la política revolucionaria, *en* las funciones sociales, para que éstas dejen de pertenecer a una naturaleza social intocable y puedan discutirse sus fundamentos y sus modalidades.¹¹⁶ En el mismo texto de John Reed antes citado, en el que describía al soviétismo como una democracia industrial y como una ausencia (próxima) de gobierno político, el dirigente de la IWW exponía esta politización de los ámbitos cotidianos al reseñar cómo lo que antes se decidía en instituciones específicas era ahora materia de debate y decisión en las organizaciones locales.¹¹⁷ ¿Que cómo puede ser que los obreros nombren a sus propios capataces?, “es la misma democracia”, se responde el articulista de *Insurrexit*, esa democracia “que

¹¹⁶.- En un epistolario entre Perry Anderson y Norberto Bobbio, el italiano reconocía que la democracia representativa se había detenido “ante las rejas de las fábricas”. Véase Norberto Bobbio y Perry Anderson, “Epistolario” (1991), en *El cielo por asalto*, n° 2, Buenos Aires, otoño, pp. 85-96.

¹¹⁷.- Reed, John (1919), cit. Es en las organizaciones de base obreras y campesinas donde se discute el deseo o la necesidad del ferrocarril, cómo se destinarán combustible y materias primas, cómo se repartirán productos manufacturados e instrumentos agrícolas, explicaba Reed, mostrando esa constitución de un espacio de decisión política que desnaturalizaba las funciones previas de esos ámbitos.

tanto se alaba, llevada al detalle, a donde más se necesita, al campo del trabajo manual donde hasta ayer mandaban capataces imperialistas”.¹¹⁸ Es esta “flamante democracia del trabajo y la igualdad”, como la denominaban los anarquistas editores de *Cuasimodo*, opuesta a la “decrépita democracia del capitalismo y el privilegio”¹¹⁹ surgiendo en lugares impropios, impensables en los términos del reparto político previo. Y esta politización de los ámbitos sociales, estas intervenciones en las tramas de dominación y jerarquía que los habían modelado, forjan, para no pocos intérpretes rioplatenses, un nuevo tipo de régimen, un “verdadero *gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo*, gobierno de abajo para arriba, y no de arriba para abajo, como sucede en las pretendidas democracias burguesas” (Coca, 1920: 24; cursivas en el original).

Las interpretaciones conflictivas sobre lo que “democracia” significaba fueron, probablemente, las que llevaron a los editores comunistas de *Documentos del Progreso* a incluir, en una fecha tan tardía como 1921, un artículo de Nikolai Osinsky, en el que el activista de la Oposición Obrera y la izquierda bolchevique alerta críticamente sobre los derroteros de la revolución y sobre su abandono de los criterios democráticos, alejamiento debido al preponderante rol ejecutivo y legislativo del comité de defensa y del comité militar revolucionario y al desplazamiento hacia la dirección del partido de la toma de decisiones. Su propuesta correctiva atiende, entonces, a un doble énfasis democrático en la política de la revolución. Por un lado, en relación al partido bolchevique, propone una “centralización democrática” que sea la contracara tanto de las prácticas militarizantes y centralistas a ultranza dominantes hasta 1920 como el final del reemplazo de los comisarios por algunas oficinas del Partido. Por otro, aboga por una recuperación de la “democracia proletaria”, nombre que asigna a las instancias del poder soviético, y entre cuyos criterios centrales, sostiene, está “el combate de ideas”, “la necesidad de la libertad de la crítica y de las discusiones”, es decir, la toma y libertad de palabra, la “libertad de crítica”.¹²⁰

En una de sus intervenciones, el exiliado ruso residente en Argentina, Mijail Iaroschewsky, identificaba la revolución y la democracia: “La revolución rusa, el

¹¹⁸- “Los obreros italianos” (1920), en *Insurrexit. Revista Univesitaria*, n° 1, 8 de septiembre, pp. 14-15.

¹¹⁹- “La Revolución” (1921), en *Cuasimodo*, Buenos Aires, n° 25, 1° quincena de noviembre, p. 1.

¹²⁰- Osinsky, N. (1921), “¿Qué es la democracia proletaria y cómo realizarla?”, en *Documentos del progreso*, n° 42, 15 de abril, pp. 5-7. Osinsky adjetiva la democracia como proletaria pues a su criterio, en tiempos de revolución, sólo hay dos campos; que la democracia sea proletaria, además de una negativa a dar la palabra a los contrarrevolucionarios, es una indicación de su apartamiento de cualquier lógica del consenso. Que haya “un partido”, esto es, un campo revolucionario, no significa que sea homogéneo; todo lo contrario: lo que lo vitaliza y lo hace revolucionario es esa existencia de opiniones divergentes, de fracciones, de grupos. Es, para el autor, el único antídoto contra una burocratización que ya advierte como uno de los principales obstáculos en la revolución.

triunfo de su democracia (...) La democracia es para nosotros no sólo una reforma política; ella es también el triunfo de la justicia social”.¹²¹ El discurso de Iaroschewsky repone una significación de la democracia como emergencia de otras subjetividades y “formas nuevas y solidarias de la vida social” caracterizadas por la cooperación; como relata el historiador Ezequiel Adamovsky, los integrantes del *soviet* de Petrogrado alternaban entre llamarse “clase obrera”, “pueblo trabajador” o directamente “democracia” (Adamovsky, 2008: 21).

En un avance de su libro *El alma de Rusia*, Alejandro Castiñeiras, contra las opiniones dominantes del atraso, la barbarie y la ignorancia del pueblo ruso, encontraba, a través de su literatura y de la trayectoria de sus conatos y formaciones revolucionarias desde principios del siglo XIX, una raíz y una práctica democrática que, afirmaba, eran los principales aspectos de la actual revolución rusa, precisamente los que le otorgaban su carácter de revolución y la dotaban de universalidad, destinándola por ello a todos los pueblos:

“Ni la fuerza, ni la brutal imposición, ni el deseo insano de dominio material han preocupado al pueblo ruso, tradicionalmente pacífico, sino democráticos principios de universal confraternidad. Unión de pueblos, unión de iglesias. Y cuando el intenso movimiento revolucionario siembre sus generosos ideales, bien claro deja traslucir que no se limita a una acción puramente nacional o local. Al dar el primer paso, los revolucionarios rusos no olvidan que también en Occidente hay esclavos que redimir. Convengamos, pues, con Anna Kolpínska que en la democracia rusa, el principio de la revolución social eclipsa el de la revolución nacional”.¹²²

¹²¹.- Iaroschewsky, M. (1917), “El espíritu de la revolución rusa”, en *La Vanguardia*, 10 de junio, p. 2.

¹²².- Castiñeiras, Alejandro (1923), “El mesianismo del pueblo ruso”, cit., pp. 77-78.

IV. Sociedad y Cultura

“No puede predecirse qué es lo que emergerá de (la revolución en) Rusia. Tal vez una comunidad verdaderamente socialista, tal vez algo completamente diferente”

Walter Benjamin, carta a Julia Raftoy, 26/12/1926.

Mir, tierra y socialización

En la conferencia que sobre la revolución rusa brindara un todavía entusiasta Antonio de Tomaso el 29 de marzo de 1917 en el centro socialista de la 11ª sección, publicada poco después como folleto por la editorial partidaria, el diputado explicaba que el “problema agrario ruso” no estaba resuelto y tendría “que ser abordado decididamente [por] el nuevo régimen político surgido de esta revolución”, en tanto se trataba de una cuestión central que afectaba a millones de hombres, en un contexto en el cual, como había expuesto Alexinsky, diputado de la Duma, el campesino tenía “hambre de tierra”. Por ello alertaba sobre el próximo derrotero del mundo rural ruso y las razones por las cuales debía disolverse la tradicional comunidad rural campesina, aun cuando “algunos socialistas la hayan mirado con simpatía”, aunque “no los socialistas demócratas, por supuesto”, acotaba rápidamente (de Tomaso, 1917: 22). Quienes creían “que el mir, formado por una colectividad de familias, propietarias en conjunto, de un suelo que no se puede vender y que se reparte periódicamente entre los jefes, de acuerdo con la población aumentada o disminuida del grupo, podía ser la base de un futuro «socialismo agrario»” se equivocaban largamente puesto que, aducía de Tomaso, la comunidad agraria “que quedó en pie después de la abolición de la servidumbre” representaba “un obstáculo para la vida económica y social rusa”, dado que “la futura propiedad colectiva, la propiedad nacional o social del suelo, tiene que estar fundada en otro espíritu y con otros propósitos”, y de ningún modo “edificarse sobre la base de instituciones cerradas y somnolientas que son el resultado de tradiciones seculares” (*ibídem*). Por otro lado, agregaba, “la clase reaccionaria” había basado su propio poder político apoyándose en esa comunidad agraria (*ibídem*), forzando mecanismos de vigilancia entre los mismos campesinos al ser el *mir*

solidariamente responsable del pago de los impuestos, por lo que los “paisanos (...) debían contenerse unos a otros”. De modo que esa solidaridad entre las familias campesinas “que tienen un pedazo de suelo en propiedad colectiva era, políticamente, mala” (*ibídem*). Incluso más allá de las simpatías mayores o menores, o aun de las expectativas que en ella depositaran ciertos socialistas, había otras razones y otras fuerzas de la historia que se ubicaban más allá de las decisiones humanas y que a criterio del diputado sellarían la suerte de la comuna rural rusa. Por eso no dudaba en señalar que “fatalmente, la agricultura tiene que pasar por la fase de la propiedad individual y entrar en la corriente moderna por medio del cooperativismo”, pues resultaría imposible que “mientras el comercio y la industria son revolucionadas por el capitalismo, la agricultura se substraiga a esta ley universal para vivir una vida aparte” (*ibídem*: 28).

Así, tanto desde la consideración de la solidaridad campesina como soporte del poder terrateniente y autocrático, como desde la idea de un tipo de propiedad colectiva que, se lo quiera o no, será disuelta bajo el embate del despliegue capitalista porque constituye un obstáculo a “la vida económica y social”, el juicio sobre la relación entre el mundo agrario campesino y la construcción de una sociedad socialista está, para de Tomaso, además de necesariamente (inter)mediado por el despliegue del capitalismo, sostenido en un pensamiento que estima que no hay afinidades entre ambos órdenes, entre *mir* y socialismo. Es por ello que el rescate de la sociedad rusa de su atraso pasaría por la disolución de esa comunidad rural tradicional —disolución que para el autor estaba produciéndose desde 1905¹— para que pueda entonces emerger una clase agraria de propietarios individuales y autónomos que, a su vez, podrán superar su individualismo ingresando “en la corriente moderna por medio de la cooperación” (*ibídem*).²

Para reforzar su argumentación, de Tomaso se apoyaba en el prefacio a la primera edición rusa del Manifiesto Comunista, publicada en 1882, y al hacerlo exponía su ángulo de lectura. En el cierre de dicho prefacio, Marx se pregunta si la propiedad agraria comunal en Rusia puede ser la base de una forma comunista de propiedad o si está necesariamente condenada a experimentar su final disolución reproduciendo el

¹.- Evidentemente se refiere a las reformas de Stolypin y a la posibilidad de algunas familias campesinas de separarse de la estructura del *mir*.

².- Tiempo después, de Tomaso continuaba con la misma opinión. Citando nuevamente a Alexinsky, sostenía que “la comuna rural (*mir*) es una de las formas más arcaicas que han trabado más de una vez la evolución económica de la aldea”; en de Tomaso, Antonio (1919c), *La revolución rusa y la verdad del Maximalismo*, Buenos Aires, Marinoni, p. 18.

desarrollo histórico occidental, rematando la interrogación con el siguiente párrafo tal como lo transcribe de Tomaso en una nota a pie de su folleto de 1917:

“He aquí la sola respuesta hoy posible: Si la revolución rusa diera la señal de una revolución de los trabajadores en el Occidente (Francia, Alemania, Inglaterra, etc.), de manera que ambas se completen, en ese caso la actual propiedad comunal rusa podrá servir de punto de partida a una evolución comunista” (cit. en de Tomaso, 1917: 28).³

A lo que el diputado socialista añade: “Nótese cuánta reserva hay en este pensamiento de Marx”. Pero, precisamente, el énfasis en las “reservas” marxianas respecto de la comunidad campesina rusa aparta la vista del núcleo fuerte de la pregunta: en este breve pasaje Marx admite que el capitalismo no es una estación obligada para todas las sociedades y a la vez reconoce la *potencia* que se aloja en la comuna rusa como base de partida para una sociedad comunista. Por el contrario, la lectura propuesta por de Tomaso, además de teleológica y etapista, evidencia una *inatención* respecto de la apertura de la historia que podía significar la revolución en Rusia. Una inatención que se manifiesta en la reducción del acontecimiento revolucionario a mero signo de un desarrollo ya sabido y orientado, por lo que sus aspectos, más que disruptivos, actúan como meros símbolos, sin poder verdaderamente activo sobre la historia. El reduccionismo de la *inatención* es doble: ciego a la posible apertura de la historia que la revolución rusa podía propiciar (como ese “punto de inflexión” que la “Rusia Soviética” vaticinaba si no establecía, al decir de Walter Benjamin) e impotente en cuanto a lo que esa revolución, en ese lugar específico, implicaba de desafío a un pensamiento hegemónico de la historia y a su consecuente historiografía.⁴

Desde una perspectiva opuesta a la del socialista, los editores de *Vía Libre* traducen un texto, fechado en Lisboa, de la exiliada rusa Vera Starkoff, en el que la autora recuperaba las expectativas del populismo y del socialismo revolucionario rusos en relación a la *obstchina* como plataforma de pasaje a una sociedad igualitaria.⁵ La fuerza social de la *obstchina* reside, comentaba Starkoff valiéndose de Tchernichevsky,

³.- de Tomaso cita de la edición italiana de las obras completas —para entonces— de Marx, Engels y Lasalle de la editorial Avanti de Milán.

⁴.- La *inatención* no se desvanece con el argumento, más que discutible, de la supuesta desafección campesina con la revolución.

⁵.- Starkoff, Vera (1920), “Los orígenes profundos de la revolución rusa”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, nº 6, marzo, pp. 189-91. Vera Starkoff (1867-1923), seudónimo de una emigrada rusa a París a principios del siglo, quien fuera una importante dramaturga del teatro de “contestación social” o “teatro de combate” de aquellos años, fundadora y activista de las *Universités Populaires*, autora de ensayos literarios y políticos, como *Tchernichevsky* (1910) y *Le Bolchévisme* (1922).

en que los derechos de cada uno a una parte de los campos de la comuna comprometen a todos en “la administración de los bienes comunales”, y más en general, en “todos los negocios de la aldea”, lo que la convierte en “una escuela de confraternidad, al mismo tiempo que una práctica de colectivismo”. Por eso Tchernichevsky —agregaba Starkoff— en respuesta a quienes consideraban a la comuna rural rusa como un estilo típico de las sociedades primitivas, ya muerto, sostenía que era en esas formas primitivas en las que residía el futuro, pues las formas superiores de organización social no eran más que el perfeccionamiento de otras pasadas, arcaicas, a las cuales se volvía. La conservación de esa tradición de trabajo y administración colectivos era la que colocaba a Rusia más cerca del colectivismo que los países aparentemente más avanzados, pues en un tiempo prudencial Rusia podía pasar al socialismo directamente desde la *obstchina*, salteándose la apropiación privada de la tierra.⁶

Con la misma perspectiva que Starkoff, el socialista Alberto Palcos razonaba sobre la multiseccular tradición igualitarista resguardada en “el alma de la nación” rusa. En el *mujik*, decía Palcos, con “su exterior tosco, su humildad y mansedumbre aparentes, su secular ignorancia”, latía no obstante “una noción instintiva y fuerte de la igualdad” que era coextensiva de un profundo sentimiento de fraternidad humana, de modo que acaso fuera el ruso “el único hombre que llama sin afectación «hermano» a otro hombre”.⁷ Contra el sentido común, Palcos destacaba “el carácter postizo y artificial” de la autocracia zarista respecto de “la naturaleza eslava”, que si se sostuvo tanto tiempo fue gracias al recurso sistemático del *knut*. Pero ni siquiera esa “imposición bárbara de la fuerza” pudo destruir completamente esa sensibilidad libertaria del pueblo moscovita, la cual sobrevivió de modo latente para brotar en la hora actual con extraordinario vigor.⁸ Ese sentimiento de libertad permaneció junto a “las costumbres comunistas del *mir*”, institución que la autocracia “disolvió recién en 1905”, al crear una capa de pequeños propietarios agrarios que actuara como baluarte contra el avance de las ideas revolucionarias en el campo. Palcos recordaba que “el genial escritor y economista ruso Chernyshevski”, antes aun de la liberación de la servidumbre en 1861, afirmaba la importancia del *mir* “porque éste carecía de los enormes inconvenientes de la propiedad privada y contenía los gérmenes de una organización socialista superior”, un punto de vista, anotaba Palcos, que “Marx ratificó

⁶.- Starkoff, Vera (1920), “Los orígenes profundos de la revolución rusa”, cit., p. 190.

⁷.- Palcos, Alberto (1919), “La revolución rusa. Su segundo aniversario”, en *Clarín*, n° 5, Buenos Aires, 15 de noviembre, p. 2.

⁸.- *Ibidem*.

en 1882, siempre, agregaba, que «la revolución rusa coincida con una revolución obrera en Occidente».⁹

Entre estas dos posiciones, que enmarcaban y definían la problemática, se desplegaba una gama variada de lecturas. Sin embargo, los intérpretes vernáculos de la revolución debieron evaluar los concretos derroteros de la “cuestión agraria” en Rusia, donde nada se parecía a las previsiones formuladas. De modo que al referirse a la “socialización de la propiedad territorial” del Valle Iberlucea admitía que “la revolución ha destruído los grandes latifundios, los de la burguesía e Iglesia”, entregando la tierra en posesión a los pequeños y medianos campesinos, pues si bien la socialización tiene como meta la propiedad social o colectiva de la tierra, “no todos los fines (...) pueden llevarse a cabo en un día” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920e]: 128). En cambio, lo que el senador socialista ve como un ritmo pautado por los obstáculos, para José Ingenieros es el compás acertado, por lo cual elogia avanzar paso a paso en la socialización agraria, manteniendo la pequeña propiedad o la posesión campesina (Ingenieros, 1957 [1920c]: 126-27).

También Mario Bravo, en su análisis de la Constitución soviética, señalaba que el Congreso de los *Soviets*, entre sus primeros decretos sobre la propiedad de la tierra, había procedido a la expropiación de la gran propiedad territorial y a “la puesta de la tierra a disposición de los comités agrarios y los consejos locales de diputados campesinos”, bajo el principio de que “el goce de la tierra debe ser igualitario, es decir, que la tierra será repartida entre los trabajadores según las condiciones locales de acuerdo con las unidades de trabajo o de consumo”, que “los fundos agrarios serán sometidos periódicamente a una repartición” y que “no se admite el trabajo asalariado” (Bravo, 1920: 26-31). Sin embargo, tras ese texto Juan B. Justo percibía otra situación: esa autorización de “la toma de posesión de los latifundios por los campesinos sin tierra o que no la tienen en suficiente extensión” que la revolución rusa promovió, había resuelto el problema agrario en su inmediatez y de modo superficial, pues “la posesión individual de campos de capacidad productiva muy diferente” volcados hacia “el mercado capitalista” serían “las nuevas fuentes de renta personal” (Justo, 1919: 19). Nuevamente el argumento esgrimido por el jefe del socialismo argentino se afirma en una gradación de posiciones de civilización, donde la forma en que se ha dispuesto

⁹- *Ibidem*. Nótese la lectura opuesta que hace Palcos de la frase de Marx sobre la comuna rural rusa en comparación con la que hiciera de Tomaso, mencionada más arriba.

“groseramente la propiedad colectiva” de la tierra en la Rusia soviética, no habría sido “clara y racional” como para “servir de ejemplo al pueblo trabajador de los países cultos de la Europa central y occidental y de América”; por lo demás, agregaba, lo más probable era que esa “transformación confusa y contradictoria de la propiedad” no fuera a tener más que una vida efímera (*ibídem*: 18). Como contrapunto, ofrecía como espejo en el que mirarse las leyes y promesas de “socialización de la propiedad” que había puesto en debate la revolución alemana, pues testimoniaban que “la madurez política de la clase trabajadora consiste en poder modificar las relaciones de propiedad por vía legislativa o gubernativa” a la vez que se elevaba “el nivel técnico-económico del país” o al menos no se lo deprimía (*ibídem*: 18). La valoración del líder socialista respecto de la “solución empírica del problema agrario ruso”, solución “incompleta y provisoria”, se afirma en un punto de vista dominado primero por la idea de la producción y que en segundo término estima el tipo de relaciones sociales que la viabilizan, una perspectiva que podría ser aceptable para determinados contextos capitalistas pero que elidía la verdadera problemática rusa.¹⁰ De Rusia no podían extraerse lecciones, argüía Justo, para un socialismo internacional que abordaba desde hacía tiempo “la cuestión agraria en el mundo capitalista entero, más desarrollado en general y más culto que Rusia” (*ibídem*).¹¹ Dos años después, Justo ampliaba sus valoraciones sobre esta temática. En una conferencia en Rosario explicaba a la concurrencia que “[l]os hechos de la revolución rusa han venido a demostrar lo fundado de nuestro programa”, el cual había antes expuesto en torno a una política de impuestos progresivos, dado que “[a]quella brusca toma de posesión del suelo agrícola por los campesinos ha mejorado la situación de los más pobres de éstos, pero es una causa de hambre para la población de las ciudades”.¹² El “egoísmo de propietarios” de los campesinos, “deseosos de vender sus cosechas en el mercado abierto”, especulando con los precios y la escasez, “entregando

¹⁰.- No obstante, también hay que señalar que Justo percibía con agudeza los problemas de la nacionalización de la tierra en Rusia cuando, partiendo de la idea de que en la actualidad la propiedad colectiva o social de la tierra era incompatible con las formas vigentes de trabajo agrícola, consideraba que los resultados efectivos de la nacionalización habían consistido sobre todo en la apropiación individual de la tierra; igualmente, la lucidez del señalamiento no termina de invertir la preeminencia de la capacidad productiva en relación a las relaciones que la sustentan; cfr. Justo (1919).

¹¹.- La crítica de la nacionalización de la tierra en la Rusia revolucionaria tiene, además, otro fundamento: el resguardo de la política agraria del socialismo argentino, tanto en su defensa del impuesto a la renta de la tierra como en su fomento de los emprendimientos cooperativos. Por otra parte, en este texto Justo relaciona la “cuestión agraria” vinculada al tema de la propiedad —sin detenerse en la potencial relación entre comuna rural y transición al socialismo— con el tema de la productividad, cuestión sobre la que volveremos más adelante.

¹².- Justo, Juan B. (1921), “La cuestión agraria. Aspectos de la revolución rusa”, en *La Vanguardia*, 4 de marzo, pp. 1-2.

de mala gana las contribuciones de grano exigidas por el gobierno de los soviets”, “no comprendiendo que, además de la remuneración de su trabajo, en el producto de sus parcelas hay un excedente de valor, de origen social, que deben, por lo tanto, a la sociedad” y por lo tanto reduciendo la superficie de cultivo, provocaban una caída productiva y el hambre en las ciudades.¹³ Justo pensaba saldada, de este modo, la discusión en torno al lugar de la comuna campesina.

Las intervenciones de Justo reflejaban, por lo demás, los dos aspectos de la discusión: las actitudes de los campesinos para con la revolución y el carácter de la revolución —en los primeros tiempos en torno al modo de apropiación o posesión de la tierra, y posteriormente en relación a la Nueva Política Económica. Cuando *Documentos del progreso* publica, de modo resumido, los que consideraba los principales puntos de la ley de nacionalización de la tierra —que se trata de tierras entregadas “en usufructo y no en propiedad”, que se estimulan “las explotaciones cooperativas (...) con preferencia a las explotaciones individuales”, y que “en cierta forma, la renta íntegra del suelo pasa a la colectividad, pues se confisca en su beneficio (...) el producto o excedente de lo considerado necesario para la subsistencia”— manifestaba de ese modo algunos de los ejes sobre los que se discutía.¹⁴ Incluso varios años después, en 1927, Juan José Díaz Arana, en una conferencia que se publicó en la socialista *Crítica Social* polemizando con un artículo de Lugones en *La Nación* del 13 de diciembre del año anterior en el que el escritor y poeta sentenciaba el fracaso del colectivismo, evaluaba positivamente el nuevo régimen de propiedad y posesión de la tierra, pues no se había vuelto al régimen de propiedad privada, aun cuando era exacto decir que bajo la NEP había “una especie de posesión prolongada y más o menos completa sobre la tierra que trabajan, asemejándose mucho a la propiedad”; pero aún siendo prolongada y cuasi completa, en todo caso era una suerte de “propiedad limitada a la capacidad de trabajo de los usufructuarios”, y ésta era “una innovación profundamente revolucionaria”.¹⁵

Poco antes, la misma revista socialista, *Crítica Social*, había publicado un texto de Julio Álvarez del Vayo que describía la difícil “concientización” y educación del

¹³.- *Ibídem.*

¹⁴.- “La obra constructiva en Rusia. Ley fundamental de socialización de la tierra” (1919), en *Documentos del progreso*, nº 4, 15 de septiembre, pp. 8-12.

¹⁵.- -Díaz Arana, Juan José (1927), “La situación del capital extranjero en Rusia”, en *Crítica Social*, nº 31, Buenos Aires, 31 de marzo, p. 8. El resto del artículo es una elogiosa descripción, basada en el informe de los diputados del conservadurismo inglés, de la condiciones económicas, sociales, sanitarias, educativas, y de la situación general en la que se encontrarían los obreros y campesinos en la Rusia soviética; cfr. pp. 9-10.

campesinado ruso, apegado a sus tradiciones y distante de las ideas comunistas. Los *mujiks*, comentaba el español, estaban algo mejor que bajo el zarismo, pero igualmente exhibían su malestar con el régimen soviético, al punto que “el descontento de la masa rural” se traducía “en formas bien sangrientas”, como “los asesinatos de *solkas*, oficialmente corresponsales de periódicos soviéticos, pero en la práctica agentes del Estado, encargados del contralor y de la delación”.¹⁶ En la entrevista que le hiciera Renato Arcos, el pedagogo Pablo Birukoff ya había señalado que “como resulta difícil imponer bruscamente a un pueblo entero el régimen comunista, el gobierno se esfuerza en ayudar a todas las asociaciones comunistas existentes a objeto de atraer con ejemplos alentadores el mayor número posible de conciudadanos”; y específicamente sobre la relación con los campesinos, explicaba que se buscaba “instalar en cada aldea una comuna agrícola modelo, con el exclusivo objeto de demostrar (...) que el trabajo colectivo es mucho más provechoso que el trabajo aislado”, aunque la principal dificultad, agregaba, es que esa iniciativa requería “reunir muchos hombres conscientes y convencidos, los cuales son más bien raros”.¹⁷

Tanto la entrevista a Birukoff de 1919 como el texto de Álvarez del Vayo que reproducen los socialistas de *Crítica Social* a fines de 1926, presentan la crítica tensión entre el mundo agrario y el poder bolchevique, una tensión que, según los enfoques, tenía derivas y fundamentos distintos. Así, para Álvarez del Vayo, la última legislación soviética sobre el régimen de tierras abría el camino para que el campesinado se volcara a la empresa privada; si antes debía “elegir entre seguir formando parte de la vieja comunidad (*mir*) o asociarse con otros campesinos en una especie de núcleo comunista, o cultivar la tierra por su propia cuenta”, sin poder vender tierras que eran de propiedad estatal, la riesgosa novedad era que ahora “la nueva legislación autoriza los contratos particulares de trabajo”, es decir, que una fracción del campesinado podía convertirse en acaparadora de tierras y empleadora de mano de obra asalariada.¹⁸ Si bien el español apuntaba que, significativamente, Kalinin y Rykov se negaban a hablar de *kulaks* en relación a cualquier campesino que “por su propio esfuerzo y trabajo” hubiera alcanzado “un relativo bienestar”, al hacerlo daba cuenta de un debate que los comunistas argentinos presentaban a través de un texto de Iurii Larin, levantado del

¹⁶- Álvarez del Vayo, Julio (1926), “La conquista política del campo en la Rusia de los Soviets”, en *Crítica Social*, n° 25, 30 de septiembre, p. 14.

¹⁷- Arcos, Renato (1919a), “En la República de los Soviets. Una entrevista con Pablo Birukoff”, II, en *La Vanguardia*, 1° de agosto, p. 1.

¹⁸- Álvarez del Vayo, Julio (1926), cit., p. 15.

Pravda, que sitúa el conflicto posterior a la guerra civil como un enfrentamiento entre el proletariado y una recompuesta burguesía comercial y agraria, donde el primero desplegaba sus estrategias a fin de ganar al campesinado para su política, demostrándole la conveniencia de comerciar directamente con el Estado —con las empresas nacionalizadas— en lugar de recurrir a los intermediarios, esos fortalecidos comerciantes burgueses. Estrategia proletaria hacia el campesinado que, para Larin, tenía tres aspectos: una política de “amistad” con el campesinado más rico mientras se mantiene la alianza con el pequeño y se convence al mediano de las ventajas del régimen soviético en relación a su situación en tiempos del zarismo tanto en términos de explotación del trabajo como de nuevo acceso a productos manufacturados.¹⁹ Lejos aun de la colectivización forzosa, la inicial discusión acerca de la relación entre *mir* y socialización se había desplazado a la comprensión de los concretos caminos por los cuales una revolución bajo mando bolchevique podía sostener su alianza con un campesinado movilizado por sus propios intereses y que había realizado enormes sacrificios durante la guerra civil y aportado innumerables activistas al proceso revolucionario y a los ejércitos revolucionarios.

En cuanto a los fundamentos o las causas por las cuales el poder bolchevique y el campesinado se enfrentaban más o menos abiertamente, Antonio de Tomaso sostenía, en 1919, que, como había anticipado en textos anteriores, el decreto de abolición de la propiedad privada de la tierra —exceptuando las propiedades nobiliarias y eclesiásticas— era “papel escrito”, pues había sido “el reparto de hecho” en cada localidad la verdadera norma, un movimiento desde abajo, iniciado por los soldados insurrectos que regresaban del frente. Y agregaba: “Marx dijo: expropiad a los expropiadores. Lenin ha traducido esa forma en lenguaje popular diciendo: robad a los que han robado”. El problema, para de Tomaso, no estaba ni en la afirmación marxiana ni en su traducción leninista, sino en la lectura que de ella hicieron “los paisanos rusos”, honestos pero brutos —para el autor— quienes “entendieron el reparto en la forma más primitiva: cuando en un castillo de campaña encontraban un piano, lo partían a hachazos, y cada uno tomaba una parte para leña” (de Tomaso, 1919: 40).²⁰

Esta “barbarización” de los campesinos que enuncia de Tomaso no está muy alejada del tratamiento que muchos de los comentaristas realizaban de la experiencia

¹⁹.- Larin (1922), “Las capas sociales en la revolución rusa”, en *La Internacional*, 15 de enero, pp. 1 y 6.

²⁰.- Significativamente, de Tomaso elige para su “ejemplo” un objeto-signo que daba cuenta material de la forma que asumía la dimensión espiritual del hogar burgués; cfr. Hobsbawm (1998 [1975]: 241).

makhnovista. Sin detenernos aquí en los análisis dedicados a dicho movimiento en la prensa de izquierda rioplatense es de todos modos importante señalar el abanico de lecturas y valoraciones que provocara, en tanto atañe a la capacidad transformadora de ciertas subjetivaciones emergentes de la trama de relaciones sociales agrarias que tenía al *mir* como uno de sus nudos.²¹ Estas experiencias revolucionarias campesinas se sitúan como contrapunto constituyente al poder en vías de constitución o ya constituido del Estado bolchevique.²² De tal modo, un punto de vista reproduce las críticas del poder bolchevique a la *Makhnovshchina* denominando a su líder como ladrón y al movimiento como delincuencial.²³ Un tratamiento de Makhno y las guerrillas campesinas como movimiento contrarrevolucionario es el que le dedica José Vidal Mata en la quinta parte de su *La verdad sobre Rusia* (Vidal Mata, 1930: 94-104). Más medidas son otras intervenciones que no dejan de reconocer en estos movimientos campesinos una dimensión revolucionaria.²⁴ En las páginas de *La Vanguardia* se preguntaban “¿Cómo puede creerse que un ejército de campesinos se haya aliado con un ejército de oficiales? Sea cual fuere el odio de Makno por los bolshevikis, por odioso que le parezca el sistema de los comisarios del pueblo, él, como jefe de un ejército de campesinos, no puede volverse el subalterno de un general en jefe del ejército de los propietarios contra los cuales su ejército llevó hasta ahora una lucha implacable”.²⁵

²¹.- Un análisis más detenido de cómo era interpretado el movimiento liderado por Nestor Makhno implicaría dedicarle en este trabajo un apartado específico que, si bien relacionado con la temática de la presente sección, se relacionaría con otros aspectos abordados en el capítulo II de la tesis.

²².- Debe tenerse en cuenta que muchas de estas experiencias no cuajan en estructuras de poder constituido permanentes. Sean las variadas formas insurreccionales de los campesinos de Ucrania como la de los del Volga, en ellas predomina una estructura en estado de fluidez, con elementos más fijos (como ciertos grupos de la caballería) y otros que se conforman en función de las acciones; podríamos, usando libremente la categoría de Koselleck, pensarlas como estructuras *in eventum*, y por ellos resistentes a todo poder constituido y disciplinar, similares en esto a los *soviets*. Guerrillas y ejércitos voluntarios, que en algunos casos, se apoyan en antiguas formas de rebeldía primitiva (Hobsbawm *dixit*) como los *bossiakis* (partidas de bandoleros rebeldes bastante típicas en el paisaje ucraniano prerrevolucionario), o que actúan en la noche mientras en la vigilia se comportan como tradicionales campesinos. Cfr. Archinoff (1973), Volin (1977), Zdrojewski et. al. (2006).

²³.- Las acusaciones a la *Makhnovshchina* aparecen, en general, como subtítulos o acotaciones mientras se hace referencia a otras problemáticas de la revolución rusa, pero sin adentrarse en un análisis en profundidad. Por ejemplo, véase “De la agencia Rosta” (1921), en *La Internacional. suplemento*, n° 2, Buenos Aires, 22 de agosto, p. 16, donde la *makhnovshchina* es designada como bandidismo sin mayores explicaciones; o Ghioldi, Rodolfo J. (1922), *Impresiones de la Rusia de los Soviets*, entrevista, en *Revista de Filosofía*, n° 1, Buenos Aires, enero, pp. 142-45 (publicado originalmente en *La Internacional*, Buenos Aires, 26 de noviembre de 1921), donde el dirigente comunista alinea en el mismo bando contrarrevolucionario a los kadetes, Majnó y los insurrectos de Kronstadt.

²⁴.- Pharos (1922), “Makno visto desde la cárcel Modelo”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 12 de junio, p. 2.

²⁵.- “Makno, ¿Cooperando con Wrangel? Su acción como revolucionario” (1920), en *La Vanguardia*, 12 de junio, p. 1. Es cierto que el artículo está levantado de *Pour la Russie Libre*, y tiene claras intenciones anti-bolcheviques, pero lo que interesa retener aquí es el argumento de la irreductibilidad de esta

Finalmente, entre aquellos que recuperan la experiencia de la *Makhnovshchina* como genuino movimiento revolucionario desde abajo, autonomista y federativo, cabe destacar los textos de Anatol Gorelik y Rudolf Rocker²⁶, los cuales fueron parte de una gran esfuerzo por parte de la prensa libertaria para dar a conocer estos otros aspectos de la “revolución rusa” y del rol revolucionario de las masas campesinas más allá de octubre de 1917.²⁷

Modernización, productividad y trabajadores en el socialismo

Para quienes como Palacios con la revolución soviética se iniciaba la implantación del socialismo frente a “la bancarrota del capitalismo”, el “experimento ruso [sacaba] el socialismo de la teoría, para aplicarlo”, una tarea que consideraba “formidable” y que no podía detenerse en su etapa destructiva, “esa faz negativa, importante no hay duda, pero no la fundamental”. Se requería “la faz positiva” que, sostenía, se había iniciado ya, en la cual la tarea consistía en “reconstruir, restaurar la producción” (Palacios, 1921: 41). Pensaba que gran parte de la revolución se jugaba en la competencia directa del naciente socialismo con el capitalismo en el terreno de la producción: “Creo con Kautsky, que si los revolucionarios rusos no pudieran probar que son más aptos que el capitalismo para realizar esa tarea, habrían perdido la partida” (*ibídem*). Y los editores de *La Internacional* parecían complementar estas afirmaciones al poner esta carrera por la producción, la modernización y la productividad en términos cuantitativos: “Antes de la guerra, había en Rusia tan sólo 250 usinas eléctricas. Ahora hay 660, de las cuales 189 han sido construidas durante la revolución, 100 durante el

experiencia autonomista y campesina a una acción contrarrevolucionaria o a una mera acción bandolera, sino que se le reconocen atributos específicamente políticos.

²⁶.- Rocker, Rudolf (1921e), “El problema ruso. V. Conclusión”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 13 de diciembre, pp. 3-4; Gorelik, Anatol (1924), “El movimiento revolucionario de las masas en Ucrania”, Buenos Aires, Biblioteca de La Palestra de *Tribuna Proletaria*, año II, n° 18, junio, reproducido en Gorelik (2007: 143-169). Véase también “Makno y la aplicación de los principios anarquistas en Ucrania” (1920), en Rocker, R.; Goldman, E.; Berkman, A.; Kropotkin, P. et al., ¿*Soviet o dictadura?*, Buenos Aires, Argonauta, pp. 29-32.

²⁷.- “Por la libertad contra la dictadura. El «bandido» Makhno. Su papel en la revolución rusa. Calumnias bolcheviquis” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de septiembre, p. 2; Souchy, A. (1921), “Makno”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 28 de septiembre, p. 3; Souchy, A. (1921a), “Makno”, conclusión, en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de septiembre, p. 3; “Para la historia del movimiento maknovista en Rusia. Llamado del regimiento de defensa 552 al ejército rojo” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 20 de noviembre, p. 3; “Para la historia del movimiento maknovista en Rusia. Un manifiesto del compañero Mackno a los obreros y campesinos de Ucrania” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 27 de noviembre, p. 4. La reproducción de artículos sobre el movimiento ucraniano en las páginas del Suplemento de *La Protesta* es constante entre 1922 y 1924, donde se publican, por ejemplo, las cartas de Volin.

año 1920 y 39 en los primeros tres meses de este año”.²⁸ En una misma línea argumental, los comunistas José Penelón y Juan Greco pintaban imágenes de progreso en el campo, el cual —decían— hallaba su fuerza motora en el proletariado industrial, de modo que con la revolución los campesinos —hasta entonces pequeñoburgueses y atrasados— habían visto “por primera vez los tractores, proyectores, camiones y verdaderas pequeñas usinas eléctricas ambulantes” que comenzaban “a familiarizar a las masas campesinas con la electricidad”.²⁹ Lo cual, enfatizaban, había conducido al aumento de la producción agraria. Y es que a diferencia del período “de «comunismo militar» [que] exige una acción directa contra la burguesía”, desde el fin de la guerra civil se había abierto una etapa “de «reconstrucción económica»” que “obliga[ba] a aprovechar al capitalismo para acelerar la edificación comunista”.³⁰

Evidentemente la modernización y la construcción económica eran vistas como un territorio en competencia con la moderna economía capitalista; disputa “obligada”, al decir de Penelón y Greco. Pero en la “obligación” de librar esa batalla el territorio del conflicto aparece, entonces, ya trazado, y de allí que esa competencia se establezca en los términos de la medida (cuántas usinas, cuántas nuevas plantas industriales, cuántas nuevas escuelas, etc.), que son los parámetros de la sociedad burguesa. Por eso no se trata de ejercicios meramente descriptivos sino, además, valorativos; de unos valores que naturalizan ciertos objetivos como aspectos inmanentes de una felicidad ya concebida. Aunque en algunos casos se hiciera hincapié en el hambre y en la destrucción del aparato productivo de antes de 1914, destacando la devastación de casi ocho años de guerra ininterrumpida, con su desolador saldo de muertos y heridos y el agotamiento físico y psíquico de la mayor parte de los que sobrevivieron, muchos de los intérpretes rioplatenses, como los ya mencionados, argumentaban los perfiles de la “reconstrucción” de la economía y la sociedad en la desde entonces Unión Soviética

²⁸.- “El progreso de la Electricidad” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, n° 12, Buenos Aires, 30 de octubre, p. 6. El artículo se completa con una descripción de los lugares donde han sido emplazadas las nuevas usinas, y un registro de la terminadas, las iniciadas, las proyectadas, etc.

²⁹.- Greco, Juan y Penelón, José (1923f), “La conferencia de los compañeros Penelón y Greco. Impresiones de los delegados argentinos a la Rusia de los Soviets”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 2 de marzo, p. 2. Una descripción idealizada de la relación con el campesinado, extirpada de toda compulsión y articulada en torno a una suerte de “modernización” (utilización de maquinaria moderna, molienda centralizada, etc.) a través de los *sovjoses*, en Alexandrovsky, Komin (1921), “Impresiones de un viaje a la Rusia soviética”, Buenos Aires, *La Internacional*, pp. 20-21.

³⁰.- Greco, Juan y Penelón, José (1923i), “La conferencia de los compañeros Penelón y Greco. Impresiones de los delegados argentinos a la Rusia de los Soviets”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 5/6 de marzo, p. 2. Un par de años antes, en *Cuasimodo* se publica un discurso de Lenin en el que el dirigente bolchevique se explayaba sobre el taylorismo y definía a la revolución rusa como *soviets* más electrificación; cfr. -“Lenin habla sobre la marcha de los asuntos en Rusia” (1921), en *Cuasimodo*, n° 15, 2° decena de abril, pp. 19-22.

bajo el signo de una industrialización y una modernización que no parecieran diferenciarse de las que acompañaban el desarrollo capitalista. Y es que, como señalaban Penelón y Greco, se trataba de “aprovechar al capitalismo”, una instrumentalización que estaría al alcance de la “edificación comunista”. Ingenieros comentaba con aprobación que en “muchos establecimientos nacionalizados el salario diario o semanal había cedido su lugar a una modificación del sistema de trabajo por pieza, o sea una escala de salarios que estimulaba la productividad y recompensaba la eficacia” (Ingenieros, 1957 [1920c]: 120).³¹ Y mientras Juan B. Justo sostenía, taxativamente, que “[t]oda reforma o revolución de la propiedad que se traduzca en la desorganización y menor productividad del trabajo, será prematura, opuesta al bien del pueblo trabajador y sin consistencia” (Justo, 1919: 18), Alfonso Goldschmidt, relatando su visita a los establecimientos textiles Glawk, refería que los dirigentes gremiales le “expusieron la política de tarifas y la de los jornales de premio”, la “larga escala de jornales superiores destinados a premiar el esfuerzo y el ingenio obrero”, de modo que “el soviét *tayloriza*, por así decirlo, las capacidades obreras”, lo cual le causó una grata impresión porque “allí reinaba un orden ejemplar, una distinción jerárquica, muy conveniente, y una loable voluntad y organización” (Goldschmidt, 1923: 209-10).³²

De todos modos, no era la conciencia relativa a la difícil situación de la Rusia revolucionaria y de los enormes obstáculos para lograr los mínimos abastecimientos para el pueblo de las jóvenes repúblicas soviéticas la que sustentaba las reflexiones sobre la necesidad de recurrir a métodos y lógicas propios del capitalismo que se combatía. Los enfoques que destacaban la electrificación, la introducción de maquinaria agrícola, la construcción de nuevas unidades industriales o el aumento de la productividad del trabajo, presentaban la industrialización y la modernización como si fueran en sí mismas la socialización, enfatizando el lado productivista de la técnica y entendiendo a ésta como dominio de la naturaleza, y como desarrollo de unas fuerzas

³¹.- La información la tomaba del texto de Humphries, “El andamiaje de la Nueva Rusia”. Por su parte, Komin-Alexandrovsky, luego de mencionar que “hacia fines de 1920 se comprueba un gran progreso en la producción industrial”, afirmaba que “en este progreso desempeña[ba] un importante papel el sistema de trabajo empleado (encargo de producir una cantidad determinada en un tiempo dado)” y que las labores “ordenadas por un Consejo especial del trabajo y de la Defensa”, eran realizadas por los trabajadores “con un exceso del 40 o 50% sobre la tarea asignada”, una prueba, a su criterio, que el proletariado ruso “a pesar de todas las dificultades y privaciones” tenía clara conciencia de que “el resurgimiento económico del primer Estado obrero existente en el mundo” dependía enteramente de sí mismo, ejemplo de lo cual eran asimismo “los «sábados y domingos comunistas» (...) días de trabajo voluntario y horas extraordinarias” que no se cobraban, en Alexandrovsky, Komin (1921), cit., p.18.

³².- Y agregaba: “El trabajo ruso ha de ser germanizado. Mientras eso no suceda, el trabajo en Rusia no rendirá lo que debe rendir” (Goldschmidt, 1923: 212).

productivas que eran así “naturalizadas”. El paso acelerado a fin de superar al capitalismo en el dominio de la producción y aun el aprovechamiento del capitalismo parecían eludir la pregunta por las diferencias entre una modernización capitalista y una socialista, rindiéndose a una supuesta instrumentación de las formas productivas del capital como si se tratara de aspectos neutros.

Detrás de la sorpresa ironista y el disgusto manifiesto con que Antonio de Tomaso estimaba el más extenso debate “sobre la socialización en Rusia” que el que tenía lugar en relación a las políticas socialistas en Alemania, está esa suerte de identidad entre modernización y socialización. Pues son las condiciones diferenciales de una y otra región anteriores a los regímenes inicialmente democráticos que surgían “a raíz del desastre militar”, argumentaba el diputado, las que posibilitaban o dificultaban su “socialización”, es decir, su adecuación a los parámetros de las modernas sociedades de Occidente. Así, continuaba, sería más apropiado hablar de socialización en Alemania que en Rusia, pues mientras ésta debía carearse con su atraso (analfabetismo, latifundismo, escaso desarrollo industrial y urbano, ausencia de tradición política democrática, corrupción), Alemania podía marchar por la senda socializadora gracias a su “educación política”, al hecho de ser “una nación industrial con muchas y grandes agrupaciones urbanas”, a que “la tierra está dividida” y a que “el dominio político de los propietarios prusianos se fundaba en un voto de clase que se corrige con una simple ley electoral” (de Tomaso, 1919: 114-114). Así entendida, se trata de una socialización que es adecuación al modelo occidental de representación política y desarrollo económico e industrial.

¿Cómo se diferencia una industrialización socialista de una capitalista? ¿Cómo se piensa la “maquinización” del trabajador en un orden que aspira al socialismo? En 1925 los editores de la *Revista de Oriente* publicaron un informe sobre el Instituto de Trabajo Científico de la URSS realizado por el secretario general de la Federación Belga del Vestido, el cual era calificado como una de las creaciones más interesantes de la revolución dado que, argumentaba el autor, no podría existir en el régimen capitalista porque “su objeto es investigar los métodos de trabajo que den el máximo rendimiento con un mínimo de esfuerzo para el obrero”.³³ Según el informe, “las investigaciones se hacen para todas las industrias y como base de sus operaciones se hallan la salud y el interés del obrero”, por lo que se trataría de “una transformación del taylorismo,

³³.- “El Instituto de Trabajo Científico es una de las grandes creaciones de la Revolución” (1925), en *Revista de Oriente*, n° 3, Buenos Aires, agosto, p. 30.

tomando ante todo en consideración el elemento humano”.³⁴ Sin embargo, esta suerte de correctivo *humanizante* a fin de contar con un *taylorismo socialista* —es decir, con un “trabajo científico” socialista— no parece diferenciarse del taylorismo a secas. No sólo porque se lo evalúa por ciertos resultados: “a consecuencia del mejoramiento de los métodos de producción investigados por este Instituto para los sastres, la producción en las usinas del vestido ha aumentado, en varios meses, en un 20%”.³⁵ También por cómo se entiende la *humanización* del método:

“...para los golpes de martillo. Los movimientos del brazo se enseñan metódicamente, y el alumno (...) ve su brazo ubicado en un aparato, y al martillo que tiene en la mano se fija un aparato mecánico que hace seguir al brazo el movimiento necesario (...) Otro aparato indica la rapidez y la presencia de espíritu del paciente. Esas experiencias se relacionan con la vista, con el oído y con el tacto. Se calcula el tiempo que necesita el espíritu o sistema nervioso para comunicar la acción a los músculos (...) se establecen igualmente la fuerza del golpe de martillo y la duración del movimiento...”³⁶

La “humanización” del taylorismo aparenta residir en la disminución del trabajo como instancia penosa. La consideración del obrero manual o intelectual radica en la reducción del tiempo de ejecución de una tarea penosa, que da pena y es una pena, un castigo. ¿Pero acaso el socialismo no debe transformar el trabajo, de una tarea penosa en una actividad placentera, parte de la felicidad, en tanto ya no se trataría de trabajo alienado? La maquinización que el informe del dirigente belga refiere consiste en una automatización del cuerpo del trabajador, el cual aparece *inscripto* en la máquina, cuerpo maquinizado y sometido al ritmo del dispositivo productivo; y no sólo su cuerpo, sino también su psiquis pasa a ser evaluada y establecida por “otro aparato” que mide “la presencia de espíritu del paciente”.³⁷ Sin diferencia con el trabajo de la fábrica capitalista, aquí también los obreros aprenderían movimientos uniformizados y automatizados, diseñados y ejecutados maquínicamente: “al martillo que tiene en la mano se fija un aparato mecánico que hace seguir al brazo el movimiento necesario”, informa, en la cita transcripta, el dirigente belga. Ni el informante ni los editores dan cuenta del dispositivo de enajenación del saber obrero por medio de su “maquinización”, de esta específica relación entre medios técnicos y subjetividad: como con el Carlitos-obrero de *Tiempos modernos*, la mimetización del trabajador con el proceso de producción y con la máquina es, al decir de Susan Buck-Morss, la inversión

³⁴.- *Ibidem*.

³⁵.- *Ibidem*.

³⁶.- *Ibidem*.

³⁷.- *Ibidem*. Atiéndase al lenguaje médico.

dialéctica del sistema estético, entendido éste como sistema cognitivo, por lo que “las facultades sensoriales cambian: de estar *en contacto* con la realidad pasan a ser un medio de bloquear la realidad”, convirtiéndose en anestético (Buck-Morss, 2004: 125). Es la contracara de lo que Benjamin denominaba “inervación” para referirse a un tipo de recepción sensible del mundo exterior que es fortalecedora de la capacidad cognitiva e imaginativa del sujeto. La réplica del sistema fabril capitalista, y de su organización científica, paraliza la imaginación del obrero, cuyo trabajo es reactivo a la experiencia al sustituirse la memoria por la respuesta condicionada, el aprendizaje por un ejercicio que (se) atrofia y la habilidad por la repetición (*ibídem*).

Aun así, queda un margen de lectura para este informe que publica la revista: en el contexto del mundo del trabajo rioplatense, esta “maquinización” que supuestamente ahorraría tiempo y esfuerzo proletario podía ser presentada desde su lado progresivo y como promesa redentora, esto es, contrastando con las penosas formas del trabajo en estas latitudes. De allí ciertas imágenes de logros técnicos y mundos de vida que alimentaban una promesa optimista de una sociedad de masas que hubiera superado la escasez material y transformado la realidad y la naturaleza en beneficio de la vida colectiva, como las fotografías que publicaba *Revista de Oriente* en las que se reproducen dos escenas de la carrera de automotores de Moscú al Cáucaso y en las que se observan los camiones de fabricación soviética, y cuyos epígrafes nos informan: “Camión de fabricación rusa marca «Amo» que llegó primero en su categoría”.³⁸ Imágenes de una nueva sociedad de abundancia, o al menos de plenitud: en otro montaje de la sección “Noticias Gráficas de Rusia”, una fotografía de “los cargadores de Nizhni-Newgorod” descargando bolsas luce contigua a otra en la que los jugadores del “Primer Match de Water Polo en Moscú” descienden por las gradas atestadas de un público numeroso que se prepara para disfrutar el espectáculo.³⁹ Un procedimiento de montaje que se repite: una imagen fotográfica capta el momento en que se realiza la “[i]nscripción de obreros y campesinos en la Universidad de Swerdloff”; a su lado se muestra una sección del “Palacio Arzobispal de Kazón convertido hoy en un gran taller de carpintería”, y en la parte inferior de la página diversas imágenes “tomadas por aficionados en la Rusia de los Soviets” captan momentos deportivos, artísticos o de

³⁸- “Noticias Gráficas de Rusia” (1925b), en *Revista de Oriente*, nº 5, Buenos Aires, noviembre, p. 11.

³⁹- “Noticias Gráficas de Rusia” (1925a), en *Revista de Oriente*, nº 4, Buenos Aires, octubre, p. 11. Tanto la fábrica de automotores AMO como la de Nizhni-Novgorod se construyeron con el modelo de la de Highland Park de la Ford Motor Company (Susan Buck-Morss, 2005: 223-24).

simple esparcimiento en la costa marítima o en un día de picnic en las que los cuerpos de varones y mujeres aparecen liberados de dispositivos técnicos y en una relación placentera con el mundo.⁴⁰

“Sobre la llanura ilimitada de la estepa avanza el arquetipo de productor libre...” reza el epígrafe de una fotografía cuyo primer plano muestra a un trabajador agrícola, con gorra y gafas, manejando un tractor, seguido de otro en segundo plano; la imagen se inserta, junto a muchas otras, en el libro de José Vidal Mata, *La verdad sobre Rusia*, publicado en Buenos Aires en 1930 y resultado de su estadía en tierras soviéticas como delegado de la Alianza Libertaria Argentina (Vidal Mata, 1930: 184). Se trata de vistas similares a la que años antes proponía, como se ha visto, la *Revista de Oriente*. Diez tractores John Deere con la leyenda “Made in USA” son fotografiados en línea en una toma en picado; el epígrafe añade a una imagen elocuente del progreso y la modernización: “...Tractores que semejan batería de obuses, listos para la batalla del pan...” (Vidal Mata, 1930: 189). Otra fila de tractores en otra imagen fotográfica, pero ahora se trata de “tractores fabricados en la fábrica «Putiloff», listos para ser enviados a comunas y estancias soviéticas” (*ibidem*: 111). Estas representaciones actúan como concreciones del sueño liberador, y como afirmaba el prologuista del libro de Vidal Mata, el también “anarco-bolchevique” Santiago Locascio, acercan a los trabajadores de la región rioplatense “ese mundo nuevo que se gesta cauteloso y vitalmente, síntesis de un futuro próximo y por el cual millones de almas generosas ofrecerán su vida para el florecimiento del mundo que nace” (*ibidem*: 5).

La Revista de Oriente publica, entre un conjunto de fotografías sobre Rusia⁴¹, la de un joven trabajador que posa sonriente, el apolíneo torso desnudo y una pipa en la boca, sentado y medio inclinado sobre su lado derecho, el antebrazo apoyado sobre su pierna en una pose relajada, con el epígrafe siguiente: “Estudiante del Colegio de Trabajadores de Leningrado en un hotel de vacaciones”.⁴² Una entre varias imágenes que contrastan dramáticamente con las que dos páginas más adelante se publican en el mismo número de la revista: en una de ellas, una mujer joven y sus pequeños aparecen como otros restos, indiferenciados de las ruinas y despojos que se acumulan en una sección de un patio de conventillo; en la otra, cuatro pequeños niños malamente

⁴⁰.- “Noticias Gráficas de Rusia” (1926), en *Revista de Oriente*, n° 9/10, Buenos Aires, septiembre, p. 11.

⁴¹.- Trotsky llegando al Congreso de los Soviets, una manifestación japonesa en Moscú en repudio a los sucesos de Shanghai, la delegación franco-belga posando frente al hotel en Moscú, la estatua ecuestre de Alejandro III en la Plaza de la Revolución de Leningrado intervenida con una leyenda. Cfr. “Noticias Gráficas de Rusia” (1925), en *Revista de Oriente*, n° 3, Buenos Aires, agosto, p. 11.

⁴².- *Ibidem*.

vestidos y una joven pareja de trabajadores se reúnen en torno a una mesa apenas habitada por sus tazones de sopa y un pan. Los epígrafes refuerzan el sentido: “El patio inmundo del conventillo donde juega el niño mientras la madre trabaja en la fábrica”; “Las piezas del conventillo donde se crían los niños en un ambiente nocivo”.⁴³ En estas imágenes se muestra Buenos Aires.

Aquí, imágenes de la pobreza y el desamparo; en la Rusia de los Soviets, imágenes de una vida liberada y plena, abundante y gratificante, aun en el esfuerzo. Imágenes que colisionan.

Pero casi no se publican imágenes del trabajo fabril; apenas alguna del trabajo intelectual o agrícola —la citada del tractorista, la de una mujer ordeñando (Vidal Mata, 1930: 221), la de un grupo de veterinarios (*ibídem*: 225), la de un laboratorista en una estación agronómica (*ibídem*: 240)— o la de un “campesino rezagado” que sigue prendido a “la mansera de su arado de madera” carente de futuro dado que “el tractor borra las fronteras de sus egoísmos” (*ibídem*: 186), fotografías donde vuelven a identificarse modernización y socialización. Si hay imágenes de la nueva producción o de los nuevos establecimientos —como la construcción de los altos hornos del Ural (*ibídem*: 87)— no la hay de los trabajadores *en la fábrica*, del trabajo propiamente fabril. Apenas una fotografía de los obreros agrupados en la puerta de la fábrica de Putilov, niños y adultos, mirando la cámara, y de quienes se nos dice que están “en horas de descanso”, ilustra la tapa del cuarto número del *Suplemento de La Internacional*.⁴⁴

La ausencia de imágenes *en* el trabajo fabril es cubierta por imágenes y relatos de las actividades de los trabajadores fuera del proceso mismo de producción. Sintomáticamente, el “taylorismo socialista” aparece compensado en momentos de ocio o aprendizaje. “La comisión para mejorar la situación de los obreros constata el aumento rápido de los jardines obreros. Casi todas las usinas poseen ya huertas que los obreros cultivan en sus momentos de ocio” se anuncia en el *Suplemento de La Internacional*.⁴⁵ Al narrar para el periódico *La Internacional* su visita a fábricas y usinas en Rusia a fin de observar “cómo organizan el trabajo los soviets”, el comunista

⁴³.- *Revista de Oriente*, nº 3, agosto 1925, p. 13.

⁴⁴.- *La Internacional. Suplemento*, nº 4, Buenos Aires, 5 de septiembre de 1921, tapa. Detrás de los obreros que miran a cámara, se observan representaciones de trabajadores que ocupando los laterales de la entrada de la fábrica le sirven de marco, junto a un importante cartel que hace referencia a la III Internacional; los obreros y niños miran a cámara entre curiosos y expectantes.

⁴⁵.- “De la Rusia Sovietista” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, nº 3, Buenos Aires, 29 de agosto, p. 16.

uruguayo Francisco Pintos destaca la modernidad de las “máquinas norteamericanas último modelo”, la amplitud de los talleres, “bien ventilados y provistos de calefacción central”, la dirección obrera y comunista que vuelca las novedades en la asamblea, donde también se tratan “proyectos sobre mejoras y modificaciones”. Se detiene, sobre todo, en señalar que “en la usina existe una escuela electrotécnica donde concurre un regular número de aprendices” y cuyos cursos son gratuitos “recibiendo los alumnos un pequeño jornal y alimentos”; en la existencia de un salón “sencillamente amueblado” donde “se dan lecciones de música y canto”; en la cobertura que en la fábrica de confecciones, donde trabajan sólo mujeres, hay para las embarazadas (licencias con goce de haberes, sala-cuna en la fábrica para los recién nacidos, etc.). La descripción del proceso laboral mismo es apenas un párrafo, y sólo da cuenta de la primera de las fábricas visitadas: “El trabajo es sencillo y poco fatigoso, la mayoría de los tornos son automáticos y los encargados se limitan a vigilar, aplicar la pieza que ha de hacerse y retirarla una vez pronta”.⁴⁶

“Un obrero sovieta es libre de elegir la profesión que le plazca, y aún más: tiene la posibilidad, mucho mayor que en cualquier otra nación, de calificar su oficio para pasar de una categoría a la otra, hasta la clase de los especialistas mejor remunerada. Si las circunstancias le obligan a desempeñar un oficio por el cual no siente ninguna afición, no encuentra dificultades para aprender otro (...) Largas perspectivas se abren ahora a los obreros, descontentos en todas partes por el trabajo penoso en las fábricas”, se lee en el “Informe de los Delegados Sindicales Ingleses sobre Rusia” que decidieron publicar los editores de *Revista de Oriente*.⁴⁷ El panorama que pintan los laboristas ingleses es el de un mundo aparentemente abierto a “las carreras al talento” y a “la vocación”, un mundo de “verdadero” ascenso social, ahora inclusivo de las clases populares, pero lo hacen desde una perspectiva notoriamente marcada por criterios individualistas. Una mirada completamente distinta es la que presentaba Gregorio Brodsky, corresponsal en Moscú del diario neoyorquino *Die Freiheit*.⁴⁸ Para este periodista, si durante los primeros años de la revolución, el “trabajo obligatorio” y la insuficiente ración diaria tenían como compensación la ausencia de explotación en el

⁴⁶.- Pintos, Francisco R. (1922), “Cómo organizaron los trabajos los soviets. Del delegado uruguayo en Rusia”, en *La Internacional*, 23 de junio, p. 2.

⁴⁷.- “Informe de los Delegados Sindicales Ingleses sobre Rusia. La versión oficial” (1925), en *Revista de Oriente*, nº 1, Buenos Aires, junio, p. 28.

⁴⁸.- Probablemente se trate del periódico en yiddish *Morgen Freiheit*, vinculado al Partido Comunista de EE.UU., que se funda en 1922, pero que después de la Segunda Guerra Mundial sus posturas a favor del estado de Israel lo llevan a la ruptura con el PC de USA.

trabajo “porque todo se hacía por medio del gobierno socialista para el gobierno socialista”, con la NEP los trabajadores estaban impelidos por otra obligación: la de vender su fuerza de trabajo, ya sea al gobierno o a los privados. A lo que se sumaba que la situación dista de haber mejorado: el salario mínimo legal es muy bajo y el máximo no es muy alto, y “como la industria se encuentra en un estado de pobreza espantosa, y (...) es más débil en comparación con la agricultura” no se ha establecido un intercambio ciudad-campo que garantice el abastecimiento de pan, la inflación devora los ingresos obreros, de modo que “la vida material de la clase obrera es actualmente peor que antes de la guerra”.⁴⁹ Lo cual llevaba al corresponsal neoyorquino a preguntarse por las razones por las cuales los trabajadores rusos insistían en no regresar al mundo burgués y capitalista, y la respuesta creía encontrarla en ese mundo político y cultural que crecía en las fábricas:

“No sé si ustedes conocen la institución Zavkom (comité de taller) o FabKom (Comité de fábrica). Son esos los comités que los obreros eligen en cada taller o fábrica para que les representen sus intereses. Esos comités funcionan tanto en las empresas particulares como en las del estado. Los comités son *instituciones legales* y no tienen en ellos ninguna ingerencia [sic] los empresarios. El comité es la base del *sindicato de oficio* y al mismo tiempo es el *gobierno interno* de los obreros. La gerencia de la fábrica tiene la obligación de dar al Fabkom una habitación especial en la fábrica. El Fabkom se ocupa de la vivienda obrera; él representa a los obreros en las cooperativas obreras; él cuida del estado sanitario de la fábrica; pero su mayor ocupación son las instituciones culturales. En una fábrica que ocupa varios cientos de obreros hay un club con una biblioteca, una casa de té, una academia teatral, un jardín infantil para los que no pueden todavía concurrir al colegio, un lugar especial para los niños menores de un año, agrupaciones literarias, musicales y artísticas. Algunas fábricas tienen sus propias colonias infantiles fuera de la ciudad. Muchas organizan excursiones semanales. No es mucho todo eso, a veces falta lo más necesario, pero es propio, hijo de la revolución y el obrero comprende muy bien y sabe valorizarlo”.⁵⁰

Frente a un mundo del trabajo y de la vida material no tan distinto de aquel anterior a la revolución, Gregorio Brodsky encontraba las razones del apego a la revolución en ese “gobierno interno” de los trabajadores, en esa auto-nomía, esa regulación propia, desde la que se tramaba una vida cultural y una sociabilidad de la cooperación. En los lindes del proceso productivo radicaría entonces la experiencia que —a diferencia de lo que Benjamin señalaba para el modo fabril en cual el obrero se entumece y ya no experimenta ni es capaz de distinguir “al amigo fiable (...) del

⁴⁹- Brodsky, Gregorio (1922), “Cómo vive la clase obrera”, en *La Internacional*, 7 de septiembre, p. 4. Menciona también otros obstáculos a la superación de la crisis industrial: el deterioro gigantesco del sistema ferroviario que demora los aprovisionamientos y la paralización de fábricas por escasez de combustible o de materias primas.

⁵⁰- *Ibidem*. Las cursivas en el original.

enemigo mortal”— encontraba en la colaboración y la gestión de lo común un mundo de sentido.⁵¹

Entre las fotografías que se reproducen en el libro de Vidal Mata, no faltan aquellas que tienen el propósito de mostrar ese tiempo no laboral, de sociabilidad y de cultura, de aprendizaje y ocio del que dispondrían ahora los trabajadores soviéticos. En una de ellas, una familia campesina con sus ropas perfectamente limpias, los rastrillos apoyados en un parante, platicando como si fuera un día de campo en un fin de semana mientras el epígrafe advierte al lector que se está “tomando *chai* (té) con el tradicional *samovar*, en los descansos de las faenas agrícolas” (Vidal Mata, 1930: 250). En otras, los campesinos son instruidos en los principios de la higiene (232); unos niños y una joven mujer sentados a la mesa componen la escena de la “casa y jardín para chicos: así se cuidan los hombres del mañana” (218) mientras en la página siguiente dos muchachas hornean pan “para la comunidad” (219); en “la *Isba* de estudio” puede observarse un nutrido grupo de jóvenes reunidos en torno a la lectura (175) mientras en otra fotografía un grupo de mujeres jóvenes, “las nuevas hijas de la aldea”, integrantes de un grupo musical, conversan despreocupadamente frente a la ventana de una morada aldeana (273).

En todas estas escenas, el mundo del trabajo está supuesto como telón de fondo, pero raramente es mostrado *en su práctica*, probablemente porque, como señalaba Benjamin para el trabajo fabril, “la práctica no cuenta para nada”, y la experiencia sólo puede tenerse o hacerse en otro lugar, lateral.⁵² Pero esta (su)posición del trabajo resulta

⁵¹.- La cita de Benjamin, en Buck-Morss (2004: 125). Brodsky también informaba sobre la amplitud del sistema de protección social para los trabajadores, sea en casos de enfermedad, maternidad, desocupación, etc.; lo que podía ser leído como contrapunto con la ausencia casi completa de leyes protectivas de los trabajadores en la Argentina de la época. Una valoración diametralmente opuesta en B. Abramson, “Las nuevas costumbres y formas de vida en la Unión Soviética”, en *Los pensadores*, n° 117, Buenos Aires, enero, quien sostenía que la transformación social que había tenido lugar en Rusia y que había convertido toda actividad humana en una forma colectiva donde los intereses generales primaban sobre los individuales, tenía sus premisas “en la fábrica” en tanto “forma de colaboración colectiva por excelencia”. Unos años después, en 1925, la *Revista de Oriente* publicaba “El régimen de la fábrica soviética” y la descripción de las funciones y actividades del *fapkom* se reducían a las de una comisión interna, “ya que el *fapkom* no interviene para nada en la administración de la fábrica”; el artículo describe el “club” de la fábrica, el “rincón de Lenin”, las células del partido, las “bibliotecas”, etc., pero lo que ha desaparecido de la narración es el talante político de los sujetos de la revolución, sustituidos por instituciones que peticionan sus demandas a una gestión empresarial que resuelve, y donde la cuestión del trabajo como tal *en la fábrica* está ausente; cfr. “El régimen de la fábrica soviética” (1925), en *Revista de Oriente*, n° 5, Buenos Aires, noviembre, p. 28.

⁵².- Véase también la larga exposición de “los clubes obreros en las fábricas [que] constituyen la principal organización, por intermedio de la cual los sindicatos efectúan su trabajo educativo y social” en el “Informe de los Delegados Sindicales Ingleses sobre Rusia. La versión oficial” (1925), cit., pp. 27-28. En dicho informe se detalla que los clubes desempeñan importantes papeles en “las campañas de agitación comunista”, en “las cuestiones de higiene”, ofreciendo “conferencias y discusiones sobre la vida política, industrial, económica, social y cultural”, “organizando conciertos y soirées sociales, con coros y

central en la representación del nuevo orden emergente, que muchos consideran como una “cultura del trabajo”, tal como lo advierte Alfonso Goldschmidt en un texto que para *La Organización Obrera* traduce M. Iaroschewsky y que luego integrará su libro *Moscú*. Allí el alemán sostiene que “[e]l trabajo del sábado comunista y el trabajo del domingo comunista, es más bien un trabajo de educación y de propaganda que no un trabajo de verdadera realización. Es, sin embargo, un trabajo en común con otros (...) Y a veces también se realiza un verdadero trabajo”; todo el mundo trabaja el 1° de mayo, salvo perezosos calificados o saboteadores convencidos. La imagen es tan fuerte que refiere un relato de su intérprete, quien le contó “que había visto a Bujarin barriendo las calles” y que “Lenin barrió uno de los patios del Kremlin”; Goldschmidt concluye que si bien sabe que “eso se hace simplemente con el propósito de demostración”, lo novedoso es que “jamás antes había demostraciones semejantes”.⁵³

Otros relatos levantados y publicados en la prensa de izquierda de la Argentina, van un paso más allá. Postulan que, efectivamente, el trabajo en las repúblicas soviéticas se ha transformado radicalmente al punto que si antes “se celebraba el descanso (...) la interrupción del trabajo”, ahora, en cambio, “y en lo futuro, es nuestro deber celebrar la salida a nuestras tareas, el comienzo del trabajo, del trabajo que no sabe de interrupciones y que, por cierto, no las necesita”.⁵⁴ Es lo que habría cambiado el sentido del 1° de mayo, ya que “en el mundo de la II Internacional, el proletariado manifestaba su fiesta con el *abandono* de sus tareas, en tanto, en el mundo nuevo, en el de la III Internacional, debe en este día *llamarse al trabajo* demostrando con ello la diversión del trabajo”.⁵⁵ Nicolsky, el autor de este texto, quiere testimoniar de un proyecto, de una meta: la de suprimir, en el futuro del régimen bolchevique, la distinción entre trabajo — que *debe* ser actividad creadora— y descanso —convertido en ocio creativo. Por eso piensa esta aplicación al trabajo en la fecha que expresa la lucha del proletariado como

ejercicios de cultura física”, distribuyendo billetes gratuitos para asistir a teatros y cines, acondicionando las salas de descanso para los trabajadores, lugares de lectura, armando el “rincón rojo” o “rincón de Lenin”, etc. Todo lo cual es muy importante en relación a las condiciones de trabajo, pero pareciera eximir a los comentaristas y observadores de reflexionar sobre las labores industriales y agrícolas propiamente; más cuando circula también la información respecto de que “la experiencia ha demostrado que es imposible cumplir estrictamente la jornada de ocho horas en todas las ramas de la actividad económica” aunque “el nuevo Código de Trabajo mantendrá el principio de las ocho horas; pero mediante leyes especiales se determinará la duración del trabajo de los obreros temporales, de los obreros agrícolas, de los trabajadores a domicilio, etc.”, en “El Código de Trabajo en Rusia” (1926), en *Crítica social*, n° 13, Buenos Aires, marzo, pp. 19-20.

⁵³.- Goldschmidt, Alfonso (1921), “Moscú. 1° de mayo de 1920”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 1° de mayo, p. 3. Trad.: M. Iaroschewsky. También en Goldschmidt (1923: 32).

⁵⁴.- Nicolsky, P. (1920), “En la Rusia obrera. Preparaos para el 1° de mayo!”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 3 de junio, p. 4.

⁵⁵.- *Ibidem*. Las cursivas en el original.

un indicio de lo que debería ser: “...el trabajo nuevo, la labor de la vida libre, será, deberá ser, «trabajo propio» para cada trabajador, trabajo deseado que llenará la vida, no como una pesada obligación, sino como una cosa ansiada...”.⁵⁶ Un trabajo que se vierta en experiencia, en saber y en felicidad, y que el autor creía percibirlo en las brigadas de choque de trabajo comunista; pero que, en todo caso, habrá quedado para el futuro.⁵⁷

Mujeres

En “De la vieja a la nueva familia”, un escrito que integra el libro *Problemas de la vida cotidiana*, publicado en 1924, León Trotsky aseguraba que “la preparación material de las condiciones para un nuevo modo de vida y una nueva familia no puede separarse tampoco del trabajo de la construcción socialista” (Trotsky, 1971 [1924]: 198), pero a la vez establecía una gradación en el nivel de complejidad y de profundidad de las transformaciones necesarias:

“Uno de los problemas, el más simple, fue el de instituir en el Estado soviético la igualdad política de hombres y mujeres. Mucho más dificultoso fue el siguiente, el de asegurar la igualdad de hombres y mujeres trabajadores en las fábricas, talleres y sindicatos; y hacerlo de tal modo que los hombres no colocaran a las mujeres en una posición desventajosa. Pero lograr una verdadera igualdad entre hombres y mujeres en el seno de la familia es un problema infinitamente más arduo. Antes de que ello suceda deben subvertirse todas nuestras costumbres domésticas” (*ibídem*: 193)

E inmediatamente agregaba:

“Y aún es bastante obvio que a menos que en la familia exista una verdadera igualdad entre marido y mujer, y ello en un sentido general, así como en lo referente a las condiciones de vida, no podremos hablar seriamente de igualdad en el trabajo social ni quizás en la política. Hasta tanto la mujer esté atada a los trabajos de la casa, el cuidado de la familia, la cocina y la costura, permanecerán cerradas totalmente todas sus posibilidades de participación en la vida política y social” (*ibídem*: 193-94)

Por ello, sostenía, debía lograrse “la socialización de la familia, del manejo de la casa y de la educación de los niños”, es decir, que el Estado de los trabajadores asumiera “seriamente” las funciones del hogar, desde el lavado en una lavandería

⁵⁶.- *Ibídem*.

⁵⁷.- Entre las múltiples fotografías que ilustran el libro de Vidal Mata, hay una en la que un grupo de hombres reunidos en torno a una mesa planifican y se comprometen a la jornada de trabajo: “Una brigada de choque firmando el concurso de «máxima producción» con otra de jóvenes campesinos”, señala la leyenda. Un proto-estajanovismo en marcha. Vidal Mata (1930: 251). Las discusiones sobre la propuesta de militarización del trabajo son reseñadas por Goode en un artículo que levanta *Documentos del Progreso*: Goode, Mr. (1920), “La conscripción industrial en Rusia”, en *Documentos del progreso*, nº 18, 15 de abril, pp. 7-8.

pública, la alimentación a cargo de comedores públicos, la confección del vestido en los talleres, la educación estatal de los niños, etc. (*ibídem*: 198-199). Sólo de este modo “la unión entre marido y mujer se habrá liberado del influjo de todo factor externo o accidental y ya no podrá ocurrir que uno de ellos absorba la vida del otro”, estableciendo finalmente “una igualdad genuina” (*ibídem*: 194). Bien podría decirse que esta suerte de plataforma que Trotsky concibe para la problemática de la emancipación de la mujer atiende a ciertos aspectos de la misma, los cuales debieran comprenderse en su articulación con otros para abarcar en todas sus dimensiones la cuestión de género — como la producción de sexualidades normalizadas, o los roles “reproductivos” asignados a los cuerpos femeninos y la consiguiente enajenación de la capacidad de decisión de las mujeres sobre sus propios cuerpos.⁵⁸

¿Qué aspectos de esta compleja y relevante cuestión se retoman en la izquierda de la Argentina a propósito de la revolución en Rusia? ¿Cuál lugar se otorga en la gesta revolucionaria a la acción emancipadora de las mujeres? ¿Y qué asuntos de la misma son visibilizados?

En 1920, los editores de *Documentos del Progreso* traducen y publican un extenso escrito de Aleksandra Kolontai —que aparentemente está basado en su texto de 1918, *El comunismo y la familia*— en el que se anticipaban gran parte de esos temas que pocos años después, como se ha visto, retomaba Trotsky. Para Kolontai, uno de los núcleos de la dependencia y la subordinación de las mujeres se estructura, precisamente, en la familia, pero esa familia estaba en descomposición, aun bajo el régimen capitalista, pues había dejado de ser necesaria en términos productivos. Ese estado de descomposición no parece, de todos modos, equivaler a la desaparición de la estructura familiar, toda vez que existe un ámbito, aparentemente separado de las instancias productivas, de carácter reproductivo, en el que se sostiene (y aún se profundiza) el sometimiento de las mujeres y los jóvenes.⁵⁹ Ese ámbito es el de las tareas domésticas,

⁵⁸.- Que Trotsky no incluyera ninguna referencia a la cuestión de las sexualidades, en un contexto revolucionario en el que, entre otras, escribía Aleksandra Kolontai, llamó la atención de Wilhelm Reich.

⁵⁹.- Aquí no nos adentraremos en la problemática de los jóvenes y la revolución, aunque algunas reflexiones sobre la cuestión de las nuevas generaciones se presentan en las referencias a la niñez y la educación. El tema de la juventud, además de imbricarse con el de las sexualidades en la “revolución rusa”, tuvo un lugar relevante en las discusiones entre los revolucionarios; por ejemplo, Lenin discutía las posiciones de Kolontai y otras feministas con el argumento de la corrupción moral de la juventud; para este debate véase Alejandra Oberti (2011). Para algunas reflexiones sobre los jóvenes y la revolución rusa en la prensa de izquierda de la Argentina, véase Portmann, Georges (1925), “¿Bajo qué régimen se vive en Rusia?”, en *Crítica Social*, n° 3, Buenos Aires, octubre, pp. 10-11 (Portmann era profesor en la Universidad de Burdeos); Lunatcharsky, A. (1925), “La cultura soviética en los últimos siete años”, en *Revista de Oriente*, n° 3, Buenos Aires, agosto, pp. 4-5; Pokrovsky, M. (1921), “La enseñanza superior y los estudiantes”, en *La Internacional. Suplemento*, n° 1, 15 de agosto, pp. 3-4.

que seguían a cargo de mujeres, especialmente de aquellas que formaban parte de las masas trabajadoras. Estas observaciones reforzaban las argumentaciones de Kolontai cuando exponía los alcances de las transformaciones en las relaciones de género iniciadas en la Rusia soviética, como también de sus esperadas proyecciones.⁶⁰ El comunismo, para la dirigente bolchevique, prometía actuar de modo disolvente ante aquellas tareas domésticas que se imponían a las mujeres, de modo que en adelante “la trabajadora no empleará sus raras, demasiado raras, horas de descanso, en cocinar, visto que *en la sociedad comunista existirán restaurants públicos y cocinas centrales*, donde todos podrán ir a tomar su alimento”, ni se ocuparán ya del lavado y labores similares, pues “la trabajadora llevará todas las semanas sus ropas a los *lavaderos centrales*, donde cada semana las retirará lavadas y planchadas”, mientras los “*talleres especiales para reparación de la indumentaria* permitirán a las trabajadoras consagrar sus noches a lecturas instructivas y a sanas distracciones”.⁶¹ Por lo demás, la niñez saldría de “la esfera de la familia” —como ya lo estaba haciendo, decía, a través de “casas de niños, nidos, escuelas infantiles, colonias, enfermerías y casas de salud para niños enfermos, restaurants, almuerzo gratuito en las escuelas, distribución de manuales, vestidos de abrigo y calzado para los alumnos de los institutos de enseñanza”— para ser transferida “de las espaldas de los padres a las de la colectividad”.⁶²

Gran parte de las intervenciones locales abordaron la problemática de la emancipación femenina desde estos parámetros, deteniendo particularmente la mirada en la nueva legislación soviética sobre el matrimonio y la familia. Bajo el título “Cómo se facilita la vida matrimonial en la Rusia maximalista”, los editores de *Claridad* reproducían un artículo del *New York World* porque “trae las siguientes revelaciones sensacionales sobre el régimen matrimonial en la Rusia del Soviet”, agregando que en un “ambiente de sana alegría y franca hospitalidad del pueblo eslavo” para con los visitantes extranjeros, “los problemas primordiales de la existencia humana han sido resueltos en tal forma que hoy por hoy Rusia puede ser considerada la patria ideal del

⁶⁰.- Kolontai, Alejandra (1920), “La familia y el Estado Comunista”, en *Documentos del progreso*, n° 21, 1° de junio, pp. 1-4.

⁶¹.- *Ibidem*, pp. 2-3. Nótese que, sea en Kolontai, sea en los traductores, el rol de género en relación a unas tareas domésticas que por otra parte estarían muy simplificadas, sigue allí presente, pues la feminista y bolchevique desliza que es “la trabajadora” la que lleva las indumentarias a talleres y lavanderías, y no cualquiera, hombre o mujer.

⁶².- *Ibidem*, p. 3.

hombre civilizado”.⁶³ Las “sensacionales revelaciones” consistían en el carácter gratuito y civil del matrimonio, su fomento por parte del Estado entregando a los contrayentes “una cama, sábanas, fundas, cuarenta yardas de tela blanca, ochenta libras de harina y una batería de cocina (...) el derecho de efectuar sus compras en los almacenes del soviét del moblaje necesario a precios verdaderamente excepcionales”.⁶⁴

El profesor Alcides Calandrelli pensaba que la construcción legislativa del matrimonio en la Rusia bolchevique “aspira a que se consoliden matrimonios contraídos con afecto verdadero y perduren sólo ellos”, y de allí la amplitud de posibilidades de divorcio, que no requería del acuerdo de ambos cónyuges.⁶⁵ En la nueva legislación matrimonial, Alicia Moreau reconocía espacios de libertad para las mujeres, no sólo en lo atinente al divorcio, sino en aspectos como la no obligatoriedad de seguir al cónyuge que decide mudar de residencia, en el hecho de que el código considerara que el fundamento de la familia eran los lazos afectivos o en que las obligaciones para con los hijos eran compartidas por el hombre y la mujer.⁶⁶ Años después, cuando se apruebe una nueva ley en Rusia, la revista socialista *Crítica Social* también destacará estos puntos del viejo código bolchevique: “El matrimonio legal, indisoluble, con todo su cortejo de injusticias sancionadas por los juristas burgueses: derecho de dirección y disposición atribuido al hombre, y dando a la mujer el domicilio, la nacionalidad y el nombre de su marido, derecho de resolver sobre la educación de los hijos, etc., fue abolido por el código revolucionario al mismo tiempo que el matrimonio religioso”.⁶⁷ Y si bien Calandrelli señalaba que, como el mismo código de 1918 advertía, se trataba de una legislación transitoria pues los ideales socialistas aspiraban a no legislar sobre estos asuntos, su espíritu y su articulado respondían a una orientación que presentaba “un matrimonio tan próximo en sus modalidades al que aquellos ideales perfilan o definen, que casi se confunde con él”.⁶⁸

⁶³.- “La obra reconstructiva en Rusia” (1920), en *Claridad*, nº 5, Buenos Aires, 10 de abril, p. 9; como parte del artículo se incluye un segmento con el subtítulo “Cómo se facilita la vida matrimonial en la Rusia maximalista”.

⁶⁴.- *Ibidem*. Igualmente, no debe subestimarse la relevancia y la “sensación” que podía provocar esta noticia al leerla desde el contexto material del proletariado de la Argentina.

⁶⁵.- Calandrelli, Alcides (1922), “Prólogo al *Código Bolchevique del Matrimonio*”, Buenos Aires, Tor, p. 11.

⁶⁶.- Moreau, Alicia (1920), “La Familia y la Ley en la Rusia de los Soviets”, en *La Hora*, año I, nº 3, Buenos Aires, 28 de octubre.

⁶⁷.- “La nueva ley sobre el matrimonio en la Rusia soviética” (1926), en *Crítica Social*, nº 22, Buenos Aires, 31 de julio, p. 6. La novedad del nuevo código respecto del de 1918, decían los editores, era que con el actual se “proclama[ba] el principio de la igualdad de los derechos y deberes que resulta[ba]n de las relaciones matrimoniales, independientemente de toda inscripción” (p. 7).

⁶⁸.- Calandrelli, cit., p. 10.

Los pocos comentaristas que intervienen sobre estas cuestiones destacan que la legislación revolucionaria es particularmente protectora en relación a los hijos. Calandrelli subrayaba, citando el mismo código, que “la base de la familia es la filiación efectiva; ninguna diferencia se establece entre el parentesco natural y el parentesco legítimo”.⁶⁹ Alica Moreau apuntaba que los hijos cuyos padres no estuvieran formalmente casados (esto es, registrados), tenían los mismos derechos que aquellos que sí lo estaban; y agregaba que si bien —al abolirse el derecho de sucesión y la herencia— los hijos carecían de derechos sobre los bienes de los padres, del mismo modo éstos no los tenían sobre los de sus hijos: lo que permanecía era cierta obligación parental de dar alimentos y cuidar a los niños menores o imposibilitados, pero se trataba de una obligación complementaria de la que, principalmente, recaía sobre la sociedad y el Estado.⁷⁰ Por eso los editores de *Crítica Social* entendían que “los llamados derechos parentales no son considerados (...) como derechos sobre los hijos, sino como derechos en nombre de los hijos, para la protección de éstos”.⁷¹

Estos señalamientos, en ciertos casos, se deslizaban de las obligaciones y derechos de las mujeres y los hijos en la nueva legislación hacia la cuestión de la maternidad, como si ésta estuviera naturalmente incluida en la cuestión matrimonial: “La protección de la maternidad y de la infancia se lleva hasta la exageración. La criatura rusa se considera pensionista del Estado sin consideración de la posición social de la madre; y esto hasta que haya cumplido los diez y seis años”.⁷² Una política social amplia, con “numerosos hospitales, jardines de infantes, colonias de niños” atendía “las necesidades de las madres y de las criaturas”.⁷³ Este desplazamiento “temático” expresa, en rigor, una concepción restringida de la emancipación de las mujeres que la acota a la obtención de ciertos derechos, pero que deja inalterados ciertos roles sociales, sexuales y de género. Como sucede con un extenso artículo que publica el *Suplemento de La Internacional*, en el cual, por un lado, se celebra la nueva mentalidad de la mujer soviética “que por su participación en la producción y su goce de la misma independencia económica que el hombre, sufre una transformación”, de modo que “la

⁶⁹.- Calandrelli, cit., p. 11. También lo subraya el comentarista que reseña la edición del *Código Bolchevique del Matrimonio* en la *Revista de Filosofía*; cfr. Comentario a Alcides Calandrelli, *Introducción al “Código Bolchevique del Matrimonio”*, Buenos Aires, Tor, 1922. Trad. del francés por Julio A. Araujo y Enrique Bares Peralta; en *Revista de Filosofía*, nº 5, Buenos Aires, septiembre 1922, pp. 315-16.

⁷⁰.- Moreau, Alicia (1920), cit.

⁷¹.- “La nueva ley sobre el matrimonio en la Rusia soviética”, cit., p. 7.

⁷².- “La obra reconstructiva en Rusia”, cit.

⁷³.- *Ibidem*.

obrero quiere tener su parte en todas las luchas y en todas las obras de su clase”, pero que “*no obstante, sigue siendo madre*, es decir, que *le corresponde* dar al joven estado comunista las fuerzas nuevas de la vida”.⁷⁴ Como el comunismo sólo terminaría de edificarse por obra de la próxima generación, el articulista sostenía que resultaba imprescindible que esa generación fuera “sana, valiente, laboriosa”, lo que precisaba la dedicación de las madres “no en las penalidades y entre maldiciones, sino en la alegría y la seguridad”, de modo que el Estado debía “dar a la mujer la posibilidad de ser a la vez obrera y madre”.⁷⁵ El autor reconocía los avances en términos de protección de la madre y el niño (derechos especiales durante el embarazo, el parto, la lactancia; asistencia en centros e institutos; licencias por embarazo y mejores condiciones laborales para las embarazadas, etc.), pero afirmaba que el marco institucional y legal era todavía precario, por lo que debía ser orientado hacia lo que consideraba una tarea prioritaria: “reemplazar las formas antiguas de la familia por formas nuevas transitorias”, como “las comunas de trabajo de las jóvenes madres”, a través de las cuales se podía enseñarles “la ciencia de la maternidad”. Pues “cuando sepa que debe dar al mundo un hombre sano o no dar ninguno; cuando la madre no aspire a destruir el fruto de la carne, cuando la maternidad sea un acto consciente, entonces habrá una protección real de la madre y el niño”.⁷⁶ Una intervención que, con el argumento de las necesidades de las nuevas generaciones o del requisito del Estado revolucionario de una nueva fuerza de trabajo para afrontar la construcción socialista, acopla a las nuevas posiciones de sujeto de las mujeres soviéticas los mismos y viejos roles del deber maternal, de la función social del cuerpo femenino para la reproducción y la limitación de sus poderes de decisión.

Era la perduración de tales puntos de vista lo que llevó a Alicia Moreau a entender la legislación bolchevique como una valla de contención contra las costumbres, pues “mientras más o menos subconscientemente, siga subsistiendo en el hombre, el amo, y en la mujer, la sierva, mientras el respeto de la vida y el reconocimiento de los derechos ajenos no sirvan de freno moral a los hombres, serán necesarias disposiciones legales que protejan a los más débiles, sin someterles por esto al dominio del más fuerte. Y esto es lo que hace la legislación bolchevique”.⁷⁷ La reflexión de Moreau apunta que las tareas domésticas son una parte del problema, el

⁷⁴.- Serman, P. (1921), “La protección de la madre y del niño en la Rusia Sovietista”, en *La Internacional. Suplemento*, nº 6, Buenos Aires, 19 de septiembre, pp. 3-5. Las citas en pág. 3; las cursivas son mías.

⁷⁵.- *Ibidem*.

⁷⁶.- *Ibidem*, p. 4.

⁷⁷.- Moreau, Alicia (1920), cit.

cual no se agota en ellas. Una observación similar abría el texto citado de Kolontai. Por un lado, celebraba que “desde diciembre de 1917, el divorcio ha cesado de ser un lujo accesible sólo a los ricos; ahora, la mujer obrera no deberá más solicitar durante meses y tal vez durante años, un pasaporte separado para recobrar su independencia de un bruto o de un borracho de marido que la cargaba de golpes”, para inmediatamente advertir que “tal facilidad del divorcio, tan bendecido por las mujeres infelices en su matrimonio, espanta a las otras, a aquellas, especialmente, que están habituadas a considerar al marido como el único sostén en la vida y no entienden que *la mujer debe habituarse a buscar y encontrar tal sostén en otra parte, no en la persona del hombre, sino en la colectividad, en el Estado*”.⁷⁸ Las nuevas subjetivaciones revolucionarias no implican la extinción inmediata de las viejas subjetividades masculinas y femeninas, ni siquiera en todos aquellos que participan del clima liberador y emancipatorio de la Rusia de los soviets durante sus primeros años. De todos modos, Kolontai afirmaba que la nueva legislación brindaba amplias posibilidades a la “unión libre”, la cual iba a expresar una nueva relación entre el hombre y la mujer, basada en el afecto y el compañerismo “*de dos miembros iguales de la sociedad comunista*”, como también el fin de la servidumbre doméstica de la mujer, de la desigualdad en el seno de la familia y del temor de las mujeres a permanecer sin sostén y sin ayuda.⁷⁹

La posición de “amo” de los varones que todavía persistía, en palabras de Moreau, o el espanto de muchos y muchas por las nuevas reglas entre los sexos, como señalaba Kolontai, se evidencia incluso, aunque más tenuemente, en algunos pensadores riplanteses que reciben con beneplácito estos cambios en la Rusia de la revolución. Por ejemplo, en la precaución y en un tono con tintes moralistas en el segmento que dedica a estos temas Mario Bravo, cuando analiza la nueva constitución soviética. Al explicar que aun “los escritores adversarios del régimen bolchevista han debido salir en su defensa cuando se ha tratado de la organización de la familia y del régimen del matrimonio” debido a que “ha circulado profusamente en los órganos más serios de información periodística la leyenda de la «nacionalización de las mujeres» y de una supuesta legislación sobre «el amor libre»”, Bravo oblitera la pregunta por las relaciones entre revolución y sexualidad, al confinar “estas afirmaciones calumniosas” a “algunos artículos de índole filosófica aparecidos en periódicos bolchevistas, cuya

⁷⁸.- Kolontai, Alejandra (1920), “La familia y el Estado comunista”, cit., p. 1. Las cursivas en el original.

⁷⁹.- *Ibidem*, p. 4. Las cursivas en el original. Como se ha visto, el profesor Calandrelli apuntaba en un sentido similar cuando concebía como transitorio al código soviético.

responsabilidad corresponde por exclusivo a sus autores” y a “un decreto dictado por un comité anarquista de Saratov” (Bravo, 1920: 34). E inmediatamente tranquilizaba a sus lectores: “Pero el gobierno de los soviets, lejos de embarcarse en una corriente semejante, se ha ocupado de combatirla y destruirla” (*ibídem*). El modo de presentar la cuestión —como calumnia y mediante nominaciones vulgarizadas pero también como palabra de algunos bolcheviques y anarquistas— y a la vez cerrarla, indica, en este caso, los límites para pensar radicalmente los alcances revolucionarios en relación a las nuevas subjetivaciones.⁸⁰

Una ambivalencia semejante se expresa en otros intérpretes. Entrevistado sobre la situación de la mujer en la Rusia soviética, el viajero a tierras soviéticas Francisco Pintos enfatizaba que “en cuanto a la libertad sexual de la mujer, es completa”. Para el comunista uruguayo, la mujer soviética había logrado “una emancipación absoluta” y era “dueña total de sí misma y de hacer lo que quiera”.⁸¹ Agregaba que muchas jóvenes se emancipaban tempranamente, a los 20 años, y se mudaban a una habitación propia pues ahora podían costearla con su trabajo. Un fenómeno, añadía, que no se circunscribía a las jóvenes proletarias sino que era también amplio entre “las burguesas del régimen caído, completamente emancipadas de todo prejuicio”.⁸² Y como confirmando los temores de Bravo, manifestaba que “la unión libre toma cada vez más incremento, y —lejos de ser considerada como un delito— se la considera perfectamente lógica y moral, sin que la mujer pierda —por adoptarla conscientemente— nada en el concepto de los demás”. En todo caso, “si en el principio del establecimiento del régimen hubo desenfreno de pasiones y anormalidades chocantes, puede decirse que hoy pasa todo lo contrario”, pues dentro de la amplia libertad “existe una evidente austeridad en las costumbres”.⁸³

En las páginas de la revista reformista *Insurrexit*, Magdalena Marx, además de exponer y celebrar el nuevo régimen matrimonial, la facilidad del divorcio, la filiación efectiva, la igualdad de derechos laborales, entre hombres y mujeres, atestaba un tema

⁸⁰.- La magnitud de las resistencias de la moral y el sentido común puede imaginarse por el hecho de que Kolontai deba discutir, en un texto sobre la importancia de desterrar la prostitución —también publicado en *Documentos del Progreso*— que la misma no reside en ninguna tendencia perversa de las mujeres sino en el medio social, la opresión y la violencia de género que las somete y en la explotación clasista. Cfr. Kolontai, Alejandra (1921), “La prostitución y la juventud proletaria”, en *Documentos del progreso*, n° 37, 1° de febrero, pp. 8-9.

⁸¹.- Butterfly (1923), “La situación de la mujer en la Rusia soviética”, entrevista a Francisco Pintos, en *La Internacional*, Buenos Aires, 18 de febrero, p. 2.

⁸².- *Ibídem*.

⁸³.- *Ibídem*.

que el resto de los editores y comentaristas locales pasaron por alto o no quisieron exhibir: la despenalización del aborto y la posibilidad de practicarlo en los hospitales del Estado. A lo que la autora comentaba: “¡La mujer libertada de su maternidad! Hay en eso, para ella, una victoria formidable, y, a favor de la libertad del individuo en el sistema comunista, un formidable argumento”.⁸⁴ Y aun cuando extrañamente dedujera de ello que el feminismo debía disolverse en el comunismo, concluía que la conquista de tales logros imponía una cesura radical en el presente: “no decimos ya nosotros : «He aquí lo que será», decimos: «He aquí lo que es»”.⁸⁵

Educación

“Pero yo, más que cualquier otro, tengo el derecho y el deber de aclarar lo siguiente. La obra cultural y creadora del gobierno obrero ruso, que se efectúa en las condiciones más difíciles y exige esfuerzos heroicos, está tomando dimensiones y formas hasta hoy desconocidas en la historia de la humanidad, sin ninguna exageración. Hasta hacía poco yo fui adversario del gobierno y aún hoy en muchos detalles no estoy de acuerdo con su manera de proceder. Pero sé que los historiadores, apreciando el valor del trabajo realizado por la clase obrera rusa, durante más de un año, no podrán sino quedar asombrados ante la grandeza de la obra realizada en el dominio de la cultura”.⁸⁶

Las palabras de Máximo Gorki, publicadas por *La Internacional*, además del propósito legitimante para con la revolución, traducían una extendida unanimidad en el ámbito rioplatense en relación con las acciones educativas desplegadas por el Estado revolucionario, sólo salpicada por unas pocas disensiones. Unos años después, el *Suplemento* de la misma publicación comunista, volvía a mostrar a Gorki como “uno de los más entusiastas colaboradores del gobierno de los Soviets” y a confiar en el poder de la lectura y la literatura para que, decían, los más brutos, analfabetos y violentos campesinos se interesen por saber leer y accedan al universo literario.⁸⁷

⁸⁴- Marx, Magdalena (1921), “Para acabar con el Feminismo”, en *Insurrexit. Revista Universitaria*, n° 6, febrero, pp. 5-6. La cita en pág. 6.

⁸⁵- *Ibidem*. Esa “disolución” del feminismo en el comunismo puede ser interpretada, también, como una redefinición de lo que cabe bajo el nombre de “comunismo”, rompiendo las estrecheces de las versiones hegemónicas para ampliarlo como concepto articulador de todas las emancipaciones y crítico de todas las dominaciones. Esta lectura es posible porque la autora, al destacar que la despenalización del aborto es parte del *presente revolucionario*, deja abolidas las gradaciones y escalas que harían de ciertas tareas de la revolución las prioritarias, mientras otras como aquellas atinentes a la emancipación de las mujeres tendrían que esperar su lugar en un tiempo futuro, posrevolucionario.

⁸⁶- Gorki, Máximo (1919), “En defensa de la Revolución Rusa”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 26 de julio, p. 1.

⁸⁷- “Cómo Gorki enseña a leer” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, n° 1, Buenos Aires, 15 de agosto, pp. 6-7.

Precisamente era la situación de analfabetismo de una abrumadora mayoría de la población del ex imperio el punto de partida de todos los comentaristas y editores, quienes daban cuenta del “plan de aniquilación del analfabetismo” o educación “extracurricular” junto con las iniciativas de creación y apertura de escuelas y de instituciones educativas técnicas y universitarias, exponiendo la eficacia de los métodos revolucionarios de enseñanza y de sus actores principales: educadores, ejército rojo, dirigentes bolcheviques⁸⁸ —entre los cuales, Lunatcharsky se llevaba las palmas, siendo uno de los funcionarios más traducido y admirado entre la intelectualidad y la militancia de la izquierda de la Argentina. Un aspecto del significativo progreso de la tarea educativa soviética, que trataba de servir a la ilustración de sus dimensiones para los lectores rioplatenses, era la referencia cuantitativa de los establecimientos puestos en funciones en el breve período del régimen bolchevique. Como cuando se informaba, a principios de 1919, que el gobierno soviético “ha[bía] inaugurado el curso abriendo 10.000 nuevas escuelas de instrucción primaria” y que a la brevedad abriría más “porque todos los profesores de esta clase están dispuestos a servir a la admirable República de los Soviets”, a diferencia de los “profesores de segunda enseñanza y de enseñanza superior”, lo que sin embargo no había representado un obstáculo insalvable “para que se hayan abierto 1.000 Liceos y se hayan creado seis nuevas Universidades” mientras la “enseñanza técnica y profesional ha sido reorganizada” sobre nuevas bases”.⁸⁹ O que sólo en los primeros ocho meses del año 1921, “ha[bía]n sido abiertas 172.000 escuelas para analfabetos y 884 cursos para la formación de instructores, habiéndose impreso alrededor de tres millones de abecedarios y cientos de miles de manuales de todas clases”.⁹⁰ Las informaciones sobre los planes de alfabetización se alternaban con noticias como la “conferencia de profesores de matemáticas” que en Petrogrado se había reunido “para discutir la reforma de la enseñanza de las matemáticas en la escuelas”, de modo de indicar que la educación revolucionaria exigía una nueva pedagogía.⁹¹ Para dar una idea de la vastedad y profundidad de la transformación que la política educativa representaba en la Rusia revolucionaria, a la

⁸⁸.- Cfr. “Los últimos progresos de la instrucción pública en Rusia” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, n° 3, Buenos Aires, 29 de agosto, pp. 5-6; “...las informaciones recibidas (...) muestran el éxito de la campaña emprendida contra el analfabetismo”, se sostiene en “Noticias de la vida soviética” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, n° 1, Buenos Aires, 15 de agosto, p. 15.

⁸⁹.- “La obra de los soviets” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 9 de enero, p. 1.

⁹⁰.- “De la Rosta Wien” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, n° 1, Buenos Aires, 15 de agosto, p. 11. Información sobre escuelas, academias, o sobre el número de establecimientos construidos, también en “Los últimos progresos de la instrucción pública en Rusia” (1921), cit.

⁹¹.- “Noticias de la vida soviética” (1921), cit.

vez que exponer sus altos propósitos y valores —contrastantes con los imperantes hasta 1917— no se dudaba en destacar que “los castillos y los hoteles particulares se han destinado a escuelas y centros de enseñanza”, como que también se había dedicado “a un fin docente el famoso café-concierto Maxim’s, espacioso edificio en el que en tiempos del zarismo la aristocracia celebraba grandes fiestas”.⁹²

Las notas reproducidas en los medios de la izquierda rioplatense destacaban que no se trataba sólo de un esfuerzo gubernamental dirigido a las nuevas generaciones. En un texto de Krúpskaya reproducido en *Documentos del progreso*, la pedagoga y dirigente bolchevique explicaba que la revolución no sólo tenía que instruir a las nuevas generaciones “sino también comenzar a completar la educación de todos los adultos” puesto que, informaba, antes de la revolución el 85% de los habitantes no estaba alfabetizado. Para Krúpskaya no se trataba sólo de un iniciativa gubernamental, sino que era el pueblo mismo el que estaba movilizándose tras objetivos educativos:

“Las masas mismas tienen gran sed de ciencia. Con la revolución toda fábrica ha organizado un centro social, una biblioteca y una escuela. Sin esperar a los intelectuales, la clase trabajadora misma realiza este enorme trabajo de creación cultural.

Más aún: la red de instrucción penetra la campaña; los campesinos dan tierras y edificios para bibliotecas, casas del pueblo y escuelas. El Comisariado de Instrucción Pública centraliza y organiza todas estas iniciativas por medio de la «Sección para la instrucción fuera de la escuela» de los Soviets locales”.⁹³

A partir de informes publicados en Estados Unidos, Inglaterra y Francia, José Ingenieros presentaba positivamente las experimentaciones educativas soviéticas, con sus características de masificación y generalización de la educación primaria y secundaria (Ingenieros, 1957 [1920b]: 95-97). La atención ingenieriana a esta problemática radicaba en la relación entre educación y sostenimiento de la revolución, pues si había un trabajo y una utilidad social en la educación, a ello se sumaba que las experimentaciones revolucionarias forjaban al ciudadano por el “doble camino de la educación cívica y la solidaridad colectiva” (*ibídem*: 84-85).⁹⁴ Las “tres grandes obras revolucionarias” en materia educacional eran, para Ingenieros, las medidas para alfabetizar adultos —y el recurso compulsivo no sólo no le parecía mal, sino que lo comparaba con la política sarmientina—, la extensión universitaria, volcando todas las

⁹²- “La obra de los soviets” (1919), cit., p. 1.

⁹³- Krúpskaya Lenin, Nadez (1920a), “Rusia no tendrá más analfabetos”, en *Documentos del progreso*, n° 30, Buenos Aires, 15 de octubre, pp. 8-9.

⁹⁴- Por lo que Ingenieros saludaba el “ensayo de pedagogía comunista” que era la República Infantil en Yasnaia Poliana, antigua residencia de Tolstoi, y que dirigía la hija del célebre escritor (Ingenieros, 1957 [1920b]: 86-87).

instancias educativas superiores a tareas tendientes a “elear la educación de *todo* el pueblo” (*ibídem*: 88-89) y, finalmente, la difusión del libro, con sus ediciones baratas, sus enciclopedias, etc. (*ibídem*: 91-93). Obras que se realizaban a pesar de los importantes obstáculos ocasionados a la renovación de la educación en Rusia por la oposición inicial de maestros y profesores (*ibídem*: 82), dificultad finalmente superada, consideraba Ingenieros, por la amplia capacidad regenerativa de la tarea educativa, la cual incluso había servido para transformar a parte de los miembros de la nobleza en individuos productivos: “Muchos hombres de la clase noble que declaraban «no saber trabajar» han encontrado una ocupación agradable y útil en la enseñanza” (*ibídem*: 94).

Los obstáculos señalados por Ingenieros se combinaban con otros, derivados de las condiciones de guerra civil y de pauperización general, situación que alimentaba también panoramas que al describir las circunstancias en las que se llevaba adelante la campaña alfabetizadora rayaban en el heroísmo:

“Estos esfuerzos titánicos, proseguidos en una escala apenas comprensible en los países occidentales, han tropezado, principalmente en el Ejército Rojo, con grandes dificultades. En el ejército del Kouban, en el que actualmente no hay ya iletrados, faltaban al maestro los objetos más indispensables, como ser tinta, lápices, plumas y papel; pero el deseo de instrucción es tan poderoso en el hombre que sabe la utilidad de ella, que los soldados del Kouban escribían sobre la arena con palos puntiagudos, se servían de carbones o guijarros para escribir sobre los muros, reemplazaban los abecedarios, que no había, por caracteres de tierra arcillosa o por letras recortadas de titulares de periódicos o de libros viejos”⁹⁵

De modo similar, en una traducción de G. Ossipoff se alertaba sobre las limitaciones del esfuerzo educativo. Aun reconociendo que el gobierno soviético realizaba cuanto estaba a su alcance, el articulista trataba de realizar un balance “de los progresos obtenidos en el terreno pre escolar, a pesar de la guerra continua y la grave situación interna”. Si por un lado podía mencionar satisfactoriamente las cifras de la construcción de nuevos asilos para menores, al mismo tiempo, basándose en un informe de una comisión especial, aseveraba que “únicamente del 30 al 50 por ciento de las instituciones preescolares disponen de locales cómodos y con luz suficiente, mientras el resto funciona en locales estrechos, húmedos y mal ventilados”, a lo que se sumaba la carencia en muchas instituciones educativas del mobiliario requerido y de la necesidad en “el mayor número de casas infantiles [de] vestidos, ropa blanca y especialmente medias” y calzado, problema que se había hecho especialmente agudo.⁹⁶ Pero “estos

⁹⁵.- “Los últimos progresos de la instrucción pública en Rusia” (1921), cit., p. 5.

⁹⁶.- Ossipoff, G. (1921), “Los niños en la Rusia soviética”, en *La Internacional. Suplemento*, nº 8, Buenos Aires, 2 de octubre, pp. 11-12. El autor igualmente señalaba los avances en comparación a la situación

fenómenos negativos” no afectaban una evaluación que era globalmente positiva, pues “la situación general ha[bía] mejorado” tanto en la “bien organizada” cuestión sanitaria como en “la alimentación de los niños”, que consideraba “satisfactoria”.⁹⁷

No eran pocos aquellos que sostenían que el máximo obstáculo a las campañas alfabetizadoras lo constituía la misma resistencia de los campesinos a ser alfabetizados, apoyándose en una imagen esterotipada de la Rusia bárbara y campesina que no comprendía la tarea civilizatoria que la educación encarnaría. Imagen que, para esos ojos, engrandecía aun más el empeño soviético; lo que llevaba a Besio Moreno a asegurar que “cualquiera podría pensar que la magnitud del esfuerzo necesario para transformar en ser culto un habitante rugoso de las estepas habría sido empresa capaz de arrear al más decidido”.⁹⁸ En un texto que decidieron publicar los editores de la revista *Sagitario*, el modo de presentar una afirmación semejante a la de Besio Moreno pero agregándole además a la figura del campesino un sesgo calculador, especulativo y egoísta, era a través de una supuesta anécdota:

“La oposición a estas disposiciones [se refiere a las campañas alfabetizadoras], se comprueba con una pequeña nota marginal (...) En Ipatov, a 50 kilómetros de Moscú, un paisano recibe la visita de la maestra, que le dice: «Le voy a enseñar a leer y escribir a tu hijo Waskja». El paisano reflexiona un rato y luego dice: «Está bien. Tres rublos. —¿Qué tres rublos? — ¡Sí, si, me vas a pagar tres rublos por mes. —¿Para qué? —Por Waskja. — Pagar, pagarte? Si le enseñaré a leer y escribir, lo haré un hombre!». El paisano sonríe y dice: «Ya comprendo. Tu tienes interés en enseñarle, paga entonces. Yo no tengo interés»”.⁹⁹

De todos modos, los obstáculos y las difíciles condiciones no mellaban la admiración que la obra educativa soviética despertaba en Buenos Aires. El reseñista de *La Nueva Rusia*, el libro que reúne las crónicas de viaje de Julio Álvarez del Vayo, luego de señalar que se trataba de un trabajo “neutral”, “imparcial”, ni apologista ni de detracción reaccionaria, subrayaba las opiniones del autor sobre la impresionante política de alfabetización encarada por el gobierno soviético, que había reducido el analfabetismo rural, en unos años, al 45%.¹⁰⁰ Y en un artículo, inicialmente publicado en *La Vanguardia* el 11 de diciembre de 1921, y luego reproducido en *Revista de*

previa a 1917, y criticaba a una “intelectualidad” que había emigrado y que denostaba a la Rusia soviética desde su exilio.

⁹⁷.- *Ibidem*, p. 12.

⁹⁸.- Besio Moreno, N. (1922), “Altos conceptos educativos en la nueva Rusia”, en *Revista de Filosofía*, n° 2, Buenos Aires, marzo, pp. 259-292. La cita en pp. 272-73.

⁹⁹.- Simons, Hellmuth (1925), “Aspectos de la Rusia de hoy”, en *Sagitario*, n° 3, Buenos Aires, septiembre-octubre, p. 386.

¹⁰⁰.- A. R. (1926), “La Nueva Rusia, por Julio Álvarez del Vayo”, en *Revista de Oriente*, n°9/10, Buenos Aires, septiembre, p. 21.

Filosofía, André Morizet sentenciaba que si en muchas cuestiones era posible criticar a la revolución rusa, “en lo que concierne a su obra educativa [era] preciso inclinarse” dado que no podía “más que admirarse”.¹⁰¹ Morizet habíase entrevistado con Lunatcharsky y explicaba —luego de volver a señalar los impresionantes porcentajes de analfabetismo de la época prerrevolucionaria— que aunque pudieran hacerse reservas “sobre el valor de los conocimientos adquiridos en algunos meses”, “sobre lo inferior de ese cuerpo de profesores improvisados” o “sobre lo que falta a esas escuelas crecidas como en invernáculo, y donde los libros, los lápices y aun el papel faltan muchas veces”, él podía atestiguar que, junto a otros viajeros, habían visto “sentados a sus mesas de escolares, a grandes diablos de soldados ejercitándose en hacer palotes”, o “a ancianos de ambos sexos aprendiendo el abecedario”, por lo que más que las cifras de reversión del analfabetismo, lo que había que atesorar era “el espectáculo de ese fervor general” que le provocara “una emoción profunda”.¹⁰² En el marco de ese entusiasmo, la revolución “no sólo ha hecho del mujik un ciudadano libre” sino que también “lo ha transformado en hombre enseñándole la dignidad”.¹⁰³ De modo que concluía:

“Cualquier cosa que se piense de la revolución, cualquiera opinión que se tenga de la república de los soviets, hay que inclinarse ante este hecho: ha empezado a realizar y realiza diariamente la liberación intelectual de un pueblo que sus dirigentes mantenían en un embrutecimiento sistemático”.¹⁰⁴

Esta participación del pueblo era el otro lado de una educación que se concebía como popular: no sólo estaba dirigida al pueblo, argumentaban sus comentaristas, sino que éste era un actor de la misma. Arthur Ransome comentaba la existencia de “muchos cursos para obreros, donde se les da conocimientos generales sobre su oficio, a fin de que no sean simples máquinas ejecutantes de un trabajo que no comprenden”; así, un “metalúrgico puede seguir un curso de mecánica, un electricista un curso de electricidad, y los mejores expertos en agricultura están encargados de dar conferencias

¹⁰¹.- Morizet, André (1922), “La instrucción pública en Rusia”, en *Revista de Filosofía*, n° 2, Buenos Aires, marzo, p. 318. André Morizet fue un militante socialista francés, electo como alcalde de Boulogne en 1919. Participó de la fundación del Partido Comunista de Francia en 1920 (que inicialmente se denomina Section Française de l'Internationale Communiste), pero se alejó del mismo en 1923 por diferencias con las orientaciones de la III Internacional. Se unió entonces a la Unión Socialista Comunista, para más tarde, en 1928, regresar a las filas del SFIO (Section française de l'Internationale ouvrière).

¹⁰².- *Ibidem*, p. 320.

¹⁰³.- *Ibidem*.

¹⁰⁴.- *Ibidem*.

a los paisanos”.¹⁰⁵ Lo que sorprendía al cronista era que “a pesar del frío terrible de las salas de conferencias”, los obreros afluyeran masivamente a muchos de estos cursos, algunos “seguidos por un millar de personas”.¹⁰⁶ La avidez del pueblo por el saber, aseveraba Ransome, se ponía de manifiesto en el crecimiento de las bibliotecas públicas, las cuales entre 1917 y 1919 pasaron de 23 a 49 en Petrogrado, de 30 a 85 en Moscú, y la misma tendencia se verificaba en provincias. Una política que se fortalecía con las reediciones a precios populares de los clásicos de la literatura rusa y de libros agotados hacía mucho tiempo.¹⁰⁷

La *Revista de Oriente* publicó un extracto de la entrevista que le hiciera la Agrupación de Maestros “Lunatcharsky” de Montevideo a un estudiante universitario soviético que viajaba como miembro de la tripulación del buque soviético Vasal Vorosky. En ella, el entrevistado describía los métodos de socialización y educación colectiva a partir de la lectura de textos literarios y de técnica agrícola, y explicaba que “los habitantes de la Estepa” estaban aprendiendo “a leer sin avergonzarse” porque lo hacían “en la izba chitalña”, la cabaña-sala de lectura, que “es hija de la Estepa”. Y agregaba que cada una de esas *izbas* contaba con una biblioteca que los *mujiks* se esforzaban en ampliar, que el *soviet* local la proveía periódicamente de libros y útiles de enseñanza y que las organizaciones comunistas enviaba también material de difusión doctrinaria, a lo que se sumaba “la contribución de cada uno” de los campesinos, suscribiéndose “a periódicos centrales o locales de cuestiones agrícolas o ganaderas”.¹⁰⁸ El tono más sesgadamente iluminista de esta entrevista —donde los revolucionarios parecen estar llevando la cultura a los bárbaros de la estepa siberiana— la distingue de la mayor parte de las intervenciones y comentarios que se publicaban en el ámbito local, que tendían a apuntar el protagonismo masivo del pueblo en la tarea alfabetizadora; y evidentemente, la fecha de la publicación guarda relación con ese carácter. Pero lo que aquí quisiera igualmente señalar es el énfasis optimista que se guarda a la tarea educativa, tal como se la despliega en el espacio de la revolución, ya sea en 1919 como en 1926.

¹⁰⁵.- Ransome, Arthur (1920), “La educación”, en *Documentos del progreso*, nº 16, Buenos Aires, 15 de marzo, pp. 4-5. Se trata de un fragmento de su libro, *Six weeks in Russia*. También fue publicado como “Educación y cultura en Rusia”, en *Revista de Filosofía*, nº 4, julio 1920, pp. 121-124.

¹⁰⁶.- *Ibidem*.

¹⁰⁷.- *Ibidem*.

¹⁰⁸.- “De la Asociación Amigos de Rusia del Uruguay. La Izbu Chitalña” (1926), en *Revista de Oriente*, nº 6, Buenos Aires, enero, p. 23.

Se trata de un optimismo que en muchos casos está directamente asociado al surgimiento de una nueva forma de comunidad política, cuya relación con los procesos de trabajo y aprendizaje son considerados como inmanentes a la misma. Es el sentido por el que los editores de *Cuasimodo* hacen traducir un texto sobre la experiencia de una escuela-comuna en un barrio obrero de Moscú.¹⁰⁹ Allí, refiere el relato, el *soviet* del barrio expropió una casa antes perteneciente al rico fabricante de la zona y la transformó en una escuela que era al mismo tiempo un hogar de niños, la mayoría de ellos, huérfanos. De modo que ese estaba ante “una escuela de trabajo, un hogar de trabajo”. Todos aquellos que la habitaban, trabajaban y “con excepción de lavar la ropa, todos los trabajos se hacen por los alumnos”.¹¹⁰ Sesenta alumnos y un grupo de maestros vivían en la misma casa-escuela, una “escuela [que] es una comuna y se administra por sí sola”; en ella “todos son iguales, tanto los alumnos como los maestros”, quienes “según la Constitución no tienen más derechos que los alumnos”, y se les considera “como compañeros mayores”.¹¹¹ La pedagogía de base era “la escuela de trabajo, que el alumno aprenda haciendo los trabajos necesarios y útiles, que el trabajo mismo le obligue a preguntar, a buscar y a encontrar nuevas ciencias y nuevas ideas”. Por eso “la escuela está llena de trabajo, pero no es una fábrica, no es una empresa (...) es una comuna libre” dado que “sus miembros ejecutan el trabajo voluntariamente”.¹¹² El relato, además de hacer del trabajo una actividad de aprendizaje según las pautas de la revolución y del Comisariado de Instrucción Pública, parece también estar inspirado en los principios experimentales del legado tolstoiano:

“En la escuela hay talleres de carpintería y encuadernación, estudios de pintura y escultura, un taller para preparar colecciones científicas, un estudio teatral, donde los niños escriben obras teatrales que ellos mismos representan. Hay una revista ilustrada mensual escrita a mano, que se titula «Trabajo, ciencia y arte». Hay un círculo de canto y música. Todo se hace en un ambiente de compañerismo y los maestros les ayudan en los casos difíciles para los niños (...) Todo hacen los niños bajo la vigilancia de los maestros. Haciendo todo esto adquieren gran competencia. Trabajando encuentran muchas cosas incomprensibles que tienen que investigar en los libros”.¹¹³

Estas descripciones se correspondían con las orientaciones que aquí se conocían por las traducciones de los textos de Lunatcharsky, Krúpskaya o por las publicaciones en revistas extranjeras. Así, *Documentos del progreso* publica en 1919 el Primer

¹⁰⁹.- “Comuna de niños en Moscú (Traducción del ruso para Cuasimodo)” (1921c), en *Cuasimodo*, n° 25, Buenos Aires, 1° quincena de noviembre, pp. 20-22.

¹¹⁰.- *Ibidem*, p. 20.

¹¹¹.- *Ibidem*.

¹¹².- *Ibidem*, p. 21.

¹¹³.- *Ibidem*.

informe oficial de A. Lunatcharsky, elaborado en noviembre del año anterior y en el cual el dirigente del gobierno soviético exponía los fundamentos de la reforma educativa. En el informe se explicaba que todas las diferentes escuelas antes existentes serían desde entonces reemplazadas por la “Escuela Unificada de los Trabajadores”, que abarcaría la instrucción en toda su extensión. El carácter unitario debía comprenderse bajo dos aspectos: por un lado, que quedaba “abolida la división de clase” y que la escuela adoptaba “un sistema gradual y continuo”, de modo que “cada niño de la República Rusa entra[ba] a la escuela en idénticas condiciones” y tenía “la misma oportunidad que cualquier otro de completar la más elevada educación”. Por otro lado, el carácter unitario de la escolarización obedecía a la decisión de omitir toda especialización hasta la edad de 16 años, momento para el cual se consideraba que el estudiante tendría más claro el panorama de su vocación.¹¹⁴

Poco tiempo después, en un extenso artículo, Nicolás Besio Moreno destacaba la obligatoriedad de los primeros cursos (de 5 y 4 años respectivamente) de la escuela unificada, que fijaba la igualdad de oportunidades y suprimía las distinciones clasistas, como también la ausencia de especialización hasta los 16 años, que la educación era general, técnica e igual para varones y mujeres, que se suprimieran los exámenes y las tareas hogareñas, que cada curso lectivo no fuera mayor a los nueve meses por año, el diseño “productivo” de la enseñanza básica y “productivo-social” de la secundaria, y aun el cogobierno de maestros y alumnos, con participación de los padres.¹¹⁵ En su exposición, Besio Moreno subrayaba que el sentido pedagógico de la enseñanza puesta en marcha por la revolución “tuvo al trabajo como base educativa substancial y de aquí vino a resultar que a la vez que se armaba al hombre para ser un útil elemento en la colectividad se propendía al fortalecimiento de su ser físico y al desarrollo del intelecto”.¹¹⁶ Retomaba así la idea expuesta por Lunatcharsky cuando afirmaba que “el

¹¹⁴.- Lunatcharsky, A. V. (1919a), “La educación bajo el régimen bolsheviky”, en *Documentos del progreso*, n° 5, 1° de octubre, pp. 1-4. Publicado también como Lunatcharsky, A. (1920), “Primer informe oficial de Lunatcharsky”, en *Revista de Filosofía*, n° 4, Buenos Aires, julio, pp. 100-112.

¹¹⁵.- Besio Moreno, N. [Nicolás] (1922), “Altos conceptos educativos en la nueva Rusia”, en *Revista de Filosofía*, n° 2, Buenos Aires, marzo, pp. 259-292. El autor también destacaba y detallaba el fin de las jerarquías al interior del plantel docente (pp. 273-74), que la instrucción estuviera exclusivamente a cargo del Estado (pp. 275-76), la obligatoriedad y el tema de la alimentación a cargo de la institución (276-79), entre otros. Nicolás Besio Moreno era ingeniero y, además de incursionar en distintas áreas del conocimiento y el arte, trabajó sobre cuestiones pedagógicas y relativas al sistema educativo; poco antes del artículo sobre la política educativa soviética, había publicado “La preparación teórica y práctica de los profesores de matemática” (1920), y unos años antes, “Enseñanza universitaria de las matemáticas” (*El Monitor de la Educación Común*, 1909).

¹¹⁶.- *Ibidem*, p. 266.

carácter de nuestra escuela reside en el hecho de que el trabajo —pedagógica y particularmente enseñado— será la base educativa”, a la vez que se promovía “la racional coordinación de la ciencia, el ejercicio físico y el desenvolvimiento estético” a fin de posibilitar “la formación del hombre verdaderamente armonioso y moderno”.¹¹⁷ La educación es pensada como uno de los espacios de constitución de una nueva subjetividad, donde el trabajo, en tanto *actividad*, deviene instancia antropogénica y por ello decisiva en la dimensión cultural de la revolución y aun en la revolución en general. De lo que Besio Moreno deducía que en “la nueva Rusia” se comprendía más profundamente el problema educacional pues su principal postulado era poner en el centro del sistema educativo “el exclusivo y real interés del educando”.¹¹⁸

El informe de Nadezhda Krúpskaya al Primer Congreso Panruso de Educación Nacional de agosto de 1918 fue publicado por *La Vanguardia* en enero de 1920 —y reproducido poco después en *Revista de Filosofía*.¹¹⁹ En dicho informe señalaba que “la gran mayoría del pueblo sentía a cada instante su impotencia por falta de saber”, aprendiendo en “una amarga experiencia, que conocimiento significa poder”, lo que derivó en el deseo de “instruirse apasionada e irresistiblemente”.¹²⁰ Luego de apuntar que no se podía tratar la educación para adultos como si fuera la de los niños y que era preciso enseñar cómo se construía el conocimiento¹²¹, la pedagoga exponía el cambio en las condiciones de la educación práctica:

“Hasta ahora, la enseñanza profesional tenía por objeto preparar al obrero para una acción mecánica: amolar o afilar, cepillar, ser cerrajero, etc.; pero en adelante, además de eso, la enseñanza profesional debe capacitar al obrero para comprender la industria en que trabaja y el lugar de la misma en el mercado del mundo. La ciencia debe arrojar luz sobre la naturaleza peculiar de la industria en cuestión; debe darse a conocer la historia de las ramificaciones de la misma, lo cual debe ser relacionado con el estudio de la historia del trabajo y de la civilización; la misma industria debe ser explicada desde el punto de vista de los problemas económicos y políticos”.¹²²

Para Krúpskaya, esta escuela elemental para adultos debía ser completada con un nivel superior, una suerte de “universidad del pueblo” que brindara los conocimientos necesarios para que los adultos pudieran entonces ingresar al sistema

¹¹⁷.- Lunatcharsky, A. V. (1919a), cit., pp. 103-04.

¹¹⁸.- Besio Moreno, N. (1922), cit., p. 266.

¹¹⁹.- Krúpskaya, N. (1920), “La educación de los adultos en Rusia”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 18 de enero. Reproducido también en *Revista de Filosofía*, nº , Buenos Aires, julio 1920, pp. 116-121. Cito de esta última publicación. En el crédito de las publicaciones locales, Krúpskaya es presentada como “N. R. Ulyanova – señora de Lenin”.

¹²⁰.- *Ibidem*, p. 116.

¹²¹.- *Ibidem*, pp. 117-18.

¹²².- *Ibidem*, p. 118.

universitario.¹²³ La pedagoga no hacía más que advertir sobre la necesidad de generar las condiciones en las cuales se hicieran efectivos los propósitos de la educación superior soviética. Es que las reformas emprendidas por el Comisariado, afirmaba Lunatcharsky, aspiraban a que “*un grado superior o adelantado de instrucción [fuera] en Rusia accesible a todos*”, pues “todo ciudadano, sin distinción de sexo, llegado a la edad de 16 años” debía poder “entrar a cualquier institución de enseñanza superior”.¹²⁴ Crear reales condiciones de accesibilidad a la enseñanza superior para cualquier ciudadano o ciudadana de la novel república soviética era otro de los aspectos que destacaba en su análisis el ingeniero Besio Moreno, deteniéndose particularmente en la autonomía universitaria, el régimen de cogobierno y la creación de nuevas universidades.¹²⁵

El propio Besio Moreno terminaba su escrito aseverando que “el esfuerzo más digno de notarse del nuevo régimen ruso, en el campo de la instrucción, por su novedad y tendencia, es el de la publicación, por parte del estado, a precios populares, de las grandes obras de los clásicos rusos, casi todas agotadas o a precios inabordables por las clases pobres”. Este “Estado editor”, como le llama, había depositado la responsabilidad de esa empresa nodal de la política pública educativa “en manos de un hombre que es enemigo del régimen político” vigente, pues “Máximo Gorki ha sido electo para llevar a cabo este magno ideal”, lo que también destacaba, para el autor, la nobleza de miras del gobierno ruso, que apostaba a la imparcialidad y a la calidad que Gorki con seguridad garantizaría.¹²⁶

No resulta entonces sorprendente que en esta temática educativa varios artículos, en distintas publicaciones y en distintos momentos entre 1919 y 1926, fueran coincidentes en destacar positivamente los aspectos hasta aquí mencionados de la

¹²³.- La labor de la enseñanza no se restringía al sistema educativo formal sino a medios y escenas de socialización educativa más amplios, donde a modo de ejemplo mencionaba el lugar del cine y de los museos para “sugerir” —es el término que propone— valores como solidaridad humana, internacionalismo, etc., confrontando con la instrumentación del cine por la industria burguesa; *ibidem*, p. 120. Una descripción de la amplitud del sistema educativo, con las escuelas superiores para obreros, el rol de los jóvenes, el movimiento de *pionners*, la protección museística del patrimonio cultural, la actividad editorial, las exposiciones en el exterior, en Lunatcharsky, A. (1925), “La cultura soviética en los últimos siete años”, en *Revista de Oriente*, n° 3, Buenos Aires, agosto, pp. 4-5.

¹²⁴.- Lunatcharsky, A. V. (1919a), cit., p. 107. Las cursivas en el original.

¹²⁵.- Besio Moreno, N. (1922), cit., pp. 279-285. La general aprobación que Besio Moreno expone sobre la política educativa soviética es apenas mermada cuando considera que los revolucionarios han ideologizado o partidizado la instrucción al relacionarla con la implantación del comunismo ya que no debiera embanderarse “la formación del intelecto, en una orientación premeditada” (*ibidem*: 264), dado que el autor considera que las políticas soviéticas deberían ser aplicadas en todos lados, más allá de los regímenes sociopolíticos.

¹²⁶.- *Ibidem*, p. 289. El artículo lista inmediatamente un conunto de autores y obras de grandes novelistas y poetas rusos que estaban para su pronta publicación en esas ediciones populares.

reforma educativa que tenía lugar en la Rusia de los *soviets*.¹²⁷ Uno de los asuntos sobre el que convergían las miradas era la relación entre trabajo y educación. Al atender a dicho tema, la revista de la izquierda socialista *Claridad* levantaba un artículo de la norteamericana *The School Life* dedicado a los principios educativos puestos en marcha en Rusia y en el cual se hacía especial hincapié en la fuerte relación entre educación y utilidad pública —es decir, el trabajo— además de la capacidad moralizante de una instrucción afirmada en esas labores, pues “el trabajo, por sí solo, ha de producir en el niño su educación íntima”, forjando “al ciudadano futuro para la vida armónica y solidaria en una comunidad socialista”.¹²⁸ Si bien “la regla principal”, decían los autores del artículo, “es familiarizar al niño con el trabajo y hacer que le tome amor”, también se impartían los “tópicos generales tales como geografía, artes, letras, etc.”, sólo que “la educación en historia, por ejemplo, será más bien una educación sobre la historia del trabajo y de la cultura”.¹²⁹ Los editores del *Suplemento de La Internacional* publicaron un artículo tomado de *Novy Mir* en el que la “nueva escuela” era vista como una combinación y síntesis entre trabajos manuales e intelectuales, y como una orientación que posibilitaba anudar positivamente la escuela y la producción. Pero inmediatamente se advertía que “el trabajo manual no constituye el propósito postrero” de la educación

¹²⁷.- Cfr., entre otros, Ramos Pedrueza, Rafael (1925), “La Educación en la Rusia Soviética”, en *Revista de Oriente*, nº 1, Buenos Aires, junio, pp. 33-34. Se trata de un extracto de la conferencia del profesor mexicano Rafael Ramos Pedrueza, que visitó la Unión Soviética; en la misma, elogiaba la obra educativa “que encabezan Lunatcharsky y Krupskaja”, explicaba cómo se revirtió la inicial renuencia de los maestros y profesores del viejo régimen, también la atención educativa de los niños y la “Escuela Única del Trabajo”, las universidades como formadoras de una dirigencia obrera técnico-administrativa del Estado y la educación del campesinado, para luego mencionar el “arte nuevo” emergente, como “el Teatro de la Revolución” o el “Teatro Nuevo”. También puede verse Wheeler, Post (1920), “La escuela y los estudiantes en la nueva Rusia”, en *Revista de Filosofía*, nº 4, julio 1, pp. 113-116, quien resaltaba el carácter amplio y genérico de los primeros dos ciclos educativos, el lugar del trabajo como instancia formativa, la gratuidad de la enseñanza y el abastecimiento de insumos escolares a cargo del Estado, el cogobierno de las escuelas, etc. Se trata de una nota levantada *The School Life*. George Post Wheeler era un periodista, escritor y diplomático que en 1920 servía en la embajada de Estados Unidos en Estocolmo, pero que había prestado servicios en la embajada en San Petesburgo entre 1906 y 1911, y que desde entonces desarrolló una importante carrera como escritor, editor y traductor de cuentos populares, como *Russian-wonder tales; with a foreword on the Russian skazki* (publicado en 1923), *Vasilissa the beautiful*, *Albanian wonder tales* o *Dragon in the Dust* (1946), como también tradujo *The Tale of Tsar Saltan*, de Alexander Afanasiev.

¹²⁸.- “Los principios educacionales de la República Socialista Rusa” (1920), en *Claridad*, nº 4, Buenos Aires, 19 de marzo, p. 11. Traducido de *The School Life*. Publicado también en *Revista de Filosofía*, nº 2, marzo 1920, pp. 318-20.

¹²⁹.- *Ibidem*. Por lo demás, los articulistas también resaltaban la prohibición de la tarea para el hogar, la eliminación de los exámenes (“el niño no tiene que sufrir ninguna clase de exámenes”), que la escuela estuviera abierta todos los días como “un segundo hogar”, la absoluta prohibición de cualquier castigo a los alumnos, y la estructura de gestión compartida entre profesores, ciudadanos del distrito, alumnos de mayor edad y delegados del Comisariado de Instrucción Pública.

escolar, sino “un medio de instrucción”.¹³⁰ Y es que ese «lugar central del trabajo» en la estructura educativa corría el riesgo de ser leído, según el articulista, no tanto como una crítica a una formación abstraída de la realidad social o a la escisión entre trabajo manual e intelectual, sino como una disposición del sistema educativo *en función* de los requerimientos productivos —entendiendo a estos últimos en términos acotadamente económicos.

Muchos han advertido que la relevancia de las tareas culturales y educativas del nuevo régimen soviético no preocupaban del mismo modo a la dirección bolchevique; sí, por ejemplo, a Lenin, quien siguió el desarrollo de las actividades del *Narkompros* (Comisariado para la Instrucción Pública) hasta 1922 (momento en que prácticamente abandona la actividad política). Según Sheila Fitzpatrick, desde los inicios, el *Narkompros* desplegó —no sin dificultades y en el marco de una guerra civil que impedirá consolidar instituciones más o menos eficaces si no están directamente vinculadas al esfuerzo bélico— una suerte de programa implícito, que la investigadora norteamericana ha tematizado bajo tres cuestiones principales. En relación a la teoría educativa, el gobierno bolchevique se inclinó por las teorías modernas de la época, partidarias de una educación progresiva, apostando a la creatividad e individualidad del niño, en un marco de relaciones informales entre maestros y alumnos, con métodos de enseñanza activa, de expansión de los planes de estudio para incluir educación física y estética tanto como habilidades manuales y de oficios, todo lo cual se pretendió materializar en la Escuela Única del Trabajo. En la esfera cultural y científica, se abogó por una política de apoyo al trabajo creativo y científico en la que el Estado no se inclinara por apadrinamientos especiales que condujeran al monopolio de una determinada perspectiva científica o artística (lo que permitió al Comisariado intervenir para proteger el arte tradicional de los ataques de las vanguardias, al mismo tiempo que subvencionaba a vanguardias estéticas rivales). La tercera cuestión fue el principio de igualdad de oportunidades, por el cual el sistema educativo debía hacer posible que cualquier niño o niña no quedara restringido en su elección profesional desde una edad temprana y por motivos sociales o económicos; un enfoque que significaba apostar por

¹³⁰.- “La escuela taller uniforme” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, nº 12, Buenos Aires, 30 de octubre, pp. 7-9. La traducción queda inconclusa porque la continuación nunca llega a publicarse pues deja de editarse el Suplemento de *La Internacional*. El artículo expone los fundamentos de la escuela-taller y su relación con la sociedad socialista, así como los logros alcanzados en términos de escolarización.

una educación general universal primaria y secundaria descartando la temprana especialización profesional.¹³¹ Estas eran las perspectivas y las decisiones que rescataban la mayoría de los comentaristas rioplatenses o que se desprendían de la selección que los editores locales hacían de artículos debidos a autores extranjeros. Pero estas orientaciones del *Narkompros* colisionaban con las tendencias profesionalizadoras de la educación motorizadas por los comisariados económicos, los sindicatos y los comités de partido, que requerían soluciones prácticas y utilitarias a la escasez de fuerza de trabajo calificada al final de la guerra civil. Uno de los principales argumentos de los miembros del *Narkompros* era que la profesionalización vulneraba la igualdad de oportunidades, y si fueron por cierto tiempo exitosos en su resistencia frente a las presiones profesionalizantes ello se debió, para Fitzpatrick, a que su posición se nutría de la vocación igualitarista que alimentó la revolución rusa, y también a la habilidad política de Lenin, que revirtió la débil posición de Lunatcharsky y el *Narkompros*.

Y es que la relación entre “trabajo” y “educación” podía ser entendida de muchos modos. Por ejemplo, si en el artículo antes citado del *Suplemento de La Internacional* de octubre de 1921 se observaba que el trabajo era un medio educativo y no un propósito de la instrucción, en otro escrito aparecido en la misma publicación en agosto de ese año se sostenía que “[e]l signo fundamental” de la nueva enseñanza era “no sólo su proletarización sino también, y muy particularmente, su relacionamiento [sic] estrecho con la vida económica del país”, al hacerla “parte integrante del sistema económico”.¹³² De tal modo, la educación se convertía en “la proveedora de obreros calificados”, y regulaba dicha provisión “sobre la base de la demanda (...) o sea, de la industria”.¹³³ Claramente *el trabajo* como instancia educativa, desde esta otra perspectiva, dejaba de ser visto como una *actividad*, como un *hacer* de dimensiones antropogénicas, para subsumirlo en los requerimientos de un modelo productivista.

De todos modos, estas intervenciones en clave “economicista” fueron claramente minoritarias. Cierta lectura de la cuestión educativa en la Unión Soviética que a primera vista podría encuadrarse en esa orientación que denominamos, a falta de mejor término, “productivista”, como la que circuló en medios sindicalistas, analizada más de cerca permite observar que debido a la preocupación desde la cual es abordada

¹³¹.- Cfr. Fitzpatrick, Sheila (1977), *Lunacharski y la organización soviética de la Educación y de las artes (1917-1921)*, Madrid, Siglo XXI.

¹³².- “La instrucción profesional y técnica en Rusia” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, n° 2, Buenos Aires, 22 de agosto, p. 4.

¹³³.- *Ibidem*.

la problemática, ésta queda focalizada en un aspecto, el relativo a la capacitación y el saber de los trabajadores. Por eso, más que una reflexión sobre el conjunto de la reforma educativa soviética, los sindicalistas atienden al conocimiento profesional como condición del conflicto y de poder de los trabajadores. Así, los editores de *La Organización Obrera* publicaron fragmentos de las resoluciones del Tercer Congreso panruso en lo atinente a la formación profesional en los que se apuntaba que “los nuevos métodos de organización de la escuela única del trabajo” en la Rusia soviética ya no se basaban en “formas abstractas de vida” sino que aproximaban la escolarización “a la vida industrial, con el consiguiente traslado del centro de gravedad a la enseñanza técnico-profesional”.¹³⁴ Es en la selección de los extractos publicados donde tiene lugar la palabra sindicalista en torno a la cuestión educativa: efectivamente, se trataría de métodos pedagógicos que responden a la idea de que “la tecnología, la técnica, debe ser democratizada y ser patrimonio de los millones de trabajadores rusos”, por lo que a la conquista del poder político le debía seguir la conquista de “los conocimientos técnicos que hasta ahora eran monopolio de los intelectuales burgueses”.¹³⁵ Es cierto que los sindicalistas de la Argentina reproducen aquí los puntos de vistas de las organizaciones sindicales y económicas de la Unión Soviética, las cuales intentaban forzar el paso hacia una educación más dirigida a la formación de la nueva fuerza de trabajo.¹³⁶ En todo caso, los editores de *La Organización Obrera* estaban atentos al lugar del conocimiento en la lucha por el poder *en el trabajo*, pero ciegos o desinteresados por las consecuencias políticas y teóricas que acarrea subsumir las formas y los objetivos educativos a una lógica meramente productivista.¹³⁷

¹³⁴.- “La Instrucción Profesional. El tercer congreso panruso El movimiento sindical y la 3° internacional” (1920), en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 17 de julio, p. 3.

¹³⁵.- “Un llamado a los obreros. El tercer congreso panruso. El movimiento sindical y la 3° internacional” (1920), en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 17 de julio, p. 3.

¹³⁶.- Entre los segmentos del informe seleccionados y publicados están aquellos en los que el Congreso panruso se pronunciaba por la obligatoriedad de la instrucción técnica en el «frente industrial», porque “toda la masa fabril deb[ía] ser movilizada y pasar por el crisol de la instrucción técnica en los cursos especializados” dada la “gran escasez de obreros calificados porque muchos de ellos se ha[bía]n perdido por muerte o desgaste”, en definitiva, por la obligación de formación de “nuevos cuadros de obreros calificados”; *ibídem*.

¹³⁷.- Quizás por eso, aunque los comprendieran bajo ciertos deslizamientos de sentido, reproducían los argumentos más profesionalizantes del debate ruso sobre la educación y la cultura, los cuales otorgaban la primacía y el sentido de su organización y proyección al elemento económico: “La instrucción técnico-profesional debe ser impartida según un plan definido, en unión y concordancia con las necesidades y exigencias de la producción y de acuerdo con los planes de las organizaciones económicas”; “La Instrucción Profesional. El tercer congreso panruso El movimiento sindical y la 3° internacional” (1920), cit.

Las críticas fueron escasas, y por eso resultan extrañas en un conjunto de apreciaciones positivas. Entre las pocas halladas, una publicada en *La Protesta* atacaba “la escuela bolcheviki” porque en ella se exhibía “la apoteosis del militarismo rojo, en cuadros cubistas y futuristas”, y se exaltaban “batallas, formaciones militares, soldados de diversas armas, cañones, ametralladoras, buques”, todo lo cual “[n]o deja de producir sus efectos y los niños en las calles juegan «a los soldados»”.¹³⁸ Del mismo modo que los “retratos de Marx, Engels, Lenin y Trotsky” y las “divisas y carteles elogiando el Estado proletario”, “todo esto reforzado por la «Internacional», las canciones comunistas, los himnos al ejército rojo y a la revolución”, la escuela en la Rusia revolucionaria, para el autor, estaba forjando “la generación nueva en la cultura del paraíso estatista-burocrático”.¹³⁹

En un texto publicado en 1923 por la imprenta Golos Truda y titulado “La educación en la Rusia soviética (poder comunista y educación)”, el revolucionario anarquista de origen ucraniano que se había recientemente exiliado en la Argentina, Anatol Gorelik, realizaba un análisis de la problemática de la educación y del acceso a los saberes antes y después de la revolución de 1917. En dicho texto, Gorelik sostiene que “la sed de saber, la pasión por alcanzar el sentido de la vida en general y social en particular” fue algo característico “en las masas en los años que siguieron a la revolución de 1905”.¹⁴⁰ Desde esa primera revolución y hasta 1917, a pesar de las limitaciones que imponía la autocracia, cientos de revistas e informes “popularizaban las ciencias y el arte para que sean comprensibles para las masas” mientras se formaban miles de círculos de autodidactas, grupos literarios y de teatro, etc.; las mismas masas creaban establecimientos culturales y educativos por su propia iniciativa, por lo que no resultó sorprendente que “la revolución de febrero haya despertado las expectativas y las esperanzas” para un mayor desarrollo de la actividad cultural y educativa.¹⁴¹ Dado que “las instituciones culturales, pedagógicas, deportivas y otras, que se habían desarrollado hasta la revolución, se pusieron a trabajar”, el resultado fue que “miles de escuelas, de jardines de infantes, escuelas de verano, escuelas nocturnas, que existían incluso durante la época más negra de la reacción zarista” se consolidaron y se

¹³⁸.- Vilkens (1921), “De la escuela bolcheviki”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 1º de octubre, p. 2. Es probable que este autor que firma como Vilkens sea el tal Galán que Alexandrovsky denuncia como “agente provocador del espionaje contrarrevolucionario francés”; cfr. Alexandrovsky (1921: 22 y ss.).

¹³⁹.- *Ibidem*.

¹⁴⁰.- Gorelik, Anatol (1923), “La educación en la Rusia soviética (poder comunista y educación)”, en Gorelik, Anatol (2007), pp. 173-74.

¹⁴¹.- *Ibidem*, p. 174.

reorganizaron “en un plano de libertad”. Los pedagogos más avanzados e innovadores, como Montessori, Froebel, Tolstoi, afirmaba Gorelik, “se convirtieron en libros para muchos maestros”.¹⁴² Para el ucraniano —coincidiendo en estas apreciaciones con lo expresado por Krúpskaya antes citado— “la revolución en el ámbito escolar, como los planos políticos y económicos de la vida rusa, fue llevada a cabo por las mismas masas, por iniciativa propia y por sus medios”.¹⁴³ El problema vino después, cuando el Estado comunista llevó adelante la centralización del esfuerzo educativo como parte de la centralización de “toda la vida social” para someterla al *dictum* de la economía:

“Las escuelas, los niños, los docentes, los libros, los papeles, los lápices, todo fue tomado a beneficio del Comisariado Popular de la Cultura [sic] y entregado a sus funcionarios. Ni un pedacito de todo esto pudo escapar. La mirada aguda de los miembros del Comisariado Popular de la Cultura no perdió ni lo más diminuto, notable y pedagógico. Pero justamente cada pedacito de papel, de libro, de lápiz, de establecimiento, de individuo, etc., fue registrado de nuevo por secciones económicas, políticas, militares, etc.; así empezó una madeja interminable de controles y repartos de parte de los organismos rectores, indispensables para la vida de los niños y para las profesiones al respecto. El docente y el personal administrativo, al igual que los otros objetos, como una parte de la sección de producción de las escuelas”.¹⁴⁴

La mirada desangelada de Gorelik se posa sobre lo que a su criterio había destruido la potencia de cambio que se expresó en ese movimiento de las masas por el saber y la instrucción. Fue, arguía Gorelik, la toma del control de dicho movimiento por las instituciones estatales lo que derivó en una razón productivista para el proceso educativo, y esto más allá de las buenas intenciones que reconoce en los comunistas, es decir, en los bolcheviques (al menos en muchos de ellos).¹⁴⁵ Para el revolucionario ucraniano se equivocaban quienes pensaban que el problema era la mala voluntad de los bolcheviques; al contrario: “sus medidas en papel y en palabras fueron excelentes”. Incluso “*soñaron en la instauración de un hombre nuevo, libre*” y muchos de ellos “dedicaron a aquella tarea todas sus fuerzas, y el gobierno consagró a esa obra de la educación popular una gran parte de su interés oficial”. Pero allí donde se debía apostar a una creación completamente libre, según los postulados tolstoianos, añadía Gorelik, terminaron por gobernar las necesidades del Estado, y por detrás de éste, las de la economía.¹⁴⁶

¹⁴².- *Ibidem*.

¹⁴³.- *Ibidem*, pp. 174-75.

¹⁴⁴.- *Ibidem*, pp. 177-78.

¹⁴⁵.- Gorelik no creía que todos los militantes comunistas eran economicistas y dictatoriales, como consideraban muchos anarquistas.

¹⁴⁶.- *Ibidem*, pp. 176-77. Las cursivas en el original.

Aun en las miradas críticas se percibe una alta dosis de aprobación a los propósitos educativos del régimen soviético. Por eso no extraña que Julio R. Barcos propusiera al congreso de unificación del movimiento obrero —del que finalmente emergería la Unión Sindical Argentina (USA)— “la formación de un Consejo Obrero General de Educación (...) para fundar no menos de 40 o 50 escuelas destinadas a los hijos de los trabajadores, en los lugares y con los estudios más adelantados para tales fines”, porque se debía “ensayar en el campo educacional el sistema de las instituciones libres del comunismo”.¹⁴⁷ Y a los jóvenes maestros recién salidos del magisterio y ya desocupados, se les podía ofrecer que “en vez de ser instrumentos de coacción mental y parasitismo, lo [fueran] de libertad y de trabajo” sumándose a la creación del “mayor número posible de escuelas racionalistas”.¹⁴⁸ De modo que proyectaba:

“Cada una de estas escuelas, verdaderas casas del pueblo, convertiríase gradualmente en una Universidad Social de los Trabajadores. En estas universidades se prepararían oradores, conferencistas y expertos en el arte de organizar las nuevas instituciones económicas del comunismo”¹⁴⁹

La propuesta de Barcos buscaba, además de traer a las tareas de la izquierda y el movimiento obrero una problemática cara a sus preocupaciones, eludir la crítica a lo que Alberto Palcos llamaba la “ilusión de los pedagogos”, es decir, la creencia en que la transformación social vendría de la mano de la educación (formalizada).¹⁵⁰ Para Palcos, la educación era un “instrumento de dominación” que operaba por distorsión: los ideales educativos eran formalmente correctos, pero la institución los deformaba en el curso de su puesta en práctica. Esta distorsión no era posible, sostenía, en todos los campos de la ciencia: las ciencias naturales y exactas estaban, a su criterio, excluidas de tal

¹⁴⁷.- Barcos, Julio R. (1921b), “Vuestros hijos necesitan escuelas sin dogmas oficiales. Primer Soviet de la Educación”, en *Cuasimodo*, n° 17, 1° decena de mayo, p. 6.

¹⁴⁸.- *Ibidem*.

¹⁴⁹.- *Ibidem*, p. 7. Otra vinculación directa entre la obra educativa que tenía lugar en la Rusia revolucionaria y las prácticas de la izquierda y los trabajadores en la Argentina era propuesta en las páginas del libertario *El Trabajo. Diario de la mañana*. Para los editores, “los sucesos importantísimos para la evolución y la revolución cultural de esta República, producidos por los estudiantes que suscitaron la reforma universitaria, y más tarde, el movimiento huelguista de los maestros de Mendoza y Santa Fe que revelaron el nacimiento de una nueva conciencia social en gran parte del magisterio” expresaban la emergencia de una situación que permitía “arrebatarle al Estado” el monopolio educativo; agregando: “Se nos ocurre que hay dos medios de obtener cuanto antes la escuela liberadora que nos conviene. El primero es el que trata de conseguir el magisterio al reclamar que la educación del pueblo sea dirigida por el pueblo. El segundo es el que pueden arbitrar los trabajadores creando por su libre iniciativa escuelas racionalistas y técnico-industriales del tipo ya creado con notable éxito en otros países”; en “Cultura proletaria” (1921), en *El Trabajo. Diario de la mañana*, n° 12, Buenos Aires, 16 de septiembre, p. 1.

¹⁵⁰.- Palcos, Alberto (1921), “Algunas consideraciones sobre el problema educacional”, primera parte, en *La Internacional. Suplemento*, n° 7, Buenos Aires, 26 de septiembre, pp. 6-7.

deformación, pero en las ciencias históricas y sociales “la ocultación de la verdad” era sistemática.¹⁵¹ En tanto “vivimos en un Estado capitalista”, la educación “no puede rebasar los límites de tal Estado ni salirse de las normas que lo legitiman y legalizan. Por eso, mientras exista el Estado capitalista habrá una caricatura de educación”.¹⁵² De todos modos, Palcos no dudaba en afirmar que “actualmente ningún plan serio de educación puede prescindir de aplicar e imitar por completo las notables innovaciones de Lunacharski, que coinciden, en lo fundamental, con mucho de lo que pregonaban los mejores educacionistas”. Pero para hacerlo, insistía, “es absolutamente indispensable terminar con el Estado burgués, crear en su lugar un Estado proletario, instalando la dictadura del proletariado. Esa es una premisa fundamental e imprescindible del problema”.¹⁵³ Sin percibirlo, Palcos disociaba nuevamente “el problema de la educación y la cultura” del “problema de la revolución”.¹⁵⁴

Arte(s)

“¿De qué hablaba? —preguntó al primer mujik otro de mediana edad y aspecto taciturno, que había contemplado la escena desde el umbral de su isbá—. ¿De los atrasos?
—¿De qué atrasos, hermano? —le respondió el primer mujik con voz en la que ya no quedaba ni rastro de aquel armonioso tono patriarcal y en la que, por el contrario, vibraba ahora cierta dureza.
—Hablaba por hablar, por darle a la lengua. Ya se sabe: un señor, ¿acaso entiende de algo?
—¿De dónde va a entender? —respondió el otro mujik. Y ambos comenzaron a contarse sus cuitas y necesidades. Entre tanto, Basarov se encogió de hombros despectivamente, aquél mismo Basarov, tan seguro siempre de sí mismo (que ante Pável Petrovich se jactaba de saber hablar con los campesinos), ni siquiera podía sospechar que él, a los ojos de éstos, no era más que un botarate...”¹⁵⁵

Esta larga cita de *Padres e hijos*, la novela que Iván Turguénev escribiera en 1860 y publicara dos años después, más allá de las diferentes interpretaciones que se

¹⁵¹.- *Ibidem*, p. 7. “La historia se escribe al paladar de la clase gobernante”, de modo que había una historiografía oficial del *status quo*, y una historia verdadera que era la del progreso material, de permanente cambio de la humanidad; *ibidem*.

¹⁵².- *Ibidem*.

¹⁵³.- Palcos, Alberto (1921a), “Algunas consideraciones sobre el problema educacional”, conclusión, en *La Internacional. Suplemento*, nº 8, Buenos Aires, 2 de octubre, pp. 6-7.

¹⁵⁴.- Por eso señalaba lo que consideraba los límites de la Reforma Universitaria de 1918: a lo sumo podía evitar que la Universidad se convirtiera en un foco de reacción, pero afrontar el fondo del problema exigía reformar el régimen social mismo. La fuerza y el motor de ese cambio no podía provenir de “la superestructura” sino, afirmaba, de la base económica sobre la que aquella reposaba; *ibidem*, p. 7.

¹⁵⁵.- Turguénev, Iván (1971 [1862]), *Padres e hijos*, Madrid, Alianza, p. 196.

han hecho de esta obra y en particular del personaje del nihilista Basárov, retoma con cierto desencanto la relación y la instancia dialógica entre una intelectualidad rusa cuyas aspiraciones de cambio social se manifestaban, por ejemplo, en su literatura, y un pueblo, básicamente *mujik*, del que se tenía la esperanza que fuera el protagonista de esa transformación. Se ha dicho que el personaje de Basárov, con su impiadosa franqueza y su suerte de confianza mística en un naturalismo y antiespiritualismo de fondo darwiniano, causó la indignación de los amigos socialistas de Turguénev, como Herzen. También que el occidentalismo de aquél estaba en la base de su crítica a lo que creía una idealización del campesinado y la comunidad agraria que no podría más que terminar en la desilusión de los jóvenes radicales de la *intelligentsia*, como sucede en la novela con el trágico Basárov.¹⁵⁶ En cualquier caso, y más allá de su opinión, Turguénev ponía en primer plano la problemática de la distancia cultural entre el campesinado y esa intelectualidad revolucionaria y su obra —su literatura, en este caso— hasta el punto de sospechar de la misma posibilidad del encuentro. Y sin embargo, bien podría decirse que la existencia de la misma pregunta por la relación sugiere una presencia de ese otro, como tal, en la literatura de estos intelectuales críticos. Estas reflexiones acompañaron a la *intelligentsia* rusa como su sombra, durante la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años de la siguiente centuria.

Seguramente por su existencia previa, esa interrogación fue parte más o menos explícita de los debates en torno a la relación entre arte y revolución, en particular desde 1917, pues si desde entonces las masas tomaban la palabra, ¿cómo incumbía eso a la producción del arte? ¿Qué significaba promover un “arte revolucionario” y qué revolución *en el* arte se requería para que aquél tuviera lugar? Si la revolución era una ruptura, ¿cómo acaecía ésta en el arte? Lo que también conllevaba la pregunta sobre qué era lo que debía conservarse de la “vieja” producción artística.

Precisamente este último aspecto surge de las traducciones y publicaciones que los editores locales seleccionaron para abordar la relación entre “cultura” y revolución, en general asociada con la temática educativa, aunque también se publicaron un considerable volumen de textos que hurgaban en ella enfocándose en la literatura, el teatro o las artes plásticas. Las referencias a la cuestión oscilaron entre los juicios sobre el pasado ruso culturalmente bárbaro —debido a su régimen autocrático o a la

¹⁵⁶.- Véase Strada, Vittorio (1980), cap. “Padre e figli”. Turguénev tuvo fuertes discrepancias con sus amigos Tolstoi y Herzen, pero la relación entre ellos, con distanciamientos y discusiones, igualmente se sostuvo.

ignorancia de las masas populares— y una percepción de su tradición cultural como específicamente rusa y a la vez universalista, de enorme profundidad y sensibilidad, y dotada de la capacidad de interpelar a públicos muy amplios y distintos. Esas valoraciones antitéticas se yuxtaponían con otras aristas de la problemática. Por un lado, con la doble faz del zarismo, capaz de acumular un enorme patrimonio cultural europeo pero circunscripto a su goce por las clases propietarias; por otro, con una producción artística —literaria, pictórica, musical, dramática— o al menos una parte de ella, que si surgida de las élites intelectuales tenía a esas masas “ignorantes” del pueblo ruso como uno de sus temas y como una de sus motivaciones principales. Con este fondo de problemas y contradicciones, no es extraño que varios de los artículos publicados sobre temas artísticos atiendan, en el marco de la revolución, a las cuestiones relacionadas de la preservación y de la difusión. Se trataba de decidir qué preservar de ese patrimonio cultural y cómo hacer del mismo un bien accesible a las clases populares. Y cómo ambos aspectos de la dimensión cultural de la revolución se desplegaban como parte de su curso y hasta, en ciertos aspectos, lo definían.

Al relatar los iniciales destrozos del patrimonio museístico y artístico de los zares, la aristocracia y la burguesía rusas, Lunatcharsky encontraba sus razones —y su parcial justificación— en el mantenimiento de las masas sometidas y esclavizadas en la ignorancia; el argumento abría la puerta para comprender esa violencia contra *una forma y un contenido* de la cultura porque precisamente en ese “esplendor del arte” se expresaba como también se sostenía la barbarie y la violencia del régimen con el cual confrontaba la subjetivación subversiva de las masas. Lunatcharsky no seguía ese camino. Prefería contrastar esa acción destructiva con la política cultural bolchevique, orientada a preservar ese patrimonio, pues en dicha conservación, tal como era recibida por la revolución —por ejemplo, las residencias y las obras de arte que reunían los zares— podía exhibirse la larga decadencia del gusto estético de las clases dominantes rusas.¹⁵⁷ Y preservar no era, en las condiciones de la revolución y la guerra civil, una

¹⁵⁷.- Lunatcharsky, Anatolio (1920a), “El Gobierno de los Soviets y la conservación de las obras de arte”, en *Documentos del progreso*, n° 29, 1° de octubre, pp. 2-3. En *Revista de Filosofía*, al publicar un informe de Lunatcharsky hacían las siguientes reflexiones: “Deseamos dejar constancia de que todos los archivos oficiales han sido convertidos, centralizados y hechos accesibles al público. La nación triunfante ha heredado maravillosas propiedades zaristas, feudales y religiosas. Además del museo oficial, el comisariado de I. Pública ha creado nuevos museos, utilizando para ello los históricos y más artísticos y valiosos palacios y castillos de zares y señores, protegiéndolos en el año de la fermentación trágica, cuando las propiedades magníficas de las despreciadas clases, corrieron el albur de ser destruidas”, cfr. “Primer informe oficial de Lunatcharsky” (1920), en *Revista de Filosofía*, n° 4, Buenos Aires, julio, pp. 100-112. El informe de Lunatcharsky es de noviembre de 1918, y había sido publicado en 1919 en *Documentos del Progreso*. La cita es de pág. 109.

tarea sencilla. Por eso Floyd Dell, a partir de un estudio del Comisariado en relación a la conservación de las obras de arte y las reliquias del pasado, elogiaba la política bolchevique que desarrollaba tareas de catalogación, restauración, preservación y exposición pública de las pinturas heredadas del arte antiguo; una actitud que el gobierno bolchevique había mantenido en condiciones harto difíciles, como “cuando los alemanes avanzaban sobre Petrogrado” y aun así “el gobierno se ocupó de impedir la salida de un Botticelli perteneciente a la señora E. P. Meshensky, y por decreto especial del 30 de mayo de 1918 lo requisicionó [sic], declarándolo propiedad del Estado”. El escritor norteamericano concluía que si “el más aristocrático y refinado pintor florentino” preocupaba “a un gobierno revolucionario”, era porque “fiel a sus principios, no intenta rebajar el arte, sino elevar al pueblo hasta él y convertirlo en patrimonio de todos”.¹⁵⁸

Una disposición igualmente protectora estimaba Roustam Bek al afirmar que mientras “la Revolución rusa daba un nuevo impulso creador a los artistas, el arte preexistente en Rusia no sufrió daño alguno en todas sus ramas, sino que fue protegido activamente por el Gobierno proletario contra los posibles atentados durante el período de general confusión” que siguió al antiguo régimen.¹⁵⁹ Y a continuación describía la situación de la organización teatral en Petrogrado, con su división “en dos clases: los teatros del Estado y los teatros privados, o «colectivos»”, y cómo en los tres principales teatros estatales y en otros de tipo colectivo se presentaban, en la última temporada de invierno, óperas ligeras de autores rusos, los clásicos de Shakespeare y Schiller, ópera francesa o italiana, Molière y los modernos rusos como Ostrovsky, Gogol, Andreieff y el mismo Lunatcharsky, animados en algunos casos por la introducción de nuevos métodos teatrales de los jóvenes artistas y directores.¹⁶⁰ Muchos de esos teatros “colectivos” que surgieron durante la revolución “subsisten por sus propios medios y representan una expresión independiente en el campo del arte”.¹⁶¹ Bek apuntaba las preocupaciones por la conservación de la infraestructura teatral —los edificios pero también un vestuario estimado en medio millón de vestidos— así como las iniciativas

¹⁵⁸.- Dell, Floyd (1920), “Un arte para el pueblo”, en *Revista de Filosofía*, n° 4, Buenos Aires, julio, pp. 133-136. Las citas son de págs. 134. Floyd Dell fue un novelista y periodista norteamericano de orientación socialista, promotor de escritores como Upton Sinclair, Jack London, Frank Norris, Hillaire Belloc, Stephen Crane entre otros; integró el *staff* de los periódicos radicales *The Masses* y su continuación, *The Liberator*, junto a Max Eastman, John Reed y Robert Minor, entre otros.

¹⁵⁹.- Bek, Roustam (1921), “El Teatro en Petrogrado”, primera parte, en *La Internacional. Suplemento*, n° 8, Buenos Aires, 2 de octubre, pp. 4-5.

¹⁶⁰.- *Ibidem*.

¹⁶¹.- Bek, Roustam (1921a), “El Teatro en Petrogrado”, continuación, en *La Internacional. Suplemento*, n° 9, Buenos Aires, 9 de octubre, pp. 6-7.

de las autoridades soviéticas para mantener la actividad creando instituciones como el Museo Teatral, escuelas y academias de teatro, danza y música, manteniendo y mejorando, a su criterio, las puestas escénicas.¹⁶²

La misma preservación del patrimonio por parte de la revolución daba cuenta de una transformación, de un cambio. Así lo veía Eduardo Torralba Beci, socialista español de Santander y escritor, al concurrir al encuentro de la IC en el Kremlin, impresionado por la “espléndida escalinata de mármol, los inmensos espejos, los magníficos cuadros de asuntos históricos, las estatuas soberbias”, todo aquello que se conservaba como “cuando los zares vivían allí, cuando sólo penetraban en el grandioso palacio los cortesanos, los generales, los nobles”, un patrimonio que la revolución, aparentemente, no había tocado porque la revolución no era vandálica.¹⁶³ ¿Por qué destruir aquello que “era bello y grande”?, se preguntaba el dramaturgo socialista. E inmediatamente respondía: “La revolución no es la destrucción por la destrucción misma; porque la verdadera revolución no es el odio contra las cosas sino contra los regímenes, contra los sistemas que causan el sufrimiento y la esclavitud de las masas”.¹⁶⁴ Pero entonces, ¿en qué sentido la preservación de tal patrimonio, construido gracias a la explotación de las masas, implicaba un cambio? Torralba Beci no eludía esta cuestión: “Aquel palacio imperial, con todas sus riquezas, con su magnificencia —afirmaba— sirvió de marco un día a la más sanguinaria y cruel tiranía de Europa. Pero la magnificencia no era la tiranía misma. El marco esplendoroso encerraba ahora el Gobierno del pueblo por el pueblo, encerraba la magna Asamblea de la revolución social”.¹⁶⁵ El patrimonio modificaba así su posición en la trama social. Un fenómeno que muchos señalaban en relación al nuevo público de las obras de arte.

Esta mutación no era imperceptible a la sensibilidad del corresponsal americano Gregorio Jarros quien se refería a los diferentes y nuevos públicos de la sociedad soviética. Mientras los burgueses y aristócratas, antes únicos espectadores del gran teatro ruso, que habían sido “privados de sus automóviles” —requisados o inservibles por falta de combustible— se trasladaban ahora a la ópera en “un *likhátch*, un *cab* de immaculada apariencia, tirado por un fogoso de pura sangre”, el *soviet* de Moscú “para ofrecer al obrero la posibilidad de oír ópera a un precio razonable”, había efectuado las

¹⁶².- Bek, Roustam (1921 y 1921a), cit.

¹⁶³.- Torralba Beci, E. [Eduardo] (1922), “Las nuevas sendas del comunismo”, en *La Internacional*, 20 de agosto, pp. 1-2.

¹⁶⁴.- *Ibidem*, p. 2.

¹⁶⁵.- *Ibidem*.

reparaciones en un teatro particular sobre el *Bolhaya Dimitrovka*, cerca al Gran Teatro, para convertirlo “en un verdadero teatro proletario”.¹⁶⁶ Para que el lector no malentendiera sus palabras, Jarros aclaraba que “teatro proletario” no implicaba ningún demérito en cuanto a calidad respecto del *Bolshoi*. Al contrario, “algunas óperas eran puestas en escena aun en mejor forma”; si algo caracterizaba al “teatro proletario” era la “total ausencia de[l] elemento burgués”. Y si la burguesía no asistía al *Teatro Soviet* era porque lo creía “incompatible con su dignidad”, dado que “el auditorio estaba compuesto enteramente por obreros acompañados de sus mujeres, de empleados con sus novias y de soldados y marineros”.¹⁶⁷ La descripción del corresponsal intenta captar la diferencia de esta ópera con nuevo auditorio, contrastante con la tradicional asistencia:

“...[los] hombres iban con bota y blusa azul; a veces con un cuello de camisa blanco blando; las mujeres con un pañuelo en la cabeza; otras tenían una faja colorada sobre las espaldas. Algunas de éstas se encontraban por primera vez en su vida en un teatro. Elegían la silla sin cuidarse de ver si era la señalada en su boleto de acceso; sea porque no sabían leer, sea porque ignoraban la «etiqueta» propia de los teatros (...) Cambiaban vivaces comentarios durante toda la representación admirando los hábitos de la primera actriz o las antiguallas con que estaba ornada alguna parte nueva. Las notas desentonadas del célebre tenor contratado por el Soviet nada quitaban a su alegría”.¹⁶⁸

Las adaptaciones de edificios para la cultura popular era una fracción de una política que se extendía en diversas formas de difusión culturales, sostenía Pável Lebedev-Poliansky en un artículo publicado en *Documentos del progreso*. Y para dar cuenta de ello describía el variado panorama de actividades de divulgación, desde la edición de los clásicos de la literatura rusa, como también de textos de crítica literaria o de teoría, en ediciones a precios populares o gratuitas; un emprendimiento que se ampliaba para abarcar los libros de autores extranjeros, tanto literarios como científicos y de ciencias sociales. La difusión incluía, agregaba el autor, la producción y edición de investigaciones sobre “la guerra imperialista”, la historia del Partido Comunista de

¹⁶⁶.- Jarros, Gregorio (1919), “El teatro actual en Rusia”, en *Documentos del progreso*, n° 1, 1° de agosto, p. 9. A contrario de muchas descripciones, las desposesiones de burgueses y aristócratas por el gobierno revolucionario no eran, a los ojos de Jarros, completas: no sólo podían aun circular en esos costosos carruajes al asistir a la ópera, sino que “la posesión de tesoros terrenos estaba puesta en evidencia por las numerosas tazas de té que consumían durante los intervalos, cada una de las cuales era acompañada por un par de masas de almendra o de minúsculos sandwiches de dos rublos cada uno”, *ibídem*.

¹⁶⁷.- *Ibídem*..

¹⁶⁸.- *Ibídem*. También Roustam Bek señalaba el cambio del público: “El auditorio de cualquier teatro de Petrogrado ofrece en estos días una vista impresionante. Los brillantes uniformes y elegantes vestidos han desaparecido completamente; en lugar de perlas y diamantes, brillan las millares de pupilas dirigidas hacia la escena, donde se realiza el espectáculo para este pueblo pobremente vestido y mal alimentado que observa intensamente cada movimiento, escucha cada palabra y cada nota con profundo interés y admiración”, en Bek, Roustam (1921), cit., p. 4. Del mismo modo, Goldschmidt señalaba el nuevo público del teatro; cfr. Goldschmidt (1923: 75-79)

Rusia y de la misma revolución rusa.¹⁶⁹ La divulgación de lo clásico convivía con un incipiente surgimiento de autores rusos proletarios, acompañados de intensas actividades editoriales por medio de folletos, periódicos, informativos, etc., precisamente a cargo de los trabajadores, que habían producido ciertos cambios respecto del período prerrevolucionario. Cambios que Lebedev-Poliansky explicaba como el pasaje de una literatura y poética revolucionarias del período anterior a 1917 a una literatura y poética “revolucionario-comunistas”, más constructivas, en el nuevo tiempo. Cambios, asimismo, en el nuevo público al que estaban dirigidas estas obras: eran los trabajadores, aseguraba el autor, los que podían acceder ahora a estas lecturas.¹⁷⁰ La participación popular no estaba limitada, comentaba Floyd Dell, a la contemplación del espectáculo artístico, sino que también tenía poder de decisión como jurado popular en los nuevos procedimientos de concursos para las obras que alcanzarían así el financiamiento estatal. El escritor norteamericano señalaba que era ésta una cuestión delicada pues el “valor artístico de la obra” quedaba supeditado a “ese juicio popular”, pero de todos modos “aunque yerre”, el pueblo “ha de ser siempre más leal y atinado que esos otros juicios de los figurones oficiales de otros países”.¹⁷¹ Para Dell se aplicaba entonces “por primera vez, la fórmula de Tolstoi, *arte del pueblo, por el pueblo y para el pueblo* y con ello —agregaba— asistimos tal vez al comienzo de una nueva era”.¹⁷²

En este punto, la mención a Tolstoi resulta importante, pues no eran pocos los que pensaban que si había una tradición revolucionaria en Rusia era la de sus intelectuales, en especial sus escritores. Por eso César Tiempo, en su poema a la Rusia revolucionaria, aclamaba la llegada de la nueva época como realización de esa tradición, encarnada ahora en la política revolucionaria bolchevique pero también en las nuevas letras que escribían poéticamente la revolución: “...llegó tu año verde (...) predicho en las mansas palabras de Tolstoi” que ahora “...madura en el gesto resuelto de Lenin, el hombre inflexible”, y que también tomaba el nombre de Maiakovski, el “obrero-poeta”.¹⁷³ Seguramente fue el socialista Alejandro Castiñeiras quien con más

¹⁶⁹.- Lebedev-Poliansky, Pavel (1921), “La Literatura y la Revolución Rusa”, en *Documentos del progreso*, nº 43, 1º de mayo, pp. 2-4. Pavel Lebedev-Poliansky había trabajado con Lunatcharsky desde antes de la revolución; en 1915, ambos reanudaron el periódico *Vpered*, de orientación democrático social (y del que también participaron Aleksandr Bogdanov y Mijail Pokrovsky) con un énfasis en la “cultura proletaria” y compartieron luego, junto a otros como Bogdanov, la fundación del *Proletkult*.

¹⁷⁰.- *Ibidem*.

¹⁷¹.- Dell, Floyd (1920), cit., p. 135. Compárese esta situación (y esta opinión) con la discusión en torno al saber en el área de la producción, comentado en el capítulo II de este trabajo.

¹⁷².- *Ibidem*. Las cursivas en el original.

¹⁷³.- Tiempo, César (1926), “¡Rusia!”, cit.. También se publicaron en los periódicos y revistas de la izquierda rioplatense algunos escritos de autores no residentes en la Argentina —ni en Uruguay— con el

entusiasmo sostuvo y argumentó la existencia de una tradición literaria rusa de hondo contenido revolucionario. En un momento tan temprano como 1917, escribía que la literatura rusa no había sido “un simple pasatiempo, para espíritus ociosos como suele acontecer en otras partes”, sino que había resultado ser “el vehículo más admirable para las ideas revolucionarias”.¹⁷⁴ Como cada novelista ruso había surgido de medios sociales diferentes, sus obras expresaban el espíritu y las ideas, las costumbres y las aspiraciones de esos diversos orígenes sociales, para componer un conjunto expresivo de “todos los anhelos de la Rusia revolucionaria”. El “soberbio realismo” de una literatura que se afirmaba en el dolor, “característica esencial del arte ruso”, se mostraba capaz de presentar a “toda una humanidad inquieta y desesperada”, deseante de cambios.¹⁷⁵ Castiñeiras llega a la literatura rusa a través de la música de Borodín, Grechanínov y Glazunov: esa música lo conmueve porque “extrae de lo más hondo de la raza el lamento de los oprimidos”, porque en ella se puede oír “la voz del pueblo, profunda y eterna, sabiamente comentada por el arte” (Castiñeiras, 1919: 8-9).¹⁷⁶ Y eso que pudo oír en la música, en esas canciones populares —que era una marca de la música de “Los Cinco” y de las generaciones que les siguieron— luego pudo leerlo, comentaba el propio autor, en la literatura, y aun verlo en la pintura. Desde sus primeras reflexiones, Castiñeiras se inclinó a pensar que el carácter revolucionario de la literatura rusa se hallaba en su tratamiento del dolor humano, un dolor que:

fin de presentar un panorama de las artes en la Rusia desde antes de la revolución. Véase, a modo de ejemplo, el informado artículo de Boris de Schloezer sobre la música rusa contemporánea, que organizaba en tres tiempos: los desarrollos de los primeros maestros del grupo de “Los Cinco” —en especial los de Rimski-Korsakov, Borodín y Balakirev— y la obra en paralelo de Tchaicovski, seguidos de una segunda generación de compositores, algunos discípulos de “Los Cinco”, como Aleksandr Glazunov, Nikolai Médtner y Aleksandr Scriabin, de quien el autor destacaba no sólo su influencia en la música rusa, sino también el carácter innovador y su genialidad, sólo comparable, afirmaba, con la de Igor Stravinsky, que para entonces ya frecuentaba más París que Moscú o Petrogrado; en la tercera camada de compositores, ya propiamente en tiempos revolucionarios (o poco antes), destacaba a Samuil Feinberg, Aleksandr Krein, Mijail Gnessin y Nikolai Roslavets, y trazaba sus relaciones con los predecesores, “Los Cinco”, Tchaikovsky o Scriabin. Véase Boris de Schloezer (1925), “Las corrientes de la música rusa contemporánea”, en *Revista de Oriente*, n° 4, Buenos Aires, octubre, pp. 32-33. Boris de Schloezer fue un escritor y musicólogo ruso de familia alemana, que emigró a Francia luego de la revolución; escribió sobre Stravinsky, Scriabin, Bach y la música moderna. La publicación de esta nota en *Revista de Oriente* es demostrativa de la capacidad selectiva de los editores, evidenciando los alcances del conocimiento de la cultura y la situación rusas.

¹⁷⁴.- Castiñeiras, Alejandro (1917), “Antecedentes de la revolución rusa”, en *Revista Socialista*, n° 1, Buenos Aires, agosto, pp. 8-10.

¹⁷⁵.- *Ibidem*. Castiñeiras sostenía que “idéntica cosa ocurre con la música y la pintura, transparentando la primera, conjuntamente con su originalidad y frescura, un fondo de fatalismo asiático hermoso y enigmático, que Soloviev lo admite como una segunda alma de su pueblo. Ha sabido recoger la música rusa el dolor del pueblo en forma impresionante. Por ello es tan revolucionaria como la literatura, porque en sus notas palpitan los anhelos populares”, *ibidem*, p. 10.

¹⁷⁶.- Castiñeiras se siente atraído por la literatura rusa desde 1912, lo que lo lleva a escribir un ensayo sobre Dostoyevski que se publica en *Nosotros* y que luego constituye los últimos capítulos de su libro *El Alma de Rusia*, publicado en 1923.

“Ya sea resignado o levantisco, siempre nos será fácil descubrir su inconfundible estela a través de todo lo consagrado como grande en la pintura, música o literatura. Ríen Gogol y Saltikof, pero su trágica risa trasluce la honda pena que termina por tornar en llanto su reír. En Dostoyevski surge desesperado cada dos líneas el eterno dolor de los humildes, de los vencidos, el dolor callado de los resignados, el dolor que su atormentada correspondencia traduce como el más acabado testimonio de su martirio. Deslízase por entre los relatos de Turguenev, confundido más de una vez con la dulce melancolía de que está saturada toda la obra del inolvidable artista. Rebelde en los primeros escritos de Tolstoi, atormentado luego, no halla sosiego ni aún cuando la visión deslumbrante de un mundo evangélico embebe el alma del profeta de Yasnaia Poliana. Velado por el escepticismo de Gontcharov, se reanima en el lamento tétrico y desgarrador de dos poetas: Koltsov y Nekrassof. Surge finalmente, en plena rebelión, en las vigorosas creaciones de Gorki. Y desde los bajos fondos sociales, desde la soledad de la estepa donde ambula la harapienta legión de sus vagabundos, llega por intermedio del autor de *Caín y Artemio* la voz ronca y maldita del dolor como anuncio siniestro de conmoción y espanto” (Castiñeiras, 1923a: 118).

Para Castiñeiras acertaba Dostoyevski cuando decía que en Rusia se había formado un hombre distinto, “un tipo superior de hombre culto como no existe en ninguna parte del mundo: el hombre que «sufre el dolor universal»” (*ibídem*: 108). Se trataría, entonces, de un conocimiento de la injusticia del mundo pero también de las potencias liberadoras que en la humanidad se albergan, provisto por una estética particular, una estética en el sentido etimológico original del término, “una experiencia sensorial de la percepción” (Buck-Morss, 2005: 173). Podríamos decir que es un saber por el padecimiento, *mathos pathēi*, que se plasma en una literatura que, en sus principales estaciones, encuentra a Puchkin y al poeta Lermontov, a Gogol, Saltikov y Griboiédov, a Turguenev, Goncharov, Pissemski y al dramaturgo Ostrovsky, a Koltsov, Nekrasov y al poeta decembrista Ryléyev, a Tolstoi y Dostoyevski y, finalmente, a la nueva generación entre los que destacan Korolenko, Chejov y Gorki (*ibídem*: 132-171).¹⁷⁷ Ese saber, no exento de tensiones y contradicciones que atormentan a los personajes tanto como a los escritores, se revelaba a los ojos del socialista argentino como una fuerza transformadora, como un acicate capaz de despertar de su adormecimiento al pueblo ruso, como cuando “alza Gorki su látigo” que era su pluma “para reanimar al pueblo doliente y adormecido, librarlo de la oscuridad y señalarle el derrotero que conduce «hacia la luz, hacia la verdad, hacia la belleza, hacia una vida nueva»” (Castiñeiras, 1919: 97).

La literatura eslava, afirmaba Castiñeiras, ha sido así fuertemente influida por la tradición revolucionaria rusa, “internacionalista y socialista”, que convulsionó al imperio durante todo el siglo XIX —“desde la insurrección de los decembristas y las

¹⁷⁷.- No puedo extenderme aquí en la lectura que realiza Castiñeiras de los autores rusos; cfr. Pittaluga (2012).

declaraciones del heroico Pestel y sus compañeros de martirio, hasta los precursores acontecimientos de 1905”— una tradición de corte mesiánico que confiaba en la misión histórica del pueblo eslavo afianzada en “un fondo cristiano y comunista de la vida rusa” (Castiñeiras, 1923a: 105-106). Pero así como la literatura estaba atenta a la política revolucionaria, era también innegable el ascendente de la primera en las ideas de transformación social: entre los activistas “la aspiración suprema era imitar o parecerse a Basarov (*Padres e hijos*) o a Rachmetof (*¿Qué hacer?*)” (*ibídem*: 113).¹⁷⁸ Esta suerte de simbiosis entre literatura y política —“La evolución política de Rusia puede seguirse fácilmente a través de sus grandes obras literarias” (*ibídem*: 120) anotaba Castiñeiras— hacía de las novelas, de la poesía o del teatro ruso, elementos activos para el despertar revolucionario de las masas oprimidas. El pueblo ruso no veía en los escritores “a vulgares rebuscadores de escenas sentimentales o refinados estetas absorbidos por preocupaciones de forma, sino verdaderos profetas y pastores que habían de encaminarlo hacia su bien”, alcanzando entonces una verdadera trascendencia social al ser “leída con el mismo fervor religioso con que se leía la Biblia” (*ibídem*: 121). Más que un pasatiempo, cada libro fue tomado —Castiñeiras citaba a Alexinski— como “...«una fuente de soluciones para los graves problemas de la vida y el alma»...” y la novela se convirtió en herramienta “para plantear una serie de problemas sociales o bien para hallar su solución teórica” (*ibídem*: 121). Los escritores se colocaron, de tal modo, “a la cabeza del movimiento emancipador” y “todo propósito de perfección estética fue desechado” —salvo raras excepciones, aclaraba— para consagrar las energías “a la misión redentora de pintar rudamente la vida humillante de millones de hermanos y acusar con valor al zarismo como el único culpable” (*ibídem*: 119).

Las relaciones estrechas entre arte y revolución estaban, para los intérpretes locales, datadas en la historia misma del arte ruso: “La novela y la narración fueron las formas preferidas y utilizadas por toda una pléyade de escritores que arreciaron en sus ataques al régimen, describiendo con penetrante vigor psicológico la vida campesina” (*ibídem*: 122) y había sido la situación política particular de Rusia la que diera a su literatura un acento del que carecería la mayor parte de la literatura occidental: “como acertadamente lo dice Kropotkin (...) el realismo ruso «no podría limitarse a una pura

¹⁷⁸.- *¿Qué hacer?* es una novela que Nikolai Chernyshevski escribe durante su prisión en la fortaleza de San Pedro y San Pablo en 1862 y que publica al año siguiente. La influencia de esta obra no se limitó al movimiento *narodnik* sino que abarcó al conjunto de los militantes revolucionarios, de tal forma que Lenin, por ejemplo, retomará el título para su texto político de 1902.

anatomía de la sociedad; debía tener un fin más alto: la descripción real había de estar al servicio de un fin ideal»” (*ibídem*: 122-23).

Pocos años después, en un editorial de la revista *Los Pensadores*, se retomaban estas reflexiones sobre la riqueza de una literatura que exponía el sufrimiento, el propio y el de los otros, para construirse como literatura universal:

“Dostoievski sufrió mucho. Gorki también sufrió y sufrió Andreiev y Korolenko. Sufrieron todos. Sus vidas fueron una cadena remachada de dolores y penalidades. Sufrieron la cárcel y el destierro, la enfermedad y la miseria. Y el dolor los unió a ellos con los otros, y a nosotros con ellos”¹⁷⁹

Los editorialistas advertían que su propósito no apuntaba a fundar “una religión del dolor ni de la miseria”, pues tampoco eso hicieron los literatos rusos, sino a mostrar claramente “lo que hubo de semejante entre nosotros”, que “es propiamente lo que nos liga a ellos”.¹⁸⁰ Allí residía, afirmaban, su admiración por el pueblo ruso, “que tiene más fe que todos los pueblos en el porvenir”, pueblo luminoso “que proyecta el mundo nuevo”, una admiración que se extendía a su literatura —porque para los editorialistas, en rigor, eran la misma cosa— a la que se rendían “no por su aspecto literario, sino por los ideales de humanidad que encierra”.¹⁸¹ En el reconocimiento del dolor propio y el sufrimiento ajeno, la literatura y el pueblo rusos, argumentaban, construían y trabajaban “por la concordia universal”, dejaban atrás cualquier sometimiento a “la cloaca del nacionalismo” —como sucedía en todos los demás lugares, agregaban— y trataban de difundir sus ideales de talante universalista y vocación redentora.¹⁸²

Si la literatura, la música y la pintura rusas del siglo XIX podían ser leídas por los intérpretes locales como una tradición de rebeldía y a la vez como una elaboración intelectual sobre los derroteros futuros de la emancipación humana que, como la revolución, interpelaba a los pueblos de todo el orbe, esto no impedía que se atendiera a los conflictos al interior mismo del campo del arte, en tanto se los entendía como inherentes al curso de la revolución y al lugar de la cultura en el mismo. Así lo decía Lunatcharsky en un artículo publicado en las páginas del *Suplemento de La Internacional* —y en *Revista de Filosofía* un par de meses después— al referirse a las “formas muy acentuadas” que asumía “la lucha de las tendencias entre los artistas del

¹⁷⁹.- “Hablemos ahora sobre Rusia” (1926), en *Los Pensadores*, n° 117, Buenos Aires, enero.

¹⁸⁰.- *Ibídem*.

¹⁸¹.- *Ibídem*.

¹⁸².- *Ibídem*.

arte representativo” en Rusia. Lunatcharsky se lamentaba que de aquellos pintores que habían permanecido fieles “a los preceptos de los *peredvívzhniki*” —esos “ambulantes” o “intinerantes” fundadores del realismo crítico de inclinaciones populares que desde la década de 1860 habían confrontado con la pintura académica rusa— sólo un pequeño grupo se alineaba con la gestión bolchevique, y lo hacía como su ala derecha en el campo del arte. Ese realismo estaba, a criterio del comisario, en mejor posición para establecer un vínculo con los sectores populares, quizás cambiando los héroes de antaño por los nuevos de la revolución, pero “muchos de estos artistas populares, como nuestros viejos artistas (...) se han mostrado indiferentes y hostiles” con la revolución.¹⁸³ En este panorama del conflicto entre tendencias, Lunatcharsky presentaba, en el otro lado del espectro, a “los denominados «izquierdistas»”, que estaban agrupados “en torno a los comunistas-futuristas”, cuya forma particular del arte resultaba de utilidad en tanto producía “una descomposición del arte” precedente; a pesar de “su sectarismo monstruoso” y de “su manera demasiado analítica de comprender el arte”, en el actual período se precisaba de una fuerza artística creadora y sería que Lunatcharsky dice no haber encontrado más que en esos artistas “izquierdistas”.¹⁸⁴

Ya en un texto anterior publicado en *Documentos del progreso*, Lunatcharsky reprochaba a algunos de los artistas de izquierda —“algunos partidarios de la cultura proletaria [Proletkult]” en alianza con los futuristas— la idea de “la completa destrucción, casi física, de la antigua cultura”, negándole de ese modo al proletariado el conocimiento de la producción de la cultura humana, su “conexión con todo el pasado”.¹⁸⁵ Las tensiones entre las distintas orientaciones en el campo cultural eran asimismo advertidas por Arthur Ransome, quien señalaba que en un contexto caracterizado por una masiva avidez por textos y obras de temas revolucionarios, mientras “se lee y se escribe, también, muchas poesías [sic]”, resultaba “divertido leer en los diarios revolucionarios del rojo más bello, artículos serios y cartas de gentes bien

¹⁸³.- Lunatcharsky, A. (1921d), “El arte en Moscú”, *La Internacional. Suplemento*, nº 7, 26 de septiembre, pp. 10-12. Reproducido luego en *Revista de Filosofía*, nº 6, noviembre 1921, pp. 456-460.

¹⁸⁴.- *Ibidem*, p. 11. El tono como resignado de jefe del *Narkompros* evidencia sus preferencias personales por un realismo de tintes populares y “educativos” antes que por las experimentaciones constructivistas, cubistas o suprematistas.

¹⁸⁵.- Lunatcharsky, A. (1920b), “La Cultura Proletaria y el trabajo cultural de los Soviets”, en *Documentos del progreso*, nº 33, 1º de diciembre, pp. 1-2. Este artículo también se publicó el año siguiente en *La Internacional. Suplemento*.

pensadas que persuaden a los poetas proletarios a atenerse a Pushkin y a Lermontov”.¹⁸⁶ Por lo demás, Lunatcharsky reconocía que “el futurismo se inspira en ideas revolucionarias”, que no era más que un modo de escindir un contenido que se vislumbra como revolucionario y unas formas que eran meramente epifenomémicas, y de allí la distancia que, decía, los separaba de trabajadores y campesinos, pues del arte futurista “el obrero toma el elemento revolucionario y hace la mueca al estilo futurista”.¹⁸⁷

Las denominadas experiencias “culturales” de la revolución han sido destacadas por su carácter innovador pero, además, porque de ellas formaron parte activa un número de personas hasta entonces impensable. Ese lugar novedoso de un arte de temas revolucionarios, emancipatorios, que circula entre las masas y en el que las fuerzas del pueblo tienen un rol creativo tuvo seguramente efectos de lectura. Un arte que seduce también por otros motivos: fue un elemento activo de la propia revolución, una potencia del cambio. Como el propio Lunatcharsky señalaba en las páginas de *Documentos del progreso* en “Rusia fue convocada la primera conferencia de las organizaciones de cultura proletaria en vísperas de la revolución de octubre. Allí mismo fueron creadas las Sociedades llamadas *Prolecultura* [sic]”.¹⁸⁸ El Comisario del Pueblo para la Educación, él mismo partícipe de la instancia inaugural del *Proletkult*, lo pensaba como una de las vertientes de la revolución cuando declaraba que “[d]esde un comienzo demostré el perfecto paralelismo entre el partido en el campo político, los gremios en el campo económico y la «cultura proletaria» [*Proletkult*] en el campo cultural”.¹⁸⁹ El despliegue de las instituciones del *Proletkult* que el propio Lunatcharsky ofrecía a los lectores rioplatenses exponía esa nueva relación entre arte y pueblo: “No menos de 400.000 trabajadores están organizados en la *Prolecultura*; de los cuales 80.000 toman parte activa en la enseñanza de los demás trabajadores” mientras “aparecen en Rusia quince diarios” del *Proletkult* y “hasta hoy hay diez millones de ejemplares dados a la publicidad, compuestos por escritores de las filas trabajadoras y tres millones de piezas

¹⁸⁶.- Ransome, Arthur (1920b), “Educación y cultura en Rusia”, cit., pp. 121-124. Ransome advertía que en revistas y folletos se apreciaban discusiones muy vivas sobre los que deberían ser los rasgos del nuevo arte proletario que debía surgir con la revolución, pero que para el cronista lo haría bajo formas inesperadas.

¹⁸⁷.- Lunatcharsky, A. (1921d), “El arte en Moscú”, cit., p. 12.

¹⁸⁸.- Lunatcharsky, A. et. al. (1921), “Un manifiesto del Bureau Internacional de Cultura Proletaria”, en *Documentos del progreso*, n° 36, 15 de enero, p. 8.

¹⁸⁹.- Lunatcharsky, A. (1920b), “La Cultura Proletaria y el trabajo cultural de los Soviets”, en *Documentos del progreso*, n° 33, 1° de diciembre, p. 1.

musicales”, sin faltar “pintores y otros artistas [que] surgen de las filas proletarias”; todo esto, agregaba, “es la creación de artistas trabajadores”.¹⁹⁰

Es esa llegada del arte al pueblo o del pueblo al arte lo que percibía como un “hormiguero de gente trabajando” el escritor Olguin en sus “Cartas de Rusia”.¹⁹¹ En la vieja mansión moscovita del empresario liberal Riabushinsky, mecenas del arte y la literatura rusa en la época prerrevolucionaria — refería Olguin— se encontraba “el estado mayor de la organización obrera de Moscú para la creación del arte proletario”, el “«prolet cult», que quiere decir Cultura Proletaria”. En sus instalaciones, tanto en las centrales como en las de provincias, el visitante podía advertir los “ensayos del coro”, que “en una sala tocan el piano” mientras “en la otra, un grupo de unas treinta personas, hombres y mujeres, pintan sobre telas”, que en la biblioteca los asistentes “están ensimismados en la lectura” mientras otros, “en una sala grande (...) hacen ejercicios físicos, en trajes de sport”.¹⁹² Se trataba, decía Olguin, principalmente de jóvenes, “varones y mujeres de entre 18 y 20 años”; jóvenes trabajadores, “los vestidos bastante gastados, las caras típicas, demacradas, de los trabajadores rusos, pero el porte libre, alegre y seguro”; jóvenes trabajadores libres.¹⁹³

En un artículo publicado en *El Trabajo*, el autor, luego de señalar la enorme cantidad de orquestas musicales y sus distintos tipos, las iniciativas en arte decorativo y diseño industrial, las más de 3000 organizaciones de arte dramático ya registradas como también la recuperación de obras artísticas y la transformación de las residencias nobiliarias en museos a los que concurrían masivamente obreros y campesinos, advertía que “el poder de los soviets se ha propuesto colocar el arte al alcance de todos, fundirlo orgánicamente con la masa trabajadora”, una tarea que consideraba tenía dos ritmos, pues mientras se trabajaba “ardientemente para crear el arte del porvenir” se buscaba “familiarizar a los proletarios con los más perfectos monumentos de las épocas precedentes”.¹⁹⁴ Y Boris Sekoloff apuntaba que con la revolución se produjo una confrontación en el campo artístico, pues se dibujaron con claridad “dos corrientes”, “dos estados del espíritu” y “uno de ellos bajo la égida de la bandera colorada”: atrás iba

¹⁹⁰.- Lunatcharsky, A. et. al. (1921), cit., p. 8.

¹⁹¹.- “El gran desarrollo de la organización «cultura proletaria»” (1921), primera parte, en *El Trabajo. diario de la mañana*, n° 18, Buenos Aires, 22 de septiembre, p. 4. Traducido del *Idisch*, de la serie de “Cartas de Rusia” de Olguin.

¹⁹².- *Ibidem*.

¹⁹³.- *Ibidem*.

¹⁹⁴.- Vera (1921), “El arte revolucionario. Las realizaciones artísticas de la Rusia de los soviets”, en *El Trabajo. Diario de la mañana*, n° 4, Buenos Aires, 8 de septiembre, p. 4.

quedando “el arte por el arte” que era “una fórmula del pasado”. El nuevo era “el arte para el pueblo, el arte para la vida, el arte proletario”.¹⁹⁵

Pero, ¿en qué consistía la novedad y el carácter “proletario” de las artes en tiempos del *soviet*? Una pregunta semejante se hacía Olguin en sus cartas: “¿Es posible, en general, un arte proletario? ¿El arte no es igual para todas las clases y naciones?”.¹⁹⁶ Y la esencia de la diferencia entre el arte burgués y el nuevo arte emergente creía encontrarla en la oposición entre un arte individualista y un arte colectivo, porque quienes participaban de iniciativas como el *Proletkult* lo hacían “con la intención de crear, no como una personalidad separada, cerrada, donde cada uno tiene su propio mundo, sino juntos (...) como compañeros que trabajan en unidad y expresan en la obra colectiva, lo que cada uno posee en su alma”.¹⁹⁷ Pero a lo que en rigor se estaba refiriendo Olguin era a las distintas formas del vivir en común de las que cada una de las modalidades del arte era parte y a la vez constituía. Por eso concebía “el trabajo alegre, creador y libre” que “une a los hombres en lugar de separarlos” como un “juego libre de fuerzas libres, *igual* que el arte, que la literatura”; porque “los poetas, pintores, dramaturgos y artistas son *trabajadores* que tienen que producir obras de arte” y el trabajo creativo “debe ser una alegría, una fiesta”, y así “también debe ser el trabajo en las fábricas de la sociedad libre”.¹⁹⁸

Para Sekoloff, por el mismo hecho de socializarse, de hacerse popular, “el arte de la Rusia de los Soviets tiene una tendencia netamente expresada, a llegar a ser un arte de investigación, a ser «futurista». Como si no se limitara a “vestir trajes rojos”, el arte soviético buscaba “el medio de cubrir todos los lados de su complejidad con el color del porvenir, el color de las auroras”, y por ello “el futurismo está en camino de ser un arte de Estado, el arte de la Rusia soviética”.¹⁹⁹ Para el autor, citando un informe de Kerjentzeff de abril de 1919, se trataba de “hacer penetrar la fuerza creadora de la revolución en las formas antiguas” de modo que, tomando como ejemplo el caso del

¹⁹⁵.- Sekoloff, Boris (1920), “El Arte y el Bolchevismo”, en *Claridad*, n° 6, Buenos Aires, 1° de mayo, pp. 15-16. Traducido de la Revista de Arte y Literatura parisiense *La Forze* de agosto 1919.

¹⁹⁶.- “El gran desarrollo de la organización «cultura proletaria»” (1921), cit.

¹⁹⁷.- *Ibidem*. Esta generación colectiva de la obra de arte, decía Olguin que la había visto “en la práctica”, y relataba lo que presenció “en la sección teatro” del Proletkult, la forma en que se proponía un texto y se lo iba construyendo en sucesivas representaciones, en cada una de las cuales se iba modificando de modo que la representación misma se convertía “en un proceso de creación”; cfr. sobre todo la segunda parte del texto de Olguin en “El gran desarrollo de la organización «cultura proletaria»” (1921a), segunda parte, en *El Trabajo. diario de la mañana*, n° 19, Buenos Aires, 23 de septiembre, p. 2.

¹⁹⁸.- “El gran desarrollo de la organización «cultura proletaria»” (1921), cit.; y “El gran desarrollo de la organización «proletaria»” (1921a), cit. Las cursivas son mías.

¹⁹⁹.- Sekoloff, Boris (1920), cit., p. 15.

teatro, había que transformarlo “en una gran escuela del alma popular”. En tal sentido, estimaba que las representaciones “en escenario abierto” eran formas de representación “más comprensibles y las que están más al alcance de las masas populares” mientras la *mise en scene* se apoyaba “en los poderosos coros populares y los movimientos de las muchedumbres sobre el escenario”.²⁰⁰ La ambigüedad de la fórmula que recogía Sekoloff expresaba las disputas relativas a las relaciones entre arte y política, las cuales se activaban más fuertemente en el escenario revolucionario donde se disputaban los derechos respectivos de las vanguardias políticas y artísticas. Pues ¿qué significa que es preciso “hacer penetrar la fuerza creadora de la revolución en las formas antiguas” del arte? Para el autor, que anunciaba el fin del arte por el arte y la imposibilidad de la neutralidad, era evidente que la obra artística debía tomar posición. Pero esto puede ser interpretado de distintos modos.²⁰¹

Así, en la revista *Sagitario*, reproducían un artículo de Hellmut Simons sobre Rusia en el que hay referencias al llamado “teatro de «fonda»”. Las características novedosas de este teatro sin reglas, que el reseñista anotaba por un lado en escenografías reducidas al mínimo, “donde a veces cartelones y afiches sustituyen al telón”, se resolvían, por otro, en los fines que lo guiaban: “convencer y ganar fácilmente al público heterogéneo que concurre a las funciones”. Motivos, argumentos, representación debían “responder a la ideología y al concepto proletario de la vida” y la única regla que debía respetarse era la de la actualidad de los temas abordados.²⁰² Lo que podría ser pensado desde el ángulo de la fusión entre los modos (artísticos) de decir la política y la circulación de información —“el público que asiste quiere que sean tratados allí, en el tiempo que se tarda en tomar medio litro de cerveza, las últimas cuestiones que atañen al interés ciudadano”— es decir, de cómo el arte *es parte indisociable* de lo cotidiano *haciendo* la revolución, es sin embargo aprehendido principalmente por sus fines educativos y propagandísticos, por su eficacia y por la influencia política que demuestra al exponer los temas que se corresponden con “el grado de cultura alcanzado por el proletariado”, tales como “«La productividad del trabajo», «La lucha contra el analfabetismo», «La cuestión china», «Los gremios»”.²⁰³

²⁰⁰.- *Ibidem*.

²⁰¹.- Una interpretación del *Proletkult* como una cultura clasista y a la vez universalista, desde una perspectiva del progreso cultural de la humanidad, que va descartando cada vez *el lado malo* de la cultura de clase, en Kantor, Moisés (1922), “Proletkult”, en *La Internacional*, 6 de enero, p. 3.

²⁰².- Simons, Hellmut (1925), “Aspectos de la Rusia de hoy”, en *Sagitario*, n° 3, La Plata, sept.-oct., pp. 382-86. Las citas, en pp. 384 y 385.

²⁰³.- *Ibidem*.

Pocos años después, el obrero Abraham Resnik relataba las profundas impresiones que le causara el “teatro revolucionario” soviético cuando, en su viaje para las conmemoraciones de los diez años de la revolución, asistiera a varias representaciones. El sindicalista confesaba que tanto “en el teatro como en el cinematógrafo”, las representaciones, sea por su fidelidad o por su crudeza interpretativa, “absorben y desconciertan a la vez al espectador, dándole la impresión de vivirlas y grabándosele sus imágenes por mucho tiempo”.²⁰⁴ Ese *recuerdo* asociado a una *inquietud*, a una *impresión*, fue lo suficientemente poderoso como para que Resnik, quien iniciaba su texto advirtiendo al lector que sus conocimientos le impedían ofrecer una crítica teatral, acometiera la tarea de editar el folleto en el que reunía sus reseñas sobre las obras que presenció. Resnik expone con precisión los argumentos y las principales escenas de obras puestas en los principales teatros de Moscú, los cuales, a su vez, expresaban en sus nombres las distintas corrientes o tendencias teatrales. Así el lector rioplatense podía encontrarse frente a la problemática de la opresión imperialista en “Ruge China” (C. M. Tretiakov, en Teatro de Meyerhold), a la sublevación de los marineros como parte del enfrentamiento entre los *soviets* y el gobierno provisional (en “Razlom” de B. Lavrenev en el Teatro de Vajtangov), a los avatares de la revolución en el mundo campesino siberiano, a la politización de los *mujiks* y aun al temor a las represalias de la nobleza en “El tren blindado n° 14-69” (de V. Ivanov, Teatro Académico del Arte), a las dificultades, mezquindades y complejidades de la escena soviética de la reconstrucción —donde no faltaban el alcoholismo del director rojo de empresa, el individualismo obrero, el espionaje americano con la complicidad del personal técnico— en “Crecimiento” de Glebov (en el *Bolshoi*). En los relatos de Resnik se destilan las componentes educativas y moralizantes de las obras —como la recomposición final del alcohólico director rojo ante el llamado de atención de su amigo, que encarna además su propia historia militante, o la conversión de un desinteresado y apolítico *mujik* en un líder revolucionario— pero el tono que acompaña las narraciones, la secuencias elegidas, revelan a la vez lo que este obrero, visitante de la tierra de los *soviets*, decide contar de aquella experiencia (la soviética pero también la suya como viajero) a sus camaradas de la Argentina.

Al igual que en el texto de Simons, el abordaje del nuevo arte soviético se instalaba en una región de ambigüedad, pues las valoraciones por contenidos parecían insuficientes. Años antes, en *Cuasimodo*, se insistía sobre ciertas novedades del arte en

²⁰⁴.- Resnik, A. (1929), *Teatro revolucionario de la Rusia Soviética*, Buenos Aires, Plus Ultra, p. 7.

la Rusia soviética, como “la declamación en coro”, un producto directo de la participación de masas, ya que “en la revolución se hace todo por la masa, en sociedad, en público, por una inspiración colectiva”; ese arte “hijo de la Rusia revolucionaria” avanzaba en la disolución de “los límites entre el artista y el público, entre la escena y el espectador”; en las nuevas representaciones “todos cantarán, todos declamarán” y, probablemente parafraseando a Maiakovski, sostenían que “calles, plazas, jardines y palacios se convertirán, de vez en cuando, en teatros”.²⁰⁵ Pero Resnik, que miraba el asunto años después, era más cauto, aunque no perdía la expectativa.²⁰⁶ Se trata de un observador agudo y además politizado, que ha visto un teatro en el que se tocan cuestiones de su propia experiencia militante. Sin embargo, no percibía ese nuevo teatro como “un nuevo arte proletario”, el cual estimaba del porvenir, aun por nacer, y cuyos rasgos se definirían en “el ulterior desenvolvimiento de la nueva generación que nace”. Según su “impresión personal” se asistía a un “período transitorio”, y gramcianamente agregaba: “cuando lo viejo no está aun deshecho y lo nuevo recién está echando sus brotes”.²⁰⁷ Por ello, lo que el Teatro Soviético exponía era de lo que se nutría, es decir, de “todos los horrores de la guerra, revolución y guerra civil, intervenciones y todas las consecuencias que éstas han traído aparejadas”; más que un arte propiamente proletario, el nuevo teatro de la revolución era “reseña viviente de todo lo recientemente actuado”.²⁰⁸

Probablemente es la suma de todas estas aristas de la problemática la que hace del folleto que Resnik edita un objeto compuesto, un montaje. A su propio texto se le añade un breve prólogo de Álvaro Yunque que daba cuenta precisamente de esta cualidad de arte de las vanguardias soviéticas: dada “su estupenda cinematografía, hoy la más original de todas”, cuya “obra maestra: *El Acorazado Potemkin*” era admirada en todo el mundo, era esperable que se produjera “un teatro similar”.²⁰⁹ Yunque destacaba que mientras los subalternos habían pulsado la “intención sensibilizadora, educadora, orientadora” del cine soviético, la prensa burguesa, a través de sus críticos, había sabido

²⁰⁵.- “Un arte nuevo en la Rusia soviética” (1921a), en *Cuasimodo*, nº 24, 1º quincena de octubre, pp. 11-12. La frase de Maiakovski es: “Las calles son nuestros pinceles, las plazas nuestras paletas”.

²⁰⁶.- Se ha mencionado, en la Introducción de este trabajo, la fidelidad de muchos sindicalistas con la revolución rusa, sin por ello ocultar sus distancias y sus críticas.

²⁰⁷.- Resnik, A. (1929), cit., pp. 9-10.

²⁰⁸.- *Ibidem*, p. 10.

²⁰⁹.- Y tal vez no sea casual que Yunque apelara a la figura de Einsteinein, pues el director de *El Acorazado Potemkin* incursionó primero en el teatro del *Proletkult* de Moscú, con puestas extremadamente vanguardistas, como el drama de Ostrovski, *No es sabio quien no se equivoca*, donde el mismo patio de butacas era parte del escenario y los números artístico-acrobáticos se hacían sobre las cabezas de los espectadores

apreciar “su novísima técnica”. Aunque Yunque no se explayara, esta nota asume las dificultades para ver las novedades del arte revolucionario desde una tradición más atenta a contenidos y que en no pocos casos piensa al arte como medio (educativo, propagandístico).²¹⁰ Por otro lado, el folleto de Resnik incluye una traducción tomada del n° 55 de *Claridad*, originalmente publicada en el *Monde* que en Francia dirigía Henri Barbusse, en la que se presentaba un panorama de las tendencias principales en la dramaturgia soviética. Funcionando como colofón, el texto en cuestión presentaba los aspectos propiamente teatrales, artísticos, de las innovaciones soviéticas, y de alguna manera intentaba funcionar como complemento del prólogo de Yunque y del cuerpo central que escribe el obrero Resnik. Es que, en cierto sentido, en la presentación de esos tres textos se manifestaba una búsqueda por aprehender la novedad del arte soviético, que no parecía limitarse a la puesta en escena de contenidos “sociales” o “políticos”.

Podría decirse que esa misma búsqueda está detrás de la publicación de textos informativos o reflexivos sobre el arte soviético de los años '20. Israel Zeitlin traducía a “Dos poetas de la Nueva Rusia”, y comentaba que el futurismo de Maiakovski era sólo de forma, sin ambición de epatar (causar asombro), sino con el propósito de encontrar una libertad formal que le permitiera traducir sus ideas.²¹¹ El traductor y comentarista pareciera desechar la relevancia de la forma, avalando entonces una definición del arte revolucionario de sesgo contenidista. Pero el modo de exposición de esta escisión deja en estado pendiente la pregunta por las razones que llevaron a Maiakovski a inclinarse por ese “futurismo”. En momentos en que en la Unión Soviética la experimentación de las vanguardias estaba ya en retroceso frente al avance del realismo que desembocaría a fines de la década en una rígida doctrina oficial, las interrogaciones rioplatenses continúan, generalmente transitando formulaciones ambiguas.²¹² Que Zeitlin haga

²¹⁰.- Yunque, Álvaro (1929), “Introducción”, en Resnik, A., *Teatro revolucionario de la Rusia Soviética*, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 5-6.

²¹¹.- Zeitlin, Israel (1925), “Dos poetas de la Nueva Rusia”, en *Los pensadores*, n° 113, Buenos Aires, agosto.

²¹².- Las reflexiones en torno al arte revolucionario en el país de los *soviets* tenían directa repercusión en el margen izquierdo de la política y el arte de la Argentina bajo la modalidad de la oposición Boedo-Florida, como se refleja, por ejemplo, en la revista *Los pensadores*, antecesora de la *Claridad* de Antonio Zamora. En su editorial del número 117 de enero de 1926, con el subtítulo “Hablemos ahora sobre Rusia”, el autor destacaba el carácter redentor de la literatura rusa del siglo XIX y cómo el mismo pasaba al bolchevismo leninista, y lo oponía a las experimentaciones vanguardistas, a los que “piensan y sienten con el ultraísmo o con el surrealismo o con Marcel Proust”, pues “no son capaces de pensar con su propia cabeza”; pero más adelante disolvía esa oposición, de modo que implícitamente reconocía a las vanguardias: “El hombre de talento tiene talento no porque está en Boedo o en Florida, sino porque tiene talento”; cfr. “Hablemos ahora sobre Rusia” (1926), en *Los pensadores*, n° 117, Buenos Aires, enero.

explícita referencia al tema del asombro es un modo revelador de referirse a una corriente “cubo-futurista” de la que Maiakovski formaba parte desde antes de la guerra y que, explícitamente, buscaba asombrar a las masas (en cualquier ámbito público) a fin de despertarlas de su letargo complaciente.

Una traducción del italiano César Levi en la que se informaba de los nuevos nombres de la literatura soviética, como Constantin Fedin, Ilia Erenburg, el simbolista Andrés Bellj, Rmisof Alexisiey, Sergio Boudanzef, Eugenio Zamiatin, Miguel Zochenko, Leónidas Leonoff, Alejandro Maliuskin, Boris Bilnjac, retomaba esta oposición entre “las modernas extravagancias pseudo-simbólicas o místicas en gran auge en Alemania después de la guerra” con lo que sucedía “en los escenarios rusos”, donde el público se inclinaría, según el autor, por “las comedias satíricas y los dramas de gran espectáculo, sea de ambiente histórico o moderno, pero que dan ocasión a un gran despliegue de masas humanas, pintorescamente encuadradas en el arte escenográfico”.²¹³ Sucede que muchas de esas obras satíricas eran puestas en escena del teatro experimental, de Maiakovski y Meyerhold, como *Misterio bufo*, de enorme éxito, con comentarios favorables tanto de Lunatcharsky como de la crítica especializada rusa, pero bien lejos del realismo (cfr. Hesse, 1971: 61 y ss).

El mes anterior, en *Revista de Oriente* se publicaba un comentario de la muestra de pintura rusa que tenía lugar por entonces en Venecia a partir del folleto explicativo elaborado por los mismos organizadores de la exposición y en el cual se reproducían algunas obras que los editores de la revista decidieron incluir en la revista. El comentarista explicaba que la muestra podía servir de baza para calibrar el peso actual de los nuevos artistas, esos que influyeron tanto en la cartelería soviética de los primeros años de la revolución, y que se caracterizaban por sus “tendencias revulsivas e innovadoras”. Los editores locales sostienen que “se temía a los jóvenes artistas embarcados en las más extremas escuelas del expresionismo, a juzgar por las ilustraciones y carteles de propaganda que llegaban en los impresos rusos”. Pero la muestra veneciana, que contaba con el aval del Comisariado, presentaba un arco de tendencias que comprendían “a todas las escuelas y a través del cual se puede serguir la evolución de las corrientes artísticas en estos últimos años”.²¹⁴ A la hora de nombrar a esas versiones de vanguardia, los editores afirmaban que “en ritmos futurísticos de luces

²¹³.- César Levi (1925), “La literatura rusa contemporánea”, en *Los pensadores*, n° 113, Buenos Aires, agosto.

²¹⁴.- “La pintura rusa en la exposición de Venecia” (1925), en *Revista de Oriente*, n° 2, Buenos Aires, julio, pp. 14-16.

y colores” estas corrientes querían “desvincularse de todo contacto con la realidad, formando una generación verdaderamente extremista”, cuyos ensayos “resulta[ba]n interesantes por su aplicación de carácter decorativo” sobre todo en el teatro soviético. Entre sus principales exponentes citaban a Liubov Popova, Malevich, Rodchenko “y en especial Alejandra Exter”. También daban cuenta de la obra de Annenkoff, por su compromiso de conjugar realismo y cubismo, además de mencionar a Chagall.²¹⁵ Unos años antes, en el *Suplemento de La Internacional*, en un artículo levantado de la berlinesa *Rote Fahne* se hacía referencia, en el marco de una panorámica sobre distintos aspectos de la obra cultural revolucionaria, al proyecto de Tatlin para la realización del monumento a la Tercera Internacional.²¹⁶ La crónica transmite la impresión que causa ese “gran modelo, ejecutado por el futurista Tatlin, para un monumento por lo menos muy original que debe ser ejecutado a 300 metros de altura”, que estaría hecho de hierro “como símbolo de la fuerza y decisión” y con “vidrio como símbolo de la verdad y la sinceridad”. La forma espiralada que se estrecha hacia la cima y que culmina en una estación radiotelegráfica semejaba “a la concentración de las fuerzas revolucionarias siempre en aumento”, mientras la doble composición de las espirales que rotaban a distinta velocidad expresaba los diferentes *tempos* de los Congresos (anuales) y del Comité Ejecutivo (mensuales) de la Internacional.²¹⁷

Un panorama de las orientaciones ofrecía un texto de Lunatcharsky publicado en agosto de 1925, en el que el dirigente soviético trazaba una suerte de balance de la producción cultural en los primeros siete años de revolución. Allí exponía la presencia de las nuevas corrientes del arte “que simpatizan con la revolución” en un arco que iba desde importantes agrupaciones de escritores como los nucleados en el L.E.F., “frente de izquierda o comunistas futuristas, como ellos mismos se titulan”, pasaba por “los jóvenes realistas” —entre los que destacaban Wsevolod, Ivanov, Sifuline y Babel— y llegaba hasta los nuevos y “talentosos escritores comunistas Lebedintzev y Besimensky”. Del mismo modo, en la pintura, la “Asociación de Pintores de la Rusia Revolucionaria” y los nuevos talentos como Annekov y Brodsky, Kasatkin y Lentulow, renovaban las artes plásticas mientras que Iakulov, Merkulov, Andrev y otros lo hacían con la escultura. Del teatro de la revolución, el comisario indicaba que dos tendencias

²¹⁵.- *Ibidem*.

²¹⁶.- Waldemar (1921), “La exposición del Tercer Congreso”, en *La Internacional. Suplemento*, n° 4, Buenos Aires, 5 de septiembre, pp. 15-16. Se trata de una crónica realizada en el marco del tercer congreso de la Internacional Comunista.

²¹⁷.- *Ibidem*.

principales se disputaban la escena, el teatro revolucionario, con un repertorio de piezas acotado, y el viejo teatro académico que comenzaba a incluir obras de contenido revolucionario.²¹⁸ Si bien Lunatcharsky estaba más preocupado por exponer una “reconciliación” entre la revolución y los intelectuales —“los intelectuales comienzan a colaborar, cada vez con más energía y más talento, en el plan común de la reconstrucción comunista”²¹⁹— su misma presentación dejaba en suspenso las distinciones y las relaciones entre el arte de antes de la revolución y el que emergía, el cual intervenía como una dimensión de la misma revolución, una dimensión radical y a la vez “espectacular”.²²⁰ Por lo demás, el *Narkompros* durante los años veinte mantenía una política de equilibrio entre las corrientes artísticas, y evitaba en lo posible que unas se impusieran sobre las otras, permitiendo tanto la renovación como el mantenimiento de la tradición. Lunatcharsky no era miembro del CC del partido bolchevique y pensaba, como señala la historiadora Sheila Fitzpatrick, que el comunismo significaba, ante todo, la educación del pueblo. De ese modo, como se mencionó más arriba, en la esfera cultural y científica se abogó por una política de apoyo al trabajo creativo y científico, sin apoyos especiales que condujeran al monopolio de una determinada perspectiva científica o artística (cfr. Fitzpatrick, 1977).²²¹ De todos modos, como

²¹⁸.- Lunatcharsky, A. (1925), “La cultura soviética en los últimos siete años”, en *Revista de Oriente*, n° 3, Buenos Aires, agosto, pp. 4-5. En un texto de cuatro años atrás, Lunatcharsky daba cuenta de la existencia de varios grupos y corrientes de teatro, entre las que mencionaba “el teatro heroico” de Petrogrado, y el “teatro Experimental del Estado”, pero no explicaba en qué consistía cada una de estas variantes; de todos modos destacaba el interés del público obrero y popular. Cfr. Lunatcharsky, A. (1921b), “Repertorio Teatral Revolucionario”, en *La Internacional. Suplemento*, n° 4, Buenos Aires, 5 de septiembre, pp. 5-7. Lunatcharsky era él mismo dramaturgo, y si bien expresaba sus opiniones y preferencias, mantenía, como ya se dijo, una política pluralista.

²¹⁹.- Lunatcharsky, A. (1925), cit., p. 5.

²²⁰.- No puedo ocuparme aquí de las reflexiones que suscitara la cuestión de la revolución y los intelectuales en la prensa de la izquierda rioplatense; la misma es objeto de tratamiento en un número importante de artículos. El lector puede tener una primera aproximación al problema a partir de Lunatcharsky, A. (1921c), “La Tercera Internacional y los intelectuales”, en *La Internacional. Suplemento*, n° 5, 12 de septiembre, pp. 1-4. Reproducido también como “Los intelectuales frente a la revolución mundial”, en *Revista de Filosofía*, n° 6, noviembre, pp. 470-477; Punyet Alberti, Manuel (1925), “Interpretación y realización”, en *Revista de Oriente*, n° 5, Buenos Aires, noviembre, p. 32; Solari, Juan Antonio (1921), “Las mulas del capitalismo”, en *Cuasimodo*, n° 15, 2° decena de abril, pp. 10-11; Serge, Víctor (1925), “Los intelectuales y la revolución”, en *Revista de Oriente*, n° 5, Buenos Aires, noviembre, pp. 20-21; se trata de un texto fechado en enero 1923, en Kiev y notablemente la nota está acompañada de dos fotos de Haya de la Torre “rodeado de obreros rusos”.

²²¹.- Por ejemplo, Lunatcharsky se preguntaba “¿Qué significa instrucción proletaria?”, y respondía que “antes de todo: la difusión de aquellos valores científicos y artísticos fuera de los cuales no se puede ser un hombre «educado» (instruido, con conocimientos), fuera de los cuales el proletariado ha de ser bárbaro, sin cuyos conocimientos no podrá utilizar correctamente ni el poder que conquistó, ni los instrumentos de producción”; y agregaba que si bien en determinadas áreas la clase trabajadora ya había ganado el primer lugar en cuanto a la producción de conocimientos —“las partes especialmente elaboradas del marxismo, particularmente en los campos de la sociología y economía, en menor grado en los de la historia y la filosofía”— todavía debía transitar el cambio en otras, por lo que precisaba dotarse de la mayor cantidad de perspectivas posibles y a partir de ellas elaborar la propiamente proletaria; cfr.

señala Susan Buck-Morss, este “pluralismo artístico” derivaba de un elemento práctico: en tanto el compromiso político con la revolución era más importante que el estilo artístico, se animó de hecho a que todo grupo artístico compitiera por demostrar que “*el suyo* era el auténtico” arte proletario revolucionario (Buck-Morss, 2004: 78).

No faltaron, entonces, artículos orientados a captar la novedad del arte revolucionario, lo que lo hacía no sólo nuevo sino, particularmente, emancipador, toda vez que la variedad de tendencias artísticas en la Rusia de los *soviets* tornaba más elusivo el asunto. Arturo Cappa, militante comunista italiano cuya hermana se desposó con el futurista italiano Filippo Marinetti, sostenía en 1922 que la próxima conquista política del poder por parte del proletariado mundial colocaba “el problema de un arte proletario, de un arte que exprese la necesidad, la aspiración, la sensibilidad proletaria” como una tarea “de urgente actualidad”.²²² Si bien el italiano supeditaba el desarrollo de una forma propia y característica de arte proletario a la supresión de la propiedad privada y a la sustitución de los parlamentos burgueses por los *soviets* obreros y campesinos, no dudaba en calificar como “signos precursores de una revolución artística, que ha precedido y acompañado a la revolución social” a esas “tentativas de arte nuevo” como el “cubismo, suprematismo, futurismo en general”.²²³ La Rusia soviética, argumentaba, ofrecía “un campo importante y decisivo de estudio y de observación” para la experimentación artística, donde las nuevas tendencias “han tomado el barlovento y millares y millares de obreros y campesinos, dejando las fábricas y los campos para frecuentar los estudios de Arte Libre del Estado, han indistinta y espontáneamente creado notables manifestaciones pictóricas, poéticas y musicales, orientándose hacia el arte futurista”.²²⁴ Pero el futurismo al que se refiere Cappa es uno de matriz y contenido netamente italianos. Por eso sus énfasis en la inmediatez y el dinamismo que no es más que el vértigo y la velocidad del Manifiesto de Marinetti; por eso una definición del proletariado como “clase destinada a través de la revolución comunista a actuar siempre con una más intensa industrialización de la vida, para intensificar al máximo la producción”.²²⁵ Cappa entiende que “las críticas del futurismo porque producido por artistas burgueses, o por el d’anunzismo y fascismo de

Lunatcharsky, A. (1920b), “La Cultura Proletaria y el trabajo cultural de los Soviets”, en *Documentos del progreso*, nº 33, 1º de diciembre, pp. 1-2.

²²².- Cappa, Arturo (1922), “El arte y la revolución”, en *La Internacional*, 23 de abril, pp. 2-3. Tal vez por un error editorial o tal vez por la importancia o la repercusión del tema, el texto de Cappa vuelve a ser publicado el 4 de agosto de 1922, en p. 4.

²²³.- *Ibidem*, p. 2.

²²⁴.- *Ibidem*.

²²⁵.- *Ibidem*.

Marinetti” deben desestimarse, pues si es cierto que los futuristas italianos eran políticamente reaccionarios, también eran, dice, “artísticamente revolucionarios”. Si para este comunista italiano “un foguista que está ante los hornos, el obrero que trabaja con el martillo eléctrico, el maquinista que conduce una locomotora o el chauffeur que guía un automóvil, el radiotelegrafista que lanza las ondas hertzianas a través de los océanos no pueden sentir la vida ni gustar el mismo arte que una señora amante del toilet, de un cardenal o de un banquero gotoso”, las razones de esa divergencia debían buscarse en “el factor económico materialista que influye implacablemente sobre el espíritu de los hombres”.²²⁶ El carácter de ese arte proletario pareciera derivarse directamente de la maquinización y la industrialización, dado que “la máquina ha creado el proletariado”, y el autor deduce de ello que “en el espíritu de los hombres nuevos del porvenir comunista no existirá más sentimentalismo, nunca más romanticismo, sino decisión, rapidez, elasticidad, voluntad libre”. Futurismo sí, pero futurismo de Marinetti, distinto del soviético y distante de una relación nueva —y diferente a la del capitalismo— entre la técnica (la máquina) y el ser humano.²²⁷ La diferencia se percibe claramente si se compara esta intervención con las palabras de Tatlin al referirse a las teorías del “arte de producción” en Rusia: “Quiero hacer la máquina con arte y no mecanizar el arte; existe una diferencia en el entendimiento”.²²⁸ Por lo demás, las discusiones entre constructivistas y suprematistas en Rusia (los primeros acusando a los segundos porque sus objetos no eran suficientemente utilitarios, y Malevich respondiendo a Tatlin por haber modelado un monumento a la Internacional cuya estructura era poco segura y que no podía construirse, para mencionar dos ejemplos) tenían como punto en común que todas las elaboraciones de estas “vanguardias” del arte contenían un “suplemento utópico” en sus obras, irreductible a la realidad y por ello elemento de la crítica del presente.²²⁹

Algunos textos destacaban las novedades radicales que implicaban las experimentaciones teatrales en Rusia, en particular, las concepciones de la biomecánica de Vsévolod Meyerhold. En *Revista de Oriente*, Enrique Lavacchioli exponía lo que consideraba el derrotero del teatro ruso posrevolucionario, desde el “teatro de la sátira

²²⁶.- *Ibidem*.

²²⁷.- *Ibidem*, p. 3.

²²⁸.- Lodder, *Constructivismo*, Madrid, Comunicación, 1972, p. 213, cit. en Buck-Morss (2004: 320: n. 47).

²²⁹.- La noción de “suplemento utópico” es de Hubertus Gassner, cit. en Buck-Morss.

revolucionaria” (del cual mencionaba su carácter itinerante, sobre todo en el frente de la guerra civil) hasta el Teatro de la Revolución bajo la dirección de Meyerhold, explicándolo como un pasaje desde la necesidad propagandística de los tiempos de la guerra civil hacia la cultura más elevada a partir de 1922.²³⁰ En el nuevo teatro soviético, sostenía, “el drama, la comedia, la farsa, ha[bía]n pasado a segunda línea” y lo que predominaba era “la enciclopédica exhibición” de los actores en “múltiples actividades de cantores, acróbatas, bailarines”. De esta mixtura “de las artes más variadas, más desemejantes y más antitéticas se origina un todo armónico, aunque extravagante, que el filtro sabio del director de escena con sutilísimo equilibrio regula, repule y purifica en forma casi perfecta”.²³¹ El autor de la nota percibía, asimismo, el carácter “cinematográfico” de este teatro: refiriéndose a las puestas de Meyerhold, incluyendo sus adaptaciones de clásicos de la dramaturgia rusa como Ostrovsky, decía que “su método, que se aplica hoy a todas las obras que pone en escena, consiste en la descomposición de los actos, según los principios del cinematógrafo. Los actos se transforman en cuadros y se crea así la estática del drama sin quitarle la dinámica”.²³² Efectivamente, la búsqueda del teatro revolucionario, especialmente manifiesta en la articulación Maiakovski-Meyerhold, se orientaba a componer el desarrollo dramático de la obra apoyándose en las técnicas del circo, en el teatro de marionetas e incluso en el *music-hall*, para crear un “teatro-espectáculo”, un teatro que recuperara la dimensión del espectáculo y que por ese medio llegara a la conciencia de los espectadores (Hesse, 1971: esp. 57-91 y 141-164). El constructivismo de Meyerhold, que se extiende a casi todas las puestas, incluso algunas del *Bolshoi*, aparecía en la nota de Lavacchioli a través de varias fotografías de distintas obras, en las cuales se ven los dispositivos de rampas, plataformas, escaleras, etc., propias de los montajes de aquel teatro. El elemento satírico, o la conjunción entre tragedia y comedia —“ha unido (...) el elemento trágico y el cómico”— que el autor señalaba, era también propio de estas obras, pues el modo en que se evitaba que los actores de la puesta constructivista y biomecánica se convirtieran en robots deshumanizados, era mediante un ácido humor,

²³⁰.- Evidentemente, el autor desconocía la doble puesta escénica (doble porque diferente) del *Misterio bufo* de Maiakovski por Meyerhold en 1918 y 1921.

²³¹.- Lavacchioli, Enrique (1925), “El Teatro de la Revolución”, en *Revista de Oriente*, nº 1, Buenos Aires, junio, p. 20. Es posible que el autor sea, en realidad, Enrique Cavacchioli, un poeta futurista italiano, uno de aquellos a los que Marinetti dirige su segundo Manifiesto.

²³².- *Ibidem*, p. 21. Meyerhold pensaba que los espectadores se estaban acostumbrando al cinematógrafo, y que entonces ya no soportaban la característica división en actos del teatro, de modo que descomponía esos actos en una secuencia de cuadros, algunos de los cuales tenían lugar simultáneamente.

que retomaba de este modo una tradición de la literatura rusa y de las puestas del teatro popular.

Como decía más arriba, en el folleto que edita Resnik sobre el teatro soviético se inserta un texto de D. Aranovitch, originalmente aparecido en la revista francesa *Monde*. Allí se sostenía que, en ese momento, cuatro tendencias principales eran reconocibles en el teatro ruso, aunque ya no se oponían categóricamente como a principios de la década. Mencionaba entonces, en primer lugar, el teatro más psicológico y naturalista de Stanislavski; en segundo término al teatro figurativo o pintoresco de Tairoff que funcionaba en el Karmeny Teatro de Moscú y cuyo centro de gravedad se hallaba “en el modelaje, donde el pintor juega el principal papel”, lo que explicaría la predilección por un género como la opereta y la inclinación de Tairoff por el teatro de masas. En tercer término presentaba “el Teatro Analítico Experimental”, es decir, el Teatro de Meyerhold, el cual, a diferencia de toda versión más o menos realista, “tiende a subrayar que el teatro, como ficción, y la vida, como eficacia, son dos nociones completamente diferentes” y cada una se rige por reglas propias. Ficción y vida podían converger, pero en un tipo específico de espectáculo, un teatro que tratara de “no engañar al espectador ni darle la impresión de que en la escena todo es «como en vida», sino que intenta demostrarle todo lo que existe de convencional encarado como arte, mostrándole todo el laboratorio del teatro, desde las bambalinas, el telar, hasta las piezas dispuestas de la maquinaria, etc.”.²³³ Por ello, deducía, “no existe telón en el Teatro de Meyerhold”, no se presentaba una reproducción que situara al público sobre alguna localidad en la que acontecería la obra, y los artistas aparecían en escena “sobre plataformas, construcciones de concepción estrictamente abstractas”. Al hacerlo, afirmaba el cronista, “hacen renacer su lucha contra la ilusión y no tienen apariencia de realizar su juego, sino de «realizar» su trabajo”.²³⁴ En cuarto término, el articulista menciona el Teatro Neorrealista y Sintético de Vakhtangov, uno de los más importantes renovadores teatrales que, efectivamente, se propuso una síntesis de Stanislavski y Meyerhold, un “teatro teatral”, inspirado en la comedia del arte italiana, y en la que las representaciones retomaran un aire de improvisación, de juego espontáneo.²³⁵

²³³.- Aranovitch, D. (1929), “El Teatro Ruso Contemporáneo”, en Resnik, A., *Teatro revolucionario de la Rusia Soviética*, Buenos Aires, Plus Ultra, p. 53-62.

²³⁴.- *Ibidem*, p. 59.

²³⁵.- Véase también Bek, Roustam (1921a), “El Teatro en Petrogrado”, continuación, en *La Internacional. Suplemento*, n° 9, Buenos Aires, 9 de octubre, pp. 6-7.

De este modo, en la amalgama de textos que se enfocan en el contenido del arte soviético con aquellos que describen o analizan las nuevas formas artísticas, se manifiesta una voluntad de conocer y de establecer las relaciones y los alcances de una revolución en términos culturales. En gran medida, esa misma superposición y mezcla se produce en Rusia, donde, por ejemplo, los principios constructivistas y realistas en el teatro se presentan conjuntamente; tal el caso de *Tragedia optimista* de Vsévolov Vichnevski, en la que se reviven las horas de octubre de 1917 en una secuencia vertiginosa de escenas de tipo realista que se intercalan con otras propias del teatro vanguardista; y mientras el mismo Stanislavski incorpora elementos del constructivismo, Meyerhold hace lo propio con el realismo al montar *El revisor* de Gogol en 1926 (Hesse, 1971). Para percibir el panorama completo, es preciso tener en cuenta que junto con los textos que tratan de analizar el nuevo arte llegan también las palabras de orden que les demandan disciplina y que establecen prioridades de realización para la revolución, las cuales sostienen que si la transformación cultural es el objetivo, la reconstrucción económica y la producción son sus prerequisites.

Ya para 1921 se recogían en la prensa local los conflictos entre los órganos del estado bolchevique y las instancias de la revolución cultural. A propósito de la política del *soviet* de Moscú dirigida a clausurar al *Proletkult* de dicha ciudad, el *Suplemento de La Internacional* recogía el posicionamiento de Lunatcharsky y una extensa introducción levantada de un periódico moscovita. Este artículo que precede a la declaración del titular del *Narkompros* explicaba con bastante aproximación el tenor de la polémica desatada. Se trataba de la discusión sobre la autonomía del *Proletkult* de esa ciudad, y de su defensa por Lunatcharsky. En el texto se señala la amplitud del debate en las publicaciones soviéticas, y la campaña contra el “paralelismo”, esto es, que de algún modo se regularan las áreas de incumbencia entre las múltiples y diversas organizaciones surgidas de la revolución: en este caso, el *soviet* de Moscú abogaba por subordinar a las organizaciones del *Proletkult* a la dirección de la sección moscovita de la Instrucción Pública.²³⁶ Aunque se enfatizaba la preservación de su autonomía, el articulista ceñía las labores culturales del *Proletkult* a los trabajadores industriales, en especial a los jóvenes, y bajo la forma del *studio*, es decir, una taller experimental, un laboratorio cultural, cuyas actividades se desarrollarían en horarios poslaborales. Lo que

²³⁶.- Lunatcharsky, Anatolio (1921e), “La cultura proletaria y el comisariado de Instrucción Pública”, en *La Internacional. Suplemento*, n° 10, Buenos Aires, 16 de octubre, pp. 6-8. Como se dijo, el texto de Lunatcharsky está precedido por una introducción al tema firmada por “Demian” para la revista *Moscú* y fechada en 1919.

el texto recogía sin mencionar explícitamente era la polémica sobre las instituciones educativas: mientras el aparato oficial de enseñanza “transmite a todas las clases las partes positivas de la cultura tradicional, toda hecha”, por medio de las “secciones de Instrucción Pública [que] tienen a su disposición la red sin cesar ampliada a través de toda Rusia, de las escuelas de trabajo de tres grados, con las escuelas especiales y profesionales”, a las instancias de la *cultura proletaria* le correspondería “la enseñanza extraescolar (cursos, confecciones, teatro, cinematógrafos, círculos, conciertos, publicaciones)”. En el cuerpo principal de la nota, compuesto por la intervención de Lunatcharsky, el comisario exponía el cambio de situación respecto de los tiempos previos a la revolución, por lo que debía plantearse nuevamente “la cuestión concerniente a las relaciones que deben existir entre el Partido Comunista y el gobierno soviético (...) definir la frontera a establecerse entre la *Prolecultur* y el Comisariado de Instrucción Pública”.²³⁷ Las tareas propias del *Proletkult*, continuaba, eran “los trabajos de taller”, “el descubrimiento y el sostenimiento de los talentos originales del proletariado, la creación de círculos de escritores, artistas y de jóvenes sabios de toda clase salidos de la clase obrera”.²³⁸

La delimitación tiene consecuencias escisionistas, y va al nudo de los alcances fusionistas que el propio *Proletkult* así como los artistas futuristas y suprematistas se habían propuesto cuando sostenían que se trataba de unir arte y vida. Quien daba cuenta de estas orientaciones era Ilia Ehrenburg, en un artículo publicado en 1922 en el *Suplemento de la Protesta* y dirigido específicamente al público argentino. Luego de repasar el pasaje de la pintura de caballete y del *cezzanismo* ruso al cubismo y el suprematismo de antes de la revolución, concluía que “durante los últimos años, el arte de vanguardia había llegado a penetrar verdaderamente en el seno del pueblo”. Y sostenía esta impresión en lo que en Rusia se denominó “arte de producción”:

“En varias ciudades del Occidente ruso, los obreros construyeron monumentos sirviéndose de diferentes piezas de máquinas. Decoración y dibujo de los bonos para el pan fueron encargados por el Soviet a los cubistas. Los membretes y diferentes atributos de los diversos sindicatos, también son ejecutados por los cubistas o «suprematistas»”.²³⁹

²³⁷.- *Ibidem*, p. 7.

²³⁸.- *Ibidem*, p. 8. Véase también un texto un poco anterior: Lunatcharsky, A. (1920b), “La Cultura Proletaria y el trabajo cultural de los Soviets”, en *Documentos del progreso*, nº 33, 1º de diciembre, pp. 1-2.

²³⁹.- Ehrenbourg, Elie [Ilia Ehrenburg] (1922), “El arte en Rusia”, en *Suplemento de La Protesta*, Buenos Aires, 10 de agosto, pp. 6-7. Y agregaba que si bien “[d]esgraciadamente, la industria rusa se halla en un estado lamentable”, de todos modos “las telas impresas —de una suntuosidad decorativa admirable— según los cartones pintados por los «suprematistas»” y la “manufactura de cerámicas, así como la de los

Como se ha indicado, Lunatcharsky era *prácticamente* pluralista, pero en sus declaraciones no ocultaba sus simpatías por un arte más bien tradicional que desestimaba la calidad y la propuesta de las vanguardias; como consideraba que el arte futurista era arrogante al creerse superior a la tradición rusa²⁴⁰, convocaba a los artistas a volver a Puskhin y Ostrovsky.²⁴¹ El llamado a que los artistas se encolumnaran con el partido aparecía en otros textos publicados en la prensa rioplatense, algunos de los cuales sugieren el carácter marginal de las vanguardias; así, el mismo Sekoloff que había augurado el fin del arte por el arte, sostenía que “se ven conciertos de música futurista frecuentados sin gusto por el pueblo, extraño a todo lo que es incomprensible”, los cuales sólo concitaban el interés “de la *intelligentsia* ávida”.²⁴² Otras intervenciones eran más taxativas, implicaban un llamado al orden. En una nota que *La Internacional* toma de *Avanti!* y que a su vez se originó en *Pravda*, el ataque se dirigía contra el propio Lunatcharsky y su gestión excesivamente «democrática» en el terreno cultural, para terminar sentenciando que había llegado el tiempo “de inducir el pensamiento de nuestros poetas comunistas a la disciplina del partido, rigurosa pero necesaria”.²⁴³

Un punto de vista exactamente opuesto, y ciertamente excéntrico puede leerse en el *Suplemento de La Protesta*, donde se publicaron un par artículos del crítico francés, nacido en San Petesburgo, André Levinson, en los cuales trazaba lo que a su criterio era el pasaje de la literatura de antes de la revolución —cuya “característica” era la rebeldía²⁴⁴— a la inexistencia de una literatura de la revolución debida a la opresión de la “dictadura comunista” sobre los escritores. Incluso consideraba que el

objetos de granito, han sido confiadas a la sección de Arte”, todo lo cual demuestra, a su criterio, que estos artistas y los obreros se han coaligado.

²⁴⁰.- Lunatcharsky, A. (1920b), cit., p. 2.

²⁴¹.- Una convocatoria que Meyerhold tomará en 1924, al montar *La selva* de Ostrovski, y en 1926 *El revisor* de Gogol, pero reorganizándolas por completo por medios constructivistas y biomecánicos, produciendo una obra más parecida a un film que al teatro tradicional.

²⁴².- Sekoloff, Boris (1920), cit., p. 16. A la vez trazaba la línea de acción para estos intelectuales: “Los artistas que se han adherido a los principios proclamados por los bolcheviques, los que han seguido la vía que les había sido trazada, han encontrado, al lado de los poderes soviéticos, todas las gracias y todos los favores”, *ibídem*. Desde otro ángulo, el escritor danés Martin Anderson Nexø, un socialista que se sumó a las filas del comunismo, afirmaba que en la hora actual el proleariado tenía “mayores y más serios problemas de que preocuparse, antes que el de ingeniar en la producción de novedades literarias o pictóricas”, y si esa cuestión preocupaba “a muchos dentro del movimiento social de las clases inferiores, y, sobre todo a sus elementos intelectuales” no era posible tener una respuesta pues ésta estaba “destinada a producirse tardíamente” dado que el arte poseía más bien “el carácter de un sedimento cultural que de un impulsor de nuevos rumbos”; cfr. Anderson Nexø, Martin (1925), “Proletariado y Arte”, en *Revista de Oriente*, nº 4, Buenos Aires, pp. 24-25.

²⁴³.- “La libertad artística de Lunatcharsky criticada por la *Pravda*” (1921), en *La Internacional*, 12 de febrero, p. 4. Tomado de *Avanti!*.

²⁴⁴.- Levinson, André (1922), “La literatura rusa actual”, en *Suplemento de La Protesta*, Buenos Aires, 30 de enero, pp. 3-4.

emprendimiento bolchevique de publicar una “literatura mundial” bajo la dirección de Gorki no resultó más que “una ilusión generosa”.²⁴⁵ Levinson arremetía entonces contra los futuristas y en especial contra Maiakovski, de quienes decía que “corrieron a ofrecerse al nuevo amo” bolchevique, porque “vieron en el aplastamiento del alma nacional *el medio de llegar!*”.²⁴⁶ Su crítica excedida proclamaba que el *Misterio bufo* era un ejemplo de la más baja demagogia y las distintas organizaciones del *Proletkult* una copia de la literatura y la poesía burguesas que se suponía venían a reemplazar. El carácter sorprendente y terminantemente sentencioso de esta crítica despierta la atención en una publicación del universo intelectual de la izquierda local. A la vez, es incapaz de comprender toda la distancia que separaba y enfrentaba a las vanguardias artísticas con la política oficial bolchevique, la cual, en todo caso, coincidía con Levinson en valorar el arte y la literatura del novecientos, mientras desconfiaba de las nuevas experimentaciones. Las razones por las cuales el gobierno soviético impulsó su disciplinamiento, y la inclinación cada vez más marcada en la segunda mitad de los '20 por un realismo que llevará al llamado “realismo socialista”, no podrían comprenderse desde la posición que adopta el crítico Levinson. Pues *en las obras* de las vanguardias, dotadas de ese “suplemento utópico” antes mencionado, se expresaba un pensamiento crítico que actuaba como descomposición de la naturalización del presente.

“La línea que separa a los intelectuales del pueblo de Rusia, ¿Es verdaderamente infranqueable?” se preguntaba Aleksandr Blok, según lo cita José Carlos Mariátegui en un texto publicado en *Revista de Oriente* en 1926. Y se respondía: “en tanto que subsista esta barrera los intelectuales están condenados a errar, a agitarse vanamente, a degenerar en un círculo sin salida”. Mariátegui anota que Blok, “el poeta de *Los Doce* y de *Los Escitas* quiso, en estos poemas, ser el poeta de la revolución rusa”, y si no pudo serlo por mucho tiempo no fue por su culpa, sino porque “su alma había absorbido, en treinta y ocho años, todos los venenos de una época de decadencia”. La subjetividad de Blok, con su pesada carga de artista e intelectual angustiado, formado en una época de pesimismo y desesperanza, colisionaba, según el peruano, con la nueva subjetivación emergente de la revolución. Y ni siquiera la sublime densidad de su poesía parecía ofrecerle una vía de acceso a este tiempo que se presentaba como nuevo. Frente a la

²⁴⁵.- Levinson, André (1922a), “La literatura rusa bajo la dictadura comunista”, en *Suplemento de La Protesta*, Buenos Aires, 19 de febrero, p. 6.

²⁴⁶.- *Ibidem*.

época que emergía, su destino se limitaba a saludarla, en “un instante de exaltación y de plenitud”, pero después la “barrera infranqueable” volvió a erguirse, y “las manos transidas de Blok, torcían ya, tal vez, la cuerda del suicidio, cuando arribó sola la muerte”.²⁴⁷

²⁴⁷.- Mariátegui, José Carlos (1926), “Alejandro Blok”, en *Revista de Oriente*, n° 6, Buenos Aires, enero, pp. 21-22.

V. Espacio

“Con la heroica revolución rusa, no solo triunfaron los conceptos teóricos marxistas, sino que podemos demostrar dos cosas: A la burguesía, que el socialismo *no es ya una bella utopía*, sino una *realidad tangible*, viviente y realizable en *cualquier* latitud de la tierra...”

“Del momento. Redacción” en *La Internacional*,
1º de noviembre de 1919, p. 1.

“... Lo importante no es cambiar de nombre para llamarnos Partido Comunista. Lo importante es que merezcamos seguir llamándonos Partido Socialista. La verdad, sin emplear los términos gruesos e inútiles de vendidos y traidores, es ésta: ha llegado el momento de definir qué somos y qué queremos. ¿Somos, haciendo honor a nuestra tradición marxista, un partido de clase que tiene fe en la acción internacional del proletariado, organizado para la conquista, por todos los medios, del poder político y económico? ¿o somos un partido democrático, liberal, progresista, nacionalista en el mejor sentido de la palabra, inspirado por nobles propósitos de reforma social y de protección del proletariado?”

Roberto F. Giusti, en *Germinal*, enero 1921.

Rusia no es un modelo...

Se ha señalado que las interpretaciones locales de la revolución rusa no se tradujeron en una suerte de fórmula política a ser calcada, duplicada en tierras del Plata (Falcón, 2000; Halperín Donghi, 2000; Pittaluga, 2000). Nuevamente es la influyente palabra de José Ingenieros la que despeja cualquier duda al respecto, al sostener que “la revolución socialista rusa es un experimento cuyas enseñanzas deben ser aprovechadas, sin que ello importe creer que es un modelo cuyos detalles convenga reproducir servilmente en cualquier otro país” (Ingenieros, 1957 [1920c]: 133). Así también opinaba Alfredo Palacios, al advertir que si bien “el proletariado de todo el mundo sigue con honda simpatía el desenvolvimiento de la revolución rusa”, no por ello estaba dispuesto “a reproducirla servilmente”, algo que por otra parte, agregaba, “no pretende

tampoco la Tercera Internacional, que sólo afirma que todo el poder está en manos de los trabajadores, sin indicar la forma exacta en que debe hacerse la revolución” (Palacios, 1921: 8). Es que ni sus más fervientes simpatizantes locales sostenían la idea de una copia, de abogar por una réplica, de abocarse a transplantar la experiencia soviética y bolchevique.¹

En parte, esas reflexiones se sostenían en la peculiaridad de la situación rusa, en su anomalía. En el prólogo al folleto de Antonio de Tomaso, Enrique Dickmann enfatizaba esa particularidad. La revolución en Rusia, además de un “vasto y complejo fenómeno político-social”, era un resultado “genuino de aquel medio singular y único” que constituía “la historia política de Rusia”, con su “composición étnica y social, sus tradiciones autocráticas y revolucionarias, el sombrío cuadro de su pasado sangriento” (Dickmann, 1919: II). También Justo apuntaba que la transformación social en curso ocurría “en un ambiente que apenas conocemos, y en todo caso muy diferente del nuestro y que pasa por circunstancias extraordinarias creadas por la guerra”.² Y desde las páginas de *La Vanguardia* se aludía al carácter “pueril y maligno” de la alarma que encendían en la hora “los conservadores de todos los países”, pues —afirmaban los socialistas argentinos— “la revolución maximalista se explica y se justifica por aquel medio histórico, político y social, único en el mundo”, y sería imposible y aun impensable en “los países democráticos más cultos y educados, de sufragio universal igual y secreto y de costumbres políticas avanzadas y consolidadas”, donde en todo caso “las revoluciones más hondas y trascendentales pueden y deben ser realizadas sin graves trastornos sociales”, como esperaban que sucedería con los acontecimientos alemanes de los que informaban en ese mismo artículo.³

Coincidentemente Palacios explicaba que en Rusia “faltaron el sufragio universal y el movimiento de los sindicatos y de las cooperativas, que pudieran dar al proletariado una fuerza legal, preparándole así, *gradualmente*, a la conquista de sus ideales” (Palacios, 1921: 6, cursivas en el original). Esas peculiarísimas circunstancias locales, que obligaron al desenvolvimiento de la lucha de clases bajo la represión extrema, impedían hacer de la revolución rusa un modelo revolucionario (*ibídem*, 6) y descartaban todo intento por “copiar los métodos y los procedimientos seguidos en

¹.- “Nuestras circunstancias son muy distintas que las de Rusia”, decía Enrique del Valle Iberlucea (1934 [1921]: 146-7).

².- Justo, Juan B. (1920a), “El momento actual del socialismo. Segunda conferencia del diputado Justo”, en *La Vanguardia*, 19 de abril, p. 1.

³.- “La república alemana” (1918), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 14 de noviembre, p. 1.

aquel incomparable laboratorio social (...) sin que las condiciones [fueran] las mismas”, pues inevitablemente conduciría al fracaso, como lo comprendían bien “los proletarios de Europa” (*ibídem*, 63-64). En palabras de Juan B. Justo, era insensato “tomar como modelo y norma de conducta para nosotros, lo que existe en estos momentos en aquel país lejano”⁴, donde *lejano* oficia como categoría política, designando *otro espacio* que se rige por otras reglas de la *política*.⁵

“¿Es el maximalismo ruso trasplantable o imitable? ¿Puede servir de modelo o de ejemplo a los partidos socialistas de otros países? Lo niego rotundamente”, aseguraba sin rodeos Enrique Dickmann (Dickmann, 1919: 6), y un tiempo después agregaba: “¿Y qué sucedió cuando se quiso trasplantar los métodos de la revolución rusa a otros países e imitar sus procedimientos? La tragedia de Hungría y de Baviera son dos lecciones demasiado recientes y terribles para no comprenderlas ni dejar de aprovechar sus enseñanzas”.⁶ Contra la opinión del mismo Lenin, proseguía Dickmann, se “quiso ensayar el bolshevikismo” en Hungría, cuyas condiciones históricas y sociales diferían de Rusia; lo mismo se repitió en Baviera. El fracaso de ambos experimentos, además del costo en vidas de militantes socialistas, había convertido esas regiones en “dos focos de peligrosa reacción en el centro de Europa”, y demostraba “que el bolshevikismo no es transplantable ni imitable. Y si hay ilusos que lo creen así, ahí está la tragedia de Hungría y de Baviera para quitarles su peligrosa ilusión”.⁷ Aquí, se refuerza la idea de la peculiaridad a partir del fracaso del consejismo, que actúa como argumento para invalidar toda *apropiación* de la experiencia soviética.

Para Julio Amor, que respondía a la citada encuesta que pusieron en circulación los periódicos anarquistas *La Batalla* y *La Protesta*. una breve recorrida por lo que consideraba las características sobresalientes de cada región (Francia, el centro de Europa, Italia, etc., incluyendo a EE.UU.), acompañada de las especulaciones atinentes a los caminos posibles “hacia la libertad y la emancipación”, lo llevaba a plantear que ninguna revolución se haría “por idénticas causas” pues como cada pueblo difería “en carácter y temperamento” así también variaría el camino revolucionario en cuanto a

⁴.- Justo, Juan B. (1920a), cit.

⁵.- “En los países más cultos y civilizados, y donde el proletariado es organizado en el triple terreno gremial, cooperativo y político, el socialismo se realizará en y por la democracia” (Dickmann, 1919: 7). En las consideraciones de Justo sobre este particular se pone en juego el argumento opuesto al que sostenía, según Aricó, la pertinencia del socialismo en la Argentina: que más allá de las diferencias entre centro y periferia, había rasgos societales comunes; cfr. Aricó (1999: esp. 75-76). Se entiende entonces que la distancia entre Argentina y Rusia remite al criterio que Dickmann señala en la cita que se reproduce en esta misma nota a pie.

⁶.- Dickmann, Enrique (1920), “¿Qué debemos hacer?”, en *La Vanguardia*, 28 de junio, pp. 1-2.

⁷.- *Ibídem*, p. 1.

“circunstancias y métodos”.⁸ Incluso concluye de esta diferencia fundamental que la influencia de la revolución rusa “no nos puede servir a nosotros para nada, y lo que tengamos que hacer será por nuestra propia iniciativa y decisivo valor”.⁹

La simpatía con la revolución rusa no implicaba, aseguraba Ingenieros, que se tuviera el deseo “de imitar en todas partes sus procedimientos”, sino que expresaba una adhesión porque era “una forma de las tantas que la revolución actual podrá revestir en el mundo” (Ingenieros, 1957 [1920e]: 141-42). Es que “la revolución que se efectúa en toda Europa”, agregaba Palacios, porque partía de “materiales históricos diversos” revestía entonces “formas distintas” (Palacios, 1921: 6); las variadas configuraciones políticas y económicas de cada pueblo imponían “otros métodos que corresponden a la diversidad de estructura”, con el objetivo de asegurar “la transición de este régimen al colectivismo, sin grandes sacudimientos y sin mutilar la libertad” (*ibídem*: 8), de modo que en cada nación habría “programas adaptados a sus peculiaridades” (*ibídem*: 63-64). Y al igual que Ingenieros, declaraba que la revolución no se realizaba “sólo en Rusia” sino que se desarrollaba “también en otros países de Europa” (*ibídem*: 52), pero “las circunstancias en que se desarrolla son diferentes (...) por eso los métodos difieren” (*ibídem*, 53). Desde este punto de vista, la revolución rusa era una más de las modalidades transformadoras de la hora, cada una de ellas determinada —y adaptada procedimentalmente— por las condiciones históricas de cada configuración territorial, es decir, dependientes de su espacio propio.

Estas consideraciones apuntan a establecer los *límites* de las significaciones locales —es decir, las *apropiaciones*— de la experiencia soviética y bolchevique, y también al establecimiento de los contornos del “maximalismo” y su correspondencia con determinadas condiciones socioespaciales; en otras palabras, hasta dónde la “revolución rusa” podía ser pensada como *propia*, *apropiada* para el anhelo revolucionario rioplatense. Límites que se erigen sobre la base de la *distancia entre lugares*, mientras las expectativas que la revolución rusa abre podían ser rápidamente conjuradas como *peligrosas ilusiones*.¹⁰ Acotar la experiencia, entonces, a un territorio

⁸.- Amor, Julio (1918a), “Sobre una encuesta. ¿Revolución o ilusión? Conclusión”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 5 de enero, pp. 2-3.

⁹.- *Ibídem*. Desde el particularismo extremo que enuncia, el articulista se inclinaba entonces por una versión ultraradicalizada del blanquismo, donde pequeñísimas células de 3 o 4 miembros, abandonando toda teorización y colaboración con otras instancias del movimiento libertario, se dedicaban a la conspiración y a las acciones contra instituciones, bancos, etc., en fin, una suerte de “acciones armadas” ejecutadas por esas organizaciones minúsculas.

¹⁰.- La descalificación de la ilusión como peligrosa da cuenta de la importancia que la misma reconfiguración de la expectativa debida a una revolución efectivamente realizada entraña para las

específico, a un contexto *peculiar* (de allí que este adjetivo se repita en las recusaciones como “modelo”, pues lo peculiar es propio y único), lo que implica tanto *circunscribirla* —es decir, hacerla completamente *exclusiva* respecto de otro espacio— como configurar a la práctica política propia en tanto adherida a un territorio otro. En definitiva, es una operación de *territorialización* del imaginario político, el cual adquiere características intrasferibles —no “trasplantables”, en el léxico elegido por Dickmann— entre territorios que se conciben entonces como *disímiles*. O es un pensamiento territorializado de la política, que la piensa *ya* en clave básicamente espacial, a partir de una territorialidad que es la de la definición soberana del estado nacional. Por eso la revolución es *rusa* —su carácter deviene de su territorio, nombrado nacionalmente. No se trata de calibrar diferencias (históricas, sociales, políticas, culturales) y captar particularidades y generalidades, sino destacar la adherencia absoluta de la experiencia soviética a la *peculiar* “nación rusa”. Por eso Dickmann podía aseverar que discutir sobre esos asuntos era debatir sobre “problemas *ajenos y extraños*”, haciéndole entonces el juego al enemigo que mientras tanto se adelantaba con su política concreta en el senado, el gobierno nacional y municipal, etc.¹¹ Los discursos que así consideraban la cuestión estaban proponiendo —y expresando— más o menos explícitamente definiciones no compatibles entre sí sobre qué es, dónde empieza y dónde termina una comunidad, lo cual es una definición sobre la política.

... pero ...

Sin embargo, el *lugar* que la revolución en Rusia producía no era sólo un espacio territorial; también se erigía como crítica de prácticas políticas territorializadas recuperando la dimensión *internacionalista* del socialismo y reposicionando un imaginario político de la lucha de clases contra la soberanía estatal-nacional. La

prácticas políticas y para la experiencia de los trabajadores en *cualquier lugar* del mundo; como dice Koselleck, no hay experiencia que se reúna sin la influencia retroactiva de una expectativa y si ésta cambia, también lo hace la primera (Koselleck, 1993: 333-357)..

¹¹.- Dickmann, E. (1920), cit.; las cursivas son mías. Otro ejemplo de la importancia primordial de una política *territorializada* por el concepto de nación: “...la democracia es eje y fundamento del progreso humano. Que el socialismo, que es fondo, se realizará en y por la democracia, que es forma. Y que la democracia se realiza en y por la nación. La entidad nacional es, pues, un hecho fundamental. Para forjar una sólida conciencia internacional entre los pueblos hay que ahondar y extender y consolidar su conciencia nacional, para que los pueblos no sean presa fácil de conquistadores de afuera o de tiranos de adentro”, en Dickmann, Enrique (1917), “Democracia y lucha de clases”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 20 de octubre, p. 1.

imaginación de la política como un campo de conflicto clasista que atravesaba contextos territoriales que aun con sus historias y rasgos particulares compartían ciertos caracteres básicos, retomaba su posición fuerte en la interpelación de todos los movimientos que aspiraban, en diversas formas, a la emancipación y la igualdad entre los seres humanos. Por eso Ingenieros podía inferir “del gran experimento que se desenvuelve en Rusia (...) algunas nociones sobre las formas que revestirá en otros países la transformación del régimen económico capitalista en un régimen socialista” (Ingenieros, 1957 [1920c]: 124). La revolución en Rusia no sería un modelo a imitar, pero de ella podían extraerse lecciones, “ciertos principios” propios de la “renovación del mundo” que las clases trabajadoras estaba impulsando, principios que tenían “en la Revolución Rusa su primer ensayo de experimentación” (Ingenieros, 1957 [1920e]: 138). Es que para Ingenieros, ciertas “circunstancias históricas bien conocidas han hecho de Rusia «el pueblo elegido» para iniciar el inmenso experimento social que servirá de *norma* del mundo civilizado” (Ingenieros, 1957 [1920b]: 77, las cursivas son mías).

Que la revolución haya tenido *lugar* repercutía en las formas de acción política, aun si se limitaba a la apertura de un horizonte de expectativas de cambio social más o menos próximo. Como decía Augusto Bunge, incluso “la solidaridad moral y práctica con el proletariado ruso en su lucha de defensa”, que provenía de “la inspiración idealista que sostiene a Rusia” —y que de ningún modo significaba “remedarla sin criterio, fuera de tiempo y lugar”— componía una fuerza actuante en la militancia proletaria, porque era “una fuente de inspiración y un caudal de experiencia que ha de enriquecer y vigorizar la organización obrera *en todas partes*” (Bunge, 1919: 61; las cursivas son mías). Asimismo, agregaba, las enseñanzas que aportaban la guerra, las revoluciones y las crisis subsiguientes, pero sobre todo las que proveía “la revolución rusa”, eran indicadores de que el socialismo había estado absorbido por las tareas inmediatas y perentorias de la organización de las masas trabajadoras, pero “había apartado un tanto su mirada de la finalidad” que orientaba al movimiento (*ibídem*: 62).

La capacidad interpelativa de los acontecimientos en Rusia residía en re-ubicar en el orden de lo manifiesto la potencia de la revolución, su poder-ser. De tal modo, la revolución en Rusia sacudía la “naturalización” de las prácticas nacionales de la política, y permitía pensar la *expansividad* del principio soviético a partir de un espacio de la política abierto por la lucha proletaria cuando se *apropia* de aquella experiencia.. Una reflexión en esta línea exponían los editores de *Insurrexit* cuando se referían al movimiento consejista italiano, el cual, en ciertos aspectos, les parecía una “latinización

del movimiento ruso”.¹² La nueva experiencia italiana, argüían los editores, echaba por tierra las discusiones sobre “si sería conveniente la organización de soviets en el mundo latino” y sobre si “la revolución rusa era un movimiento eslavo que nosotros no comprendíamos bien”.¹³ Lo que el “valiosísimo experimento” italiano demostraba, entre otras cosas, era que la experiencia rusa era portadora de principios o modos de acción política capaces de incidir en contextos distintos.¹⁴ Por supuesto que, como señalaba el socialista Enrique Mouchet, ni aun adscribir a la Tercera Internacional indicaba copiar o repetir la revolución rusa, sino “adherir a los principios, los fundamentos de la revolución socialista”, a los soviets y la dictadura del proletariado como principios rectores de la acción; las enseñanzas de la Rusia roja debían, a criterio de Mouchet, adaptarse a las condiciones locales actuando como criterios orientadores.¹⁵ Pero “adaptar” implicaba un grado de retención de la experiencia soviética, e incorporarla a la propia, lo que en palabras del senador del Valle Iberlucea significaba que si “cada país tiene sus modalidades propias”, lo que el socialismo argentino debía advertir en la hora que anunciaba la revolución rusa era la necesidad de propagar tanto el programa mínimo como el máximo (del Valle Iberlucea, 1934 [1921]: 147).

Estos comentarios parecen responder a la visibilización de viejas tensiones en el universo de la izquierda que afloraban de la mano de la experiencia soviética. Pero a la vez, como lo sugería Marcos Duklsky, la revolución rusa presentaba “caracteres tan especiales (...) tanto en su elaboración como en la finalidad” que procuraba, que era difícil encontrar similitudes con las precedentes. Hasta el momento actual, continuaba Duklsky, “las revoluciones se han desarrollado dentro de las naciones, y aunque sus ideas se hayan esparcido por todo el mundo, no han arraigado como para traducirse en hechos”; pero con la revolución rusa pasaba otra cosa: ella tenía “por teatro el mundo”.¹⁶ Y mientras con las revoluciones previas, “la nación salía más unida”, en Rusia “se disgrega hasta llegar al Artel, el Mir, el Zemstvo, la municipalidad, para después formar la provincia, la región y el estado federal; es decir, la organización de abajo arriba, sin poder central que presione las voluntades”.¹⁷ Se trataría, así, de una revolución que redefine el espacio político de dos modos: lateralmente, porque quiebra

¹².- “Los obreros italianos” (1920), en *Insurrexit. Revista Univesitaria*, nº 1, 8 de septiembre, pp. 14-15.

¹³.- *Ibidem*, p. 15.

¹⁴.- *Ibidem*.

¹⁵.- Mouchet, Enrique (1921), “El Partido Socialista y la Tercera Internacional”, en *Germinal. Publicaciones mensuales*, año II, nº 3, enero, pp. 67-74; esp. p. 72.

¹⁶.- Duklsky, Marcos (1917), “La revolución rusa”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de diciembre, p. 2.

¹⁷.- *Ibidem*.

las delimitaciones nacionales de los contextos particulares (es su dimensión internacionalista, actuando y arraigando en el “teatro del mundo”); verticalmente, al dismantelar el viejo edificio de la política para reemplazarlo por acciones des-centradas que fluyen de abajo arriba.

Lo internacional

No todos pensaban como Duklsky, pero algo de lo que este intérprete ponía sobre la mesa de las discusiones era retomado como materia de reflexión por otros comentaristas. Por ejemplo, Ingenieros, que como se ha visto declaraba que el régimen soviético exponía, tras los acontecimientos circunstanciales, “nuevos principios políticos”, planteaba que éstos eran el perfeccionamiento de otros afirmados por revoluciones precedentes, como la soberanía popular, la abolición de privilegios feudales o el sistema de gobierno representativo (Ingenieros, 1957 [1920]: 54-55). Precisamente esa pertenencia era la que ubicaba a la revolución rusa como parte de una renovación que atravesaba las fronteras, y cuya razón y principios apuntaban al mejoramiento de la vida de los pueblos, al progreso humano, respecto de los cuales las dimensiones nacionales aparecían como particularismos de segundo orden (Ingenieros, 1957 [1919]: 43-50). Exponente simbólico de una “alta aspiración humana, tan significativa como pudieron serlo el Cristianismo, el Renacimiento o la Revolución Francesa” (Ingenieros, 1957 [1920c]: 107), la dimensión internacionalista de la revolución rusa era también observable, comentaba Ingenieros, en el tipo de organizaciones con las que tenía afinidades o que había gestado, como “el Supremo Consejo Económico aliado, las Internacionales socialistas, las Internacionales sindicalistas, la Liga de las Naciones” (Ingenieros, 1957 [1919]: 48-49). Aparición particularizada de un movimiento universal, “el fenómeno sociológico ruso es un simple accidente de un proceso necesariamente universal”, sostenido en una “interdependencia económica de los pueblos [que] se ha duplicado en el último quinquenio” (Ingenieros, 1957 [1920c]: 131).

Precisamente era “la extraordinaria interdependencia de los pueblos” como “característica fundamental de los nuevos tiempos” lo que la revolución rusa había subrayado, y la que hacía “arcaico y decididamente absurdo” todo punto de vista que partiera del “espejismo de las pasiones nacionales”, sentenciaba Arturo Orzábal

Quintana en las páginas de *Revista de Filosofía*.¹⁸ Por tal motivo, al tiempo que pronosticaba la próxima emergencia de “un nuevo derecho internacional preocupado ya no por regular los conflictos entre estados sino en legislar para el bien de la humanidad toda”, afirmaba que ya no era posible “desvincular los problemas vitales de una nación determinada, cualquiera que ella sea, de los problemas igualmente vitales de índole internacional, que afectan a todos los pueblos sin excepción”.¹⁹

Para algunos, el carácter internacional, universal, del acontecimiento soviético residía en las condiciones básicas similares en las que se encontraban los pueblos. En *La Organización Obrera* se preguntaban, retóricamente, si acaso el socialismo estaba “localizado en Rusia”, circunscripto a dicho país, y por supuesto respondían que se trataba de “una aspiración universal” de fatal advenimiento y cuyo germen no se encontraba sólo “en Rusia, ni en el bolchevismo” como la burguesía pensaba, sino “en las condiciones desastrosas del obrero, que, desmoralizado, vuelve al hogar y se encuentra con la desocupación y la vida carísima”.²⁰ Emilio López Arango sostenía que la revolución no era “un hecho aislado, circunscripto a Rusia”, pues por “la universalidad de los problemas que trata de resolver, abarca el universo entero”, aun cuando se pudiera manifestar de distintas formas y actuar con mayor o menor vigor. Como todos los pueblos estaban bajo “la garra de hierro del industrialismo”, López Arango deducía de ello que el actual era un “período de gestación revolucionaria”, y no otra cosa manifestaban “las continuas huelgas que se desarrollan en los países más industriales y ese malestar que se traduce en protesta y hasta en revueltas colectivas”.²¹ Como Rusia en todo caso compartía con el resto del mundo esas condiciones análogas, era posible aprender y tomar aspectos de su curso, pues ostentaba una dimensión abarcativa, universal, internacional.

También Julio V. González encontraba “verdaderos valores permanentes y universales” en la revolución rusa, una vez separados de ella los de carácter limitado y particular, es decir, todo lo que era exclusivamente ruso, para “ahondar en su significación más pura, más positiva y más fecunda”.²² Y para referirse a esos “valores

¹⁸.- Orzábal Quintana, Arturo (1921), “Hacia un nuevo derecho internacional”, en *Revista de Filosofía*, n° 1, Buenos Aires, enero, p. 14.

¹⁹.- *Ibidem*.

²⁰.- Rademal (1919), “Consideraciones sobre la revolución rusa”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 3. Las cursivas son mías.

²¹.- López Arango, Emilio (1919), “El maximalismo y la guerra. La paz de Versalles”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de octubre, pp. 2-3.

²².- González, Julio V. (1924), “Lenin”, en *Revista de Filosofía*, n° 4, julio, pp. 81-91. Las citas en pp. 81-82.

nuevos” que la gesta soviética aportaba a una historia humana que con la guerra había visto declinar definitivamente los antiguos, González —recurriendo a Ossip-Lourié— sostenía que la revolución rusa “no continúa solamente las revoluciones europeas” sino que “las sobrepasa” pues “su contenido no es únicamente social y positivo”: también porta “un sentido universal y místico”.²³ No se limitaba a destruir el orden monárquico, a reglar el reparto de tierras entre los campesinos, a socializar los medios de producción y a subvertir las formas establecidas para la vida individual; era además “uno de los actos de liberación interior y moral de esta personalidad colectiva que es la Humanidad”. Imposible restringir, a criterio de González, la “revolución rusa” a Rusia, pues se trataba de la apertura de “una fase nueva de la actividad humana” que traía “al mundo un nuevo ideal” y que era el inicio de “la realización de un sistema universal, científico y místico a la vez”. Y citando a Ossip-Lourié alegaba que estaban ante “«*la formación de una nueva manera general de contemplar la vida, los deberes y los derechos del hombre*»”.²⁴ En los márgenes del mundo, en “la soledad de las estepas”, “bajo la esclavitud y el despotismo sangriento”, continuaba González, se había ido preparando “una verdadera religión” que era más que la realización de los postulados marxistas, y cuya dimensión universal porque humana se extendía en sustitución del mundo decadente que ya se apagaba.²⁵

En esta intervención de González, ninguna de las peculiaridades rusas quita al acontecimiento “revolución rusa” su potencia universalista, y por ello mismo, su carácter de interpelación directa de todos los pueblos. Que ese carácter universalista o internacionalista fuera o no opacado por las peculiaridades rusas no dependía solamente de la revolución *en* Rusia: la misma exigía para su comprensión cabal una perspectiva acorde. Por eso José Penelón señalaba cuánto de la dimensión internacionalista de la revolución rusa dependía de cómo se entendiera, precisamente, el internacionalismo. Para el dirigente gráfico el internacionalismo no era “una palabra vana”, ni solamente un sentimiento que se debía “inculcar en las masas”; era, ante todo “un modo de observar, apreciar y estimar los fenómenos sociales”.²⁶ Un modo de ver.

²³.- *Ibidem*, p. 85.

²⁴.- *Ibidem*. Las cursivas en el original.

²⁵.- *Ibidem*.

²⁶.- Greco, Juan y Penelón, José (1923e), “La conferencia de los compañeros Penelón y Greco. Impresiones de los delegados argentinos a la Rusia de los Soviets”, en *La Internacional*, 1 de marzo, p. 1 y 4.

Expansiones

El escritor socialista español Eduardo Torralba Beci, participante del Congreso de la Tercera Internacional de 1921, describía esta dimensión internacionalista del nuevo movimiento al mencionar la presencia de todas las lenguas del universo en la asistencia de delegados alemanes, holandeses, ingleses, americanos, franceses, belgas, suizos, italianos, serbios, húngaros, austríacos, australianos, rumanos, búlgaros, entre otros.²⁷ Pero lo que realmente llamaba su atención y pintaba la nueva escena de un internacionalismo antes desconocido era el arribo de “graves comunistas asiáticos, llegados de Tartaria, del Arzeibeizjan, de Persia, de Jiva, con sus bonetitos pintarrajeados y sus anchos ropones de colores brillantes; chinos y japoneses, de ojos oblicuos, resplandecientes de viva inteligencia; negros africanos, negros de Java...”. El congreso resultaba ser “un abigarramiento y una algarabía que daban la plena sensación de la armonía perfecta, puesto que era la reunión de todos los pueblos de la tierra conservando sus diferencias exteriores —el traje, las facciones, el lenguaje, las maneras— e iguales en la dedicación a un ideal común”.²⁸ Y añadía el español que *en ese lugar* “nadie se sentía extranjero”, pues todos pertenecían a “la gran patria proletaria (...) la patria única de la Internacional Comunista”.²⁹

La imagen que ofrece el socialista español es la de la confluencia y articulación de la lucha de clases a partir de diversas formas culturalmente determinadas por sus contextos particulares. Se trata, entonces, de una articulación que está *más allá* de esos contextos pero que también es *interior* a ellos; por eso configura una política que no puede subsumirse completamente en sus determinaciones contextuales. Sin embargo, la política de la Internacional estuvo desde un principio sometida a la tensión entre un principio articulador y un mandato centralizador: *lugar* —práctico y simbólico— de la convergencia de las múltiples y descentradas formas de la lucha de clases, o *centro* irradiador de directivas políticas (con sede en Moscú) para sus *secciones* locales. Las reflexiones sobre el carácter internacional de la revolución se mueven entre esos dos polos, una polaridad que aflora en las discusiones sobre las Internacionales, sobre si

²⁷.- Torralba Beci, E. [Eduardo] (1922), “Las nuevas sendas del comunismo”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 20 de agosto, pp. 1-2.

²⁸.- *Ibidem*, p. 1. Para la novedad del internacionalismo comunista capaz de arraigar más allá del núcleo de países industrialmente desarrollados, véase Hobsbawm (1995).

²⁹.- Torralba Beci, E. [Eduardo] (1922), cit., p. 1.

adherir o no a la Tercera, sobre los 21 puntos y la formación de los partidos comunistas.³⁰

Una de las presentaciones de ese internacionalismo adoptó la forma del relato de la expansión revolucionaria. En el primer aniversario de la “revolución de febrero”, en *La Internacional* se pronosticaba que, dado el “carácter eminentemente internacional y de amplia transformación social” de la segunda fase maximalista de la revolución, su limitación a un marco de acción nacional era transitoria.³¹ Pocos meses después describían la expansión de la ola revolucionaria:

“... En Alemania el proletariado responde con huelgas generales al llamado de los revolucionarios rusos después de Brest Litovsk. En Inglaterra aumenta constantemente la tendencia soviética (...) En Austria, huelgas proletarias y el retorno de núcleos socialistas cada vez mayores a la vieja senda, son indicios de aliento. En Francia, la propia Confederación del Trabajo proclama su derecho a cumplir su misión nacional e internacional. En Italia nuestros camaradas no quieren tener ninguna participación, ni en comisiones de estudio, para estar libres, completamente libres para la acción que juzgan próxima. En Serbia los socialistas mantienen su oposición a la guerra. En Norte América los adherentes al Partido aumentan de 89.000 a 115.000 enrolados en la cruzada anti-guerrera. Se dice que el gobierno de Suiza quiere reconocer al gobierno bolshevik, lo que demostraría la vitalidad de la revolución rusa”.³²

Ese movimiento de redención que se había iniciado en Rusia se extendía vertiginosamente por todo el viejo continente, pero iba más allá, tocando ya tierras americanas y del lejano oriente, agitando a los pueblos “en una conmoción profunda (...) en titánica lucha para destruir la opresión del régimen capitalista”.³³ Incluso con las

³⁰- Un ejemplo de cómo esa tensión habitaba los discursos de la izquierda, incluso de aquella que se pensaba hasta identitariamente internacionalista, puede verse en el prólogo que José Penelón realiza al texto de Juan Greco sobre la Internacional Sindical Roja, cuando dice: “Siendo la lucha de clases internacional, la dictadura del proletariado en Rusia es el primer jalón de la dictadura del proletariado mundial. ¿Cómo podría la clase obrera sindicalmente organizada prestar su apoyo eficaz a la Rusia revolucionaria sino [sic] comprende, estudia y secunda la acción sindical del proletariado ruso en sus esfuerzos por colaborar a la vasta obra de reorganización comunista de la sociedad?”; en Penelón, José F. (1922), “A guisa de prólogo”, en Greco, Juan (1922), *La sindical roja*, Buenos Aires, La Internacional, p. 3.

³¹- “En el aniversario de la revolución rusa. La «Commune» y los maximalistas” (1918), en *La Internacional*, Buenos Aires, 18 de marzo, p. 2.

³²- “La lucha de clases en Rusia” (1918), en *La Internacional*, Buenos Aires, 24 de agosto, p. 3.

³³- “El maximalismo se extiende por toda Europa” (1918), en *La Internacional*, Buenos Aires, 24 de noviembre, pp. 3-5. Véase la descripción de la progresión del avance revolucionario: “Esta transformación histórica se ha puesto en marcha. Rusia, Bulgaria, Austria, Hungría, Alemania, encuéntranse en estado de revolución. Suiza, Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega, se acercan al período crítico. España, Italia, Inglaterra, Francia, Portugal, presentan síntomas graves e inequívocos de que se aprestan a ocupar su puesto en la batalla. La bárbara reacción capitalista en Norte América no basta para acallar las voces proletarias, y hasta Méjico se convierte en un laboratorio social de la mayor importancia, mientras el Japón despierta al soplo de nuevas esperanzas”, *ibídem*, p. 4. Una descripción similar en “Hacia el socialismo” (1920), en *La Internacional*, 11 de septiembre, p. 1; también en la prensa

primeras noticias eran varios los que pronosticaban que “la revolución no podrá circunscribirse a éste o aquél país, sino propagarse sucesivamente a todos los países” cuyas condiciones económicas, políticas y culturales la favorezcan, de modo que los revolucionarios —era un anarquista quien esto escribía— debían prepararse para “los acontecimientos que no tardarán en producirse, aquí, como en cualquier otro lugar.”³⁴

Por esto mismo, años después, si las noticias de los connatos revolucionarios y rebeldes ya han mermado, las lecturas de la dimensión internacionalista de la revolución no se opacan, al menos entre quienes todavía siguen valorando dicho proceso. Para el quinto aniversario de la “revolución de octubre”, en el periódico del PCA se reafirma esa idea del 7 de noviembre como “la iniciación de esa revolución internacional momentáneamente localizada en Rusia”, una afirmación que no se contradice, piensan los editores, con la admisión de que “la clase obrera de las demás naciones no tiene perspectivas inmediatas de revolución”.³⁵ Coincidentemente, Andreu Nin pensaba que por su profundidad, la revolución rusa “no podía quedar encerrada en un solo país, sino que debía desbordar sus límites geográficos para hallar su continuación”, y sostenía que la de octubre era “el punto de partida de una serie de revoluciones que se suceder[ía]n durante varias décadas pasando de un país a otro”.³⁶ Para el catalán existía una íntima conexión entre la revolución rusa y los conflictos obreros en Occidente, por lo que la burguesía “para prevenir la catástrofe” luchaba “simultáneamente contra el bolchevismo nacional y el bolchevismo ruso”.³⁷ Una deriva de ese *internacionalismo* es la expectativa que todavía en 1923 guardaban José Penelón y Juan Greco cuando explicaban en una de sus conferencias que ellos habían visto “la universidad de los pueblos orientales”, un espacio en el que se formaba a “más de un millar de revolucionarios de 67 regiones orientales, desde Turquía hasta el Japón”, quienes recibían “una educación marxista” a fin de ser “útiles a la causa del comunismo

anarquista: por ejemplo, “El signo de los tiempos” (1919), en *Tribuna Proletaria*, n° 30, Buenos Aires, 31 de agosto, p. 1.

³⁴- Montemayor, César (1917), “Sobre una encuesta. Lo que urge hacer”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 21 de diciembre, pp. 1-2.

³⁵- “La revolución de noviembre” (1922), en *La Internacional*, Buenos Aires, 6-7 de noviembre, p. 2. Una crítica a quienes sostenían que la revolución era un hecho limitado al territorio ruso, en López, Luis M. (1920b), “La trascendencia de la revolución rusa”, en *Nuevos Caminos*, n° 7, Avellaneda, noviembre, pp. 5-6.

³⁶- Nin, Andrés (1922b), “Los sindicatos rusos y la revolución. Un folleto de Losovsky”, primera parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 19 de octubre, p. 2.

³⁷- *Ibidem*. Para una mirada que destacaba la expansividad revolucionaria en base al vitalismo de la militancia rusa, véase Torralvo, José (1920), “La influencia decisiva del movimiento ruso”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de enero, p. 2.

internacional”. Y la misma existencia de esa escuela de cuadros era, para estos comunistas argentinos, una pauta del “carácter internacional de la revolución rusa”.³⁸

Por el contrario, si acaso la revolución quedara aislada, “los hermosos sueños de libertad que viven en cada oprimido se derrumbarían”, pues una “Rusia obrera, viviendo aislada, al margen de todos los países que todavía conservan incólume su sistema social de producción capitalista”, estaba “fatalmente condenada a morir”.³⁹ Y Bartolomé Senra Pacheco se pronunciaba del mismo modo cuando afirmaba que si la revolución rusa “no llega a extenderse a todo el taller universal” en que se había convertido el mundo por obra del capitalismo, “lo que faltamente deberá ocurrir [es] que el país revolucionario quede al margen de todo concierto dentro de la actual civilización; esto no puede significar otra cosa que la muerte de la revolución”.⁴⁰ Una revolución que es internacional y por lo tanto condenada a expandirse, o a sucumbir en el aislamiento, en *la circunscripción*.

¿Qué hacer? ... en la Argentina

Si la revolución en Rusia era el inicio o un momento particularmente importante de una transformación social y política de alcance planetario, la pregunta que

³⁸- Greco, Juan y Penelón, José (1923e), “La conferencia de los compañeros Penelón y Greco. Impresiones de los delegados argentinos a la Rusia de los Soviets”, en *La Internacional*, 1 de marzo, p. 1 y 4. Otra derivación es la que proponía Arturo Orzábal Quintana quien presentaba un amplio arco de movimientos que consideraba de algún modo inicialmente inspirados en los sucesos revolucionarios de 1917 y cuyo rasgo común era el antimperialismo: “Frente a esa confabulación mundial de los poderosos, se alza el antimperialismo, que en todos los corazones generosos, en todos los espíritus libres del universo recluta sus fuerzas, y cuya luz viene de Oriente, y cuya Meca es Moscú. En Rusia triunfó con Lenin, con Trotsky, con Tchicherin, con Vorovsky y con los mártires de la revolución proletaria (...). En Turquía triunfó con Mustafá Kemal y sus valientes compañeros. En China lucha bajo el estandarte del admirable Sun-Yat-Sen, que si dejó hace un año la vida física, vive más intensamente que nunca en la memoria de millones de oprimidos. En la India amenaza, bajo el verbo sublime de Mahatma Gandhi (...) En Marruecos ya hubiera triunfado con el formidable Abd-el-Krim si el proletariado de España no estuviera amordazado, y si el de Francia no estuviera aun bajo la sugestión maléfica de los que apoyan al bloque imperialista de las izquierdas. En Siria impulsa al indómito pueblo druso (...) Y en nuestra América, finalmente, inspira la acción renovadora de la juventud que se agrupa en torno de la Unión Latino-Americana”; cfr. Orzábal Quintana, Arturo (1925b), “El momento actual y las luchas de Oriente”, en *Revista de Oriente*, n° 4, Buenos Aires, octubre 1925, pp. 4-5.

³⁹- “Comentarios al margen de la revolución rusa” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de diciembre, p. 1.

⁴⁰- Senra Pacheco, Bartolomé (1928 [1921]), “Un llamado a la realidad”, en AA.VV., “La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas”, Buenos Aires, Plus ultra, p. 7. En el mismo sentido reflexionaba Moisés Kantor: “La victoria de la revolución rusa sólo es posible como la victoria de una nueva Internacional de los trabajadores del mundo entero. El socialismo no puede realizarse en un solo país. Lenin se da perfectamente cuenta al respecto. En diferentes ocasiones dice y repite: «Sin el apoyo del proletariado internacional estamos perdidos»”, en Kantor, Moisés (1919), “El problema social y la revolución maximalista en Rusia”, en *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, n° 1, pp. 114-135.

inmediatamente cobraba entidad *en cada lugar* era, entonces, qué hacer.⁴¹ Augusto Bunge daba cuenta de la conmoción de las posiciones que cada fracción de la izquierda ocupaba en el espacio político anterior a la revolución:

“En la revuelta situación política de Europa; en medio de la confusión de ideas que ella tiende a originar en los países alejados; ante el espectáculo paradójico de anarquistas que se entusiasman por el bolschevismo —su completa antítesis— de sindicalistas que en su propio país reniegan de la acción política y felicitan al proletariado ruso por su obra política, de socialistas que desconfían por igual de Ebert y Haase y simpatizan con el “sueño de una noche de verano” del soviét de Munich; entre tanto desconcierto, es oportuno cualquier intento de clasificar algunas nociones fundamentales, tales como emanan de los hechos mismos, intepretados con lealtad y sin prejuicios”.⁴²

Como se decía más arriba, el mismo Bunge señalaba que la revolución rusa era un llamado de atención respecto de cierto abandono de las metas socialistas. Efectivamente, entre aquellas cuestiones que las noticias de Rusia reactivaron, no faltó la discusión sobre cuáles debían ser las principales formas de acción de la militancia revolucionaria. ¿Cuál era la práctica adecuada a un espíritu socialista y revolucionario en una época de revolución social? ¿Y cuál era esa práctica en un lugar que, como la Argentina, no iba a tener a la revolución en el orden del día, al menos inmediatamente, como pensaba la mayoría de los comentaristas de la gesta soviética? Y aún ¿cuáles eran los contenidos y las formas de la “revolución social” que hasta entonces había sido sólo un proyecto? ¿cómo debían actuar en la hora los militantes de la revolución, cuáles eran las acciones prioritarias y cómo debían llevarse a cabo?

Para un arco de la militancia de izquierda, esta problemática remitía a las relaciones entre práctica revolucionaria y labor parlamentaria o, en otras palabras, a la pregunta de cuán revolucionaria podía ser la tarea en el Parlamento. Pero la interrogación estaba desplazada de una exclusiva discusión conceptual por la presencia de la revolución como *lugar*, y en ese contexto era una pregunta nueva.

En sus argumentaciones, Enrique del Valle Iberlucea expresaba como pocos las líneas del debate, cuando se preguntaba un poco retóricamente: “¿Hemos de seguir, como hasta ahora, dando la preferencia a la lucha electoral, o hemos de inclinarnos hacia las masas obreras para sostener su acción directa?” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920a]: 50). Para el senador, el socialismo de la Argentina había pecado de

⁴¹.- Parte de esas discusiones y posicionamientos, de conflictos y derivas, ya fueron presentadas en la Introducción de este trabajo, por lo que a continuación sólo se tocarán algunos temas puntuales.

⁴².- Bunge, Augusto (1919), “Espartacos y Bolshevicks”, en *La Vanguardia*, 30 de abril y 1º de mayo, p. 13.

oportunismo y de reformismo, olvidando “la doctrina de Marx” e inclinando al movimiento hacia uno de “carácter eminentemente práctico”. Dicha orientación “en el sentido de la colaboración de clases” fortaleció las prácticas electorales y parlamentarias en detrimento de la organización y la acción de clase (*ibídem*, 52). El importante rol histórico que le adjudicaba al parlamentarismo en épocas ya pasadas, no le impedía afirmar la venalidad que lo caracterizó desde sus orígenes, y era esa corrupción la que lo debilitaba como organismo representativo del pueblo, en tanto podía ser cooptado por el poder económico y financiero de la burguesía, que lo había transformado en un “órgano propio” para mantener “sus intereses de clase”. Esta impugnación del parlamentarismo no está basada, sin embargo, en una crítica de la representación como principio político vertebrador de una fuerza revolucionaria y como modo de presentación de la clase proletaria. No es la representación lo que del Valle Iberlucea le cuestiona al Parlamento sino su degeneración como expresión representativa de todo el pueblo. Por el contrario, le parece que el sistema de los consejos soviéticos, anulando el parlamentarismo instituye una nueva forma de representación que fortalece la cercanía entre electores y elegidos: “el soviétismo es la negación del parlamentarismo” pues “el gobierno de los Consejos reposa en la masa entera de la población trabajadora” mientras el Parlamento burgués “está basado sobre la ficticia representación del pueblo” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920a]: 61). ¿Esta crítica del parlamentarismo significa que abogaba por el abandono total de las prácticas electorales del Partido Socialista y la renuncia a los cargos parlamentarios para afirmar una nueva práctica política de corte antiparlamentario? Nada más lejos de la opinión de del Valle Iberlucea y de cómo interpretaba al propio bolchevismo.⁴³ Lo que sí se imponía para el líder tercerista era una nueva dimensión de la práctica parlamentaria, en tanto este ámbito no debía ser solamente objeto de iniciativas destinadas a cumplir con el “programa mínimo” de los socialistas, sino que debía ser también lugar de resonancia de las “aspiraciones revolucionarias de la clase trabajadora” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920a]: 68-69).⁴⁴

⁴³-El parlamentarismo “es un arma eficaz en la lucha de la emancipación proletaria argentina, que no desconoce, no niega, que no puede negar la Internacional Comunista”, aseveraba del Valle Iberlucea y citaba al Lenin de *El izquierdismo...* (del Valle Iberlucea, 1934 [1920e]: 125).

⁴⁴- Por eso proponía “presentar en ambas cámaras no sólo proyectos de ley inspirados en el programa mínimo, sino otros de carácter más fundamental que respondan al programa máximo del partido y a la orientación comunista de las masas proletarias” (*ibídem*). También Rodolfo Ghioldi, debatiendo públicamente con Juan Lazarte en el Centro Cultural “Nuevos Caminos”, de Avellaneda, a propósito de qué actitud debían adoptar los revolucionarios en relación al parlamento burgués, exponía una vehemente crítica al parlamentarismo pero al mismo tiempo sostenía que la estrategia revolucionaria en tiempos no revolucionarios debía ser boicotarlos “desde dentro”, véase Ghioldi, Rodolfo (1922d), “La Dictadura del Proletariado y la clase”, primera parte, en *La Internacional*, 28 de junio, p. 4.

Tal el cambio que pregonaba en la práctica parlamentaria “después de los acontecimientos históricos que han ocurrido en el mundo desde 1917”, “en presencia del grandioso desarrollo de la revolución rusa” (*ibidem*: 68). Y si bien este cambio podría implicar, exclusivamente, una retórica más encendida en un ámbito que ya le había ganado más de un enemigo, tenía también como contrapunto larvado el reconocimiento de una dimensión propagandística para el Parlamento, y la imposibilidad de llevar a través de esa instancia una transformación verdaderamente radical del orden social. Lo cual era asimismo una recusación implícita a cualquier estrategia de acumulación de reformas.⁴⁵ Pero era, a la vez, la recuperación de la dimensión crítica del socialismo, la capacidad de poner en debate no sólo lo que podía mejorarse sino la inequidad fundamental del sistema capitalista. Con este convencimiento, del Valle Iberlucea puso manos a la obra en lo que consideraba la nueva práctica del parlamentarismo, y presentó en el Senado su proyecto para la creación del “Consejo Económico del Trabajo”, una suerte de “control obrero y técnico” de espacios estratégicos de la actividad económica y social como “la gran industria y la administración de las empresas nacionales de servicios públicos”, “inspirado en la política económica de la Rusia soviética”, con el propósito de “quitar al Estado su fundamento capitalista” y facilitar “la conquista del poder político por el proletariado organizado” (del Valle Iberlucea, 1934 [1920a]: 68-69).⁴⁶

Entre las voces que se levantaron en defensa de la actividad parlamentaria como estrategia central de la izquierda, la de Amílcar Razori se erigía a partir de contraponer un “paroxismo revolucionario” que se limitaba a una verba encendida desde cómodas posiciones y un trabajo concreto cuyos frutos, si parecían magros, eran palpables y no discursivos. El autor recurría a un ficcional país de “Burguela” para satirizar la situación:

“Los jóvenes de Burguela, comprendían perfectamente que era más revolucionario vociferar contra los capitalistas desde un cómodo escritorio de la metrópoli, que fundar cooperativas, pronunciar modestas conferencias, realizar, en fin, una paciente, silenciosa, pero metódica y segura labor constructiva, educando y preparando al pueblo burguelense. Entendían, además, que elogiando a Trostsky, o felicitándose por los triunfos ajenos o

⁴⁵- Las leyes favorables a la clase trabajadora que pudieran obtenerse significarían un mejoramiento transitorio, nada más, de lo que concluía que “el parlamento no es, pues, sino un sistema de propaganda” (del Valle Iberlucea, 1934 [1921]: 146).

⁴⁶- Como expresión de su concepción de la política y de la historia, del Valle Iberlucea sostenía que, a diferencia de los *soviets* que desaparecerían en la sociedad comunista porque eran los órganos políticos de la dictadura del proletariado, los consejos económicos, compenetrados en absoluto con los sindicatos de los trabajadores, serían las instancias a las que les correspondería “la administración de las cosas” en el comunismo maduro (del Valle Iberlucea, 1934 [1920a]: 70).

congratulándose ante todos los avances del proletariado europeo, ya el de Burguela entraría por la misma senda, obteniendo idénticas conquistas. La prosaica realidad burguelense era muy dura y muy triste para ocuparse de ella, pues ¡qué brillo, ni lucimiento se encontraba, pidiendo escuelas para los analfabetos, aprendiendo a administrar en las cooperativas; pronunciando conferencias ante el inculto proletariado del interior, contra la voluntad de caudillos y comisarios; desenmascarando a los gobernantes; discutiendo sobre presupuestos e impuestos; haciendo en total, una serie de obras mezquinas, reducidas, sin atuendo ni trascendencia!”⁴⁷

Por lo demás, concluía que para la clase gobernante conservadora, esa retórica maximalista en sí misma escéptica respecto de la política (parlamentaria), era lo mejor que podría pasarle, porque no tendría ningún efecto real sobre la situación: se trataba de “puras palabras”, que el autor despreciaba denominándolas “La Verborragia”.⁴⁸ En definitiva, la intervención de Razori pretendía reducir la significación de la revolución rusa para la práctica política socialista a mero discurso, negando —discursivamente— la capacidad performativa de toda enunciación, mientras ennoblecía la diaria tarea orientadora del activismo partidario.⁴⁹

Al responder a la pregunta “¿Qué debemos hacer?”, la argumentación de Enrique Dickmann transitaba los carriles de la identidad socialista, a la par que se afirmaba sobre ciertos pares dicotómicos —libertad/sectarismo, ciencia/dogma, razón/milagro, progreso/catástrofe, paz/violencia— para construir la positividad de la acción parlamentaria y la táctica socialista, mientras negativizaba lo que bien podría haber nombrado como “regresiones bolcheviques”. Como admitía que se vivían tiempos agitados en las filas socialistas, y no sólo en Argentina, trazaba el perfil de lo que consideraba un socialista cabal para, desde esa construcción identitaria, rematar su intervención del siguiente modo:

“Hemos sido, hasta ahora, una organización libre de hombres libres, vinculados por un método histórico y científico y por propósitos políticos concretos y confesados. ¿Hemos de renunciar (...) a todo esto, que es esencia misma de nuestra doctrina, y hemos de retornar a las ideas catastróficas y milagrosas de transformaciones radicales, bruscas y violentas; hemos de convertirnos, ahora, en sectarios, dogmáticos, intolerantes y violentos

⁴⁷- Razori, Amílcar (1919), “Paroxismo revolucionario. La nueva juventud de Burguela”, en *Clarín*, n° 8, Buenos Aires, 16 de diciembre, pp. 7-8.

⁴⁸- *Ibidem*. Razori identifica política y acción parlamentaria, y define todas las críticas al electoralismo o al parlamentarismo como no políticas.

⁴⁹- El mismo trabajo de satirización que se toma Razori para desvalorizar al izquierdismo socialista bajo influjo sovietizante, habla de los “efectos reales” que esa mezcla entre tendencias democráticas de base y revolución rusa provocaba en las orientaciones prácticas del socialismo vernáculo. Significativamente, como se observa en la cita transcrita, la lista de actividades que Razori enaltece no oculta sino que pone en primer plano el carácter paternalista de la política que propicia.

cuando más que nunca son necesarias las virtudes de la crítica, análisis, control y método científico?”⁵⁰

La construcción enunciativa es verdaderamente notable, pues instala el debate en una encrucijada entre la identidad y el progreso logrados —lo que había hecho de ellos, los socialistas, lo que eran— y una suerte de retroceso a etapas primitivas del socialismo, en las cuales —dice— sólo se pensaba el cambio social en términos de dogmas y violencia. De ese modo, la enunciación interpelaba el tipo de subjetividad que la prédica socialista había logrado constituir en gran parte de su militancia y de los lectores de su prensa.

Con menos sutileza, notablemente disgustado por la propuesta de Repetto de enviar un delegado observador a Moscú, Federico Pinedo dice mirar al trasfondo de la escena de la discusión sobre las Internacionales, para señalar lo que verdaderamente habría entre bambalinas. Si forzar al partido a abandonar la Segunda Internacional no tenía otro significado que repudiar “el «reformismo», el «ministerialismo», la «colaboración de clases»” para adoptar “actitudes intransigentes, el aislamiento huraño, el revolucionarismo verbal que se traduce en impotencia efectiva”, era porque en el fondo lo que se discutía era “la acción parlamentaria del Partido”.⁵¹ Prepararse para ser admitidos “ante su majestad maximalista”, continuaba, “es un cambio radical en la política interna que hasta ahora hemos seguido”; una política que definía con destacable franqueza: “Hasta ahora hemos prestado a la Argentina el inestimable servicio de nuestra acción, vinculando las masas populares a su débil e incipiente democracia y *colaborando* en la medida de nuestras fuerzas en la solución de los problemas”.⁵² Pinedo ironizaba los términos con que se criticaba a la política del socialismo local, tildada de “colaboracionista de clase” por la izquierda socialista, mientras se enorgullecía del servicio que a la nación le había prestado la política partidaria al facilitar la integración de las clases subalternas. Y frente a la admiración que causaba lo que para él no es más que un gobierno ruso surgido de la fuerza de las bayonetas, convocaba a dirigir la mirada sobre “la formidable organización de los obreros ingleses, en lucha por cambiar los destinos de la nación más poderosa de la tierra”, quienes

⁵⁰.- Dickmann, Enrique (1920), “¿Qué debemos hacer?”, en *La Vanguardia*, 28 de junio, pp. 1-2.

⁵¹.- Pinedo, Federico (h.) (1920), “Partido Socialista. Delegado para estudiar la situación europea”, en *La Vanguardia*, 22 de julio, pp. 2 y 4.

⁵².- *Ibidem*, p. 4. Las cursivas en el original.

componían la figura de la política que Pinedo llamaba a emular, como había sido hasta el momento la actividad socialista.⁵³

Desde otra perspectiva, Bartolomé Senra Pacheco —cuyas elaboraciones sobre aspectos parciales de esta temática se expusieron en la “Introducción” de este trabajo— afirmaba que se imponía un cambio de tareas en el activismo obrero pues “[e]l hecho de la Revolución Rusa (...) abre nuevos horizontes para la acción de los sindicalistas” y en la nueva hora “sería tarea mezquina dedicarse exclusivamente a pregonar la unión de los trabajadores”.⁵⁴ Era “la Historia misma” la que se hacía oír en “las invocaciones de los revolucionarios de Rusia”, y yerrarían los sindicalistas si no las escuchaban. Para este dirigente de vasta trayectoria, el sindicalismo no debía olvidar que “la acción sindical en la Argentina marcha ligada a la acción sindical de los trabajadores de la Europa”, una ligazón que si bien no hacía de la revolución un evento próximo en el Plata, sí era lo suficientemente significativa como para llevar adelante las tareas preparatorias, es decir, orientar la actividad de la militancia sindical en sentido revolucionario, “estimulando a los trabajadores a aceptar nuestros puntos de vista para que cuando la Europa entre en su ciclo revolucionario, por ese solo hecho llevemos ganada la mitad de la batalla”.⁵⁵

Prepararse era, entonces, un latiguillo repetido, aunque no quedaba tan claro cómo eso repercutiría en los modos de activación política. En el caso de Senra Pacheco, hemos señalado que sus reflexiones apuntaban a promover un perfil político más claramente confrontativo para la clase obrera. La revolución en Rusia, precisamente por ser en una región periférica, interpelaba directamente la situación argentina, y existía una vocación manifiesta a establecer paralelismos entra ambas situaciones.⁵⁶ El hecho mismo de pensar en términos comparativos la experiencia rusa y la situación argentina es un indicio de la incidencia de un evento “impensable” —sucedido en un lugar no previsto— que por lo tanto alteraba las expectativas. Es que si había sucedido en Rusia,

⁵³.- *Ibíd.*

⁵⁴.- Senra Pacheco, Bartolomé (1928 [1921]), “Un llamado a la realidad”, en AA.VV., “La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas”, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 5-9. La cita en pág. 6.

⁵⁵.- *Ibíd.*, p. 9.

⁵⁶.- Así, tan temprano como en marzo de 1917, Antonio Zaccagnini, por entonces diputado nacional por el socialismo, homologaba Rusia y Argentina al saludar la revolución, e instaba a no “olvidar que si Rusia tuvo su horca ensangrentada, su Siberia repleta de gemidos y sus millares de víctimas sacrificadas a la autocracia, nosotros tenemos también nuestra semana roja, nuestra semana de sangre vertida; el proletariado argentino no puede olvidar las trágicas jornadas de la plaza Mazzini, de la plaza Lavalle y de la avenida de Mayo”, en Zaccagnini, Antonio (1917), “De «La revolución rusa». Asamblea en el Ateneo Popular”, extractos de los discursos pronunciados en Unione e Benevolenza el 23 de marzo, *Humanidad Nueva*, X, Buenos Aires, p. 55.

con su autocracia y su atraso secular, ¿por qué no habría de acaecer en otras tierras? La interrogación se trasladaba al significado de “prepararse”. Ya en 1917, el montevidiano periódico *La Batalla* publicaba una encuesta dirigida a descifrar los efectos que tendría la revolución rusa en esas latitudes.⁵⁷ Las preguntas, según las reproduce *La Protesta* eran las siguientes:

“¿Pueden las minorías revolucionarias de cada país adueñarse de la situación, orientando e incitando a las masas hacia una era de libertad política e igualdad económica?”

“¿Sería necesario reconcentrar todos nuestros esfuerzos para la preparación de esa indispensable minoría, para actuar en un futuro muy próximo, y descuidando, por consiguiente, momentáneamente, todo aquello que pueda dar resultados recién en el futuro lejano o que, tratándose de mejoras del momento, pueda descuidarnos el objetivo de ese futuro próximo?”⁵⁸

Para Andreas Doeswijk (1998), las preguntas consistían, en sí mismas, en una toma de posición, que el investigador holandés atribuye a las influencias bolcheviques en el anarquismo rioplatense. Sin embargo, el anarquismo no es ajeno a una concepción elitista de la política revolucionaria.⁵⁹ De todos modos, lo que aquí interesa destacar es la instalación de un debate en torno a qué significa prepararse para la revolución. “Se comprende que tal preparación no ha de significar «expectativas» con los brazos cruzados de lo que puede venir”, advertía César Montemayor respondiendo a la encuesta, y añadía que “nada viene de por sí solo”, se precisa del trabajo para “estimular la reacción de los ambientes proletarios” y “sacudir la gran fuerza de inercia de las masas inconscientes y transformarla en fuerza viva”, para conquistar para “nuestro movimiento las inteligencias más robustas”, y para unir, como exige el momento, a “todos los elementos revolucionarios más afines”, sean anarquistas, socialistas, sindicalistas.⁶⁰ También los editores de *La Protesta* se inclinaban por pensar una minoría revolucionaria “compuesta por anarquistas, socialistas revolucionarios y sindicalistas” —aunque a estos últimos los preferían “no a la criolla”— la cual debía “ejercitarse en las luchas sociales, adquiriendo la suficiente capacidad para orientar la

⁵⁷.- La encuesta fue reproducida poco después por *La Protesta* y es de esta fuente que se toman las citas. En *La Protesta*, la encuesta y las intervenciones de una veintena de militantes, se publicaron entre mediados de diciembre de 1917 y febrero de 1918; se trata tanto de textos de militantes conocidos como escritos enviados por activistas de base.

⁵⁸.- “Sobre la revolución social. Una encuesta de *La Batalla*” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 15 de diciembre, p. 1.

⁵⁹.- Por otra parte, las distintas intervenciones a propósito de la encuesta revelan que la “minoría revolucionaria” en cuestión es, en muchos casos, una forma de nombrar al activo militante, incluyendo parte del socialismo y del sindicalismo. Es decir, lejos de la forma partido, aunque igualmente vanguardista.

⁶⁰.- Montemayor, César (1917), cit.

revolución y llevar a feliz término el programa máximo que propicia el anarquismo”.⁶¹ Incluso proponían la realización de “un congreso continental de agrupaciones anarquistas y sindicatos con tendencia revolucionaria —y en el que podrían tener cabida los centros socialistas expulsados del Partido y los grupos de socialistas antiparlamentaristas— [con el fin de] concertar el plan de acción en todas las repúblicas del Norte, Centro y Sud América”.⁶² Las varias referencias a la “unidad” de tendencias izquierdistas que hasta ayer —y nuevamente mañana— se enfrentaban inmisericordiosamente en la arena política local resulta ser otro indicio de las expectativas renovadas en torno a qué hacer en una época de revolución social como la que creían estar viviendo. La publicación de esa encuesta, y una segunda poco después, reunió una cantidad considerable de intervenciones preocupadas por reflexionar en común las nuevas modalidades de acción.

⁶¹.- “Sobre un encuesta. La revolución rusa y sus influencias directas” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 20 de diciembre, p. 1.

⁶².- *Ibidem*. Estas propuestas no comportaban, decían los editores, que hubiera que seguir “al pie de la letra las tácticas que los revolucionarios rusos emplearon para derrumbar el zarismo y al nuevo aventurero que pretendió establecer la democracia burguesa”, dado que “el ambiente aquí es distinto”; sí connotaban un clima político en el cual el activismo obrero y de izquierda sentía la necesidad de pensar cambios en las formas de acción y/o de reunión, colocando incluso en un segundo escalón la cuestión identitaria de la militancia.

Coda

“¡Revolución! ¡Palabra mágica que surges aún de los labios de los santos más pacíficos! ¿Qué eres? ¿Eres siempre un sacudimiento trágico, esporádico e imprevisto? ¿No llevas en tu seno nada más que el sello trágico de la vida humana? ¿No hay en ti nada de lo que los hombres tienen que no sea su dolor y su rabia? ¿Surges sólo entre el humo de los incendios, el gemido de los mártires y la sangre de los muertos? ¿No hay en ti algo de jovial y apacible, de agradable y placentero?”

Villarreal, Enrique (1920), “Revolución invariable y eterna”, en *Claridad*, nº 2, Buenos Aires, febrero, p. 12.

“No es mi culpa si no creo que esa revolución pueda ser la revolución social en el sentido socialista y marxista, la organización de la producción y de la vida social sobre otras bases. La culpa es de la teoría histórica y de las doctrinas económicas que profeso por ser socialista”

Antonio de Tomaso, 1919.

¿Qué es una revolución?

La discusión sobre qué hacer en tiempos de revolución dependía de qué se pensaba que una revolución era. Se correspondía entonces con las concepciones de la revolución que se tuvieran. En el capítulo I de este trabajo, a propósito de las concepciones de la temporalidad histórica, se han expuesto las ideas sobre la revolución que la pensaban en términos de proceso histórico y/o de acontecimiento, como también, en el capítulo III, las relaciones entre revolución y violencia política —en torno a las problematizaciones de la figura de la dictadura del proletariado, entre otras cuestiones. En este apartado, interesan otros aspectos que los intérpretes locales de la experiencia soviética señalaban a propósito de la revolución en Rusia.¹

¹.- No nos detendremos, por ello, en las características del moderno concepto de revolución y cómo aparecían en los escritos de la izquierda local; algunos de esos rasgos han sido abordados en los demás capítulos. En todo caso, el lector interesado en “el concepto de revolución” puede consultar una bibliografía que ha trabajado teórica e históricamente la problemática de la revolución y del concepto de

Ciertas miradas progresistas que entendían a la revolución como un producto del *proceso histórico* no se privaban, de todos modos, de proponer para el momento un activismo más intenso y confrontativo. La acción de presentar un proyecto como el del Consejo Económico del Trabajo en el senado nacional, que Enrique del Valle Iberlucea explicaba, como vimos, en tanto expresión del programa máximo, se fundamentaba tanto en su carácter de denuncia crítica del orden capitalista imperante como de acto preparatorio de “las condiciones para la socialización”, es decir, como reconocimiento y reflejo de un movimiento societal irrefrenable que estaba más allá de la voluntad de los hombres y las mujeres (del Valle Iberlucea, 1934 [1921]: 147). Proponía entonces un activismo que se conjugaba *positivamente* con una historia evolucionista en el “tiempo a favor”. Pero en otros casos, el movimiento propio de la historia era tan determinante que desplazaba toda capacidad de agencia de los sujetos.

Un punto de vista que buscaba conectar los cambios de largo aliento tal como se pensaban desde perspectivas evolucionistas y cierta capacidad de intervención de los sujetos, es el que esboza Enrique Villarreal en un texto aparecido en la revista de la izquierda socialista *Claridad*, en 1920. Allí objetaba que “los motines, los golpes de estado, los pronunciamientos militares” fueran denominados revoluciones, pues una revolución era “algo más profundo y más grande” que se gestaba “en la entraña profunda de la humanidad (...) diariamente”.² Era un error, sostenía, considerar “la conquista de la libertad, el establecimiento de un nuevo orden, el cambio en la forma de las relaciones humanas como obra de un sacudimiento doloroso”. Como un braudeliano *avant la lettre*, Villarreal citaba al geólogo Charles Lyell, amigo de Darwin, y consideraba que, en tanto la humanidad no era más que “una parte del mundo físico” y estaba, como éste, sometida a “leyes inextricables [sic]”, la revolución nacía de “un impulso instintivo que empuja[ba] a los hombres a salir de la confusión y el caos”, y por ello consistía, verdaderamente, en un movimiento evolutivo en el que las agitaciones y sobresaltos políticos eran apenas “granos que aparecen en la superficie del cuerpo social”.³ Como en la historia geológica, sacudimientos y cataclismos tienen carácter

revolución. Un listado muy incompleto pero orientador, en un amplio abanico ideológico: Löwy (1972), Koselleck (1993), Arendt (1967), Lenk (1978), Hobsbawm (1990 [1986]), Ricciardi (2003), Ignacio Fernández de Castro (1966), Negri (2004), Skocpol (1984), Decouflé (1968), Blackburn y Lanzardo (1978), Furet (1992), Marek (1967).

².- Villarreal, Enrique (1920), “Revolución invariable y eterna”, en *Claridad*, nº 2, Buenos aires, febrero, p. 12.

³.- *Ibidem.*

fugaz, mientras el cambio se rige por “el principio de la evolución lenta y casi imperceptible”. Este uso analógico de la geología le permitía al autor restringir la acción subjetiva en una zona que escapaba a la percepción, transformándola en “imperceptible”, pero sin llegar a descartar completamente su existencia. La formulación posibilitaba así combinar ese movimiento lento de la historia con la actividad de hombres y mujeres a partir de reubicar *el lugar* de la (r)evolución: ésta no acaecería tanto en “un campo de batalla” o en “una votación parlamentaria” sino más bien en esos ámbitos de la vida cotidiana donde se producía “imperceptiblemente, ocultándose a los ojos de los que la hacen” cada día. Resulta así que “en una escuela, en un taller, en un laboratorio, en una iglesia, en una plaza, la revolución puede gestarse y realizarse con más eficacia a veces”.⁴ Ese carácter imperceptible, esa gesta diaria en clave evolutiva hace de la “revolución” un concepto de difícil aprehensión pero a la vez extremadamente ubicuo: por un lado, está compuesto por infinidad de micromutaciones que acumulativamente darían lugar a una transformación sólo captable en la larga duración. Por otro, si bien se trata de actos *micro* realizados por hombres y mujeres, el impulso radicaría en un movimiento de la historia que los excede, por lo que su significado se ocultaría “a los ojos de los que la hacen”. Pero aun si desde este ángulo la única forma de discernir el carácter revolucionario de cualquier acontecimiento requiere de su cotejo con el movimiento evolutivo del cual ya se conoce su curso, la preocupación de Villarreal por reasignar el espacio propio de lo revolucionario desde el fragor de la política (sea la insurreccional que nombra como “campo de batalla” o la representativa que denomina “votación parlamentaria”) al ámbito de las relaciones sociales, expresa los alcances del cambio histórico sobre el que se discute y las dificultades para pensar un fenómeno que cuestiona a las mismas estructuras de pensamiento desde las cuales se lo trata de concebir.

El mismo texto de Villarreal, cuya pretensión era moderar las proclamas voluntaristas a realizar la revolución, admite una lectura en clave de agencialidad política por parte de aquellos que —ya revelado el curso de la historia— pretendan afirmarlo y acelerarlo a partir de nuevas expectativas y de acciones conscientes porque actúan favoreciendo su realización. Incluso más importante aun: admite una lectura que

⁴.- *Ibidem*. Una idea similar a la de Luis Bordeau en *L'histoire et les historiens*, sólo que el filósofo francés recurría a la imagen de las olas y las profundidades marinas, pero concluía igualmente que el historiador, para percibir el cambio, debía volverse hacia “el personaje más importante de la historia, hacia el héroe al que hay que celebrar antes que a nadie (...), hacia la multitud de los desconocidos”. La obra de Bordeau se publicó en 1888; las citas en Rancière (1993: 13).

recupere de esa intervención el argumento que hace de las escuelas, los talleres, los barrios o las plazas, es decir, los ámbitos de la vida cotidiana, *los lugares de la revolución*.

Si se cita aquí extensamente la intervención de Villarreal no es porque ella haya causado algún tipo de debate o sea replicada en otras, sino porque se conecta con dos aspectos que aparecen en aquellos escritos que a partir de la experiencia rusa reflexionan sobre la idea de revolución. Por un lado, con las críticas y las alertas a las perspectivas “catastrofistas” y voluntaristas de la revolución.⁵ Federico Pinedo era uno de quienes advertían que “las teorías catastrofistas de la revolución social” que proponían “súbitas transformaciones sociales determinadas por la simple voluntad” ya habían sido relegadas “al olvido antes de la guerra por los más fuerte y *mejores* partidos obreros del mundo”, es decir, “los del centro y del norte de Europa”, aunque habían sobrevivido en “numerosos militantes en los países menos cultos”; el presente auge de tales teorías se relacionaba, según Pinedo, con “la entrada en el movimiento socialista de millares y millares de elementos ineducados”.⁶ También el anarquista Emilio López Arango criticaba a ciertos militantes ácratas “que sueñan con la revolución como algo trágico que sucederá en no lejano tiempo poniendo, como quien dice, patas arriba toda la sociedad burguesa”, una imaginación en la cual “la revolución social es un hecho que se asemeja mucho a las catástrofes geológicas”.⁷ Tal representación, continuaba el asturiano, concebía la revolución como una destrucción de todo, “ciudades, maquinarias, monumentos, en fin, todo lo que haga recordar el pasado a los hombres del futuro”, una “humanidad aniquilada en la revolución” que “debe surgir renovada de las cenizas de la sociedad burguesa”, porque no les parece suficiente “a los catastróficos, con matar el espíritu mercantilista del progreso”.⁸ También los editores de *La Protesta* alertaban sobre ciertas ideas expuestas por “la mayoría de los anarquistas” que creían “en la posibilidad de una revolución integral, no sujeta a grados evolutivos, capaz de transformar, en un minuto, la mentalidad de las masas y desarrollar en el hombre aptitudes que lo capaciten para vivir la libertad”; a lo que agregaban que “ese concepto

⁵.- El “catastrofismo” a que hacen referencia los distintos autores no es aquel de la supuesta crisis final del capitalismo y de su colapso.

⁶.- Pinedo, Federico (h.) (1920), cit.. Las citas en p. 2; las cursivas en el original.

⁷.- López Arango, Emilio (1919c), “El concepto de la revolución. Simplistas, catastróficos y primitivistas”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 17 de diciembre, p. 2. Otras críticas a las acciones extremas y no pacíficas en el contexto argentino, en Coca (1920: esp. 12-13).

⁸.- *Ibidem*.

catastrófico de la revolución carece de bases científicas; es contrario a la naturaleza humana, está en contradicción con los hechos de la historia y con las realidades presentes”.⁹

Por su parte, Enrique del Valle Iberlucea aseguraba que una revolución “no e[ra] un movimiento súbito” y ni siquiera se limitaba a un movimiento armado; para el senador, una revolución era “la resultante de causas profundas y de numerosos factores” existentes y actuantes “desde tiempo atrás y que en un momento inesperado”, en la plenitud de su desarrollo, “dan lugar a un estallido ruidoso y violento” (del Valle Iberlucea, 1934 [1917]: 27). Muy cercano a estas argumentaciones, Rodolfo Ghioldi agregaba que el socialismo no se impondría porque era un ideal de justicia sino “porque se irán creando en la sociedad actual las circunstancias económico-sociales que lo hagan indispensable”, tanto “en Rusia como en todas partes”.¹⁰ Y en un editorial de *La Internacional* la revolución era un mero efecto de la producción, dado que inevitablemente llega un momento en el que ésta ya no puede ser dirigida “con el criterio burgués”, por lo que “el proletariado debe tomar la dirección de la producción

⁹- “El concepto de la revolución” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de diciembre, p. 1. Tanto López Arango como los editores de *La Protesta* intervenían en un universo libertario en el cual estas imaginaciones de la revolución se habían desplegado profusamente *antes* de la revolución rusa (cfr. Pittaluga, 2000a).. Es en la mayor de las obras de la literatura utópica anarquista rioplatense, *La ciudad anarquista americana*, que su autor, Pierre Quiroule (Joaquín Alejo Falconnet), conjuga con singular maestría los elementos destructores, aniquiladores, propios de la revolución pensada por los libertarios, con la constitución como un orden totalmente otro, pero con fuertes caracteres restauracionistas, de la sociedad de la Anarquía. En *La ciudad anarquista americana* la revolución es, enteramente, un acto destructivo, necesario para que tras él comience la tarea de creación del comunismo anárquico. Pero a pesar de haber sido esa destrucción un verdadero éxito (“sólo habíanse respetado las casas de aguas corrientes, con sus depósitos y máquinas elevadoras, los almacenes de aduana, repletos de mercaderías de todas clases que habría sido estúpido destruir; los talleres y las usinas, y las casas en buen estado y confortables...”, nos recuerda Quiroule), a poco de andar los revolucionarios advierten la imposibilidad de construir el nuevo orden sobre los viejos cimientos conservados: “Hubo que abrir los ojos ante la realidad: sólo la organización tal como la entendían y practicaban los burgueses podía dar resultados aparentemente buenos...”. Todos los mecanismos y dispositivos sociales previos estaban destinados a perpetuar un orden basado en la desigualdad y la coerción; ellos mismos tendían, como la burocracia, la producción de insumos industriales, el ferrocarril, la falta de higiene o las propias megalópolis, a producir poder y autoridad, y por tanto no eran base para la conformación de la sociedad comunista, cuyos principios eran la libertad y autonomía de los individuos. Mientras se tratara de adaptar esos medios a la construcción del orden nuevo, inevitablemente se fracasaría. Pero, aclara Quiroule, los anarquistas no habían hecho la revolución para perpetuar lo viejo. La solución era, entonces, abandonar las grandes ciudades del orden burgués, y “derribarlas implacablemente hasta que no quede de ellas piedra sobre piedra, como si fueran ciudades malditas...”. Quiroule ya había escrito una primera utopía en 1909, *Sobre la Ruta de la Anarquía*, que se publicó en 1912 (Bautista Fueyo Editor), y dos años después, editada por *La Protesta*, se publicaba *La ciudad anarquista americana. Obra de construcción revolucionaria con el plan de la ciudad libertaria* (Buenos Aires, La Protesta, 1914); en 1924 verá la luz un nuevo texto utópico de Quiroule, *En la soñada tierra del Ideal*. Aquí cito de la edición de Gómez Tovar, Luis; Gutiérrez, Ramón y Silvia Vázquez (1991). Un análisis de esta obra de Quiroule en Doeswijk (1998) y también en Pittaluga (2000a).

¹⁰- AA.VV. (1919a), “La revolución rusa. El acto del viernes”, en *La Internacional*, 22 de noviembre, pp. 1-2.

para dirigirla de acuerdo con su criterio, con las nuevas necesidades, que formarán la base de una nueva sociedad”.¹¹ La revolución como ajuste al desarrollo productivo pasa a ser una necesidad de la historia.¹²

Las advertencias a las derivas “catastrofistas” o “voluntaristas” parecían finalmente intentos por hacer entrar a la experiencia soviética en el orden del pensamiento, y lo hacían diluyendo la dimensión acontecimental del fenómeno, ese carácter “inesperado”, no previsible ni derivable completamente de los antecedentes. Al meditar de ese modo, decía Augusto Bunge, se les escurría del pensamiento la revolución misma. El optimismo evolucionista y progresista, “la obra de crecientes reformas en detalles”, había terminado por hacerles creer que era posible “la formación de un mundo nuevo” dejando intacta la estructura política del mundo burgués, que era factible “la revolución sin revolución”, confundiendo “el repudio a la violencia innecesaria (...) con la desconfianza hacia toda transformación brusca”, confundiendo “crecimiento con metamorfosis” (Bunge, 1919: 63).

La preocupación de Bunge era concordante con aquellas reflexiones que no dejaban todo en manos de la historia o de la evolución y que advertían sobre la necesidad de un cambio que requiera la acción consciente de los sujetos y que debía intervenir sobre las mismas subjetividades. Por eso Abramson ubicaba esa mutación del mundo social como aquella obra constructiva que la revolución realizaba y que en verdad le daba sentido; de tal modo, ésta era precedida por una labor preparatoria que requería de cierto tiempo, y una vez ocurrida era seguida por la tarea más compleja y difícil: “la transformación de las costumbres arraigadas y la renovación de las formas de vida del pueblo”.¹³ A diferencia de Abramson, Enrique Mouchet invertía la secuencia: se trataba previamente de “*hacer una revolución en los cerebros* para luego, cuando la idea revolucionaria haya conquistado a las masas proletarias, hacer la revolución en los hechos, con las mayores probabilidades de éxito y con el mínimo de sacrificios

¹¹.- “Del momento. Redacción” (1919), en *La Internacional*, 1º de noviembre, p. 1.

¹².- No son pocos quienes, a partir de razonamientos análogos, previenen sobre el potencial carácter prematuro de la revolución. Véanse, por ejemplo, “La revolución rusa. Juicios socialistas” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 23 de mayo, p. 1; “La revolución rusa” (1917a), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 9 de junio, p. 2; “Notas del exterior. La revolución rusa y los fines de la guerra” (1918), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 11 de marzo; Prieto, Indalecio (1918), “Gorki y la revolución rusa”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1º de mayo, p. 23.

¹³.- Abramson, B. (1926), “Las nuevas costumbres y formas de vida en la Unión Soviética”, en *Los pensadores*, nº 117, Buenos Aires, enero.

personales”.¹⁴ Antes o después, la revolución era un cambio de las circunstancias, pero también de los sujetos.

Es que en gran medida, esas críticas a lo que llamaban “catastrofismo”, al “voluntarismo”, como también las distinciones entre momentos o etapas dentro de la revolución, dan cuenta de las diferencias *temporales* asignadas a las dimensiones política y social del concepto de revolución en su reacuñación por la modernidad (Koselleck, 1993). Se pone así de manifiesto ese otro aspecto común al artículo de Villarreal y a muchos otros que piensan “la revolución”: el relativo a los alcances de la transformación, al orden de su objeto y de lo que se preserva y de lo que se descarta, y en definitiva a la cuestión de los ámbitos en los que el cambio debe tener lugar. Al pensar la contraparte de las largas duraciones que la (r)evolución implica, Villarreal anotaba, como vimos más arriba, esos cambios microscópicos —pero del tiempo cortísimo de lo diario— que escapan a la vista en las actividades en la escuela, el taller, el laboratorio o la plaza; al hacerlo introduce la dimensión social de la revolución, su carácter transformador de las relaciones sociales, aun de aquellas que se han “naturalizado” —pero que como “la naturaleza” tienen historia. Si Villarreal se niega a nombrar como revolución “los motines”, “los pronunciamientos”, etc., para adherir ese rótulo a una sumatoria indefinida de micromutaciones en los ámbitos sociales, es porque —más allá de su evolucionismo— privilegia —como muchísimos otros— un significado de la revolución como transformación de las relaciones sociales, como cambios en las formas de vida.

Es allí donde también encontraba Mario Bravo las significaciones diferenciales entre “febrero” y “octubre”, pues esta última aspiraba “a sobrepasar en extensión y en profundidad a la primera”. Los cambios políticos que inauguró la “revolución de febrero” al derrocar al zarismo e intentar fundar “una república democrático burguesa y parlamentaria” fueron superados por la tentativa de constituir una sociedad “típicamente proletaria”. Una, la de febrero, “era la revolución de la superficie”; la otra, “la revolución en la estructura social”; y para el diputado socialista era éste el verdadero sentido del conflicto entre “*todo el poder a los soviets*” y “*todo el poder para la Asamblea constituyente*” (Bravo, 1920: 22; las cursivas en el original). Así, los nombres de “febrero” y “octubre” se transformaban en significantes útiles para tematizar esas dos

¹⁴.- Mouchet, Enrique (1921), “El Partido Socialista y la Tercera Internacional”, en *Germinal. Publicaciones mensuales*, año II, n° 3, enero, pp. 67-74. La cita en pág. 73; las cursivas son del original.

dimensiones —la “política” y la “social”— que se tramitaban en un concepto de revolución puesto a prueba en las interpretaciones históricas de la revolución rusa.

Sin embargo, no todas las formulaciones de lo que una revolución debía ser, elaboradas frente a la que estaba realizándose en Rusia, respondían a esta partición del concepto entre aspectos políticos y sociales, como tampoco significaban “febrero” y “octubre” en los términos en que lo hacía Mario Bravo. Ya hemos visto, en el capítulo II, que Mijail Iaroscchewsky definía al “maximalismo” como la posibilidad de hacer en una revolución, dos: la revolución contra el zarismo y la revolución social contra la burguesía. Y consideraba, en rigor, que era *una misma revolución*, en la que convivían tendencias favorables al orden burgués —en los gobiernos provisionales pero también en los *soviets*— con tendencias socialistas, es decir, de transformación del orden social; por eso la revolución había pasado “durante los primeros ocho meses por una época llena de choques dramáticos de sus fuerzas entre sí, incidencias trágicas de conmociones hondas y cambios bruscos, antes de consolidarse definitivamente, para afirmar su verdadero carácter ante todo el mundo”.¹⁵ Si para Bravo, los eventos de octubre buscan superar el alcance limitadamente “político” de febrero, para Iaroscchewsky, febrero se explica porque los *soviets* todavía no conocen su verdadera potencia y el contexto internacional (la guerra con el imperio alemán pero también la hostilidad de los estados de la Entente) y nacional (las tramas del poder burgués que sostienen el gobierno provisional) son todavía capaces de movilizar en su provecho a las fuerzas menos radicales que participan del poder soviético. Así, “febrero”, más que una revolución meramente “política” era el intento “político” por contener el “verdadero carácter” (político y social) de la revolución en Rusia.

Las organizaciones anarquistas ucranianas, cuya primera conferencia se publicara en Buenos Aires en 1922, argumentaban que el proceso de derrumbe de las formas de convivencia político-autoritarias (no sólo la “capitalista-burguesa” sino también la “pseudo-comunista”, como denominaban al régimen bolchevique) y su reemplazo paulatino por “una nueva forma” antiautoritaria y “auténticamente comunista” era lo que podía llamarse verdaderamente una “*revolución social*”, mientras que “toda otra revolución” podía únicamente “tener una mezcla más o menos grande de

¹⁵.- Iaroscchewsky, M. (1919), “Estudio sobre la revolución rusa”, en *Documentos del progreso*, nº 6, Buenos Aires, 15 de octubre, pp. 8-14. La cita en p. 13.

contenido social”.¹⁶ El nudo de una revolución que tenían que adjetivar como *social* era, a criterio de estos libertarios, una mudanza de la forma de comunidad, es decir, concernía a las tramas de la vida en común, a las relaciones entre los sujetos y a los sujetos de las (nuevas) relaciones. Por eso alegaban que ese “proceso destructivo-constructivo (revolucionario-evolucionista)” sería “más o menos largo”; pero a diferencia de Villarreal postulaban que sólo sería realizable por medio de la intervención “del amplio movimiento de las grandes masas populares”, las únicas capaces de vencer los obstáculos y subsanar los errores que se presentarían en el camino.¹⁷

En esta formulación en la que las masas populares transitan “el camino verdadero de la construcción social” y “crean nuevos modos de convivencia entre los hombres”, la dimensión política —que estos anarquistas niegan o descartan— retoma su carácter central pero ya no como elemento escindido de la llamada dimensión “social” de la revolución, ni como medio para la realización de las transformaciones sociales que serían el objetivo. Se habilita así una conceptualización de la revolución en la que su objeto —el cambio histórico, la mutación de las relaciones sociales— coincide con los sujetos de la revolución —la emergencia de nuevas formas de comunidad humana. Una revolución en la que las metas son indistinguibles de los medios para alcanzarlas. O, para decirlo de otro modo, una revolución donde los medios no tienen fines preasignados, sino que los medios/fines se resuelven en la praxis (creadora) de los agentes.

Imágenes

Las reflexiones en torno a “la revolución” construyeron y apelaron a un amplio arco de imágenes, cuyas figuras extremas eran, por un lado, la disolución social y el surgimiento de fuerzas atávicas y primitivas hasta entonces contenidas, y por el otro, la presencia de una fuerza civilizatoria amplia y progresiva que superaba los antagonismos, las violencias y las inclemencias de las formaciones sociales capitalistas. De un lado, por ejemplo, Antonio de Tomaso describía la revolución como “desborde

¹⁶.- Organizaciones Anarquistas de Ucrania *Nabat* (1922), *Primera conferencia de las Organizaciones Anarquistas de Ucrania «Nabat». Declaración y resoluciones*, Buenos Aires, La Protesta, pp. 12-13. Las cursivas en el original.

¹⁷.- *Ibidem*.

de los instintos populares”, comentaba sobre “ese corcel desenfrenado: la revolución”, y afirmaba que “las fuerzas sociales que antaño estaban oprimidas tienen la violencia ciega de los instintos” (de Tomaso, 1919: 44, 46 y 53). De otro, los editores de la *Revista de Oriente*, publicaban una encuesta dirigida “a varios escritores, publicistas y estudiosos” en la que se les solicitaba opinión sobre la importancia de la “labor educacional, en pro de la cultura de las masas” que desarrollaba la República Soviética, sobre “las manifestaciones de la vida rusa en el terreno filosófico, artístico, literario o científico”, sobre si “la opinión pública latino-americana deb[ía] acompañar con sus simpatías al movimiento renovador de los pueblos de Oriente”, sobre la necesidad de encarar “cambios profundos” en la organización económica y en el sistema de gobierno —como lo hiciera Rusia— que permitieran superar “la situación inestable de los principales países”, entre otras cuestiones.¹⁸

En un artículo publicado en 1918 en la revista *Nosotros*, M. Iaroschewsky componía, con la forma de un relato de anécdotas, ficciones y pequeñas historias, un cuadro bastante más complejo de la revolución. Las “escenas de la revolución rusa en provincia” —tal el título del escrito— transcurren en distintos ámbitos sociales de una capital provincial, desde la redacción del periódico local a la municipalidad, del mercado a los barrios obreros, y los personajes son tanto generales, obispos y otros funcionarios del Estado (el gobernador, el fiscal, el jefe de policía), es decir, los sectores desplazados del poder, como los sectores populares, que se hacen presentes como espectadores y comentaristas, y cuyas intervenciones no están exentas de ambigüedades y confusiones.¹⁹ Así, el pueblo se reúne “[a]nte los postes y los cercos, donde se encuentran pegados ejemplares de «Las Noticias del Consejo de los Delegados de los Obreros y Soldados de Moscú»”, y un chico “lee trabajosamente y siguiendo con el dedo los renglones” un escrito de “vigoroso” estilo que “hacer reír al público”.²⁰ En ciertas escenas, ese pueblo reunido ante las proclamas no es uno, no es homogéneo y heroicamente revolucionario; Iaroschewsky ofrece un cuadro dramático, pleno de grises y de difícil interpretación. La lectura de “una proclama del Comité Socialista de Jarkov” en la que se advierte sobre “la insidia de los señores Miliukoff y compañía”, y que convoca a imponer “la dictadura del proletariado y de los ejércitos revolucionarios” porque sólo por su medio se obligará “a la burguesía a hacer concesiones”, suscita todo

¹⁸.- “Encuesta” (1925), en *Revista de Oriente*, n° 2, Buenos Aires, julio, p. 32.

¹⁹.- Iaroschewsky, M. (1918), “Escenas de la revolución rusa en provincia (con motivo del primer aniversario)”, en *Nosotros*, año 12, n° 108, Buenos Aires, abril, pp. 463-472.

²⁰.- *Ibidem*, p. 465.

tipo de actitudes.²¹ Una mujer escupe la proclama y con voz nerviosa y aguda exclama “—Diablos, agentes alemanes!”, y un viejo “de cara gris, doblado por la vejez y apoyado en un bastón” la acusa de querer traer nuevamente al zar mientras incita a que se agarre “a la judía” y se le administre una paliza. Pero un obrero se yergue frente al viejo, lo acusa de ser un provocador que siempre instiga a la violencia y de ser parte “de la banda negra”, obligando al viejo a correr y esconderse en la verdulería.²² Fiel a su idea de que la revolución comenzó “en las filas del pan”, Iaroschewsky se propone retratarla a partir de las figuras del pueblo, figuras ambiguas, inciertas o evasivas, lejos de la nitidez de contornos de los protagonistas de la épica, figuras que emergen en las intrincadas formas que asume la revolución en la cultura popular.

En otras escenas, el comentario popular es agudo y preciso, pero el contexto de su enunciación no ha perdido las marcas del paternalismo estatal que se descompone bajo los embates revolucionarios. Iaroschewsky comenta que “en los suburbios y las fábricas los acontecimientos fueron acogidos con júbilo tranquilo como si todo lo supiesen y esperasen”, dando cuenta de este modo de la “natural” concurrencia entre revolución y proletariado. Pero incluso allí, en “un grupo de viejos y viejas” reunido “alrededor de una muchacha que lee en voz alta un telegama con los detalles de la abdicación del zar”, una vieja “enfundada en un sayo de piel” solloza porque siente lástima por el hijo del zar, a quien no dejaron “reinar ni siquiera un ratito”, mientras eleva su ruego a dios porque se angustia de sólo pensar cómo podrán vivir sin el zar.²³ Esa “deuda de sentido” que ciertas subjetividades populares guardaban con la imagen del zar, es contrastada en el relato con el comentario irónico de un viejo de cabello negro y blanca barba que asegura que “ahora, uno, aun siendo zar, no tiene seguro su pan de todos los días. Tendrá que aprender el *zarievitch* algún otro oficio”.²⁴ En esta escena dual se produce un sutil choque de significaciones sobre el orden social, los lugares de cada uno y las relaciones sociales, una batalla política que se resuelve dramáticamente en una escaramuza entre la angustia y la ironía, entre las posiciones de dominio y la igualdad que las critica. La observación del viejo disuelve la significación de los roles previos en un nuevo universo social construido sobre otras significaciones, donde es el trabajo —ya no el zar— el nuevo dador de sentido.²⁵

²¹.- *Ibidem*, pp. 465-66.

²².- *Ibidem*, p. 466.

²³.- *Ibidem*, p. 470.

²⁴.- *Ibidem*.

²⁵.- *Ibidem*.

Otra “escena” refuerza la distancia política con el zarismo. Puestos varios campesinos a comentar quién había visto alguna vez al zar, sólo uno pudo asegurar que lo vio “muy de cerca”. Nicolás II pasaba por su aldea camino “al jardín zoológico de Platzfein” de modo que la policía los obligó a abandonar las tareas agrícolas y concurrir, “vestidos de fiesta”, a saludar al zar y hacer la ofrenda del “pan con sal”. En este punto del relato, se produce el siguiente diálogo que clausura la escena:

“—... Todos tuvimos la esperanza de que el zar ordenara darnos un poco más de campo.
—¿Dio en realidad?
—¿Tierra? Sí. Cuando salieron de la aldea levantaron tanta tierra con sus máquinas [sus automóviles; RP], que tuvimos la boca llena... ¡Que los lleve el diablo!... Tragamos esa tierra y la escupimos mucho”.²⁶

Una historia sobre la baja del precio de la carne de cerdo por un viejo comerciante sirve al autor para exponer las relaciones entre economía y represión, y cómo en ellas interviene la revolución. Al comentario sarcástico de “un ciudadano”, el viejo comerciante responde que la baja “no es efecto del milagro de la multiplicación de los chanchos” sino del desmantelamiento del poder policial, pues “antes tenía que pagar una cantidad al comisario de campaña para que dejase salir la mercadería, y otra al gendarme, y aquí, en el mercado, convidar a los agentes”.²⁷ El lenguaje bíblico brinda el soporte adecuado a los efectos “milagrosos” que ha provocado la revolución, que no sólo ha disuelto el poder punitivo sino que *en el mismo acto* ha propiciado la distribución de la riqueza.

La secuencia de la desarticulación de los poderes del antiguo régimen aparece en el relato, primero, como ocultamiento de la información sobre la revolución: el gobernador retiene los cables varios días y luego renuncia y huye; también huye el jefe policial, quien tras la huida del gobernador, había sostenido que garantizaría el orden. Paralelamente, “los muchachos, en caterva alegre, pasaban de un barrio a otro, desarmando a los vigilantes y buscando en los sótanos de las comisarías las armas y provisiones allí escondidas”.²⁸ Quienes “recordaban el «ensayo» del año 1905, temían que en la lucha decisiva actual, la nación arriesgara anegarse en su propia sangre y preparara su Gólgota”.²⁹ Por eso saludaban la huelga ferroviaria, pero no obstante había quienes sostenían que se debía “preparar al ejército” dadas las “lecciones objetivas” del pasado con las que contaban. Iaroschewsky observa que “se preparaban para una lucha

²⁶.- *Ibidem*, pp. 471-72.

²⁷.- *Ibidem*, p. 465.

²⁸.- *Ibidem*, p. 468.

²⁹.- *Ibidem*.

mortal, pero resultó que no hubo con quién pelear. El terrible enemigo que parecía un monstruo invencible quedó reducido a polvo en un soplo: *Adflavit Deus et dissipati sunt*”.³⁰

Esa lucha mortal entre dos configuraciones políticas bien coordinadas, cuyas fronteras respectivas son nítidas, no termina de entablarse en esos términos, sino que sigue caminos sinuosos, correspondiéndose con una realidad que no habla por sí misma, que no es evidente, y donde la acción revolucionaria tiene efectos diversos en las subjetividades existentes. Un “cuento breve sobre tres generales: dos tontos y un vivo” sirve a Iaroschewsky para exponer esta problemática. El primer general, tras leer la abdicación del zar ante los regimientos de la guarnición provincial, afirma consternado que tal acto es un ejemplo del amor del monarca por Rusia, y luego de vivarlo, ordena que se toque *La Marsellesa* y se alcen las banderas rojas. Un segundo general se opone a que en el telegrama que los soldados elevan para que se envíe al gobierno provisional se hable de la Rusia *libre* —aunque no se opone al telegrama mismo. Pero el tercer general del cuento, “misionero por vocación y reaccionario militante de la «bandera negra», manifestó espíritu de iniciativa”, adornándose “el pecho con una enorme cinta roja” mientras “recorría las oficinas bajo su jurisdicción, pregonando la libertad y la república venidera”.³¹

Precisamente esta no transparencia “de los hechos”, esta distancia entre las interpretaciones y una “realidad” que es ya interpretación, no está expuesta, en el texto de Iaroschewsky, desde algún imposible metalenguaje. El autor no hace ningún esfuerzo por producir alguna definición de la revolución que permita “totalizar” la dispersión de sentidos que exhibe y sobre la que trabaja. Pero eso no le impide apuntar el “verdadero carácter” de la revolución a través de una realidad compleja que es solamente inteligible si el intérprete *toma posición*. Es el ángulo de la mirada, la perspectiva adoptada, la que posibilita comprender qué es eso que se nombra como “revolución rusa”. Como en el epígrafe de Walter Benjamin que sirve de inicio a este trabajo, en Rusia “sólo puede ver quien ya se ha decidido”, quien ha hecho “las paces dialécticas con el mundo”. Con una sutileza admirable, Iaroschewsky ausculta cómo la revolución *tiene lugar* en los diversos ámbitos de la vida social, expone los escabrosos, serpenteantes senderos que toma la revolución *en* los sujetos y *en* sus relaciones, y con ellos construye un sentido

³⁰.- *Ibidem*, pp. 468-69.

³¹.- *Ibidem*, p. 469.

histórico, una significación para el acontecimiento que así exhibe su verdad sin perder la tensión con la expectativa que lo alimenta ni la fuerza del pasado que lo impulsa:

“Por la calle pasan destacamentos militares, en filas bien ordenadas, con banderas rojas, las bayonetas adornadas también con cintas coloradas. Los soldados cantan cantos revolucionarios y el sol primaveral brilla sobre las bayonetas (...) A la plaza siguen llegando nuevas olas de acero que brillan al sol; flamean las banderas rojas y se oye *La Marsellesa*.

Un viejo de sombrero desteñido y roto que ha estado presenciando, con lágrimas en los ojos y sonriendo al mismo tiempo, las escenas que pasaban en la plaza, dice a su compañero: —¡Por favor, Simón, pellízqueme, para convencerme de que todo lo que veo no es un sueño!”³²

³².- *Ibidem*, p. 467.

Bibliografía

1. Fuentes primarias consultadas

1. 1. Periódicos

- BANDERA PROLETARIA. Diario de la mañana (Buenos Aires, 1922-1930). Consultado: 1922.
- BANDERA ROJA. Diario de la mañana (Buenos Aires, 1919). Consultado: 1919.
- EL COMUNISTA (Rosario, 1920-1921). Consultado: algunos ejemplares de 1921.
- EL LIBERTARIO (Buenos Aires, 1920). Consultado: 1920.
- EL TRABAJO. Diario de la mañana (Buenos Aires, 1921-1922). Consultado: 1921-1922.
- LA ANTORCHA (Buenos Aires, 1921-1932). Consultado: 1922.
- LA INTERNACIONAL. Órgano del Partido Socialista Internacional (desde 1920, subtítulo Órgano del Partido Comunista de la Argentina, sección de la Internacional Comunista) (Buenos Aires, 1917-1936). La periodicidad de la publicación (semanal, diaria) varió entre 1917 y 1924. Consultado: 1917-1924.
- LA ORGANIZACIÓN OBRERA. Nueva época / Órgano oficial de la FORA comunista [Secretaría central: Humberto I 760; Redacción: calle Constitución 3451] (Buenos Aires, 1920 - [1922]). Consultado: 1921-1922.
- LA ORGANIZACIÓN OBRERA. Periódico semanal / Órgano oficial de la Federación Obrera Regional Argentina [Redacción: calle Méjico 2070] (Buenos Aires, 1916 - [1922]). Consultado : 1919-1922.
- LA PROTESTA (Buenos Aires, 1897-publicación abierta). Consultado: 1917-1922.
- LA REBELIÓN. Periódico decenal anarquista (Campana, 1915-1918). Consultado: algunos ejemplares de 1918.
- LA VANGUARDIA (Buenos Aires, 1894-publicación abierta). Publicación diaria. Consultado: 1917-1922.
- PAMPA LIBRE (Gral. Pico, 1922-1930). Consultado: 1926-1927.
- TRIBUNA OBRERA (Buenos Aires, 1920-1921). Consultado: algunos ejemplares de 1920.
- TRIBUNA PROLETARIA. Órgano defensor de los intereses gremiales (Buenos Aires, 1919). Consultado: 1919.

1. 2. Revistas

- ALBORADA. Revista de ciencias, sociología, literatura y arte (Buenos Aires, 1º época: 1917). Consultado: 1917.

ALMANAQUE DEL TRABAJO (Buenos Aires, 1918-1931). Consultado: 1918-1923.

BABEL. Revista de arte y crítica (Buenos Aires, 1º época: 1921-1928). Consultado: 1921-1925.

-BIBLIOTECA LA PALESTRA. Publicación mensual. Tribuna libertaria (Buenos Aires, 1922-1929). Consultado: 1922.

BOLETÍN DEL DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO. Consultado: abril 1919; enero 1922.

CLARIDAD. Revista quincenal socialista de crítica, literatura y arte (Buenos Aires, 1920). Consultado: 1920.

CLARÍN. Revista quincenal editada por el Ateneo Universitario (Buenos Aires, 1919-1920). Consultado: 1919-1920.

-COMPAÑERITO. Periódico mensual para niños (Buenos Aires, 1º época: 1923-1924). Consultado: 1923-1924.

CRÍTICA SOCIAL. Revista quincenal del socialismo (Buenos Aires, 1925-1927). Consultado: 1925-1927.

CUASIMODO (Buenos Aires, 2ª época: 1921). Consultado: 1921.

DOCUMENTOS DEL PROGRESO (Buenos Aires, 1919-1921). Consultado: 1919-1921.

-GERMINAL. Publicaciones mensuales (Buenos Aires, 1920-1921). Consultado: 1920-1921.

HUMANIDAD NUEVA. Sociología, arte, educación. Publicación del Ateneo Popular (Buenos Aires, 1910-1918). Consultado: 1917-1918

INSURREXIT. Revista Universitaria (Buenos Aires, 1920-1921). Consultado: 1920-1921.

LA INTERNACIONAL. SUPLEMENTO (Buenos Aires, 1921). Consultado: 1921.

LA OBRA. Periódico de ideas (Buenos Aires, 1917-1919). Consultado: algunos ejemplares de 1919.

LOS PENSADORES. Revista de selección ilustrada. Arte, crítica y literatura (Buenos Aires, segunda época, 1922-1926). Consultado: 1924-1926.

-MARTIN FIERRO Periódico quincenal (Buenos Aires, 2º época: 1919). Consultado: 1919.

NUESTRA TRIBUNA. Quincenario Femenino de Ideas, Arte, Crítica y Literatura (Necochea/Buenos Aires, 1922-1925). Consultado: 1922-1925.

NUEVOS CAMINOS. Publicación quincenal (Avellaneda, 1920). Consultado: 1920.

PROMETEO. Quincenario anarquista (Buenos Aires, 1919). Consultado: 1919.

REVISTA DE FILOSOFÍA (Buenos Aires, 1915-1929). Consultado: 1917-1925.

REVISTA DE ORIENTE [Órgano de la Asociación amigos de Rusia] (Buenos Aires, 1925-1926). Consultado: 1925-1926.

REVISTA SOCIALISTA. Publicación mensual de doctrina y crítica socialista y cultura general (Buenos Aires, 1917). Consultado: 1917.

SAGITARIO. Revista de Humanidades (La Plata, 1925-1927). Consultado: 1925-1927.

- SEMBRANDO IDEAS. Revista quincenal de divulgación sociológica (Buenos Aires, 1923-1930). Consultado algunos ejemplares de 1923 y 1924.
- SUPLEMENTO DE LA PROTESTA. (Buenos Aires, 1922-1928). Consultado: 1922-24.
- TRIBUNA SOCIALISTA. Primer semanario socialista de Sudamérica (Buenos Aires, 1919-1921). Consultado: algunos ejemplares de 1920.
- VÍA LIBRE. Publicación mensual de crítica social (Buenos Aires, 1919-1922). Consultado: 1919-1922.

1. 3. Ediciones de fuentes

- REINOSO, Roberto (comp.) (1985), *“Bandera proletaria”: selección de textos (1922-1930)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- del CAMPO, Hugo (1986). *El “sindicalismo revolucionario”(1905-1945)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- ACTAS del CC del POSDR (Bolchevique) (1972), *Los Bolcheviques y la revolución de octubre*, Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, nº 28.

1. 4. Libros y Folletos

- AA. VV. (1921), *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia*, Buenos Aires, Argonauta.
- AA.VV. (1928), *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra.
- Abad de Santillán, Diego (1930), *El movimiento anarquista en la Argentina*, Buenos Aires, Argonauta.
- Abad de Santillán, Diego (1933), *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario*, Buenos Aires, Nervio.
- Alexandrovsky [Mijail Alexeievic] (1921), *Impresiones de un viaje a la Rusia soviética*, Buenos Aires, La Internacional.
- Alianza Libertaria Argentina, *Declaración de Principios y Finalidad de la Alianza Libertaria Argentina*, incluido como apéndice en García Thomas, Enrique (1924).
- Álvarez del Vayo, Julio (1926), *La Nueva Rusia*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Antillí, Teodoro (1919), *Comunismo y Anarquía*, Buenos Aires, Grupo Editor Acracia.
- Asociación Amigos de Rusia (1926), *La Unión Soviética en 1926*, Buenos Aires, Asociación Amigos de Rusia/Revista de Oriente.
- BOLETÍN de la Primera Conferencia Socialista y Obrera Panamericana. Publicado por el Partido Socialista (Sección Argentina de la Internacional) organizador de la conferencia (Buenos Aires, 1919).
- Bravo, Mario (1920), *La Revolución Rusa y la Constitución de la República Socialista Federativa de los Soviets*, Buenos Aires, Coni.

- Bunge, Augusto (1919), *Democracia burguesa y democracia obrera*, Buenos Aires, Adelante.
- Castiñeiras, Alejandro (1919), *Máximo Gorki (Su vida y sus obras)*, Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones/Buenos Aires Cooperativa Ed. Ltda.
- Castiñeiras, Alejandro (1923a), *El alma de Rusia. El dolor en la literatura y en la vida del pueblo ruso*, Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones/Buenos Aires Cooperativa Ed. Ltda.
- Castiñeiras, Alejandro (1928), *Soñadores y realistas. De Platón a Marx*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- CC del PCA (1947), *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo.
- Coca, Joaquín (1920), “La dictadura del proletariado y el régimen de los soviets”, Buenos Aires, *Acción Socialista. Publicación Quincenal*, nº 19, 20 de abril.
- Código Bolchevique del Matrimonio* (1922), Buenos Aires, Tor. Trad. del francés por Julio A. Araujo Müller y Enrique Bares Peralta. Prólogo de Alcides Calandrelli.
- Comité Central de los Soviets de la R. Argentina (1920), *Declaración de principios. Organización y propósitos*, Buenos Aires, s/e., febrero.
- Comité Ejecutivo PSI (1919), *Historia del socialismo marxista en la República Argentina. Origen del Partido Socialista Internacional (Informe dirigido a la Internacional Socialista y a todos los Partidos Socialistas)*, Buenos Aires, PSI.
- Consejo Federal de la FORA Comunista (1922), *El problema de la unidad obrera*, Buenos Aires, Consejo Federal de la FORA Comunista/La Protesta, enero.
- de Tomaso, Antonio (1917), *La revolución rusa*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- de Tomaso, Antonio (1919), *La Internacional y la revolución*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- de Tomaso, Antonio (1919b), “Informe del delegado diputado de Tomaso”, en PS, *La Internacional Socialista. Informes de los delegados argentinos doctores Juan B. Justo y Antonio de Tomaso. Congreso Socialista Internacional – Berna 4-10 febrero 1919. Conferencia de la Comisión Socialista Internacional – Amsterdam 26-30 abril 1919*, Buenos Aires, PS (S.A.I.O.).
- de Tomaso, Antonio (1919c), *La revolución rusa y la verdad del Maximalismo*, Buenos Aires, Marinoni.
- de Tomaso, Antonio (1921), “El Bolshevikismo”, en *Almanaque del trabajo para 1921*, Buenos Aires, pp. 111-213 [reedición ampliada y corregida de: “La revolución rusa”, *La Vanguardia*, 12, 24 y 25 de mayo de 1920; “La cuestión agraria rusa y la revolución”, *La Vanguardia*, 5, 7, 12 y 13 de junio de 1920; “La revolución rusa, el bolshevikismo y la Tercera Internacional”, *La Vanguardia*, 20, 21 y 23 de septiembre de 1920]
- de Tomaso, Antonio (s/f. [1917b]), *El Partido Socialista y la cuestión internacional*, Buenos Aires, s/e..
- del Valle Iberlucea, Enrique (1917a), *La Cuestión Internacional y el Partido Socialista*, Buenos Aires, Martín García.
- del Valle Iberlucea, Enrique (1934), *La revolución rusa*, Buenos Aires, Claridad.

- Dickmann, Enrique (1917), *Democracia y socialismo*, Buenos Aires, Ponzibio y Cia., 1917.
- Dickmann, Enrique (1918), *¿Oyes, Pedro?...*, Buenos Aires, Biblioteca de Propaganda "Ideal Socialista", Marinoni, 1918.
- Dickmann, Enrique (1920), *Democracia Cuantitativa y Democracia Cualitativa ¿Una nueva filosofía política?*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- Dickmann, Enrique (1922), *Marx y Bakunin. La Primera Internacional. 1864-1873*, Buenos Aires, s/e..
- Dickmann, Enrique (1949), *Recuerdos de un militante socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- Dickmann, Enrique (s/f.), *Democracia burguesa y democracia obrera*, Buenos Aires, s/e.
- Fabbri, Luis (1921), *La crisis del anarquismo*, Buenos Aires, Argonauta.
- FORA Comunista – Consejo Federal (1922), *El Problema de la unidad obrera*, Buenos Aires , La Protesta/Consejo Federal de la FORA Comunista, enero.
- García Thomas, Enrique (1924), *Comentarios a la primera Conferencia Regional de la Alianza Libertaria Argentina*, Buenos Aires, Edición de la A.L.A..
- Goldschmidt, Alfonso (1923), *Moscú: diario de un viaje a la Rusia Soviética*, Buenos Aires, Manuel Gleizer. Traducción de Julio Fingerit.
- González Mellén, Emilio (1917), *Informe del Comité de Propaganda Gremial*, Buenos Aires, Imprenta Calle Sarandí 374.
- Gonzalo, Fernando (1923), *Anarquismo romántico y anarquismo revolucionario*, Buenos Aires, El Libertario.
- Gorelik, Anatol (2007), *El anarquismo y la revolución rusa*, Buenos Aires/La Plata, Libros de Anarres/Terramar ediciones. Compilación realizada por Frank Mintz.
- Greco, Juan (1922), *La sindical roja*, Buenos Aires, La Internacional.
- Iakovlev, I. (1921), *Los «anarquistas-sindicalistas» rusos ante el tribunal del proletariado mundial*, Buenos Aires, La Internacional.
- Ingenieros, José (1957), *Los Tiempos Nuevos*, Buenos Aires, Elmer.
- Justo, Juan B. (1919), "Informe del delegado diputado Justo", en PS, *La Internacional Socialista. Informes de los delegados argentinos doctores Juan B. Justo y Antonio de Tomaso. Congreso Socialista Internacional – Berna 4-10 febrero 1919. Conferencia de la Comisión Socialista Internacional – Amsterdam 26-30 abril 1919*, Buenos Aires, PS (S.A.I.O.).
- Justo, Juan B. (1947), *Obras de Juan B. Justo*, VI, "La realización del socialismo", Buenos Aires, La Vanguardia.
- Locascio, Santiago (1919), *Maximalismo y anarquismo*, Buenos Aires, Atilio Moro.
- Lorenzo Rañó, Manuel (1919), *Programa del Grupo Spartacus. La Revolución Socialista en Alemania*, Buenos Aires, Editorial Marxista.
- Mantecón, Antonio E. (1917), *El Partido Socialista y la cuestión internacional*, Buenos Aires, Imprenta Sarandí.

- Nido, Enrique (1922), *Páginas de Afirmación*, Rosario, s/e.
- Nido, Enrique (1991 [1922]), *Informe General del Movimiento Anarquista de la Argentina*, Buenos Aires. Reedición de la FORA.
- Organizaciones Anarquistas de Ucrania *Nabat* (1922), *Primera conferencia de las Organizaciones Anarquistas de Ucrania «Nabat»*, Buenos Aires, La Protesta.
- Palacios, Alfredo (1921), *La revolución rusa*, Buenos Aires, Adelante.
- Paquet, Alfonso (1921), *En la Rusia Comunista. Cartas desde Moscú*, Madrid-Barcelona, Calpe.
- Partido Socialista (1917), *III Congreso Nacional Extraordinario, 28 y 29 de abril de 1917*, versión taquigráfica, Suplemento de La Vanguardia, Buenos Aires, mayo de 1917.
- Partido Socialista (1919), “Resoluciones votadas en Berna y Amsterdam”, en PS, *La Internacional Socialista. Informes de los delegados argentinos doctores Juan B. Justo y Antonio de Tomaso. Congreso Socialista Internacional – Berna 4-10 febrero 1919. Conferencia de la Comisión Socialista Internacional – Amsterdam 26-30 abril 1919*, Buenos Aires, PS (S.A.I.O.).
- Partido Socialista (1919), *XV Congreso Nacional Ordinario del Partido Socialista (XVIII Congreso). Se realizará en San Nicolás (Pcia. de Buenos Aires), los días 9, 10 y 11 de Noviembre de 1919. Informe del Comité Ejecutivo*, Buenos Aires.
- Partido Socialista (1925), *El Congreso Socialista (1925)*, Buenos Aires, Crítica Social, octubre 1925.
- Partido Socialista (1925), *V Congreso Extraordinario*, efectuado en la ciudad de Córdoba durante los días 4, 5 y 6 de enero, versión taquigráfica, Buenos Aires, La Vanguardia.
- PCA (Sección Argentina de la IC) (1925), *Informe del Comité Ejecutivo al VII Congreso*, Buenos Aires, CE del PCA.
- PCA (Sección de la IC) (1923), *Informe del Comité Ejecutivo al V Congreso*, Buenos Aires, s/e.
- Pestaña, Ángel (1921), *Memoria que al Comité de la Confederación Nacional del Trabajo presenta de su gestión en el II Congreso de la III Internacional*, Madrid, Biblioteca Nueva Senda.
- Porteiro, Manuel (1920), *Orientación del proletariado*, Buenos Aires, Edición de la Unión Desolladores de Frigoríficos de la Patagonia.
- Quiroule, Pierre [Joaquín Alejo Falconnet] (1912), *Sobre la ruta de la anarquía*, Buenos Aires, Bautista Fueyo, 1912.
- Quiroule, Pierre [Joaquín Alejo Falconnet] (1919), *Justicia social «Trabaje, el que quiera comer»*, Buenos Aires, Ateneo Libertario del Sud.
- Quiroule, Pierre [Joaquín Alejo Falconnet] (1924), *En las soñada tierra del Ideal*, Buenos Aires, Bautista Fueyo.
- Quiroule, Pierre [Joaquín Alejo Falconnet] (1991 [1914]), *La ciudad anarquista americana* en Gómez Tovar, L./R. Gutiérrez/Silvia Vázquez, *I. Utopías Libertarias Americanas. La ciudad anarquista americana de Pierre Quiroule*, Madrid, Tuero.

- Quiroule, Pierre [Joaquín Alejo Falconnet] (s/f. [c. 1922]), *Problemas actuales*, Buenos Aires, s/ed.
- Reed, John (1919), *Cómo funciona un Soviet*, Buenos Aires, Biblioteca «Documentos del progreso».
- Resnik, A. (1929), *Teatro revolucionario de la Rusia Soviética*, Buenos Aires, Plus Ultra.
- Rocker, R.; Goldman, E; Berkman, A.; Kropotkin, P. et al. (1920), *¿Soviet o dictadura?*, Buenos Aires, Argonauta.
- Spartacus, *Propósitos, objetivos y aventuras*, Buenos Aires, Documentos del progreso, 1920.
- Torrallvo, José (1921), *La revolución. Estudio constructivo de la civilización del trabajo*, Avellaneda, Centro Cultural “Nuevos Caminos”/Agrupación “Ultra”.
- Trotsky, León (1971 [1924]), *El nuevo curso. Problemas de la vida cotidiana*, Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente.
- Unión Comunista Anárquica Italiana (1920), *El Congreso de Bolonia de la UCAI*, Buenos Aires, Argonauta.
- Vidal Mata, José (1930), *La verdad sobre Rusia*. Informe presentado a la Alianza II por su delegado en la Unión Soviética, Buenos Aires, Edición de la ALA
- Villalobos Domínguez, C. [Cándido] (1919), *Evitemos la guerra social*, Buenos Aires, Tor.
- Villalobos Domínguez, C. [Cándido] (1920), *Que la tierra debe ser confiscada y otros conceptos actuales y genuinos del georgismo*, Buenos Aires, A. de Martino. Publicado orig. en *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, nº 115 a 117.
- Wald, Pinie [Tomaszów Mazowiecki] (1998), *Pesadilla. Una novela de la Semana Trágica*, Buenos Aires, Ameghino. Publicada originalmente en idish en 1929 con el título *Koschmar*.
- Zeno, Lelio O. (1933), *La Medicina en Rusia*, Buenos Aires, Anaconda.
- Zeno, Lelio O. (s/f. [c. 1918]), *La democracia de febrero de 1918*, Buenos Aires, s/e.

1.5. Manifiestos y volantes

- “Manifiesto de la Federación de las Agrupaciones Obreras Rusas de la América del Sud” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 7 de noviembre, p. 2.
- “Un proceso de Moralidad Sindical” (29 de junio, 1921), folleto firmado por Antonio Gonçalves, Sebastián Ferrer y J. Vidal Mata, dirigentes sindicales anarcobolcheviques expulsados de la FORA Comunista en 1921.
- “Manifiesto Colectivo de las Agrupaciones sobre el estrangulamiento de la propaganda anarquista en Rusia”, agosto 1921, firmado, entre otros por el *La Protesta*, *Tribuna Obrera*, *La Antorcha*, *Ideas* (La Plata), Editorial Argonauta, Liga de Educación Racionalista, la UCAA (Unión Comunista Anarquista Argentina) y la FORA Comunista.

- Manifiesto “Ayuda, ayuda, ayuda”, del Comité pro Ayuda a los Anarquistas de Rusia, s/f..
- Unión Comunista Anarquista Argentina (1921), “A los Anarquistas todos”, Buenos Aires, abril.
- Partido Liberal Georgista (1921), “Manifiesto del Partido Liberal Georgista”, en suplemento del periódico *El Liberal Georgista*.

1.6. Encuestas

- “Encuesta sobre la cuestión social” (1920), *Revista de Ciencias Económicas*, año VIII, n° 79-82, enero-abril,, pp. 5- 534.
- “Encuesta sobre el maximalismo”, publicada en *La Unión* entre agosto y septiembre de 1920. Selección en Halperin Donghi, Tulio (2000).
- “¿Cuál es en su concepto la actitud que debe asumir la juventud argentina en el actual momento social?”, encuesta de Atenas. *Revista del Centro de Estudiantes del Colegio Nacional Buenos Aires*, 1921.

2. Fuentes secundarias

2. 1. Bibliografía específica sobre la izquierda en la Argentina

- AA. VV. (1984), “Origen del Partido Comunista”, en *Todo es Historia*, n° 81, Buenos Aires, febrero.
- AA. VV. (1988), “PC: setenta años en la Argentina”, en *Todo es Historia*, n° 250, Buenos Aires, abril.
- AA. VV. (1988a), *El nacimiento del Partido Comunista*, Buenos Aires, Anteo.
- ABAD DE SANTILLÁN, Diego (1930), *El movimiento anarquista en la Argentina: desde sus comienzos hasta 1910*, Buenos Aires, Argonauta.
- ABAD DE SANTILLÁN, Diego (1933), *La F.O.R.A. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, Buenos Aires, Proyección.
- ACHA, José Omar (2002), “La revolución rusa de José Ingenieros: elitismo y progresismo”, en *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, n° 20, Buenos Aires, julio. Disp. en: <http://www.herramienta.com.ar/revista-impres/revista-herramienta-n-20>
- ALEXANDER, Robert J. (1957), *Communism in Latin America*, New Brunswick, N.J. Rutgers University Press.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (1976), *La Ideología Política del Anarquismo Español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (1977), “Los dos anarquismos”, en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n° 55-57, enero-junio.

- ANAPIO, Luciana (2009). “Debates y conflictos internos en el anarquismo argentino durante las entreguerras”, Tesis de Maestría, IDAES-Universidad Nacional de San Martín, 2009.
- ANAPIO, Luciana (2011), “Una promesa de folletos. El rol de la prensa en el movimiento anarquista en la Argentina (1890-1930)”, en *A Contra corriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*, vol. 8, n° 2, invierno, pp. 1-33.
- ANDREU, Jean; FRAYSSE, Maurice y Eva GOLLUSCIO DE MONTOYA (1990), *Anarkos. Literaturas libertarias de América del Sur. 1900*, Buenos Aires, Corregidor.
- ARÉVALO, Oscar (1983), *El Partido Comunista*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- ARICÓ, José (1988), *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Puntosur.
- ARICÓ, José (1999), *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- BARRANCOS, Dora (1987), “Los niños proselitistas de las vanguardias obreras”, Documento de Trabajo, Buenos Aires, CEIL, 24 de mayo.
- BECERRA, Marina (2009), *Feminismo y marxismo en el primer socialismo argentino. Enrique del Valle Iberlucea*, Rosario, Prohistoria.
- BELKIN, Alejandro (2006), *Sobre los orígenes del sindicalismo revolucionario en la Argentina*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, Cuaderno de trabajo n° 74.
- BELLONI, Alberto (1960), *Del anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, Peña Lillo.
- BERTOLO, Maricel (1993), *Una propuesta gremial alternativa: el sindicalismo revolucionario (1904-1916)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- BILSKY, Edgardo J. (1985), *La F.O.R.A. y el movimiento obrero (1900-1910)*, 2 tomos, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- CABALLERO, Manuel (1987), *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad.
- CAMARERO, Hernán (2004), “Los Clubes Deportivos Comunistas”, en *Todo es Historia*, n° 448, Buenos Aires, noviembre.
- CAMARERO, Hernán (2005), “Socialismo y movimiento sindical: una articulación débil. La COA y sus relaciones con el PS durante la década de 1920”, en Camarero, Hernán y Herrera, Carlos Miguel, *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 185-217.
- CAMARERO, Hernán (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana.

- CAMARERO, Hernán y HERRERA, Carlos Miguel (2005), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo.
- CAMARERO, Hernán y SCHNEIDER, Alejandro (1991), *La polémica Penelón-Marotta (marxismo y sindicalismo soreliano, 1912-1918)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- CAMPIONE, Daniel (2001), “La formación del Partido Socialista Internacional. Hacia la ruptura”, en *Razón y Revolución*, n° 7, verano. Disponible en: <http://www.razonyrevolucion.org/textos/revryr/luchadeclases/ryr7Campione.pdf> (última consulta: 6 de junio de 2013)
- CAMPIONE, Daniel (2005), “¿Partido revolucionario o partido de gobierno? La fundación del Partido Socialista Internacional”, en Camarero, Hernán y Herrera, Carlos Miguel, *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 145-157.
- CAMPIONE, Daniel (2005a), *El comunismo en la Argentina. Sus primeros pasos*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación.
- CAMPIONE, Daniel; LÓPEZ CANTERA, Mercedes y MAIER, Bárbara (2007), *Buenos Aires-Moscú-Buenos Aires. Los comunistas argentinos y la Tercera Internacional. Primera parte (1921-1926)*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación.
- CARANTOÑA, A., F. y G. PUENTE F. (eds.) (1988), *La Revolución Rusa, 70 años después*, Actas del 2° Coloquio de Historia Contemporánea, Universidad de León, 11 al 13 de noviembre de 1987, Editorial de la Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, León.
- CERNADAS, Jorge; PITTALUGA, Roberto y TARCUS, Horacio (1997), “Para una historia de la izquierda en la Argentina. Reflexiones preliminares”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, año III, n° 6/7, pp. 28-38.
- CERNADAS, Jorge; PITTALUGA, Roberto y TARCUS, Horacio (1998), “La historiografía sobre el Partido Comunista. Un estado de la cuestión”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, año IV, n° 8, otoño-invierno, pp. 30-40.
- CERUSO, Diego (2012), “La izquierda y la organización sindical en el lugar de trabajo, 1920-1940”, en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año I, n° 1, Buenos Aires, septiembre, pp. 81-101.
- COMISIÓN del CC del PC (1947), *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina (Origen y desarrollo del Partido Comunista y del movimiento obrero y popular argentino)*, Buenos Aires, Anteo.
- CORBIÈRE, EMILIO (1974), “Origen del Partido Comunista Argentino”, en *Todo es Historia*, n° 81, Buenos Aires, febrero, pp. 8-27
- CORBIÈRE, Emilio (1974a), “Ida Bondareff de Kantor”, en *Todo es Historia*, n° 81, Buenos Aires, febrero, p. 25.
- CORBIÈRE, Emilio (1984), *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- CORBIÈRE, Emilio (1986), *Los gráficos. Vanguardia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, Sindicato Grafico Argentino.

- DE LUCÍA, Daniel Omar (1997), “La Revolución Rusa como hazaña del progreso. Un imaginario social de la Argentina de entreguerras”, en *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, n° 5, Buenos Aires, octubre. Disponible en: <http://www.herramienta.com.ar/revista-impresa/revista-herramienta-n-5>
- DE LUCÍA, Daniel Omar (2002), “Liberalismo y revolución: los georgistas argentinos y la revolución rusa”, en *II Jornadas de Historia de las Izquierdas*, CeDInCI, Buenos Aires, 11 al 13 de diciembre, edición digital, pp. 2-16.
- DE LUCÍA, Daniel Omar (2002a), “Luz y verdad. La imagen de la revolución rusa en las corrientes espiritualistas”, en *El Catoblepas. Revista crítica del presente*, n° 7, Buenos Aires, septiembre, p. 8. Revista digital disponible en: <http://nodulo.org/ec/2002/n007p08.htm>
- DEL CAMPO, Hugo (1971), *Los anarquistas*, Buenos Aires, CEAL.
- DOESWIJK, Andreas (1998), “Camaleones y cristalizados: los anarco-bolcheviques rioplatenses, 1917-1930”, Tesis de Doctorado, Universidad de Campinas.
- DOESWIJK, Andreas (2008), “Bandera Roja, diario anarco-bolchevique”, en *Políticas de la memoria*, n° 8/9, Buenos Aires, primavera, pp. 261-69.
- ELORZA, Antonio (2004), “Contexto Histórico de la formación del PCE”, en AA.VV., *Contribuciones a la historia del PCE*, Madrid, FIM Fundación de Investigaciones Marxistas, pp. 11-45.
- ETCHENIQUE, Jorge (2011), *Pampa Libre. Anarquistas en la pampa argentina*, Santa Rosa, Fondo Editorial Cooperativo/Editorial Voces.
- FALCÓN, Ricardo (1979). “Lucha de tendencias en los primeros congresos del Partido Obrero Socialista Argentino: 1896-1900”, en *Apuntes*, Ámsterdam, Año I, N° 1, oct-dic..
- FALCÓN, Ricardo (2000), “Militantes, intelectuales e ideas políticas”, en Falcón, Ricardo (dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Nueva Historia Argentina, Tomo VI, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 323-356.
- FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos (1988), “La recepción de la revolución rusa en España (1917-1921)”, en F. Carantoña A. y G. Puente F. (eds.), *La Revolución Rusa, 70 años después*, Actas del 2º Coloquio de Historia Contemporánea, Universidad de León, 11 al 13 de noviembre de 1987, Editorial de la Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, León.
- GARCÍA COSTA, Víctor Oscar (1983), *Un socialismo argentino y para la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 2 Tomos.
- GELI, Patricio (2005), “El Partido Socialista y la II Internacional: la cuestión de las migraciones”, en Camarero, Hernán y Herrera, Carlos Miguel, *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 121-143.
- GILBERT, Isidoro (1994), *El oro de Moscú*, Buenos Aires, Planeta.
- GÓMEZ TOVAR, Luis; GUTIÉRREZ, Ramón y Silvia VÁZQUEZ (1991), *Utopías Libertarias Americanas*, vol. I, Madrid, Fundación Salvador Seguí/Ediciones Tuero.
- HOROWITZ, Irving Louis (comp.) (1982), *Los anarquistas*, 2 Tomos, Madrid, Alianza Editorial, 1982.

- JEIFETS, Víctor (2013), “La derrota de los «Lenins argentinos»: La Internacional Comunista, el Partido Comunista y el movimiento obrero de Argentina, 1919-1922”, en *Pacarina del Sur. Revista de pensamiento crítico latinoamericano*, año 5, n° 17, México, octubre-diciembre. Disp. en: www.pacarinadelsur.com
- KERSFFELD, Daniel (2012), *Rusos y rojos. Judíos comunistas en los tiempos de la Comintern*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- KERSFFELD, Daniel (2013), “El activismo judío en el comunismo de entreguerras. Cinco casos latinoamericanos”, en *Nueva Sociedad*, n° 247, Caracas, septiembre-octubre. En: http://www.nuso.org/upload/articulos/3985_1.pdf
- KOHAN, Néstor (1998), “Romanticismo y anticapitalismo. La recepción de la Revolución Rusa en el pensamiento de José Ingenieros”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, n° 8, Buenos Aires, otoño-invierno, pp. 41-45.
- KOHAN, Néstor (2000), *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, Buenos Aires, Biblos.
- LÓPEZ TRUJILLO, Fernando (s/f. [c. 1997]), “El impacto de la revolución rusa en la Argentina. El debate ideológico en la prensa anarquista”, mimeo inédito.
- LUCENA, Daniela (2007), “Por el hambre en Rusia. Una ofrenda de los artistas argentinos al pueblo de los soviets”, en *Sociedad*, n° 26, Buenos Aires, pp. 63-82.
- LUCENA, Daniela (2007a), “Arte y militancia: encuentros (y desencuentros) entre los artistas y el Partido Comunista Argentino”, en *Ramona. Revista de artes visuales*, n° 74, Buenos Aires, octubre, pp. 44-51.
- LUCENA, Daniela y RISLER, Julia (2005), “Años '20: discusiones y debates en torno al arte y la cultura en publicaciones vinculadas al Partido Comunista Argentino (PCA)”, ponencia en las IX Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, Villa María, Córdoba.
- LUCENA, Daniela y RISLER, Julia (2005), “Una mirada sobre las relaciones entre futurismo y comunismo en los años '20”, ponencia presentada en las X° Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Rosario, 20 al 23 de septiembre.
- LUCENA, Daniela y RISLER, Julia (2005a), “Arte y Cultura en los años '20: discusiones en torno al Partido Comunista”, ponencia en las 3° Jornadas Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones “Gino Germani”, FCS, UBA, 29 y 30 de septiembre.
- MARTÍNEZ MAZZOLA, Ricardo (2005), “De *El Obrero* a la *Humanidad Nueva*. El papel de la prensa en la formación del socialismo en la Argentina (1890-1910)”, Seminario Regional “La Prensa alternativa. Diarios, revistas y panfletos en América Latina, 1890-1958”, Buenos Aires, UBA/UNSAM/Sephis, septiembre.
- MARTÍNEZ MAZZOLA, Ricardo (2005), “Sindicalismo y Socialismo. El Partido Socialista y el movimiento obrero en la década del 900”, ponencia presentada en las X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, UNR, Rosario.
- OBERTI, Alejandra (2011), “Género, política y violencia. Vida cotidiana y militancia en los años '60 y '70”, Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

- ODDONE, Jacinto (1934), *Historia del socialismo argentino*, Buenos Aires, La Vanguardia, 2 Tomos.
- ORIOLO, Jordán (1994), *Antiesbozo de la historia del Partido Comunista (1918-1928)*, 2 tomos, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- OVED, Iacov (1978), *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo XXI.
- PITTALUGA, Roberto (2000), “La recepción de la revolución rusa en el anarquismo argentino”, tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- PITTALUGA, Roberto (2000a), “Un imaginario utópico-restaurador en el anarquismo de la Argentina”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, nº 11/12, primavera, pp. 74-77.
- PITTALUGA, Roberto (2000b), “Recepciones de la revolución rusa: el caso de los anarco-bolcheviques”, Primeras Jornadas de Historia de las Izquierdas, Buenos Aires, Ce.D.In.C.I., edición digital.
- PITTALUGA, Roberto (2001), “Los significados del comunismo o la lucha por el nombre”, en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 6, nº 17, Buenos Aires, diciembre, pp. 93-104.
- PITTALUGA, Roberto (2002), “Lecturas anarquistas de la revolución rusa”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, nº 6, pp. 179-188.
- PITTALUGA, Roberto (2002a), “De profetas a demonios: recepciones anarquistas de la revolución rusa. Argentina, 1917-1924”, en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, nº 11/12, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, primer y segundo semestre, pp. 69-98.
- PITTALUGA, Roberto (2008), “La revolución rusa: algunas recepciones en Argentina”, en ADAMOVSKY, Ezequiel; BAÑA, Martín y FONTANA, Pablo (eds.), *Octubre Rojo. La Revolución rusa noventa años después*, Buenos Aires, Libros del Rojas, pp. 95-126.
- PITTALUGA, Roberto (2012), “Dolor y revolución: Alejandro Castiñeiras y la literatura rusa”, Buenos Aires, mimeo.
- PLÁ, Alberto J. (1986-87), “El Partido Comunista de Argentina (1918-1928) y la Internacional Comunista”, en *Anuario*, 12, 2ª época, Rosario, UNR, pp. 339-363.
- QUESADA, Fernando (1974), “La Protesta: una longeva voz libertaria”, en *Todo es Historia*, nº 82, marzo de 1974 y nº 83, abril.
- RAMOS, Jorge Abelardo (1962), *El Partido Comunista en la política argentina. Su historia y su crítica*, Buenos Aires, Coyoacán.
- ROSSI, Luis Alejandro (1999), “Los proyectos intelectuales de José Ingenieros desde 1915 a 1925: la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina”, en José Ingenieros y Aníbal Ponce (dir.), *Revista de Filosofía. Cultura-Ciencias-Educación. 1912-1929*, Bernal, UNQUI.
- SAÍTTA, Sylvia (2007), *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*, Buenos Aires, FCE.

- SAÍTTA, Sylvia (2008), “Intelectuales argentinos en la Unión Soviética”, en ADAMOVSKY, Ezequiel; BAÑA, Martín y FONTANA, Pablo (2008), *Octubre rojo. La revolución rusa noventa años después*, Buenos Aires, Libros del Rojas, pp. 79-93.
- SARLO, Beatriz (1988), “La revolución como fundamento”, en *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, pp. 121-153.
- SILVA, Horacio Ricardo (2011), *Días rojos, verano negro. Enero de 1919, la Semana Trágica de Buenos Aires*, Buenos Aires, Libros de Anarres/Terramar Ediciones.
- SOLOMONOFF, Jorge (1988), *Ideologías del movimiento obrero y conflicto social*, Buenos Aires, Tupac.
- SURIANO, Juan (1995), “Ideas y prácticas “políticas” del anarquismo argentino”, en *Entrepasados. Revista de Historia*, Año V, N° 8, Buenos Aires.
- SURIANO, Juan (2001), *Anarquistas: cultura y política libertaria en Buenos Aires (1890-1910)*, Buenos Aires, Manantial.
- SURIANO, JUAN (2005), *Auge y caída del anarquismo. Argentina, 1880-1930*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- TARCUS, Horacio (1997), “Insurrexit. Revista Universitaria (1920-1921)”, en *Lote*, n° 8, diciembre.
- TARCUS, Horacio (2000), “Historia de una pasión revolucionaria. Hipólito Etchebere y Mika Feldman. De la reforma universitaria a la guerra civil española”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, Buenos Aires, primavera, pp. 39-51.
- TARCUS, Horacio (2007), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1918-1976)*, Buenos Aires, Emecé.
- TARCUS, Horacio (2007a), *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- TERÁN, Oscar (1986), “José Ingenieros o la voluntad de saber” en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogo, pp. 51-83.

2. 2. Bibliografía sobre la revolución en Rusia

- ADAMOVSKY, Ezequiel (comp.) (1997), *Octubre hoy*, Buenos Aires, El cielo por asalto.
- ADAMOVSKY, Ezequiel (2008), “Mitos y realidades de la Revolución rusa” en ADAMOVSKY, Ezequiel; BAÑA, Martín y FONTANA, Pablo (eds.), *Octubre Rojo. La Revolución rusa noventa años después*, Buenos Aires, Libros del Rojas, pp. 9-35.
- ADAMOVSKY, Ezequiel; BAÑA, Martín y FONTANA, Pablo (2008), *Octubre rojo. La revolución rusa noventa años después*, Buenos Aires, Libros del Rojas.
- ARCHINOFF, Pedro (1973), *Guerrillas en la revolución rusa*, Buenos Aires, Proyección.
- AVRICH, Paul (1973), *Kronstadt 1921*, Buenos Aires, Proyección.

- BLACKBURN, Robin (ed.) (1993), *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*, Barcelona, Crítica.
- BROUÉ, Pierre, *Révolution en Allemagne (1917-1923)*, Paris, Les Éditions de Minuit, 1971.
- BUCK-MORSS, Susan (2004), *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste*, Madrid, La balsa de la Medusa.
- CARLETON, Gregory (2005), *Sexual Revolution in Bolshevnik Russia*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- CARR, Edward H. (1985), *1917. Antes y después (La revolución rusa)*, Madrid, Sarpe.
- CARR, Edward H. (1985), *La Revolución Bolchevique (1917-1923)*, Madrid, Alianza, 3 tomos.
- CARR, Edward H. (1997), *La revolución rusa. De Lenin a Stalin, 1917-1929*, Madrid, Alianza.
- DEUTSCHER, Isaac, *La revolución inconclusa (Rusia 1917-1967)*, Buenos Aires, Abraxas, 1973.
- FERRO, Marc (1975), *La Revolución de 1917 (la caída del zarismo y los orígenes de Octubre)*, Barcelona, Laia.
- FIGES, Orlando y KOLONITSKII (2001), *Interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*, Valencia, Biblioteca Nueva/Universitat de València.
- FITZPATRICK, Sheila (1977), *Lunacharski y la organización soviética de la Educación y de las artes (1917-1921)*, Madrid, Siglo XXI.
- FITZPATRICK, Sheila (2005), *La Revolución Rusa*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- HESSE, José (1971), *Breve historia del teatro soviético*, Madrid, Alianza.
- HILL, Christopher, *La Revolución Rusa*, Barcelona, Ariel, 1985.
- KAGARLITSKY, Boris (2005), *Los intelectuales y el estado soviético. De 1917 al presente*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- LEHNING, Arthur (1935), *Estado y marxismo*, Buenos Aires, Imán.
- LEHNING, Arthur (2004), *Marxismo y anarquismo en la revolución rusa*, Buenos Aires, Utopía Libertaria.
- LENIN, V. I. (1981), “El Estado y la revolución. La doctrina marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución”, Obras escogidas, Tomo 2, Moscú, Progreso, pp. 289-386.
- LENIN, V. I. (1981), “Las tareas del proletariado en la presente revolución”, en Obras escogidas, Tomo 2, Moscú, Progreso, pp. 33-37.
- LO GATTO, Ettore (1972), *La literatura rusa moderna*, Buenos Aires, Losada.
- LO GATTO, Ettore (1973), *La literatura ruso-soviética*, Buenos Aires, Losada.
- LORENZ, Richard, “La Unión Soviética (1917-1941)”, en Goehrke, C. et. al., *Rusia*, México, Siglo XXI, 1992.
- MALÉVICH, Kazimir (1996), *Escritos*, Madrid, Síntesis. Trad.: Miguel Etayo.

- MANDEL, E., NOVE, A. y ELSON, D. (1992), *La crisis de la Economía Soviética y el debate Mercado/Planificación*, Buenos Aires, Imago Mundi.
- NOVE, Alec (1973), *Historia económica de la Unión Soviética*, Madrid, Alianza.
- PETRUSCHANSKY, Hugo (2008), “Las vanguardias estéticas y el arte en la revolución rusa”, en ADAMOVSKY, Ezequiel; BAÑA, Martín y FONTANA, Pablo (2008), *Octubre rojo. La revolución rusa noventa años después*, Buenos Aires, Libros del Rojas, pp. 57-77.
- POKROVSKI, Mikhail N. (1977), *Historia de Rusia*, Madrid, Akal.
- SERGE, Víctor (2008), *Memorias de un revolucionario*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- SERGE, Víctor (2011), *El año I de la revolución rusa*, Buenos Aires, RyR.
- SHMELEV, Anatol (1999), “The Revolution Turns Eighty: New Literature on the Russian Revolution and its Aftermath”, en *Contemporary European History*, 8, 1, pp. 127-139, Cambridge University Press.
- STRADA, Vittorio (1980), *Tradizione e Rivoluzione nella letteratura russa*, Torino, Einaudi.
- SUNY, Ronald G. (1997), “Revising the old story: the 1917 revolution in light of new sources”, en Cambridge Books Online, Cambridge University Press, 2010 [1997].
- TROTSKY, León (1971), “Problemas de la vida cotidiana”, en *El nuevo curso. Problemas de la vida cotidiana*, Cuadernos de Pasado y Presente, n° 27, Buenos Aires, Pasado y Presente, pp. 165-232.
- TROTSKY, León (1985), *Historia de la revolución rusa*, Madrid, Sarpe, 2 tomos.
- VOLIN (1977), *La revolución desconocida (1917-1921)*, Buenos Aires, Proyección.
- von GELDERN, James (1993), *Bolshevik Festivals, 1917-1920*, Berkeley/Los Ángeles/London, University of California Press.
- WALICKI, Andrzej (1971), *Populismo y marxismo en Rusia*, Barcelona, Estela.
- ZDROJEWSKI, Luciano et. al. (2006), “Tiempo de insurgencia. Experiencias comunistas en la revolución rusa”, Buenos Aires, Producción Colectiva, 2006.

2. 3. Bibliografía específica sobre el período relacionada al tema de investigación

- ABRAHAM, Carlos (2012), *La editorial Tor. Medio siglo de libros populares*, Buenos Aires, Tren en movimiento.
- ADAMS, W.P. (1979), *Los Estados Unidos de América*, Madrid, Historia Universal Siglo XXI.
- ADELMAN, Jeremy (1993), “State and Labour in Argentina: the Portworkers of Buenos Aires, 1910-1921”, en *Journal of Latin American Studies*, n° 25.
- ANSALDI, Waldo (1993), “¿Un caso de nomenclaturas equivocadas? Los partidos políticos después de la ley Sáenz Peña, 1916-1930”, en Ansaldo, Waldo;

- Pucciarelli, Alfredo y J.C.Villarruel (eds.); *Argentina en la paz de dos guerras 1914-1945*, Buenos Aires, Biblos.
- ANSALDI, Waldo; PUCCIARELLI, Alfredo y J.C.VILLARRUEL (eds.) (1993), *Argentina en la paz de dos guerras 1914-1945*, Buenos Aires, Biblos.
- ARMUS, Diego, (comp.) (1990), *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires, Sudamericana.
- BABINI, Nicolás (1967), “La Semana Trágica. Pesadilla de una siesta de verano”, en *Todo es Historia*, Año I, N° 5, Septiembre.
- BABINI, Nicolás (1967), “La Semana Trágica. Pesadilla de una siesta de verano”, en *Todo es Historia*, Año I, N° 5, Buenos Aires, septiembre.
- BARRANCOS, Dora (1991), *Educación, cultura y trabajadores (1890-1930)*, Buenos Aires, CEAL.
- BARRANCOS, Dora (1996), *La escena iluminada. Ciencias para los trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires, Plus Ultra.
- BAYER, Osvaldo (1974), *Los vengadores de la Patagonia Trágica*, 3 tomos, Buenos Aires, Galerna.
- BILSKY, Edgardo et. al. (1986), *El movimiento obrero judío en la Argentina*, Buenos Aires, Centro de Documentación e Información sobre Judaísmo Argentino Mark Turkow, (AMIA) Bibliografía Temática sobre Judaísmo Argentino.
- BILSKY, Edgardo J. (1984), *La Semana Trágica*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- BORRERO, José Maria (1928), *La patagonia Trágica*, Buenos Aires, Kraft.
- BOTANA, Natalio (1977), *El orden conservador*, Buenos Aires, Sudamericana.
- CERNADAS, Jorge (1996/97), “La ilusión de un pasado”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, año III, n° 5, verano.
- DI TELLA, Guido y ZYMELMAN, M. (1973), *Etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, Paidós.
- DORFMAN, Adolfo (1942), *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, Escuela de Estudios Argentinos.
- ENTIN Gabriel y YUJNOVSKY, Inés (2005): “Discurso político y formación de la opinión pública: un relato fotográfico de la Semana Trágica”, en *Revista Ojos Cruelles*, Nro 2, Buenos Aires, septiembre 2005
- FALCÓN, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, CEAL.
- FALCÓN, Ricardo (1986), *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- FALCÓN, Ricardo (1986/87), “Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912)”, en *Anuario*, n° 12, Rosario.
- FALCÓN, Ricardo (dir.) (2000), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Nueva Historia Argentina, Tomo VI, Buenos Aires, Sudamericana.

- FALCÓN, Ricardo y MONSERRAT, Alejandra (1998), “Una vez más la Semana Trágica: estado de la cuestión y propuesta de discusión”, en *Cuadernos del CIESAL*, n° 4, Rosario.
- FALCÓN, Ricardo y MONSERRAT, Alejandra (2000), “Estado, empresas, trabajadores y sindicatos”, en Falcón, Ricardo (dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Nueva Historia Argentina, Tomo VI, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 151-194.
- FODOR, Jorge y Arturo O’CONNELL (1973), “La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX”, en *Desarrollo Económico*, vol. 13, N°49, abril-junio.
- GARCÍA COSTA, Víctor (2005), “Manuel Gleizer. El último romántico de los editores”, elarcadigital. Publicación semanal de la Caja de Ahorro y Seguro S. A., n° 94, Buenos Aires, enero. www.elarcadigital.com.ar/modules/revistadigital/pdf.php?id=769
- GODIO, Julio (1985 [1972]), *La Semana Trágica de enero de 1919*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- GUTIÉRREZ, Leandro y Luis A. ROMERO (1995), *Sectores populares. Cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (1987), “¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)”, en Halperin Donghi, Tulio, *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (1987a), “Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)”, en Halperin Donghi, Tulio, *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio (2000), *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino, tomo IV, Buenos Aires, Ariel.
- HOBSBAWM, Eric (1987), *La era del Imperio (1875-1914)*, Barcelona, Labor.
- HOBSBAWM, Eric (1995), *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica.
- JASINSKI, Alejandro (2013), *Revuelta obrera y masacre en La Forestal. Sindicalización y violencia empresaria en tiempos de Yrigoyen*, Buenos Aires, Biblos.
- LOBATO, Mirta Zaida (2001), *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires, Prometeo/Entrepasados.
- LOBATO, Mirta Zaida y SURIANO, Juan (2003), *La protesta social en la Argentina*, Buenos Aires, FCE.
- LÓPEZ, Antonio (1987), *La FORA en el movimiento obrero*, 2 tomos, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- LVOVICH, Daniel (2003), *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Vergara.
- MAROTTA, Sebastián (1960), *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo*, tomo I, Buenos Aires, Lacio.

- MAROTTA, Sebastián (1961), *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo*, tomo II, Buenos Aires, Lacio.
- MAROTTA, Sebastián (1970), *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo*, tomo III, La Plata, Calomino.
- McGEE DEUTSCH, Sandra (2003), *Contrarrevolución en Argentina, 1900-1932: la Liga Patriótica Argentina*, Bernal, UNQ.
- MUSTAPIC, Ana María (1984), “Los conflictos institucionales durante el primer gobierno radical (1916-1922)”, *Desarrollo Económico*, vol. 24, n° 93, abril-junio.
- ODDONE, Jacinto (1949), *Gremialismo proletario argentino*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- PANETTIERI, José (1968), *Los trabajadores*, Buenos Aires, Jorge Alvarez.
- PIANETTO, Ofelia (1984), “Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina (1890-1922)”, en *Desarrollo Económico*, vol. 24, n° 94, Buenos Aires, julio-septiembre.
- PLOTKIN, Mariano Ben (1985), “Política, educación y nacionalismo en el Centenario”, en *Todo es Historia*, n° 221, setiembre, pp. 64-79.
- PUCCIARELLI, Alfredo (1993), “Conservadores, radicales e yrigoyenistas. Un modelo (hipotético) de hegemonía compartida”, en Ansaldo, Waldo; Pucciarelli, Alfredo y J.C.Villarruel (eds.); *Argentina en la paz de dos guerras 1914-1945*, Buenos Aires, Biblos.
- PUIGGRÓS, Rodolfo (1986), *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Tomo I, Buenos Aires, Hyspamérica.
- RAPALO, María Ester (2012), *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria (1918-1930)*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- ROCK, David (1971-72), “Lucha civil en la Argentina. La Semana Trágica de enero de 1919” en *Desarrollo Económico*, vol. 11; n° 42-44, julio 1971-marzo 1972, pp. 211-212.
- ROCK, David (1972), “La Semana Trágica y los usos de la historia”, en *Desarrollo Económico*, vol. 12, n° 45, abril-junio, pp. 185-191.
- ROCK, David (1977), *El radicalismo argentino 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu.
- ROMERO, José Luis (1987), *El desarrollo de la ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Biblioteca Actual.
- ROMERO, José Luis (1991), *Las ideas políticas en Argentina*, Buenos Aires, FCE.
- ROMERO, José Luis y ROMERO, Luis Alberto (1983), *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, tomo II, Buenos Aires, Abril.
- ROMERO, Luis A.(1994), *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, FCE.
- ROMERO, Luis Alberto (1990), “Buenos Aires en la entreguerra: libros baratos y cultura de los sectores populares”, en Armus, Diego (comp.), *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires, Sudamericana.

- ROUQUIÉ, Alain (1983), *Poder militar y sociedad política en Argentina*, Buenos Aires, Emecé.
- SÁBATO, Jorge (1991), *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*, Buenos Aires, CISEA-Imago Mundi.
- SARLO, Beatriz (1988), *Una modernidad periférica. Buenos Aires, 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- SIDICARO, Ricardo (1993), *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana.
- SOLBERG, Carl (1975), “Descontento rural y política agraria en la Argentina, 1912-1930”, en M. Giménez Zapiola (comp.), *El régimen oligárquico*, Buenos Aires, Amorrortu.
- SPALDING, Hobart (1970), *La clase trabajadora argentina: documentos para su historia (1890-1912)*, Buenos Aires, Galerna.
- SURIANO, Juan (1983), *La huelga de los inquilinos de 1907*, Buenos Aires, CEAL.
- SURIANO, JUAN (comp.) (2000), *La cuestión social en Argentina (1870-1943)*, Buenos Aires, La colmena.
- TRONCOSO, Oscar (1983), *Fundadores del gremialismo obrero*, 2 tomos, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- VIDAL, Gardenia (2000), “El avance del poder clerical y el conservadorismo político en Córdoba durante la década del '20”, ponencia en Latin American Studies Association, Hyatt Regency Miami, 16 a 18 de marzo. Disponible en <http://lasa.international.pitt.edu/Lasa2000/Vidal.pdf> (última consulta: 12 de mayo de 2013).
- VIGUERA, Aníbal (1991), “Participación electoral y prácticas políticas en los sectores populares en Buenos Aires, 1912-1922”, en *Entrepasados. Revista de Historia*, año I, n° 1, fines.
- VILLANUEVA, Javier (1972), “El origen de la industrialización argentina”, en *Desarrollo Económico*, Vol.12, N°47, Octubre-Setiembre.
- VIÑAS, David (1971), *De los montoneros a los anarquistas*, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor.
- VIÑAS, David (1995 [1964]), *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Sudamericana.
- ZIMMERMANN, Eduardo (1995), *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana/Universidad de San Andrés.
- VECI, María (1993), “El fantasma del maximalismo. La conflictividad obrera rural en Córdoba, 1919-1921”, en W. Ansaldi (comp.), *Conflictos obrero-rurales pampeanos (1900-1937)*, Buenos Aires, CEAL.

2. 4. Bibliografía teórica e historiográfica

- ABENSOUR, Miguel (1998), *La democracia contra el Estado*, Colihue.

- AGAMBEN, Giorgio (2001), *Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- AGAMBEN, Giorgio (2003), *Medios sin fin*, Madrid, Editorial Nacional.
- AGAMBEN, Giorgio (2004), *Estado de excepción*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- AGAMBEN, Giorgio (2006), *La comunidad que viene*, Valencia, Pre-textos.
- ANDERSON, Perry (1984), “La historia de los partidos comunistas”, en R. SAMUEL (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, pp. 150-165.
- ANDERSON, Perry (1985), *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Madrid, Siglo XXI.
- ANKERSMIT, F. R. (2004), *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, México, FCE.
- ANSART, Pierre (1993), “Ideologías, conflictos y poder”, en Eduardo Colombo, *El imaginario social*, Nordan/Altamira, Buenos Aires/Montevideo.
- ARENDT, Hannah (1967), *Sobre la revolución*, Madrid, Revista de Occidente.
- ARENDT, Hannah (2008), *De la historia a la acción*, Buenos Aires, Paidós.
- BACZKO, Bronislaw (1999), *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- BADIOU, Alan (2005), *El siglo*, Buenos Aires, Manantial.
- BAGÚ, Sergio (1970), *Tiempo, realidad social y conocimiento*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- BENJAMIN, Walter (1986), *Sobre el programa de la filosofía futura*, Barcelona, Planeta-Agostini.
- BENJAMIN, Walter (1992), *Cuadros de un pensamiento*, Buenos Aires, Imago Mundi.
- BENJAMIN, Walter (1995 [1940]), “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, Walter, *La dialéctica en suspenso*, Santiago de Chile, Arcis-LOM.
- BENJAMIN, Walter (1999 [1921]), *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Madrid, Taurus.
- BENJAMIN, Walter (1999), *Sobre algunos temas en Baudelaire*, Buenos Aires, Leviatán.
- BENJAMIN, Walter (2002), *Paris. Capitale du XIXe Siècle. Le livre des passages*, Paris, Les Éditions du CERF.
- BENVENISTE, Émile (1974 [1959]), “Las relaciones temporales en el verbo francés”, en *Problèmes de linguistique générale I*, Paris, Galimard.
- BIBLIA, La, Antiguo y nuevo testamento, Antigua versión de Casiodoro de Reina revisada por Cipriano de Valera (1569), (1602) y cotejada posteriormente con diversas traducciones, y con los textos hebreo y griego, Nueva York, Sociedades Bíblicas Unidas, s/f.
- BLACKBURN, Robin y LANZARDO, Darío (1978), *Teoría marxista de la revolución proletaria*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.
- BLOCH, Marc (1957), *Introducción a la historia*, México, FCE.

- BOURDIEU, Pierre (1981), “Le représentation politique. Eléments pour une théorie du champ politique”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 36-37, febr.-mar.
- BOURDIEU, Pierre (1983), *Campo del poder y campo intelectual*, Folios.
- BUCK-MORSS, Susan (2005), *Walter Benjamin, escritor revolucionario*, Buenos Aires, Interzona.
- CASTORIADIS, Cornelius (1998), *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*, Eudeba.
- CASTORIADIS, Cornelius (2007) *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets.
- COLOMBO, Eduardo (1993), *El imaginario social*, Nordan/Altamira, Buenos Aires/Montevideo.
- CHARTIER, Roger (1992), “El mundo como representación”, en Chartier, Roger, *El mundo como Representación. Historia Cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, pp. 45-62.
- de CERTEAU, Michel (1993), *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana.
- DECOUFLÉ, André (1968), *Sociología de las revoluciones*, Buenos Aires, Proteo.
- DELACROIX, Christian (2010), “Genealogía de una noción”, en Delacroix, Christian; Dosse, François y García, Patrick, *Historicidades*, Buenos Aires, Waldhuter, pp. 31-50.
- DELACROIX, Christian; DOSSE, François y GARCÍA, Patrick (2010), *Historicidades*, Buenos Aires, Waldhuter.
- DIDI-HUBERMAN, Georges (2006), *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- ELEY, Geoff (2003), *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica.
- FERNÁNDEZ de CASTRO, Ignacio (1966), *Teoría sobre la revolución*, Madrid, Taurus.
- FOUCAULT, Michel (1991), *Arqueología del saber*, México, Siglo XXI.
- FURET, François (1992), *Marx y la Revolución Francesa*, México, FCE.
- GINZBURG, Carlo (1991), *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik.
- GINZBURG, Carlo (2008), “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, en *Mitos, emblemas, indicios*, Barcelona, Gedisa, pp. 185-239.
- GINZBURG, Carlo (2010), *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Buenos Aires, FCE.
- GRÜNER, Eduardo (1997), *Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia*, Buenos Aires, Colihue.
- HARTOG, François (2007), *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, México, Universidad Iberoamericana.
- HARTOG, François (2010), “Sobre la noción de régimen de historicidad. Entrevista con François Hartog”, en Delacroix, Christian; Dosse, François y García, Patrick, *Historicidades*, Buenos Aires, Waldhuter, pp. 145-163.

- HAUPT, Georges (1986), *El historiador y el movimiento social*, Madrid, Siglo XXI.
- HOBBSAWM, Eric (1990 [1986]), “La revolución”, en Roy Porter y Mikulás Teich (eds.), *La revolución en la Historia*, Barcelona, Crítica, pp. 16-70.
- HOBBSAWM, Eric (1998), *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica.
- INDIJ, Guido (ed.) (2008), *Sobre el tiempo*, Buenos Aires, La Marca editora.
- JAMESON, Fredric (2000), *Las semillas del tiempo*, Madrid, Trotta.
- JAMESON, Fredric (1995), *Imaginario y simbólico en Lacan*, El Cielo por Asalto.
- JAY, Martin (2003), *Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*, Buenos Aires, Paidós.
- KOSELLECK, Reinhart (1993), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós.
- KOSELLECK, Reinhart (2001), *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós.
- KOSELLECK, Reinhart (2012), *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Trotta.
- KRACAUER, Siegfried (2010), “Ahasverus o el enigma del tiempo”, en *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las Cuarenta, pp. 173-194.
- LA CAPRA, Dominick (1998), “Repensar la historia intelectual y escribir textos”, en Palti, Elías José, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Bernal, UNQ, pp. 237-293.
- LENK, Kurt (1978), *Teorías de la revolución*, Barcelona, Anagrama.
- LEVI, GIOVANNI (1995), “Entrevista a Giovanni Levi”, en *Estudios Sociales. Revista universitaria semestral*, año V, n° 9, Santa Fe, 2° semestre, pp. 111-124.
- LÖWY, Michael (1972), *La teoría de la revolución en el joven Marx*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- MANNHEIM, Karl (1993); *Ideología y Utopía*, México, FCE.
- MAREK, Franz (1967), *Filosofía della rivoluzione. Contributo a un'antologia delle teorie della rivoluzione*, Roma, Riuniti.
- MARX, K. y ENGELS, F.. (1974), *Obras escogidas*, 3 tomos, Moscú, Progreso.
- MARX, Karl (1968), *Crítica de la Filosofía del derecho de Hegel*, Ediciones Nuevas.
- MARX, Karl (1981), *Miseria de la filosofía*, México, Siglo XXI.
- MARX, Karl (1997), *Manuscritos*, Barcelona, Alianza.
- NEGRI, Antonio (1991), “John M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el '29”, en *El Cielo por Asalto*, año I, n° 2, otoño.
- NEGRI, Antonio (2004), *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Madrid, Libertarias.
- ONCINA COVES, Faustino (2009), *Historia conceptual, Ilustración y Modernidad*, Barcelona, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana (México).
- OSBORNE, Peter (1995), *The Politics of Time: Modernity and Avant-Garde*, London, Verso.

- PALTI, Elías José (1998), *Giro lingüístico e historia intelectual*, Bernal, UNQ.
- PALTI, Elías José (2001), “Tiempo, modernidad e irreversibilidad temporal”, en *Aporías. Tiempo, Modernidad, Historia, Sujeto, Nación, Ley*, Buenos Aires, Alianza, pp. 21-81.
- PALTI, Elías José (2004), “Koselleck y la idea de *Sattelzeit*. Un debate sobre modernidad y temporalidad”, en *Ayer*, n° 53, (1), pp. 63-74.
- PALTI, Elías José (2007), *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- RANCIÈRE, Jacques (1993), *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- RANCIÈRE, Jacques (1996), *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- RANCIÈRE, Jacques (2005), *El inconsciente estético*, Buenos Aires, del estante.
- RANCIÈRE, Jacques (2011), *El tiempo de la igualdad. Diálogos sobre política y estética*, Barcelona, Herder.
- RANCIÈRE, Jacques (2013), *Figuras de la historia*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- REVEL, Jacques (2005), *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial.
- RICCIARDI, Maurizio (2003), *Revolución. Léxico de política*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- RICŒUR, Paul (1999), *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós.
- RICŒUR, Paul (2000), *Tiempo y narración*, 3 vols., Siglo XXI.
- RICŒUR, Paul (2004), *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires, FCE.
- RICŒUR, Paul (2006), *Del texto a la acción*, Buenos Aires, FCE.
- SAHLINS, Marshall (2008), *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, Barcelona, Gedisa.
- SAMUEL, Raphael (ed.) (1984), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica.
- SARTORI, Giovanni (2002), *Elementos de teoría política*, Madrid, Alianza.
- SAZBÓN, José (2009), “Dos caras del marxismo inglés. El intercambio Thompson-Anderson”, en Sazbón, José, *Nietzsche en Francia*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 207-260.
- SAZBÓN, José (2010), “¿Para qué estudiar la Revolución Francesa?”, en Cernadas, Jorge y Lvovich, Daniel, *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta*, Buenos Aires, UNGS/Prometeo Libros, pp. 165-181.
- SAZBÓN, José y otros (1993-94), “Dossier E.P. Thompson y la historiografía marxista inglesa”, en *El cielo por asalto*, Año III, N 6, Buenos Aires, verano.
- SCAVINO, Dardo (2009), *El señor, el amante y el poeta. Notas sobre la perennidad de la metafísica*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- SCAVINO, Dardo (2012), *Rebeldes y confabulados. Narraciones de la política argentina*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.

- SCHMITT, Carl (1985 [1921]), *La dictadura*, Madrid, Alianza.
- SERMA ARANGO, Julián (2009), *Somos tiempo. Crítica a la simplificación del tiempo en Occidente*, Barcelona, Anthropos.
- SEWELL, Jr., William H. (1992), “Los artesanos, los obreros de las fábricas y la formación de la clase obrera francesa”, en *Historia Social*, nº 12, Valencia, Invierno, pp. 119-140.
- SKOCPOL, Theda, *El Estado y las revoluciones sociales*, México, FCE, 1984.
- THOMPSON, E. P. (1977), *La formación histórica de las clase obrera inglesa*, Madrid, Laia.
- VERÓN, Eliseo (1987), “La palabra adversativa”, en AA.VV., *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Hachette.
- VERÓN, Eliseo (1991), “Pour avec finir avec la communication”, en *Reseaux*, nº 46/47, marzo-abril.
- VERÓN, Eliseo (1996), *La semiosis social*, Barcelona, Gedisa.
- WILLIAMS, Raymond (1980), *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península.
- ŽIŽEK, Slavoj (2011), *El más sublime de los histéricos*, Buenos Aires, Paidós.

Anexo bibliográfico

Artículos consultados en revistas y periódicos

- A. A. (1925), “Reseña al drama de Moisés Kantor «Lenin»”, en *Revista de Oriente*, n° 4, Buenos Aires, octubre.
- A. R. (1926), “La Nueva Rusia, por Julio Álvarez del Vayo”, en *Revista de Oriente*, Buenos Aires, n° 9/10, septiembre, p. 21.
- AA.VV. (1919), “Los sindicatos en Rusia. El soviet de los sindicatos de Rusia al proletariado de la Entente”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 1.
- AA.VV. (1919a), “La revolución rusa. El acto del viernes”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 22 de noviembre, pp. 1-2.
- AA.VV. (1923), “Los anarquistas y la revolución rusa”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 15 de septiembre, p. 1.
- Abad de Santillán, Diego (1919), “El remedio wilsoniano”, en *Tribuna Proletaria*, n° 20, Buenos Aires, 20 de agosto, pp. 1-2.
- Abad de Santillán, Diego (1921), “La nueva perspectiva del pensamiento revolucionario”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 2.
- Abad de Santillán, Diego (1921a), “El espejismo de la violencia regimentada y la tesis federalista de la revolución”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 23 de octubre, p. 3.
- Abad de Santillán, Diego (1921b), “La propaganda «revolucionaria» ante los problemas de la transformación social”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 30 de octubre, p. 2.
- Abad de Santillán, Diego (1921c), “La medida y la expresión de nuestras fuerzas revolucionarias”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 6 de noviembre, p. 1.
- Abad de Santillán, Diego (1921d), “Las páginas de la historia. La preocupación capital de los bolcheviquis”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de diciembre, p. 2.
- Abad de Santillán, Diego (1924), “Breviario de la contrarreacción”, en *La Protesta. Suplemento Semanal*, n° 110, Buenos Aires, 25 de febrero, pp. 2 y 3.
- Abad de Santillán, Diego (1927), “La Protesta. Su historia, sus diversas fases y su significación en el movimiento anarquista de América del Sur”, en *Certamen Internacional de “La Protesta”*, Buenos Aires, La Protesta.
- Abelardo, Juan (1922), “Nuestra solidaridad para con los obreros de Rusia”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 28 de enero, p. 1.
- Abramson, B. (1926), “Las nuevas costumbres y formas de vida en la Unión Soviética”, en *Los pensadores*, n° 117, Buenos Aires, enero.
- Acha, José M. (1918), “Cuestión palpitante”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de enero, p. 2.
- Aines, Froilán (1922), “La revolución rusa. Reflexiones y consideraciones”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 2 de noviembre, p. 1.
- Albion (1918), “La encuesta de *La Batalla*. Mi opinión”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 1° de enero, p. 3.

- Alday, José (1917), “Los anarquistas y la revolución social”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de diciembre, p. 2.
- Alomar, Gabriel (1920), “El mito de moda ¿Qué opino del bolchevismo?”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de marzo, pp. 2-3.
- Álvarez del Vayo, Julio (1920), “El Partido Comunista Alemán. Una entrevista con Otto Kuehle”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, nº 11, Buenos Aires, agosto, p. 349-51.
- Álvarez del Vayo, Julio (1924), “Las reservas del bolsheviquismo”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año II, nº 12, Buenos Aires, diciembre, p. 8.
- Álvarez del Vayo, Julio (1926), “La conquista política del campo en la Rusia de los Soviets”, en *Crítica Social*, nº 25, 30 de septiembre, pp. 14-15.
- Amor, Julio (1918), “Sobre una encuesta. ¿Revolución o ilusión?”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 4 de enero, pp. 2-3.
- Amor, Julio (1918a), “Sobre una encuesta. ¿Revolución o ilusión? Conclusión”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 5 de enero, pp. 2-3.
- Anderson Nexø, Martin (1925), “Proletariado y Arte”, en *Revista de Oriente*, nº 4, Buenos Aires, pp. 24-25.
- Andrade, Juan (1922), “La posición anarquista. Del sectarismo a la contrarrevolución”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 18 de agosto, pp. 3-4.
- Antillí, Teodoro (1919), “La III Internacional y el Partido Comunista”, en *Tribuna Proletaria*, nº 27, Buenos Aires, 28 de agosto, pp.1-2.
- Antillí, Teodoro (1919a), “La III Internacional y el Partido Comunista”, segunda parte, en *Tribuna Proletaria*, nº 28, Buenos Aires, 29 de agosto, pp.1-2.
- Antillí, Teodoro (1919b), “Crónicas Internacionales. La Rusia de los Soviets y el pueblo ruso. Artículo de Gorki y algunas consideraciones nuestras”, en *Tribuna Proletaria*, nº 39, Buenos Aires, 11 de septiembre, pp. 1-2.
- Antillí, T. (1919c), “Crónicas Internacionales. Portugal. Sindicato o Soviet”, en *Tribuna Proletaria*, nº 14, Buenos Aires, 13 de agosto, p. 1.
- Aranovich, Demetrio (1917), “La revolución rusa”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1º de mayo, p. 19.
- Aranovich, Demetrio (1918), “El ensayo maximalista en Rusia”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 7 de agosto, p. 3.
- Aranovitch, D. (1929), “El Teatro Ruso Contemporáneo”, en Resnik, A., *Teatro revolucionario de la Rusia Soviética*, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 53-62.
- Araquistain, Luis (1917), “Revisión de conceptos. La revolución blanca”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 23 de agosto, p. 3.
- Araquistain, Luis (1920), “En Italia. El contralor obrero”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 4 de diciembre, p. 4.
- Arcos, Renato (1919), “En la República de los Soviets. Una entrevista con Pablo Birukoff”, I, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 31 de julio, p. 1.
- Arcos, Renato (1919a), “En la República de los Soviets. Una entrevista con Pablo Birukoff”, II, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1º de agosto, p. 1.
- Arcos, Renato (1919b), “En la República de los Soviets. Una entrevista con Pablo Birukoff”, III, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 2 de agosto, p. 1.

- Arcos, Renato (1919c), “En la República de los Soviets. Una entrevista con Pablo Birukoff”, IV, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 3 de agosto, p. 1.
- Arcos, Renato (1919d), “En la República de los Soviets. Una entrevista con Pablo Birukoff”, V, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 4 de agosto, p. 1.
- Argón (1921), “El comunismo anárquico y los planes soviéticos”, en AA. VV., *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia*, Buenos Aires, Argonauta, pp. 38-53.
- Arraga, Julio (1928), “Los Sindicalistas Revolucionarios y la Revolución Rusa”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, p. 93.
- Arsky, R. (1920), “El control obrero en Rusia”, en *Documentos del progreso*, n° 23, Buenos Aires, 1° de julio, pp. 7-10.
- Astrada, Carlos (1921), “El Renacimiento del Mito”, en *Cuasimodo*, n° 20, Buenos Aires, 2° decena de mayo, pp. 1-2.
- Astudillo, A. (1920), “El colectivismo en Rusia”, en *Insurrexit. Revista Universitaria*, n° 4, Buenos Aires, 9 de diciembre, pp. 14-15.
- Barcos, Julio R. (1921), “Entre los míos”, en *Cuasimodo*, n° 14, Buenos Aires, 4 de abril, pp. 10-11.
- Barcos, Julio R. (1921a), “Entre los míos”, en *Cuasimodo*, n° 16, Buenos Aires, 3° decena de abril, pp. 9-11.
- Barcos, Julio R. (1921b), “Vuestros hijos necesitan escuelas sin dogmas oficiales. primer Soviet de la Educación”, en *Cuasimodo*, n° 17, Buenos Aires, 1° decena de mayo, pp. 6-7.
- Barreda Lynch, Julio (1924), “La glorificación de Lenin”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año II, n° 2, Buenos Aires, febrero, p. 8.
- Barreiro, José P. (1920), “Parlamentarismo y soviétismo”, en *Claridad. Revista quincenal socialista de crítica, literatura y arte*, n° 6, Buenos Aires, 1° de mayo, pp. 17-19.
- Barreiro, José P. (1921), “El Partido Socialista y la Tercera Internacional”, en *Germinal. Publicaciones mensuales*, año II, n° 3, Buenos Aires, enero, pp. 89-92.
- Barrenechea, Mariano (1922), “Reflexiones sobre la revolución mundial”, en *Revista de Filosofía*, n° 5, Buenos Aires, septiembre, pp. 220-40.
- Barreto, Francisco L. (1924), “Siete años de obra revolucionaria en Rusia. 1917-1924”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año II, n° 12, Buenos Aires, diciembre, p. 4.
- Barthe, F. (1919), “Anarquismo. Sindicalismo. Bolchevismo”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 6 de noviembre, p. 3.
- Bases, Palmiro (1922), “La dictadura del proletariado”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 7 de abril, p. 2.
- Bee, Elel (1920), “Las cooperativas rusas y los Soviets”, primera parte, en *Documentos del progreso*, n° 23, Buenos Aires, 1° de julio, pp. 6-7.
- Bee, Elel (1920a), “Las cooperativas rusas y los Soviets”, conclusión, en *Documentos del progreso*, n° 24, Buenos Aires, 15 de julio, pp. 8-10.
- Beggino, Juana María (1918), “Ha llegado la hora...”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 13 de noviembre, p. 1.

- Bek, Roustam (1921), “El Teatro en Petrogrado”, primera parte, en *La Internacional. Suplemento*, nº 8, Buenos Aires, 2 de octubre, pp. 4-5.
- Bek, Roustam (1921a), “El Teatro en Petrogrado”, continuación, en *La Internacional. Suplemento*, nº 9, Buenos Aires, 9 de octubre, pp. 6-7.
- Belucci, José (1920), “Dictadura, democracia y anarquía”, en *El Libertario*, nº 10, Buenos Aires, 14 de agosto, pp. 6-7.
- Bello, J. (1918), “¡Rusia!”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 8 de marzo, p. 2.
- Berkman, Alejandro (1920), “Carta a M. E. Picherhold”, en Rocker, R.; Goldman, E.; Berkman, A.; Kropotkin, P. et al., “¿Soviet o dictadura?”, Buenos Aires, Argonauta, pp. 17-18.
- Bernal, Alfonso (1923), “Absolvo te, Rusia”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año I, nº 10, Buenos Aires, noviembre, p. 1.
- Besio Moreno, N. [Nicolás] (1922), “Altos conceptos educativos en la nueva Rusia”, en *Revista de Filosofía*, nº 2, Buenos Aires, marzo, pp. 259-292.
- Biagotti, Gabriel (1917), “Encuesta de *La Batalla*. Mi opinión”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 28 de diciembre, p. 2.
- Biagotti, Gabriel (1918), “Maximalismo en Rusia”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 16 de enero, pp. 1-2.
- Biagotti, Gabriel (1918a), “La revolución rusa”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 24 de marzo, p. 3.
- Biagiotti, Gabriel (1919), “El maximalismo y los anarquistas”, en *Tribuna Proletaria*, nº 44, Buenos Aires, 17 de septiembre, p. 2.
- Biagotti, Gabriel (1919a), “Anarquismo, revolución y dictadura”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 2 de diciembre, pp. 1-2.
- Biagotti, Gabriel (1921), “Dictadura legislada, no. Predominación revolucionaria”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de octubre, pp. 3-4.
- Bianchi, Alfredo A. (1921), “El Partido Socialista y la Tercera Internacional”, en *Germinal. Publicaciones mensuales*, año II, nº 3, Buenos Aires, enero, pp. 87-88.
- Bianchi, Leandro R. (1918), “La revolución rusa”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 1º de mayo, p. 8.
- Bilbao, Juan (1928), “XI Aniversario de la Revolución Rusa. Pese a la burguesía y sus lacayos el régimen soviético se afianza y se consolida”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, p. 65.
- Bilbao, Luis G. (1917), “Salutación a un sol naciente”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 15 de abril, p. 5.
- Birukof, P. (1919), “Un conmovedor llamado de Birukof”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de noviembre, pp. 1-2.
- Bombacci, Nicolás (1921), “Los planes de la nueva organización social”, en AA. VV., *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia*, Buenos Aires, Argonauta, pp. 14-25.
- Bonafoux, Luis (1917), “El caso Kropotkine”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 1º de julio, p. 1.
- Bonafoux, Luis (1918), “Monseñor Trotzky y monseñor Lenin”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 4 de abril, pp. 1-2.
- Bonafoux, Luis (1918a), “El alma rusa”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 7 de abril, p. 1.

- Borda, Simeon (1928), “La revolución rusa. 1917-1928”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 38-41.
- Borges, Jorge Luis (1921), “Rusia”, en *Cuasimodo*, n° 27, Buenos Aires, 1ª quincena de diciembre, p. 14.
- Borges, Jorge Luis (1921a), “Guardia Roja”, en *Cuasimodo*, n° 27, Buenos Aires, 1ª quincena de diciembre, p. 14.
- Borobio, José (1920), “De la actualidad Europea. La revolución rusa”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 13 de enero, pp. 2-3.
- Bosio, Bartolomé (1922), “¿Incapacidad para interpretar la realidad social?”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 29 de septiembre, p. 1.
- Bosio, Bartolomé (1928), “Un aspecto de la vida de las usinas y fábricas de la Rusia Soviética”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 66-82.
- Bovin, U. (1921), “Del servicio médico soviético”, en *Documentos del progreso*, n° 35, Buenos Aires, 1º de enero, pp. 9-10.
- Brailsford, H. N. (1919), “El orden comunista en Hungría”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 11 de julio, p. 2.
- Brailsford, H. N. (1919a), “El orden comunista en Hungría”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 2 de agosto, pp. 3-4.
- Bravo, Mario (1920), “La revolución rusa y la constitución de la república federativa de los soviets”, en *Tribuna Socialista. Primer semanario socialista de Sudamérica*, n° XXI, Buenos Aires, 31 de mayo, p. 5.
- Bravo, Mario (1920a), “La revolución rusa y la constitución de la república federativa de los soviets”, en *Tribuna Socialista. Primer semanario socialista de Sudamérica*, n° XXII, Buenos Aires, 7 de junio, p. 10.
- Bravo, Mario (1920b), “La revolución rusa y la constitución de la república federativa de los soviets”, en *Tribuna Socialista. Primer semanario socialista de Sudamérica*, n° XXIII, Buenos Aires, 14 de junio, pp. 11-12.
- Brocha, Fabio L. (1918), “Encuesta de *La Batalla*. Opinando”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 4 de enero, p. 3.
- Brodsky, Gregorio (1922), “Cómo vive la clase obrera”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 7 de septiembre, p. 4.
- Bruno, Severo (1918), “La revolución rusa y su influencia moral”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 17 de febrero, p.2.
- B.T. (1922), “El proletariado internacional y la ayuda al pueblo ruso. I”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 12 de diciembre, p. 1.
- B.T. (1922a), “El proletariado internacional y la ayuda al pueblo ruso. II”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 13 de diciembre, p. 1.
- Bukharin, N. (1922), “La concepción marxista del Estado”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 12 de agosto, p. 4.
- Bunge, Augusto (1918), “La guerra moribunda”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1º de enero, p. 3.
- Bunge, Augusto (1918a), “La guerra moribunda II”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 2-3 de enero, p. 3.
- Bunge, Augusto (1918b), “La guerra moribunda III”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 4 de enero, p. 3.

- Bunge, Augusto (1918c), “La guerra a la paz”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 6 de enero, p. 2.
- Bunge, Augusto (1919), “Espartacos y Bolshevicks”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 30 de abril y 1º de mayo, p. 13.
- Bunge, Augusto (1920), “El primer código de una gran revolución y sus transacciones. La nueva constitución alemana”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1º de enero, p. 13.
- Butterfly (1923), “La situación de la mujer en la Rusia soviética”, entrevistas a Franciso Pintos, en *La Internacional*, Buenos Aires, 18 de febrero, p. 2.
- Caballero, E. R. (1917), “Sobre la revolución social. La encuesta de *La Batalla*”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 25 de diciembre, p. 3.
- Cachin, Marcel (1920), “La cooperación en Rusia”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 28 de noviembre, p. 2. Reproducido de *L'Humanité*.
- Calandrelli, Alcides (1922), “Prólogo al *Código Bolchevique del Matrimonio*”, Buenos Aires, Tor.
- Canale, Domingo (1928), “La Unión Soviética y su retroceso”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 55-56.
- Canosa, F. R. (1919), “Ser o no ser”, en *Bandera Roja. Diario de la mañana*, nº 29, Buenos Aires, 29 de abril, p. 2.
- Caplansky, S. (1917), “Conferencias. Significado de la revolución rusa”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1º de julio, p. 4.
- Cappa, Arturo (1922), “El arte y la revolución”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 23 de abril, pp. 2-3.
- Cartey, Guido A. (1917), “De «La revolución rusa». Asamblea en el Ateneo Popular”, extractos de los discursos pronunciados en Unione e Benevolenza el 23 de marzo, *Humanidad Nueva*, X, Buenos Aires, pp. 46-48.
- Castelnuovo, Elías (1919), “Los bárbaros están a las puertas de Petrogrado”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de octubre, p. 2.
- Castiñeiras, Alejandro (1917), “Antecedentes de la Revolución Rusa”, en *Revista Socialista*, nº 1, Buenos Aires, agosto, pp. 8-10.
- Castiñeiras, Alejandro (1923), “El mesianismo del pueblo ruso”, en *Revista de Filosofía*, nº 1, Buenos Aires, enero, pp. 76-88.
- Cero (1921), “Crónica Europea. Para *Vía Libre*”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, nº 20, Buenos Aires, mayo, pp. 249-52.
- Coca, Joaquín (1920), “Socialismo y sindicalismo. La tesis de la tercera internacional”, en *Tribuna Socialista. Primer semanario socialista de Sudamérica*, nº XX, Buenos Aires, 24 de mayo, pp. 4-5.
- Coca, Joaquín (1920a), “El Partido Socialista y el Sindicato Obrero”, en *Tribuna Socialista. Primer semanario socialista de Sudamérica*, nº XXII, Buenos Aires, 7 de junio, pp. 3-4.
- Comentario de Alonso, Hilario (1922), “Los causantes del hambre en Rusia”, en *Revista de Filosofía*, nº 6, Buenos Aires, noviembre, p. 463. Orig. revista *España Nueva*, La Habana, nº 32, 1922.
- Comité de Agitación Pro-maximalista (1918), “A los soldados y a los obreros”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de enero, pp. 1-2.
- Contreras, Miguel y Penelón, José (1924), “Asistiendo a un mitin de homenaje a Lenin. En Moscú”, en *La Internacional*, Buenos Aires, p. 2.

- Grané, Walter (1920), “El maximalismo y los artistas”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 5, Buenos Aires, febrero, pp. 136-39.
- de la Calle, Isidoro (1917), “Los anarquistas de Rusia. Actitud que se les atribuye”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 1° de abril, p. 2.
- de Schloezer, Boris (1925), “Las corrientes de la música rusa contemporánea”, en *Revista de Oriente*, n° 4, Buenos Aires, octubre, pp. 32-33.
- de Tomaso, Antonio (1919a), “En la Rusia que dominan los bolshevikis. I”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 11 de mayo, pp. 1. Reeditado en de Tomaso (1919), *La Internacional y la revolución*, pp. 7-42.
- de Tomaso, Antonio (1919d), “En la Rusia que dominan los bolshevikis. II”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 12 de mayo, pp. 1. Reeditado en de Tomaso (1919), *La Internacional y la revolución*, pp. 7-42.
- de Tomaso, Antonio (1919e), “En la Rusia que dominan los bolshevikis. III”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 13 de mayo, pp. 1. Reeditado en de Tomaso (1919), *La Internacional y la revolución*, pp. 7-42.
- de Tomaso, Antonio (1919f), “La revolución alemana y la táctica socialista. I”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 7 de junio, p. 1. Reeditado en de Tomaso (1919), *La Internacional y la revolución*, pp. 73-86.
- de Tomaso, Antonio (1919g), “La revolución alemana y la táctica socialista. II”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 8 de junio, p. 1. Reeditado en de Tomaso (1919), *La Internacional y la revolución*, pp. 73-86.
- de Tomaso, Antonio (1920), “La revolución rusa, el bolshevikismo y la Tercera Internacional”, primera parte, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 20 de septiembre, pp. 2 y 4.
- de Tomaso, Antonio (1920a), “La revolución rusa, el bolshevikismo y la Tercera Internacional”, segunda parte, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 21 de septiembre, p. 4.
- de Tomaso, Antonio (1920b), “La revolución rusa, el bolshevikismo y la Tercera Internacional”, tercera parte, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 23 de septiembre, p. 4.
- del Río, Joaquín (1918), “¡Viva Rusia!”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 3 de febrero, p. 2.
- del Valle Iberlucea, Enrique (1917), “La revolución de Rusia”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 18 de marzo, p. 1.
- del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1917]), “La revolución de Rusia”, en del Valle Iberlucea, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Claridad, pp. 27-31.
- del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1917a]), “¿Qué pasa en Rusia?”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 25 de marzo, en del Valle Iberlucea, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Claridad, pp. 33-37.
- del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1920]), “La declaración de derechos de la República Rusa”, en del Valle Iberlucea, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Claridad, pp. 38-48.
- del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1920a]), “La doctrina socialista y los consejos obreros”, en del Valle Iberlucea, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Claridad, pp. 49-92.
- del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1920b]), “Proyecto de Consejo Económico del Trabajo” y “Fundamentación del proyecto de creación del Consejo Económico del Trabajo”, en del Valle Iberlucea, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Claridad, pp. 93-102.

- del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1920c]), “La revolucion triunfará”, en del Valle Iberlucea, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Claridad, pp. 103-104.
- del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1920d]), “El seguro contra la desocupación en la Rusia Soviética”, en del Valle Iberlucea, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Claridad, pp. 105-108.
- del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1920e]), “El Partido Socialista y la Tercera Internacional”, en del Valle Iberlucea, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Claridad, pp. 109-144.
- del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1921]), “Una entrevista”, en del Valle Iberlucea, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Claridad, pp. 145-147.
- del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1921a]), “El Congreso de Bahía Blanca”, en del Valle Iberlucea, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Claridad, pp. 148-155.
- del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1921b]), “Un proceso inicuo”, en del Valle Iberlucea, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Claridad, pp. 156-160.
- del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1921c]), “La libertad de pensar. Mi desaforo. Discursos pronunciados en las sesiones del Senado de la Nación, de fechas 25 y 26 de julio de 1921”, en del Valle Iberlucea, Enrique, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Claridad, pp. 161-231.
- del Valle Iberlucea, Enrique (1934 [1921d]), “El último discurso”, en del Valle Iberlucea, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Claridad, pp. 233-234.
- Dell, Floyd (1920), “Un arte para el pueblo”, en *Revista de Filosofía*, n° 4, Buenos Aires, julio, pp. 133-136.
- Di Filippo, Luis (1921), “El Sindicalismo como finalidad social inmediata”, en *Cuasimodo*, n° 21, Buenos Aires, 19 de julio, pp. 22-23.
- Diana (1918), “La nueva encuesta”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 15 de febrero, p. 3.
- Diana (1918a), “La nueva encuesta. Conclusión”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 16 de febrero, pp. 3-4.
- Díaz Arana, Juan José (1927), “La situación del capital extranjero en Rusia”, en *Crítica Social*, n° 31, Buenos Aires, 31 de marzo, pp. 8-10.
- Dickmann, Enrique (1917), “Democracia y lucha de clases”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 20 de octubre, p. 1.
- Dickmann, Enrique (1918), “Hacia el futuro”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1° de mayo, p. 7.
- Dickmann, Enrique (1918a), “Paz justa y generosa”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 7 de enero.
- Dickmann, Enrique (1918b), “¿Paz revolucionaria?”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 5 de enero.
- Dickmann, Enrique (1919), “Prólogo” a de Tomaso, Antonio, *La revolución rusa y la verdad del Maximalismo*, Buenos Aires, Marinoni, pp. I-V.
- Dickmann, Enrique (1920), “¿Qué debemos hacer?”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 28 de junio, pp. 1-2.
- Dickmann, Enrique (1924), “Tiempos heroicos”, en *Los pensadores*, año III, n° 82, Buenos Aires, marzo.
- Domingo, Marcelino (1920), “La revolución rusa. Desde España”, en *Vía Libre. publicación mensual de crítica social*, n° 14, Buenos Aires, noviembre, pp. 37-43.

- Duklsky, Marcos (1917), “La revolución rusa”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de diciembre, p. 2.
- Ehrembourg, Elie [Ilia Ehrenburg] (1922), “El arte en Rusia”, en *Suplemento de La Protesta*, Buenos Aires, 10 de agosto, pp. 6-7.
- Escalante, R. (1920), “El Congreso de la FORA (Comunista). Pequeños y grandes problemas. Comentarios a la orden del día”, en *Nuevos Caminos*, n° 5, Avellaneda, 20 de septiembre, pp. 1-2.
- Evarique (1918), “¿Para cuándo, pues?”, en *La Rebelión. Periódico decenal anarquista*, año V, n° 44, Campana, 22 de febrero, p. 1.
- Fabbri, Luis (1921a), “Sindicalismo y Anarquismo. El movimiento obrero en una encrucijada. Reformismo o revolución”, en *Cuasimodo*, n° 22, Buenos Aires, 1° decena de septiembre, pp. 15-16.
- Fabbri, Luis (1921b), “La Organización”, en *Cuasimodo*, n° 22, Buenos Aires, 1° decena de septiembre, pp. 18-21.
- Faure, Sebastián (1921), “La opinión de Sebastián Faure sobre la Revolución Rusa”, en *Cuasimodo*, n° 24, Buenos Aires, 1° quincena de octubre, pp. 21-22.
- Faure, Sebastián (1922), “Opiniones sobre la revolución rusa”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 27 de enero, p. 3.
- Federación Obrera Rusa de Sudamérica (1919), “Sobre Rusia”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 6.
- Fingerit, Julio (1923), “Prólogo del traductor”, en Goldschmidt, Alfonso, *Moscú: diario de un viaje a la Rusia soviética*, Buenos Aires, Manuel Gleyzer.
- Fontanella, Ricardo (1920), “Cómo están haciendo bolchevique las conferencias antimaximalistas del compañero Antonio de Tomaso”, en *Tribuna Socialista. Primer semanario socialista de Sudamérica*, n° XXI, Buenos Aires, 31 de mayo, pp. 2-3
- Fraina, Luis C. (1920), “La revolución francesa y la revolución rusa” en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 10, Buenos Aires, julio, pp. 309-11.
- G. B. (1921), “Noticias y documentos sobre Kropotkin”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 6 de septiembre, p. 3.
- G. B. (1921a), “Noticias y documentos sobre Kropotkin”, segunda parte, en *La Protesta*, Buenos Aires, 7 de septiembre, p. 3.
- G. B. (1921b), “Noticias y documentos sobre Kropotkin”, tercera parte, en *La Protesta*, Buenos Aires, 8 de septiembre, p. 3.
- G. B. (1921c), “Noticias y documentos sobre Kropotkin”, cuarta parte, en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de septiembre, p. 3.
- G. B. (1921d), “Noticias y documentos sobre Kropotkin”, quinta parte, en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de septiembre, p. 3.
- G. B. (1921e), “Noticias y documentos sobre Kropotkin”, sexta parte, en *La Protesta*, Buenos Aires, 11 de septiembre, p. 3.
- G. B. (1921f), “Noticias y documentos sobre Kropotkin”, conclusión, en *La Protesta*, Buenos Aires, 13 de septiembre, p. 3.
- Galli, Américo (1918), “Contestando la encuesta”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 3 de enero, pp. 2-3.
- García, Martín S. (1928), “La revolución proletaria”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 42-46.

- García, V. (1921), “Colaboración europea. Para *Vía Libre*”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 17, Buenos Aires, febrero, pp. 157-60.
- García Cortés, M. (1920), “El oportunismo de los comunistas rusos”, en *Tribuna Socialista. Primer semanario socialista de Sudamérica*, n° XXIII, Buenos Aires, 14 de junio, pp. 7-8.
- García Thomas, Enrique (1919), “La dictadura del proletariado. La actitud de los anarquistas. ¿Nos solidarizamos con los fines de la revolución rusa o los repudiamos?”, en *Tribuna Proletaria*, n° 42, Buenos Aires, 14 de septiembre, p. 2.
- García Thomas, Enrique (1919a), “La dictadura del proletariado. La actitud de los anarquistas. ¿Nos solidarizamos con los fines de la revolución rusa o los repudiamos?”, conclusión, en *Tribuna Proletaria*, n° 43, Buenos Aires, 16 de septiembre, p. 2.
- García Thomas, Enrique (1921), “La revolución y la naturaleza. Conceptos falsos”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 19, Buenos Aires, abril, pp. 198-200.
- García Thomas, [Enrique] (1921a), “Tópicos”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 22, Buenos Aires, julio, pp. 304-06.
- Garino, M. (1921), “La concepción comunista anárquica de los consejos de fábrica”, en AA. VV., *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia*, Buenos Aires, Argonauta, pp. 67-75.
- Ghioldi, Rodolfo (1921), “A propósito de los grupos comunistas”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 12 de febrero, p. 2.
- Ghioldi, Rodolfo J. (1921a), “Correspondencia de Trieste. De nuestro delegado a la III Internacional”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 18 de junio, pp. 1-2.
- Ghioldi, Rodolfo (1921b), “De Viena. De nuestro delegado a la III Internacional. La situación austriaca”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 2 de julio, pp. 1-2.
- Ghioldi, Rodolfo J. (1921c), “Algunas consideraciones sobre la situación política. De nuestro delegado a la III Internacional”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 16 de julio, pp. 1-2.
- Ghioldi, Rodolfo (1921d), “El viaje”, en *La Internacional. Suplemento*, n° 1, Buenos Aires, 15 de agosto, pp. 1-3.
- Ghioldi, Rodolfo (1921e), “Un sábado comunista de los delegados extranjeros”, en *La Internacional. Suplemento*, n° 9, Buenos Aires, 9 de octubre, pp. 2-3.
- Ghioldi, Rodolfo (1921f), “El sindicato de los obreros ferroviarios”, en *La Internacional. Suplemento*, n° 11, Buenos Aires, 23 de octubre, pp.8-9.
- Ghioldi, Rodolfo J. (1922), *Impresiones de la Rusia de los Soviets*, entrevista, en *Revista de Filosofía*, n° 1, Buenos Aires, enero, pp. 142-45. Publicado originalmente en *La Internacional*, Buenos Aires, 26 de noviembre de 1921.
- Ghioldi, Rodolfo (1922a), “La Nueva Política Económica de Rusia”, primera parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 5 de febrero, p. 1.
- Ghioldi, Rodolfo (1922b), “La Nueva Política Económica de Rusia”, segunda parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 6/7 de febrero, p. 6.
- Ghioldi, Rodolfo (1922c), “La Nueva Política Económica de Rusia”, tercera parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 8 de febrero, pp. 3-4.
- Ghioldi, Rodolfo (1922d), “La Dictadura del Proletariado y la clase”, primera parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 28 de junio, p. 4.

- Ghioldi, Rodolfo (1922e), “La Dictadura del Proletariado y la clase”, segunda parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 29 de junio, p. 4.
- Ghioldi, Rodolfo (1923), “Discrepando”, primera parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 15 de julio, pp. 1 y 4.
- Ghioldi, Rodolfo (1923a), “Discrepando”, segunda parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 16/17 de julio, p. 2.
- Giusti, Roberto F. (1921), “El Partido Socialista y la Tercera Internacional”, en *Germinal. Publicaciones mensuales*, año II, n° 3, Buenos Aires, enero, pp. 74-81.
- Giusti, Roberto F. (1924), “Lenin, hombre extraordinario, creador de valores, conductor de pueblos, no morirá”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año II, n° 2, Buenos Aires, febrero, p. 3. Entrevista a Roberto Giusti reproducida de *Crítica*.
- Glevob, A. (1922), “Los sindicatos rusos y la revolución”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 9 de febrero, pp. 4-5.
- Glevob, A. (1922a), “Los sindicatos rusos y la revolución”, segunda parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 13/14 de febrero, p. 5.
- Glevob, A. (1922b), “Los sindicatos rusos y la revolución”, conclusión, en *La Internacional*, Buenos Aires, 15 de febrero, p. 4.
- Godonneche, V. (1922), “Los trabajadores del libro en la Rusia Roja”, primera parte, Buenos Aires, 5 de abril, p. 3.
- Godonneche, V. (1922a), “Los trabajadores del libro en la Rusia Roja”, segunda parte, Buenos Aires, 6 de abril, p. 3.
- Goldman, Emma (1920), “Carta a Frank Harris”, Petrogrado, 29 de enero, en Rocker, R.; Goldman, E.; Berkman, A.; Kropotkin, P. et al., “¿Soviet o dictadura?”, Buenos Aires, Argonauta, pp. 14-16.
- Goldman, Emma (1920a), “Carta a Comyns”, Petrogrado, 29 de enero, en Rocker, R.; Goldman, E.; Berkman, A.; Kropotkin, P. et al., “¿Soviet o dictadura?”, Buenos Aires, Argonauta, pp. 16-17.
- Goldschmidt, Alfonso (1921), “Moscú. 1° de mayo de 1920”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 1° de mayo, p. 3. Trad.: M. Iaroschewsky [Mijail Yaroshevsky].
- Goldschmidt, Alfonso (1924), “La teoría soviética: Marx y Lenin”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 7 de noviembre, p. 10.
- Gonçalves, Antonio (1921), “El gran problema del Proletariado Argentino”, en *Cuasimodo*, n° 21, Buenos Aires, 19 de julio, pp. 10-11.
- Gonçalves, Antonio (1921a), “La Sindical Internacional Roja”, en *Cuasimodo*, n° 24, Buenos Aires, 1° quincena de octubre, pp. 12-13.
- González, Julián (1920), “De polémica. La Federación Sindical Internacional roja”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 27 de octubre, p. 6.
- González, Julio V. (1924), “Lenin”, en *Revista de Filosofía*, n° 4, Buenos Aires, julio, pp. 81-91.
- González, Teófilo (1921), “Nuestros adversarios y la revolución rusa”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 6 de mayo, pp. 2-3.
- Goode, W. T. (1920), “La conscripción industrial en Rusia”, en *Documentos del progreso*, n° 18, Buenos Aires, 15 de abril, pp. 7-8.
- Gorki, Máximo (1919), “En defensa de la Revolución Rusa”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 26 de julio, p. 1.

- Gorki, Máximo (1919a), “El soviét ruso y los pueblos del mundo”, en *Documentos del progreso*, nº 9, Buenos Aires, 15 de diciembre, p. 1.
- Gr. R. (1921), “El primer encuentro de los bolshevikis con los anarquistas”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 18 de noviembre, p. 2.
- Gr. R. (1921a), “El primer encuentro de los bolshevikis con los anarquistas”, conclusión, en *La Protesta*, Buenos Aires, 19 de noviembre, p. 3.
- Gr. R. (1921b), “Los anarquistas y los soviets”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 15 de diciembre, p. 3.
- Gr. R. (1921c), “Las divergencias de opiniones entre los anarquistas rusos”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 18 de diciembre, p. 4.
- Gratacós, Miguel (1920), “Por la F.S.I.R.”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 30 de octubre, p. 3.
- Gratacós, Miguel (1920a), “Por la F.S.I.R.”, segunda parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 28 de noviembre, p. 2.
- Gratacós, Miguel (1920b), “Por la F.S.I.R.”, tercera parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 4 de diciembre, p. 2.
- Gratacós, Miguel (1920c), “Por la F.S.I.R.”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 18 de diciembre, p. 2.
- Greco, Juan (1919), “Dictadura de clase”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 22 de noviembre, p. 2.
- Greco, Juan (1919a), “Dictadura de clase. II”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 6 de diciembre, p. 2.
- Greco, Juan (1919b), “Dictadura de clase. III”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 20 de diciembre, p. 2.
- Greco, Juan (1920), “El terror blanco en Hungría”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 24 de julio, p. 2.
- Greco, Juan (1920a), “A propósito de la F.S.I.R. I. La unidad”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 2 de octubre, p. 2.
- Greco, Juan (1920b), “A propósito de la F.S.I.R. II. ¿Prescindencia o apolítica?”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 9 de octubre, pp. 2-3.
- Greco, Juan (1920c), “A propósito de la F.S.I.R. IV. La Federación de Moscú”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 23 de octubre, pp. 2-3.
- Greco, Juan (1921), “Los sindicatos y el Partido Comunista”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 12 de febrero, p. 3.
- Greco, Juan (1921a), “Misión de los grupos comunistas I. Su constitución”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 6 de mayo, p. 2.
- Greco, Juan (1921b), “Misión de los grupos comunistas II. Los sindicatos y la lucha de tendencias”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 14 de mayo, p. 2.
- Greco, Juan (1921c), “Misión de los grupos comunistas V. Centralismo o federalismo”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 11 de junio, p. 2.
- Greco, Juan (1921d), “Misión de los grupos comunistas VI. Organización por industrial”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 18 de junio, p. 2.
- Greco, Juan (1921e), “Misión de los grupos comunistas VII. La «burocracia» sindical”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 25 de junio, p. 3.

- Greco, Juan (1921f), “Misión de los grupos comunistas VIII. Error de orientación”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 2 de julio, p. 2.
- Greco, Juan (1921g), “Misión de los grupos comunistas IX. Resumen y conclusión”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 9 de julio, p. 3.
- Greco, Juan y Penelón, José (1922), “Cómo se defiende una revolución”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 6 /7 de noviembre, p. 4.
- Greco, Juan y Penelón, José (1922a), “Una breve estadía en Petrogrado. La vida en la Rusia Roja”, primera parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 22 de noviembre, pp. 1-3.
- Greco, Juan y Penelón, José (1922b), “Una breve estadía en Petrogrado. La vida en la Rusia Roja”, segunda parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 30 de diciembre, pp. 1 y 4.
- Greco, Juan y Penelón, José (1923), “Efectos demográficos de la guerra y de la revolución. La vida en la Rusia Roja”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 31 de enero, p. 4.
- Greco, Juan y Penelón, José (1923a), “Efectos demográficos de la guerra y de la revolución. La vida en la Rusia Roja”, en *La Internacional*, 1 de febrero, p. 4.
- Greco, Juan y Penelón, José (1923b), “‘Su Majestad, la Burocracia. La Vida en la Rusia Roja’”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 2 de febrero, p. 4.
- Greco, Juan y Penelón, José (1923c), “‘Su Majestad, la Burocracia. La Vida en la Rusia Roja’”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 3 de febrero, p. 4.
- Greco, Juan y Penelón, José (1923d), “La bancarrota del capitalismo europeo y la situación de Rusia”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 21 de febrero, pp. 1-2.
- Greco, Juan y Penelón, José (1923e), “La conferencia de los compañeros Penelón y Greco. Impresiones de los delegados argentinos a la Rusia de los Soviets”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 1 de marzo, pp. 1 y 4.
- Greco, Juan y Penelón, José (1923f), “La conferencia de los compañeros Penelón y Greco. Impresiones de los delegados argentinos a la Rusia de los Soviets”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 2 de marzo, pp. 1-2.
- Greco, Juan y Penelón, José (1923g), “La conferencia de los compañeros Penelón y Greco. Impresiones de los delegados argentinos a la Rusia de los Soviets”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 3 de marzo, p. 4.
- Greco, Juan y Penelón, José (1923h), “La conferencia de los compañeros Penelón y Greco. Impresiones de los delegados argentinos a la Rusia de los Soviets”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 4 de marzo, p. 2.
- Greco, Juan y Penelón, José (1923i), “La conferencia de los compañeros Penelón y Greco. Impresiones de los delegados argentinos a la Rusia de los Soviets”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 5/6 de marzo, p. 2.
- Havaux, Arturo (1917), “La crisis rusa y la paz democrática”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 21 de noviembre, p. 1.
- Haya de la Torre, V. R. (1924), “La devoción por Lenin. De un libro en preparación sobre Rusia”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año II, nº 10, Buenos Aires, octubre, p. 3.

- Haya de la Torre (1925), “La prensa grande y la Revolución Rusa (Apuntes para *Renovación*)”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año III, n° 1, Buenos Aires, enero, p. 4.
- Haya de la Torre (1925a), “Algo sobre una nueva juventud. Apuntes de viaje”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año III, n° 4, Buenos Aires, abril, p. 3.
- Hibben, Paxton (1921), “Los descalabros de los imperialistas aliados en el Cercano Oriente. «La gallina de los huevos de oro» o «La codicia rompe el saco»”, en *Cuasimodo*, n° 17, Buenos Aires, 1° decena de mayo, pp. 20-24. Traducido de *The Nation*.
- Holistscher, Arturo (1921), “La verdadera situación de la Rusia soviética”, en *El Trabajo. Diario de la mañana*, n° 8, Buenos Aires, 12 de septiembre, p. 6.
- Hunt, Frazier (1919), “Los campesinos quieren tierra, paz y comodidades”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 13 de julio, p. 1.
- Iaroschewsky, M. [Mijail Yaroshevsky] (1917), “A propósito del proyecto de la ley de colonización”, en *Nosotros*, año XI, n° 93, Buenos Aires, enero, pp. 98-101.
- Iaroschewsky, M. [Mijail Yaroshevsky] (1917a), “La revolución en Rusia”, en *Nosotros*, año XI, n° 95, Buenos Aires, marzo, pp. 289-94.
- Iaroschewsky, M. [Mijail Yaroshevsky] (1917b), “El espíritu de la revolución rusa”, en *La Vanguardia*, 10 de junio, p. 2.
- Iaroschewsky, M. [Mijail Yaroshevsky] (1917c), “La tragedia rusa. Figuras del gobierno maximalista”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 24 de noviembre, p. 2.
- Iaroschewsky, M. [Mijail Yaroshevsky] (1918), “Escenas de la revolución rusa en provincia (con motivo del primer aniversario)”, en *Nosotros*, año 12, n° 108, Buenos Aires, abril, pp. 463-472.
- Iaroschewsky, M. [Mijail Yaroshevsky] (1919), “Estudio sobre la revolución rusa”, en *Documentos del progreso*, n° 6, Buenos Aires, 15 de octubre, pp. 8-14.
- Incógnito (1918), “La revolución rusa. Alrededor de una encuesta”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 5 de febrero, pp. 2-3.
- Incógnito (1918a), “La revolución rusa. Alrededor de una encuesta. Conclusión”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 6 de febrero, p. 2.
- Incógnito (1918b), “La revolución rusa. Alrededor de una encuesta. III”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 8 de febrero, p. 2.
- Incógnito (1918c), “La revolución rusa. Alrededor de una encuesta”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 12 de febrero, pp. 2-3.
- Ingenieros, José (1957 [1918]), “Ideales viejos e ideales nuevos”, en *Los Tiempos Nuevos*, Buenos Aires, Elmer, noviembre, pp. 13-28.
- Ingenieros, José (1957 [1918b]), “La significación histórica del movimiento maximalista”, en *Los Tiempos Nuevos*, Buenos Aires, Elmer, noviembre, pp. 29-42.
- Ingenieros, José (1957 [1919]), “La Internacional del pensamiento”, en *Los Tiempos Nuevos*, Buenos Aires, Elmer, noviembre, pp. 43-50.
- Ingenieros, José (1957 [1920]), “La democracia funcional en Rusia”, en *Los Tiempos Nuevos*, Buenos Aires, Elmer, noviembre, pp. 51-74.
- Ingenieros, José (1957 [1920b]), “La educación integral en Rusia”, en *Los Tiempos Nuevos*, Buenos Aires, Elmer, noviembre, pp. 75-105.

- Ingenieros, José (1957 [1920c]), “Enseñanzas económicas de la revolución rusa”, en *Los Tiempos Nuevos*, Buenos Aires, Elmer, septiembre, pp. 107-134.
- Ingenieros, José (1920d), “De Eliseo Reclús a Romain Rolland”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 12, Buenos Aires, septiembre, pp. 373-76.
- Ingenieros, José (1957 [1920e]), “Las fuerzas morales de la revolución rusa”, en *Los Tiempos Nuevos*, Buenos Aires, Elmer, noviembre, pp. 135-148.
- Iván, S. (1918), “La revolución rusa y los medios legalitarios”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de enero, p. 3.
- Iván, Segundo (1918), “Encuesta de *La Batalla*. Opinando”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 3 de enero, p. 2.
- J. A. [Juan Abelardo] (1921), “Destruir para crear”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 10 de diciembre, p. 2.
- Jarros, Gregorio (1919), “El teatro actual en Rusia”, en *Documentos del progreso*, n° 1, Buenos Aires, 1° de agosto, pp. 9-10.
- Job, Peregrino (1920), “Mirando hacia Rusia”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 21 de febrero, pp. 2-3.
- Justo, Juan B. (1920), “El momento actual del socialismo. Conferencia del diputado Justo”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 12 de abril, pp. 1-2.
- Justo, Juan B. (1920a), “El momento actual del socialismo. Segunda conferencia del diputado Justo”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 19 de abril, pp. 1-2.
- Justo, Juan B. (1920b), “El momento actual del socialismo. Tercera conferencia del diputado Justo”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 10 de mayo, pp. 1-2.
- Justo, Juan B. (1921), “La cuestión agraria. Aspectos de la revolución rusa”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 4 de marzo, pp. 1-2.
- K. P. (1921), “El movimiento anarquista en Rusia. I”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 2 de octubre, p. 3.
- K. P. (1921a), “El movimiento anarquista en Rusia. II”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 4 de octubre, p. 3.
- Kantor, Moisés (1917), “Conferencia pronunciada el 13 de julio de 1917 en el Festival convocado por el Comité «Pro Consejo de obreros y soldados de Rusia Cornelio Thiessen»”, *Humanidad Nueva*, X, Buenos Aires, pp. 170-187.
- Kantor, Moisés (1919), “El problema social y la revolución maximalista en Rusia”, en *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, n° 1, pp. 114-135.
- Kantor, Moisés (1922), “Proletkult”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 6 de enero, p. 3.
- King, Jorge (1917), “Revoluciones”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 18 de diciembre, p. 3.
- Kollar, Iván (1921), “Los cauces de la revolución”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 15 de septiembre, p. 2.
- Kolontay, Alejandra (1920), “La familia y el Estado Comunista”, en *Documentos del progreso*, n° 21, Buenos Aires, 1° de junio, pp. 1-4.
- Kolontay, Alejandra (1921), “La prostitución y la juventud proletaria”, en *Documentos del progreso*, n° 37, Buenos Aires, 1° de febrero, pp. 8-9.
- Konovalov, Aleksandr (1918), “El bolshevikismo. Elementos que lo componen”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 20 de agosto, p. 1.

- Kropotkin, Pedro (1919), “Una carta del compañero Kropotkin”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 28 de noviembre, pp. 1-2.
- Kropotkin, Pedro (1919a), “Una carta de Pedro Kropotkine a Georges Brandes”, en *Documentos del progreso*, n° 9, 1° de diciembre, pp. 4-5.
- Kropotkin, Pedro (1920), “Kropotkine habla a los británicos”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 12, Buenos Aires, septiembre, pp. 368-69.
- Kropotkin, Pedro (1920a), “Llamado a los pueblos occidentales. Contra la intervención capitalistas y contra la dictadura política”, en Rocker, R.; Goldman, E; Berkman, A.; Kropotkin, P. et al., “¿Soviet o dictadura?”, Buenos Aires, Argonauta, pp. 19-23.
- Krúpskaya, N. (1920), “La educación de los adultos en Rusia”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 18 de enero. Reproducido también en *Revista de Filosofía*, n° , Buenos Aires, julio 1920, pp. 116-121.
- Krupskaya Lenin, Nadez (1920a), “Rusia no tendrá más analfabetos”, en *Documentos del progreso*, n° 30, Buenos Aires, 15 de octubre, pp. 8-9.
- Kühn, Augusto (1919), “Finis Coronat opus”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 9 de enero, p. 4.
- Kühn, Augusto (1919a), “Los tratados secretos denunciados por Trotsky. II. Desmembramiento del Imperio Austro-húngaro”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 26 de julio, pp. 1-2.
- A.K.[Augusto Kühn] (1919b), “E pur se muove”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 8 de noviembre, pp. 2-3.
- Larin (1922), “Las capas sociales en la revolución rusa”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 15 de enero, pp. 1 y 6. Reproducido de *Pravda*.
- Lauzet, Luis (1920), “El tercer congreso panruso El movimiento sindical y la 3° internacional”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 17 de julio, p. 3.
- Lauzet, Luis (1920a), “¿Una Federación Sindical Internacional ”Roja”?”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 18 de septiembre, p. 1.
- Lauzet, Luis (1920b), “Más sobre la circular Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 25 de septiembre, p. 2.
- Lauzet, Luis (1920c), “Mantengamos la unidad sindical”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 2 de octubre, p. 1.
- Lauzet, Luis (1920d), “Respuesta necesaria”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 2.
- Lavacchioli, Enrique (1925), “El Teatro de la Revolución”, en *Revista de Oriente*, n° 1, Buenos Aires, junio, pp. 20-21.
- Lazarte, Juan (1921), “Disciplina y libertad”, en *Cuasimodo*, n° 17, 1° decena de mayo, pp. 12-13.
- Lebedev-Poliansky, Pavel (1921), “La Literatura y la Revolución Rusa”, en *Documentos del progreso*, n° 43, Buenos Aires, 1° de mayo, pp. 2-4. Publicado también en *La Internacional. Suplemento*, n° 10, Buenos Aires, 16 de octubre de 1921, pp. 9-11.
- Lenin (1919), “La situación de la república rusa”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 15 de noviembre, p. 1.
- Lenin, Nicolás (1920), “La obra de reconstrucción realizada por los soviets. Democracia y dictadura”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 22 de mayo, p. 1.
- Lenin (1920a), “De Lenin”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 28 de noviembre, p. 1.

- Lenin (1920b), “Del maestro Lenin: la destrucción del parlamentarismo”, *Claridad*, n° 6, 1° de mayo, p. 2.
- Lenin, N. et. al. (1921), “Los sindicatos y el Estado obrero”, en *La Internacional. Suplemento*, n° 12, 30 de octubre, pp. 15-16.
- Leone, Enrique (1921), “El sindicalismo y los planes soviéticos”, en AA. VV., *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia*, Buenos Aires, Argonauta, pp. 36-37.
- Levi, César (1925), “La literatura rusa contemporánea”, en *Los pensadores*, n° 113, Buenos Aires, agosto.
- Levison, André (1922), “La literatura rusa actual”, en *Suplemento de La Protesta*, Buenos Aires, 30 de enero, pp. 3-4.
- Levison, André (1922a), “La literatura rusa bajo la dictadura comunista”, en *Suplemento de La Protesta*, Buenos Aires, 19 de febrero, p. 6.
- Liga de las Sociedades Electorales Independientes de Berlín. Grupo Independiente de los Consejos Obreros de Berlín (1919), “Manifiesto al proletariado universal”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 14 de septiembre, p. 2.
- Locascio, Santiago (1920), “Las ideas de Lenin”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 14, Buenos Aires, noviembre, pp. 44-47.
- Locascio, Santiago (1920a), “Bibliografía”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 14, Buenos Aires, noviembre, p. 64.
- Locascio, Santiago (1921), “Pedro Kropotkin”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 18, Buenos Aires, marzo, pp. 161-64.
- Locascio, Santiago (1921a), “Contestando a la encuesta de Atenas”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 19, Buenos Aires, abril, pp. 195-96.
- Loffredo, Floro J. (1921), “Sobre la verdad de la acción bolchevique”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 17, Buenos Aires, febrero, pp. 153-55.
- López, J. M. (1917), “Rusia libre hoy... como ayer”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 2 de agosto, p. 3.
- López, Luis M. (1919), “La hora actual”, en *Tribuna Proletaria*, n° 34, Buenos Aires, 5 de septiembre, p. 2.
- López, Luis M. (1920), “Las teorías y los hechos”, en *Nuevos Caminos*, n° 5, Avellaneda, 20 de septiembre, pp. 4-5.
- López, Luis M. (1920a), “La concepción del anarquismo en la hora actual”, en *Nuevos Caminos*, n° 6, Avellaneda, octubre, pp. 1-5.
- López, Luis M. (1920b), “La trascendencia de la revolución rusa”, en *Nuevos Caminos*, n° 7, Avellaneda, noviembre, pp. 5-6.
- López, Luis María (1921), “Caracteres de la actual revolución”, en *La Organización Obrera*, Suplemento extraordinario n° 42, Buenos Aires, 1° de mayo, pp. 10-18.
- López Arango, Emilio (1917), “Los valores de la revolución”, en *Alborada*, n° 7, Buenos Aires, 1° de julio, pp. 2-4. Reproducido también en *La Protesta*, Buenos Aires, 6 de julio de 1917, p. 2.
- López Arango, Emilio (1918), “Un panegirista de la revolución rusa”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de mayo, pp. 1-2.
- López Arango, Emilio (1919), “El maximalismo y la guerra. La paz de Versalles”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de octubre, pp. 2-3.

- López Arango, Emilio (1919a), “El «sentido histórico» de la revolución”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de diciembre, pp. 1-2.
- López Arango, Emilio (1919b), “El concepto de la Revolución. Las teorías y los hechos”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 14 de diciembre, pp. 1-2.
- López Arango, Emilio (1919c), “El concepto de la revolución. Simplistas, catastróficos y primitivistas”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 17 de diciembre, p. 2.
- López Arango, Emilio (1920), “Características esenciales de la revolución rusa. Las teorías frente a la realidad de los hechos”, en *Nuevos Caminos*, nº 5, Avellaneda, 20 de septiembre, pp. 7-8.
- López Arango, Emilio (1920a), “El anarquismo”, en *Nuevos Caminos*. Publicación quincenal del Centro Cultural y Artístico “Nuevos Caminos”, año I, nº 6, Avellaneda, octubre, pp. 6-8.
- López Arango, Emilio (1921), “Paradojas de la hora presente. Anarquismo marxista”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 3.
- L’Ordine Nuovo, “Los cimientos de la nueva organización social”, en AA. VV., *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia*, Buenos Aires, Argonauta, pp. 54-66.
- Los Anarquistas de Buenos Aires, “¡Rusia! El programa de los maximalistas”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 8 de enero, p. 1.
- Losovsky, A. (1921), “El P.C. y los sindicatos obreros”, en *La Internacional. Suplemento*, nº 1, Buenos Aires, 15 de agosto, pp. 13-15.
- Losovsky, A. (1922), “Los sindicatos durante el período de la dictadura del proletariado”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 16/17 de enero, pp. 4-5.
- Losovsky, A. (1922a), “De la experiencia del régimen social en Rusia. La derecha y la izquierda critican nuestro retroceso”, en *Bandera Roja*, Buenos Aires, 10 de diciembre, p. 1.
- Lotito, José (1928), “¡Viva Rusia!”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 35-37.
- Lotito, Luis (1928), “Francia y Rusia. Paralelo histórico”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 85-89.
- Louis, Pablo (1917), “Duma”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1º de mayo, p. 19.
- Lucero, Pablo (1920), “Carta abierta”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 2 de octubre, p. 3.
- Luciérnaga, Luciano (1920), “Crónica Internacional”, *Clarín*, Buenos Aires, nº 19, 4 de marzo, p. 6.
- Lunatcharsky, A. V. (1919), “La educación bajo el régimen bolsheviky”, en *Documentos del progreso*, nº 5, 1º de octubre, pp. 1-4. Publicado también como Lunatcharsky, A. (1920), “Primer informe oficial de Lunatcharsky”, en *Revista de Filosofía*, nº 4, Buenos Aires, julio, pp. 100-112.
- Lunatcharsky, Anatole (1919a), “Los tesoros culturales de Rusia”, en *Documentos del progreso*, nº 3, Buenos Aires, 1º de septiembre, pp. 11-12.
- Lunatcharsky, A. (1920), “¿Templo o Taller?”, en *Documentos del progreso*, nº 26, Buenos Aires, 15 de agosto, pp. 1-2.
- Lunatcharsky, Anatolio (1920a), “El Gobierno de los Soviets y la conservación de las obras de las arte”, en *Documentos del progreso*, nº 29, Buenos Aires, 1º de octubre, pp. 2-3.

- Lunatcharsky, A. (1920b), “La Cultura Proletaria y el trabajo cultural de los Soviets”, en *Documentos del progreso*, nº 33, Buenos Aires, 1º de diciembre, pp. 1-2.
- Lunatcharsky, A. et. al. (1921), “Un manifiesto del Bureau Internacional de Cultura Proletaria”, en *Documentos del progreso*, nº 36, Buenos Aires, 15 de enero, pp. 8-9.
- Lunatcharsky, A. (1921a), “La obra del comisariado de educación. Informe enviado al Comité Ejecutivo. Publicado en la “Isvestia” de octubre 5 de 1920”, en *Documentos del progreso*, nº 37, Buenos Aires, 1º de febrero, pp. 1-4.
- Lunatcharsky, A. (1921b), “Repertorio Teatral Revolucionario”, en *La Internacional. Suplemento*, nº 4, Buenos Aires, 5 de septiembre, pp. 5-7.
- Lunatcharsky, A. (1921c), “La Tercera Internacional y los intelectuales”, en *La Internacional. Suplemento*, nº 5, Buenos Aires, 12 de septiembre, pp. 1-4. Reproducido también como “Los intelectuales frente a la revolución mundial”, en *Revista de Filosofía*, nº 6, Buenos Aires, noviembre, pp. 470-477.
- Lunatcharsky, A. (1921d), “El arte en Moscú”, *La Internacional. Suplemento*, nº 7, 26 de septiembre, pp. 10-12. Reproducido luego en *Revista de Filosofía*, nº 6, Buenos Aires, noviembre 1921, pp. 456-460.
- Lunatcharsky, Anatolio (1921e), “La cultura proletaria y el comisariado de Instrucción Pública”, en *La Internacional. Suplemento*, nº 10, Buenos Aires, 16 de octubre, pp. 6-8.
- Lunatcharsky, A. (1925), “La cultura soviética en los últimos siete años”, en *Revista de Oriente*, nº 3, Buenos Aires, agosto, pp. 4-5.
- Luxemburgo, Rosa (1919), “Un discurso de Rosa Luxemburgo en el congreso de Jena (14-20 de septiembre de 1913)”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 1º de marzo, pp. 9-10.
- Luxemburgo, Rosa (1919a), “Cómo entiendo el bolchevismo”, en *Documentos del progreso*, nº 9, Buenos Aires, 15 de diciembre, pp. 3-4. Publicado también en *La Internacional*, 23/24 de enero de 1922, p. 2.
- M. A. M. (1921), “Los anarquistas en Rusia”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 16 de octubre, p. 3.
- Malatesta, Enrique (1920), “La cuestión del reconocimiento oficial del gobierno ruso”, en *El Libertario*, nº 14, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 2.
- Mariátegui, José Carlos (1926), “Alejandro Blok”, en *Revista de Oriente*, nº 6, Buenos Aires, enero, pp. 21-22.
- Márquez Miranda, Fernando (1926), “Rusia y Lenin”, en *Revista de Oriente*, nº 6, Buenos Aires, enero, p. 8.
- Martínez, Pablo (1920), “De polémica. A propósito de la circular Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, 16 de octubre, pp. 2-3.
- Martínez, Pablo (1928), “1917 – Noviembre 7 – 1928. Episodio trascendental de la lucha de clases”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, p. 61.
- Marx, Magdalena (1921), “Para acabar con el Feminismo”, en *Insurrexit. Revista Universitaria*, nº 6, Buenos Aires, febrero, pp. 5-6.
- Masevich, Miguel [Mashevich, Major Semionovich] (1920), “Noticias de Rusia. Una interesante carta del compañero Masevich”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 11 de septiembre, p. 2.
- Masnin, Dmitry (1921), “Del romancero bolsheviki”, en *Documentos del progreso*, nº 45, Buenos Aires, 15 de junio, p. 9.

- Méndez, Rafael (1917), “Sobre la revolución rusa”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 21 de diciembre, p. 3.
- Miasnikoff (1921) “La dictadura del proletariado y las cooperativas”, en *Documentos del progreso*, n° 39, Buenos Aires, 1° de marzo, pp. 3-5.
- Mikailoff, I. (1920), “Un retrato nada antipático de Lenine”, en *Tribuna Socialista. Primer semanario socialista de Sudamérica*, n° XXII, 7 de junio, p. 8.
- Milano, Cándido (1928), “¡Salve!”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 52-54.
- Milioutine, V. (1922), “La nueva experiencia social en Rusia”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 11 de noviembre, p. 1.
- Minor, Robert (1920), “Mi opinión ha variado”, primera parte, en *Insurrexit. Revista Universitaria*, n° 4, Buenos Aires, 9 de diciembre, pp. 15-16.
- Minor, Robert (1921), “Mi opinión ha variado”, conclusión, en *Insurrexit. Revista Universitaria*, n° 6, Buenos Aires, febrero, pp. 12-13.
- Minsky, J. N. (1918), “La ideología de la revolución rusa”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 18 de julio, pp. 3-4.
- Minsky, N. (1918), “La revolución rusa y la guerra”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 4 de octubre, p. 1.
- Misha [Juan Romanof] (1917), “El verdadero significado de la revolución rusa”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 28 de julio, p. 2.
- Misha [Juan Romanof] (1917a), “El verdadero significado de la revolución rusa. Bolsheviki y mensheviki. Maximalistas y minimalistas”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 31 de julio, p. 2.
- Misha [Juan Romanof] (1917b), “El verdadero significado de la revolución rusa. La flamante «ofensiva» rusa y los últimos acontecimientos revolucionarios de Petrograd”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 2 de agosto, p. 2.
- Misha [Juan Romanof] (1917c), “Al margen de los sucesos rusos. No más guerra!”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 11 de agosto, p. 3.
- Misha [Juan Romanof] (1917d), “Al margen de los sucesos rusos. Al otro día del triunfo”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 15 de agosto, p. 3.
- Misha [Juan Romanof] (1917e), “Ecos de la revolución rusa. La voluntad del pueblo no será quebrantada”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de agosto, p. 2.
- Misha [Juan Romanof] (1917f), “Rusia!”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 19 de septiembre, pp. 2-3.
- Misha [Juan Romanof] (1917g), “Rusia!”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 21 de septiembre, p. 3.
- Misha [Juan Romanof] (1917h), “Rusia!”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 13 de noviembre, pp. 2-3.
- Misha [Juan Romanof] (1917i), “Rusia! El terror en masa (Masovoi terror) puesto en práctica triunfa”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 14 de noviembre, p. 2.
- Misha [Juan Romanof] (1917j), “Rusia! El por qué del gobierno provisorio de Kerenski”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 17 de noviembre, pp. 1-2.
- Misha [Juan Romanof] (1917k), “Rusia! Nada de caos. Reina el completo acuerdo”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 25 de noviembre, p. 2.

- Misha [Juan Romanof] (1917l), “¡Rusia! Porqué triunfó el programa máximo en Rusia. Los primeros maximalistas y su importante resolución tomada en la capital de Suiza”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 4 de diciembre, p. 2.
- Misha [Juan Romanof] (1917m), “Rusia. Por la revolución social! La burguesía protesta”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 13 de diciembre, p. 1.
- Misha [Juan Romanof] (1917n), “Rusia. Por la revolución social! Lenin”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 15 de diciembre, pp. 1-2.
- Misha [Juan Romanof] (1917o), “Rusia. Por la revolución social! El armisticio y otras diabluras maximalistas”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 30 de diciembre, pp. 1-2.
- Misha [Juan Romanof] (1918), “Rusia. Por la revolución social! El armisticio y otras diabluras maximalistas. Conclusión”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 1º de enero, pp. 1-2.
- Misha [Juan Romanof] (1918a), “Por la revolución social! Ecos de los acontecimientos rusos”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 24 de enero, pp. 1-2.
- Misha [Juan Romanof] (1918b), “¡Viva el Comunismo Anárquico! El descontento de los incapaces. Conclusión”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 7 de febrero, pp. 1-2.
- Monmousseau (1922), “El sindicalismo ante la revolución”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 1º de diciembre, p. 1.
- Monmousseau (1922a), “El sindicalismo ante la revolución (continuación)”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 2 de diciembre, p. 1.
- Monmousseau (1922b), “El sindicalismo ante la revolución (conclusión)”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 4 de diciembre, p. 1.
- Montemayor, César (1917), “Sobre una encuesta. Lo que urge hacer”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 21 de diciembre, pp. 1-2.
- Moreau, Alicia (1920), “La Familia y la Ley en la Rusia de los Soviets”, en *La Hora*, año I, nº 3, Buenos Aires, 28 de octubre.
- Moreau, Gabriel S. (1922), “Las revoluciones francesa y rusa”, en *Revista de Filosofía*, nº 6, Buenos Aires, noviembre, pp. 390-94.
- Morelli, Luis (1920), “Minimalismo y maximalismo en el socialismo italiano. Las condiciones de Italia y la acción de proletariado”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 11 de septiembre, p. 2.
- Morelli, Luis (1920a), “Minimalismo y maximalismo en el socialismo italiano (continuación)”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 2.
- Morizet, André (1922), “La instrucción pública en Rusia”, en *Revista de Filosofía*, nº 2, Buenos Aires, marzo, pp. 318-20.
- Mouchet, Enrique (1921), “El Partido Socialista y la Tercera Internacional”, en *Germinal. Publicaciones mensuales*, año II, nº 3, Buenos Aires, enero, pp. 67-74.
- Nachón, Segundo (1921), “Renovación de valores”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, nº 20, Buenos Aires, mayo, pp. 232-33.
- Nado (1918), “Los partidos socialistas en el Congreso de los Soviets”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 20 de mayo, p. 3.
- Nájera, A. P. (1918), “La democracia en los países checos. I”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 12 de marzo, p. 1.
- Nájera, Eugenio (1921), “El Partido Socialista y la Tercera Internacional”, en *Germinal. Publicaciones mensuales*, año II, nº 3, Buenos Aires, enero, pp. 81-87.

- Naudeau, Ludovic (1918), “En Rusia. Las diez y siete horas de la constituyente”, primera parte, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 4 de julio, p. 5.
- Naudeau, Ludovic (1918a), “En Rusia. Las diez y siete horas de la constituyente”, segunda parte, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 5 de julio, p. 4.
- Naudeau, Ludovic (1918b), “En Rusia. Las diez y siete horas de la constituyente”, tercera parte, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 7 de julio, p. 3.
- Naudeau, Ludovic (1918c), “En Rusia. Las diez y siete horas de la constituyente”, cuarta parte, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 9 de julio, p. 4.
- Nemo (1917), “Lo que hierve en la olla”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 18 de diciembre, pp. 2-3.
- Netri, Pascual (Junior) (1917), “Sobre una encuesta. El primer paso”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de diciembre, p. 2.
- Netri, Pascual (Junior) (1918), “*Giornale D’Italia y Rusia Libre*”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 18 de enero, p. 2.
- Neurath, Otto (1920), “Problemas de la socialización”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 11 de septiembre, p. 2.
- Nicolisky, P. (1920), “En la Rusia obrera. Preparaos para el 1º de mayo!”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 3 de junio, p. 4.
- Nigma, E. (1917), “Al margen de la encuesta”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 25 de diciembre, p. 2.
- Nigma, E. (1917a), “A Rusia”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 8 de abril, p. 3.
- Nigma, E. (1919), “Rusia vs. Rusia”, en *Prometeo. Quincenario anarquista*, nº 4, 1º quincena de octubre, p. 2.
- Nikolaev, Ak. (1921), “Los maravillosos trabajos científicos del laboratorio de radiología en Rusia”, en *La Internacional. Suplemento*, nº 4, Buenos Aires, 5 de septiembre, pp. 8-9.
- Nin, Andrés (1922a), “Los acontecimientos de Cronstad”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 10 de junio, p. 4.
- Nin, Andrés (1922b), “Los sindicatos rusos y la revolución. Un folleto de Losovsky”, primera parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 19 de octubre, pp. 2-3.
- Nin, Andrés (1922c), “Los sindicatos rusos y la revolución. Un folleto de Losovsky”, conclusión, en *La Internacional*, Buenos Aires, 20 de octubre, pp. 2-3.
- Nin, Andrés (1922), “Los consejos de fábrica”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 29 de enero, p. 5.
- Nota de redacción a Pinedo, Federico (h.) (1920), “Partido Socialista. Delegado para estudiar la situación europea”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 22 de julio, p. 4.
- Ortiz Cáceres, Enrique (1921), “La educación rusa antes de la revolución”, en *Cuasimodo*, nº 23, Buenos Aires, 2º decena de septiembre, pp. 14-16.
- Orzábal Quintana, Arturo (1920), “La diplomacia de la revolución rusa”, en *Nosotros*, año XIV, nº 132, Buenos Aires, mayo, pp. 74-92.
- Orzábal Quintana, Arturo (1921), “Hacia un nuevo derecho internacional”, en *Revista de Filosofía*, nº 1, Buenos Aires, enero, pp. 14-29.
- Orzábal Quintana, Arturo (1921a), “La situación actual de Rusia”, *Revista de Filosofía*, nº 3, Buenos Aires, mayo, pp. 426-35.

- Orzábal Quintana, Arturo (1922), “El experimento político de Rusia”, *Revista de Filosofía*, nº 2, Buenos Aires, marzo, pp. 247-54.
- Orzábal Quintana, Arturo (1924), “El reconocimiento de Rusia”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año II, nº 2, Buenos Aires, febrero, p. 1.
- Orzábal Quintana, Arturo (1924a), “La nueva ideología política”, en *Revista de Filosofía*, nº 3, Buenos Aires, mayo, pp. 355-62.
- Orzábal Quintana, Arturo (1925), “El libro de la revolución de Upton Sinclair”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año III, nº 8, Buenos Aires, agosto, p. 2.
- Orzábal Quintana, Arturo (1925a), “El libro de la revolución”, en *Revista de Filosofía*, nº 5, Buenos Aires, septiembre, pp. 185-89.
- Orzábal Quintana, Arturo (1925b), “El momento actual y las luchas de Oriente”, en *Revista de Oriente*, nº 4, Buenos Aires, octubre 1925, pp. 4-5.
- Orzábal Quintana, Arturo (1926), “Las relaciones germano-soviéticas y el tratado de Berlín”, en *Revista de Oriente*, nº 7/8, Buenos Aires, junio 1926, pp. 7-8.
- Osinsky, N. (1921), “¿Qué es la democracia proletaria y cómo realizarla?”, en *Documentos del progreso*, nº 42, Buenos Aires, 15 de abril, pp. 5-7.
- Ossipoff, G. (1921), “Los niños en la Rusia Sovietista”, en *La Internacional. Suplemento*, nº 8, Buenos Aires, 2 de octubre, pp. 11-12.
- Pagán Navarro, José (1918), “El ideal en marcha”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 17 de febrero, p.2.
- Palacios, Alfredo (1920), “La F.O.R.A.”, en *Nosotros*, año XIV, nº 132, Buenos Aires, mayo, pp. 5-71.
- Palcos, Alberto (1919), “La revolución rusa. Su segundo aniversario”, en *Clarín*, nº 5, Buenos Aires, 15 de noviembre, p. 2.
- Palcos, Alberto (1921), “Algunas consideraciones sobre el problema educacional”, primera parte, en *La Internacional. Suplemento*, nº 7, Buenos Aires, 26 de septiembre, pp. 6-7.
- Palcos, Alberto (1921a), “Algunas consideraciones sobre el problema educacional”, conclusión, en *La Internacional. Suplemento*, nº 8, Buenos Aires, 2 de octubre, pp. 6-7.
- Paquet, Alfons (1920), “El bloqueo de Rusia”, en *Clarín. Revista quincenal editada por el Ateneo Universitario*, nº 15, Buenos Aires, 2 de febrero, p. 8.
- Pascal, Pierre (1922), “Las prisiones rusas”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 16 de agosto [orig. marzo 1920], pp. 1 y 4.
- Pascal, Pierre (1922a), “El hambre en Rusia”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 22 de octubre, p. 1.
- Pascal, Pedro [Pierre] (1923), “El leninismo”, en *La Internacional*, 30 de agosto, p. 2.
- Pascucci, Roberto (1928), “La Revolución y los críticos”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 57-60.
- Pavletich, Esteban (1926), “Los poemas de la revolución”, en *Revista de Oriente*, nº 9/10, Buenos Aires, septiembre, p. 10.
- Paz, José (1928), “Bolcheviquismo y fascismo”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 27-34.
- Pellegrini, Augusto (1920), “Una infame filípica antibolchevique”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 4 de septiembre, p. 4.

- Pellegrini, Augusto (1920a), “De polémica. La circular de Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 13 de noviembre, p. 3.
- Pellegrini, Augusto (1922), “Hay que enviar delegados a Moscú y a Berlín”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 25 de octubre, p. 1.
- Pellegrini, Augusto (1928), “La experiencia revolucionaria de la Rusia Soviética”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 83-84.
- Peluso, Edmundo (1920), “Por qué cayó Bela Kun”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 2 de marzo, pp. 2-3.
- Penelón, José F. (1920), “A propósito de congresos obreros”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 11 de diciembre, p. 2.
- Penelón, José F. (1922), “A guisa de prólogo”, en Greco, Juan (1922), *La sindical roja*, Buenos Aires, La Internacional.
- Penelón, José F. (1923), “La Nueva Rusia”, en Buenos Aires, *La Internacional*, 6 de abril, p. 4.
- Penelón, José F. (1923), “Qué es una Revolución. De la vida en la Rusia roja”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 28 de enero, p. 4.
- Penelón, José F. (1923a), “Qué es una Revolución. De la vida en la Rusia roja”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 29 y 30 de enero, p. 4.
- Pestaña, Ángel (1922), “Informe de Ángel Pestaña. Delegado al II Congreso de la Tercera Internacional”, primera parte, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 17 de octubre, p. 1.
- Pestaña, Ángel (1922a), “Informe de Ángel Pestaña. Delegado al II Congreso de la Tercera Internacional”, segunda parte, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 18 de octubre, p. 1.
- Pestaña, Ángel (1922b), “Informe de Ángel Pestaña. Delegado al II Congreso de la Tercera Internacional”, tercera parte, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 19 de octubre, p. 1.
- Pestaña, Ángel (1922c), “Informe de Ángel Pestaña. Delegado al II Congreso de la Tercera Internacional”, cuarta parte, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 20 de octubre, p. 1.
- Pestaña, Ángel (1922d), “Informe de Ángel Pestaña. Delegado al II Congreso de la Tercera Internacional”, quinta parte, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 21 de octubre, p. 1.
- Pestaña, Ángel (1922e), “Informe de Ángel Pestaña. Delegado al II Congreso de la Tercera Internacional”, sexta parte, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 22 de octubre, p. 1.
- Pestaña, Ángel (1922f), “Informe de Ángel Pestaña. Delegado al II Congreso de la Tercera Internacional”, séptima parte, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 24 de octubre, p. 1.
- Pestaña, Ángel (1922g), “Informe de Ángel Pestaña. Delegado al II Congreso de la Tercera Internacional”, octava parte, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 25 de octubre, p. 1.
- Pharos (1922), “Makno visto desde la cárcel Modelo”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 12 de junio, p. 2.
- Pinedo, Federico (h.) (1920), “Partido Socialista. Delegado para estudiar la situación europea”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 22 de julio, pp. 2 y 4.

- Pintos, Francisco R. (1922), “Cómo organizaron los trabajos los soviets. Del delegado uruguayo en Rusia”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 23 de junio, p. 2.
- Pintos, Francisco R. (1922a), “El 1º de mayo en Moscú”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 23 de junio, pp. 1 y 4.
- Pintos, Francisco R. (1922c), “La rebelión de Cronstad fue un movimiento de carácter pequeñoburgués”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 19 de agosto, p. 1.
- Pintos, Francisco R. (1922?), “En una escuela modelo en Moscú. Una hermosa fiesta infantil”, Buenos Aires, 20/21 de noviembre, p. 4
- Pintos, Francisco R. (1923), “Impresiones de la Rusia soviética. Una entrevista con el compañero Pintos”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 17 de febrero, p. 1.
- Poggi, Carlos (1928), “De los sindicalistas y la revolución rusa”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 62-64.
- Pokrovski, M. [Mikhail] (1921), “La enseñanza superior y los estudiantes”, en *La Internacional. Suplemento*, nº 1, Buenos Aires, 15 de agosto, pp. 3-4.
- Pokrovski, M. [Mikhail] (1922), “El pasado revolucionario de Rusia”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 2 de diciembre, p. 1.
- Popovich, Juan (1922), “La U.S.A. debe ir a Moscú”, en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 14 de octubre, p. 1.
- Porteiro, Manuel S. (1919), “Los partidos reaccionarios ante la revolución rusa”, primera parte, en *Bandera Roja. Diario de la mañana*, nº 33, Buenos Aires, 4 de mayo, pp. 1-2.
- Porteiro, Manuel S. (1919a), “Los partidos reaccionarios ante la revolución rusa”, segunda parte, en *Bandera Roja. Diario de la mañana*, nº 34, Buenos Aires, 5 de mayo, pp. 1-2.
- Portmann, Georges (1925), “¿Bajo qué régimen se vive en Rusia?”, en *Crítica Social*, nº 3, Buenos Aires, octubre, pp. 10-11.
- Preghejoj, Henriko (1917), “Sobre la revolución social”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 28 de diciembre, pp. 2-3.
- Prigadof-Kudrine, A. (1921), “De la Rusia soviética. La justicia en la República de los Soviets”, en *La Internacional. Suplemento*, nº 5, Buenos Aires, 12 de septiembre, pp. 14-15.
- Prieto, Indalecio (1918), “Gorki y la revolución rusa”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1º de mayo, p. 23.
- Punyet Alberti, Manuel (1925), “Interpretación y realización”, en *Revista de Oriente*, nº 5, Buenos Aires, noviembre, p. 32.
- Quelch, Tom (1921), “El nuevo Renacimiento”, en *Cuasimodo*, nº 14, Buenos Aires, 4 de abril, pp. 13-15. Traducido de *The Call Magazine* (New York).
- Quiroule, Pierre (1919), “La revolución rusa. Crítica”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 7 de noviembre, pp. 1-2.
- Quiroule, Pierre (1921), “El campesino contra la ciudad. La enseñanza rusa”, en *El Trabajo. Diario de la mañana*, nº 2, Buenos Aires, 6 de septiembre, p. 4.
- Radek, Carlos (1920), “¿Antiparlamentarismo?”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 22 de mayo, p. 4.
- Radek, Carlos (1920a) “El gobierno soviético y el desarme de los anarquistas”, en *El Libertario*, nº 3, Buenos Aires, 5 de junio, pp. 3-4.

- Radek, Carlos (1921), “Acción de los comunistas en los sindicatos”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 16 de julio, p. 3.
- Radek, Carlos (1922), “El proceso de Moscú. El día del juicio”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 4 de agosto, pp. 1-2.
- Rademal (1919), “Consideraciones sobre la revolución rusa”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 3.
- Rademal (1921), “¿Rusia es un cementerio o es la roca de los desastres capitalistas?”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 12 de noviembre, p. 2.
- Ramos Pedrueza, Rafael (1925), “La Educación en la Rusia Soviética”, en *Revista de Oriente*, n° 1, Buenos Aires, junio, pp. 33-34.
- Ransome, A.[Arthur] (1919), “De la Rusia revolucionaria. Cómo funciona la Oficina de Trabajo”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 2 de noviembre, p. 3.
- Ransome, A.[Arthur] (1919), “Organización obrera. Cómo funciona el Comisariado del Trabajo”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 2. Fechado en Moscú, 28 de febrero de 1919.
- Ransome, Arthur (1920), “La educación”, en *Documentos del progreso*, n° 16, Buenos Aires, 15 de marzo, pp. 4-5. Fragmento de su libro, *Six weeks in Russia*. También publicado como “Educación y cultura en Rusia”, en *Revista de Filosofía*, n° 4, julio 1920, pp. 121-124.
- Ransome, Arthur (1920a), “El teatro en Rusia”, fragmento de su libro, *Six weeks in Russia*, en *Revista de Filosofía*, n° 4, Buenos Aires, julio, pp. 136-139.
- Ransome, Arthur (1920b), “Educación y cultura en Rusia”, fragmento de su libro, *Six weeks in Russia*, en *Revista de Filosofía*, n° 4, julio, pp. 121-124.
- Rappoport, Carlos (1917), “Los sucesos de Rusia. Quién es Lenin”, en *La Obra Periódico de ideas*, n° 12, Buenos Aires, 20 de noviembre, pp. 2-3.
- Rappoport, Carlos (1919), “Rusia y la Internacional”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 1. Levantado de *Nuestra Palabra*, París.
- Rappoport, Carlos (1919a), “La revolución alemana”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 22 de noviembre, p. 2.
- Rappoport, Carlos (1922), “Los primeros fundamentos del comunismo”, primera parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 9 de marzo, p. 6. [traducción de *Ordine Nuovo*]
- Rappoport, Carlos (1922a), “Los primeros fundamentos del comunismo”, segunda parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 10 de marzo, pp. 5-6. [traducción de *Ordine Nuovo*]
- Rappoport, Carlos (1922b), “Los primeros fundamentos del comunismo”, tercera parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 11 de marzo, pp. 5-6. [traducción de *Ordine Nuovo*]
- Rappoport, Carlos (1922c), “Los primeros fundamentos del comunismo”, cuarta parte, en *La Internacional*, 12 de marzo, p. 5. [traducción de *Ordine Nuovo*]
- Razori, Amílcar (1919), “Paroxismo revolucionario. La nueva juventud de Burguela”, en *Clarín*, n° 8, Buenos Aires, 16 de diciembre, pp. 7-8.
- Recabarren, Luis E. (1917), “Rusia revolucionaria”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 26 de diciembre, p. 6.
- Reed, John (1919), “Cómo funciona el soviét”, en *Documentos del progreso*, n° 7, Buenos Aires, 15 de noviembre, pp. 1-7. Publicado luego como folleto.
- Reed, John (1920), “Los comisarios de reparto en la revolución rusa”, en *Documentos del progreso*, n° 13, Buenos Aires, 1° de febrero, pp. 7-8.

- Reissner, Miguel (1920), “Principios y organización de la justicia en la Rusia de los Soviets”, en *Documentos del progreso*, n° 18, Buenos Aires, 15 de abril, pp. 4-6. Publicado también en *Revista de Filosofía*, n° 4, julio 1920, pp. 125-32.
- Reissner, Miguel (1921), “La Academia Socialista en la Rusia de los Soviets”, en *Documentos del progreso*, n° 39, Buenos Aires, 1° de marzo, pp. 3-4.
- Repetto, Nicolás (1920), “Puntos de vista sobre la cuestión rusa”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 31 de mayo, pp. 1.
- Repetto, Nicolás (1920a), “Las cooperativas y el gobierno de los soviets”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 14 de junio, pp. 1-2.
- Repetto, Nicolás (1920b), “La socialización de las industrias en Rusia. Sus resultados y dificultades”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 21 de junio, pp. 1-2.
- Resnik, Abraham (1928), “La Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS)”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 47-51.
- Rhys Williams, Albert (1920), “Lenin: el genio de la revolución rusa”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 16 de abril, p. 7.
- Ricard, F. (1919), “La cuestión maximalista. Bancarrota de dogmas. El ideal anarquista”, en *Prometeo. Quincenario anarquista*, año I, n° 5, Buenos Aires, segunda quincena de octubre, pp. 4-5.
- Ricard, F. (1921), “Cuasimodo. Voces Amigas”, en *Cuasimodo*, n° 16, Buenos Aires, 3° decena de abril, p. 24.
- Ristori, Oreste (1921), “La cruzada internacional antibolshevista y la actitud de los anarquistas”, en *Cuasimodo*, n° 19, Buenos Aires, 1° decena de junio, pp. 12-14.
- Ristori, Oreste (1921a), “La dictadura de ... sus enemigos”, en *Cuasimodo*, n° 21, Buenos Aires, 19 de julio, pp. 19-21.
- Ristori, Oreste (1921b), “Miseria de argumentos contra la Dictadura y el Estado”, en *Cuasimodo*, n° 24, Buenos Aires, 1° quincena de octubre, pp. 7-11.
- Ristori, Oreste (1921c), “La crítica fácil”, en *Cuasimodo*, n° 25, Buenos Aires, 1° quincena de noviembre, pp. 7-8.
- Ristori, Oreste (1921d), “Argumentos antibolshevikis”, en *Cuasimodo*, n° 26, Buenos Aires, 2° quincena de noviembre, pp. 13-14.
- Rizal, Félix (1920), “De polémica. La «Internacional Sindical Roja»”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 2.
- Rochoubev, Valerio (1919), “¿Qué es el maximalismo?”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 1, Buenos Aires, octubre, pp. 19-24.
- Rocker, Rudolf (1920), “¿Soviet o Dictadura?”, en Rocker, R.; Goldman, E; Berkman, A.; Kropotkin, P. et al., “¿Soviet o dictadura?”, Buenos Aires, Argonauta, pp. 5-13.
- Rocker, Rudolf (1921), “El problema ruso”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 15 de septiembre, p. 3.
- Rocker, Rudolf (1921a), “El problema ruso. II”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 13 de noviembre, p. 3.
- Rocker, Rudolf (1921b), “El problema ruso. III”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 20 de noviembre, p. 2.
- Rocker, Rudolf (1921c), “El problema ruso. IV”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 4 de diciembre, p. 3.

- Rocker, Rudolf (1921d), “El problema ruso. V”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 11 de diciembre, p. 3.
- Rocker, Rudolf (1921e), “El problema ruso. V. Conclusión”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 13 de diciembre, pp. 3-4.
- Rocker, Rudolf (1921f), “El problema ruso. VI”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 18 de diciembre, p. 3.
- Rocker, Rudolf (1921g), “El problema ruso. VI. Conclusión”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 20 de diciembre, p. 3.
- Rocker, Rudolf (1921h), “El problema ruso. VII”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 25 de diciembre, pp. 3-4.
- Rocker, Rodolfo (1921i), “Los principios en lucha: marxismo, bolshevikismo y anarquismo”, en *La Organización Obrera*, Suplemento extraordinario n° 42, Buenos Aires, 1° de mayo, pp. 18-21.
- Rodríguez, Rogelio (1920), “El movimiento sindical y la 3° internacional”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 25 de septiembre, p. 3.
- Rodríguez, Rogelio (1920a), “Consejos de fábricas”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 30 de octubre, p. 3.
- Romo, Pedro (1920), “El problema agrario y los reformistas”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 20 de noviembre, p. 2.
- Romo, Pedro (1921), “Reconocimiento de la Rusia Sovietista. Nota del Comité Ejecutivo”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 16 de julio, p. 1.
- Roque, E. (1922), “Los consejos de fábrica”, en *La Organización Obrera*, Suplemento extraordinario n° 2, Buenos Aires, 1° de mayo, pp. 126-28.
- Rosales, H. [Hermenegildo] (1919), “La revolución del proletariado y la contra revolución”, en *Tribuna Proletaria*, n° 56, Buenos Aires, 1° de octubre, p. 2.
- Rosales, H.[Hermenegildo] (1919a), “El terror blanco y el terror rojo”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 2, Buenos Aires, noviembre, pp. 39-41.
- Rosales, H.[Hermenegildo] (1919b), “La revolución en marcha”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 2, Buenos Aires, noviembre, pp. 58-61.
- Rosales, H [Hermenegildo], (1920), “Revolución social y Dictadura Proletaria”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 4, Buenos Aires, enero, pp. 113-14.
- Rosales, H. [Hermenegildo] (1921), “El Congreso socialista de Bahía Blanca”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 17, Buenos Aires, febrero, pp. 131-32.
- Rück, Fritz (1922), “Rosa Luxemburgo y la revolución rusa”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 8 de junio, pp. 2-3.
- Ruegg, Annaliese (1921), “Las excelencias de la vida bajo el régimen bolchevique”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 16 de octubre, p. 4.
- Sáenz Hayes, Ricardo (1917), “Kerenski”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 5 de octubre, p. 1.
- Salaverri, Vicente A. (1921), “Las dos tendencias”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 20, Buenos Aires, mayo, pp. 247-48.
- Saldaña, Quintiliano (1924), “La Revolución Rusa”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año II, n° 3, Buenos Aires, marzo, p. 7.

- Scheimberg, S.; Nájera, Eugenio y Troncoso, C. R. (1921), “Manifiesto de las Izquierdas”, en *Germinal. Publicaciones mensuales*, año II, nº 3, Buenos Aires, enero, pp. 92-104.
- Schiavi, Alejandro (1919), “De la alimentación en Rusia. Confiada a las cooperativas”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 15 de noviembre, pp. 1-2. Tomado de *Avanti*.
- Senra Pacheco, B. (1920), “De polémica. La circular de Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 16 de octubre, p. 3.
- Senra Pacheco, B. (1920a), “De polémica. La circular de Zinovieff (conclusión)”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 23 de octubre, pp. 3-4.
- Senra Pacheco, Bartolomé (1928 [1921]), “Un llamado a la realidad”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 5-9.
- Serge, Víctor (1917), “Un czar cae”, primera parte, en *La Protesta*, Buenos Aires, Buenos Aires, 23 de mayo, pp. 1-2. Trad. de Costa-Iscar.
- Serge, Víctor (1921), “Moscú hace grandiosos funerales a Kropotkine”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 2 de julio, p. 4. Prólogo de los editores. Introducción de P. O. Lissagaray.
- Serge, Víctor (1921a), “Moscú hace grandiosos funerales a Kropotkine. Conclusión”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 16 de julio, p. 2. Introducción de P. O. Lissagaray.
- Serge, Víctor (1922), “El problema de la dictadura”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 18 de agosto, pp. 1 y 4.
- Serge, Víctor (1922a), “Las clases medias en la revolución rusa”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 6 y 7 de noviembre, pp. 5-6.
- Serge, Víctor (1923), “Museo de la revolución de Petrogrado”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 19 de septiembre, pp. 2-3.
- Serge, Víctor (1925), “Los intelectuales y la revolución”, en *Revista de Oriente*, nº 5, Buenos Aires, noviembre, pp. 20-21.
- Serman, P. (1921), “La protección de la madre y del niño en la Rusia Sovietista”, en *La Internacional. Suplemento*, nº 6, Buenos Aires, 19 de septiembre, pp. 3-5.
- Serrati, G.[Giacinto] M.[Menotti] (1920), “Cartas desde Rusia. Primeras impresiones moscovitas”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 29 de agosto, p. 6.
- Serrati, G.[Giacinto] M.[Menotti] (1920a), “Cartas desde Rusia. Petrogrado rojo”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 30 de junio, p. 4.
- Shaw, Bernard (1919), “Sobre el bolshevismo”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 6. Tomado de *Cuasimodo* (Panamá, 1º época).
- Simons, Hellmut (1925), “Aspectos de la Rusia de hoy”, en *Sagitario*, nº 3, La Plata, septiembre-octubre, pp. 382-86.
- Solari, Juan Antonio (1921), “Las mulas del capitalismo”, en *Cuasimodo*, nº 15, Buenos Aires, 2º decena de abril, pp. 10-11.
- Sosnovsky, L. (1926), “Los constructores de la Nueva Rusia”, en *Los Pensadores*, nº 120, Buenos Aires, abril.
- Souchy, A. (1921), “Makno”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 28 de septiembre, p. 3.
- Souchy, A. (1921a), “Makno”, conclusión, en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de septiembre, p. 3.
- Souvarine, Boris (1919), “La III Internacional. Un relato inédito sobre su fundación”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 11 de octubre, p. 2. Trad. de *Le Journal du Peuple*. Con largas transcripciones del libro de Arthur Ransome. Publicado también bajo el

- título “Cómo se ha fundado la Tercera Internacional”, en *Documentos del progreso*, n° 6, 15 de octubre de 1919.
- Starkoff, Vera (1920), “Los orígenes profundos de la revolución rusa”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 6, Buenos Aires, marzo, pp. 189-91.
- Stecloff, I. (1920), “Historia del Partido Comunista Ruso. Parte I”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 18 de diciembre, p. 4.
- [Stecloff, I.] (1921), “Historia del Partido Comunista de Rusia”, segunda entrega, en *La Internacional*, Buenos Aires, 23 de julio, p. 4.
- Stecloff, I. (1921a), “Historia del Partido Comunista de Rusia (conclusión)”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 30 de julio, p. 3.
- Taborda, Saúl (1919), “Los menores delincuentes”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 2.
- Tasin, N. (1920), “Cómo se efectuó la revolución maximalista”, en *Tribuna Socialista. Primer semanario socialista de Sudamérica*, n° XX, Buenos Aires, 24 de mayo, pp. 6 y 11.
- Tcherkesoff, W. (1921), “El régimen bolchevique juzgado por Tcherkesoff”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 27 de octubre, p. 3.
- Tchernoff, J. (1917), “Los nobles y la tierra en Rusia”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de julio, p. 2.
- Terracini, Humberto (1922), “La revuelta de Cronstadt”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 4 y 5 de septiembre, p. 4.
- Tibio (1918), “Mi opinión”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de enero, p. 3.
- Tiempo, César (1926), “¡Rusia!”, en *Los pensadores*, n° 117, Buenos Aires, enero.
- Todaro, V. (1920), “De polémica. La circular de Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 9 de octubre, p. 2.
- Todaro, V. (1920a), “De polémica. La III Internacional de Moscú”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 30 de octubre, p. 3.
- Todaro D’Aguila, V. (1928), “Sobre la Rusia Obrera”, en en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, pp. 10-26.
- Togliatti, Palmiro (1921), “El comunismo marxista y los planes soviéticos. Cómo se crea un Estado”, en AA. VV., *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia*, Buenos Aires, Argonauta, pp. 26-35.
- Torralba Beci, E. [Eduardo] (1922), “Las nuevas sendas del comunismo”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 20 de agosto, pp. 1-2.
- Torralvo, José (1919), “Los que se oponen a la revolución”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de noviembre, pp. 1-2.
- Torralvo, José (1919a), “La negación y la afirmación del maximalismo. A T. Antillí”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 28 de noviembre, pp. 2-3.
- Torralvo, José (1919b), “Ni saben lo que quieren, ni saben lo que son”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de diciembre, p. 2.
- Torralvo, José (1919c), “La errónea interpretación de la hora que vivimos”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 16 de diciembre, p. 2.
- Torralvo, José (1920), “La influencia decisiva del movimiento ruso”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de enero, p. 2.

- Torralvo, José (1920a), “El valor desigual de las horas”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 4 de febrero, p. 2.
- Torralvo, José (1920b), “Definición de la dictadura del proletariado”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 18 de febrero, p. 2.
- Torralvo, José (1920c), “Deducciones acerca de la revolución rusa”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 3 de marzo, p. 2.
- Torralvo, José (1921), “La dirección histórica del proletariado. Principios de orientación”, en *Cuasimodo*, nº 24, Buenos Aires, 1º quincena de octubre, pp. 2-3.
- Torralvo, José (1921a), “Crisis de talento revolucionario”, en *El Trabajo. Diario de la mañana*, nº 4, Buenos Aires, 8 de septiembre, pp. 1 y 4.
- Treui, Hugo (1921), “Los anarquistas y el poder bolchevique”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 15 de noviembre, p. 3.
- Troise, Emilio (1928), “Hacia una sociedad libre de libres productores”, en AA.VV., *La Rusia Obrera. Homenaje de los sindicalistas*, Buenos Aires, Plus ultra, p. 94.
- Trotzky, León (1919), “Los viejos partidos”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 9 de enero, p. 1.
- Trotzky, L. (1920), “El Ejército del trabajo en la Rusia de los Soviets”, en *Documentos del progreso*, nº 26, Buenos Aires, 15 de agosto, pp. 7-9.
- Trotzky, León (1921), “La principal lección del Tercer Congreso”, en *Suplemento de La Internacional*, nº 11, Buenos Aires, 23 de octubre, pp. 4-5.
- Trotzky, León (1922), “La traición y el deber revolucionario”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 5 de agosto, pp. 1-2.
- Trujillo, M. (1918), “Desde Francia. Lenine y la Asamblea Constituyente. El problema terrible: ser o no ser”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 2 de abril, pp. 1-2.
- Trujillo, M. (1918a), “Desde Francia. El maximalismo y la entente”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de junio, p. 2.
- Ulyanova, N. R. (1920 [1918]), “La educación de los adultos en Rusia”, informe al primer congreso panruso de educación nacional (agosto), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 18 de enero; reproducido luego en *Revista de Filosofía*, nº 4, Buenos Aires, julio 1920, pp. 116-121.
- Vaillant-Couturier, Paul (1921), “De Moscú – Un mundo nuevo”, en *La Internacional. Suplemento*, nº 5, Buenos Aires, 12 de septiembre, p. 11.
- Varga, Eugen (1921), “La nueva política económica de Rusia”, primera parte, en *El Trabajo. Diario de la mañana*, nº 2, Buenos Aires, 6 de septiembre, p. 4.
- Varga, Eugen (1921a), “La nueva política económica de Rusia”, conclusión, en *El Trabajo. Diario de la mañana*, nº 3, Buenos Aires, 7 de septiembre, p. 4.
- Vera (1921), “El arte revolucionario. Las realizaciones artísticas de la Rusia de los soviets”, en *El Trabajo. Diario de la mañana*, nº 4, Buenos Aires, 8 de septiembre, p. 4.
- Videla Reyna (1920), “De polémica. La circular de Zinovieff”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 27 de octubre, p. 6.
- Vilkens (1921), “De la escuela bolcheviki”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 1º de octubre, p. 2.
- Villalobos Domínguez, C. (1917), “El antimaximalismo”, primera parte, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 30 de noviembre, p. 3.
- Villalobos Domínguez, C. (1917a), “El antimaximalismo”, segunda parte, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 13 de diciembre, p. 3.

- Villalobos Domínguez, C. [Cándido] (1918), “Los maximalistas y *La Vanguardia*”, Buenos Aires, 17 de febrero, pp. 1-2.
- Villarreal, Enrique (1920), “Revolución invariable y eterna”, en *Claridad*, n° 2, Buenos Aires, febrero, p. 12.
- Volff (1917), “La revolución en Rusia”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de abril, p. 2.
- Waldemar (1921), “La exposición del Tercer Congreso”, en *La Internacional. Suplemento*, n° 4, Buenos Aires, 5 de septiembre, pp. 15-16.
- Wallenius, Allan (1920), “La Cultura Bolsheviki”, en *Documentos del progreso*, n° 14, Buenos Aires, 15 de febrero, pp. 5-6.
- Wheeler, Post (1920), “La escuela y los estudiantes en la nueva Rusia”, en *Revista de Filosofía*, n° 4, julio 1, pp. 113-116.
- Wiusky, S. (1919), “La situación en Rusia”, en *Documentos del progreso*, n° 2, Buenos Aires, 15 de agosto, pp. 5-6.
- Yunque, Álvaro (1929), “Introducción”, en Resnik, A., *Teatro revolucionario de la Rusia Soviética*, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 5-6.
- Zaccagnini, Antonio (1917), “De «La revolución rusa». Asamblea en el Ateneo Popular”, extractos de los discursos pronunciados en Unione e Benevolenza el 23 de marzo, *Humanidad Nueva*, X, Buenos Aires, pp. 54-57.
- Zeitlin, Israel (1925), “Dos poetas de la Nueva Rusia”, en *Los pensadores*, n° 113, Buenos Aires, agosto.
- Zelaya, Antonio (1924), “El poema de la Revolución Rusa”, en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año I, n° 8, Buenos Aires, agosto, p. 8.
- Zeno, L. [Lelio] O. (1919), “Crítica social. Revolución desde arriba. Organización del estado maximalista por obra de la asociación industrial”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 22 de noviembre, p. 2.
- Zetkin, Clara (1921), “Vibrante arenga de Clara Zetkin en el Congreso Socialista de Tours”, en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 17, Buenos Aires, febrero, pp. 138-39.
- Zibecchi, Pedro D. (1919), “La revolución social en marcha”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 9 de enero, p. 6.
- Zibecchi, Pedro (1919a), “Conmemoración de la Revolución Rusa. Nota a la FORA. Octubre 26 de 1919”, Buenos Aires, 1° de noviembre, p. 2.
- Zinovieff (1920), “El partido comunista ruso”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 5 de junio, p. 4.
- Zinovieff (1920a), “La circular de Zinovieff”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 28 de noviembre, p. 4.
- Zinovieff (1920b), “La circular de Zinovieff (conclusión)”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 4 de diciembre, p. 4.
- Zinovieff, Gregorio (1920c), “Carta de Zinovieff a Serrati”, en *La Internacional*, Buenos Aires, 25 de diciembre, pp. 1-2.

Artículos sin autoría consignada

Bandera Proletaria

-“7 de noviembre de 1917. Se proclama en Rusia la revolución comunista” (1922), en *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, 7 de noviembre, p. 1.

Bandera Roja

-“El problema” (1919), en *Bandera Roja. Diario de la mañana*, n° 21, Buenos Aires, 21 de abril, p. 1.

-“3° Congreso de Organizaciones Obreras rusas sudamericanas. Tercer día de sesión” (1919), en *Bandera Roja. Diario de la mañana*, n° 21, Buenos Aires, 21 de abril, p. 3.

-“La huelga” (1919), en *Bandera Roja. Diario de la mañana*, n° 24, Buenos Aires, 24 de abril, p. 1.

-“De La Plata. El verbo revolucionario. Tendencia a una fusión comunista. Los empleados de los bancos y la burocracia oficial. Pro rebaja de alquileres” (1919), en *Bandera Roja. Diario de la mañana*, n° 31, Buenos Aires, 2 de mayo, pp. 2 y 4.

Claridad

-“La obra reconstrutiva en Rusia” (1920), en *Claridad*, n° 5, Buenos Aires, 10 de abril, p. 9.

-“Los principios educacionales de la República Socialista Rusa” (1920), en *Claridad*, n° 4, Buenos Aires, 19 de marzo, p. 11. Traducido de *The School Life*. Publicado también en *Revista de Filosofía*, n° 2, marzo 1920, pp. 318-20.

Crítica Social

-“La bolchevización del partido Comunista” (1926), en *Crítica Social*, n° 9, p. 4.

-“La nueva ley sobre el matrimonio en la Rusia soviética” (1926), en *Crítica Social*, n° 22, Buenos Aires, 31 de julio, pp. 6-7.

-Comentario a Alcides Calandrelli, *Introducción al “Código Bolchevique del Matrimonio”*, Buenos Aires, Tor, 1922. Trad. del francés por Julio A. Araujo y Enrique Bares Peralta; en *Revista de Filosofía*, n° 5, Buenos Aires, septiembre 1922, pp. 315-16.

-“El Código de Trabajo en Rusia” (1926), en *Crítica social*, n° 13, Buenos Aires, marzo, pp. 19-20.

Compañerito

-“La colecta del 1° de mayo pro niños rusos” (1923), en *Compañerito. Periódico mensual para los niños*, año I, n° 2, Buenos Aires, junio, p. 2.

-“¡Por nuestros compañeritos de Rusia!” (1923), en *Compañerito. Periódico mensual para los niños*, año I, n° 3, Buenos Aires, julio, p. 7.

Cuasimodo

- “Escrupulosidad de los métodos de propaganda antibolshevique” (1921), en *Cuasimodo*, nº 17, Buenos Aires, 1º decena de mayo, pp. 2-3.
- “Un arte nuevo en la Rusia soviética” (1921), en *Cuasimodo*, nº 24, Buenos Aires, 1º quincena de octubre, pp. 11-12.
- “La Revolución” (1921), en *Cuasimodo*, nº 25, Buenos Aires, 1º quincena de noviembre, p. 1.
- “Comuna de niños en Moscú (Traducción del ruso para Cuasimodo)” (1921), en *Cuasimodo*, nº 25, Buenos Aires, 1º quincena de noviembre, pp. 20-22.
- “Lenin habla sobre la marcha de los asuntos en Rusia” (1921), en *Cuasimodo*, nº 15, Buenos Aires, 2º decena de abril, pp. 19-22.
- AA.VV (1921), “La visión que tienen de la Revolución Rusa los intelectuales provincialistas”, en *Cuasimodo*, nº 16, Buenos Aires, 3º decena de abril, pp. 17-19.
- Centro Cultural «Nuevos Caminos» (1921), “Una proclama del Centro Cultural «Nuevos Caminos»”, en *Cuasimodo*, nº 22, Buenos Aires, 1º decena de septiembre, pp. 22-24.

Documentos del progreso

- “Por qué triunfó el bolshevismo” (1919), en *Documentos del progreso*, nº 3, Buenos Aires, 1º de septiembre, pp. 3-4. [Por un ruso]
- “La obra constructiva en Rusia. Decreto sobre el control obrero” (1919), en *Documentos del progreso*, nº 3, Buenos Aires, 1º de septiembre, pp. 6-7.
- “La obra constructiva en Rusia. Ley fundamental de socialización de la tierra” (1919), en *Documentos del progreso*, nº 4, Buenos Aires, 15 de septiembre, pp. 8-12.
- “El mecanismo soviético de nacionalización” (1920), en *Documentos del progreso*, nº 11, Buenos Aires, 1º de enero, pp. 11-12. Traducido de *The Economist*.
- “Cómo se elige un soviético urbano” (1920), en *Documentos del progreso*, nº 14, Buenos Aires, 15 de febrero, pp. 4-5. Reproducido de la “Oficina de informaciones del pueblo ruso”.
- “Informe de capitán W. W. Pettit sobre las condiciones de Rusia” (1920), en *Documentos del progreso*, nº 14, Buenos Aires, 15 de febrero, pp. 7-8. Reproducido de *The Nation*.
- “La constitución de los Soviets en Italia” (1920), en *Documentos del progreso*, nº 16, 15 de marzo, pp. 6-8. reproducido de *Avanti!*
- “Los consejos de fábrica en Italia” (1920), en *Documentos del progreso*, nº 20, Buenos Aires, 15 de mayo, pp. 13-14.
- “La disciplina del trabajo en la Rusia de los soviets” (1920), en *Documentos del progreso*, nº 21, Buenos Aires, 1º de junio, pp. 6-9.
- “Los trenes de propaganda en Rusia. Cómo aprenden los campesinos las doctrinas comunistas” (1920), en *Documentos del progreso*, nº 27, 1º de septiembre, pp. 7-9.
- “Código de leyes del trabajo de la Rusia de los Soviets” (1921), primera parte, en *Documentos del progreso*, nº 39, Buenos Aires, 1º de marzo, pp. 13-16.

- “Código de leyes del trabajo de la Rusia de los Soviets” (1921a), segunda parte, en *Documentos del progreso*, n° 40, Buenos Aires, 15 de marzo, pp. 14-16.
- “Código de leyes del trabajo de la Rusia de los Soviets” (1921b), tercera parte, en *Documentos del progreso*, n° 41, Buenos Aires, 1° de abril, pp. 11-12.
- “Código de leyes del trabajo de la Rusia de los Soviets” (1921c), cuarta parte, en *Documentos del progreso*, n° 42, Buenos Aires, 15 de abril, pp. 12-13.
- “Código de leyes del trabajo de la Rusia de los Soviets” (1921d), conclusión, en *Documentos del progreso*, n° 43, Buenos Aires, 1° de mayo, pp. 11-12.
- “Los principios básicos de las leyes del trabajo de la Rusia de los Soviets” (1921), en *Documentos del progreso*, n° 39, Buenos Aires, 1° de marzo, pp. 12-13.

El Libertario

- “La represión universal” (1920), en *El Libertario*, año I, n° 7, Buenos Aires, 12 de julio, p. 2.
- “Nicolás Lenin” (1920), en *El Libertario*, n° 12, Buenos Aires, 11 de septiembre, pp. 3-4.
- “El marxismo” (1920), en *El Libertario*, n° 14, Buenos Aires, 9 de octubre, pp. 1-2.
- “La concepción del anarquismo en la hora actual” (1920), en *Nuevos Caminos*. Publicación quincenal del Centro Cultural y Artístico “Nuevos Caminos”, año I, n° 6, Avellaneda, octubre, pp. 1-5.

El Trabajo. Diario de la mañana

- “La prensa” (1921), en *El Trabajo. Diario de la mañana*, n° 1, Buenos Aires, 5 de septiembre, p. 1.
- “La Revolución” (1921), en *El Trabajo. Diario de la mañana*, n° 4, Buenos Aires, 8 de septiembre, p. 1.
- “No todo es dictadura en Rusia” (1921), en *El Trabajo. Diario de la mañana*, n° 4, Buenos Aires, 8 de septiembre, p. 1.
- “De la Rusia de los soviets. 10 meses de trabajo entre las campesinas” (1921), en *El Trabajo. Diario de la mañana*, n° 4, Buenos Aires, 8 de septiembre, p. 4.
- “El gran desarrollo de la organización «cultura proletaria»” (1921a), en *El Trabajo. diario de la mañana*, n° 19, Buenos Aires, 23 de septiembre, p. 2.
- “El gran desarrollo de la organización «cultura proletaria»” (1921), en *El Trabajo. diario de la mañana*, n° 18, Buenos Aires, 22 de septiembre, p. 4. Traducido de *Idisch*, de la serie de “Cartas de Rusia” de Olguín.
- “El pensamiento revolucionario. Su influencia en el arte y el artista” (1921), en *El Trabajo. Diario de la mañana*, n° 26, Buenos Aires, 30 de septiembre, p. 1.

Insurrexit. Revista Universitaria

- “Los obreros italianos” (1920), en *Insurrexit. Revista Univesitaria*, n° 1, Buenos Aires, 8 de septiembre, pp. 14-15.

La Internacional

- “En el aniversario de la revolución rusa. La «Commune» y los maximalistas” (1918), en *La Internacional*, Buenos Aires, 18 de marzo, p. 2.
- “El nuevo régimen en Rusia” (1918), primera parte, en *La Internaiconal*, Buenos Aires, 25 de junio, p. 3.
- “El nuevo régimen en Rusia. Las declaraciones de Eduardo Holzmann” (1918), segunda parte, en *La Internaiconal*, Buenos Aires, 4 de agosto, p. 3.
- “La lucha de clases en Rusia” (1918), en *La Internacional*, Buenos Aires, 24 de agosto, p. 3.
- “El maximalismo se extiende por toda Europa” (1918), en *La Internacional*, Buenos Aires, 24 de noviembre, pp. 3-5.
- “40.000 obreros solidarios con el maximalismo ruso” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 9 de enero, p. 1.
- “La obra de los soviets” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 9 de enero, pp. 1-2.
- “Adhesión del proletariado internacional” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 9 de enero, p. 1.
- “El sentimiento popular ruso” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 1° de marzo, p. 8.
- “Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 1° de marzo, pp. 8-9.
- “La obra constructiva de los socialistas rusos” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 26 de julio, p. 2.
- “La República Socialista Húngara” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 11 de octubre, p. 2.
- “La situación en Rusia. Observaciones de un correspondal” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 1° de noviembre, p. 2. Trad. de *Manchester Guardian*.
- “Del momento. Redacción” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 1° de noviembre, p. 1.
- “Dictadura policial” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 1.
- “De Trotzky. Rusia” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 2.
- “De Marx. Sobre Rusia” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 2.
- “De Lenine. Citas falsas de Marx y Engels” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 8 de noviembre, pp. 6-7.
- “Manifiesto. Gran mitín público” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 15 de noviembre, p. 1.
- “Reacción burguesa contra la revolución rusa” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 15 de noviembre, p. 1.
- “Los intelectuales” (1919), en *La Internacional*, Buenos Aires, 22 de noviembre, p. 2.
- “Aclarando posiciones” (1920), en *La Internacional*, Buenos Aires, 22 de mayo, p. 1.
- “La disciplina en la revolución y en los partidos revolucionarios. El sábado comunista. El medio jornal” (1920), en *La Internacional*, Buenos Aires, 5 de junio, p. 1.

- “Cómo se escribe la historia. Una información tergiversada de la que se hizo eco el Dr. Justo, desmentida. Los soviets de fábrica no se han abolido en Rusia” (1920), en *La Internacional*, Buenos Aires, 12 de junio, p. 2.
- “¿Berna o Moscú?” (1920), en *La Internacional*, Buenos Aires, 24 de julio, p. 1.
- “Solidaridad con los trabajadores de Hungría” (1920), en *La Internacional*, Buenos Aires, 24 de julio, p. 1.
- “De Lenin a Longuet” (1920), en *La Internacional*, Buenos Aires, 24 de julio, pp. 1-2.
- “Cosas de casa del vecino. La internacional y los renegados” (1920), en *La Internacional*, Buenos Aires, 24 de julio, pp. 2-3.
- “El complot del silencio” (1920), en *La Internacional*, Buenos Aires, 7 de agosto, p. 1.
- “Hacia el socialismo” (1920), en *La Internacional*, Buenos Aires, 11 de septiembre, p. 1.
- “Soviets y sindicatos” (1920), en *La Internacional*, Buenos Aires, 11 de septiembre, p. 3. Fragmento de una entrevista a Rykov realizada por el corresponsal del *Manchester Guardian*.
- “La Confederación y el Partido” (1920), en *La Internacional*, Buenos Aires, 18 de septiembre, p. 1.
- “Repetto y los izquierdistas” (1920), en *La Internacional*, Buenos Aires, 2 de octubre, p. 2.
- “Más sobre la circular de Zinovief” (1920), en *La Internacional*, Buenos Aires, 9 de octubre, pp. 1-2.
- “La unificación obrera” (1921), en *La Internacional*, Buenos Aires, 12 de febrero, p. 1.
- “Tres víctimas del bloqueo capitalista a la Rusia obrera” (1921), en *La Internacional*, Buenos Aires, 12 de febrero, pp. 1-2.
- “La libertad artística de Lunatcharsky criticada por la *Pravda*” (1921), en *La Internacional*, Buenos Aires, 12 de febrero, p. 4. Tomado de *Avanti!*.
- “Los libertarios en Rusia” (1921), en *La Internacional*, Buenos Aires, 11 de junio, p. 3. Fragmentos de A. L. Gordin e introducción de Víctor Serge.
- “Un interesante Mensaje de la Sindical Roja y de los Sindicatos de Rusia al proletariado argentino” (1921), en *La Internacional*, Buenos Aires, 2 de julio, p. 1.
- “La cooperación rusa” (1922), en *La Internacional*, Buenos Aires, 14 de enero, p. 1.
- “El IV congreso del Partido Comunista” (1922), en *La Internacional*, Buenos Aires, 23/24 de enero, pp. 1-2.
- “La prensa en Rusia” (1922), en *La Internacional*, Buenos Aires, 27 de enero, p. 3.
- “La vida económica de las Repúblicas Sovietistas” (1922), en *La Internacional*, Buenos Aires, 17 de febrero, p. 3.
- “La vida económica de las Repúblicas Sovietistas” (1922), en *La Internacional*, Buenos Aires, 22 de febrero, p. 3.
- “¿Quién gobierna Rusia?” (1922), en *La Internacional*, Buenos Aires, 5 de abril, p. 1.
- La Protesta (1922), “El desarrollo del capitalismo y la «dictadura del proletariado»”, en *La Internacional*, artículo levantado de *La Protesta*, 18 y 19 de septiembre, pp. 2-3.
- La Protesta (1922a), “La concepción del Estado. Notas polémicas”, primera parte, en *La Internacional*, Buenos Aires, 9/10 de octubre, p. 2.
- La Protesta (1922b), “La concepción del Estado. Notas polémicas”, conclusión, en *La Internacional*, Buenos Aires, 11 de octubre, p. 2.

-“La revolución de noviembre” (1922), en *La Internacional*, Buenos Aires, 6-7 de noviembre, p. 2.

-“La cultura en Rusia” (1923), en *La Internacional*, Buenos Aires, 21 de agosto, p. 1. [artículo levantado del diario *La Razón*]

La Internacional. Suplemento

-“Cómo Gorki enseña a leer”, en *La Internacional. Suplemento*, nº 1, Buenos Aires, 15 de agosto, pp. 6-7.

-“La vida económica en Rusia” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, nº 1, Buenos Aires, 15 de agosto, pp. 7-9.

-“De la Rosta Wien” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, nº 1, Buenos Aires, 15 de agosto, p. 11.

-“Noticias de la vida soviética” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, nº 1, Buenos Aires, 15 de agosto, pp. 15-16.

-“La tercera etapa de la Revolución: la lucha por la Ciencia” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, nº 2, Buenos Aires, 22 de agosto, pp. 3-4.

-“La instrucción profesional y técnica en Rusia”(1921), en *La Internacional. Suplemento*, nº 2, Buenos Aires, 22 de agosto, p. 4.

-“Una entrevista con Krassin” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, nº 3, 29 de agosto, p. 4.

-“Los últimos progresos de la instrucción pública en Rusia” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, nº 3, Buenos Aires, 29 de agosto, pp. 5-6.

-“De la Rusia Sovietista” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, nº 3, Buenos Aires, 29 de agosto, p. 16.

-“Los anarquistas en Rusia” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, nº 5, Buenos Aires, 12 de septiembre, pp. 15-16.

-“Una conferencia para campesinos” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, nº 6, Buenos Aires, 19 de septiembre, pp. 15-16 [se trata de la traducción de diversas cartas del escritor Olguin]

-“Marx y los sindicatos” (1921) en *La Internacional. Suplemento*, nº 7, Buenos Aires, 26 de septiembre, pp. 4-5.

-“La previsión social en la Rusia Sovietista” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, nº 7, Buenos Aires, 26 de septiembre, p. 3.

-“El Tercer Congreso de la Internacional Comunista y la cuestión Sindical. La opinión de los comunistas alemanes” (1921), *La Internacional. Suplemento*, nº 11, Buenos Aires, 23 de octubre, pp. 13-15.

-“El Progreso de la Electricidad” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, nº 12, Buenos Aires, 30 de octubre, p. 6.

-“La escuela taller uniforme” (1921), en *La Internacional. Suplemento*, nº 12, Buenos Aires, 30 de octubre, pp. 7-9.

-“Los sindicatos y el Estado obrero” (1921), *La Internacional. Suplemento*, nº 12, 30 de octubre, pp. 15-16.

La Obra

-“Anarquismo y maximalismo” (1918), en *La Obra. Periódico de ideas*, n°14, Buenos Aires, 1° de febrero, p. 3.

-“Documentos” (1918), en *La Obra. Periódico de ideas*, n° 26, Buenos Aires, 27 de noviembre, p. 2.

La Organización Obrera

-“Introducción a «Mensaje de Lenin a los trabajadores americanos»” (1919), en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, Buenos Aires, 15 de marzo, pp. 3-4.

-“Los anarquistas y la república de los soviets” (1920), en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 10 de julio, p. 4.

- “La Instrucción Profesional. El tercer congreso panruso. El movimiento sindical y la 3° internacional” (1920), en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 17 de julio, p. 3.

- “Un llamado a los obreros. El tercer congreso panruso. El movimiento sindical y la 3° internacional” (1920), en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 17 de julio, p. 3.

- “El aprovisionamiento de los obreros. El tercer congreso panruso El movimiento sindical y la 3° internacional” (1920), en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 17 de julio, p. 3.

-Un teórico (1920), “De polémica. La hora actual”, en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 16 de octubre, p. 2.

-“El hambre en Rusia” (1921), en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 3 de septiembre, p. 2.

-“Cuatro años de revolución” (1921), en *La Organización Obrera*, Buenos Aires, 12 de noviembre, p. 1.

-“Reseña internacional” (1921), en *La Organización Obrera*, Suplemento extraordinario n° 42, Buenos Aires, 1° de mayo, pp. 38-42.

-“Apoteosis”, en *La Organización Obrera*, Suplemento extraordinario n° 42, Buenos Aires, 1° de mayo, p. 11.

La Protesta

-“La revolución rusa” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 22 de marzo, p. 1.

-“La revolución rusa. Al margen de una crónica” (1917, en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de mayo, p. 1.

-“De la Rusia revolucionaria. Al margen de algunas informaciones” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 15 de mayo, p. 1.

-“La revolución rusa. Comentarios” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 17 de mayo, pp. 1-2.

-“De la Rusia revolucionaria” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 24 de mayo, p. 1.

-“El espíritu de la revolución” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 1° de junio, p. 1.

-“La revolución social” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 5 de junio, p. 1.

-“Rusia y la «Entente»” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 17 de junio, p. 1.

-“La revolución rusa” (1917a), en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de junio, p. 1.

- “La situación de Rusia” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 21 de julio, p. 1.
- “Revolución o Dictadura. El pueblo ruso y la guerra” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 25 de julio, p. 1.
- “Los socialistas y la revolución” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de julio, pp. 1-2.
- “La revolución rusa” (1917b), en *La Protesta*, Buenos Aires, 27 de julio, p. 1.
- “La revolución rusa” (1917c), en *La Protesta*, Buenos Aires, 28 de julio, p. 1.
- “La revolución rusa” (1917d), en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de julio, p. 1.
- “Lenine” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 5 de agosto, p. 2. Traducido de *Guerra Sociale*, San Pablo, Brasil.
- “La situación en Rusia” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 12 de septiembre, p. 1.
- “Los prolegómenos de la revolución” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 11 de noviembre, p. 1.
- “La democracia rusa” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 14 de noviembre, p. 1.
- “Kerensky y el «cuarto poder»” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 12 de noviembre, p. 1.
- “¡Pobre democracia!” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 24 de noviembre, p. 1.
- “Las revoluciones. Notas al margen” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 11 de diciembre, p.1.
- “Sobre la revolución social. Una encuesta de *La Batalla*” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 15 de diciembre, p. 1. El artículo es publicado nuevamente en la edición del 18 de diciembre, p. 3 y en la del 23/12, p. 4.
- “Sobre un encuesta. La revolución rusa y sus influencias directas” (1917), en *La Protesta*, Buenos Aires, 20 de diciembre, p. 1.
- “Comité de Agitación pro-Maximalista” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 8 de enero, p. 3.
- “Pro Partido Maximalista. A los anarquistas y todos los hombres libres” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de enero, pp. 3-4.
- “Los maximalistas” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 15 de enero, pp. 1-2.
- “El Ideal en marcha” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 17 de enero, p. 2.
- “La revolución social y la revolución burguesa” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 23 de enero, p. 1.
- “La revolución rusa. Nueva encuesta” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 28 de enero, p. 1.
- “La revolución rusa. Nueva encuesta” (1918a), en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de enero, p. 1.
- “Carácter de la revolución rusa. El socialismo de Trotzky” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 30 de enero, pp. 1-2.
- “Crónica marginal. Los albores de la revolución” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 2 de febrero, p. 1.
- “El maximalismo y nosotros” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 7 de febrero, p. 1.
- “Aspectos de la revolución rusa” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de febrero, p. 1.
- “La guerra burguesa contra la revolución rusa” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 22 de febrero, p. 1.

- “Imperialismo versus maximalismo” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 23 de febrero, pp. 1-2.
- “La Revolución Rusa y su influencia moral” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 17 de febrero, p. 2.
- “Al margen de la revolución rusa” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 6 de marzo, p. 1.
- “Al margen de la revolución rusa” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 8 de marzo, p. 1.
- “Los literatos y el «enigma» ruso” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 16 de marzo, p. 1.
- “Los «soviets» y la paz alemana” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 19 de marzo, p. 1.
- “La revolución triunfante” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 20 de marzo, p. 1.
- “Las etapas de la revolución” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 3 de abril, p. 1.
- “La situación en Rusia” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 24 de abril, p. 1.
- “Maximalistas y anarquistas” (1918), en *La Protesta*, Buenos Aires, 22 de mayo, p. 2.
- “De la Revolución. La Dictadura del Proletariado” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 5 de marzo, pp. 1-2.
- “El aniversario de la revolución rusa” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 1.
- “En la Rusia soviética. Impresiones de un corresponsal” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 11 de noviembre, p. 2.
- “El maximalismo ha muerto” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 20 de noviembre, p. 2.
- “El heroísmo de un pueblo en lucha por su libertad” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 22 de noviembre, p. 1.
- “Significado de la democracia” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 23 de noviembre, p. 3.
- “Caracteres que toma el bolchevismo” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 5 de diciembre, p. 2.
- “Comentarios al margen de la revolución rusa” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de diciembre, p. 1.
- “Los anarquistas y la revolución” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 13 de diciembre, p. 1.
- “Nuestra posición frente a los hechos” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 14 de diciembre, p. 1.
- “El concepto de la revolución” (1919), en *La Protesta*, Buenos Aires, 26 de diciembre, p. 1.
- “El peligro maximalista” (1920), en *La Protesta*, Buenos Aires, 7 de enero, p. 2.
- “La situación actual de Rusia asegura el triunfo del proletariado universal” (1920), en *La Protesta*, Buenos Aires, 17 de enero, p. 1.
- “La lucha de dos mundos. Reacción burguesa y revolución proletaria” (1920), en *La Protesta*, Buenos Aires, 21 de enero, p. 1.
- “Las perspectivas económicas de Rusia” (1920), en *La Protesta*, Buenos Aires, 21 de enero, p. 1.

- “Probable reconocimiento del gobierno de Moscú” (1920), en *La Protesta*, Buenos Aires, 25 de febrero, p. 1.
- “La lucha por la dirección del proletariado” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 6 de septiembre, p. 1.
- “Ya apareció aquello” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 6 de septiembre, p. 1.
- “Capitalismo de Estado. La nueva estructura económica de Rusia. ¿Evolución o retroceso?” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 7 de septiembre, p. 1.
- “Los divisionistas «unificadores». El «Comité Pro Unidad Obrera» propicia la desertión en las filas de la FORA Comunista. Una maniobra al descubierto” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de septiembre, p. 1.
- “La sagrada Meca revolucionaria. Moscú en vías de ser un importante centro de comercio internacional” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de septiembre, p. 1.
- “Por la libertad contra la dictadura. Un llamado de los anarquistas rusos al proletariado de todos los países” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 9 de septiembre, p. 1.
- “Por la libertad contra la dictadura. El «bandido» Makhno. Su papel en la revolución rusa. Calumnias bolcheviques” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de septiembre, p. 2.
- “El anarquismo en Rusia. Según un documento oficial bolchevique” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 11 de septiembre, pp. 2-3.
- “De la Rusia revolucionaria” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 14 de septiembre, p. 2.
- “La posición de los anarquistas frente a la revolución rusa. Sovietismo y comunismo” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 18 de septiembre, p. 1.
- “Concepción del proletariado” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 20 de septiembre, p. 1.
- “Consideraciones sobre la vuelta al capitalismo en Rusia” (1921), primera parte, en *La Protesta*, Buenos Aires, 22 de septiembre, p. 2.
- “Consideraciones sobre la vuelta al capitalismo en Rusia” (1921a), segunda parte, en *La Protesta*, Buenos Aires, 23 de septiembre, p. 2.
- “La ayuda a Rusia. Cooperación de los anarquistas” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 24 de septiembre, p. 1.
- “Consideraciones sobre la vuelta al capitalismo en Rusia” (1921b), tercera parte, en *La Protesta*, Buenos Aires, 24 de septiembre, p. 2.
- “De las cárceles de Rusia. Al Comité Central Ejecutivo panruso para los prisioneros políticos del distrito de Vladimir” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 24 de septiembre, p. 3.
- “Consideraciones sobre la vuelta al capitalismo en Rusia” (1921c), cuarta parte, en *La Protesta*, Buenos Aires, 25 de septiembre, p. 2.
- “De las cárceles de Rusia. Carta abierta a los obreros revolucionarios anarcosindicalistas y a los anarquistas del mundo” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 25 de septiembre, p. 3.
- “La obra de ayuda a la Rusia afligida” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 25 de septiembre, p. 3.
- “Consideraciones sobre la vuelta al capitalismo en Rusia” (1921d), quinta parte, en *La Protesta*, Buenos Aires, 27 de septiembre, p. 2.

- “Consideraciones sobre la vuelta al capitalismo en Rusia” (1921e), sexta parte, en *La Protesta*, Buenos Aires, 28 de septiembre, p. 2.
- “Revolución, Comunismo y Capitalismo” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 28 de septiembre, p. 3.
- “Consideraciones sobre la vuelta al capitalismo en Rusia” (1921f), séptima parte, en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de septiembre, p. 2.
- “Consideraciones sobre la vuelta al capitalismo en Rusia” (1921g), conclusión, en *La Protesta*, Buenos Aires, 30 de septiembre, p. 2.
- “El viejo anarquista Tcherkesoff habla sobre el bolchevikismo en Georgia” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 30 de septiembre, p. 2.
- “¡Otro fusilamiento de anarquistas! El salvajismo bolcheviqui” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 4 de octubre, p. 1.
- “El Estado y la revolución” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 5 de octubre, p. 1.
- “El deber de la hora presente” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 14 de octubre, p. 1.
- “Del soviétismo al capitalismo” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de octubre, p. 1.
- “La Revolución y el Poder” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 4 de noviembre, p. 1.
- “El ejército proletario y la revolución” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 4 de noviembre, p. 2.
- “Lo que pasa en Rusia” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 6 de noviembre, p. 2.
- “Lo que pasa en Rusia” (1921a), conclusión, en *La Protesta*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 3.
- “El aniversario bolcheviqui” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 8 de noviembre, p. 2.
- “Para la historia del movimiento maknovista en Rusia. Llamado del regimiento de defensa 552 al ejército rojo” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 20 de noviembre, p. 3.
- “Para la historia del movimiento maknovista en Rusia. Un manifiesto del compañero Mackno a los obreros y campesinos de Ukrania” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 27 de noviembre, p. 4.
- “El examen de la revolución rusa” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 29 de noviembre, p. 3.
- “El espíritu anarquista de la revolución” (1921), en *La Protesta*, Buenos Aires, 15 de diciembre, p. 1.
- “Nuestros Objetivos” (1922), en *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 1, Buenos Aires, 9 de enero, p. 1.
- “La consolidación de los derechos adquiridos” (1922), en *La Protesta. Suplemento Semanal*, nº 8, Buenos Aires, 27 de febrero, p. 1.

La Vanguardia

- “Bandera Roja” (1917), *La Vanguardia*, Buenos Aires, 1º de abril, p. 2.

- “En homenaje a la revolución rusa” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 2 de abril de 1917, p. 1.
- “La revolución rusa. Comité de repatriación” (1917), *La Vanguardia*, Buenos Aires, 6 de abril, p. 3.
- “La revolución rusa” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 21 de abril, p. 2.
- “La revolución rusa. Antes de las jornadas de marzo” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 4 de mayo, p. 3.
- “La revolución rusa. El estallido del movimiento” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 6 de mayo, p. 2.
- “La revolución rusa. Gobierno, Duma y partido” (1917), en *La Vanguardia*, 9 de mayo, p. 3.
- “Rusia” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 18 de mayo, p. 1.
- “La revolución rusa” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 18 de mayo, p. 2.
- “La revolución rusa. Juicios socialistas” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 23 de mayo, p. 1.
- “La revolución rusa” (1917a), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 9 de junio, p. 2.
- “A favor de la revolución rusa. Recolección de fondos” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 12 de julio, p. 2.
- “Festival en homenaje a la revolución rusa” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 12 de julio, p. 3.
- “Las fuerzas de la revolución rusa. Los zemstvos” (1917), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 13 de agosto, p. 3.
- “Una extraña organización” (1917), en *La Vanguardia*, 19 de octubre, p. 1.
- “Commemoración de la revolución rusa” (1918), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 30 de marzo, pp. 1-2.
- “Un libro de Vandervelde sobre la revolución rusa” (1918), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 3 de febrero, p. 3.
- “La revolución rusa, vista desde lejos. Ni en pro ni en contra de los maximalistas. Reconocemos de buen grado sus méritos ... y sus faltas. Una risible caricatura” (1918), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 14 de febrero, p. 1.
- “Notas del exterior. La revolución rusa y los fines de la guerra” (1918), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 11 de marzo.
- “Commemoración de la revolución rusa” (1918), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 30 de marzo, pp. 1-2.
- “Notas del exterior. Rusia ante la intervención aliada” (1918), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 13 de agosto, p. 1.
- “El bolshevismo. Elementos que lo componen” (1918), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 20 de agosto, p. 1.
- “Redacción. La Revolución” (1918), en *La Vanguardia*, 13 de noviembre, p. 1.
- “La república alemana” (1918), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 14 de noviembre, p. 1.
- “La constitución de los soviets en Italia” (1920), en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 20 de marzo, p. 7.
- “Makno, ¿Cooperando con Wrangel? Su acción como revolucionario” (1920), en *La Vanguardia*, 12 de junio, p. 1.

Los Pensadores

- “Destilería de veneno contra Rusia” (1925), *Los Pensadores*, nº 114, septiembre.
- “Al margen. Frente único de la mentalidad izquierdista” (1925), *Los Pensadores*, nº 115, Buenos Aires, noviembre.
- “Hablemos ahora sobre Rusia” (1926), *Los Pensadores*, nº 117, Buenos Aires, enero.

Renovación

- “Un nuevo tipo de Constitución federal. Las repúblicas soviéticas de la nueva Rusia” (1923), en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año I, nº 10, Buenos Aires, noviembre, p. 6.
- “El ilustre Anatolio Lunatcharsky ha felicitado a Alejandro Castiñeiras por *El alma rusa*” (1923), en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, año I, nº 10, Buenos Aires, noviembre, p. 7.
- “El libro de Alfonso Goldschmidt sobre la Rusia Soviética” (1923), en *Renovación. Órgano de la Unión Latino Americana. Boletín Mensual de Ideas, libros y revistas de la América Latina*, nº 11, diciembre, p. 2.

Revista de Oriente

- “La política exterior de las Repúblicas Sovietistas” (1925), *Revista de Oriente*, nº 1, Buenos Aires, junio, p. 5.
- “El buque ruso «Vaslav Vorovsky»” (1925), en *Revista de Oriente*, nº 1, Buenos Aires, junio, p. 10.
- “Información Gráfica” (1925), en *Revista de Oriente*, nº 1, Buenos Aires, junio, pp. 18-19.
- “Informe de los Delegados Sindicales Ingleses sobre Rusia. La versión oficial” (1925), *Revista de Oriente*, nº 1, Buenos Aires, junio, pp. 27-28.
- “La pintura rusa en la exposición de Venecia” (1925), en *Revista de Oriente*, nº 2, Buenos Aires, julio, pp. 14-16.
- “Pidiendo el reconocimiento de Rusia” (1925), en *Revista de Oriente*, nº 2, Buenos Aires, julio, p. 28.
- “Encuesta” (1925), en *Revista de Oriente*, nº 2, Buenos Aires, julio, p. 32.
- “Noticias Gráficas de Rusia” (1925), en *Revista de Oriente*, nº 3, Buenos Aires, agosto, p. 11.
- “El Instituto de Trabajo Científico es una de las grandes creaciones de la Revolución” (1925), en *Revista de Oriente*, nº 3, Buenos Aires, agosto, p. 30.
- “Noticias desde Oriente. Científica y Culturales” (1925), *Revista de Oriente*, nº 4, octubre, p. 10.
- “Noticias Gráficas de Rusia” (1925a), en *Revista de Oriente*, nº 4, Buenos Aires, octubre, p. 11.

- “El régimen de la fábrica soviética” (1925), en *Revista de Oriente*, nº 5, Buenos Aires, noviembre, p. 28.
- “Noticias Gráficas de Rusia” (1925b), en *Revista de Oriente*, nº 5, Buenos Aires, noviembre, p. 11.
- “Un campo de concentración: Solovietzky. Informe del procurador de la justicia soviética, N. Krassikoff” (1925), en *Revista de Oriente*, nº 5, Buenos Aires, noviembre, p. 30.
- “El régimen de la fábrica soviética” (1925), en *Revista de Oriente*, nº 5, Buenos Aires, noviembre, p. 28.
- “De la Asociación Amigos de Rusia del Uruguay” (1926), en *Revista de Oriente*, nº 6, Buenos Aires, enero, p. 23.
- “De la Asociación Amigos de Rusia del Uruguay. La Izbu Chitalña” (1926), en *Revista de Oriente*, nº 6, Buenos Aires, enero, p. 23.
- “Noticias Gráficas de Rusia” (1926), en *Revista de Oriente*, nº 9/10, Buenos Aires, septiembre, p. 11.

Tribuna Proletaria y La Antocha

- “La hora presente” (1919), en *Tribuna Proletaria*, nº 5, Buenos Aires, 2 de agosto, p. 1.
- “Reflexiones del momento” (1919), en *Tribuna Proletaria*, nº 23, Buenos Aires, 23 de agosto, p. 1.
- “El signo de los tiempos” (1919), en *Tribuna Proletaria*, nº 30, Buenos Aires, 31 de agosto, p. 1.
- “Lo inevitable” (1919), en *Tribuna Proletaria*, nº 32, Buenos Aires, 3 de septiembre, p. 1.
- “Para qué se lucha” (1919), en *Tribuna Proletaria*, nº 38, Buenos Aires, 10 de septiembre, p. 1.
- “Hay que definirse” (1919), en *Tribuna Proletaria*, nº 43, Buenos Aires, 16 de septiembre, p. 1.
- “Palabras que son conceptos. Lucha de clases y lucha social”, en *Tribuna Proletaria*, nº 47, Buenos Aires, 20 de septiembre, p. 1.
- “El espíritu de clase del bolchevismo y del sindicalismo revolucionario” (1922), en *La Antorcha*, nº 63, Buenos Aires, 8 de diciembre, p. 3.
- “Por la ayuda a los anarquistas presos en Rusia. Al dominio de los socialistas marcha la III Internacional” (1922), en *La Antorcha*, nº 31, Buenos Aires, 10 de marzo, p. 1.
- “El congreso de Unidad” (1922), en *La Antorcha*, nº 32, Buenos Aires, 17 de marzo, p. 1.
- “Tres extractos del libro *Au pays des soviets* por Mauricius” (1922), en *La Antorcha*, nº 46, Buenos Aires, 30 de junio, p. 2.

Tribuna Socialista

- “La política exterior de los soviets rusos” (1920), en *Tribuna Socialista. Primer semanario socialista de Sudamérica*, nº XXII, Buenos Aires, 24 de mayo, pp. 2-3.

-“Los bolcheviques y la ciencia” (1920), en *Tribuna Socialista. Primer semanario socialista de Sudamérica*, n° XXI, Buenos Aires, 31 de mayo, pp. 15-16.

-“Lenine y los cosacos” (1920), en *Tribuna Socialista. Primer semanario socialista de Sudamérica*, n° XXII, Buenos Aires, 7 de junio, p. 9.

Vía Libre

-“El congreso socialista de San Nicolás” (1919), en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 3, Buenos Aires, diciembre, p. 69.

-“Una isla comunista” (1919), en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 3, Buenos Aires, diciembre, p. 89.

-“El comunismo en Italia” (1920), en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 8, Buenos Aires, mayo, p. 258.

-“La nacionalización de los niños en el estado bolsheviki. Especial de *La Nación*” (1920), en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 11, Buenos Aires, agosto, p. 348.

-“Desde la Rusia Roja. Un reportaje a Krassin” (1920), en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 12, Buenos Aires, septiembre, pp. 367-68.

-“El Congreso Anarquista de Bolonia” (1920), en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 13, Buenos Aires, octubre, pp. 5-14. Con presentación y comentarios de Santiago Locascio.

-“Broches de oro. Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo” (1921), en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 16, Buenos Aires, enero, pp. 97-98.

-“El Congreso de las izquierdas socialistas” (1921), en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 19, Buenos Aires, abril, pp. 194-95.

-“Manifiesto que a los escritores, artistas y estudiantes de la América Latina, dirigen Henry Barbusse y Anatole France, por intermedio de la Federación Universitaria ARgentina” (1921), en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 20, Buenos Aires, mayo, pp. 253-54.

-“Noli me tângere” (1921), en *Vía Libre. Publicación mensual de crítica social*, n° 23, Buenos Aires, agosto, pp. 321-22.

Índice de nombres

Abad de Santillán, Diego.....	13, 52, 53, 54, 63, 65, 66, 96, 109, 195, 199
Abd-el-Krim.....	355
Abelardo, Juan.....	19
Abraham, Carlos	22, 23
Abramson, B.	283, 369
Acha, José Omar	108, 127, 176
Adams, W. P.	252
Adelman, Jeremy.....	45
Agamben, Giorgio.....	129, 149, 234, 240
Aines, Froilán.....	229, 234
Albion.....	163, 216
Alcibíades, J.	94
Alday, José.....	163
Alexinsky, Gregoire	30, 263, 264
Alexisiev, Rmisof.....	330
Alomar, Gabriel.....	27
Alonso, Hilario.....	35
Alonso, José	77
Álvarez del Vayo, Julio.....	24, 29, 30, 141, 142, 153, 269, 270, 297
Amor, Julio.....	66, 163, 344, 345
Anapios, Luciana.....	60, 63, 73
Anastasi, Leónidas	14
Anderson Nexø, Martin.....	339
Anderson Pacheco, Mario	63
Anderson, Perry.....	260
Andrade, Juan.....	31, 404
Andreiev, Leonid.....	314, 321
Annenkov, Yuri.....	331
Antillí, Teodoro.....	63, 64, 65, 69, 228
Antuñano, F.....	15
Aranovich, Demetrio.....	17, 34, 165, 192, 194, 227
Aranovitch, D.....	336
Araquistain, Luis	29
Araujo Muller, Julio A.	22
Araujo, Julio A.....	22, 289
Archinoff, Pedro.....	272
Arcos, Renato.....	26, 27, 141, 270
Arendt, Hannah	96, 151, 152, 155, 365
Aricó, José.....	344
Arraga, Julio.....	95, 179
Arsky, R.	185
Astrada, Carlos.....	53, 108, 109, 154, 155
Astudillo, Alberto.....	80, 259, 260
Axelrod, Pável.....	165
Babini, Nicolás.....	42
Bacon, Francis.....	119
Badiou, Alan.....	53
Bakunin, Mijail.....	52, 54, 67, 69, 72, 191
Balakirev, Mili.....	318
Barbusse, Henri	329
Barcos, Julio R.....	66, 310
Bares Peralta, Enrique	22, 289
Barreiro, José Patricio.....	58, 80, 247
Barrenechea, Mariano.....	109, 117
Bas, Arturo.....	14
Bayer, Osvaldo	46
Becerra, Marina	58
Beggino, Juana María	118, 149
Bek, Roustam.....	314, 315, 316, 336
Belkin, Alejandro.....	83
Bellj, Andrei	330
Bellocm Hillaire	314
Benjamin, Walter.....	5, 8, 107, 129, 130, 149, 150, 155, 234, 263, 265, 278, 282, 283, 376
Berkman, Alexander.....	36, 72, 212, 237, 273,
Berkmann, L.	17
Bernstein, Eduard	31, 55, 144
Bertolo, Maricel.....	83
Besio Moreno, Nicolás.....	297, 301, 302, 303
Biagotti, Gabriel	125, 163
Bianchi, Alberto S.	63
Bianchi, Alfredo A.....	20, 47, 57
Bianchi, Leandro.....	110, 197
Bilbao, Luis G.....	96
Bilnjac, Boris	330
Bilsky, Edgardo	17, 42, 43, 44, 81
Binschlok, O.	19
Biondi, Atilio	24, 66
Birukoff, Pablo	26, 27, 35, 141, 270
Blackburn, Robin.....	365
Blok, Aleksandr	340, 341
Bobbio, Norberto	260
Bogdanov, Aleksandr	317
Bondareff, Ida.....	17, 18, 81, 112
Bordeau, Luis.....	366
Borges, Jorge Luis	22, 96, 97, 98, 99
Borodín, Aleksandr.....	318
Borrero, José María	46
Bosio, Bartolomé	15, 95, 183
Botana, Natalio	16
Boudanzef, Serguei.....	330
Branting, Hialmar	116

- Bravo, Mario.....56, 131, 158, 168,
189, 204, 219, 223, 226, 227, 238, 239,
240, 241, 242, 249, 250, 251, 253, 254,
267, 291, 292, 370, 371
- Brocha, Fabio L.....163
- Brodsky, Gregorio....34, 141, 281, 282, 283
- Bruno, Severo.....61, 62, 111
- Buck-Morss, Susan.....103, 104, 105,
106, 277, 278, 283, 319, 333, 334
- Buisson, Etienne.....30, 168
- Bujarin, Nikolai.....185, 248, 284
- Bunge, Augusto.....26, 50, 58, 116, 117,
139, 140, 185, 186, 252, 347, 356, 369
- Butterfly202, 203, 292
- Caballero, Manuel.....81, 163
- Calandrelli, Alcides.....21, 22, 151,
288, 289, 291
- Calógero, Hiram.....14
- Camarero, Hernán.....60, 74, 75, 78,
81, 101
- Campione, Daniel.....58, 59, 74, 75, 76,
80, 81, 82
- Cancela, Arturo22
- Canosa, F. R.50, 138
- Cantoni, Aldo.....58, 80
- Caplansky, S.....196, 197
- Cappa, Arturo.....333
- Carlés, Manuel14, 86
- Cartey, Guido Anatolio80, 200
- Castelnuovo, Elías.....66, 97, 156, 157
- Castiñeiras, Alejandro.....24, 118, 154,
155, 168, 262, 317, 318, 319, 320
- Cernadas, Jorge.....16, 73, 74, 79, 102,
213
- Ceruso, Diego.....45
- Chagall, Marc.....331
- Chaneles, A.17
- Char, René.....151
- Chejov, Antón319
- Chernyshevsky, Nikolai265, 266, 320
- Coca, Joaquín.....223, 224, 230, 232,
235, 255, 256, 257, 258, 261, 367
- Codovilla, Victorio.....20, 23, 77
- Coni, Emilio A.14
- Contreras, Miguel.....78
- Corbière, Emilio.....42, 58, 74, 76, 78,
80, 81, 87
- Crane, Stephen314
- Curevich, M.....17
- Dagnino, Esteban118, 149
- Darwin, Charles.....365
- de Certeau, Michel.....6
- de los Ríos, Fernando.....25
- De Lucía, Daniel176
- de Schloezer, Boris.....318
- de Tomaso, Antonio.....21, 28, 55, 56,
57, 58, 99, 110, 116, 125, 126, 130, 131,
143, 144, 160, 161, 162, 165, 166, 167,
169, 170, 180, 181, 191, 192, 218, 219,
220, 226, 227, 240, 241, 250, 251, 252,
253, 254, 263, 264, 265, 267, 271, 276,
343, 364, 372, 373
- de Vedia y Mitre, Mariano.....14, 15, 21
- Debbs, Eugene252
- del Campo, Hugo42, 46, 82, 83, 93
- del Intento, Fernando.....63
- del Valle Iberlucea, Enrique.....7, 47, 49,
58, 61, 99, 110, 111, 114, 123, 124, 126,
127, 130, 133, 140, 141, 150, 151, 169,
199, 200, 201, 223, 224, 225, 226, 246,
247, 256, 257, 267, 343, 348, 356, 357,
358, 365, 368
- Delfino, Enrique102
- Dell, Floyd.....314, 317
- Denikin, Antón80, 201
- Di Tella, Guido44
- Díaz Arana, Juan José.....269
- Dickmann, Enrique.....21, 52, 55, 56, 59,
60, 78, 109, 110, 138, 139, 191, 192, 194,
219, 220, 247, 252, 253, 343, 344, 346,
359, 360
- Doeswijk, Andreas.....44, 66, 67, 70,
362, 368
- Domingo, Marcelino.....32
- Dorfman, Adolfo.....41
- Dostoyevski, Fiódor.....154, 200, 318, 319
- Dúctil, Teodoro.....63
- Duklsky, Marcos.....162, 348, 349
- Eastman, Max31, 314
- Ebert, Friedrich.....31, 356
- Ehrenburg, Ilya330, 338
- Einsestein, Serguei.....328
- Eley, Geoff.....106
- Elorza, Antonio.....29
- Engels, Friedrich.....83, 89, 103, 136,
189, 215, 224, 252, 265, 308
- Etchenique, Jorge.....63
- Exter, Aleksandra331
- Fabbri, Luigi.....52, 67, 68, 71, 73,
237, 238, 243
- Falcón, Ricardo25, 41, 42, 82, 342
- Fasolino, Nicolás14
- Faure, Sebastián.....138
- Fedin, Constantin.....330
- Feinberg, Samuel318
- Ferlini, Juan75, 77
- Fernández de Castro, Ignacio365
- Fernández, Macedonio.....22
- Ferrer, Sebastián66, 70
- Ferro, Marc103

- Feuerbach, Ludwig.....53, 178
 Fingerit, Julio22, 206
 Fitzpatrick, Sheila305, 306, 332
 Fontanella, Ricardo99
 Forcadell Alvarez, Carlos.....16
 Franco, Luis.....22
 Freyre, Ricardo Jaime99
 Froebel, Friedrich.....309
 Furet, François.....365
 Galli, Américo.....163
 Gálvez, Manuel14, 15, 22
 Gandhi, Mahatma355
 García Costa, Víctor.....22
 García Thomas, Enrique.....49, 65, 67, 154
 García, Martín23
 Garino, Maurizio186
 Gassner, Hubertus334
 Geli, Patricio60
 Gerchunoff, Alberto17, 22
 Ghioldi, Orestes.....76
 Ghioldi, Rodolfo.....14, 18, 23, 50, 77,
 80, 113, 114, 134, 163, 164, 172, 173,
 206, 209, 220, 221, 272, 357, 368
 Gilbert, Isidoro23, 81
 Giusti, Roberto F.....20, 47, 342
 Givoje, Cosme.....23, 80
 Glazunov, Aleksandr.....318
 Gleizer, Manuel.....22
 Glusberg, Santiago y Leonardo.....22
 Gnessin, Mijail318
 Godio, Julio42
 Godonneche, Víctor198
 Gogol, Nicolai.....196, 200, 314, 319,
 337, 339
 Goldman, Emma.....25, 35, 36, 72, 170,
 211, 212, 213, 237, 273
 Goldschimdt, Alfonso23
 Goldschmidt, Alfonso.....22, 23, 25, 32,
 158, 185, 205, 206, 213, 275, 284, 316
 Gómez Tovar, Luis.....368
 Gonçalves, Antonio.....65, 70
 Goncharov, Iván.....319
 González Iramain, Héctor56
 González Lemos, J.63
 González Mellén, Emilio.....77, 78
 González Pacheco, Rodolfo63
 González, Julián.....87
 González, Julio V.....47, 193, 194,
 350, 351
 Goode, W. T.....29, 30, 285
 Gorelik, Anatol.....25, 171, 273, 308, 309
 Gorelik, C.....17
 Gorki, Máximo.....30, 98, 154, 170,
 293, 303, 319, 321, 340, 369
 Gr. R.....207
 Grechanínov, Aleksandr318
 Greco, Juan.....18, 23, 32, 77, 80, 134,
 142, 162, 169, 178, 180, 202, 221, 223,
 274, 275, 351, 353, 354, 355
 Griboiédov, Aleksandr.....319
 Grosso, José F.....77
 Gutiérrez, Ramón.....368
 Halperin Donghi, Tulio.....14, 15, 23, 40,
 82, 123, 174, 179, 187, 342
 Harding, Neil104
 Harris, Frank.....36, 211, 212, 213
 Haupt, Georges103, 104
 Havaux, Arturo249, 252
 Haya de la Torre, Víctor Raúl.....28, 140,
 332
 Heine, Heinrich.....105, 133
 Henriot, M.32
 Herzen, Aleksandr114, 312
 Hesse, José.....330, 335, 337
 Hobsbawm, Eric271, 272, 352, 365
 Humphries, Wilfred R.....30, 175, 247,
 258, 275
 Iaroschewsky, Mijail.....188, 197,
 198, 201, 212, 261, 262, 284, 371, 373,
 374, 375, 376
 Ibarguren, Carlos14, 15
 Incógnito.....163
 Ingenieros, José.....14, 20, 21, 30, 50,
 51, 78, 108, 115, 116, 119, 122, 123, 125,
 126, 127, 128, 129, 133, 134, 139, 140,
 159, 173, 174, 175, 176, 177, 191, 193,
 194, 215, 220, 234, 247, 248, 253, 257,
 258, 267, 275, 295, 296, 342, 345, 347,
 349
 Iván, Segundo163
 Ivanov, Vsévolod.....327
 Jarros, Gregorio315, 316
 Jeifets, Víctor.....23, 81, 82
 Justo, Juan B.....14, 56, 60, 77, 78,
 144, 145, 176, 177, 178, 182, 207, 208,
 209, 219, 234, 235, 252, 267, 268, 269,
 275, 343, 344
 Kalinin, Mijail270
 Kaminsky, A.17
 Kantor, Moisés.....17, 19, 23, 114, 115,
 146, 148, 149, 189, 194, 199, 205, 224,
 235, 326, 355
 Kautsky, Karl.....252, 273
 Keen, Edward L.....27
 Kemal, Mustafá355
 Kerensky, Aleksandr.....31, 54, 55, 56,
 167, 190, 192, 198, 220, 227, 422, 430,
 442
 Kersffeld, Daniel.....81
 Keynes, John M.158, 400

- Kohan, Néstor108
- Koiffman, Luis80
- Kollar, Iván195, 196
- Kolontai, Aleksandra286, 287, 291, 292
- Kolpinska, Anna262
- Koltchak, Aleksandr80, 156, 201
- Koltsov, Aleksei319
- Komin-Alexandrovsky19, 23, 24, 82, 123, 221, 274, 275, 308
- Konovalov, Aleksandr190
- Korolenko, Vladimir319, 321
- Koselleck, Reinhart103, 105, 106, 107, 120, 121, 122, 128, 129, 133, 135, 158, 224, 272, 346, 365, 370
- Krasin, Leonid32, 38
- Krein, Aleksandr318
- Kropotkine, Piotr28, 36, 72, 170, 191, 200, 212, 237, 273, 320
- Krúpskaya, Nadezhda31, 295, 300, 302, 304, 309
- Labry, Raoul30
- Lanzardo, Darío365
- Larin, Iurii270, 271
- Lauzet, Luis83, 84, 87-90, 91
- Lavacchioli, Enrique334, 335
- Lavrov, Piotr188
- Lazarte, Juan357
- Lebedev-Poliansky, Pável316, 317
- Leibniz, Gottfried154
- Leibov, G.17, 19
- Lenin, Vladimir15, 20, 23, 26, 28, 30, 31, 34, 54, 72, 81, 98, 103, 104, 106, 107, 136, 140, 141, 146, 147, 154, 172, 187, 188, 192-194, 199, 203, 206, 210, 211, 225, 228, 240, 249, 251, 257, 258, 271, 274, 283, 284, 286, 295, 305, 306, 308, 317, 320, 344, 350, 355, 357
- Lenk, Kurt365
- Leonoff, Leonid330
- Lerman, D.17
- Lermontov, Mijail319
- Levi, César330
- Levinson, André339, 340
- Liebknecht, Karl80, 157, 192
- Lobato, Mirta40, 41
- Locascio, Santiago15, 50, 66, 112, 208, 209, 225, 279
- Lodder334
- London, Jack314
- López Arango, Emilio15, 52, 64, 65, 68, 69, 140, 195, 221, 226, 259, 350, 367, 368
- López Cantera, Mercedes81
- López Trujillo, Fernando63, 64, 66
- López, Luis María94, 111, 112, 155, 196, 221, 222, 354
- Lorenzo Rañó, Manuel27
- Losovsky, Alexandr11, 171, 172, 203, 354
- Louis, Pablo165
- Löwy, Michael365
- Lucero, Pablo84
- Luciérnaga, Luciano29
- Lugones, Leopoldo22, 269
- Lukàcs, Georg62
- Lunatcharsky, Anatoli24, 31, 81, 154, 176, 179, 286, 294, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 306, 313, 314, 317, 321, 322, 323, 324, 330, 331, 332, 333, 337, 338, 339
- Luxemburg, Rosa80, 157, 192, 218
- Lvov, Gueorgui166
- Lvovich, Daniel213
- Lyell, Charles365
- M. A. M.170
- Maiakovski, Vladimir98, 317, 328, 329, 330, 335, 340
- Maier, Bárbara81
- Makhno, Néstor72, 221, 228, 272, 273
- Malagodi, Olindo27
- Malatesta, Errico67
- Malevich, Kazimir331, 334
- Maliuskin, Aleksandr330
- Mantecón, Alejandro58
- Mantecón, Antonio E.58, 59
- Marechal, Leopoldo22
- Marek, Franz365
- Mariátegui, José Carlos340, 341
- Marinetti, Filippo333, 334, 335
- Marotta, Sebastián42, 83, 87, 93
- Márquez Miranda, Fernando136
- Martínez Mazzola, Ricardo60
- Martínez, Pablo60, 85
- Marx, Karl53, 69, 73, 76, 77, 83, 89, 90, 91, 103, 105, 130, 145, 172, 189, 191, 206, 211, 215, 222, 224, 227, 245, 252, 264, 265, 266, 267, 271, 308, 357
- Marx, Magdalena292, 293
- Masevich, Miguel23, 82
- Médtner, Nikolai318
- Méndez, Rafael163
- Menotti Serrati, Giacinto38
- Mercante, Víctor14
- Meyerhold, Vsévolod327, 330, 334, 335, 336, 337, 339
- Mikailoff, I.188
- Minor, Robert314
- Minsky, J.29, 178
- Mintz, Frank25

Miranda, Luis	77, 136
Misha [Juan Romanof].....	187, 189, 190, 194
Moiseff, M.....	17
Molberg, M.	17
Monmousseau	198, 222, 223
Monserrat, Alejandra.....	41, 42, 82
Montemayor, César	163, 354, 362
Morandi, Hilario.....	77
Moreau, Alicia.....	200, 288, 289, 290, 291
Moreno, Rodolfo	14, 15, 297
Morizet, André	298
Mouchet, Enrique	54, 55, 348, 369, 370
Nachón, Segundo	138, 152, 226
Nájera, A. P.	120
Nájera, Eugenio.....	80
Naudeau, Ludovic	227
Negri, Antonio.....	130, 365
Nekrasov, Nikolai	319
Nemaier	19
Nemo	112
Netri Jr., Pascual	163
Nicolisky, P.	284
Nido, Enrique	46, 229
Niklison, José Elías	41
Nikolaev, Ak.	37, 38
Nin, Andreu.....	11, 25, 31, 142, 194, 195, 206, 209, 354
Nolde, Boris	31, 251
Nordau, Max	27
Norris, Frank	314
Nuñez de Arenas, Manuel	29
Oberti, Alejandra.....	286
Olguin.....	212, 213, 324, 325
Oriolo, Jordán.....	58, 74, 79, 80, 81
Ortega y Gasset, José	29, 96, 178
Orzábal Quintana, Arturo.....	20, 30, 34, 37, 111, 139, 140, 169, 224, 258, 350, 355
Osborne, Peter.....	106, 107, 121, 122, 125, 128
Osinsky, Nikolai.....	261
OSSIP-Lourié.....	351
OSSIPOFF, G.	296
Ostrovsky, Aleksandr....	314, 319, 335, 339
Pagán Navarro, José.....	119
Pagano, José Luis	22
Palacios, Alfredo.....	42, 43, 111, 131, 132, 135, 136, 147, 168, 181, 197, 203, 204, 220, 222, 230, 242, 247, 256, 259, 260, 273, 342, 343, 345
Palau, Gabriel.....	15
Palcos, Alberto.....	22, 58, 80, 137, 266, 267, 310, 311
Paquet, Alfons	29, 30
Pascal, Pierre	34
Pavletich, Esteban.....	98, 99
Pechini, Aldo	80
Pellegrini, Augusto.....	24, 27, 85, 86, 91, 94
Penelón, José.....	18, 23, 32, 77, 80, 93, 134, 142, 162, 169, 178, 180, 202, 208, 209, 221, 223, 274, 275, 351, 353, 354, 355
Peña, David.....	14
Pestaña, Ángel	21, 24, 94, 198, 199
Pettit, W. W.	33
Pharos	272
Pianetto, Ofelia	41, 44
Pinedo, Federico	56, 57, 360, 361, 367
Pintos, Francisco R.....	23, 142, 202, 203, 281, 292
Pissemski, Aleksei	319
Pittaluga, Roberto.....	23, 47, 62, 64, 66, 67, 68, 69, 70, 73, 74, 79, 96, 108, 319, 342, 368
Plá, Alberto	75, 81
Plejanov, Gueorgui	165, 192
Poggi, Carlos	95
Pokrovsky, Mijail	286, 317
Popova, Liubov.....	331
Popovich, Juan.....	94
Porteiro, Manuel	216
Portmann, Georges	286
Prebisch, Raúl.....	14, 15
Preghejoj, Henriko.....	163
Presas, Pedro.....	23
Price, Philips.....	29, 174, 247
Prieto, Indalecio.....	369
Proust, Marcel.....	329
Punyet Alberti, Manuel.....	215, 216, 332
Pushkin, Aleksandr.....	319, 339
Quelch, Tom	36, 211
Quiroule, Pierre	66, 368
Rabinovich, Marcos.....	32
Radek, Karl.....	30, 176, 185, 192
Rademal	27, 50, 109, 350
Ramos Pedrueza, Rafael	304
Rancière, Jacques.....	180, 182, 213, 366
Ransome, Arthur.....	29, 30, 34, 246, 298, 299, 322, 323
Rapalo, María Ester.....	16, 44, 45, 46, 82, 208
Rappoport, Charles	116, 225
Razori, Amílcar	358, 359
Recabarren, Luis	142
Reed, John.....	11, 24, 183, 184, 185, 248, 258, 260, 314
Reich, Wilhelm.....	286
Reissner, Miguel.....	243, 244

Repetto, Nicolás.....	31, 55, 56, 57, 80, 208, 209, 222, 360
Resnik, Abraham.....	23, 327, 328, 329, 336
Revel, Jacques.....	6
Ricard, F.....	15, 65
Ricciardi, Maurizio	365
Ricœur, Paul.....	115
Rimski-Korsakov, Nikolai	318
Ristori, Oreste	65, 221, 222, 234
Rizal, Félix	84
Robins, Raimond.....	248
Rochoubeu, Valeri.....	188
Rock, David.....	16, 42
Rocker, Rudolf.....	21, 25, 36, 39, 71, 210, 212, 214, 228, 229, 237, 243, 273
Rodchenko, Aleksandr	331
Rodríguez, Rogelio	84, 208
Roldán, Belisario.....	14, 15
Rolland, Romain	137, 215, 216
Romero, José Luis.....	16, 102
Romero, Manuel.....	101
Romo, Pedro.....	77, 80
Roque, E.....	179
Rosales, Hermenegildo.....	66, 138, 223
Roslavets, Nikolai	318
Rück, Fritz.....	31
Rúgilo, Ruggiero	77, 87
Russell, Bertrand.....	154
Rykov, Aleksei.....	270
Sáenz Hayes, Ricardo.....	22, 167
Saer, Juan José	103
Saítta, Sylvia	23
Sajarov, M.	17
Salmon, André.....	152, 153
Saltikov, Mijail.....	319
Sánchez Viamonte, Carlos	7, 47
Santander, Silvano.....	80
Sarlo, Beatriz.....	23
Sartori, Giovanni	227
Saslavsky, J.	17
Saslavsky, León.....	17
Saveliev, A.	17
Sazbón, José.....	9, 213
Scavino, Dardo.....	119, 191, 245
Schneider, Alejandro.....	74, 78, 81
Scriabin, Aleksandr	318
Sebald, W. G.	103, 106
Sekoloff, Boris	324, 325, 326, 339
Senra Pacheco, Bartolomé.....	86, 87, 89, 90, 92, 93, 355, 361
Serge, Victor.....	25, 31, 146, 147, 170, 186, 187, 201, 202, 223, 231, 232, 236, 238, 332
Serman, P.	290
Sewell, Jr. William	106
Sierra, Bernardo.....	80
Silva, Horacio Ricardo.....	42
Simonov, A.	17
Simons, Hellmut	297, 326, 327
Sinclair, Upton.....	37, 314
Skocpol, Theda	365
Solari, Juan Antonio	215, 216, 332
Soloviev, Vladimir.....	318
Sorel, Georges	117
Souchy, Agustín.....	25, 273
Souvarine, Boris	210, 211
Spiridonova, María	220
Stanislavski, Konstantin	336, 337
Starkoff, Vera	193, 265, 266
Steffens, Lincoln.....	30
Stepniak, Serguei	200
Strada, Vittorio	312
Stravinsky, Igor	318
Suárez, Jesús M.	65
Sun-Yat-Sen.....	355
Suriano, Juan	18, 40, 41
Tairov, Aleksandr	336
Tarcus, Horacio	24, 73, 74, 80
Tasin, Nicolás	29, 30, 168
Tatlin, Vladimir	331, 334
Tchaikovsky, Piotr.....	318
Tchicherin, Georgi.....	203, 355
Terán, Oscar.....	108, 123
Terracini, Humberto	31, 140
Tiempo, César.....	22, 98, 317
Todaro, Vicente	84, 85, 92, 132
Tolstoi, León.....	26, 28, 35, 98, 154, 200, 295, 309, 312, 317, 319
Torralba Beci, Eduardo.....	31, 315, 352
Torralvo, José	136, 150, 223, 236, 354
Torrendel, Juan Carlos.....	22
Trevisán, Egidio C.	15
Troise, Emilio	112
Trotsky, León.....	15, 26, 30, 81, 153, 168, 176, 178, 188, 192, 210, 211, 228, 256, 279, 285, 286, 308, 355
Trujillo, M.	225
Turguénev, Iván.....	311, 312, 319
Unsain, Alejandro M.	15
Vaguer, R.....	19
Vaillant-Couturiern Paul.....	116, 119
Vajtangov, Evgueni	327, 336
Valdés, David	63
Valéry, Paul	153
Vandervelde, Emile	205, 241, 242
Vázquez, Silvia.....	368
Velles, Tomás	80
Vera	324
Verde Tello, Pedro.....	76

Verón, Eliseo.....	40	Wheeler, Post.....	7, 304
Vichnevski, Vsévolov	337	Wrangel, Piotr.....	221, 272
Victorov-Toporov, V.....	30, 168	Yacoub, Sara.....	66
Vidal Mata, José.....	24, 65, 70, 272, 279, 280, 283, 285	Yunque, Álvaro	328, 329
Vidal, Gardenia	16	Zabotinsky, A.	17
Videla Reyna.....	88	Zaccagnini, Antonio	361
Vigil, Constancio C.....	14	Zamiatin, Evgueni.....	330
Vilkens	308	Zamora, Antonio.....	22, 134, 329
Villalobos Domínguez, Cándido.....	14, 27, 254, 255	Zasúlich, Vera.....	165
Villarreal, Enrique.....	18, 364, 365, 366, 367, 370, 372	Zdrojewski, Luciano.....	272
Viñas, David.....	123	Zeitlin, Israel.....	329
Vivé, Eva.....	65	Zelaya, Antonio	152, 153
Volin.....	272, 273	Zeme, Amadeo.....	77
Vorovsky, Vaslav	100, 113, 355	Zeno, Lelio O.....	24
Wald, Pinie.....	14, 204	Zibecchi, Pedro.....	77
Waldemar	331	Zimmermann, Eduardo.....	16
Warski, Adolf.....	31	Zinoviev, Grigori.....	30, 80, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 132, 134, 172
Wells, H. G.....	30, 154	Zochenko, Mijail.....	330
		Zola, Emile	215
		Zymelman, M.	44